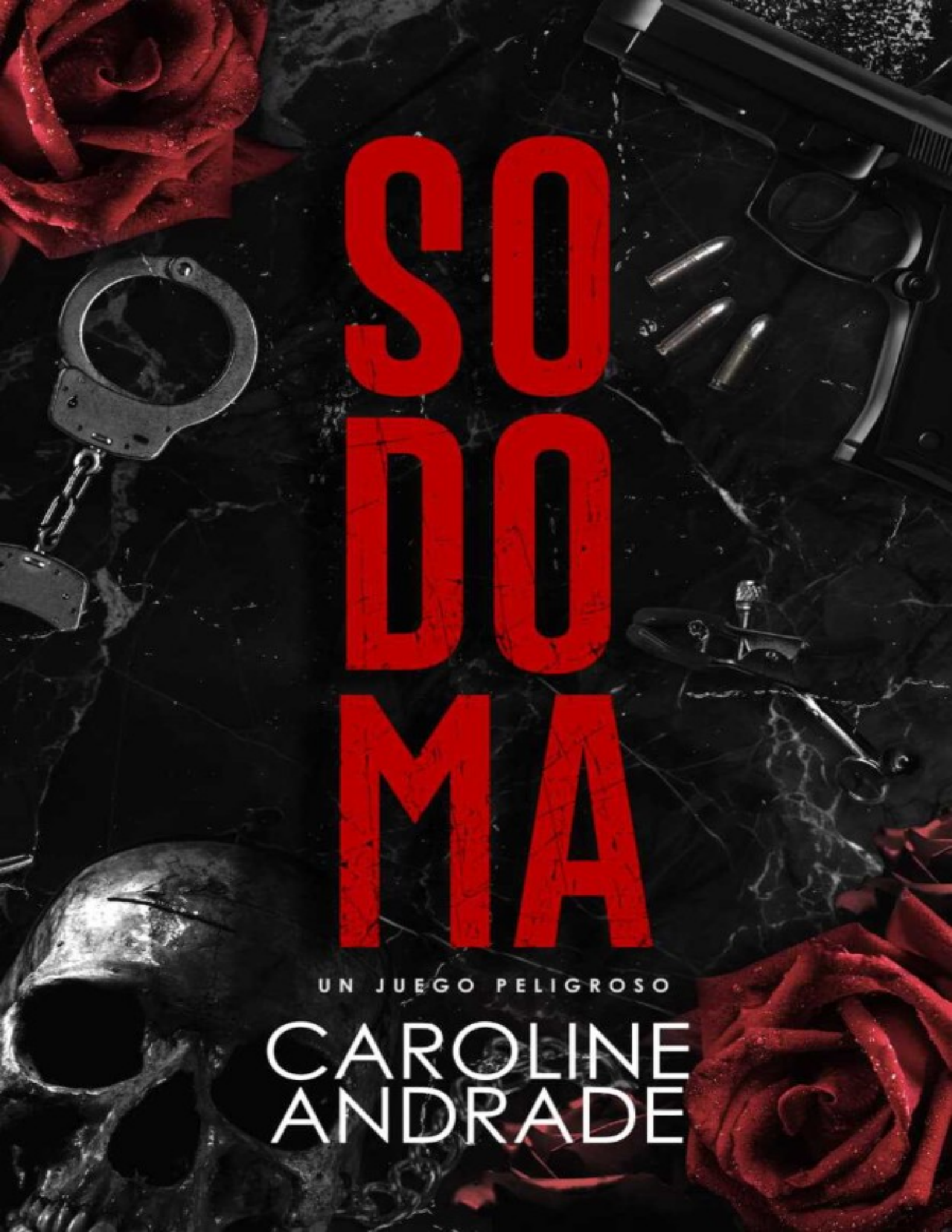

SODOMA
UN JUEGO PELIGROSO
CAROLINE ANDRADE

SODOMA

UN JUEGO PELIGROSO

CAROLINE ANDRADE

Copyright © 2021 por Caroline Andrade
SODOMA | 1.ª edición
Todos los derechos reservados | Libro digital reservado | Brasil

Esta es una obra de ficción.
Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos aquí descritos son producto de la imaginación del autor.
Cualquier similitud con nombres, fechas y acontecimientos reales es pura coincidencia.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves incluidas en reseñas críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Portada: Mellody Ryu
Traducción: Kalos Agency
Ilustración: Carlos Miguel
Revisión Crítica: Valdirene Gonçalves
Diseño: Gramaticalizando – Assessoria Literária

El artículo **184 del Código Penal** tipifica como **delito**, castigado con pena de prisión de 3 (tres) meses a 1 (un) año o multa, la **violación** del **derecho de autor** que no haya tenido intención de obtener lucro con la reproducción de la obra intelectual protegida.

ÍNDICE

SINOPSIS
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

Estoy paralizado. ¿Dónde están mis sentimientos?
Ya no siento nada… sé que debería, pero no.
¿Dónde está mi verdadero yo?
Estoy perdido, y eso me está matando por dentro.
Tengo miedo de vivir… pero también tengo miedo de morir.

Si vivir es sufrir, entonces enterré mi dolor hace mucho tiempo.
Pero sigo aquí. Vivo.
Y eso me controla.
¿Dónde estoy?
Quiero sentir algo.
Por dentro estoy entumecido. No siento nada… y no sé por qué.

Mientras la vida corre, yo me quedo quieto.
Miro cómo pasa, con las manos en los bolsillos.
Las olas chocan contra mí… y yo simplemente las observo.
Sólo las observo.

Estoy bajo el agua, pero siento que estoy en la superficie.
Estoy en el fondo, y ni siquiera sé qué me pasa.
Estoy atrapado en una caja… una caja que yo mismo cerré.
Me asfixio, me quedo sin aire… Estoy paralizado.

¿Dónde están mis sentimientos, pequeño Nautilus?

SINOPSIS



Ginger Fox viaja a Australia rumbo a una isla remota, un lugar envuelto en misterio y secretos que susurran desde las paredes de la mansión Roy.

Lo que comienza como una simple aventura se convierte en una peligrosa propuesta: un juego erótico, oscuro y tentador, tan pecaminoso como los pensamientos que despierta su enigmático anfitrión.

Pero Ginger no sabe que Jonathan Roy, su oponente, es un maestro en el arte de la manipulación. Poco a poco, la arrastra a su red de seducción, llevándola al corazón de un mundo donde placer y sumisión se entrelazan.

Atrapada entre el deseo y el peligro, Ginger deberá enfrentar sus propios límites… y decidir si está dispuesta a perderse en ellos.

Porque para sobrevivir al mar de mentiras que envuelve a la familia Roy, no basta con querer escapar: hay que atreverse a mirar dentro de uno mismo.


EXIT
Carlos Miguel

PRÓLOGO



EL ARMARIO

¿Qué es real cuando las preguntas no paran de surgir?

Es como si hubiera perdido el despertador… me quedé dormido, con las piernas rotas, pero aún así sigo corriendo tras la perfección.

Estas paredes reflejan mi vacío. Mi mente es una casa donde estoy encerrado. Y dentro de esta mansión… solo hay soledad.

Mansion, de NF

HACE TREINTA AÑOS

Él nota su nerviosismo, siguiendo con la mirada sus movimientos rápidos mientras se coloca la bata y acomoda su cabello. El estrecho armario, con una pequeña ranura en la puerta, le da una buena vista del cuarto. Ella le había pedido que se quedara ahí, le dijo que necesitaba que fuera un buen niño, que si de verdad la amaba, debía quedarse en silencio dentro del armario.

Se siente cómodo entre esas cuatro paredes de madera estrechas. Adentro todo está oscuro, en silencio, y no hay nada más que él y la ropa colgada, con la que comparte el espacio.

Sonidos lejanos de pasos pesados y una respiración agitada aumentan la angustia reflejada en el rostro moreno de ella: la frente sudorosa, los labios hinchados y los ojos rojos por el llanto. Él la ama, le gusta hacerla feliz, y ella lo ama aún más por ser su buen niño. Siempre le dice que lo es.

Los ojos de ella brillan un poco, esboza una sonrisa hacia el visitante que entra en la habitación y se seca rápidamente las lágrimas del rostro.

—Cariño, ¿olvidaste algo? Me tomaste por sorpresa —dice con una voz suave, tratando de sonar alegre. El visitante no responde.

Solo el sonido constante de su respiración pesada y acelerada llena el cuarto, confirmando su presencia. Cuando da otro paso, él logra ver su rostro.

Sí, es el visitante. Así lo llama, porque casi nunca está, solo viene a eso… a visitar. Su expresión es de furia, con la mandíbula apretada, los ojos vidriosos y tan rojos como su puño herido. Se frota la cara con los dedos, lleno de rabia, caminando como una bestia enjaulada. El traje, que siempre luce impecable, ahora está arrugado, mal puesto sobre su cuerpo.

Él no es así. Nunca lo ha sido. Siempre habla de autocontrol, de cómo esa será una cualidad esencial cuando crezca. Pero ahora, frente a mí, no queda ni una sombra de ese dominio: el visitante está desbordado.

—Reimond... ¿Qué pasa? —Ella se acerca, pero se detiene en seco al ver que él levanta el brazo.

Desde la ranura del armario se distingue el brillo de la pistola automática en su mano. Él reconoce esa arma, es la misma que guardan en la cochera.

—Cariño, baja eso… Me estás asustando.

—¿Cómo pudiste? —La cabeza del visitante se ladea, aprieta los dientes y hunde aún más la pistola en su frente—. Te lo di todo. Te di el mundo y destruiste nuestra familia.

—Reimond, por favor, baja eso. Por favor… puedo explicarlo. No es lo que tú crees —Ella alza la mano, intentando calmarlo.

El visitante sufre. Las lágrimas caen por su rostro, bajan por su cuello. Nunca lo había visto llorar. Él siempre dice que llorar es de débiles… y ahora está destrozado. Ella lo abraza, lo besa con

ternura. Siempre ha sido dulce, por eso él la ama y haría cualquier cosa por ella.

—¿De verdad pensaste que no me daría cuenta? ¿En algún momento te detuviste a pensar en lo que estabas haciendo? —La otra mano del visitante aprieta con fuerza su cabello rizado.

—Por amor. Por amor, Reimond. Te amo más que a mí misma —dice ella, su cuerpo pequeño, deslizándose hacia abajo, pegado al de él, llorando sin consuelo.

El visitante se aparta con rabia, caminando de un lado a otro, pateando todo lo que encuentra a su paso. Grita con furia, como un animal herido. Ella debe haber hecho algo terrible porque él nunca pierde la compostura.

—Reimond… —ella empieza a decir, pero no termina la frase. Su rostro se vuelve hacia el armario, fijando la mirada en la ranura. Sus ojos negros, tranquilos y dulces, los mismos que siempre le sonríen, esta vez están opacos, sin brillo, y no vienen acompañados de ninguna sonrisa.

Es como si supiera. Como si ya estuviera preparada para lo que va a pasar. Vuelve a mirar al visitante, respira hondo y acaricia con los dedos su piel color miel. No se escuchan voces, ni pasos. El pequeño cuerpo dentro del armario se encoge, paralizado, conteniendo la respiración cuando suena el disparo.

Los hombros de ella se desploman hacia un lado y su cuerpo cae sobre la alfombra blanca. La sangre se acumula cerca de su cabeza. Del agujero en medio de la frente sale un líquido espeso, rojo, que mancha su rostro. Sus ojos negros siguen abiertos, pero ya no hay vida en ellos.

Al verla sin vida, lo único que piensa es en lo sofocante que puede ser un armario:

caliente, oscuro y silencioso.

CAPÍTULO 1



DÉJAME SER LIBRE

Siento que estamos al límite ahora. Quisiera poder decir que estoy orgullosa. Perdón por haberte decepcionado. Todas estas voces en mi cabeza se vuelven tan fuertes.

Desearía poder silenciarlas. Perdón por haberte decepcionado.

Let you down, de NF

GINGER FOX

TREINTA AÑOS DESPUÉS

—¡Tom, ya llegué! —exclamo, dejando caer el bolso al suelo apenas cruzo la puerta. La cierro de un empujón con el pie.

Me quito la blusa y la lanzo sobre la mesa. La falda se desliza rápidamente por mis piernas, permitiéndome deshacerme de ella con facilidad. Estoy excitada, con las bragas empapadas y los pezones latiendo. Tal vez la culpa de este apetito sexual repentino sea del relato erótico que recibí en el grupo del móvil. Mi madre diría que la gente decente no pierde el tiempo leyendo ese tipo de historias. Bueno, para su desgracia, yo no soy nada decente. Ya había perdido horas leyendo cada detalle, cada palabra sucia y vulgar: "coño", "culo", "vagina", "polla", entre otras joyas del rico vocabulario porno. Durante el corto trayecto entre el campus y mi

piso, estuve caliente con cada escena que describía el relato. Bueno, el título no ayudaba mucho: *Me follé a la jovencita del semáforo.*

Aun así, cualquiera que me viera con el móvil en la mano, tan absorta en la historia de una polla empujando hasta que los huevos chocaran contra el culo de una desconocida, pensaría que estaba leyendo sobre economía o matemáticas, y no sobre la sincronía vulgar de dos cuerpos uniéndose con desenfreno. Soy curiosa sexualmente, tanto en lo físico como en lo mental. Todo lo relacionado con el sexo y la corrida me enciende. Me fascina la manera en que el cuerpo responde: lo que se ve, lo que se siente y lo que la mente fantasea en silencio.

¡Porque sí!

El verdadero punto G, tanto en hombres como en mujeres, no está en el pene ni en la vagina. Está en el cerebro. Esa es la mayor máquina sexual que tenemos en el cuerpo. Imaginas, fantaseas, deseas… y automáticamente, el cuerpo reacciona. Freud, el padre del psicoanálisis, fue quien descifró la sexualidad al mundo, demostrando que muchas de sus pacientes, diagnosticadas con histeria, no eran mujeres locas, sino simplemente sexualmente frustradas. Y si ni Freud pudo resistirse a los placeres carnales, ¿cómo esperan que yo, una chica curiosa, con una mente imaginativa y completamente descontrolada pueda resistirme? La sexualidad ha sido un imán para mí. Por eso quise ser sexóloga. Pero Tom, confabulado con mi madre, consideró que no era una carrera "apropiada".

¿Desde cuándo el conocimiento tiene que ser apropiado?

La verdad es que Tom sueña en grande. Quiere trabajar en un periódico importante, convertirse en un presentador reconocido. Y en sus planes, una pareja que estudie sexología simplemente no encaja. Siempre dispuesta a complacerlo, terminé cambiando las teorías de Freud por matemáticas y cálculos financieros, y me matriculé en Administración. Aun así, no dejo de aprovechar mis ratos libres para colarme en el auditorio de Psicoanálisis y asistir a clases y conferencias.

—¡Estoy en la sala! —responde su voz grave. El sujetador corre la misma suerte que el resto de mi ropa.

Entro a la sala y lo veo ahí, en bermuda y sin camiseta, con el portátil encendido sobre las piernas. Las gafas de montura cuadrada le dan un aire serio, concentrado… incorruptible. Y tan jodidamente sexy. En mi cabeza aparece Tom convertido en ese típico profesor de secundaria que provoca fantasías eróticas en sus alumnas.

—¡Tom, quiero follar —digo sin rodeos. Su rostro, completamente sorprendido, se levanta hacia mí, apenas alcanzando a apartar el portátil a un lado.

Mi cuerpo ya está sobre el suyo. Sus manos grandes y suaves acarician mi culo sin agresividad. Lo beso con hambre, moviendo mis caderas, rozando mis bragas empapadas contra su bermuda deportiva. Su polla, aún flácida bajo la tela, late cuando aumento la presión en mis movimientos. Eso es lo que enloquece de Tom: no importa cuándo, su cuerpo siempre responde al mío.

Mis manos recorren su pecho, lo araño suavemente hasta que mis dedos se cuelan dentro de su bermuda, liberando la parte de él que más deseo. Su polla palpita bajo mis dedos, endureciéndose mientras la acaricio con entusiasmo, ansiosa por entrar en el juego.

¡Oh, sí! Sin duda alguna, Tom es mi profesor sexy y ardiente que me folla sin piedad en este sofá.

—La ventana... —murmura, su voz ahogada entre mis labios que no le sueltan—. La ventana está abierta, Gin…

—Déjala... —respondo, mordiendo su mandíbula antes de deslizar la lengua por su garganta.

—Hay que cerrar… —murmura él.

Mi otra mano se mueve rápido, apartando mis bragas a un lado. Y antes de que Tom pueda siquiera anticiparlo, ya lo llevo dentro, hasta el fondo.

—¡Oh, mierdaa! —gime, dejando caer la cabeza contra el respaldo del sofá.

Apoyo las manos en el respaldo, enjaulando su rostro entre mis brazos mientras me sostengo con fuerza al cuero del sofá. Mi cuerpo arde mientras cabalgo como una amazona, sintiendo el calor crecer con cada movimiento. El simple hecho de saber que la ventana está abierta me enciende el doble. Desde el piso de enfrente se tiene una vista perfecta de nuestra sala.

Mi mente reescribe la escena: Ahora Tom es mi profesor, y estamos follando en la sala de profesores, donde en cualquier momento alguien podría abrir la puerta y encontrarnos. El riesgo nos alimenta, nos eleva.

Muevo las caderas, giro, juego con él dentro de mí, empapado en mi humedad. Mis pechos se frotan contra los suyos, rígidos y sensibles, mientras siento cómo responde a cada uno de mis movimientos. Ni siquiera hemos cruzado la primera curva de esta carrera cuando Tom me sujeta con fuerza de la cintura; su cuerpo se tensa… y se viene dentro de mí, temblando

—¡Joder, Gin! —estalla su voz, haciéndome abrir los ojos. Su rostro se contrae, su boca apretada, los ojos cerrados.

Se corrió en menos de tres minutos, arruinando mi fantasía. Me sujeta por la cintura, impidiendo que me mueva, mientras mi cuerpo súplica seguir. Su cabeza se alza, pero Tom no tiene intención alguna de continuar. Su expresión es seria, esa que solo usa cuando digo algo "inapropiado" frente a sus colegas.

—¿Qué pasa? —pregunto, bajando la mirada. Sé que su erección ya desapareció, dejándome con una sensación de vacío y frustración.

—¿Qué te pasa a ti? —responde cortante.

Me aparta de su regazo y me deja sola en el sofá. Acomoda su polla dentro de la bermuda sin dejar de mirarme con fastidio. Y yo... yo sigo excitada, deseando más, sin entender qué fue lo que hice mal.

—¿Tienes idea del riesgo que corrimos? ¡Mira esa maldita ventana abierta! —grita Tom, señalando.

—Nadie nos vio. Nuestros vecinos están en el trabajo a esta hora… —respondo, llevándome los dedos al cabello y lo acomodo detrás de la oreja.

—¿¡Pero y si alguien hubiera visto, Gin?! —Su voz se eleva. El temblor en la comisura de su boca me confirma que está furioso.

—Nadie vio nada. Tampoco sería el fin del mundo si algún vecino nos hubiera visto… siendo una pareja normal. —Me detengo. Esa ceja arqueada es el aviso de que ya he dicho suficiente.

—¿Normal? ¡Esto no tiene nada de normal! ¡Este no es el comportamiento apropiado para una mujer que está a días de graduarse!

Si quedaba algún rastro de deseo en mi cuerpo, su frase lo empaqueto y se largó sin mirar atrás. ¿En qué momento se dictó que una mujer no puede tener una profesión y deseo al mismo tiempo? ¿Quién dicto que sentir placer no es normal?

Trago mi frustración, dejo escapar un largo suspiro y observo a Tom caminar hasta la ventana para cerrar las cortinas. No me mira al volver. En cambio, toma su portátil y lo abraza contra el pecho.

—Hacía tiempo que no teníamos sexo… Te extrañaba.

—Con solo decirlo habría bastado. Podríamos haber reservado un momento para eso, en lugar de comportarte como una adolescente incapaz de controlar sus hormonas.

¿Reservar un momento? Esto va de mal en peor. Un hombre de ochenta años podría ofrecerme una vida sexual más activa que Tom, con sus treinta y un años. El sexo es escaso desde hace tiempo, las palabras entre nosotros también… y ahora, ¿tenemos que agendar una follada?

—A veces me haces dudar si realmente tienes madurez, Gin. Voy a terminar mi trabajo en la habitación. —Respira hondo, llenándose de aire los pulmones. Y me castiga con su ausencia cuando dice *"Voy"*, porque sé que no me está invitando a acompañarlo—. Esta pasantía en California es una oportunidad de oro. Va a ser importante para mi carrera… para nosotros.

Para nosotros no habrá nada. La verdad es que todo será bueno solo para él: para su carrera, para lo que le espera. Y yo me siento derrotada al pensar que mi destino parece reducirse a ser la sombra de Tom.

—No puedo dar lo mejor de mí si tengo que estar preocupado por tus conductas inapropiadas. Empieza a comportarte como la mujer en la que se supone que te vas a convertir.

Me deja sola en el sofá, en bragas, con el sexo hinchado, frustrada, anulada, reprimida.Siento que cada día me decepciono un poco más a mí misma, que mi esencia se apaga lentamente. Y en mi interior, un alma herida solo grita una cosa:

¡Déjame ser libre!

CAPÍTULO 2



LA AVENTURA ESTÁ AHÍ FUERA

GINGER FOX

TRES MESES DESPUÉS

—Prométeme que vas a llamarme cada vez que puedas, que vas a cuidarte, dormir bien y, por el amor de Dios, que vas a alimentarte correctamente y no a vivir a base de porquerías. —dice mi madre, mientras sonrío y tomo mi maleta de sus manos—. Sigo pensando que fue una pésima idea aceptar ese trabajo, Gin.

—Allá vamos de nuevo… —resopla mi papá, rodando los ojos mientras me jala hacia un abrazo y me pellizca las mejillas—. Ya hablamos de que esto será bueno para ella. Cuídate mucho, sabes que te amamos.

—Yo también los amo muchísimo. —Levanto la cara y le doy un beso en la mejilla.

—¡Ay, Dios mío! Si tanto querías trabajar, ¿por qué no buscaste algo aquí cerca? —solloza mamá mientras se limpia las lágrimas con un pañuelo.

—Por favor, mi dulce Fox... Ginger ya tiene veintitrés años — dice papá, soltándome para abrazarla con fuerza.

—Mamá, solo será hasta el final del verano. Y Norfolk ni siquiera está tan lejos de Columbia. —Le guiño un ojo mientras abro los brazos para abrazarlos a ambos.

—¡Es una isla en Australia! —responde al instante—. Sigo pensando que no es lo correcto. ¿Y Tom? ¿Qué va a pasar con él? ¿Y con su boda? Deberías estar preocupándote por eso.

—Mamá, ya hablamos de esto. Tom y yo estamos de acuerdo con mi decisión. Después del verano nos vamos a casar. ¿Qué más puedo hacer mientras él termina su pasantía?

—¡Encargarte de los preparativos de tu boda! —responde de inmediato, lanzándome una mirada fulminante.

Miro a mi padre y abandono la idea de seguir discutiendo con ella. Él asiente suavemente con la cabeza, comprendiendo, como yo, qué mamá no va a entender. Y tampoco quiere hacerlo. De cierta forma, papá fue el único que realmente pareció feliz cuando acepté este trabajo.

—Miren la hora —dice, levantando la muñeca para ver el reloj —. Tu vuelo está por salir, Gin. Será mejor que te des prisa.

Le doy un beso rápido y, al apartarme, aliso el cabello de mi madre con suavidad, sonriendoles a ambos.

—Los amo mucho.

Camino con paso firme por el pasillo hacia la puerta de embarque. Antes de cruzar el torno de acceso, me giro una última vez, les sonrío y me despido agitando la mano. Siento una extraña emoción. Una mezcla de nervios y libertad por la decisión que tomé. No es que trabajar como niñera en una isla perdida del océano Pacífico, que solo supe que existía gracias a Google Maps, haya sido alguna vez mi sueño o un plan de vida. Pero en el momento en que encontré ese anuncio en una agencia virtual, todo me hizo clic.

Mis días se estaban volviendo extremadamente estresantes, al punto de sentir que estaba por colapsar. Era una sensación tan sofocante que ni siquiera el último trimestre de la carrera de Administración me había hecho sentir así. La propuesta de matrimonio inesperada de Tom, durante la cena de mi graduación, fue como un disparo a quemarropa. No porque no me imaginara a su lado, siempre supe que Tom era el hombre con quien compartiría

mi vida, pero en ese momento, ese destino tan claro terminó sintiéndose como un punto final para mí.

Era como si todos nuestros planes anteriores hubieran sido atropellados por esa propuesta. Mi madre, eufórica, gritaba de felicidad, radiante como si ella fuera la propia novia. Yo no podía sentir ni una décima parte de la emoción que ella mostraba. Mi papá, más sereno, solo sonreía con discreción, mirándome con una pregunta silenciosa en sus cejas negras y pobladas: *¿Es esto realmente lo que quieres?*

Y la verdad es que... no lo sabía.

No porque dudara que podría construir algo sólido con Tom. Nunca me había imaginado una vida sin él. Crecimos en la misma calle, jugamos juntos desde niños y nuestras familias eran muy tradicionales. Él fue el chico más guapo y cariñoso de la escuela.

Fue mi primer beso y el único hombre con el que estuve. Éramos la pareja que tenía todas las probabilidades a su favor.

A veces armaba alguna pelea sin sentido solo para tener una discusión tonta y terminar teniendo sexo de reconciliación que saliera un poco de la rutina del típico misionero. Casi nunca peleábamos; éramos compatibles en todo: música, películas, fútbol, comida… La única diferencia entre Tom y yo era mi curiosidad por lo que había más allá de todo eso. Por lo inesperado. Esa necesidad de conocer otros lugares, otras personas, de entender más mi propio cuerpo, de explorar las distintas formas de placer y de felicidad. Tom pasó de ser mi mejor amigo a mi novio, y ahora mi prometido. Llevábamos diez años juntos. Tal vez eso era lo que quería: ser su esposa, la madre de sus hijos.

No hubo intercambio de anillos ni una propuesta romántica. Fue algo común, en una pizzería cualquiera del centro, celebrando una graduación de una carrera que ni siquiera era mi verdadero sueño. Fue casi lo mismo que decir: *Oye, ¿quieres compartir esta pizza conmigo?*

Y yo, con la boca todavía manchada de mostaza, simplemente asentí. Porque sí, porque tarde o temprano iba a pasar. Solo que llegó demasiado pronto. Cuando terminé la universidad aún no sabía qué hacer ni a dónde ir, pero deseaba explorar más allá de las fronteras de Columbia. Entonces llegó la propuesta de matrimonio y, con ella, las fantasías de mi madre: casarse por la iglesia, con todos los lujos, protocolos y despliegues de una boda tradicional para su única hija. En lugar de investigar las mejores empresas a las que postularme, terminé analizando telas, flores, vestidos, música e invitados.

¿Desde cuándo existe tanta variedad de papel para una invitación de boda? Veía cómo toda mi vida se decidía entre blanco hielo y blanco perla, como si fuera la decisión más importante del mundo. Con una sonrisa forzada en el rostro, me veía atrapada entre mi madre y mi suegra, intentando convertirme en la esposa perfecta del futuro presentador del noticiero de las siete. Una madrugada me encontré llorando desconsoladamente, y en medio de esa crisis me sentí egoísta por no estar feliz con mi futuro matrimonio.

El viaje de Tom a California solo empeoró mi ansiedad, ya que dejó sobre mí toda la euforia de su madre combinada con la de la mía sobre mis hombros. Sabía que la pasantía en el periódico de California sería importante para su carrera; el sueño de toda su vida fue convertirse en un gran presentador destacado a nivel nacional. Y ahí estaba yo, otra noche más, la futura novia sumida en la melancolía y buscando trabajos temporales de verano, solo para tener algo significativo en qué pensar más allá de las flores silvestres o del vestido de la niña de las flores

Creo que la conversación con mi padre, que había tenido lugar dos días antes, fue el golpe final que hizo sangrar mi corazón.

—Aprovecha este verano. Ve a un lugar en el que nunca hayas estado. Habla con personas distintas, descubre algo nuevo. Haz algo por tu cuenta, tú sola con una mochila. —Sus dedos rodearon los míos, y me perdí en su tranquila mirada—. No digo que esté en contra de este matrimonio. Solo pienso que sería bueno, al

menos una vez, hacer lo que realmente quieres: tomar tus propias decisiones, equivocarte, acertar, descubrir qué pasó con esa pequeña Ginger curiosa que siempre se metía en líos y aventuras… pero que era feliz.

Lo escucho. Escucho esa voz que lleva tanto tiempo en silencio, la voz de la pequeña Ginger que en algún momento se perdió, gritando dentro de mí. Aparto los ojos de mi padre, sintiendo el corazón tan apretado que parece que alguien lo estrujara con fuerza.

—La vida es como una historia y tú eres la autora de la tuya. Acepta el consejo de este viejo que te quiere. —Mi padre sostiene mi barbilla, guiando mi mirada de nuevo hacia la suya—. Solo tenemos una oportunidad para escribir nuestra historia. Así que escribe algo bonito, mi dulce niña.

Y así fue. En cuanto se despidió y salió de mi piso, me encontré leyendo sobre la vacante en Norfolk. Solicitaban una niñera para cuidar de un chico de trece años durante el verano. No había mucha información más allá de eso, un pago generoso y sin necesidad de experiencia previa. Mi primer trabajo en la vida fue como niñera cuando cumplí quince años, Hasta terminar la secundaria, así pasé buena parte de mi adolescencia. Tal vez cuidar de un niño no sería tan malo como pasar todo el verano viendo a mi madre organizar la boda de sus sueños. Con esa idea en mente, las palabras de mi padre, dichas gracias a la ayuda de dos copas de vino y casi jurando que no funcionaría, me postulé enviando un breve video de presentación.

Al día siguiente, después de pasar toda la mañana encerrada en mi apartamento, negándome a contestar las llamadas de mi madre, abrí mi bandeja de entrada y me sorprendieron unas palabras en negrita como respuesta:

Contratada.

En menos de una semana, ya había resuelto todos los trámites, había recibido el billete pagado por la familia del chico, y

había hablado con Tom mediante una videollamada. Me había puesto lencería sexy debajo del albornoz para mostrárselo.

—¿Te gusta? Lo compré pensé en ti. —Sonreí, deslizando mis dedos por el encaje del sujetador—. Si quieres, incluso puedo hacerte un striptease.

Tom se ríe en respuesta, negando con la cabeza.

—Cuídate, Gin. Dejemos eso para cuando estemos juntos.

—Cuídate tú también. Te amo…

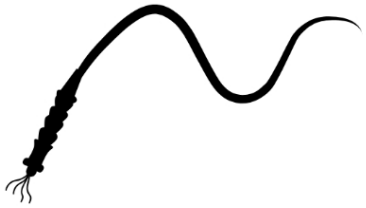
Simplemente colgó, sin un beso de buenas noches, sin un "te echo muchísimo de menos". Incluso podría haber dicho algo como "me masturbé pensando en ti estos días", pero no. Nada. Absolutamente nada salió de sus labios, aparte de un seco "cuídate".

Maquillada, con ganas de sexo y frustrada, abrí la aplicación de mensajería y vi la foto que me había mandado la noche anterior, desde su habitación. Me masturbé imaginando un polvo intenso con él, como solía hacer. Tom no era exactamente un galán, pero me encantaba su polla. Siempre me llenaba, aunque, siendo sincera, nunca había visto otra en persona. Solo en vídeos para adultos.

Aún así, Tom me parecía guapísimo: alto, con hombros anchos. Su rostro cuadrado tenía una masculinidad particular, única. De piel clara, con el cabello castaño y los ojos marrones fueron mi perdición. Siempre fantaseaba con que me follara en algún lugar público, con la adrenalina de que alguien pudiera descubrirnos. Fuerte, salvaje y sin reservas. Y así era como conseguía correrme últimamente: con la ayuda de mi imaginación. Hasta que las piernas me temblaban. Pero eso era todo, solo imaginación.

Levanto el móvil para apagarlo, pero mis ojos se detienen en una pequeña mancha de color reflejada en el espejo detrás de la cama de Tom. Deslizo el dedo y hago zoom enfocando una mancha rojiza a lo lejos, que parece un vestido colgado en una percha, sujeto a la puerta de su habitación. Descartando de inmediato la idea de que fuera un vestido; quizás es alguna prenda del compañero de cuarto de Tom.

Al día siguiente ya estaba embarcando rumbo a Norfolk, siguiendo el consejo de mi padre: solo yo y mi mochila. Y cuando regresara, me esperaba el papel de la perfecta y encantadora esposa de Tom Daver, el prometedor presentador del noticiero de las siete.



—Espero que no te arrepientas —dice con calma la mujer alta, de cuello fino que resalta bajo su corte tipo Chanel, mirándome fijamente.

Cuando el taxi me dejó frente a la imponente propiedad, en la puerta principal de una mansión ostentosa con paredes cubiertas de vegetación, lo que le daba un aspecto sombrío pero elegante, después de un vuelo largo y dos horas en ferry para llegar a la isla, aún no estaba segura de haber llegado a la dirección correcta. Antes de que pudiera confirmar la dirección en mi móvil, la gran puerta de madera roja se abrió. La señora Lorane Roy así se presentó, me dijo que ya me estaba esperando. Su mirada intensa no ocultó la sorpresa, que supuse se debía a ver a una mujer morena plantada en la entrada de su casa.

Me vi obligada a sujetar la correa de mi mochila, avergonzada, luego de extenderle la mano y ver que simplemente se dio la vuelta, invitándome a entrar, dejándome allí, perdida, contemplando el interior de la majestuosa residencia. Lorane, con su figura delgada, caminaba delante de mí con su vestido de rayas finas y tacones dorados, desfilando con pasos elegantes hasta detenerse en el pasillo de la mansión. Guardé silencio, observando cada rincón del lugar mientras arrastraba mi maleta con una mano y sostenía mi mochila con la otra. Jamás imaginé que el sitio fuera tan refinado, mucho menos que terminaría en una mansión más grande que todo el barrio donde vivo en Columbia.

—Como puedes notar, Norfolk no tiene muchos atractivos más allá de las playas. Para alguien de su edad, puede resultar aburrido.

—No, en realidad, me gusta —digo. Dejo la maleta junto a la pierna, ajusto las correas de la mochila y me la coloco sobre los hombros.

Supongo que, al final, no fue tan buena idea elegir un atuendo tan informal: jeans, una blusa sin mangas y tenis. Ella me escanea de pies a cabeza, guardando silencio por un instante y luego continúa caminando. Exhalo lentamente, acomodo con los dedos los rizos rebeldes que se escapan del moño y los deslizo detrás de la oreja, mientras vuelvo a arrastrar la maleta.

—Como se mencionó en el correo que le enviamos, Jon pasa las vacaciones en Norfolk. A veces no tenemos mucho tiempo para él, así que suele estar solo. Normalmente, soy yo quien elige a sus cuidadoras, pero Roy pensó que sería mejor dejar que él tomara la decisión este año.

—Estoy segura de que nos llevaremos muy bien. —Ella se gira por un instante y me observa como si evaluara las probabilidades de que eso fuera cierto.

—Notarás que Jon es un poco distinto a otros niños de su edad, lo que le dificulta entablar conversaciones con otras personas. —dice al llegar a la escalera de mármol blanco, donde se detiene apoyando los dedos en la barandilla. Ya me imagino el suplicio que será subir con esta vieja maleta—. Jon suele acostarse temprano, así que a las ocho de la noche puedes retirarte junto con él. Las comidas serán normalmente entre usted y él. Excepto la cena familiar, o cuando él decida unirse a nosotros. Pasa la mayoría de las tardes en la biblioteca leyendo, y por las mañanas suele dormir hasta tarde.

—Debe ser estudioso, dejar de aprovechar el verano para pasar tiempo en la biblioteca. —sonrío, intentando romper el hielo, sin éxito debido a su expresión seria—. No lo juzgo, yo también pasaba así mis veranos… aunque en la biblioteca pública de mi ciudad.

—A Jon no le gusta el sol, prefiere quedarse dentro de la mansión.

—Prácticamente, un ratón de biblioteca —interviene una voz masculina desde lo alto de la escalera, haciendo que ambas miremos hacia arriba.

Parece tener unos veinte años. Piel grasosa, cabello corto y negro, su rostro está marcado por el acné y su sonrisa me recuerda al archienemigo de Batman. Una sonrisa falsa y descarada, típica del mismísimo Joker. Con los ojos muy abiertos y una sonrisa diabólica, parece disfrutar burlarse del pobre niño por preferir leer libros. Baja los escalones con lentitud.

—Señorita Fox, él es Bob, mi primo, estará pasando el verano con nosotros—dice ella con voz seca y sin emoción alguna—. Bob, ella es la nueva cuidadora de Jon.

—Ya me doy cuenta. Jonathan cumplió su palabra, la eligió con pinzas —responde con sarcasmo mientras termina de bajar, saca unas gafas de sol del bolsillo del pantalón y se las coloca—. ¿Tomas algún tipo de tranquilizante?

—Disculpe, ¿qué? —La pregunta me descoloca. No tomo ningún medicamento—. No creo haber entendido, pero no tomo ningún medicamento.

—¡Bob! —La voz áspera de la señora Lorane lo reprende, pero él ni siquiera la mira, sigue observándome.

—Deberías, Te va a hacer falta —dice, pasando a mi lado, acomodándose el cabello y soltando un suspiro arrogante—. Bienvenida al manicomio, señorita Fox. Si no toma pastillas, ya verá que pronto las necesitarás.

Todavía estoy digiriendo lo que acaba de decir cuando la puerta principal se cierra de golpe tras él.

—Por favor, no le hagas caso a Bob, Tiene un sentido del humor... bastante desafortunado —Alzo la vista hacia ella y noto un leve temblor en la comisura izquierda de su boca. Parpadea rápido y cambia de tema—. Normalmente, las anteriores cuidadoras tenían algún tipo de formación en pedagogía. —Sus ojos se entrecierran y

sus hombros se tensan al notar mis zapatillas, respirando con cierto nerviosismo—. Este año, Roy prefirió elegir a alguien más…

¿Más? Creo que hasta debería temer lo que viene a continuación. Es casi como si mi presencia aquí fuera algo indeseado, algo que se han visto obligados a aceptar a regañadientes.

—¡Joven! —Una voz alegre y enérgica suena detrás de mí. Giro el rostro y me quedo impresionada al ver a una mujer exótica y radiante que se acerca con paso firme—. Creo que esa es la palabra que buscas, Lorane. Y Roy, sin duda, se lo tomó muy en serio. Mira esta petunia tan hermosa que trajo a este sitio anclado en el tiempo.

Sonrió por lo diferente que es ella, tan fuera de lugar, en medio de este ambiente elegante y de las personas que acabo de conocer. La mujer rubia, con su cabello liso como la seda cayendo por los hombros y resaltando su piel clara, tiene unos bellísimos ojos grisáceos que enmarcan su rostro cuadrado y realzan sus largas pestañas negras. Nunca había visto unos ojos así. Su cuerpo, todavía con gotas de agua deslizándose por la piel, desprende un aroma a mar y protector solar. Pero el hecho de estar mojada no parece incomodarla, camina por la mansión con un diminuto bikini como si fuera lo más natural del mundo. Cuando está ya a pocos pasos de mí, noto que es bastante alta. Su mano grande, con uñas largas pintadas de rojo sangre, se extiende y para mi sorpresa, aparta un mechón rebelde de mi cabello. Lo coloca tras mi oreja, sonriendo, y acomoda mis rizos con delicadeza.

—Mira esa piel, ¡qué espectáculo! —Su mirada se dirige a la mujer que está cerca de las escaleras—. Dime, Lorane, ¿no es hermosa la juventud?

—Ella es la señorita Fox.

—Sé muy bien quién es. Y sinceramente espero que esto funcione. —Doy un paso atrás, devolviéndole la sonrisa.

—Señorita Fox, ella es Baby, mi… —Levanto el rostro justo a tiempo para ver cómo la señora Lorane duda un momento, como si

buscara la palabra adecuada.

—¡Cuñada! —La despampanante rubia responde en su lugar, volviendo a mirarme—. Nos llevaremos muy bien, pequeña.

—Un placer, soy Ginger, pero puedes llamarme Gin. —Extiendo mi mano hacia ella, que la aprieta suavemente.

—El placer es todo mío. Bueno cariño, lo que necesites, solo llámame. —Suelta mi mano, se da media vuelta y se aleja hasta desaparecer de mi vista.

Me siento triste cuando veo el gran cuerpo que tiene. Quizá sea modelo. Ya que es tan naturalmente deslumbrante que hace que la autoestima de cualquier mujer tambalee. Pero de verdad, es tan guapa, casi hasta el punto de ser perfecta.

—Baby, como Jon y Bob, sólo viene durante el verano. El resto del año vivimos aquí mi esposo, yo y su tía, que ya es mayor. Los conocerás durante la cena. Por favor, sigamos, aún tengo que presentarte a Jon. —Vuelvo a mirar a Lorane y asiento, dejando atrás a la alegre y exuberante rubia.

Subo la escalera de mármol que parece no tener fin. Me pesa arrastrar la maleta y, entre intentar seguir la larga lista de indicaciones de Lorane y recuperar el aliento, porque admitámoslo, estoy fuera de forma, agradezco a Dios cuando por fin llegamos arriba y puedo recargarme en la pared.

—Todo lo relacionado con Jon se reporta directamente a mí. En tu habitación encontrarás un sobre sobre la cama con una tarjeta de crédito para los gastos necesarios de ambos. Tendrás algunos fines de semana libres, ya sea cuando Jon esté con su abuela o si Roy lo autoriza. ¿Sabe conducir?

Me mira brevemente y yo solo asiento, recuperando la postura.

—¡Excelente! Tendrás acceso a los vehículos, solo tienes que informar a Robert, uno de nuestros empleados. Lleva años trabajando en la mansión, es responsable del mantenimiento de la

residencia y del cuidado de los coches. Siempre lo encontrarás en el jardín.

—Entendido. Si quiero salir en coche, debo hablar con Robert.

—No me gusta que la gente entre y salga de la habitación de Jon, así que, cuando él está aquí, tú eres la encargada de mantener su cuarto. Una de las criadas dejará la ropa limpia en la habitación y tú le entregarás la ropa sucia. —escucho cada palabra que dice y su voz es casi como si estuviera leyendo un manual—. ¿Alguna duda? —Me recompongo, dejando a un lado el cansancio, justo cuando se da la vuelta y me examina de arriba abajo, como parece ser su costumbre.

—No, señora.

—Solo quiero dejar algo claro, señorita Fox: usted ha sido contratada para cuidar a Jon. Su función es distinta al del resto del personal de la mansión. El señor Roy permite ciertos privilegios debido a Jon, pero no olvide que, al final, sigue siendo una empleada aquí.

Sus palabras suenan como un bloque de hielo. Y cuando me mira, mi intuición me dice que esta mujer me echaría de esta mansión si pudiera.

—No lo olvidaré —respondo con calma, pero soy consciente de que no seremos amigas.

Escucho de Lorane todo lo que necesito saber sobre lo importante que es que Jon pase tiempo en la biblioteca. Y, en varias ocasiones, pienso que ese es precisamente su objetivo: mantener al chico tan invisible como sea posible durante el verano… junto conmigo.

—Estoy segura de que su hijo y yo nos llevaremos bien, señora.

—Jon no es mi hijo —me interrumpe de inmediato, deteniéndose frente a una puerta blanca al final del largo pasillo.

—¿No? Vaya, pensé... Lo siento…

—Jon es el sobrino del señor Roy. Cuando nació, mi marido asumió su custodia. Desde entonces, hemos cuidado de él. —No sé qué decir. Solo puedo sentir, muy dentro de mí, el dolor del pobre niño por haber perdido a sus padres tan joven.

Ahora entiendo por qué tiene ese gesto amargo. Seguro es la típica historia: de una joven que se casa con un viejo millonario al borde de la muerte, pero él nunca muere y tiene la salud de un toro. Y a la joven esposa, todo lo que le queda es cuidar de su familia, lo que hace con puro resentimiento. El hecho de que hable de la muerte de los padres del niño como si fuera una carga que cayó sobre sus hombros, me hace entender por qué el chico pasa tanto tiempo en la biblioteca.

Lorane se mueve, abre la puerta del dormitorio, siendo la primera en entrar. Me detengo a su lado, viendo la habitación fría y sin vida en la que dormiré. En su interior dispone de una cama matrimonial antigua y un armario de madera con dos puertas. Lo más llamativo es la ventana enorme que va del techo al suelo y da a la playa. Desde el balcón, tendré una vista espectacular, lo cual compensa lo que le falta al cuarto.

—Esta es su habitación. —dice señalando una puerta a la izquierda—. Ahí está el baño.

Dejo mi mochila sobre la cama, coloco mi maleta al lado de la cabecera y miro la preciosa alfombra roja y esponjosa en el suelo. Me acerco a la puerta del baño, que ella deja abierta, y para mi sorpresa observo una bañera adentro. Eso mejora bastante mi opinión sobre el lugar.

—Tu habitación está conectada a la de Jon, separadas solo por una puerta. —añade mientras se dirige hacia la derecha y la abre. Camino tras ella.

Si pensaba que mi cuarto estaba oscura y sin vida, la habitación de Jon me muestra lo sola y vacía que es realmente. El lugar tiene una pequeña cama individual en la esquina, cerca de la pared con sábanas tan lisas que parecen recién planchadas, una cobija perfectamente doblada al pie de la cama. Una cómoda

reluciente con nada más que un peine. Para un chico de trece años, no hay ni un solo objeto que lo identifique. No hay juguetes, ni ropa tirada, ni el menor rastro de alegría. La habitación está meticulosamente ordenada, con cortinas grises. Si me dijeran que es el dormitorio de un cadete en entrenamiento, lo creería.

—Jon debe estar en el baño. Un segundo, ¿de acuerdo? —Lorane se adelanta y toca la puerta. Al no recibir respuesta, la abre. Está vacío. Mira su reloj dorado con el ceño fruncido—. Debe estar en la biblioteca.

Justo en ese instante, la puerta principal del cuarto se abre y entra un chico delgado, de rostro marcado, distraído, con auriculares. Su cabello, teñido de un azul brillante, resalta aún más su piel clara, que le da casi un aspecto pálido. Su expresión cambia de inmediato al vernos. Se quita los auriculares con sus dedos largos, dejándolos caer sobre su cuello, y baja la mirada al suelo.

—Llegas tarde. —dice Lorane con un tono normal, pero lleno de desaprobación—. Ella es la señorita Fox, tu cuidadora.

Jon es frágil, da la impresión de que podría romperse con un abrazo. Lleva una camiseta negra de manga larga ocultando sus brazos y deja solo las puntas de sus dedos expuestas, a juego con los pantalones deportivos negros. Para tener trece años, podría pasar por uno de quince: es alto y delgado. Me fijo en sus zapatillas, idénticas a las mías, con la diferencia de que las mías están desgastadas, casi jubiladas, mientras que las suyas parecen recién salidas de la caja.

—Hola, Jon, soy Ginger. Puedes llamarme Gin. —sonrío, camino hacia él y le extiendo mi mano.

Pero sus ojos se desvían un instante hacia la mujer que está detrás de mí. Jon recoge los brazos, vuelve a levantar las manos y se coloca los auriculares.

—Bueno, los dejaré para que se conozcan. —Lorane pasa a mi lado.

Jon baja el rostro y mantiene la mirada fija en sus zapatillas. Ella le besa la cabeza y luego se gira para salir por la puerta.

—La cena se sirve a las siete. Jon te mostrará dónde está el comedor.

—Por supuesto. —Meto los dedos en el bolsillo trasero de mi pantalón y cambio ligeramente el peso de una pierna a otra.

Lorane sale rápidamente, cerrando la puerta detrás de ella. El chico silencioso camina sin entusiasmo por la habitación y se sienta en el borde de la cama. Sigo sus movimientos desganados; aprieta sus dedos entre sus piernas, como si fuera una pequeña estatua frágil. Debo admitir que Jon no es lo que esperaba, no por su ropa ni por su pelo, sino que me intriga el hecho de que un joven entrando en la preadolescencia necesite una cuidadora.

—Entonces, Jon, ¿qué te gusta hacer? —No obtengo respuesta, ni siquiera una mirada—. A mí también me gusta la música. ¿Qué estás escuchando ahora?

Doy dos pasos y me detengo a su lado, pero me congelo al verlo encogerse aún más de lo que ya estaba, como si yo fuera algún tipo de amenaza. Su respiración se acelera, su pecho sube y baja con rapidez. Suelto un suspiro, sabiendo que esto no será nada como lo imaginaba. Normalmente, los chicos de su edad son inquietos, les gusta hablar y presumir de sus juegos, son más activos. Jon, definitivamente no es así. Me alejo un poco y me siento en la otra punta de la cama. Miro al suelo, a mis viejas zapatillas, y balanceo los pies lentamente mientras aprieto los dedos contra el colchón.

—¿Qué hago aquí, Jon? —digo más para mí que para él. Giro el rostro, al chico silencioso y me sorprende al captar sus ojos fijos en mí—. Sabes, cuando tenía tu edad, no me gustaba conocer gente nueva, y cada vez que había visitas en casa, me ponía los auriculares, aunque no estuviera escuchando nada, solo para que no hablaran tanto conmigo.

Parpadea lentamente. Sé que no escucha nada, porque sus auriculares son de última generación, debería al menos escucharse un bajo retumbar.

Me está escuchando, simplemente no quiere hablar. Llevo la mano al bolsillo trasero del pantalón, saco mis propios auriculares finos y los levanto a la altura de sus ojos.

—De hecho, todavía lo hago cuando salgo o cuando no quiero hablar con nadie.

Y ahí está lo que estaba buscando, una pequeña sonrisa que florece en la comisura de su boca, compartiendo conmigo su pequeño secreto.

Le guiño un ojo con complicidad, mientras ajusto cada auricular en mis oídos. Saco el móvil del otro bolsillo del pantalón, lo conecto a la entrada de audio y lo dejo al lado de la cama. Me quedo en silencio, simplemente acompañándolo.

CAPÍTULO 3



SECRETOS ENTRE LOS MUROS

GINGER FOX

Jon está sentado a mi lado, mirando su plato de comida, sintiendo el mismo desánimo que yo. No es que sea una persona desagradecida o quisquillosa, pero no dejo de pensar: ¿quién le ofrece sopa de pulpo a un niño para comer? ¿Dónde está la carne, la ensalada y las patatas fritas?

—¿Y a qué te dedicas en Columbia, Ginger? —Charlotte Roy, la señora perfectamente maquillada con su elegante vestido, me observa serenamente desde el otro lado de la gran mesa.

Lorane me la había presentado como la matriarca de la familia, recibiendo una mirada de advertencia de la elegante dama, que aparenta tener más de sesenta y ocho años, pero posee una lucidez perspicaz.

—La señorita Fox le está dando la cena a Jon. —responde Lorane, sentada junto a la anciana, hablando directamente, sin dejarme ni siquiera abrir la boca.

—Creo que Jon no sufre de ninguna discapacidad mental ni motora, puede alimentarse solo, Lorane. —dice la menuda mujer, levantando su copa de vino, llevándola a los labios y bebiendo con calma, mientras me observa—. Vamos, niña, no tengo edad para misterios. Responde.

Escucho la risa baja de Jon, con los auriculares aún en sus oídos. Levanta el cubierto, revolviendo la sopa.

—Bueno, hace poco terminé la carrera de Administración de Empresas…

—¿Y no pensaste en trabajar en tu área?

Empiezo a simpatizar con esta mujer tan sincera, que dice las cosas sin rodeos.

—En realidad no tuve mucho tiempo. Terminé involucrándome en otros proyectos y antes de darme cuenta ya estaba viniendo a trabajar aquí.

El sonido de los tacones resonando en el suelo me hace callar . La mujer rubia, vestida con un ajustado vestido rojo, irradiando color y luz.

—Dios, ¿ya estás interrogando a la pobre Ginger, tía? —dice, y siento un suave roce de sus dedos sobre mis hombros mientras arrastra la silla junto a la mía y se sienta con elegancia.

—Hola, aberración, no sabía que habías llegado. —Baby respira hondo, cierra los ojos y sonríe levemente al oír el saludo de la anciana.

No entiendo por qué la llama así. Tal vez su ropa, algo provocativa, la haga parecer una aberración ante los ojos de tía Charlotte.

—¡Y yo no sabía que habías sobrevivido al último derrame cerebral!

—Para desgracia de Lorane, mi corazón fue lo suficientemente fuerte para regresar. —Me atraganto con el espeso caldo de la sopa, casi escupiéndolo cuando la delicada dama dice estas palabras, lo que provoca una risa inesperada y suave a mi lado.

Estiro el pie, tocando el de Jon, y le sonrío, lo que hace que finalmente me sonría por completo. Cuando alzo la vista hacia las mujeres, me encuentro observada por tres pares de ojos.

—Jon, come. —dice Lorane en voz baja, pero con la firmeza suficiente como para que él vuelva su atención en el plato y borre la sonrisa de su rostro.

Y así se va la brecha que había abierto para mi, volviéndose retraído de nuevo. El sonido de una silla arrastrándose me hace mirar hacia el otro extremo de la larga mesa. Un hombre de rostro duro y expresión seria se incorpora, quedando erguido. Si pensaba que Baby era alta, este hombre redefine la palabra "enorme", no solo por su estatura: es grande en todos los sentidos, musculoso e imponente. Se desabrocha los botones de su traje azul oscuro y se sienta con una respiración pesada.

—Hola Jonathan, pensé que no cenarías hoy. —dice la anciana, y él esboza lo que debería ser lo más parecido a una mirada suave para la anciana.

—Perdón por el retraso, tía. —Su voz ronca y profunda, junto con su apariencia, me deja claro que el esposo de la señora Lorane no está a punto de morir… y tampoco es un viejo millonario. Es el hombre millonario.

Tiene algo extrañamente sombrío, como si su sola presencia cerrará la sala en sí misma, envolviéndola en silencio. Su rostro cuadrado y el corte de cabello estilo militar le dan un aire aún más severo; sus manos grandes tamborilean sobre la mesa, mientras mira su plato sin el menor interés. Y, casi como por arte de magia, ahí está la curiosa Ginger, observándolo con intriga. Siento mis mejillas arder de vergüenza cuando, en un movimiento ágil, gira la cabeza hacia mí y clavando sus ojos en los míos. Son abrumadores, llenos de intensidad, de un azul claro que roza el gris, como los de Baby; pero en él evocan un día lluvioso, de cielo apagado.

En ese momento debería haber apartado la mirada, pero sigo observando cada línea marcada de su expresión seria. La barba incipiente no le da aspecto descuidado, sino más bien rústico, atractivo… y peligroso al mismo tiempo. El leve temblor en la comisura de sus labios llama mi atención hacia su boca, de forma recta, pero con un labio inferior más lleno que el superior, que

armoniza perfectamente con su rostro masculino. Su nariz, fina y recta, sigue la línea de unas cejas negras que resaltan sobre su piel clara. Sí, es, sin duda, un hombre extrañamente sombrío… pero de una belleza abrumadora.

—Roy, ella es Ginger. —dice Baby girando el rostro hacia mí, rompiendo mi inspección al hombre de expresión seria. Parpadeo un par de veces y siento que mi cara arde el doble al darme cuenta de que Baby me observa con una sonrisa traviesa en sus labios carnosos, pintados de rojo.

—Buenas noches, señorita Fox. —dice él con tono de voz impersonal, tan frío como el resto de la casa o como las cortinas apagadas del cuarto de Jon, lo que termina por incomodarme.

Sin valor y llena de vergüenza por haber sido sorprendida mirándolo, apenas asiento con la cabeza a modo de saludo. La llegada del joven al que apodé "Joker" rompe el incómodo silencio en la mesa. Con las bromas mordaces de Bob, vuelvo a fijar la mirada en la sopa de pulpo intacta frente a mí; sintiéndome como una niña atrapada, husmeando entre los juguetes de otra.

El resto de la cena transcurre en el más absoluto silencio y, por momentos, desearía poder hacer como Jon y ponerme los auriculares para desconectarme del mundo. Me siento aliviada cuando él termina de cenar y se retira, dejando su plato incluso más lleno que el mío, que sigue intacto.

Al final de la noche, después de ayudar a Jon a acostarse, me dejo caer en la cama aún sintiéndome perdida. No logré arrancarle ni una sola expresión. Suspiro derrotada, y obligo a mi cuerpo a levantarse para ir al baño. No me atrevo a usar la bañera; estoy agotada del viaje, así que me conformo con una ducha rápida, que resulta reconfortante.

Después de ponerme mi vieja camiseta de baloncesto, —que más bien parece un vestido y me llega hasta la mitad de los muslos —, camino hacia la gran ventana. Abro las puertas y recibo la brisa con gusto que trae consigo el aroma del mar. Suelto el moño de mi

cabello, deshaciendo algunos rizos que estuvieron atrapados todo el día.

Nunca, en toda mi vida, había visto una noche estrellada tan hermosa. El sonido de las olas deshaciéndose en la orilla me arranca una sonrisa. Jamás había estado tan cerca del mar.

Estiro los brazos, paso los dedos por la barandilla de mármol del balcón, cierro los ojos y, en ese segundo de silencio bajo el cielo estrellado, me doy cuenta de algo: no pensé ni una sola vez en Tom ni en la boda. Y por más extraño y egoísta que suene, estoy feliz.

—Aún creo que fue innecesario contratar a alguien. —dice Lorane con voz tensa y rápida, llamando mi atención. Giro el rostro y la veo a dos balcones de distancia del mío, con la luz encendida en la habitación y las puertas abiertas.

—No pedí tu opinión sobre mi decisión. —responde una voz helada, distante y cortante.

—Nunca pides nada, simplemente das órdenes.

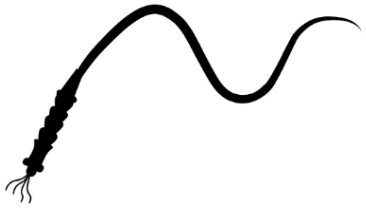
Para ser un matrimonio, estos dos parecen tan enamorados como una vaca de su carnicero.

—¡Exactamente! Y ahora te ordeno que salgas de mi habitación.

Escucho los insultos, nada elegantes, que salen de la boca de la distinguida mujer que conocí esta mañana, seguidos por el portazo violento que retumba con fuerza. Me encojo con el estruendo, abro los ojos asustada. Y antes de poder huir o desviar la mirada hacia cualquier maldito rincón que no sea el balcón. Ahí está él, de pie en silencio. Con una mano en el bolsillo del pantalón y la otra sosteniendo un vaso de whisky. Me observa desde su balcón.

Por segunda vez, en el mismo día, me atrapa espiando. La mano con la bebida se alza en mi dirección, en una especie de saludo. Bajo la mirada hacia el suelo y regreso a mi habitación tan rápido como puedo.

—La curiosidad mató al gato, Ginger —me reprendo, frustrada por no saber controlar mis ojos curiosos cuando están cerca de ese hombre.



Una semana puede pasar más rápido de lo que uno se imagina, sobre todo cuando cada día trae algo nuevo. Jon no es parlanchín, pero tampoco permanece en completo silencio como en los primeros días. Algunas mañanas, incluso, he logrado sacarle un "buenos días". A veces, hay cosas en él que me inquietan, como aquella tercera noche en la que desperté de madrugada con una sensación extraña… y me encontré con Jon de pie junto a la cama, observándome. Casi me da un infarto del susto. Pero cuando encendí la luz y vi el estado en el que estaba, fue mi corazón el que se rompió. Lo llevé de vuelta a su cama y lo arropé.

Aquella noche no solo me impresionaron sus pesadillas, sino también que me alarmaron los cortes finos en su brazo, hechos únicamente para causarle dolor. Intenté hablar con Lorane sobre las heridas que Jon se estaba provocando, pero me interrumpió con frialdad.

Dijo que ya estaba bajo cuidado psicológico y que no quería que siguiera con ese tema. Pero, para ser alguien que estaba recibiendo tratamiento, Jon no parecía estar haciendo ningún tipo de progreso.

Al cuarto día, mientras intentaba hacer que hablara conmigo y guardaba su ropa en la cómoda, ropa que Lira, una de las empleadas, había traído, casi sufre una crisis nerviosa porque puse sus camisas negras junto con las de colores. En silencio, separó todas, una por una, y las ordenó por color y talla.

Dejé un par de calzoncillos blancos en el cajón donde solo había negros, solo para ver si reaccionaría igual. Y sí, Jon chasqueó

los dedos con nerviosismo, me miró, luego miró el cajón… y sin poder resistirse, se levantó de la cama, fue hasta allá y colocó la prenda blanca con las otras del mismo color.

En la biblioteca, donde suele pasar sus tardes, puse a prueba algunas teorías: dejé algunos libros fuera de orden. Jon se alteró, los reacomodó uno por uno; y el lápiz torcido en el escritorio fue alineado con precisión milimétrica hasta quedar perfectamente paralelo a los demás.

Después, en el cuarto día, sola, tras la cena y luego de acostarlo, llamé a una amiga de la universidad, a quien conocí en las conferencias del auditorio de psicoanálisis. Le conté las actitudes extrañas de Jon, y al final, ella confirmó lo que yo ya sospechaba: Jon tiene muchas probabilidades de tener TOC. A pesar de ser tan joven, el trastorno ya está bastante avanzado, y si no se trata a tiempo, solo empeorará en su etapa adulta.

Recordé una conferencia a la que logré asistir una vez que Tom tuvo que quedarse trabajando hasta tarde. El profesor habló sobre distintos trastornos psicológicos, destacando el Trastorno Obsesivo-Compulsivo. Aprendí que, además de tener causas hereditarias, el TOC también podía desarrollarse a partir de traumas o abusos en la infancia.

Y ahí estaba yo, otra vez intentando hablar con Lorane, y una vez más, me silenció.

La quinta noche no desperté con Jon parado al lado de mi cama, sino con sus gritos desesperados a las tres de la madrugada. Fui a su habitación y lo encontré tirado sobre la alfombra, casi desnudo, solo en calzoncillos, con el cuerpo temblando. Lloraba y gritaba, abrazándose a sí mismo con desesperación. Corrí hacia él y me arrodillé frente a su cuerpo encogido. Cuando mis dedos rozaron su hombro, se sobresaltó y gritó aún más fuerte, como si mi toque lo hubiera herido. Retiré la mano, conmovida viéndolo tan frágil, tan roto por un llanto que parecía salir desde lo más profundo de su alma. Entre sollozos y sacudidas, lo rodeé con los brazos,

apretándolo fuerte contra mi pecho, como si pudiera reconstruir con ese abrazo todos los pedazos rotos de su mundo.

Siempre tuve muy claro que no hay nada más sólido ni más importante para un ser humano que el cobijo de otro ser: un abrazo, la empatía, esa sensación de seguridad que trae paz al alma. Le susurraba palabras suaves al oído, le dije que todo estaría bien, que solo había sido una pesadilla. Poco a poco, comenzó a calmarse hasta quedarse dormido entre sollozos, en mis brazos.

Mis ojos recorrieron su cuerpo, observando cómo su columna vertebral se marcaba sobre su espalda delgada. Acaricié su cabello azul, besé la parte superior de su cabeza, lo abracé con más fuerza y escuché cómo su respiración se volvía más tranquila con el sueño. El pantalón corto de Jon estaba tirado en una esquina. Sabía que se había acostado con el puesto, porque yo misma lo ayudé a irse a la cama y apagué la luz del cuarto. Jon no se había acostado en calzoncillos.

Lo recosté suavemente sobre la alfombra, me arrastré hasta la cama y le traje su almohada y su manta. Después de acomodarlo y taparlo, volví a mi habitación solo para buscar mi propia almohada… pero me congelé al escuchar el sonido de la puerta abriéndose en el cuarto de Jon. Regresé lo más rápido que pude a la puerta que conectaba nuestras habitaciones, entré, me detuve frente a la puerta que había escuchado y giré la manilla con cuidado. Con un clic, comprobé que la puerta que juraría haber dejado cerrada, estaba abierta. Y no, no era mi imaginación.

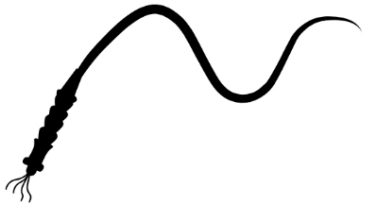
Mi corazón comenzó a latir con fuerza mientras miraba el pasillo oscuro. No estaba loca. Estaba completamente segura de haber cerrado con llave esa puerta, del mismo modo que también estaba segura de que había otra persona escondida en esa habitación, probablemente en el baño, que aprovechó el momento en que fui a mi cuarto para escapar. Volví a cerrar con llave, con los dedos temblorosos y el corazón desbocado.

Lancé mi almohada al lado de Jon, me recosté junto a él y, esa noche, ya no pude volver a cerrar los ojos. Esta vez no le conté

nada a la señora Lorane, no quería ser silenciada otra vez. Hice lo que sentí que debía hacer.

En la sexta noche, Jon ya dormía conmigo en mi cama, y la puerta que conectaba ambos cuartos no solo estaba cerrada con llave, sino también bloqueada por el armario, que ahora movía cada noche para asegurarla.

No sabía si podía contarle a Baby lo que había ocurrido, ni si ella sabía sobre el trastorno y las autolesiones de Jon. A pesar de que siempre mostraba alegría y cariño sincero cuando estaba con él, algo me decía que nadie parecía prestar verdadera atención al dolor que se vivía en esa casa. Todos tenían secretos oscuros, escondidos entre las paredes de esa mansión.



—¡Oh, por Dios! ¿Cómo esperas vivir así? —me río con Baby, que está sentada a mi lado observando a Jon caminar por la playa.

Estoy feliz de haber logrado sacarlo finalmente de la biblioteca. Se le ve más relajado, incluso más tranquilo, desde que empezó a dormir en mi habitación. Jon no se abrió cuando le pregunté si alguien le estaba haciendo daño; simplemente subió el volumen de los auriculares, dejándome claro, a su manera, que prefería guardar silencio. Como no quería presionarlo, decidí no insistir, aunque sigo atenta a todas las señales que van apareciendo.

—En realidad, no es tan malo… —digo encogiéndome de hombros y giro el rostro hacia ella, que me observa fijamente.

—¿En serio? —No puedo evitar reír por la forma en que lo pregunta.

Con Baby siento una afinidad muy rara, esa que ocurre pocas veces en la vida, cuando conoces a alguien y sabes, con certeza, que se convertirá en tu mejor amiga. Es casi como si fuera mi alma gemela. Baby es hipnotizante. No solo por su belleza, sino también

por su carisma. Habla con libertad, sin pudores, y es completamente espontánea. Con ella puedo compartir todos esos pensamientos locos que alguna vez tuve y que nunca supe con quién hablar.

Baby tiene treinta y tres años, ha visitado más lugares de los que yo podría conocer en dos vidas, incluso si reencarnara varias veces. Ama diseñar ropa, y algunas de sus creaciones las manda a hacer solo para uso personal. Hablamos de todo, desde la marca de mi anticonceptivo, que tomo desde hace años, hasta su sueño de lanzar su propia línea de ropa.

—Ok, puede que no sea lo más ideal, pero Tom me hace feliz a su manera.

—¡Ese tipo le tiene asco al sexo anal, Gin! ¿Qué puedes esperar de él además de una vida sexual frustrada?

Me tapo la cara, riendo a carcajadas.

Con Baby hablé en poco tiempo cosas que jamás me había atrevido a decir en voz alta, ni siquiera a mí misma. Le conté lo extraña que me sentía por tener tanta curiosidad sobre mi cuerpo, sobre el sexo, y por vivir constantemente frustrada con el típico "misionero" que Tom me ofrecía. Y ella, de una forma única, no me hizo sentir una depravada ni una mujer con serios problemas sexuales, simplemente me escuchó sin juzgar, sin colocar cara de escándalo. Solo me escuchó.

Para Baby, yo no era inadecuada, solo era la vieja Ginger curiosa. Le confesé mi deseo platónico por un profesor en el último semestre de la universidad, con quien fantaseaba imaginando que me tomaba encima del escritorio, en su oficina o incluso en plena sala de clases. Pero cada vez que sonaba la campana, salía por la puerta como si nada, dejando mis fantasías atrás y volviendo feliz a casa con Tom, convirtiéndolo en mi "profesor sexy" en la intimidad. Baby no me hace sentir una loca. Me hace sentir una mujer normal. Curiosa. Que quiere explorar más sobre sí misma.

—¿Alguna vez se lo dijiste, Gin? ¿Alguna vez miraste a Tom y le dijiste: quiero una buena follada, fuerte y salvaje?

Baby habla de estos temas con tanta naturalidad que solo consigue que me sienta más cómoda para desnudar mis pensamientos.

Nunca tuve tiempo para hacer amigas, ni en el colegio ni en la universidad. Siempre me resultó extraño hablar con otras personas, y mucho más sobre estos temas.

—Una vez estábamos teniendo sexo. Todo iba bien, yo estaba excitada y quería más… —Cierro los ojos al recordar aquel día. Tom estaba de buen humor. Habíamos comprado el apartamento y estábamos felices—. Entonces le pedí que me diera una nalgada —susurro, inmersa en mis recuerdos—. Solo eso, un golpe, en cualquier parte: en el trasero, en los muslos, incluso en la cara, si quería.

—¿Y lo hizo? —pregunta ella, abriendo una sonrisa mientras me observa con atención.

—No. De hecho, se le bajó todo por completo. —Por más que lo intente, no puedo borrar de mi memoria la mirada de repulsión que me lanzó Tom aquel día—. Me dijo que una mujer decente no pide ese tipo de cosas.

—¡Dios mío, qué imbécil! —responde Baby sin dudar, acariciando mi mejilla con sus dedos. Me pierdo por un instante en sus ojos claros, tan intensos. Ya me he acostumbrado a esas muestras espontáneas de afecto que tiene conmigo—. Es un idiota, Gin. Claramente, no tiene idea de lo que una mujer quiere de verdad.

—Tom, en realidad, es un buen tipo. Lo criaron, igual que a mí, en una familia tradicional. Creo que simplemente no está preparado para mis fantasías.

—No tiene nada que ver con la educación, Gin. La sexualidad nace con la persona, da igual su género. Es algo natural y espontáneo, que brota desde dentro y no debería dar vergüenza. El sexo, la unión de los cuerpos, es algo hermoso. —dice Baby con una voz suave, casi como un ronroneo.

Me quedo en shock, sentada en la arena junto a ella, con el cuerpo ardiendo y la respiración agitada, como si estuviera esperando que me besara. Imagino cómo se sentirían sus labios sobre los míos. Sus dedos acarician mi rostro, deslizándose por mi mejilla con una intimidad que me estremece, mientras sus ojos grisáceos analizan cada reacción mía. Parpadeo rápido, aún confundida por cómo reaccionó mi cuerpo. Ella simplemente me regala una sonrisa cómplice.

—La sexualidad es hermosa, pequeña. No tengas vergüenza.

—Es fácil decirlo cuando eres una mujer tan guapa como tú, Baby. —Desvío la mirada hacia Jon, sin atreverme a mirarla otra vez —. ¿Qué pasó con los padres de Jon? —cambio de tema al notar que su respiración se vuelve más pesada, dejando atrás ese tono sereno de antes.

—James, cuando era joven, se metió con una dama de compañía. Y un buen día, ella volvió con Jon en brazos, diciendo que era su hijo.

—James es el padre, ¿verdad? ¿Dónde estaba cuando Jon nació? —Baby observa a Jon con un leve destello de tristeza en la mirada.

—James ya no estaba. —guardo silencio, dudando si debo preguntar cómo murió o no.

—Menos mal que estaban el señor Roy y la señora Lorane para cuidar del niño —digo en voz baja, dibujando líneas en la arena con los dedos.

—En realidad, James también dejó a Lorane. —levanto la mirada hacia Baby, sin comprender del todo—. Lorane estaba comprometida con James cuando él se fue. Roy, por lástima o quizás por evitar un escándalo, se casó con ella solo para que no quedara desamparada.

—Vaya... yo juraba...

—¿Qué se amaban? —Baby niega con la cabeza, segura—. Creo que Roy nunca ha amado nada en su vida. Y desde luego no

iba a empezar por Lorane, te lo puedo asegurar.

—No sé ni qué decir.

—No tienes que decir nada, hay cosas que son evidentes. Mi hermano preferiría follarse una cerradura antes que meterse entre las piernas de esa perra fría. —Abro los ojos, aún más confundida.

—¿No duermen juntos? —Suelta Baby una sonrisa burlona y vuelve a negar con la cabeza.

—No, ni por asomo. Trece años de matrimonio de la más pura y perfecta fachada.

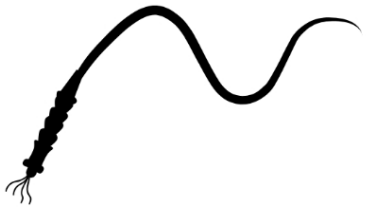
—¡Vaya! —dejo escapar un silbido largo, arqueando las cejas, intrigada por esa relación de conveniencia entre los dos—. ¡Trece años!

Vuelvo a dibujar líneas en la arena con los dedos, intentando imaginar qué tipo de escándalo podría ser tan grave como para justificar un matrimonio de trece años.

—Trece años, niña. Lorane no es ninguna santa, eso lo sé, y Jonathan… bueno, él es simplemente Jonathan.

—Bueno, lo importante es que él te quiere, igual que a Jon, ¿no? —No he visto al señor Roy desde aquella primera cena, es como si hubiese desaparecido de la mansión en estos últimos días—. Si no te quisiera, no se habría quedado cuidando de su sobrino.

—Antes que termine el verano, vas a descubrir que todos llevamos demonios distintos por dentro, Gin. Algunos simplemente saben encerrarlos mejor que otros. Roy es un maestro en eso.



Al final de la noche, todavía estoy pensando en cómo reaccioné al roce de Baby, y eso me resulta tan extraño, nada convencional y muy alejado de los valores conservadores que mi familia siempre predicó en casa. Nunca me sentí atraída por una

mujer, pero aun así, me siento curiosa por haber tenido una reacción tan intensa frente a Baby. Tal vez llevo demasiado tiempo sin sexo, y desde que Jon cambió de habitación, ya no me atrevo a masturbarme durante la ducha.

Tengo un problema serio con los hermanos Roy. Primero, me sorprendí hiperventilando al quedarme mirando al señor Roy, con esa intensidad tan suya, y después mi cuerpo se estremeció al imaginar cómo sería besar a esa rubia deslumbrante.

Miro hacia el cuarto, veo a Jon dormido en la cama, envuelto en las sábanas, y camino hacia el balcón. Cierro lentamente las cortinas y las puertas corredizas de cristal para no despertarlo. Me siento en la tumbona del rincón de la terraza y estiro las piernas sobre el mármol del suelo. Con el móvil en la mano, llamo por tercera vez a Tom, que había prometido hacer una videollamada conmigo hoy. Pero nada… ni me contesta ni devuelve la llamada.

Frustrada y aun sintiéndome perdida, dejo que mis pensamientos vaguen sin freno. Repaso todo desde el primer día que llegué aquí, y vuelvo al final de aquella conversación con Baby. Tal vez tenga razón. Todos llevamos demonios dentro, y los míos se están soltando demasiado en este lugar. Los sueños extraños que me asaltan por la noche me hacen despertar empapada en sudor, con la respiración agitada. Sueños perversos, en los que me hundo en un par de ojos intensos que me devoran. A veces son los del señor Roy. Otras veces son los de Baby los que me arrastran.

Cada recuerdo de esos sueños eróticos me calienta más, me hace hiperventilar. Me doy cuenta de que mis dedos recorren mis muslos. Estoy oculta en un rincón de la terraza, iluminada solo por la tenue luz de la luna. Mis dientes muerden mi labio inferior mientras reprimo un gemido, tan vívido es el recuerdo del sueño. Es intenso, rudo y salvaje, casi desgarrador, la forma en que el señor Roy me folla en mi fantasía. Sé que debería odiarme por pensar en otro hombre que no sea Tom, pero aun así no puedo detener mi mente.

Cuando mis dedos encuentran el centro de mis piernas, subo un poco el vestido, aparto la tela de mis bragas y gimo en silencio,

apretando con más fuerza el móvil entre mis dedos. Apoyo la cabeza hacia atrás, abandonada en el respaldo de la silla, y abro una pierna hacia un lado, dejándome llevar. Imagino sus dedos en lugar de los míos, acariciando lentamente mi clítoris, deslizándose entre mis labios. Me toco con pereza, la siento caliente y húmeda. Mis pezones, duros y sensibles, laten con dolor, como si reclamaran haber sido siempre ignorados.

Mis dedos giran con más ansiedad sobre ese punto palpitante. ¡Maldita sea! No necesito mucho más para sentir las ondas de placer recorriendo mi cuerpo, acompañadas de pequeños espasmos. Bastó imaginar sus ojos fijos en los míos otra vez. Pero esta vez, no son los de Roy los que me miran… sino los de Baby, con esos iris grisáceos dilatados. En mi mente, arrastra sus uñas largas por mis piernas, y allí, en la terraza, los imagino a ambos: Roy y Baby, mi secreto más oscuro y delicioso.

Solo con esa fantasía, muerdo mis labios con más fuerza mientras el orgasmo me golpea. Mis piernas se cierran y aprieto los muslos alrededor de mi brazo. Mi corazón late con fuerza, acelerado, tan rápido que me cuesta respirar.

Después de la euforia, me invade una sensación de ligereza. Abro los ojos, contemplando el cielo estrellado. Por más que busco dentro de mí los valores que me inculcaron, la educación que mis padres me dieron… nada logra hacerme sentir culpable por haber fantaseado con acostarme con los dos. Realmente, Baby tenía razón: la sexualidad es algo bello.

Me tapo el rostro con la mano que aún sostiene el móvil, esbozando una sonrisa lenta mientras me acomodo el vestido sentada en la tumbona del balcón. Giro la cabeza y observo las terrazas vecinas en penumbra, agradecida de que estén vacías. Miro el reloj del móvil. Ya casi es la una de la madrugada. Tom probablemente ya está dormido. Suspiro, dejando caer el móvil.

El sonido a lo lejos, como una calada arrastrada por el viento, me hace alzar la vista, y entonces noto un pequeño resplandor rojo, como una brasa encendida, en una terraza a dos balcones de la mía,

que había asumido erróneamente que estaba vacía. Una gran sombra se desliza desde el rincón oscuro, como un depredador nocturno emergiendo de las sombras, y se detiene cerca del borde de mármol, permitiendo que la luz de la luna ilumine su rostro. Mientras inhala en silencio su cigarro, me deja claro, con el brillo en su mirada, que lo ha visto todo. Que me observó desde su balcón privado mientras me masturbaba.

—¡Mierda!

CAPÍTULO 4



EL CORAJE DE NÁUTILUS ANTE LA QUIMERA

GINGER FOX

—¿Por qué no damos un paseo hoy, en lugar de quedarnos encerrados en la biblioteca? —Tamborileo con los dedos sobre el respaldo de la silla, junto a la estantería, mientras observo a Jon sentado frente a mí, concentrado en la lectura.

Sus ojos se desvían un segundo del libro para mirarme. Niega con la cabeza y vuelve su atención a *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Jon debe saberse ese libro de principio a fin. La aventura del Capitán Nemo a bordo de su submarino *Nautilus*, impulsado por electricidad, donde Verne retrata a un hombre y su creación, que se libera al alejarse de la sociedad para explorar los océanos, siendo muchas veces confundido con una criatura monstruosa de las profundidades. Vivió aventuras únicas: cazó en un bosque submarino, probó criaturas desconocidas en la superficie, contempló perlas enormes cultivadas por el Capitán Nemo, descubrió pasadizos secretos bajo el agua y se enfrentó a calamares gigantes, entre otras hazañas.

Y al mirar a Jon, veo al propio Capitán Nemo: tan aislado en su propio mundo, prefiriendo el silencio del océano al bullicio de la gente a su alrededor. Por eso, entre todos los libros, ese es su libro favorito.

—Jon, vamos. Te gustó ir a la playa el otro día. Hoy podríamos ir solo tú y yo, ¿qué opinas? ¿Exploramos la isla?

Me levanto, camino inquieta por la biblioteca, sintiéndome atrapada aquí dentro, mientras afuera brilla un sol precioso.

Saco el móvil del bolsillo del pantalón y, por quinta vez, reviso que no haya ningún mensaje nuevo de Tom. Una vez más, había prometido hacer una videollamada y me había dejado esperando. Estaba tan ilusionada con poder presentarle por fin a Jon.

—Podríamos encontrar algún sitio con mucha fritura,, comida grasienta y batidos, después de un buen baño en el mar.

Me olvido de Tom por ahora; ya le llamaré esta noche.

Una pequeña sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios, encogiéndose un poco de hombros mientras sostiene el libro sobre sus rodillas delgadas.

—No es que esté menospreciando a Julio Verne con esta joya de libro. Pero, ¿por qué hoy no podemos ser nosotros el Capitán Nemo y salir en busca de nuestras propias aventuras?

Jon frunce el ceño, pensativo, y me mira con un nuevo brillo en los ojos. Su cabello azul, que cae sobre su frente, resalta aún más su piel clara, y parpadea con sus largas pestañas negras.

—«…*¿No viví esa existencia extranatural durante 10 meses*?» —elevo el tono de voz, señalando hacia la ventana con el dedo, mientras saco pecho y recito dramáticamente la última frase que Julio Verne usó para cerrar el libro—. «*¿Quién ha podido jamás sondear las profundidades del abismo*?» —digo con firmeza, apoyando la mano en el pecho, como si fuera el propio novelista francés.

Jon me observa sorprendido, al verme recitar *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Sus mejillas pálidas se tiñen de un leve tono rosado, y se le marcan los hoyuelos cuando abre una gran sonrisa. Señalo hacia él, invitándolo a que termine la última frase del libro.

—«*Dos hombres entre todos los hombres tienen ahora el derecho de responder: el Capitán Nemo y yo*.»

Levanto la mano a su altura, dejándola suspendida en el aire, esperando que choque la suya. Sus ojos azules se quedan fijos en mi mano, sin moverse.

—Vamos, choca esos cinco. No puedes dejar a alguien con la mano extendida así. —Le sonrío, moviendo la mano para animarlo.

—¿Qué es eso? —Por un momento siento que se me encoge el pecho cuando hace esa pregunta, dejándome claro que algo tan simple y tonto como eso nunca lo ha vivido.

—Chocar los cinco es algo que hacen los amigos cuando pasa algo genial. —Tomo su mano y la llevo hasta la mía, haciéndola chocar suavemente. Luego lo señalo—. Choca. —¿Eres mi amiga? —Está confundido, más perdido que antes, como si dudara de merecer una amistad.

Me agacho, poniéndome a su altura, y alineo mis ojos con los suyos.

—Soy tu amiga, Jon. —Le quito el libro de entre los dedos, y vuelvo a levantar la mano frente a él—. Regla número uno de la amistad: nunca dejes colgado a un amigo con un choca esos cinco.

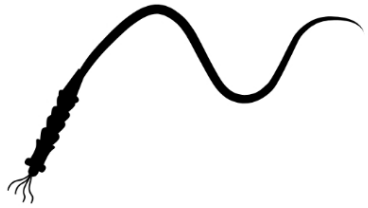
La expresión suave y alegre que me regala hace que mi corazón se sienta cálido, como si por fin hubiéramos dado el paso más importante de todos. Choca su mano con la mía, riéndose con entusiasmo. Le sonrío, feliz de haber compartido ese momento juntos.

—¡Muy bien, Jon! —Lo tomo de la mano, lo ayudo a levantarse del sofá y le revuelvo el cabello con cariño.

—Me gusta el batido de fresa. —dice de pronto.

No puedo evitar soltar un pequeño grito y dar un saltito por su decisión.

—Vamos a cambiarnos y ver qué hay en el garaje, cariño.



—Jon, ve adelantándote al garaje. Voy a avisarle a la señora Lorane que vamos a salir. Él asiente con la cabeza, caminando hacia las escaleras con la mochila en la mano.

Tardo casi treinta minutos recorriendo la mansión en busca de la mujer desaparecida, hasta que encuentro a Lira en la lavandería, y ella me dice que probablemente encuentre a Lorane en el invernadero de orquídeas, ubicado en el ala este de la casa. Cuando me acerco a la puerta, escucho ruidos apagados provenientes del interior. El ventanal, con vidrios esmerilados, apenas deja ver algunas sombras en el interior. Un gemido se vuelve claramente audible justo cuando me detengo frente a la entrada.

—Señora Lorane. —doy un par de golpecitos suaves, llevando mis manos hacia atrás y metiendo los dedos en el bolsillo trasero de mis vaqueros cortos, esperando a que abra la puerta.

Algo se rompe dentro del invernadero, probablemente una maceta, por el estruendo. Solo pasan unos segundos antes de que se abra la puerta. La mujer elegante, que en este momento no luce tan arreglada, respira con dificultad. Ajusta el reloj en su muñeca y me mira.

—¿Qué quiere? —Mis ojos se desvían hacia el interior, donde alcanzo a ver la silueta de una segunda persona alejándose hacia el fondo—. ¿Señorita Fox?

Da un paso al frente, bloqueando mi visión, y cierra la puerta tras de sí.

—Bueno, yo... —Vuelvo la mirada a su rostro y noto que la comisura de sus labios está ligeramente manchada con labial—. Solo quería saber si puedo salir un rato con Jon.

Sus ojos recorren mi cuerpo, desde el top corto de encaje amarillo hasta los shorts de mezclilla deshilachados, deteniéndose

en las sandalias doradas. Esa manía suya tan molesta de analizar cada prenda que uso con aire de desaprobación está empezando a fastidiarme. En ningún momento se me dijo que debía usar uniforme o andar vestida con una burka por la mansión.

—No creo que sea necesario salir con él —responde tajante, se da la vuelta y me deja ahí, como una tonta, mirando la puerta cerrada.

—¡Maldición! —murmuro entre dientes, giro sobre mis talones y prácticamente corro tras ella—. Señora Lorane… —No se detiene, simplemente continúa su camino con paso firme, haciendo sonar los tacones en cada pisada—. Señora, hace un día precioso allá afuera. Jon aceptó la invitación.

Es como hablarle a una pared. No entiendo por qué no quiere que él salga de esta casa. Le vendría bien respirar aire fresco, despejarse un poco.

—Jon debería estar estudiando un poco más hoy, en vez de salir a pasear, señorita Fox.

Ya vamos por otro pasillo, lleno de cuadros que nunca había visto. Las pinturas expresionistas contrastan fuertemente con los amantes del arte más convencional. Algunas son fotografías ampliadas que muestran las siluetas del cuerpo humano, enfocándose especialmente en los genitales. Sin duda, nunca antes había venido al ala este de la mansión; mi memoria jamás olvidaría esas imágenes.

—Hoy es viernes, y Jon está de vacaciones. Quizás un descanso de los estudios también le vendría bien. En estas dos semanas que llevo aquí, Jon solo ha salido una vez, al final de la tarde.

Casi me tropiezo cuando ella se da la vuelta de golpe y se detiene abruptamente.

—No lo considero apropiado, señorita Fox.

¡Dios, cómo odio esa palabra: *apropiado.!*

—¿Qué es lo que no es apropiado? —Estoy tan concentrada imaginando mis dedos alrededor del cuello de esa perra, que solo noto que estamos frente a una puerta abierta cuando la voz impersonal irrumpe entre nosotras como una ráfaga de hielo.

Sé que soy una cobarde por no atreverme a girarme y mirarlo, pero la vergüenza de saber que me vio masturbándome en la madrugada, en el balcón de mi habitación, sigue haciéndome desear que se abra un enorme agujero bajo mis pies para poder esconderme.

—He hecho una pregunta.

Aprieto con fuerza la dobladillo de mis shorts al escuchar el sonido de una silla arrastrándose. Sus pasos pesados no tardan en acercarse, y pronto siento su respiración densa a mi lado.

—La señorita Fox quiere sacar a Jon de la mansión. No creo que sea apropiado exponerlo a este sol tan fuerte. —responde Lorane con rapidez, haciendo que yo parezca una irresponsable al señalar el calor como un riesgo.

Sé que Jon tiene la piel muy clara, que no está acostumbrado a la exposición solar y que una quemadura podría ser grave, por eso tengo dos frascos de bloqueador solar en la mochila. No soy una idiota; no pensaba dejarlo tirado bajo el sol del mediodía, cocinándose como un camarón.

—¿Y debo suponer que la señorita Fox lo considera apropiado? —Mi piel se eriza con su voz intensa, y los vellos de mi nuca se levantan como los de un gato cuando un perro enfado gruñe cerca.

—En realidad, no usaría la palabra *apropiado* —susurro, moviendo impaciente mis pies contra el suelo.

Pensar que podría fallarle a Jon por no sacarlo a pasear, solo porque no tengo el valor de mirar al señor Roy a la cara, es suficiente para patear bien lejos la vergüenza por mi espectáculo de masturbación gratuito.

—La palabra que usaría es *esencial*. Una necesidad, señor Roy. —Levanto la vista hacia el hombre serio, que está tan cerca que puedo sentir el calor de su aliento sobre mi frente.

Creo que aquella noche en la cena no noté cuán extremadamente alto es. Y aun con ese traje negro, se pueden apreciar los músculos que hacen que la tela de sastrería se tense sobre su cuerpo. Es casi del ancho de la puerta, un armario humano rebosante de testosterona.

—*Esencial* —repite él, pronunciando la palabra con calma.

—Sí. Jon pasa demasiado tiempo encerrado aquí. —Dirijo una mirada hacia doña Lorane, que ahora mismo parece a punto de estrangularme, justo como yo fantaseé hacerlo con ella hace unos minutos—. Llevo protector solar, voy a cuidarlo, y no permitiré que se exponga demasiado al sol. Pero quedarse encerrado aquí tampoco le hace bien, ni a su piel ni a su salud.

Vuelvo mis ojos al señor Roy, que solo me observa, sin mostrar el más mínimo rastro de compasión hacia mi petición.

—Hoy decidimos dejar la biblioteca y explorar la isla, como el Capitán Nemo.

—¿Estás motivándolo por una película animada? Debería suponer que tú eres Dory, si tan fácilmente olvidas todas las recomendaciones que te di.

¡Voy a matarla! Dios, de verdad, estoy considerando seriamente hacerlo.

—En realidad, tengo una excelente memoria, señora —respondo en voz baja, tratando de disimular mi rabia—. Seré el Náutilus, no un pez. Y recuerdo perfectamente que me dijo que podía usar algún vehículo de la mansión cuando él quisiera salir a pasear.

—Debería pasar más tiempo en la biblioteca que en el invernadero, Lorane. Eso te ayudaría a entender las referencias literarias. —dice el señor Roy y el rostro de la mujer se torna tan

rojo que por un segundo siento hasta lástima por la forma fría y cortante con la que le habla.

—¿Saben qué? —dice ella alzando las manos, negando con la cabeza con disgusto—, la decisión es tuya, Jonathan. —Lorane se recompone de inmediato, recuperando su expresión fría y distante, se da la vuelta y se aleja con pasos firmes.

Me quedo observando el dobladillo de su vestido, manchado en la parte trasera. Por lo que Baby me contó, no era el señor Roy quien estaba en el invernadero con ella. Y si no era su esposo, ¿entonces quién era? Porque claramente estaba teniendo un momento íntimo entre las orquídeas. Me muerdo el labio para intentar contener la curiosidad incontrolable que me asalta.

Un bufido sonoro -demasiado cerca para mi gusto-, como el de un búfalo enfadado, invade mi espacio personal. Al girarme, sus ojos azules me engullen. Este hombre es meticuloso, con una capacidad de dominación abrumadora. Me tiene atrapada solo con la intensidad de su mirada. Es un maldito gatillo para mi entrepierna descontrolada, que pierde el juicio cada vez que lo tengo cerca. Recordar que fueron exactamente *esos* ojos los que imaginé mientras me masturbaba en la terraza… me hace hiperventilar otra vez.

—Entonces, pequeña Náutilus, ¿quieres explorar la isla con Jon? —Me muerdo más fuerte el costado del labio, con el corazón desbocado y latiendo sin compás.

—Sí, le hará bien y es... —Me pierdo en los movimientos precisos de sus brazos, que destacan aún más los músculos bajo el traje. Su cuerpo se mueve lentamente, con pasos cortos, y me hace retroceder sin darme cuenta.

Sus manos grandes van a los bolsillos del pantalón y su pecho se proyecta levemente forzado por el movimiento. El primer botón desabrochado de su camisa blanca llama mi atención, revelando una cicatriz delgada que recorre su garganta. Está desdibujada por el tiempo, mezclándose con el tono de su piel.

Viéndolo tan de cerca, noto que su piel no es tan clara como la de Baby; tiene un bronceado natural que lo hace parecer dorado.

—*Esencial*, creo que fue esa la palabra que usó. —No tengo mucho que decir. Estar tan cerca de él, en un pasillo vacío, es peligroso para mi salud mental. Me limito a asentir con la cabeza.

Solo cuando se aleja, colocándose de pie cerca de la puerta abierta, me doy cuenta de que estaba con la espalda pegada a la pared. Había perdido la noción del espacio y del tiempo, todo en cuestión de segundos, solo por su respiración cálida y su mirada dominante.

—¿Qué espera? Puede irse. Espero que encuentre la aventura que está buscando, señorita Fox.

¡Peligro extremo!

Eso es lo que mi cerebro me grita al escuchar su tono suave, que ahora no se parece en nada a la voz fría e impersonal de segundos antes, pero que deja claro en su mirada que es un depredador nato. No sabría decir qué animal feroz le encaja mejor: un tigre de Bengala sigiloso o un letal león africano. Sea cual sea, sabe que está en la cima de la cadena alimenticia, y en este momento, soy su presa.

Está jugando conmigo, poniéndome a prueba, disfrutando de como reacciona mi cuerpo ante él, como mi respiración se acelera. Con lo poco que me queda de fuerza de voluntad, me doy la vuelta rápidamente y me retiro, como un soldado que acaba de enfrentar a su enemigo.

No miro atrás ni un segundo, aunque sé con certeza que sigue allí. Los vellos de mi nuca, erizados, me lo confirman. La verdad es que ese hombre extraño, seco y sombrío es una quimera peligrosa… y yo acabo de convertirme en su objetivo.

CAPÍTULO 5



SECRETOS REVELADOS

GINGER FOX

—¿Este es uno de esos momentos geniales? —Sonrío, asintiendo con la cabeza hacia Jon mientras levanto mi mano para él, quien rápidamente responde con un "choca esos cinco".

—¡Este, sin duda, es un momento genial!

Cuando llegué al garaje, lo encontré sentado, con la mirada perdida y un aire casi desanimado. Pero al verme, una sonrisa se dibujó en su rostro, iluminándolo de felicidad. No tardamos nada en elegir qué vehículo usar, sobre todo al ver el jeep rojo, con la lona abierta de llantas grandes y marcadas, que eclipsaba a los demás autos.

Abro la puerta del jeep, dejándolo subir y me acomodo en el asiento lanzando la mochila que tenía en las manos al asiento trasero, tras ajustar el cinturón de seguridad de Jon, abrocho el mío. Paso los dedos lentamente por el volante de cuero, sonriendo con descaro, como si acariciara a un hombre irresistible.

Jon juega con la visera, haciendo que un par de gafas de sol caigan sobre su regazo. Las tomo entre los dedos, acomodo la montura y se las coloco en el rostro. Se mira en el retrovisor y sonríe divertido al verse con ellas. Rápidamente, saco mi mochila del asiento trasero y extraigo la gorra que había guardado dentro. Vuelvo a dejar la mochila atrás y le entrego la gorra a Jon. Él se la

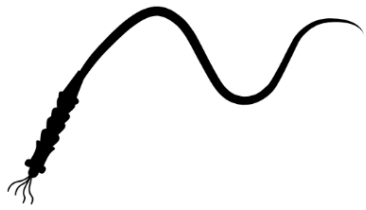
acomoda en la cabeza y me muestra, orgulloso, lo bien que le queda.

—¡Guapísimo! —le silbo mientras él se acomoda en el asiento del copiloto, apoyando el brazo en la puerta.

Al encender el coche, el equipo de sonido se activa automáticamente, y de inmediato suena *24K Magic de* Bruno Mars. Cuando giro el rostro hacia Jon para preguntarle si quiere que cambie la canción, lo veo moviendo la cabeza al ritmo de la música.

—Hmm, a alguien le gusta el hip-hop… —asiento con la cabeza, acompañando el ritmo. Subo el volumen de la radio al máximo.

Y así, Jon y yo dejamos la mansión atrás. No hay nada más satisfactorio que verlo, aunque sea por un momento, comportarse como un chico normal de su edad.



Decir que tuvimos grandes aventuras sería mentir. Creo que la mayor de todas fue un cangrejo molesto que intentó pellizcarme los pies cuando lo pisé sin querer, haciéndome salir corriendo como una loca. Jon solo reía, retorciéndose y sujetándose el estómago, mientras se moría de la risa al verme desesperada con ese asqueroso bicho.

Por la mañana disfrutamos de la playa y, aunque no le gustó mucho, prácticamente lo cubrí por completo con bloqueador solar. Solo después de eso nos metimos al mar. Como cualquier niño que ama el agua, Jon irradiaba felicidad con cada revolcada que le daban las olas. Aproveché esos momentos tan espontáneos y relajados para saber un poco más sobre cómo es su vida cuando no está aquí. Jon pasa el resto del año en un internado en Alemania, que Lorane encontró para él. Algunas veces, su abuela materna lo visita en

verano. Me habló mucho de sus clases favoritas, pero en ningún momento mencionó a algún amigo.

Cuando estaba secando su cuerpo, noté un pequeño rasguño en su espalda que ya estaba comenzando a desaparecer. Guardé silencio, mirando mis uñas, sin saber si había sido yo quien se lo había hecho. Jon se mueve mucho mientras duerme, pero ya no tiene los sueños agitados que solía tener en los primeros días. Se siente en paz durmiendo en mi cuarto. Me acordaría si lo hubiera arañado por accidente.

Recostada sobre la arena, disfrutando del sol después de haber jugado bastante en el agua, con los ojos cerrados, siento un roce lento sobre mi seno izquierdo, pasando justo sobre el pezón, como una caricia íntima.

—¡Jon! —me incorporo de inmediato, viéndolo encogerse por mi reacción. No era mi intención asustarlo, pero la forma en que acarició mi pecho no es un tipo de caricia que un niño de su edad debería conocer—. No puedes tocar las partes íntimas de mi cuerpo.

Hablo con calma, pero es suficiente para que él entienda que no puede volver a hacer eso nunca más. Mis dedos, temblorosos, pasan por mi cabello para disimular mi nerviosismo.

Jon me está mirando, confundido, y se encierra en sí mismo mientras rodea sus rodillas con sus brazos delgados.

—Lo siento mucho... solo quería hacerte feliz —susurra con vergüenza, bajando el rostro para esconderlo junto a su pierna—. No te enojes conmigo... quiero que seas mi amiga.

Me froto el rostro, angustiada, respirando con rapidez mientras comprendo lo que pasó por su cabeza. Jon solo quería agradarme, creyendo que si me tocaba, yo sería feliz, como si fuera un intercambio. ¡Un maldito intercambio de favores sexuales! Siento aún más rabia al ver, con claridad, que mis sospechas eran ciertas. Respiro hondo, sintiéndome asqueada por lo que han hecho con ese niño, usando su necesidad de afecto para robarle la inocencia. ¿Qué puedo hacer? ¿A quién puedo culpar? Será mi palabra contra la de

todos en esa casa, y el verdadero culpable se quedará en silencio para siempre. Volveré a Columbia sabiendo que fracasé con Jon. Había emprendido este viaje para tener todo lo que siempre quise: conocer lugares nuevos, hablar con personas distintas. Pero fue el pequeño Jon quien se cruzó en mi camino, y ahora él me necesita más a mí de lo que yo necesitaba esta aventura. Respiro hondo una vez más, hasta sentirme lista para hablar con él sin que mi voz suene alterada.

—Jon, no estoy enojada contigo. —apoyo mi mano sobre su hombro, enderezando su cuerpo con suavidad—. Hay algo que debes tener claro en tu vida: siempre voy a ser tu amiga.

Intento contener el llanto que amenaza con salir. Retirando mi mano de su hombro, dejándola sobre mi pierna, y lo miro con cariño.

—No es sano que un niño toque el cuerpo de un adulto.

—No soy un niño —responde con la voz quebrada, encogiendo los brazos.

—Tienes razón, trece años ya te hacen casi un preadolescente. Pero aun así, no está bien tocar a un adulto. Y mucho menos que un adulto te toque a ti. Eso es un delito. —Llevo mis dedos hacia los suyos y le tomo la mano, obligándolo a mirarme —. Jon, puedes confiar en mí, puedo ayudarte. Solo necesito que me digas un nombre.

Sus ojos bajan lentamente, se quedan fijos por un rato en mis dedos, que aún sostienen los suyos. Mi corazón late con fuerza. Solo necesito que diga un maldito nombre. Solo uno, para poder sacarlo de ese sufrimiento.

—¡Vaya, qué sorpresa tan agradable! —La voz áspera y sarcástica de Bob interrumpe el momento en que al fin sentía que había logrado conectar con Jon.

Muevo el rostro hacia el cuerpo que se ha detenido detrás de él, mirándolo con rabia. Siento cómo la mano delgada que tenía entre mis dedos se suelta de golpe. Jon se coloca de pie y camina

hacia el mar, cerrándose de nuevo como una concha que protege una perla preciosa. ¡Maldito Joker de pacotilla!

—¡Jon, juega un poco más y ya nos vamos! —le grito, pero su cuerpo delgado solo continúa caminando, sin voltear a ver.

—¿Ya se van? ¡Pero si acabo de llegar! —Bob se sienta en la arena, tomando el lugar que Jon ocupaba a mi lado.

Tengo que morderme la lengua para no soltarle una grosería.

—Vamos a almorzar. —Desvío la mirada de Bob, maldiciéndolo por dentro por haber llegado justo ahora.

—No puedo creer que lograste sacar a esa rata albina de la mansión. —Clavo mis uñas contra la palma de la mano, deseando que fuera su cara lo que tuviera delante.

—Jon no es albino. Solo que no toma el sol tanto como debería, y no creo que "rata" sea una descripción que le encaje. Por lo que sé, quién se esconde en los rincones y sobrevive de las migajas dentro de esa casa, eres tú, no él.

Una sonrisa cínica y descarada se dibuja en sus labios.

—¿De verdad crees que yo soy la rata en esa mansión, Ginger?

—Pienso que no te gustaría saber qué animal usaría para describirlo, señor Bob.

Él echa la cabeza hacia atrás, riendo y negando con ella.

—¡Qué horror! Por el amor de Dios, solo Bob. Guarda tus formalidades para los demás. —Estira la mano y la apoya sobre la mía—. Creo que ya tenemos suficiente confianza para usar solo el primer nombre, Gin.

Sus ojos se suavizan con ese tono de voz meloso. Retiro mis dedos de debajo de los suyos, frunciendo el ceño.

—No tenemos esa confianza, señor. Y si no le molesta, prefiero que me llame señorita Fox. —Tomo la mochila que está en la arena y saco la toalla para secar a Jon, deseando salir cuanto antes de cerca de esta cucaracha asquerosa.

—Me da igual. —Se encoge de hombros, volviendo la vista hacia Jon—. La verdad es que ese niño es tan raro como el resto de su familia. —Me doy la vuelta con rabia, lista para mandarlo al carajo —. Pero lo realmente extraño…

Me interrumpe antes de que pueda decir algo, fijando la vista en la distancia, donde está estacionado el jeep.

—Fue que Jonathan te dejara usar su coche personal. —La información me descoloca, haciéndome mirar con nerviosismo hacia el vehículo.

—En realidad, no pedí permiso para usar su coche. No sabía que era del señor Roy. Me dijeron que podía usar cualquier vehículo del garaje si quería salir con Jon.

¡Mierda, esto sí que puede meterme en problemas!

—No creo que sea el fin del mundo, Jonathan tiene tanto dinero que ya ni sabe dónde lo mete. Probablemente, ese coche le cueste lo que a otros un café. A sus treinta y cinco años, el hijo de puta ya tiene la vida resuelta.

Es tan evidente su amargura, que ni molesta en disimular la envidia.

—Aun así, es suyo. No pienso dañar nada, no vine aquí para causar problemas.

Bob gira el rostro hacia mí, mirándome fijamente, como si analizara cada palabra que digo.

—¿Todavía no lo entiendes, verdad? —Su sonrisa de Joker se ensancha, mirándome como si yo fuera un chiste andante—. No fuiste tú quien eligió venir, fue Jonathan quien te eligió a ti. Nada ocurre dentro de la mansión Roy sin que el diabólico Jonathan lo permita. Si estás aquí ahora, disfrutando de la playa, en su coche, es porque él lo quiso así.

No tengo nada que responderle. Después de todo, fue el señor Roy quien me autorizó a salir con Jon, pero las palabras de Bob me hacen hervir el cerebro. Si nada ocurre en esa mansión sin

la aprobación del señor Roy, ¿entonces él sabe lo que está pasando con Jon y aun así no hace nada?

—Esa familia está hecha de dinero y desgracia. Nada más. —presto atención a las palabras de Bob, aprovechando su momento de amargura para entender más sobre esa gente.

—¿Por qué lo llamas diabólico? —Bob se ríe, jugando con la arena y señala a Jon.

—Porque eso es exactamente lo que es. Mira, la abuela materna de Jon lleva años peleando en la corte por la custodia del niño, y siempre pierde gracias al ejército de abogados de Jonathan —suspira, ladeando la cabeza—. Y aun así, él le da una generosa mensualidad a la anciana, solo para tenerla cerca. En verano la trae aquí, la hospeda en una de sus casas, para que pueda pasar los fines de semana con Jon.

Me quedo en silencio, reflexionando sobre eso. El señor Roy interpreta literalmente ese viejo dicho: *mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos aún más cerca*.

—Casi toda la isla pertenece a la familia Roy. Su padre hizo una fortuna con el petróleo, solo para terminar descubriendo que era un cornudo. —Bob se atraganta de risa mientras cuenta esto—. Jonathan tenía cinco años cuando su papá le voló la cabeza a la puta de su madre, justo delante del niño.

—¿Cómo que delante de él?

—Así mismo, levantó el revólver y disparó. —Levanta los dedos imitando una pistola.

—Eso lo entendí, señor. Quiero decir… ¿Cómo que fue frente a él? —Bob solo se ríe, como si la tragedia infantil del señor Roy fuera una anécdota cómica.

—Él estaba en la habitación cuando su padre le disparó a su madre. Lo vio todo. Después de eso, su padre fue arrestado y confesó el crimen. Dijo que también había matado al amante de ella. Creo que hizo desaparecer el cuerpo del imbécil, porque solo encontraron el de ella. —Hace un gesto con las manos frente a mi

cara, abriendo y cerrando los dedos como si yo fuera una niña tonta —. Luego de eso, James fue criado por la adorable y mezquina tía Charlotte, esperando que Jonathan cumpliera la mayoría de edad para salir del internado y asumir su legado familiar.

Trago saliva, en shock, sin saber que esa familia arrastraba tanta desgracia.

—Y entonces, nuestra querida Lorane cayó del cielo cuando se enamoró de James. Estaba enferma por él, obsesionada, y cuando él murió, entró en depresión y hasta intentó suicidarse —aprieta los labios, claramente lleno de rabia al hablar de Lorane—. Y el diabólico Roy trazó un plan: se casó con la idiota de su excuñada para evitar un escándalo que volviera a manchar el nombre de la familia. Poco después llegó Sméagol para completar el circo del horror dentro de esa mansión.

No me contengo, no esta vez, no cuando señala a Jon y lo compara con Sméagol. Mi puño cerrado impacta con fuerza en su brazo, haciéndolo perder el equilibrio y caer en la arena.

—¡Ey! ¿Cuál es tu maldito problema? —me mira sorprendido. Me levanto llena de furia, agarro la mochila con la toalla y le levanto el dedo del medio sin pensarlo dos veces.

—¡Eres un gusano, una cucaracha asquerosa, no un ratón! ¡Solo una cucaracha envidiosa! ¡Y no te atrevas a volver a hablar así de Jon frente a mí, idiota!

Bob se mueve rápido, usando mi mano para levantarse. Siento una punzada repentina en la muñeca. Él se ríe, mirándome mientras sacude la arena de sus bermudas.

—¡No tenías que alterarte por tu "precioso" Jon! —Su burla me enciende aún más, y por poco no le estampo el puño en su arrogante rostro.

Da un par de pasos hacia atrás, pero mis ojos ya no están puestos en él, sino en el rasguño que ha quedado en mi muñeca, del que empieza a deslizarse una gota de sangre. Bajo la mirada hacia sus manos. La última uña de su mano izquierda, la del meñique, es

larga, lo suficientemente afilada como para herirme y lo bastante áspera como para rasguñar una piel sensible.

—¡Mantente lejos de Jon o te juro por Dios que te castraré!

Lo dejo ahí, con la boca abierta y sin saber qué decir. Camino directo hacia Jon, protegiéndolo, envolviéndolo con mis brazos, apenas lo alcanzo, y nos alejamos de ese imbécil lo más rápido que podemos. No tengo pruebas de que él sea quien está lastimando a Jon, pero sin duda está en lo más alto de mi lista de sospechosos.

CAPÍTULO 6



SABOR A FRESA

GINGER FOX

Tardé un poco en lograr que Jon se soltara de nuevo. Pero, después de muchos batidos de fresa y un paseo en coche con la música a todo volumen, lo conseguí. Desde el primer día que lo conocí, noté que le gustaban las canciones, y fue con la música que intenté comunicarme con él, abrir una brecha en ese mundo cerrado del joven aspirante a Capitán Nemo. De alguna manera, es a través de la melodía que conecto con Jon. Saco el móvil del bolsillo del pantalón y abro la playlist en cuanto llegamos a la mansión y vamos a mi habitación.

—¿Encontraste la canción que querías mostrarme? —me pregunta con curiosidad, y lo miro de reojo, riendo.

—¿Así que a nuestro Capitán Nemo le gusta el hip-hop? —Lanzo la mochila sobre la cama mientras busco la canción que solía escuchar en la universidad.

—No todas, pero me gusta —responde, sudado, con las mejillas sonrojadas, tomando su refresco. Ahora sí, Jon parece un niño feliz. Había cantado tanto en el coche… cada vez que sonaba una de nuestras canciones favoritas.

Tenía un as bajo la manga para cerrar su día, sin querer romper el vínculo que habíamos logrado. Justo como mamá y papá hacían conmigo cuando era niña: cantar con ellos, despreocupados,

como si ese momento fuera lo más importante del mundo. Esos eran los recuerdos más fuertes que guardo de ellos. Mi padre siempre me decía que lo que importaba no era cuánto tiempo podía pasar conmigo, sino la calidad de ese tiempo. A veces, unos minutos se vuelven eternos en nuestra memoria.

—A ver si eres bueno de verdad, quiero verte seguirme en esta —digo mientras busco la canción en la lista de favoritas y reproduzco a Jason Derulo. Los pequeños pies de Jon golpean suavemente el suelo mientras está sentado en la orilla de la cama, entrando en ritmo, escuchando Want To Want Me.

—Ya la he escuchado —dice mientras acelera el golpeteo de los pies, riendo y tarareando bajito.

—Quiero verte seguir el ritmo, Jon —le quito la gorra de la cabeza, muevo mi cuerpo al compás y me la pongo al revés con la visera hacia atrás.

Lo hago reír cuando mis dedos se cuelan por debajo de la camisa, imitando los latidos de un corazón desesperado.

—¡Ahí viene el coro, Jon! —grito, riendo con él. Paso mis dedos por el hombro, imitando a Jason Derulo en el videoclip.

Jon se une al juego, llevando uno de sus dedos a la cabeza y cantando junto a la canción. Muevo mi cuerpo con ritmo.

—*Girl, you're the one I want to want me. And if you want me, girl, you got me.* —ríe Jon a carcajadas cuando canto el estribillo, bailando para él.

—¡Vamos, Jon, canta conmigo!

Tomo sus manos y balanceo su cuerpo junto al mío.

—There's nothin' I, no, I wouldn't do, I wouldn't do Just to get up next to you.

Me sorprende completamente cuando empieza a cantar, dejando que su voz sobresalga sobre la música del móvil. Suelto sus dedos y llevo dos a mis labios, lanzando un silbido digno de una final de campeonato, lo que lo anima aún más.

—¡ESO, JON!

—*Girl, you're the one I want to want me. And if you want me, girl, you got me!* —Esta vez cantamos el estribillo juntos, haciendo el dueto más desafinado que alguien haya escuchado. Pero aún así, nada disminuye nuestra alegría.

Su cuerpo se mueve, se levanta de la cama y me muestra unos pasos de baile, tan descoordinados como los míos. La puerta se abre de pronto, y Baby se queda parada en la entrada del cuarto con una mirada atónita.

Siguiendo el ritmo de la música y temiendo que Jon se encierre de nuevo, camino hacia ella bailando, haciendo mi coreografía improvisada de Jason Derulo. Le lanzo una mirada sexy, paso mis manos por la boca como si estuviera limpiando la baba.

—*You open the door. Wearing nothing but a smile, fell to the floor.* —Ella esboza una sonrisa enorme, para luego hacer un puchero y pasar los dedos por su cuerpo, imitando la sensualidad de la letra.

—*And you whisper in my ear: Baby, I'm yours.* —Baby se une rápidamente a la broma, cantando también. Llevo una mano a la frente, fingiendo un desmayo de tanta emoción.

—*Oh, just the thought of you gets me so high, so high.* —Jon canta con nosotras, despreocupado, sin darle importancia a que ella esté aquí. Al contrario, lo anima aún más mientras baila a nuestro alrededor.

Las dos giramos hacia Jon, aplaudiendo y moviendo las caderas con ritmo, siguiendo la música. Giro el rostro hacia Baby, viendo el brillo en sus ojos al observar a Jon tan suelto y feliz. Ella me sonríe, como si nos entendiéramos, y nos preparamos para el último coro de la canción.

—*Girl, you're the one I want to want me. And if you want me, girl, you got me* —los tres gritamos al unísono, bailando y riendo juntos, siguiendo la melodía.

Cuando la música termina, Jon está eufórico, con el rostro completamente rojo y aún más sudado que antes. Su cabello azul está pegado a la frente y sus ojos brillan de emoción. Se gira hacia la puerta, lo que me hace girar también. El señor Roy está allí, de pie, con las manos en los bolsillos de su pantalón de vestir, observándonos en silencio.

Extiendo el brazo, tomo el móvil de la cómoda, deteniendo la música y lo dejo sobre la cama. Su mirada pasa de Jon a Baby y luego se detiene en mí.

—Tu abuela ya llegó. Te está esperando, Jon. —Su voz no suena fría, pero tiene cierta angustia.

—Vine a avisarle —dice Baby riendo, aún sin aliento—. Entré solo a buscar a Jon, pero terminé uniéndome a la diversión.

—¿Vienes conmigo, Gin? —Ni siquiera sabía que hoy le tocaba ir a casa de su abuela.

—No, Jon. La señorita Fox no puede acompañarte los fines de semana con tu abuela —responde rápido el señor Roy, tanto para él como para mí—. Tendrá el fin de semana libre mientras estés allá.

Veo cómo la emoción de Jon se desinfla como un globo, en medio de una fiesta infantil.

—Pero puedo acompañarte hasta abajo. ¿Qué te parece? Ve a darte una ducha rápida, ya mismo te ayudo con tu mochila.

—¿Vas a estar aquí cuando regrese? —Puedo sentir el miedo en sus palabras rápidas y angustiadas.

—¡Claro, amiguito! ¿Dónde más estaría? —Le guiño un ojo, y eso parece devolverle algo de alegría—. Venga, corre a ducharte.

Jon sale rápidamente de mi habitación, abriendo la puerta que conecta con la suya, y no puedo evitar agradecer por haber movido el armario de ahí esta mañana.

—No será necesario preparar la mochila, señorita Fox. Ya tiene todo lo que necesita ahí —dice el señor Roy. Intento respirar

con calma, aun con el corazón agitado por la emoción del momento con Jon. Asiento con la cabeza mientras mantengo la mirada en él.

—¿Cómo lo lograste? —pregunta Baby, haciéndome apartar la mirada de ese hombre que me devora con los ojos.

—Bueno, a Jon le gusta la música —respondo, quitándome la gorra del cabello mientras me río, feliz de verlo bien—. La música siempre ayuda, Baby. —Paso los dedos por mi cabello, mientras escucho su risa. En ese momento, no me parece raro tenerlos a los dos en mi habitación. Quiero compartir con ellos la felicidad de Jon —. Es un niño espectacular, solo necesita tiempo... Es muy inteligente. ¿Viste cómo se soltó mientras cantaba? Él... ¡Dios mío! —Tapo mi cara, conteniendo un gritito de emoción.

Cuando levanto el rostro, entre risas y alegría, apretando la gorra entre mis dedos, Baby me mira con los ojos muy abiertos, en un azul intenso, tan diferente del gris pálido de antes. Coloca ambas manos a los lados de mi cara, atrapando mi rostro entre sus dedos. Sin previo aviso, se mueve de repente y presiona sus labios contra los míos. Mis manos, suspendidas en el aire, se quedan congeladas, igual que mi cuerpo.

Siento el sabor de su brillo labial de fresa, lo que me hace suspirar. Ella profundiza el beso con lentitud, tomando el control total de la situación. Su lengua roza la mía, dejando un rastro suave y cálido por donde pasa.

¡Estoy besando a una mujer!

¡Estás besando a una mujer!, grita mi cerebro con desesperación, como una sirena de ambulancia. Esto no es algo que se planea, simplemente sucede. Baby sabe cómo hacer que parezca lo más natural del mundo, haciéndome olvidar por completo todo lo que hay a nuestro alrededor.

Cuando se separa de mí, llevándose consigo el poco oxígeno que me queda en los pulmones, me quedo quieta, incapaz de moverme, sin ninguna coordinación en el cuerpo. Permanezco exactamente en el mismo lugar donde me dejó. Su sonrisa blanca se

abre frente a mí mientras acaricia mi rostro con ternura. Luego, Baby sale de la habitación rápidamente, dejándome sin entender qué acaba de pasar.

Llevo los dedos a mis labios, que aún sienten el calor de los suyos. Están hinchados, todavía con el brillo de su labial pegado en mi boca. Miro hacia la puerta y entonces lo veo. El señor Roy está ahí, observando todo. Ha sido el espectador silencioso de mi primer beso con una mujer.

No dice nada. No hay reacción en su rostro. Ninguna muestra de sorpresa, ni juicio, nada. Solo me observa.

Después, se mueve con calma, estira un brazo y toma la manija de la puerta. La cierra lentamente y también se va, dejándome tan perdida como estuve el primer día que llegué aquí.

JONATHAN ROY

Entro en el despacho en silencio, tras pasar un rato observando a Baby de espaldas, mirando por la ventana. Camino hasta quedar a su lado. Jon avanza lentamente, riéndose de algo que su cuidadora le susurra al oído. Ambos se detienen cerca del coche, y justo antes de que él suba, la curiosa Ginger lo abraza, tomándolo por sorpresa. El sonido de la respiración de Baby se intensifica con cada segundo que pasa mientras los observa.

—¿Querías visitar el pasado, Baby? —susurro con calma, atento a cada uno de sus movimientos distraídos.

El vestido amarillo acentúa su cintura, realzando las curvas generosas de sus caderas y su trasero. El cabello recién lavado, suelto sobre su espalda, le da un aire juvenil, justo como se veía en el video que había enviado al proceso de selección.

—Simplemente, me dejé llevar por el momento —responde Baby, levantando los dedos para acomodarse el cabello mientras me sonríe.

Me doy la vuelta y camino hacia mi escritorio. Tiro de la silla de cuero y me siento lentamente. El sonido de los tacones finos de Baby retumba suavemente en el suelo mientras se aleja de la ventana y atraviesa el despacho.

—¿Vas a dejar que me la lleve?

Mis dedos tamborilean con cuidado sobre el escritorio mientras pienso en su petición.

—Una vez que se entra en este mundo, no hay vuelta atrás, Baby. Lo sabes mejor que nadie. ¿Qué te hace pensar que la curiosa señorita Ginger está preparada?

—Lo está. Nació preparada. Solo necesita un pequeño empujón. Anhela ser liberada de esa relación patética con el idiota de Tom.

—Hay personas que prefieren las cosas patéticas, Baby.

—¡Oh, por el amor de Dios, Roy! ¡Viste el informe! Ese tipo es un imbécil de mierda que lleva años mintiéndole a Ginger mientras la hace sentir culpable y anormal.

El idiota de Tom, como Baby lo había apodado después de leer el expediente de su patética vida, lleva engañando a la curiosa Ginger desde hace siete años, justo mientras ella estudiaba y hacía trabajos esporádicos para reunir el dinero con el que pagaron el apartamento que ambos compraron.

Es impresionante lo que se puede descubrir de una persona solo con su nombre, sus redes sociales y la ayuda de un hacker sin escrúpulos, que por una buena suma de ceros en su cuenta bancaria, expone toda la mierda oculta detrás de las fotos perfectas.

La vida de Tom es tan miserable como los moteles baratos donde se acuesta con su amante.

Sigo con el golpeteo lento de mis dedos sobre la mesa, calculando cuáles son las probabilidades de que Baby tenga razón sobre la señorita Fox.

—Lo decidiré para mañana. Sabrás cuando dé la autorización.

Baby sonríe, asintiendo con la cabeza, y se dirige hacia la puerta del despacho para retirarse.

—Y Baby —la llamo, haciendo que se detenga y gire el rostro hacia mí—. Aléjate hasta que haya tomado mi decisión. Mañana tendrás mi respuesta.

Ella comprende mi orden y sale en silencio de la sala. Mis dedos se extienden, pasando sobre el mouse, y enciendo la pantalla del computador. Una vez más, me encuentro haciendo clic en la carpeta a la izquierda de la pantalla.

"Hola, mi nombre es Ginger... Ginger Fox."

Sus dedos delgados se deslizan por su cabello, echándolo hacia atrás. Frunce los labios, pensativa, como si buscara las palabras adecuadas para decir, sin tener mucho éxito. Permanece en silencio durante los siguientes dos minutos. Su cuerpo se recuesta contra la silla, respirando con calma.

"Soy de Columbia, graduada en Administración. Tengo veintitrés años. Me gustan los niños. De hecho, los amo. Creo que es mucho más fácil lidiar con ellos que con los adultos, que son complicados, llenos de problemas y con una comunicación defectuosa. Supongo que no debería decir eso, ¿cierto?"

Sus rodillas se elevan mientras abraza sus piernas. Sé exactamente todos los movimientos que vienen después: una sonrisa forzada, sus ojos negros que se cierran, como si quisiera esconderse dentro de sí misma.

"Pero los niños… ellos son sinceros. Si están felices, lo demuestran; si están molestos, también lo demuestran. Y eso hace que todo sea tan menos complicado. Estoy casi segura de que no me van a elegir, y mucho menos que alguien verá este video, pero si por alguna casualidad alguien lo está viendo, quiero que sepa que pienso dar lo mejor de mí para disfrutar este verano junto a él. Estoy segura de que debe ser un buen niño. Después de todo, la mayor aventura nos espera allá afuera, ¿cierto?"

El video se corta justo cuando ella apaga la cámara, quedando congelado en la imagen de su rostro. Y fue precisamente esa imagen la que captó mi atención. Sus ojos negros, perdidos, como si desearan algo en silencio, brillaban como estrellas. Su cabello rizado y oscuro enmarcaba su rostro, iluminando su piel. Senti curiosidad por saber qué se escondía detrás de esos ojos oscuros.

Cuando tomé la decisión de elegir a alguien diferente este año en lugar de las cuidadoras de edad avanzada y malhumoradas que Lorane solía traer fue por un solo motivo:

ya era hora de que Jon volviera a casa. Necesitaba a alguien capaz de conectar con él. Y aquella mujer extraña, de mirada perdida, podía ser el puente que Jon necesitaba.

CAPÍTULO 7



LA LIBERTAD DEL SÚCUBO

GINGER FOX

—Tendrías que haberlo visto, mamá —cambio el móvil de oreja mientras camino tranquila, pateando algunas piedritas en el jardín—. Jon estaba tan feliz… Es un buen niño…

—Sí, sí, ya entendí. Gin, dime una cosa: ¿llegaste a ver las fotos que te mandé sobre la decoración del salón de fiestas? —corta mi madre de golpe mi entusiasmo, trayendo de nuevo el tema del matrimonio a la conversación—. ¿Sabes? La hija de Stefi dice que el color durazno para las fundas de las sillas queda divino.

El aire se me escapa del pecho como si me estuviera ahogando… otra vez, mientras la escucho hablar sin parar. Me quedo quieta, mirando el mar a lo lejos, mientras ella sigue con su monólogo.

—¿Llamaste a Tom? Sigo pensando que deberías haberte ido a California a estar con tu prometido. —Llevo los dedos a la frente, masajeando con rapidez para tratar de espantar la angustia.

—Sí, él está bien. Pero sigue, ¿entonces crees que el color durazno es la mejor opción? —respondo deprisa, solo para desviar el tema.

Tom y yo apenas habíamos cruzado algunas palabras. Lo llamé antes de hablar con mis padres, pero no respondió la videollamada a la hora que habíamos acordado. Unos segundos

después devolvió la llamada, pero solo por voz. Su tono era lento y la respiración agitada. Me dijo que tenía mucho trabajo acumulado. Como seguía en el periódico, creyó que era mejor dejar la videollamada para otro momento, y pidió disculpas por no contestar a tiempo, ya que quería conocer a Jon.

Pero aun sin verlo, sabía perfectamente cómo estaba, por la forma en que hablaba. Tom, con su cabello alborotado, las mejillas calientes, esa voz arrastrada y la respiración entrecortada. Exactamente como se pone después de que tenemos sexo. Tom no estaba en el periódico, y en el fondo de mi corazón, yo ya sabía la respuesta.

—Mamá, ¿está papá por ahí? —pongo fin al tema del durazno o el salmón, lo que hace que se atragante y suelte un resoplido molesto al otro lado de la línea.

La línea queda en silencio por unos segundos, hasta que escucho la voz tranquila del hombre que siempre logra calmarme y mostrarme un camino, incluso cuando yo misma no puedo verlo.

—Hola, mi amor. ¿Cómo va todo por allá? ¿Ya viste algún canguro? —me pregunta con esa voz alegre que me hace sonreír, sintiendo cómo se disipa el nerviosismo que me dejó la conversación con mamá.

—Papá, estoy en una isla. Veo mucha agua salada, pero canguros… lo dudo bastante.

—suelta una carcajada estruendosa—. Papá… ¿Crees que me equivoqué al no ir a California? —pregunto. Se queda en silencio, su risa se apaga lentamente. Hay una pausa breve.

—¿Quieres que te responda como tu madre, toda entusiasta? ¿O quieres que te diga la verdad? —Escucho una puerta cerrarse del otro lado. Sé que se ha alejado de mamá para hablar conmigo a solas.

—Solo quiero que seas tú, papá —respondo mientras miro hacia el cielo, observando cada punto brillante allá arriba.

—Gin, cuando tenías nueve años me pediste un globo terráqueo como regalo de cumpleaños. No una muñeca, ni ropa nueva —suspira suavemente, y puedo recordar ese globo enorme que me regaló—. Cuando te pregunté por qué querías uno, me miraste con esos ojos grandes y me dijiste que querías marcar todos los lugares que soñabas con conocer.

Miro hacia la mansión, contemplando desde lejos las luces encendidas.

—Tom es un buen chico, y me alegra que lo hayas conocido. Pero quizá… este tiempo separados les haga bien a ambos.

Entiendo lo que papá quiere decir. Tom y yo jugamos juntos, reímos juntos, lloramos juntos. Pasamos de la infancia a la adolescencia y luego a la adultez, siempre al lado del otro. Llegó un punto en el que mis pensamientos eran los suyos, y los suyos los míos.

—Solo quiero que seas feliz, mi amor —susurra, como si estuviera justo a mi lado.

—Te amo, papá. Gracias por ser tú.

—Siempre estaré aquí para ti. Ahora cuelga, que tu madre quiere seguir hablando del color durazno.

Me río, me despido de él y termino la llamada. Hago girar el móvil entre mis dedos, respirando con calma. Mis pasos me llevan de regreso hacia la mansión, mientras pienso qué haré para pasar el tiempo ahora que Jon no está. Tal vez pueda ir a la biblioteca y escoger algún libro que me haga compañía.

Intento no pensar más en el beso tan entusiasta que me dio Baby. Nunca antes había besado a una mujer, y sé que, de cierta forma, solo fue su manera de expresarse. Baby es libre de una forma que no siente vergüenza ni problema alguno con su sexualidad, y eso, me hace admirarla aún más.

El silencio dentro de la mansión es abrumador, le da un aire de mausoleo frío y sin vida, aunque sigue siendo bella en su egocéntrica arquitectura. Como Jon no está, sé que no hay

necesidad de unirme a nadie para cenar, así que sigo con mi único plan: ir a la biblioteca. Y cuál no sería mi sorpresa al encontrar una primera edición de *El jardín secreto*, del año 1911, entre los ejemplares. La tapa envejecida y desgastada aún conserva sus hojas amarillentas en perfecto estado, a pesar de los años. Recuerdo haber pasado dos días enteros encerrados en mi habitación, leyendo ese libro sin parar, cuando papá me lo regaló en mi cumpleaños número ocho.

Mary Lennox era una niña criada por una niñera en la India. Recibía todo lo que quería de parte de los sirvientes. Sin embargo, una epidemia de cólera lo cambió todo: sus padres y su niñera murieron. Mary fue llevada entonces a Inglaterra, para vivir con su tío, Archibald Craven, quien pasó a tener su custodia. Un día, Mary encontró el Jardín Secreto, que había estado cerrado por diez años. Nadie tenía permitido entrar, pero ella, muy curiosa, decidió hacerlo. En una noche tormentosa, encontró a Colin, su primo, hijo del señor Craven. Como todos creían que pronto moriría, le complacían absolutamente todos sus caprichos. Sin embargo, Mary no sentía lástima por él, todo lo contrario. Cuando Colin se ponía insoportable, ella no dudaba en decirle lo que pensaba de su comportamiento.

Ya eran las tres y media de la madrugada cuando cerré el libro, dándome cuenta que había pasado horas tirada en el sofá, en una esquina junto a las estanterías, completamente absorta y desconectada de todo. Mi conclusión de la historia era completamente diferente a la de hace quince años, cuando la leí por primera vez. Mary era solo una niña, y actuaba como tal. Y fue justamente por ser una niña que pudo ayudar a su primo Colin, cambiando su forma de pensar hasta lograr que, finalmente, se curara. Ella demostró que un pequeño cambio de actitud puede transformar toda una situación. Tal vez Colin realmente estuviera enfermo, tal vez iba a morir. Pero Mary se negó a aceptar esa realidad, y logró que él también se negara a resignarse.

Me froto los ojos mientras me levanto para estirar el cuerpo, girando el cuello hacia un lado para aliviar el dolor de haber estado recostada en una posición incómoda. Guardo el libro en su lugar y

salgo de la biblioteca poco después. Si ya me parecía que esta mansión tenía un aire lúgubre durante el día, por la noche, completamente a oscuras, ese ambiente se duplica.

Estoy a punto de subir el primer escalón cuando un sonido proveniente del ala este llama mi atención. Siempre he sido demasiado curiosa. Y aunque debería haber aprendido algo de todas esas películas de terror con finales trágicos para las chicas entrometidas, en lugar de subir corriendo las escaleras hacia mi cuarto, bajo el pie y tomo el camino hacia ese lado, dejando que mi curiosidad sea más fuerte que el miedo. Tal vez por eso me identifique tanto con Mary. Al igual que ella, soy portadora de una curiosidad insaciable, siempre metiéndome donde no debo, entrometida e inconveniente.

El sonido se intensifica, casi como el chillido de un animal enjaulado, alternando entre lo ronco y lo agudo. Camino en silencio, en la oscuridad, y noto que los ruidos provienen del invernadero. Lo confirmo cuando me acerco y veo la luz encendida en el lugar. Con pasos felinos y los oídos bien atentos a los sonidos que se hacen más fuertes, llevo los dedos a la boca para contener la risa. No, definitivamente, no es un asesino en serie a punto de matarme con una motosierra, y mucho menos un animal atragantado. El sonido que escucho es de una mujer gimiendo descontroladamente, como si estuviera sufriendo algún tipo de retorcijón intestinal.

—¡Oh, mierda! —susurro entre risas que intento contener.

Podría ser Lira, la empleada silenciosa. Había notado ciertas miradas entre ella y el jardinero. O quizá ese imbécil de Bob trajo a alguna chica para… bueno, ya sabemos. Definitivamente, no es la anciana Charlotte, porque a estas horas ya debe estar desmayada después de la dosis de vodka que se toma siempre. Y Baby se había ido, lo sé porque escuché el sonido de su auto al salir, justo antes de que yo entrara a la biblioteca. Aún queda una mínima posibilidad de que se trate del señor y la señora Roy, pero eso es prácticamente imposible. El sonido aumenta con golpes de cuerpos. Para quien lo escuche sin saber, parecería una ovación de aplausos. Aun así, me

siento eufórica por estar como una intrusa, escondida, presenciando un momento tan íntimo de alguien.

—¡Eso, perra! ¡Trágatelo todo, como a ti te gusta! —Mis ojos se ponen en blanco de forma automática al escuchar la voz agitada de Bob.

Hasta para follar es un auténtico imbécil, con frases ridículas y de mal gusto. Siento que mis hombros se encogen de decepción, y doy la vuelta para largarme de una vez de ahí. Un golpe fuerte contra el vidrio empañado me obliga a mirar de nuevo. Distingo la silueta de una mujer desnuda, con la espalda pegada a los cristales. Él la sujeta por la cintura, levantándola mientras sus sombras se funden en la ventana, proyectando una imagen que no quería ver.

—Más profundo, más profundo... —Esta vez no ruedo los ojos. Me quedo en shock.

Esa voz es la de Lorane. Los gemidos que suenan como una foca atragantada con una espina de pescado pertenecen a la esposa del señor Roy. Y, para mi espanto, la mujer que está gimiendo está teniendo sexo con su primo, el mismísimo Bob. Todavía en estado de shock, doy dos pasos hacia atrás, pegándome a la pared al otro lado del pasillo. Llevo los dedos a los labios, sin poder creer que la escena que estoy espiando involucre a Lorane, acostándose con su propio primo. El mismo hombre que sospecho que podría estar haciendo daño a Jon.

Mi corazón late desbocado. Estoy perdida, confundida. Quiero desaparecer, ojalá hubiese subido esa maldita escalera.. No soy buena guardando secretos. Sé que a partir de ahora, cada vez que vea a ella o a Bob, esta imagen indecente será lo primero que vendrá a mi mente. ¿El señor Roy, Baby o la tía Charlotte sabrán que esto está pasando bajo su techo?

Los amantes se alejan de la ventana, haciendo un escándalo al moverse al otro lado del invernadero. Aprovecho ese momento y trato de escabullirme de allí, pero no alcanzo a dar tres pasos cuando choco de lleno contra un pecho firme, que está parado en medio del pasillo. La luz que viene de la sala abierta ilumina su

rostro: tranquilo, sereno, mirándome con una expresión curiosa. Lleva un llavero al bolsillo de su pantalón y extiende las manos hacia mí.

—Señor Roy. —Mi voz tiembla, tan débil como mis piernas en este instante —. Yo...

yo…

Los gemidos se intensifican otra vez, haciendo que él mire por encima de mi cabeza. Como si pudiera ahorrarle esa visión, apoyo mis manos contra su pecho, atrapándolas entre la tela de su camisa.

—¡ESO! ¡OH, DIOS MÍO! —grita la voz de su esposa.

Cierro los ojos, sintiendo una punzada de dolor por él. Niego con la cabeza en señal de angustia, abro los ojos y aprieto aún más mis dedos contra su pecho. Por primera vez, veo un atisbo de confusión en el rostro del hombre severo. Sus ojos bajan hasta mi mano, tocándola.

—No necesitas ir allí... —Intento formular una frase decente que pueda ahorrarle esta traición, pero ni siquiera sé cómo pensar.

—Es tarde para paseos nocturnos, ¿no lo cree, señorita Fox? —Se mueve lentamente, levantando su mano hasta mis dedos y apartándolos de su cuerpo.

Parpadeo, confundida. No entiendo cómo puede estar tan sereno. Acaba de escuchar la voz de su esposa, entre jadeos, suplicando que la follen con fuerza. Aún sostiene mis dedos entre los suyos, mirando mi mano, contrastando con el blanco de su piel. Miro hacia la puerta abierta de la sala donde él está parado. Noto que está justo al lado del invernadero. Él ha estado allí todo el tiempo, no fue movido por la curiosidad como yo. El señor Roy estaba en la sala contigua, mientras su esposa tenía sexo.

—Usted ya lo sabía. —No es una pregunta. Es una afirmación, dicha más para mí que para él.

—¿Qué? —Mueve la cabeza para mirarme, dejando la ironía muy clara en su voz—. ¿Qué mi adorable esposa se está tirando al

joven Bob?

Su boca esboza lo que debería ser una sonrisa. Si alguien me preguntara cómo se ve el cinismo, sin duda diría que tiene la cara del señor Roy en este instante. Tan frío e inmóvil como una caja fuerte de acero.

—¡Dios! —Retiro mis dedos, apartándome de su contacto, sin saber cómo debería reaccionar. Creo que no existe una forma correcta de reaccionar ante algo así.

—Vamos. —Su mano ya está sobre mi hombro, empujándome hacia la puerta abierta. No hay forma de zafarme de su toque ni de rechazar su orden, porque no fue una petición.

—¿Desde cuándo lo sabe? —El sonido de la puerta cerrándose con llave detrás de mí no pasa desapercibido mientras analizo el lugar. Mis ojos hacen un registro rápido de la pequeña sala, que es más chica que un vestidor, sin ventanas, con apenas unas rejillas de ventilación en el techo.

Su reacción es tan apática, tan desprovista de emoción, que me deja helada. Sus ojos siguen fijos en mis dedos, como si el color rosa claro del esmalte fuese más importante que lo que ocurre en la otra habitación.

Nunca había entrado aquí. Tal vez, si me pasara una semana husmeando detrás de cada puerta, aún así no conocería este lugar por completo. Las herramientas de jardinería están en una esquina, ordenadas. Hay un pequeño perchero donde cuelga el uniforme de Robert, el jardinero, y al otro lado, un armario de dos puertas. No se necesitan más de cinco pasos para cruzar toda la salita. El cuerpo imponente del señor Roy domina por completo el espacio, obligándome a mirarlo cuando me doy vuelta.

—Desde hace mucho tiempo. Sería difícil no saberlo, con los gritos de ella retumbando por las paredes —dice con naturalidad, quitándose el blazer y colgándolo en un gancho detrás de la puerta.

—¡Esto es una locura! —Me froto el rostro con los dedos temblorosos.

—Creo que la palabra que usaste esta mañana es la más precisa, señorita Fox. —Retiro los dedos lentamente, mirándolo.

Está arremangando su camisa con una precisión milimétrica, dejando las mangas a la misma altura, justo en los codos. Repite el proceso en el otro brazo. Luego levanta el brazo y mira su reloj como si el tiempo estuviera contado. El movimiento rápido que hace después me sobresalta, y mi cuerpo choca contra las puertas del armario detrás de mí. Es un depredador, y ahora soy consciente de ello, más aún después del impacto que me causó ver a la señora Lorane con Bob. Estoy en una habitación diminuta, con un hombre peligroso, sin ninguna posibilidad de escape.

Su mano se apoya contra el armario, justo encima de mi cabeza, y el aroma de su cuerpo, tan cerca del mío, me invade. Trato de centrarme en contar los botones de su camisa para que mi cuerpo no me traicione.

—Somos más parecidos a los animales de lo que creemos —dice, con voz ronca, tan baja que mis latidos parecen retumbar—. Sentimos hambre, como ellos. Sentimos sed, como ellos. —Roy suspira suavemente, y el aire cálido de sus labios roza mi rostro—. Sentimos ganas de follar, como ellos. Todo lo esencial, lo deseamos. Y como los animales, vamos tras lo que necesitamos para sobrevivir.

Su mano es rápida, tirando de mi hombro y atrayéndome hacia él, hasta que mi rostro queda enterrado en su pecho, consumida por el calor de su piel e intoxicada por su aroma amaderado. Es embriagante, tóxico, como una droga potente que invade mis pulmones, enturbia mi mente y ralentiza mis movimientos. El clic detrás de mí viene acompañado del sonido de las puertas del armario al abrirse.

—Por favor, entre. —Baja su cabeza justo en el momento en que yo alzo la mía para mirarlo.

—¿En el armario? ¿Quiere que me meta en el armario? —Intento mirar por encima del hombro, pero necesitaría girarme por completo para ver qué hay dentro.

—Le prometo que no muerdo, señorita Fox. —Rodea mi cintura con ambas manos, una a cada lado, levantándome del suelo como si fuera una muñeca inflable y empujándome dentro.

Instintivamente, mis dedos se aferran a su camisa, temerosa de quedarme atrapada allí sola. Pero esta vez no los aparta. En lugar de eso, mueve su cuerpo junto al mío, entrando también en el estrecho armario vertical. Lo veo erguirse, soltando mi cintura solo para cerrar las puertas. Y en lugar de oscuridad total, el interior del armario se ilumina con suaves luces led rojas que recorren la estructura, casi idénticas a las de los cines.

—¿Por qué estamos aquí, señor Roy? —Mi respiración empieza a volverse pesada. Sintiéndome acorralada no solo por el poco espacio, sino por su cercanía.

—Gírese. —Sus manos regresan mi cintura con firmeza, moviendo mi cuerpo con agilidad hasta que quedo de espaldas. Nada de lo que dice suena como una pregunta; todo en su voz es una orden, una exigencia autoritaria de alguien que no concibe un "no" como respuesta.

No consigo reprocharle ni expresar enojo alguno. Mi indignación queda silenciada al tener frente a mí la escena perfecta de Lorane expuesta sobre una mesa, su pecho subiendo y bajando con fuerza, mientras enreda sus piernas alrededor de Bob. Estiro la mano y toco el vidrio cuadrado que nos deja ver todo lo que ocurre dentro del invernadero. Esto no es un armario; es una sala de observación. Es como la sala de revelado del campus, esa que usaban los estudiantes de periodismo.

Los amantes observados nos regalan maniobras dignas de un canal porno. Bob levanta la pierna de Lorane, dejando que su lengua se deslice por su pantorrilla, subiendo luego solo para atrapar su dedo gordo con los labios y succionarlo con devoción. Las caderas delgadas de Bob se mueven lentamente, estrellándose contra las de ella en embestidas perezosas. Ya no son los amantes desesperados de hace minutos.

—¿Pueden vernos? —susurro, apenas un murmullo, temerosa de romper el momento íntimo que presenciamos.

El cuerpo detrás de mí se mueve, su pecho choca contra mi espalda. Siento la respiración caliente del señor Roy sobre mi cabeza. Su rostro se inclina, y con una de sus manos aparta mi cabello hacia un lado, susurrando con calma:

—No. Es un espejo colocado del otro lado. Aparte de ti y de mí, nadie más lo sabe. —Su voz suena casi alegre, como la de un niño compartiendo un secreto.

—¿Por qué hizo esto? —Mis ojos siguen el recorrido de las manos de Bob, que se deslizan por los muslos de Lorane. Ella arquea su espalda, dejando sus senos expuestos para él, los pezones rosados moviéndose con cada embestida. Él alterna entre movimientos lentos y profundos.

—Hay cierta libertad al observar a las personas, Ginger. —Acerca su rostro a mi oreja, dejando que su barba incipiente roce mi piel—. Más aún cuando no saben que están siendo observadas.

Que le gusta observar, eso ya lo sabía. Pero instalar un espejo mágico para espiar a gente teniendo sexo, eso ya entra en el terreno de una parafilia.

—¿Hay más de esos espejos mágicos en la mansión? —Intento recordar si en mi cuarto hay algún cuadro en la pared que deba preocuparme.

Su pecho vibra contra mi espalda cuando suelta una carcajada.

—Lamentablemente solo existe éste. Pero ahora que lo preguntas veo que tendría potencial en otras salas. —responde entre risas, aunque algo en su tono me hace pensar que lo está considerando seriamente—. Mira cómo los senos de Lorane se mueven suavemente cada vez que contiene el aire justo antes de alcanzar el placer —dice, observando con detalle, analizando la escena como si contemplara una obra de arte. Lo mismo que yo sentí al admirar las pinturas del pasillo del ala este.

—¿Los ves como un cuadro? —Mis dedos se aferran a la barrita que recorre el borde del vidrio mágico, sintiéndome como Mary al descubrir el Jardín Secreto.

Me quedo fascinada por la manera en que sus cuerpos se entrelazan. Bob se retira de ella y mis ojos se topan con su polla de tamaño mediano, rosado, con venas pronunciadas. Se acerca al rostro de Lorane, sujetando su cabello y forzando su cabeza hacia abajo, dejándola colgada mientras su cuerpo queda extendido sobre la mesa. Su miembro entra en su boca y él la sostiene firme, controlando el ritmo hasta tenerlo completamente adentro. Los ojos de ella se abren sorprendidos por la profundidad. Mientras tanto, la otra mano de Bob masajea uno de sus senos rosados, soltándole un golpe fuerte en el pezón firme. Siento arder mi pecho ante la intensidad del acto, como si cada embestida alcanzara también a mi propio cuerpo.

—Es un retrato vivo, una pintura que se mueve, llena de defectos y deseos. Un acto esencial para ambos. —El señor Roy frota su rostro en mi nuca, haciendo que las descargas eléctricas en mi cuerpo se intensifiquen, disparando la circulación de mi sangre.

Mis dedos se aprietan con más fuerza en la barra, sintiendo el calor. El oxígeno dentro de la sala comienza a escasear, la temperatura de mi cuerpo sube, sigo hipnotizada, incapaz de apartar la mirada de la pareja.

Lorane se ahoga, con el rostro enrojecido, como si fuera a desmayarse en cualquier momento, pero eso no hace que Bob se detenga, al contrario, sujeta con más fuerza su cabeza para que no se mueva, y le da una bofetada en la mejilla, dejándola aún más sonrojada, con la marca de la mano en su rostro.

Bob saca su polla de su boca solo por un instante, para que ella recupere el aliento. Las manos del maldito joven se colocan a ambos lados de su cara, abriendo sus mejillas con un dedo de cada lado, forzándola a mantener la boca lo más abierta posible. Su cadera se mueve, follándole la boca con fuerza, profundizando cada embestida.

Ver una película porno es una cosa, pero presenciar cada detalle, cada jadeo de aire frente a ti, es completamente diferente.

Bob se retira por completo, arrastrando un hilo de baba con él al sacar su verga de la boca de Lorane. Ella tiene el rostro sudado, respira con rapidez, pero aun así, veo en sus ojos una satisfacción total.

Él regresa entre sus piernas, frotando su polla cubierta de saliva sobre su coño, torturándola.

Mis piernas se separan, recibiendo un muslo intruso que se mete entre ellas. Mis bragas mojadas rozan con el tejido grueso del pantalón, y dentro de la pequeña sala de observación, no escucho nada más que mi propia respiración agitada.

Mi cuerpo no intenta alejarse, ni se resiste cuando su rodilla se mueve, golpeando el centro de mi sexo y frotando por encima de la ropa interior. Me quema con la fricción de las telas chocando entre sí.

Muerdo mis labios, dejando escapar un gemido bajo y aferrándome con más fuerza que nunca a la maldita barra de hierro.

—¿Por qué estás aquí, Ginger? —Su voz ronca, a mi oreja, hace que mis pechos duelan, palpitando de euforia.

—Porque usted me trajo… —Su pecho vibra, pegado a mi espalda, mientras suelta una risa peligrosa.

—No, pequeña Gin. ¿Por qué viniste a la isla? ¿De qué estabas huyendo?

Tengo la mente aturdida, con pensamientos difusos, atrapada únicamente en la visión de la pareja frente a mí y en los movimientos lentos que hace su rodilla entre mis piernas.

—Porque… ¡Oh, Dios! —Me muerdo los labios, conteniendo un grito cuando golpea justo en el centro, haciéndome temblar de pies a cabeza.

Su mano grande, firme y gruesa, desliza por mi hombro, empujando la fina tira del vestido hacia abajo, mientras sus dedos

trazan un camino hasta tocarme el pecho con caricias apenas perceptibles, torturándome lentamente.

—¿Qué deseas, Ginger? —Cierro los ojos, completamente rendida ante sus caricias robadas.

Ni yo misma sé lo que deseo o lo que busco, solo quiero encontrarme. Encontrar eso que grita dentro de mí desesperadamente por ser liberado. Su mano se apodera de mi pecho, obligándome a abrir los ojos y quedar atrapada por la visión del coño de Lorane tragándose la polla de Bob.

Casi al borde del llanto por la agonía, mi cuerpo se mueve por cuenta propia contra la rodilla de Roy, rozando mi clítoris, que late con fuerza, aumentando el ritmo exactamente como Bob lo hace dentro de Lorane.

Su mano fuerte mantiene mi pecho atrapado, mientras su otra mano recorre mi brazo, dándole a la segunda tira del vestido el mismo destino que la otra. Solo acaricia mi piel, provocándome escalofríos y, al mismo tiempo, un placer que ni siquiera sabía que podía sentir.

El simple hecho de que la punta de su dedo roce lentamente mi codo me hace hiperventilar. Sus dientes raspan mi oreja, mordisqueando la punta, y esa maldita mano sube hasta mi cabello, masajeándolo lentamente.

Es un disparo a quemarropa. Mi cadera se mueve hacia adelante y hacia atrás, como las olas del mar, sintiendo cada pulsación y cada molécula de mi cuerpo convertirse en gelatina.

—Dios... —Estoy cayendo, mi cuerpo está al borde, esperando el orgasmo.

Estoy prácticamente follando con su rodilla, como un animal desesperado por alcanzar el orgasmo. Y él lo sabe, siente un placer brutal por eso. Incluso permitiéndome sentir su polla dura presionando contra mi trasero, aun así quiere verme así, desesperada.

Bob se hunde más dentro de Lorane, atrapando con sus dedos su cuello. Con cada embestida, sus cuerpos se encuentran, la mesa se sacude y todo parece encogerse. Y mi cadera se mueve, frotándose contra su rodilla, igualando la lujuria que Lorane recibe de Bob.

No es a Bob a quien deseo que me esté follando, es a Roy. Quiero ser devorada con la misma hambre con la que Bob lo hace con Lorane.

Siento que la caída se acerca. Mi rostro cae hacia atrás, empujando mi cabeza contra su pecho. Su dedo aprieta el pezón rígido de mi pecho y, entre las nubes de placer que dilatan mis pupilas, lo veo con la cabeza inclinada, observándome.

Un depredador nato que disfruta ver cómo su presa es abatida.

La corriente que nace desde dentro me atraviesa cuando el orgasmo me alcanza. Su lengua áspera se desliza por mi frente, como una caricia impúdica, en la misma intensidad con la que su rodilla golpea mi clítoris, frotándolo con fuerza en movimientos crueles.

Mis dedos estrangulan la barra de hierro, evitando que me desplome por completo.

Cuando Roy me suelta, con la respiración entrecortada y el cuerpo rendido, mi frente se apoya contra el vidrio, y siento que el corazón va a salirme por la boca.

Lo que siento dentro de mí no es vergüenza ni tristeza, mucho menos arrepentimiento. Es miedo. Miedo por lo que acabo de experimentar.

Baby tenía razón. Todos tenemos demonios, y el mío debe ser un súcubo que vibra con fuerza entre mis entrañas y está listo para ser liberado.

CAPÍTULO 8



LETRAS DE LA CORONA

GINGER FOX

Sentada en la arena al final de la tarde del sábado, después de haber pasado todo el día encerrada en la habitación, observo cómo las olas se rompen en la orilla mientras sostengo un sobre negro, que encontré en el suelo del cuarto cerca de la puerta, después de salir de la ducha. En la otra mano, aprieto el móvil, maldiciendo mentalmente a Tom por no contestar la maldita llamada, mientras vuelvo mi mirada a la pantalla.

Necesito contarle lo que está ocurriendo dentro de mí, la confusión que me consume. Necesito escuchar su voz y ver sus ojos y, quizás, si soy lo suficientemente valiente, confesarle que besé a una mujer y que usé la rodilla de un hombre para masturbarme. El símbolo de videollamada se enciende, pero no es el rostro de Tom el que aparece al otro lado.

—Hola. —La pelirroja al otro lado de la línea me sorprende, y miro rápidamente la bolita en la esquina de la pantalla para comprobar si realmente marqué a Tom. Y sí, el único contacto guardado como "Amor" es el de él. Llamé al número correcto.

—Hola, por favor, ¿podrías pasarme con Tom? —Mi voz tiembla.

—Tom está ocupado en este momento. —Hace un movimiento lento con la mano, moviendo el móvil, y reconozco la habitación de

Tom. Está dentro de su apartamento—. ¿Con quién desea hablar?

—¿Cómo? —Es como un golpe. Sus palabras me suenan lejanas, mientras mis ojos se quedan fijos en el vestido rojo que lleva puesto—. Yo... —respiro hondo, apretando aún más el móvil.

—¿Deseas dejarle algún recado, querida? —La voz animada al otro lado pregunta con una alegría fingida, abriendo una sonrisa irónica. No estoy loca, y tampoco vi mal aquella sombra en la foto. Era un vestido de mujer, el mismo vestido que ahora lleva puesto la mujer que sostiene el móvil de Tom.

—¡Maldita sea! ¿Puedes creer que alguien se está estacionando en mi lugar?! —La voz masculina habla molesta. Tan familiar como la recuerdo—. ¿Qué haces, dulzura?

El rostro de Tom aparece cerca del cuello de ella, depositando un beso en el hombro de la pelirroja de una forma tan cariñosa y amorosa. Su mano grande aprieta uno de sus senos, acariciándolo. Él sonríe, mostrando sus dientes blancos y rectos, los mismos que siempre me hicieron admirar su rostro varonil, mirando en dirección al móvil. Y, en ese momento, veo diez años de nuestras vidas pasar en su mirada asustada, clavada en la mía.

—¡GIN!

Cuelgo la llamada, soltando el móvil entre mis piernas junto con el sobre negro. Mis dedos se frotan contra mi rostro. Mis ojos, que ya estaban empañados por las lágrimas, ahora están completamente desbordados. Me tapo la boca, escuchando solo el sonido de las olas, rompiendo junto conmigo, con cada sollozo qué dejo escapar. Es como si mi corazón ya lo supiera, y solo estuviera esperando que mis ojos lo confirmaran. Es un cuchillo que me atraviesa, desgarrando mi alma.

Sabía que no estábamos bien, que algo entre nosotros se había perdido con los años, pero aun así me negaba a ver que Tom ya no era ese niño del que me enamoré. Él es un hombre frío, que tomó diez años de mi vida, consumiéndome, drenando mi esencia, levantando su dedo para juzgarme por no ser una mujer de

“conducta adecuada” para que, al final, descubra que él no es más que un hijo de puta mentiroso.

El móvil vibra sobre mis piernas, empieza a sonar, y veo su nombre en la pantalla. Lo empujo lejos, gritando de dolor, sintiéndome la peor mujer sobre la faz de la Tierra. ¿Qué fue lo que dejé de darle, para que Tom tuviera que buscarlo en otra mujer?

¡Absolutamente nada! Intenté durante todos estos años ser la mujer que él quería, y ese fue mi error. Mi error no fue haber amado demasiado a Tom. Mi error fue haberme amado demasiado poco, hasta el punto de convertirme en la mujer que él quería, y no en la mujer que yo deseaba ser.

Entre el dolor y la rabia de la traición, que me están consumiendo, lo único en lo que puedo pensar son en las palabras de mi padre. La vida es como un libro, y durante diez años escribí mi historia sobre una servilleta barata que fue arrugada y tirada a la basura.

El llanto tarda una hora en dejarme, y cuando por fin se va, estoy tan tranquila como esas olas del mar. Mis ojos están rojos e hinchados, y mis lágrimas agotadas. Ya no queda ni una sola gota que derramar. Es extraña esta sensación que tengo por dentro, dividiéndome entre emociones. Por un lado, la vieja Ginger, aquella que fue olvidada hace tiempo y ahora se siente en paz.

Por el otro está la Gin tonta, que sufre por haber descubierto la traición de ese imbécil de la peor forma posible. Y siguiendo el consejo de mi padre, tomo una decisión sin vuelta atrás. Voy a silenciar a esa Gin que Tom construyó, la voy a bloquear, exactamente como hice segundos atrás con su número en mi móvil.

Hay pocas cosas en la vida que perdono, y la traición no es una de ellas. La primera traición vino de mí, cuando agaché la cabeza y acepté todo lo que Tom quería que yo fuera. La segunda vino de él, que pasó gran parte de nuestra relación diciéndome cómo debía ser una “mujer apropiada”, para luego meterse en el primer coño que se le cruzó. Ahora, con mi decisión tomada, le entrego las riendas de mi vida a la vieja Ginger, la curiosa.

Mis ojos caen sobre el sobre negro entre mis piernas cubiertas de arena, y lo tomo con cuidado, lo limpio, empujando los pensamientos sobre Tom y su traición junto con la Gin tonta hasta lo más profundo de mí.

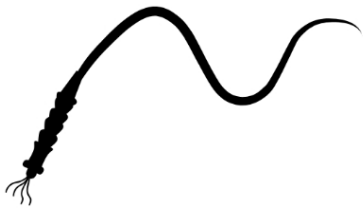
Abro el sobre y saco de él una hoja dorada y laminada, tan reluciente que parece una lámina de oro. Sonrío al recordar *Charly y la fábrica de chocolate*. Solo que esta invitación no venía dentro de una barra de chocolate, y mucho menos lleva el nombre de Willy Wonka en el reverso.

Solo hay una palabra, en mayúsculas negras, imponente, que impactan a la vista:

SODOMA

No está escrita en minúsculas. Son letras grandes, agresivas, que destacan y me hacen observar con atención esta invitación misteriosa. Definitivamente, no se trata de una invitación para tomar el té por la tarde ni para una reunión de amigos. No cuando Sodoma es conocida por otro tipo de libertinaje.

Me tumbo en la arena, levantando el papel sobre mi rostro. El reflejo de mi cara aparece sobre la superficie brillante del papel y solo una cosa brilla en mis ojos: mi maldita e infinita curiosidad.



Encuentro a Baby en la sala de estar, conversando con tía Charlotte. La rubia alta está de espaldas, sirviendo un vaso de vodka para ella y para su tía. Cuando se da vuelta y me ve, su gran sonrisa con labial rojo se ensancha, iluminando su rostro.

—¿Dónde te metiste que no te vi en todo el día? —Baby le entrega el vaso a su tía y camina hacia mí. Estira la mano, acomodando mi cabello, y luego mira sus dedos, notando la arena en ellos—. ¿Fuiste a la playa y no me invitaste? —Me encojo de hombros, metiendo los dedos en el bolsillo del pantalón, girando

apenas la cabeza para mirar a la señora, que está distraída con su trago.

—Me quedé dormida todo el día. Cuando desperté, ya era tarde y salí a caminar por la playa. —Vuelvo a mirar a Baby. Ella levanta su vaso, lo lleva a los labios y asiente con la cabeza.

—¿Estabas hablando con Tom? —pregunta en voz baja, conteniendo la risa. Asiento con la cabeza, señalando la puerta con la mirada.

—Alguien se quedó en la biblioteca hasta tarde. —Mis ojos se abren con sorpresa al oír la voz de tía Charlotte—. ¿Adónde fuiste después de salir de ahí?

Baby se gira, mirándola. Tía Charlotte baja su vaso, con los ojos fijos en los míos.

—La verdad, me emocioné con el libro... —respondo, sintiendo que mis mejillas arden de vergüenza. ¿Qué más podría saber ella de lo que hice anoche?—. Me fui directo a la habitación.

La anciana arquea las cejas, con su rostro maquillado y su frente hundida, acentuando las líneas de expresión que el tiempo le dejó, dándome una mirada de quien ha vivido lo suficiente como para saber cuándo alguien miente.

—¿No te da vergüenza andar interrogando a la gente, tía? —Baby se toma de un solo trago su bebida, camina hacia el bar y deja su vaso sobre la barra—. No le hagas caso, Gin. Esta momia se queda despierta toda la madrugada solo para escuchar lo que pasa en la mansión.

Sonrío para disimular el nerviosismo, rompiendo el contacto visual con la señora y bajando la mirada al suelo.

—También, ¿cómo quiere que uno duerma con esos malditos ruidos de cerdos siendo degollados que retumban por las paredes? —Baby se detiene a mi lado.

Tía Charlotte sabe del adulterio de Lorane. ¿Será que también sabe con quién se acuesta?

—Yo no estaba en la mansión, anoche —responde Baby con seriedad, acomodándose el cabello. Levanto la mirada hacia ella, viéndola observar atentamente mi rostro.

Por favor, no me preguntes, no me preguntes nada…

—¿Tú también oíste los ruidos? —¡Maldición, si preguntó! No sé mentir. Odiaba jugar al amigo secreto porque siempre revelaba quién me había tocado. Si ni siquiera puedo guardar un secreto así por unos días, ¿cómo voy a ocultar algo tan serio?

—¿Ruidos? —Muerdo mi labio—. Yo…

—Ay, no seas tonta, niña —dice tía Charlotte en voz alta, reprendiéndome con la mirada.

—¿Qué ruidos escuchaste, Gin? —Baby se pone frente a mí, impidiéndome escapar.

Respiro hondo, aprieto los dedos y muevo la nariz de un lado al otro, nerviosa.

—¡Dios mío! Me va a dar un segundo derrame antes de que abra la boca —Tía Charlotte se levanta de la silla, camina al bar para servirse otro trago, y me lanza otra mirada de regaño—. ¡Habla de una vez!

—Sí —respondo rápido, sin apartar la mirada seria de Baby—. Escuché ruidos de una foca atragantándose con una espina de pescado.

El atragantamiento de la vieja con el vodka hace que tanto Baby como yo nos giremos a verla. Baby se queda estática mientras ambas se miran por un breve momento. Rápidamente, la sala se llena de carcajadas estruendosas. Tía Charlotte toma un vaso vacío del bar, lo llena y camina lentamente con ambos vasos hacia mí, riéndose. Me extiende uno, mientras Baby sigue riendo como su cómplice. Yo aún estoy confundida.

—Toma, pequeña. —Sujeto el vaso, lo llevo a los labios, sin entender del todo la reacción de las dos.

—¿No te dije que hace un sonido horrible, como el de un animal muriendo? —dice tía Charlotte a Baby, haciéndola reír aún más.

Baby lo sabe. Todos en esta mansión saben del romance entre doña Lorane y su primo, y a nadie le parece extraño ni fuera de lo común. Bob es un idiota, eso no se puede negar, pero no debe tener ni veinte años. Y no es solo por la diferencia de edad entre ellos, eso sería normal en otro contexto. Una mujer de cuarenta años saliendo con un chico más joven. Pero esta mujer, en particular, está casada. Y el chico joven es su primo.

Me bebo el trago de un solo sorbo, haciendo una mueca cuando el líquido me quema la garganta y se extiende por dentro. Las risas se detienen en cuanto se escucha el taconeo de unos zapatos entrando en la sala. Me giro, viendo a doña Lorane parada en la entrada, observándonos. Sus ojos, como siempre, se posan directamente sobre mí, frunciendo el ceño al ver mi ropa.

—¿Cuál es el chiste? —quita los ojos de encima de mí y camina por la sala, mirando las cortinas.

—Focas, querida cuñada —responde Baby enseguida, mirando a tía Charlotte, quien amenaza con reír de nuevo, pero se contiene bajo la mirada firme de Baby.

—¿Se quedarán a cenar? —Lorane se gira, mirándome con furia. Aunque esta vez no parece ser por mis ropas. Pero aún me cuesta creer que pueda saber que presencié su "aventura".

—Hoy cenaré en mi cuarto —responde tía Charlotte rápidamente, dejando el vaso sobre la mesa, saliendo lentamente de la sala y lanzándome una guiñada.

—¿Y ustedes dos?

—En realidad, todavía estoy pensando qué voy a hacer —dice Baby con calma, alisándose la falda. Levanta la cabeza hacia mí y sus dedos se estiran para acomodar ese mechón rebelde de mi cabello.

Dirijo la mirada hacia la puerta, rezando para que entienda que necesito hablar con ella a solas.

—Bueno, por lo visto nadie va a cenar hoy. Roy salió temprano y no ha vuelto hasta ahora. —respiro rápido, girando la cabeza hacia la mujer delgada que se sienta en el sofá, cruzando las piernas.

—Bueno, menos mal que tienes a Bob para hacerte compañía. Gin, ¿por qué no vienes a mi cuarto? Quiero mostrarte el vestido que compré en uno de mis viajes a Marruecos. —Baby es rápida, pasa a mi lado y me toma de la mano. Las dos ya vamos subiendo la escalera a paso ligero, cuando gira el rostro y se ríe hacia mí.

—Un poco más y pensé que te iba a dar un tic en el ojo.

—Dios, no sabía si me estabas entendiendo.

Yo nunca había hecho algo así. Nunca había tenido una amiga con quien hablar, guardar secretos o simplemente intercambiar miradas que lo dijeran todo. En la época de la universidad, nunca tuve ese nivel de intimidad con alguien. Mi único amigo era Tom y, aun así, no podía decirle todo lo que pensaba, porque existía la posibilidad de que me juzgara o reprochara.

—Cuéntame. ¿Y entonces? ¿Cómo fue la llamada con Tom?

—Me está engañando —respondo de inmediato, mirando alrededor para asegurarme de que no viene nadie o de que el entrometido de Bob no está cerca—. Baby, recibí…

—¿Cómo que te está engañando? ¿Él dijo algo?

—Una chica contestó su móvil. Tom apareció un rato después, llamándola "dulzura" y besándole el hombro. Y no fue un gesto cariñoso entre compañeros de apartamento. Pero no es solo eso…

Ella abre la puerta de su cuarto, me jala hacia dentro y la cierra con seguro inmediatamente.

—¿Una chica…? ¿Él la besó…?

—Baby, ¿qué es Sodoma? —la interrumpo de golpe, haciendo la pregunta de forma directa y tomándola por sorpresa. Ya no quiero hablar más de Tom, es como si mi mente hubiera hecho explotar su recuerdo.

—Bueno, según cuenta la historia, fue la cuna de la homosexualidad —camina hasta la peinadora, donde se detiene y se mira en el gran espejo—. Por eso fue destruida.

—No, Baby, no me refiero a la ciudad destruida por Dios. Y tu información está equivocada en algunos puntos… —cambio el peso de mi cuerpo, sintiéndome inquieta y ansiosa—. Las dos ciudades, Sodoma y Gomorra, tenían muchos pecados peores que la orientación sexual de una persona. Estaban sepultadas bajo todo lo peor del ser humano: avaricia, envidia, asesinato, mezquindad, y la lista sigue. Y no lo digo solo por qué tú me hayas besado. —Mis dedos se levantan nerviosos, moviéndose sin rumbo—. Lo cual tampoco quiere decir que eso esté bien… pero tampoco está mal… —Estoy insegura, avergonzada todavía por el beso—. Es solo mi opinión personal. Dios no mataría a tanta gente solo por su orientación sexual.

Baby se estira, girando su cuerpo con calma. Una expresión calculadora aparece en su rostro, formando una leve sonrisa.

—Dime que lo entendiste.

Me rasco la cabeza. Mis pies no dejan de moverse, yendo hacia adelante y hacia atrás.

—¡Jesús, eres única, Gin! —Ella sacude la cabeza, haciendo que su cabello rubio se mueva, con una expresión entre divertida e intrigada—. ¿Por qué el interés en Sodoma?

Llevo los dedos al bolsillo de mi short y saco la brillante invitación dorado. Lo giro, extendiendo mi brazo y mostrándole la palabra escrita en letras mayúsculas.

—¿Qué es Sodoma?

Ella sonríe abiertamente, levantando los ojos del sobre hasta encontrarse con mi rostro. Su cuerpo se acomoda sobre el tocador,

recargándose en ella mientras cruza los brazos.

—Dime, Gin, si te hablara de una reunión secreta donde personas poderosas se juntan normalmente en distintos lugares para liberar todo lo que reprimen dentro de sí —mueve la cabeza, inclinándola hacia un lado, dejando que su cabello rubio, lacio como la seda, se balancee—. Jueces, gobernadores, abogados reconocidos, expresidentes, militares. Donde, por ese momento, durante el encuentro, simplemente son lo que desean ser para saciar el hambre descontrolada que los consume por dentro ¿me creerías?

Asiento lentamente con la cabeza. Aunque nunca lo haya visto o vivido, le creo. No tuve amigas en la universidad, pero sí buenos oídos, y escuché relatos de algunas chicas que participaban en clubes sexuales y conseguían clientes para financiar sus estudios. Pero lo que Baby está contando es diferente. Es algo nuevo, que despierta aún más mi curiosidad.

—No se pide entrar en Sodoma, ellos te eligen a ti. —Descruza los brazos, golpeando suavemente con la punta de sus dedos su propio codo—. Es solo un lugar donde se llevan a cabo las reuniones, normalmente en una ubicación distinta cada vez, garantizando así total seguridad para sus integrantes.

Lo supe incluso antes de que lo dijera. Ya sabía la respuesta. ¿Cuál es el mejor sitio para reunir a personas poderosas y excéntricas que una isla que casi nadie conoce? No es casualidad que esté llena de mansiones.

—¿Pero cómo… cómo llegó esto hasta aquí? —Me siento en el borde de la cama de Baby, mirando el sobre.

—Simple. —Descruza los brazos y camina hacia el armario—. Jonathan es uno de los consejeros. Controla la isla en la palma de su mano. Su decisión es ley, y así garantiza la discreción de todos los que entran y salen. Nada ocurre en esta isla sin su permiso.

El señor Roy había dejado ese sobre por debajo de la puerta de mi habitación. ¿Por qué me había elegido a mí? ¿Qué podía ofrecer yo, además de mi curiosidad inapropiada?

—Baby, ¿por qué yo? —levanto la mirada hacia ella, viéndola caminar con dos vestidos colgados en una percha.

—Esa no es la pregunta, Gin. La pregunta correcta, la que debes responder, es: ¿estás lista para descubrir lo que hay más allá? Después de todo, ahora eres una mujer libre. ¿O no?

Dirijo mi mirada hacia ella, dejando que sus palabras entren cada vez con más fuerza en mi mente. Soy una mujer libre.

¿Hice el papel de idiota durante diez años? Sí, lo hice.

¿Me pusieron los cuernos? También, no hay cómo negarlo. Pero en este momento… soy una mujer libre.

—Sí… —susurro con suavidad, saboreando esa pequeña palabra—. Soy una mujer

libre.

Ella lanza los vestidos sobre la cama a mi lado, dejándome hundirme en mi maldita curiosidad, que será mi perdición. Su mano se posa en mi rostro, sujetándolo entre sus dedos, acariciando mis labios con su uña.

—Perfecto, chica. La aventura está allá afuera, pequeña petunia. Solo se vive una vez.

Creo que muchas decisiones equivocadas se han tomado después de decir esa frase, y la mía no será la excepción, especialmente ahora.

Solo se vive una vez. Y yo pienso vivir todas las aventuras que pueda.

CAPÍTULO 9



SODOMÍA

GINGER FOX

Lo único que indica que este lugar no está abandonado es la gran "S" negra pintada en la pared, y las piernas de un maniquí colocadas hacia arriba, con un brazo apuntando a la derecha. Salgo del auto sin sentirme nada cómoda con la ropa que Baby me obligó a usar. El vestido de cuero blanco ajustado, sin tirantes, tiene un solo y grueso cierre que va desde el inicio de mis pechos hasta el final del dobladillo. Es, de hecho, hermoso y perfecto, y fue diseñado por la propia Baby, pero supongo que cuando lo hizo no pensaba en una mujer talla 42. Voy sin bragas, sin sujetador, y con un par de mis tacones bajos que metí en la maleta cuando preparé mis cosas para venir a la isla.

Camino con dificultad sobre las piedras pequeñas en el suelo. Baby parece mujer fatal de *Bajos Instintos*, lo cual haría sentir orgullosa a Sharon Stone de su aprendiz, con ese vestido rojo sin tirantes que la hace ver increíblemente sexy. Ella se gira, me sonríe y me lanza un guiño. Extiende su mano hacia mí. La tomo entre mis dedos, y en ese momento, saciar mi curiosidad parece tan correcto como estar a su lado.

Baby nos guía en la dirección que señala el maniquí de cabeza, hasta detenerse frente a una vieja escalera que conduce al subsuelo. La puerta, también marcada con una "S" mayúscula, se abre antes de que ella siquiera toque. Un hombre alto, como un oso

musculoso, con camiseta fina y una máscara cubriéndole el rostro, nos observa. Pasa su mirada de ella a mí y luego la devuelve a Baby, más intrigado de lo que yo estaba cuando recibí la misteriosa invitación dorada. Rápidamente, Baby saca la invitación de su bolso de mano y me la entrega. —Muestra la tuya, Gin. —tomo la invitación de entre sus dedos y la levanto para que el hombre la vea. Él vuelve a mirar a Baby, aún más curioso.

—Eso es, parece que alguien se ha ganado el lugar de favorita —dice Baby, riendo hacia el guardia.

Él asiente con una sonrisa dirigida a ambas. Luego, saca varias pulseras del bolsillo del pantalón y entrega una verde a Baby y otra roja, con una franja dorada, a mí. Baby se ajusta la suya y después me ayuda a colocar la mía. Me quedo observándolas, intentando entender por qué son de colores distintos. Entonces, Baby toma mi muñeca y me conduce hacia el interior, por pasillos oscuros y estrechos. Aparta unas cortinas de plástico, como las que se ven en las carnicerías, y atravesamos un estacionamiento vacío.

—¿Por qué nuestras pulseras son de colores diferentes? —Paso mis dedos por la mía, todavía intrigada.

—Yo estoy libre, eso significa que el semáforo está en verde. —Se detiene frente a un ascensor antiguo y abre las puertas.

—¿Entonces yo estoy prohibida? ¿Por eso mi pulsera es roja, tengo el semáforo en rojo? Pensé que ahora era una mujer libre.

Baby nos empuja en cuanto llega el ascensor, haciéndonos entrar y presionando el botón del segundo sótano. Gira su rostro hacia mí, quedando de frente. Sus dedos bajan un poco el escote de mi vestido, dejando visible el valle entre mis pechos. Luego levanta una mano, acaricia mi cuello, juega con mis rizos mientras sonríe, mordiéndose la comisura de los labios. Incluso con tacones, me sigo sintiendo como un pitufo junto a ella.

—En realidad, solo estás libre... para mí. —Su sonrisa se ensancha aún más, y deposita un beso rápido en mis labios—. La franja dorada significa que estás bajo el cuidado de uno de los

consejeros. Es decir, Jonathan controla qué pollas pueden entrar en tu coño esta noche.

No logro responder. El ascensor se detiene, las puertas se abren y un mundo completamente distinto se despliega ante mí.

—¡Llegamos! ¡Bienvenida a Sodoma, Gin! —Baby tira de mis dedos, llevándonos a través de la multitud que hay adentro.

No eligieron Sodoma y Gomorra. Anularon Gomorra de la misma forma en que Dios destruyó ambas ciudades, rescatando solo a Sodoma y adaptándola al siglo XXI. Un lugar envuelto en lujuria, bañado por luces tenues en tonos rojizos, olores de cuerpos sudados y mucho, muchísimo olor a sexo. El ritmo de la música electrónica golpea mis tímpanos, y mi corazón se acelera, latiendo tan fuerte como las vibraciones del bajo.

—¡TOMA! —grita Baby junto a mi oído, entregándome una copa. Veo al camarero alejarse, con nada más que la bandeja en las manos. Su cuerpo está completamente desnudo.

La mujer que está acostada sobre la mesa, siendo chupada por un chico, tiene los ojos vendados y una mordaza en la boca. Los observadores a su alrededor siguen cada jadeo que provocan sus pechos. En la punta de los pezones, los plugs parecen pinzas de tender ropa, están firmemente sujetos, lo que me hace preguntarme si el dolor es mayor que el placer… o si el placer y el dolor se han vuelto uno solo.

—¡SIEMPRE QUE ALGUIEN SE ACERQUE, LEVANTA LA MUÑECA Y DEJA QUE VEA TU PULSERA! —vuelve a gritar Baby, rompiendo mi contacto visual con la escena sexual en la esquina.

Extiendo el brazo hacia ella, asintiendo con la cabeza, aunque dentro de mí hay un malestar al saber que, de alguna forma, estoy siendo controlada. Ella sonríe, llevando su copa a los labios. Yo también llevo la mía a la boca, sintiendo las burbujas bajar por mi garganta. Creo que nunca antes había tomado champán y, si lo había hecho, seguramente no era tan bueno como este.

La gran barra en forma ovalada, al centro del salón, está rodeada de personas que, a primera vista, parecen comunes. Solo un detalle las diferencia: los trajes de silicona ajustados. Algunas llevan estos trajes por completo, de pies a cabeza; otras, visten ropa casual, como si estuvieran en una discoteca normal, como si acabaran de salir de un videoclip de Lady Gaga. Una mujer con un traje negro ajustado pasa junto a mí, sosteniendo una cadena, y justo detrás camina un hombre, sonriendo, con un collar en el cuello. Lleva una máscara de cuero negra que cubre completamente su rostro, dejando solo la boca al descubierto.

Me veo obligada a girar para seguirlos con la vista, solo para confirmar que lo que vi fue real: lleva un cinturón de castidad. El miembro del hombre está encerrado en una cápsula de metal cerrada con llave.

Me bebo el champán de un solo trago, aún perdida en ese mundo nuevo que brilla con luces de neón rojo a mi alrededor. Baby retira la copa vacía de mis manos y me entrega otra llena; ni siquiera noté en qué momento las tomó. Con sus dedos aún entrelazados con los míos, noto cómo varias miradas curiosas se centran en nosotras, siempre deteniéndose en mí.

Ella se detiene cerca de lo que parece ser la pista de baile, soltando mis dedos solo para levantar su mano y dejarla caer sobre mi hombro. Le sonrío, sin poder decirle nada, por culpa del volumen de la música. Ella baila, siguiendo el ritmo, moviendo sus caderas de manera provocadora.

Observo detrás de ella los grandes espejos que hay repartidos por todo el lugar. Me pregunto si también son espejos mágicos, como el del armario del señor Roy. Me termino la copa de champán de un solo trago y, al levantar el rostro, veo que sobre nuestras cabezas también hay espejos. Baby baja la copa de mis labios y vuelve a quitármela justo cuando la dejo vacía.

Ella simplemente extiende ambas copas vacías, sin girar la cabeza ni buscar a nadie, y, enseguida, las copas son retiradas de sus manos. Y entonces, como si su único propósito esta noche fuera

servirnos, ahí está el camarero desnudo. Suelto una risa hacia Baby mientras cierro los ojos, intentando no ver su trasero peludo. Ella toma su copa y me pasa otra.

Dejo que mi cuerpo se pierda en el ritmo junto a ella, la sincronía entre nosotras se intensifica, haciendo que nuestros cuerpos se muevan en perfecta sintonía. Me doy la vuelta, meneando las caderas mientras llevo la copa de champán a mis labios. Me intriga una jaula metálica, de las usadas para perros grandes, con un hombre delgado dentro. Está en cuatro patas, como un animal, apretado en el espacio, pero no muestra la menor incomodidad. Más bien se mantiene expectante, sobre todo cuando otro hombre, alto y viril, con la polla expuesta, se acerca para que el chico enjaulado lo chupe.

Nada de lo que veo aquí dentro me asusta o me provoca miedo; solo deseo ver más, dejarme inundar por esta curiosidad desenfrenada que me consume.

Me giro hacia Baby, que sostiene su cabello en la nuca mientras se contonea lentamente. Me guiña un ojo, sonríe y estira las manos hacia mi cintura. Juntas descendemos hasta el suelo, con nuestras frentes pegadas. Baby sonríe aún más cuando nos incorporamos de nuevo, moviéndonos al mismo compás. Me gira, dejándome en su lugar, y veo cómo sus ojos se enfocan rápidamente detrás de mí. Con agilidad, nos mueve, pegando mi espalda a su pecho. Siento los pezones duros de sus senos operados rozando mi piel desnuda.

Una de sus manos se enreda en mi cabello, alzándolo, mientras la otra recorre la parte delantera de mi cuerpo. Su uña roza mi piel, encendiéndome, y abro los ojos agitada. Frente a nosotras, un gran cuadro: una réplica de Venus en la pared. Baby desliza sus dedos sobre mis pechos y yo dejo que mi mano libre se deslice por su pierna, sintiendo la suavidad de su muslo.

Bebo champán como si fuera agua, como si alimentara aún más mi sed. Siento su beso cálido en mi cuello, y mis dedos se aferran con más fuerza a su pierna. Estiro el brazo, imitando a Baby,

dejando la copa vacía suspendida en el aire, y en un instante, alguien la retira de mi mano.

Mi cabeza cae hacia atrás, riendo, justo cuando se la llevan. Esta vez no tomo otra copa; dejo que mis ojos se concentren en el cuadro, mientras deslizo mis dedos por mi propio cuello, hasta alcanzar el cabello de Baby y acariciarlo.

Ella mueve nuestras caderas al mismo ritmo, contoneándose de forma sugestiva, y es como si supiera que estoy siendo observada. No por las miradas de los que nos rodean… sino por alguien que está detrás del cuadro.

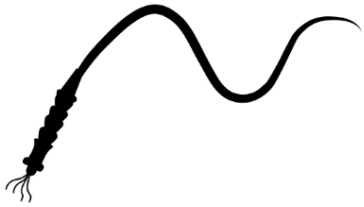
—¿Confías en mí? —susurra Baby en mi oído, dejando un beso sobre mi piel.

Gira mi cuerpo con rapidez, permitiéndome mirar sus ojos dilatados por la lujuria… y por pura picardía. Podría irme, podría decir que no, pero está claro: mi curiosidad va a ser mi perdición.

—¡SÍ! —grito.

Baby deja de bailar, toma mi rostro entre sus manos y roza la punta de su nariz con mi mejilla.

—Esa es mi chica —dice, usando la punta de sus dientes para mordisquear mis labios antes de soltarlos.



Perdí la cuenta de cuántas copas de bebida me tomé. Solo me río de los chistes de Baby. Cuando algún hombre se acerca, levanto mi muñeca, mostrándole la pulsera. Algunos ni se animan a acercarse, porque con una sola mirada de Baby se alejan. Estamos cruzando un pasillo oscuro, luces rojas parpadean mientras extiendo la mano, y siento algo pegajoso y espeso.

—¡DIOS MÍO! —grito, riéndome y mirándola—. ¡Toqué algo!

—¡Tocaste una polla! —responde ella, riendo mientras toma mi mano y la guía de nuevo hacia donde la había retirado, haciéndome agarrar el miembro con los dedos.

Miro hacia abajo, hacia donde está mi mano, y cuando la luz parpadea, veo que no se trata de una verga falsa, sino de una real, expuesta a través de un agujero en la pared. Alzo los ojos hacia el pasillo oscuro, y cuando vuelve a encenderse la luz, veo claramente las vergas que sobresalen desde la pared, alineadas por los agujeros. Todas están allí, como en un pasillo de supermercado, pero en lugar de conservas o productos de limpieza, hay pollas de todos los tamaños y grosores.

Para alguien que solo había visto la de Tom, estoy teniendo una exposición exclusiva solo para mí.

—Señores clientes, los penes rectos están a la derecha y los torcidos a la izquierda. Por favor, eviten romperlos, son artículos frágiles —digo riéndome con Baby, imitando los anuncios de supermercado.

—Y los pasillos de coños y culos están en la sección naranja —responde ella, muerta de risa, caminando entre ellos, dejando que sus manos rocen cada uno mientras pasa.

Me río aún más, abriendo los brazos como ella lo hace, tocando las cabezas gruesas y anchas con la punta de los dedos. Cuando salimos de los pasillos de pollas, después de ver a Baby jugar con algunas de ellas, me lleva hasta una puerta de hierro. Al detenerse frente a ella, su boca ya está sobre la mía, mientras su mano se posa sobre mis pechos, acariciándolos por encima del vestido ajustado, dibujando círculos tortuosos con la punta de los dedos. Siento cómo mi cuerpo se enciende con la forma en que me besa, deslizando su lengua dentro de mi boca.

—Quiero probarte, Gin —dice, mientras una de sus manos se detiene entre mis piernas, separándolas suavemente. Su boca baja por mi cuello, rozándome con los dientes, descendiendo despacio—. Quiero saborearte mientras me follan.

Mi cabeza cae hacia atrás, golpeando contra la pared. Respiro agitada; jamás había sido tocada de esa forma, mucho menos por otra mujer. Sé que mi gusto siempre será por los hombres, pero Baby me consume.

—Baby… no tengo nada en contra de tu orientación sexual, pero yo no soy… ¡Oh, cielos! —Su boca, aun con restos de labial, muerde uno de mis pechos, haciéndome jadear y, sin darme cuenta, empujar mi cadera hacia sus dedos, que ahora acarician entre mis piernas.

—Nadie es completamente gay, Gin. Todos somos seres sexuales, con instintos salvajes —susurra, mientras sus dientes se clavan en mi cuello y sus dedos juegan con los labios húmedos de mi sexo—. Solo te estoy pidiendo que liberes los tuyos conmigo.

Me abandona repentinamente, alejándose y enderezándose mientras sonríe con el labial corrido. Con una mano, abre la puerta frente a nosotras y me guía al interior. Lo que veo es un gran espacio blanco, como una sala quirúrgica abandonada.

—¡Esto no me lo esperaba! —Los hombres desnudos dentro del cuarto tienen los rostros cubiertos con máscaras de cuero, dejando visibles solo los ojos y las bocas. Es al mismo tiempo inquietante... y excitante—. Creo que esto no va a pasar —le digo a Baby, negando con la cabeza—. Definitivamente, no va a pasar.

La silla ginecológica en el centro lo deja más que claro. Cuando los hombres se apartan, me dejan ver el metal gastado de la estructura, con un cojín marrón en el asiento. Alzo la vista al techo y veo un enorme gancho, como de carnicería, colgado de gruesas cadenas de hierro, sostenidas por una polea de acero.

Aunque tengo el cuerpo cargado de alcohol y parte de mí quiere vengarse del cuerno recién descubierto, sé que esto está completamente fuera de discusión. No voy a participar en una orgía. De ninguna manera.

—Ellos son para mí —Baby se ríe, cierra la puerta y me jala con ella.

Mentalmente hago una cuenta rápida, y si no me equivoco, hay ocho hombres dentro de esta sala. Está bien iluminada, sin ventanas, y solo hay una silla al centro. Esto es una locura. Es envolvente de una forma que hace que mi cerebro se active y mi imaginación empiece a dibujar todo lo que podría pasar aquí, todas las maneras en que Baby podría dirigir la situación. Me intriga y me seduce de una forma que ni Freud podría explicar.

—¿Quieres que mire? —Me giro hacia Baby. Ella se ríe, sacudiendo su cabello mientras toma mis dedos entre los suyos.

—Dijiste que confiabas en mí, así que este es el momento de demostrarlo.

Hay hombres de todo tipo: desde delgados hasta musculosos, bajos, medianos, altos, pollas finas, curvas, rectas, gruesas, largas, pequeñas, y esos que una los ve y piensa: eso va a doler, pero va a entrar.

—No me refería a esto cuando dije que confiaba en ti —digo riendo nerviosa, y antes de darme cuenta, Baby ya me ha sentado en la maldita silla—. Pensaba más bien en "nunca vamos a contarle a nadie lo que pasó aquí" o en "amiga, no sabes lo que hiciste anoche, estabas tan borracha…".

—Y no lo vamos a contar, porque lo que pasa en Sodoma se queda en Sodoma —me guiña un ojo mientras levanta mis piernas, acomodándolas en la silla. Uno de los chicos se acerca y sujeta mi pierna con una correa de cuero—. No es estar borracha por el alcohol, sino embriagada por el placer.

—Nadie habló de ataduras, Baby —giro el rostro hacia ella, que está a mi lado, sujetando mis brazos y llevándolos hacia la parte trasera de la silla vieja.

—Es solo una sujeción, para evitar que te resbales o te caigas y te hagas daño.

Ella los sujeta, pasando un cinturón alrededor de ellos, y aunque siento cómo el miedo va creciendo dentro de mí, sigo deseando saber qué viene después. Sonríe, acaricia mi rostro y

deposita un beso en mi boca, obligando a su lengua a entrar. Con la mezcla del deseo, miedo, y de muchas copas de champaña, me dejo llevar por su juego. Los dedos de Baby bajan al cierre que recorre la parte frontal de mi vestido, tirando de él lentamente, hasta detenerse a la altura de mi abdomen, sin soltar mis labios. Con una mano aparta el tejido a ambos lados, dejando mis pechos expuestos al aire fresco de la sala. Un leve pellizco en uno de mis pezones me hace arquear el cuerpo, queriendo alejarme por reflejo, pero las ataduras me mantienen en su lugar. Baby separa sus labios de los míos, acercando su rostro al mío, tan cerca que apenas nos separan unos centímetros, mientras recorre mis cejas con la uña, delineándolas con calma.

—¿Confías en mí? —Es la segunda vez que lo pregunta. No lo hace para saber la respuesta, sino como si me diera una última oportunidad de marcharme. Irme, sin mirar atrás.

Pero ¿cómo voy a irme ahora, justo cuando he llegado hasta aquí? A la mierda Freud. Voy a hacerlo. Voy a vivir este momento, aunque sea totalmente impropio, aunque el imbécil de Tom me juzgue por ello.

—Sí… —susurro entre respiraciones rápidas. La sonrisa traviesa ya no está en su rostro cuando se aparta. Solo quedan sus ojos cargados de deseo.

Ella camina a mi lado, recorriendo mi cuerpo con sus uñas afiladas hasta acercarse a mis pies, deteniéndose entre mis piernas. Uno de los enmascarados, de piel ébano, se mueve cuando ella lo llama. La olfatea como un perro a una perra en celo, enterrando su rostro en la curva de su cuello. Los labios de Baby, manchados de labial, se abren mientras su cabeza se inclina hacia atrás, con su cabello rubio atrapado por el brazo fuerte y oscuro del hombre. Él la sujeta, deslizando una mano por su cuello, mientras la otra, grande y con dedos largos, baja por el frente de su vestido, empujándolo hacia abajo hasta dejar sus pechos al descubierto. Los pezones rosados redefinen en mi mente el verdadero color del durazno. Es bello, carnal y vivo, como una pintura exhibida ante mis ojos. El

contraste entre sus pieles, las respiraciones entrecortadas, los movimientos suaves de sus cuerpos.

Sin previo aviso, él la empuja, haciéndola apoyarse en mis tobillos para sostenerse. Gimo junto a ella, abriendo lentamente la boca al mismo tiempo que sus labios hinchados se separan. Una pequeña ansiedad me recorre al no poder ver tantos detalles como quisiera, más allá de su rostro y del hombre enmascarado detrás de ella. Las uñas de su mano se clavan en mi piel. Ella muerde la comisura de sus labios, entre la angustia y el placer, permitiéndome ver cada una de sus reacciones mientras es penetrada. Escucho el golpe sordo de sus cuerpos, encontrándose, en un vaivén lento, con su cabeza cayendo entre mis piernas, jadeando.

Estoy tan atrapada en la escena que apenas noto a los hombres que me rodean, ubicados a cada lado, hasta que pares de manos comienzan a tocarme, arrancando estremecimientos de mi cuerpo. Siento manos en mis pechos, en mis piernas, en mis brazos, en mi rostro. Dedos deslizándose por detrás de mis muslos, otros tocando con suavidad la parte trasera de mis rodillas. Pero son los dedos que raspan con sus uñas mi abdomen los que capturan por completo mi atención.

Baby, con uno de sus brazos extendidos, solo detiene sus movimientos cuando encuentra el cierre del vestido atascado a la mitad de mi abdomen. Lo baja de golpe, dejándome completamente desnuda. Sus uñas delgadas raspan mi muslo, y contengo el aire en los pulmones. El contacto repentino de una boca sobre uno de mis pezones, succionándolo hasta tenerlo por completo dentro, me obliga a girar el rostro hacia el intruso. Más allá del tejido negro y de sus labios hambrientos devorando mi pecho, no puedo ver nada. Una segunda boca hace lo mismo con el otro pecho, jugando con la lengua sobre él. Gimo, arqueando el torso, sintiendo que ardo por dentro.

—Dios… ¡Oh! —muerdo mis labios al sentir la respiración suave de Baby detenida justo sobre mi entrepierna.

El par de manos que juegan con mi cabello hace que pierda por completo el hilo de mis pensamientos, comenzando a masajearme suavemente. Lo que se desliza por mis pantorrillas no son dedos, sino largos miembros que se frotan lentamente. Uno de los enmascarados se acerca a mi cuerpo, su pecho se mueve sobre mi rostro mientras me coloca unos auriculares. La música me envuelve en cuanto los auriculares encajan en mis oídos. La melodía de *Do it for me*, de Rosenfeld, suena fuerte, entrando en mi mente, llevándome a otra dimensión dentro de este juego.

"Muéstrame cómo te gusta Eres toda mía
Voy a hacer que te sientas única"

La letra sugestiva avanza al ritmo de la música. El cabello que cae sobre la parte interna de mi muslo se mezcla con la respiración cálida que se posa justo en mi centro. Mis músculos se tensan cuando su lengua se mueve en suaves pinceladas sobre mi clítoris, succionándolo entre sus labios hasta atraparlo entre sus dientes. Aprieto los dedos, tirando de la correa, lo que solo hace que el cuero se clave aún más en mi piel. Una palmada leve en mi mano me obliga a soltar el cinturón, permitiendo que un miembro se acomode entre mis dedos. El que masajea mi cabello me tortura al meter su polla dura entre mis manos, moviéndose sobre mis dedos, y lejos de rechazarlo, empiezo a explorarlo, sintiendo cada pulgada de su cabeza gruesa e hinchada. Como respuesta, él me recompensa sujetando fuerte mi cabello, lo justo para rozar el límite del dolor.

"Dame tu confianza
Mírame a los ojos y confiesa tu lujuria
Ponte de rodillas
Ruégame que me detenga
Te juro que lo voy a disfrutar si lo haces"

Mi respiración acelerada se dispara junto con los latidos de mi corazón. Giro la cabeza hacia un lado, sintiendo cada caricia: desde la suave succión sobre mi clítoris, hasta las bocas hambrientas que se aferran a mis pechos y los miembros duros que se rozan con mis piernas. Llevar los auriculares con la música a todo volumen, junto con las ataduras, hace que mis otros sentidos se intensifiquen, afilando cada sensación. Tengo plena conciencia de mi cuerpo, desde la punta de los dedos hasta el último cabello de mi cabeza.

Siento todo al doble, con más sensibilidad, incluso el roce más leve sobre cualquier parte de mi piel. Las uñas de Baby se clavan en mis muslos, como si eso despertara aún más su hambre, y me penetra con la lengua, azotando mi clítoris inflamado y adolorido, al tiempo que su propio cuerpo está siendo penetrado. Esto solo intensifica su entrega a mi sexo, que hacía mucho no recibía tanta atención como ahora. Me muerde despacio, sin apuro, sin buscar precipitar mis espasmos. Es casi como si me estuviera preparando.

La canción termina y vuelve a comenzar inmediatamente después. Su boca se aleja apenas un poco, llevando uno de sus dedos hasta mi clítoris. La punta de su uña dibuja una línea fina de dolor, mientras el placer incrementa la lubricación de mi sexo. Mis pechos están tan adoloridos e hinchados de tanto ser chupados que me dan ganas de llorar, aunque al mismo tiempo, no quiero que se detengan.

Baby vuelve a succionar, haciendo presión con su boca, enfocándose solo en el clítoris. En perfecta sincronía, mientras mis senos son devorados y su propio cuerpo es penetrado, mi boca se abre y deja escapar un grito que me desgarra la garganta, apretando el miembro que tengo entre los dedos. Todo mi cuerpo se tensa, se alza, sintiendo cómo se acerca una ola peligrosa que amenaza con arrastrarme.

Las múltiples manos sobre mi piel me sujetan a la silla, incluso cuando imploro que me suelten. Siento labios cerrándose sobre mis piernas, dejando besos y mordidas. Con la mirada perdida entre el blanco del techo y la neblina de lujuria que me nubla los

sentidos, mi cuerpo lo recibe todo, lo quiere todo. Quiere más, quiere tanto como sea posible, aunque mi mente empiece a suplicar por una pausa, intentando traerme de vuelta.

Pero no puedo, no quiero.

Y justo en el momento en que siento que estoy a punto de salirme de mí misma, mi cuerpo se sacude en espasmos cuando el orgasmo me alcanza, haciéndome apretar más fuerte los dedos. La mano del enmascarado tira de mi cabello, aferrándose a mis rizos, mientras la otra guía mi mano sobre su miembro, obligando a que lo envuelva por completo, moviéndolo con rapidez para masturbarse.

Grito en un éxtasis total, mientras una corriente eléctrica recorre todo mi cuerpo, arrasando con mi lucidez. El semen que chorrea entre mis dedos los deja pegajosos, mientras su polla tiembla, pulsando aún, al mismo ritmo en que mi sexo se contrae, más y más, dejándome completamente sensible.

—¡OHHH! —Mi cuerpo lánguido se retuerce sobre la camilla, relajando mis músculos, con mi cabeza cayendo hacia un lado, mientras sigo sintiendo que el corazón se me va a salir por la boca.

Entre la niebla del nirvana, solo alcanzo a ver un movimiento rápido a mi lado. La venda que colocan sobre mis ojos lo oscurece todo, no veo nada más que un abismo negro a mi alrededor.

—¡BABY! —grito, nerviosa por no saber qué está pasando a mi alrededor, pasando de un estado de abandono total a uno de agitación en cuestión de segundos—. Baby... —la llamo, girando mi rostro de un lado a otro, buscándola.

Cuando la música se detiene, justo antes de que comience una nueva canción, en ese breve silencio que se hace, escucho el chirrido de la puerta al abrirse. Mi cabeza se eleva, y mi cuerpo se congela por un segundo.

—¿Baby? ¡BABY...! —Me muerdo el labio, sintiendo una lágrima deslizarse por mi mejilla. El miedo me invade.

Ya no siento sus dedos en mi piel, no sé en qué momento se alejó… y si se ha ido, si me ha dejado aquí atada, sin poder ver ni

oír…

—Baby... por favor... —Siento cómo me quitan los auriculares de los oídos y el alivio me inunda al oír su voz.

—Hey, estoy aquí —susurra ella, mientras sus dedos acarician mi rostro, limpiando mi mejilla empapada por las lágrimas.

Giro mi rostro en dirección a su voz, pero solo hay oscuridad frente a mí.

—Yo... yo pensé que me habías dejado aquí —hablo rápido, con las múltiples manos aún recorriendo mi cuerpo, acariciándome como si intentaran calmarme—. Escuché la puerta... y pensé... pensé que te habías ido.

Su nariz roza mi cuello, y luego muerde mi piel con delicadeza, dejando al final un beso suave.

—Ni aunque me lo ordenaran, Gin —sus brazos se envuelven alrededor de mi cuerpo, dejándome sentir sus pechos desnudos rozando los míos.

Su boca me arrastra a un beso, impregnado de champán y del sabor del sexo, que se siente en cada rincón de mi boca. Noto cómo su cuerpo se balancea mientras me besa, e imagino cómo debe lucir ahora mismo. Desnuda, con su cuerpo arqueado sobre el mío, besándome con lujuria, mientras algunos de los hombres enmascarados la penetran sin pausa. ¿Será el mismo de antes o ya lo ha cambiado? Como respuesta, mi cuerpo vuelve a la vida, haciéndome sentir parte del juego otra vez.

Los pezones de sus pechos se frotan contra los míos, su cabello se desliza por el costado de mi rostro. siento todo: el calor, los movimientos, la fricción… cada sensación es más intensa, como si mis sentidos estuvieran completamente agudizados. Escucho pasos pesados acercándose lentamente, aunque no distingo ya el ritmo, porque todos empiezan a moverse a la vez. Los sonidos de la respiración, los cuerpos, las pisadas, se mezclan en el ambiente cargado.

Las manos que estaban en mi cuerpo se alejan, retirándose todas a la vez, dejándome gemir entre el beso, deseando que regresen, como una niña que acaba de perder la atención de los adultos.

—¿Confías en mí, mi dulce niña? —susurra Baby entre nuestro beso, tirando suavemente de mi labio inferior con los dientes.

Asiento con la cabeza, sin tener aliento suficiente para hablar. Ella suelta mi labio, aún atrapado entre sus dientes, y desliza su mano por mi cuerpo con los dedos abiertos, acariciándome con calma.

—Mi buena niña… Te prometo que vamos a hacerte feliz. —Sus labios envuelven mi pecho sensible, que arde al sentir el calor de su boca, mientras su otra mano masajea el otro con delicadeza—. Abre esa dulce boquita para mí, Gin.

Es como si mi mente se apagara. No pienso, no cuestiono. Solo obedezco, como en piloto automático, haciendo lo que me pide. Un pequeño globo es introducido dentro de mi boca, quedando atrapado detrás de mis dientes, obligándome a mantener los labios abiertos e impidiéndome hablar.

Le entrego el control total de mis sentidos, que ahora son puestos a prueba uno por uno. El cuero se ajusta a los lados de mi rostro gracias a dos pares de manos: uno sostiene mi cabeza con firmeza, mientras el otro ata la correa detrás de mi nuca. Aspiro con fuerza por la nariz, incrementando las bocanadas de aire y oxígeno que recorren mi cuerpo, nublando mi mente.

Siento las manos de los enmascarados regresar a mis tobillos, junto con el peso de unas cadenas metálicas que se deslizan por mi piel caliente, contrastando con su frío helado. Giro instintivamente la cabeza hacia ese lado. Los sonidos se intensifican mientras hacen lo mismo en el otro tobillo, y las correas de cuero se ajustan, fijándolos a la silla.

Intento mover las piernas, pero no han sido liberadas; solo cambiaron la forma en que están sujetas. Ya no puedo ni abrirlas ni cerrarlas más. Algo rígido conecta ambos tobillos, algo que no se dobla, que me inmoviliza completamente.

Cada nuevo sonido provoca una reacción en mí, y mi rostro se mueve de forma involuntaria, tratando de identificar lo que ocurre. El crujido de las cadenas siendo tiradas me obliga a alzar la cabeza, y de inmediato recuerdo el gancho de carnicería que vi colgando del techo, justo sobre esta silla. Me sobresalto cuando mis piernas se levantan de repente, quedando más rectas de lo que jamás logré en aquella clase de pilates experimental.

Ahora, además de tener las piernas completamente abiertas, tengo mi cuerpo accesible, listo para ser rematado como un cordero en el matadero. Visión, movimiento, habla y expresión. De eso se trata la confianza, de dejar que Baby se apodere de todo, retorciéndose de hambre con la que me devora.

Escucho el crujido de la silla cuando se ve obligada a soportar un nuevo peso, que tiembla junto conmigo. Siento unos brazos que rozan los costados de mi cuerpo, posicionándose entre mis caderas, haciéndome notar que alguien ha ocupado el lugar vacío que Baby dejó entre mis piernas abiertas y alzadas. Un sonido ahogado intenta salir de mi boca, convirtiéndose apenas en un gruñido a causa de la mordaza. Baby profundiza más la succión en mi pezón, dominándome, manteniéndome atrapada. Es único, de una sola vez, sin aviso ni preparación, solo el impacto cuando mi cuerpo es invadido por una polla gruesa y grande, que me estira para acomodarla hasta que su pelvis queda pegada a la mía, quedándose inmóvil. Las manos al costado de mi cuerpo se retiran, levantándose hacia la barra entre mis tobillos. Mis dedos de los pies se curvan dentro de mis tacones, haciendo una mueca al sentir lo profundo que está dentro de mí. La polla sale poco a poco, como si fuera a retirarse por completo, para luego vuelve de nuevo, dura y seca, moviendo mi cuerpo en la silla. El aire entra rápidamente en mis fosas nasales, la saliva se acumula en mi boca haciéndome tragarla de la misma manera que mi coño lo traga a él. Embates profundos y

pesados. Lo siento dentro de mí, siendo succionado por cada músculo interno que se contrae, queriendo atraparlo dentro. La fricción del condón lo hace más grueso e hinchado, y siento la lubricación de mi coño caliente y húmedo, facilitando el deslizamiento de sus movimientos.

—¡MIERDA! —Baby grita fuerte, con tono ronco.

Un aliento entrecortado escapa de mi boca, gimiendo entre los espasmos de placer que me atraviesan y la dificultad para respirar. El cabello de Baby, esparcido sobre mi cuerpo, se desliza por mi pecho, justo donde había liberado mi seno de su boca. Su cuerpo recibe los embates con la misma intensidad con la que mi coño acoge al intruso. Él huele mi tobillo, acariciando mi piel con su nariz, y siento su aliento cálido golpeando mi pierna cuando apoya la frente en mi pantorrilla, dejando que la punta de su lengua se deslice por mi piel. Todo dentro de esta sala se desvanece; solo el sonido de su respiración pesada y profunda entra en mis oídos. Quiero moverme, quiero balancear mis caderas, acelerar el ritmo, cualquier cosa que me saque de este abismo de placer en el que estoy cayendo. Necesito su polla follándome duro y firme, quiero sus manos sobre todo mi cuerpo, no muy lejos. Quiero escuchar sus gemidos, ver su rostro contorsionarse mientras siente la misma sensación que él me da, la sensación de libertad absoluta al entregarte al placer. Como si fuera un hechicero que lee mis pensamientos, acelera sus penetraciones, sus dientes se hunden en el costado de mi pierna, desatando un salvajismo que ni en mis mejores imaginaciones podría dibujar.

Estoy siendo destrozada, jodida con precisión y brutalidad carnal y animal, robándome todo lo que hay dentro de mí. Antes del sexto golpe que recibe mi útero, estoy gritando con el orgasmo que me parte en dos. Nunca había llegado al clímax con solo penetración, nunca mi cuerpo había caído al orgasmo en tan poco tiempo con una polla follándome. Tiemblo, tensando mi cuerpo, contrayendo cada músculo, sintiendo los jugos calientes saliendo de mi coño. Estoy superando la barrera de sensibilidad interior cuando él se hunde, empujando mi cuerpo hacia arriba. Si no fuera por las

ataduras, habría tenido una mala caída. La polla latente palpita dentro de mí. Utiliza sus dientes para romperme la piel, hasta que quedan completamente incrustados en mi tobillo. Su polla se retira y depositando un beso donde hace unos momentos estaban sus dientes. Mi cabeza cae, girando hacia el otro lado, tratando de que mi respiración vuelva a la normalidad, pero no hay tiempo. Una nueva polla llega de la misma manera que la otra, no es grande, pero aun así me llena lo suficiente como para tirar de mi dolorido coño hacia atrás.

Me están subiendo a una montaña rusa que me lleva a dar otro paseo. Se mueve a un ritmo rápido con cada explosión dentro de mí. Las manos sigilosas de los enmascarados vuelven a recorrer mi cuerpo, tragándome entre ellas como un mar de dedos. Uno de ellos levanta mi cabeza, soltando el sujetador de la mordaza.

—Dios...—Mi voz sale entrecortada, áspera, cuando por fin me liberan de la mordaza.

No sé dónde empieza mi cuerpo ni dónde terminan ellos, simplemente me entrego con el más puro y satisfactorio abandono. Me libero de todo, solo me pierdo allí. No hay control, no hay Tom, no hay matrimonio, ni colores durazno o salmón, no hay conducta de una mujer "apropiada", solo está el más delicioso aroma a sexo y mi cuerpo llenándose de placer. Un dedo roza mi cabello sudado, tirándolo hacia atrás. Giro el rostro en su dirección, sonrío con los ojos vendados, en medio de la agonía de una nueva oleada de orgasmo que se aproxima. Los cabellos de Baby ya no están allí, pero es familiar la manera cariñosa en que acarician mi cabello.

—Confío en ti, Baby —me entrego a otra ronda, sintiendo las yemas de los dedos entre mi pelo.

Mis labios se abren otra vez, gritando a todo pulmón con la corriente que me atraviesa, siendo follada con tanta lujuria.

CAPÍTULO 10



POSTRES

GINGER FOX

—¿Entonces eres bisexual? —acomodo las gafas de sol en mi rostro, llevo la mano de nuevo bajo mi barbilla, sin disimular la curiosidad.

Giro el rostro en dirección a Baby y la observo estirada en la tumbona, ajustando el costado de su bikini blanco con lunares rojos, tomando el sol al borde de la piscina. Eran pasadas las diez de la mañana cuando Baby entró en mi habitación invitándome a broncearme con ella. Intenté dar alguna excusa para quedarme acostada; le dije que solo había traído un bikini y que Lira aún no había entregado la ropa lavada. Lo cual no era mentira, simplementeme venía bien para justificar mi pereza. No es que no me gustara tomar sol, pero sentía mi cuerpo con una consistencia demasiado gelatinosa, por la sobredosis de sexo de la noche anterior. Tenía dudas de si podría arriesgarme a salir de la cama sin pasar vergüenza.

Baby no me dio oportunidad de mantener mis excusas. Sonrió, sacó la mano de detrás de la espalda y agitó entre los dedos un diminuto bikini amarillo, dedicándome una sonrisa traviesa. Me reí, froté mi frente con vergüenza. No por haber perdido la excusa, sino porque nunca tuve amigas con quienes compartir cosas, nunca le pedí nada prestado a nadie y, probablemente, mi madre me recriminaría por aceptar usar la ropa íntima de otra mujer. Pero

después de la hidratación corporal a base de semen que mi piel recibió anoche, prestar un bikini es lo de menos.

Ni siquiera recuerdo bien cómo regresé a la mansión, solo que cuando desperté, ya no era la misma mujer que había llegado aquí. No fue como lo había planeado, ni tampoco era mi intención. Tal vez me armé de valor por culpa de las copas de champaña, y quise explorar mi curiosidad, quise saciarme. Pero la verdad es que me había gustado. Había besado a una mujer, había sido devorada por ella, había tenido una polla entre mis piernas, follándome duro y firme, y un segundo pene que me torturó durante horas, y al final, fui bañada por la corrida de los enmascarados que se masturbaron sobre mí, y tardé muchísimo tiempo en la ducha para quitarlo todo de mi cuerpo y de mi cabello.

Pero lo que más me fascina es que tengo a Baby, su amistad, su complicidad, su compañía.

—Siempre lo he sido —dice ella, moviendo la cabeza, llamando mi atención hacia el pañuelo naranja que lleva atado al cabello—. Amo a las mujeres, adoro sus formas, la silueta de sus pechos, la ropa, el olor de su piel. Así como también me encanta tener a un hombre bien adentro, su aroma a sudor, sus manos firmes... —Gira el rostro hacia mí, extendiendo el brazo para acariciar mi espalda—. Son como postres, y a mí me gusta probarlos todos.

—¿Postres?

—Sí, postres deliciosos. Algunas personas disfrutan del mousse de limón, otras prefieren los pasteles. A mí me encanta comer ambos —responde Baby con una naturalidad tal que hace parecer simple su lógica.

—A mí me gusta el pastel pero también el chocolate. ¿Crees que soy bi, entonces? —pregunto confundida, pensando que ese deseo que sentí por Baby no cambia mi atracción por los hombres.

Baby ríe, una carcajada sonora que resuena mientras sacude la cabeza en señal de negación.

—No, Gin. Solo eres curiosa, nada más. —Se gira, quedando de espaldas al sol, igual que yo—. Y eso es lo que te hace especial.

—Creo que Tom no usaría ese término para describirme —suspiro despacio, giro el rostro de lado y apoyo mis mejillas en los brazos para poder mirarla mejor.

—Ese idiota… —responde con rabia pero con ternura en la mirada—. ¿Ese tonto te ha escrito?

—Sí —respondo, desanimada, al volver a pensar en la traición de Tom. Aunque lo bloqueé, encontró la forma de escribirme desde otro número y me mandó un montón de mensajes. Me dio risa la forma en que empezó.

"No es lo que estás pensando…"

"Ella solo es una amiga del trabajo."

"Estás siendo inmadura, no estás actuando como una mujer debería actuar."

"No voy a disculparme por algo que no hice."

"Te juro que no fue nada serio."

"Piensa en nosotros, en todo lo que vivimos."

"Gin, mi amor, por favor, respóndeme."

"Fue solo algo casual."

"¡JODER, respóndeme!"

"Gin, te amo. Estamos comprometidos, ¿recuerdas? Perdóname, por favor."

"¿Sabes qué? No te lo mereces, nunca me valoraste."

"Amor, por favor, solo dime que me perdonas. Te amo."

Y así fueron los mensajes de él. Pero lo único que me hacían sentir era tristeza, por haber sido tan desleal conmigo misma durante tantos años, al lado de un imbécil.

—Sinceramente, no me veo casándome con un tipo que no le gusta comer culo. —Esta vez, soy yo quien suelta la carcajada por la forma tan directa en que Baby lo dice—. Pobre de la otra que terminó con un idiota como Tom.

Me imagino cómo sería un encuentro entre Tom y Baby. Seguramente, él la miraría de reojo, como siempre hace cuando estoy cerca. Probablemente se sentiría incómodo por la forma tan libre de Baby, sintiéndose intimidado por una mujer segura de sí misma, que no tiene filtro, y que terminaría diciéndole que ella no es una buena influencia.

—En realidad, él decía que era…

—Culo inapropiado —remata Baby la frase, haciéndonos estallar de risa otra vez.

El pobre Robert, que está a unos metros de nosotras, sacude la cabeza con desaprobación, haciendo que nos tapemos la boca mientras reímos.

—Creo que escuchó la parte del culo —susurro entre risas, moviendo mis piernas.

—¡Que se joda! Ahora dime —suspira Baby, quitándose las gafas para mirarme—, ¿cómo te sentiste al probar varios postres?

Le sonrío de lado y muerdo mis labios suavemente. Tengo cada parte del cuerpo agotada, músculos que nunca usé están adoloridos, y una mordida profunda en mi pierna, pero aun así me siento maravillosamente bien, como nunca antes.

—Viva… —susurro, recordando cómo fue ser tomada con tanta intensidad por aquel hombre desconocido, como si conociera el deseo más profundo de mi ser. Solo los recuerdos ya son suficientes para que mi cuerpo empiece a hiperventilar—. Baby, fueron dos hombres los que me penetraron, ¿cierto? A pesar de todos los demás… ¿Solo dos entraron en mí?

Ella parpadea rápido, asintiendo con la cabeza.

—¿Por qué? ¿Te hicieron daño? —pregunta con un tono preocupado, mirándome con atención.

—No, no me hicieron daño. En realidad diría que me completaron. —levanto la cabeza para llevar una de mis manos a los lentes de sol y me los quito del rostro—. Suena raro, ¿verdad? Debo parecer una tonta, pero… me sentí completa por primera vez en mi vida.

Baby guarda silencio, me observa sin reírse de lo que acabo de decir. Baja sus gafas, ocultando los ojos tras los cristales. Luego estira los brazos a ambos lados del cuerpo. Yo vuelvo a apoyar la cabeza sobre mis brazos, sin saber qué más decir, dejando que el silencio crezca entre nosotras.

—Estoy segura de que ellos también se sintieron así, Gin.

Miro hacia ella, observando su cuerpo tomando el sol. Baby es exótica, tan hermosa, con rasgos diferentes, piernas largas y un trasero firme que haría que cualquier chica que hace crossfit se muera de envidia. La sombra a lo lejos, caminando del otro lado de la piscina en dirección al garaje, llama mi atención: es un chico joven, con bermuda color caqui y polo blanca. Como si supiera que lo estoy mirando, saca la mano del bolsillo y me saluda. Me muerdo el labio con asco, repulsión y un profundo fastidio que solo Bob puede provocarme.

—Baby, necesito contarte algo —susurro sin apartar los ojos de ese imbécil.

Necesito decirle a alguien lo que está pasando con Jon. Necesito que alguien me escuche y no me silencie como hace la señora Lorane.

—¿Qué cosa?

—Baby, sé que puede sonar una locura, pero creo que alguien…

Los gritos histéricos que vienen desde la mansión interrumpen mis palabras. Las dos giramos hacia allá. A través de la gran ventana abierta, puedo ver el momento exacto en el que

Lorane lanza un jarrón al suelo, haciéndolo trizas. La mujer elegante, totalmente fuera de control, levanta su rostro enrojecido y nos lanza una mirada de furia a nosotras, ahí sentadas junto a la piscina. Siento como si ese odio fuera dirigido directamente a mí. Tal vez se enojó porque acepté la invitación de Baby. No sé si estaba prohibido bajar a la piscina, solo quería matar el tiempo hasta que Jon regresara. Muevo los brazos para incorporarme, pero Baby ya está de pie y pone su mano sobre mi hombro. El rostro alegre de hace unos segundos se borra de golpe. Ahora está completamente serio, con una expresión fría como el hielo, casi tan helada como la del señor Roy.

—Quédate —dice con una voz seca y rasposa.

—Creo que es mejor que entre, ya estuve demasiado tiempo aquí. Aunque me hayas invitado, sigo siendo una empleada de la señora Lorane.

Sus dedos aprietan mi hombro, obligándome a recostarme de nuevo.

—Eres mi invitada, y no eres empleada de Lorane. Jonathan es tu jefe, y fue él quien me ordenó traerte a la piscina. —Suaviza su expresión, regalándome una pequeña sonrisa.

Pero incluso con el tono tranquilo de Baby al decir eso, no puedo evitar sentirme confundida al saber que fue el señor Roy quien manipuló mi mañana. Una vez más, su necesidad de control me está alterando.

—Una razón más para entrar, Baby. —Ahora entiendo por qué la mujer dentro de la mansión está tan molesta. Lorane está celosa. Ya se había enfadado conmigo por el paseo con Jon, y ahora su marido tiene la atención centrada en mí. Eso haría enojar a cualquier mujer, aunque su matrimonio sea extraño. Creo que está celosa.

—No. Seguro Bob no se la cogió como ella quería, o no se tomó sus calmantes hoy. —Baby toma el pareo, se la anuda en la cintura y lleva los dedos a su cabello, acomodándolo sobre la

espalda—. Voy a pedir unos refrescos para nosotras. Ni se te ocurra mover ese trasero de ahí.

Baby se aleja rápido, sin darme tiempo siquiera de responder.

Observo a Baby cruzar el jardín, caminando por el sendero de piedras hasta entrar a la mansión. Desde donde estoy, puedo ver a la señora Lorane acercándose a una Baby visiblemente nerviosa. Las dos están discutiendo; Baby la sujeta del brazo, cerca del codo, alejándola de la ventana. Me siento confundida, sin saber qué pudo haber pasado, qué la hizo enfurecerse de esa manera. Esta es una familia complicada, como una cebolla llena de capas, y con cada una que quito, aparece otra, cargada de secretos.

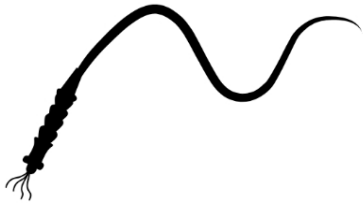
Sin saber muy bien qué hacer, simplemente hago lo que Baby me pidió: mantengo mi trasero bien estirado en la tumbona, dejando que el sol acaricie deliciosamente mi piel. Tomo mi móvil y los auriculares del suelo, desenrollo el cable fino y lo conecto en la entrada de audio, colocándolos en mis oídos y selecciono el modo aleatorio en la lista de reproducción. *Feeling Good*, de Nina Simone, comienza a sonar con su ritmo suave, arrancándome una sonrisa cómplice, porque me siento bien, muy bien, para ser sincera. Como hace tiempo no me sentía.

Mis ojos van hacia mis muñecas cuando muevo las manos debajo de mi barbilla. Observo la marca del cinturón de cuero que quedó en mi piel. No me causa vergüenza, sino placer, porque sé que quedó registrada en mí, al igual que la mordida en mi pierna. Las articulaciones de mi cuerpo están flojas, aumentando la sensibilidad de mis músculos. Con cada pequeño movimiento al respirar, alguna parte de mi cuerpo se activa, y solo una cosa me viene a la mente: la fuerza de aquellas embestidas duras y profundas que hacían que su pelvis chocara contra mis nalgas, hasta sentir sus bolas pegadas a mí, con su polla enterrada en lo más profundo de mi cuerpo.

Un escalofrío descarado recorre mi columna, haciéndome sonreír con vergüenza por estar tan prendida con los recuerdos lujuriosos de aquel hombre desconocido, ese dominador que me

maltrató sin un ápice de remordimiento, pero que me cogió tan… Debe ser la endorfina haciendo su efecto, porque me hace disfrutar la manera en que fui usada. Y me siento bien con eso. Maravillosamente bien.

Sonrío, cierro los ojos, dejo que la melodía recorra mi mente y, con pereza absoluta, acariciada por el calor del sol, suspiro, dejando escapar un bostezo, meciéndome al ritmo del jazz.



Me siento inquieta, con los sentidos despiertos, al igual que mi mente, saliendo poco a poco del sueño. Mis músculos ahora están relajados, tan sueltos por la fuerza impuesta en ellos, por unas manos grandes y hábiles que se deslizan abiertas por mi espalda, frotando lentamente. Suspiro de puro deleite con el masaje que estoy recibiendo. Finalmente, Tom encontró una forma útil de usar sus dedos, en vez de solo estar tecleando en esa maldita laptop. Ronroneo bajito, como una gata mimada, justo cuando los dedos rozan cerca de mi nuca, apretando con ambas manos mis hombros.

—¡Dios, esto es tan bueno! —gruño perezosamente, con la voz arrastrada entre suspiros.

El soplo cálido roza mi nuca, mientras sus manos bajan por mi columna como un río deslizándose por mi piel. Parpadeo lentamente, enfocándome en el gran césped verde y brillante que tengo frente a mí. El jardinero, ocupado con los rosales, trabaja distraído, tarareando. Los auriculares, caídos cerca de mi rostro, dejan escapar el sonido bajo de la música del móvil, como un leve zumbido. Mi cerebro comienza a procesar dónde estoy, devolviéndome a la realidad. No estoy en casa, y mucho menos tirada en mi cama. Mi cuerpo está extendido, inclinado, sobre una tumbona junto a la piscina. Y las manos que me están tocando no son las del idiota de Tom, ni mucho menos las de Baby.

Mi cuerpo reacciona de golpe, me incorporo asustada, con las gafas de sol torcidas en el rostro y la mejilla húmeda por la baba del sueño.

—¡Señor Roy! —abro los ojos tanto como la boca, totalmente alarmada al verlo sentado en mi tumbona.

—Por la forma tan pesada en la que dormías, llegué a pensar que no estabas viva.

Él lleva su mano al rostro, levantando sus gafas de sol cuadradas. Una mirada inexpresiva recae sobre mí, bajando lentamente hasta detenerse justo frente a mi pecho. Dios ¿qué hace este hombre aquí? Miro a los lados, buscando a Baby. Su tumbona está vacía y no hay señales de que haya regresado. La mansión, a lo lejos, está en silencio, sin rastro de los residentes en su interior, y a mi alrededor solo está Robert, distraído con sus rosales.

—¿Qué…? —Vuelvo mi rostro hacia él, atrapándolo aún con la mirada fija en la parte delantera de mi cuerpo—. ¿Dónde está Baby?

Me quito los lentes, aún torcidos, y me froto el rostro. Lo miro, confundida. ¿Hace cuánto tiempo está aquí, sentado a mi lado? Su ropa casual le queda bien, eso no se puede negar. Ese hombre exhala testosterona por cada maldito poro, haciéndome pensar que no puede ser un hombre común. Es hipnótico. Magnético.

Respiro con rapidez al mirar sus piernas, notando su rodilla al descubierto, sin los trajes que suele usar. La bermuda blanca, estirada sobre sus muslos, marca el contorno de su entrepierna, arrugándose justo encima de su miembro. Desvío el rostro con rapidez hacia su camisa azul marino de botones y mangas cortas. Esos brazos realmente son anchos y fuertes. Ahora, sin el blazer cubriéndolos, puedo ver más claramente el tono dorado de su piel, las finas venas resaltando junto con los vellos claros de su brazo.

Los dos primeros botones abiertos me regalan una vista perfecta de los vellos rubios en su pecho.

—Baby tuvo que retirarse. —Alzo la mirada hacia su rostro y lo encuentro todavía observando fijamente mi torso, lo que me hace seguir la dirección de su mirada.

—¡OH DIOS! —levanto mis manos con pánico, cubriendo mis pechos desnudos. Estaba tan distraída mirando a este hombre, que no me di cuenta de que me faltaba la parte de arriba del bikini—. ¿MI BIKINI?

Giro mi cuerpo al mismo tiempo, dándole la espalda con desespero. Fui sorprendida por Robert, quien había dejado de lado sus rosas solo para prestar atención a lo que ocurría junto a la piscina. Instintivamente, me arrojo nuevamente sobre la tumbona, dándome vuelta para quedar boca abajo, intentando cubrir mi cuerpo de la mirada curiosa del viejo jardinero.

—La toalla... ¿Dónde está la toalla? —giro el rostro, aplastando mis pechos mientras busco desesperadamente esa maldita toalla.

—No había ninguna toalla cuando llegué —responde con voz tranquila, sin rodeos, lo que me obliga a mirar por encima del hombro hacia el señor Roy.

—¿Cómo fue que me quedé sin bikini?

—Estabas más cómoda sin él —dice, mientras sus manos grandes vuelven a mi espalda, amasándola entre sus dedos como si fuera masa de pan.

—¿Ha quitado mi bikini? ¿Lo desató usted? —mi voz sale cargada de rabia, respirando con furia.

Intento incorporarme otra vez, pero sus dedos me retienen con firmeza, obligándome a quedarme quieta. Esas manos traicioneras son como acero: cálidas y suaves al mismo tiempo.

—Guarde silencio, a menos que quiera que Robert tenga una vista privilegiada de usted, señorita Fox. —murmura, mientras su otra mano recorre el costado de mi cuerpo, y en cuestión de segundos, desata el lazo de un lado de la parte inferior del bikini, haciendo lo mismo con el otro lado.

—¡Dios mío! —miro con horror al jardinero, que ya ha vuelto a concentrarse en sus rosas.

Además de estar sin la parte superior de mi bikini, ahora tengo la parte de abajo desatada, y a menos que me ponga de pie para amarrarla sin cubrir mis pechos no voy a poder levantarme.

—¡Hijo de puta! —insulto con rabia entre dientes. Como respuesta, su mano aprieta con más fuerza mi piel.

—No veo por qué tanta reacción. Estabas mucho más cómoda después de que quité la parte de arriba.

—¡Dios, estaba dormida! —muerdo mi brazo para contener un grito de furia.

—Como una roca, debería añadir, Ginger —su risa es baja… tan peligrosa como el rugido de un tigre.

—Yo... yo estaba cansada. —balbuceando, y desearía poder retirarlas de inmediato.

Él desliza su dedo por la curva de mi columna, haciendo que los vellos de mi nuca se ericen, dibujando sobre mi piel con ese dedo atrevido hasta detenerse en el costado de mi pecho. Solo ese leve contacto me hace reprimir un gemido.

—¿Cómo fue tu aventura, pequeña Náutilus? —Su respiración está demasiado cerca, tanto que puedo sentir el soplo provocador en mi nuca.

Entierro el rostro sobre mi brazo, cerrando los ojos, mientras mi cuerpo responde estremeciéndose con cada caricia que se expanden por cada rincón de mi ser, justo cuando su otra mano toca la parte posterior de mi rodilla. ¡Dios! Es como si me acariciara el cabello: una tortura placentera, con círculos lentos y suaves.

—Responde mi pregunta, Ginger.

Mi coño se contrae con cada nuevo roce, despertando una curiosidad urgente por esos dedos que ascienden lentamente entre mis muslos.

—¿Dónde está su esposa, señor Roy? —Mis dientes aprietan mis labios para contener los gemidos que ya se agolpan en mi garganta.

—Creo que en algún lugar de la isla, siendo follada. Responde mi pregunta. —Su otra mano, la que jugaba con el costado de mi pecho, lo abandona para enredarse en mi cabello.

—¡Oh, mierda! —maldigo en voz baja, casi sollozando por lo que me está haciendo.

Mi cuerpo, con mi libido pervertida como cómplice, se le entrega en bandeja de plata.

—Señor Roy… Esto… esto… ¡Oh, mierda! —me atraganto justo cuando su gran mano en mi muslo separa mis piernas lo suficiente para deslizarse entre los labios de mi coño.

—¿Incorrecto? Supongo que esa sería la palabra que usarías. —La voz del señor Roy entra en mi mente como si estuviera dentro de mi cabeza—. Un término algo objetivo.

Él deja su mano completamente extendida sobre mi coño, haciéndome mover mis caderas un poco más, lo suficiente para que él tenga espacio para moverse.

—Peligroso —respondo en voz baja, respirando con dificultad.

—Para un pajarito, el gato es peligroso, porque desea tenerlo atrapado entre sus garras. Para el gato, eso es esencial. Dos versiones distintas de una misma situación.

Esto no es esencial, es mortal. Él sabe que, en la cadena alimenticia, él es el gato… y yo, el pajarito.

—Las personas tienden a ser muy evasivas y complicadas, pero así, de esta forma, dejándose llevar por la euforia… no podemos ocultar absolutamente nada. —Uno de sus dedos juega sobre mi clítoris, frotando lentamente, mientras otro invade mi cavidad humedecida.

Aprieto con fuerza los dedos contra la reposera, incapaz de contener el gemido. Su otra mano juega con mi cabello, echándolo a

un lado solo para poder masajearme el cuero cabelludo.

—Responde, Ginger.

—Dios… ¿Por qué estás haciendo esto? —cierro las piernas, intentando detener el movimiento de su mano, pero eso solo lo anima a introducir otro dedo en mi sexo, moviéndolo lentamente mientras continúa frotando mi clítoris.

—Eres inteligente, Ginger… tanto como curiosa. Creo que sabes la respuesta.

¡Por Dios, no lo sé! Ni siquiera podría deletrear mi nombre en este momento, porque mi mente está en blanco, concentrada únicamente en lo que está haciendo con sus manos.

—Jonathan… —Aprieto más los labios, dejando que su nombre se escape como un susurro.

—Estás tan caliente, tan suave y húmeda… —dice, antes de introducir un tercer dedo, con la misma intensidad que los anteriores: sin aviso, posesivo y dominador.

Me tiene, en todo el sentido de la palabra. Me lleva al borde del abismo ahí mismo, a plena luz del día, con el sol golpeando sobre mi piel. El jardinero está distraído, sin saber que por dentro estoy jadeando. La mansión, con las ventanas abiertas, deja abierta la posibilidad de que en cualquier momento alguien aparezca… y lo vea follándome con sus dedos perversos.

Eso me excita. Me enciende el deseo de que lo haga de verdad.

Es cínico, provocador, con una necesidad de control que debería hacerme odiarlo, y sin embargo… podría confesarle cualquier cosa, solo para que no se detenga.

—Dime, pequeña… ¿Qué es lo que más deseas?

¡Todo

Podría gritar por la corriente eléctrica que amenaza con estallar dentro de mí, pero solo muerdo mis labios, clavando mis uñas en la palma de mi mano.

—Por favor… —suplico entre gemidos bajos, hambrienta del vacío que él llena en mí.

Su dedo presiona mi clítoris, mientras intensifica los movimientos de los tres que ya lleva dentro de mí, hasta darme la sensación de que me está follando con todo el puño. Y esa idea, que debería asustarme, me excita aún más. Mis pensamientos se vuelven tan sucios, tan obscenos, que ya no puedo contenerlos.

Jonathan despierta en mí algo distinto a lo que Baby provocaba. Ella encendía mi curiosidad. Él… desata mis demonios.

Me arrastra a una zona peligrosa entre mis fantasías y mi cordura. Su mano se enreda en mi cabello, lo echa hacia adelante y masajea con fuerza. Su toque me fascina y me hace flotar.

Jonathan es un mundo nuevo, completamente distinto, que abre mis ojos a todo lo que soy capaz de sentir entre placer y dolor. Debería temerle a su forma diabólica de poseerme, pero no puedo. Me entrego al monstruo que conoce cada punto exacto que me conecta con nuevas dimensiones de placer. Jonathan puede ser un demonio… o un ángel. No sé si estoy cayendo demasiado rápido en lo que me ofrece, pero lo necesito. Necesito que aumente el ritmo y libere mi orgasmo.

—Juega conmigo, Gin. Y te prometo saciar tu curiosidad —susurra con voz ronca, cargada de promesas peligrosas, me envuelve, me atormenta con esa espera, moviendo mi cabeza con su mano enredada en mi pelo, hundiendo los dedos más profundos, hasta empaparse por completo con el líquido viscoso que escurre de mi sexo.

—Dios… ¡Sí! —respondo alto, con la voz entrecortada, llorando, gimiendo con locura, dándole a Jonathan exactamente lo que me exige.

Estoy feliz de haberle complacido, sintiendo el agotamiento de mis nervios con los golpes duros que su puño empieza a marcar, aumentando el ritmo de sus dedos mientras me folla profundo. Mis piernas tiemblan y muerdo mi brazo, conteniendo el grito que sube

con fuerza, tan violento como el orgasmo que me sacude, retorciéndome en espasmos.

Mi cadera se arquea hacia arriba, cerrando los muslos para atrapar su mano, convulsionando con la respiración desbocada, empapándome en su palma hasta sentir que mi propio cerebro se desprende de mi cuerpo. Ya no hay nada más, solo la satisfacción plena del clímax.

Mi cadera cae de nuevo, volviendo a su posición original, mientras mis rodillas ceden sobre la tumbona, y mis piernas tiemblan.

Suelto los dientes de mi brazo, con un hilo de saliva aun uniéndolos. Mi rostro está sudado por el calor sofocante, las mejillas ardiendo, con algunos rizos pegados a la frente. Giro la cabeza hacia un lado y miro al hombre diabólico que me observa. Cierro los ojos cuando siento sus dedos saliendo lentamente de mi interior, como una última provocación. Los abro justo a tiempo para ver su sonrisa blanca, de depredador.

La mano que aún tiene enredada en mi cabello recorre un camino breve, apartando un mechón rizado de mi cara, despejando mi vista para que pueda mirarlo mejor. Lleva la mano a la cabeza, se baja un poco los lentes oscuros y los acomoda sobre el rostro. Los dedos brillantes y húmedos, que reposa sobre mi pierna, se levantan hasta su boca… y sin prisa, chupa uno por uno.

—Disfrute de nuestro juego privado, señorita Ginger. Tómalo como un regalo. —mueve el brazo por debajo de la reposera y recoge la parte superior del bikini con la toalla.

Con calma, se incorpora y la extiende sobre mi espalda.

Estoy perdida, sin saber exactamente qué fue lo que acepté, viéndolo alejarse hasta desaparecer dentro de la mansión.

—¿Qué has hecho, Ginger? —cierro los ojos, maldiciendo mi maldita curiosidad, la misma que me trajo hasta aquí. Pero ahora estoy demasiado lejos como para volver atrás.

CAPÍTULO 11



PROPIETARIO DEL JUEGO

GINGER FOX

—¿Y bien? —La goma de mascar se pega a mis labios cuando hago un chasquido. La succiono de nuevo hacia el interior de mi boca, sonriendo a Jon y regalándole una mirada que dice: ¡te lo dije!

Él guarda silencio, con la mirada fija en el reflejo del espejo, como si nunca antes hubiera visto al chico que lo observa desde allí. Dejo el tarro de tinte y la brocha sobre el lavamanos, me quito los guantes manchados de los dedos y los tiro a la basura.

Se gira hacia mí, alzando la mano para tocar su cabello negro, que ahora está peinado hacia atrás después de haberlo teñido. Le doy un golpecito suave en la mano, haciendo que me mire.

—No lo toques, vas a mancharte los dedos.

Salgo del baño y él me sigue, con los hombros encogidos y pasos tímidos.

—¿Y el tuyo, no lo vas a pintar?

Miro por encima del hombro y niego con la cabeza.

—Lo tiño otro día. En esta maraña de pelo se me irían como dos cajas de tinte.

Lo observo con admiración. Jon parece prácticamente una reencarnación de Elvis, con ese cabello negro resaltando sobre su

piel clara y esos ojos llamativos. Claro que el copete que le hice ayuda a que vea al rey reflejado en su cara.

—Te ves guapísimo.

Abro la puerta que conecta con mi habitación y me siento en el suelo, retomando el juego de mesa donde lo habíamos dejado.

—¿De verdad tenemos que seguir con esto, Jon?

—El Monopolio es divertido. —Se sienta también, cruzando las piernas y preparándose para jugar.

—Depende… para mí, que ya estoy en bancarrota en la vida real, llega a ser humillante, ser pobre también en el juego. —Logro arrancarle una risa, y sus mejillas se tiñen de rosado—. ¿Y el fin de semana en casa de tu abuela? Aún no me contaste.

Jon se encoge de hombros con indiferencia mientras compra mi panadería en bancarrota, que queda justo al lado de la zapatería que ya es suya.

—Nada especial, estuve leyendo. ¿Y tú? —levanto la mirada hacia él, que sostiene las cartas en la mano y me observa fijamente.

Inapropiado para su edad, responde mi cerebro de inmediato, pero solo le dedico una sonrisa forzada y reviento otra burbuja con la goma de mascar.

—Igual que tú. Me pasé el fin de semana leyendo.

Asiente con la cabeza y vuelve su atención al juego.

Jon llegó el domingo, pasadas las ocho de la noche. Bajó del auto con aire desanimado, mirando la mansión con expresión perdida. Lo observé desde el balcón de mi habitación, caminando, cabizbajo. La mujer que iba en el coche esperó a que él entrara antes de arrancar. Lo que me sorprendió no fue que subiera directamente sin hablar con nadie, sino que, en vez de entrar a su habitación, Jon abrió la puerta de la mía, regalándome una enorme sonrisa que borró el desánimo de su rostro. Prefirió cenar en el cuarto, y se alegró mucho cuando vio que le había llevado un sándwich.

Había encontrado mi primera cana en mis rizos el lunes por la mañana, lo que hizo que Jon saliera de la cama temprano para acompañarme a la farmacia a comprar tinte. Buscamos a Baby para invitarla a ir con nosotros, pero la rubia había estado desaparecida desde el día anterior, no había regresado a la mansión. Me sentí un poco triste por no haberla encontrado. Tenía tantas dudas que necesitaban respuestas, y solo ella podía decirme exactamente en qué me había metido yo —y mi curiosidad— al aceptar esa propuesta de juego.

Al llegar al garaje para tomar algún coche, Robert ya tenía separada la llave del jeep, pero pedí otro vehículo. Fue claro cuando dijo que el jeep era el auto destinado para que lo usáramos Jon y yo, por orden del señor Roy.

Pasamos por la farmacia, compré los tintes para mi cabello, paseamos por el pequeño centro con pocas tiendas, donde Jon se fascinó con un juego de mesa que, según él, usaría para torturarme el resto de la tarde. La tienda de dulces fue una parada acertada, donde compramos una buena cantidad para llevar a la mansión. Almorzamos en un restaurante frente al mar, tomamos malteadas y luego volvimos a la casa.

A excepción de la tía Charlotte, ningún otro miembro de la familia se hizo presente dentro de la residencia. Jon y yo subimos directamente a la habitación, vaciamos nuestra bolsa llena de golosinas, y cuando empecé a preparar la mezcla del tinte, vi los ojos curiosos del niño mirándome con interés. No pude decirle que no cuando me preguntó si podía teñirse el cabello también. Me encantó el resultado, y dejé de preocuparme por la cana. Tal vez este verano sea el de las primeras experiencias.

La primera vez que besé a una mujer, me pusieron los cuernos, fui a un club promiscuo, participé activamente en una orgía, me masturbaron al aire libre un hombre con pinta peligrosa y encontré mi primera cana. Me pregunto qué más me espera… —¡Gané otra vez! —grita Jon, feliz, moviendo las rodillas con entusiasmo.

—Hiciste trampa —gruño, indignada por perder un juego tan simple.

—Eres una pésima perdedora, Gin. —estiro los dedos, pellizcándole la mejilla y haciéndolo reír.

—Sabelotodo.

Jon se ríe por las cosquillas que le hago justo en el momento en que se abre la puerta y entra una Baby medio dormida, con las sandalias en la mano y cara de quien fue atropellada y abandonada por ahí.

—¿Qué te pasó? —pregunto, preocupada. Ella entra al cuarto, cierra la puerta con el pie y lanza las sandalias al suelo.

—Una noche de sueño horrible.

Baby se quita los lentes de sol y los acomoda sobre su cabeza. Nunca la había visto con esa expresión tan apagada. Me quedo en silencio, viéndola sentarse al borde de la cama, y pasar un largo segundo mirando fijamente a Jon. Su rostro adormilado se transforma, sus ojos se enrojecen y se dilatan.

—Baby... —Me arrodillo, me acerco a ella y toco sus dedos.

La mano de Baby está helada, como un bloque de hielo. Jon baja la mirada, guarda el juego de mesa en su caja, ajeno al estado de su tía. Froto mi mano contra la suya para darle calor, mirándola con nerviosismo.

—Baby, ¿qué te pasó?

—Gin, ya lo guardé. ¿Crees que ya puedo lavarme el cabello? —Jon se pone de pie, levantando la caja entre los dedos y dejándola sobre la cama, junto a Baby.

Mira de mí hacia ella. Asiento con la cabeza y señalo hacia su cuarto.

—Ve, ya puedes bañarte, Jon.

Jon sale del cuarto caminando con pereza, a paso de tortuga. Me levanto, sujetando el rostro de Baby entre mis manos. Solo una lágrima solitaria se desliza por la comisura de su ojo izquierdo.

—Baby, dime algo —parpadea rápido, como si saliera de sus pensamientos, enfocando sus ojos en los míos.

Y rápidamente su expresión cambia, soltando una risa nerviosa, girando la cabeza hacia un lado y dándome un beso en la mano. Su cabello rubio, desordenado, le da un aire tan frágil, como una niña perdida.

—Tuve una noche infernal, un compromiso inesperado fuera de la isla —suspira. Levanta los dedos, alisa su falda y me sonríe con alegría—. Qué hermoso te quedó.

Se pone de pie de inmediato, alejándose de mí, y camina hacia el balcón. Miro hacia la puerta abierta que conecta los cuartos, sin ver señales de Jon, y me uno a Baby en el balcón.

—¿Estás segura de que estás bien? Parecías afectada. —Baby está de espaldas, abrazándose a sí misma, respirando hondo con los ojos cerrados—. Dime si puedo ayudarte, Baby. Para eso están las amigas.

Abre los ojos y gira el rostro hacia mí, sonriendo con ternura. Descruza los brazos, y su mano se posa en mi mejilla, acariciándola con suavidad.

—¿Eres mi amiga, Gin? —Levanto las cejas, mirándola con confusión.

—Claro que sí —respondo enseguida, acercando mi cuerpo al suyo. Mi rostro queda justo debajo de sus pechos, mientras rodeo su cintura con los brazos—. Las amigas están para todo, Baby, para los buenos y los malos momentos.

Tarda en devolverme el abrazo. Es extraño saber que Baby y yo ya tuvimos tanta intimidad, y aun así, un simple abrazo logra sorprenderla. Sus brazos largos se envuelven sobre mis hombros, bajando un poco la cabeza para apoyar su barbilla sobre mi cabello. La abrazo con fuerza, dándole todo el consuelo que necesita, aunque no sepa qué es lo que la está lastimando. Pero quiero que sepa que todo va a estar bien y que estaré a su lado para lo que necesite. Papá siempre hacía eso conmigo cuando me sentía

decaída, y solo con recibir su abrazo, ya me sentía mejor. Eso mismo quiero que Baby sienta ahora.

—Dios, ¡qué bajita eres! —susurra Baby, haciéndome reír con su broma.

—Tú eres tan alta —respondo entre risas, dejándola mecernos suavemente a ambas—. Estoy aquí si quieres hablar o si solo necesitas estar en silencio. No importa, de cualquier forma estaré contigo.

—¿Para siempre, Gin? —La pregunta, tan baja que apenas se escucha, duele, haciéndome levantar la cabeza para mirarla de frente. El rostro de Baby en ese momento, mirándome perdida, me recuerda a Jon, cuando le dije que era su amiga. Es como si ambos se sintieran indignos de tener a alguien que los ame y los cuide.

—Para siempre. Incluso después de que termine el verano, aún podremos mantener el contacto.

—Gracias, Gin. —Besa mi cabello, sonriendo mientras se aparta—. Está todo bien, en serio, solo odio no poder dormir bien.

Su mano se eleva, acariciando mi cabello y echándolo hacia atrás.

—¿Solo eso? —pregunto y ella asiente con la cabeza. La libero de mi abrazo, alzando mis ojos hacia ella. Aunque sonríe, sus ojos me dicen otra cosa.

—Todavía no puedo creer que me perdí el domingo soleado contigo. —Cambia de tema bruscamente, tomando mis dedos y guiándome de regreso al cuarto—. ¿Esa perra de Lorane ya volvió a la mansión?

—No lo sé. En realidad, ni siquiera sabía que se había ido — me recuesto en el tocador, pensativa.

Baby toma uno de los dulces esparcidos sobre la cama, eligiendo una paleta en forma de corazón y enseguida la abre. Luego lanza otra hacia mí, la atrapo en el aire y la sostengo con los dedos.

—Un dulce por tus pensamientos —sonrío, abriendo la paleta y negando con la cabeza.

—No es nada grave... luego hablamos de eso. —Baby chupa con fuerza la paleta, levantando sus dedos y negando con la cabeza.

—No se le dice a alguien "luego hablamos" y ya. Ya tuve una noche horrible, no quiero terminar mi tarde con ansiedad.

—¡Ay, por Dios, Baby! De verdad que no es nada grave... —Ella está de pie, a solo un brazo de distancia. Sus ojos me escanean de arriba a abajo, lanzando una mirada rápida hacia la puerta abierta.

—Habla, Gin. ¡Y habla ahora! —Chupo la paleta como si pudiera darme valor. Aprieto mis dedos en el palito blanco, sacándola de la boca—. No me digas que volviste con ese imbécil.

—¡Oh, claro que no! —me río, jugando con la paleta—. ¿Qué significa, en el mundo de Sodoma, que alguien te invite a jugar?

Ella se pone roja, su boca se abre y se cierra tres veces antes de dar otro paso hacia mí.

—¿Quién te invitó a jugar? —Baby cambia de expresión al instante, levantando su mano con la paleta entre los dedos—. Olvídalo, ya sé quién fue. ¿Qué le dijiste?

Me encojo de hombros, balanceando mi cuerpo hacia adelante y hacia atrás como una niña que sabe que hizo algo mal.

—Tal vez... puede que haya dicho que sí, en algún momento... —Baby se lleva la paleta completa a la boca, chupándola con rapidez—. Baby, di algo. Grita, regáñame, dime que metí la pata. Sé que esto está mal en todos los sentidos. Es mi jefe, está casado y es tu hermano... Dios, estoy siendo igual de sucia que Tom al aceptar ese juego, ¿cierto?

Suelto el aire que tenía contenido, sintiéndome peor por su silencio, que solo confirma que hice una tontería. Baby saca la paleta de su boca haciendo un gran chasquido.

—Primero, que sea tu jefe y tú su empleada, que yo sepa, nunca ha impedido que la gente tenga una relación. Segundo, el matrimonio de Lorane y mi hermano es tan falso como este cabello rubio mío. Y por último, por favor, nunca más te compares con ese idiota de Tom.

Baby me mira con el ceño fruncido, dejando claro su disgusto por Tom. Es casi gracioso lo mucho que lo detesta, como si hubiera estado a mi lado viendo a la pelirroja con la que Tom se acostaba.

—Una cosa que tienes que saber es que, si Roy fuera un personaje de cuento, no sería un príncipe de Disney, sino uno de los hermanos Grimm. —Mira hacia la puerta del cuarto de Jon, asegurándose de que está en el baño—. Jonathan es el dueño del juego, un verdadero Rumpelstiltskin y un oponente peligroso. Él va a jugar contigo, va a usar todos los sentidos y sentimientos que tienes dentro de ti en tu contra.

Baby me mira seria, y siento un escalofrío recorrerme la espalda. Después de todo, Rumpelstiltskin es conocido como un pequeño demonio engañoso y manipulador, que solo aparece cuando alguien busca hacer un trato y tiene algo valioso que ofrecer. Si Baby usó esa referencia para alarmarme, lo logró.

—Si crees que solo el deseo sexual puede ir de la mano con el placer, el sexo y la pasión, estás equivocada. El miedo, la gula, la ira, la lujuria, la envidia, la soberbia, los celos, la vanidad y, sobre todo, el dolor. Cada pecado que llevas dentro saldrá a la luz en su peor forma. Y, al final, tu cuerpo estará tan adicto al sexo que vas a necesitar rehabilitación.

—Pero eso... eso es una locura, eso no es un juego —aprieto los dedos alrededor del palito de la chupeta, sintiéndome angustiada.

¿Cómo puedo hacer que algo así sea correcto? ¿Cómo puede él usarme en mi contra? Son tantas preguntas, tantas dudas que se van acumulando dentro de mí, llevándome al borde entre el miedo por estar entrando en algo peligroso y el deseo de tener todas las respuestas.

—No, Gin. Esto es Sodoma. —Baby se lleva la chupeta a la boca, camina hacia la puerta, se agacha con calma para recoger sus sandalias y sale del cuarto.

—¿Cómo me veo?

La entrada de Jon en la habitación, con una sonrisa tímida y tan lindo, con el cabello teñido de negro y peinado hacia atrás, hace que descarte mis pensamientos, dejando las consecuencias de mis errores para después.

—¡Estás guapísimo! —camino hacia él, tomando su rostro entre mis dedos y regalándole mi mejor sonrisa.

JONATHAN ROY

—No pudiste controlarte, ¿verdad? —levanto los ojos de los documentos que el contador me había enviado, deteniéndome en Baby, que entra furiosa en mi oficina.

—¿A qué se debe este arrebato, Baby? —vuelvo mi atención a los cargos tributarios, escuchando sus pasos acercarse.

—¡No seas cínico, Jonathan! —Su mano se apoya con fuerza sobre el escritorio, con uñas rojas, golpeando la madera con un puño.

Mis labios se tensan mientras aprieto la pluma que tengo entre los dedos. Mi atención se centra en los lápices alineados en la esquina del escritorio, ahora desordenados por el movimiento brusco de Baby. Estiro la mano para volver a alinearlos. Luego llevo el brazo al respaldo de la silla, dejándolo colgado mientras me reclino cruzando las piernas y analizando si están perfectamente alineadas. Juego con la pluma plateada entre mis dedos, haciéndola girar lentamente.

—Calcula bien tus palabras, Baby, mientras mi humor aún es bueno —la miro al rostro y dejo caer la pluma sobre los documentos, centrada en medio de la mesa.

—No se puede calcular cuando hablamos de vidas, Jonathan. Las personas no son números ni gráficos, no son piezas de un juego maquiavélico de ajedrez. —Apoyo mis manos en la mesa para impulsarme y alejar la silla, desviando la mirada de la histeria de Baby.

—Te estás poniendo emotiva, Baby. Las personas emotivas son débiles, y cuando uno es débil, sangra. Y cuando sangras, los depredadores lo huelen.

Camino hacia la estantería de la pared, abro las puertas, saco el vaso de whisky que está en la esquina y destapo la botella. Escucho el segundo golpe contra la mesa, y junto con él, el tintinear de los lápices que ruedan por el suelo, haciéndome saber que el resto volvió a desalinearse. Hago crujir los hombros, girándolos hacia un lado, intentando no prestar atención a la vena que late con fuerza en mi cuello.

—¡Lo sabía! Estaba segura de lo que planeabas cuando me mostraste el video de ella. —La voz temblorosa de Baby susurra, casi atragantada.

—El lápiz —murmuro, sin necesidad de darme la vuelta para saber que está en el suelo.

—Aunque quería creer que lo hacías por Jon… en el fondo sabía que no. Sus ojos, su cabello, cada parte de Gin te hizo ver solo a…

—¡Cállate! —Mi voz resuena como un gruñido, obligándola a quedarse en silencio. Mis dedos se tensan, con los nervios encendidos, mientras aprieto el vaso con fuerza en la mano—. Recoge el lápiz del suelo. —Inclino la cabeza hacia atrás, moviendo el cuello de lado a lado, respirando con lentitud.

—¡Al diablo con el maldito lápiz! —grita ella, rabiosa, arrojando todo lo que hay sobre mi escritorio al suelo.

—Mide tus palabras, Baby. No habrá una tercera advertencia —aprieto la botella entre los dedos. Me pica la piel, como si tuviera

hormigas recorriéndome los brazos, y la vena del cuello palpita con fuerza y rapidez, mientras me hierve la sangre.

El maldito lápiz sigue en el suelo.

Lleno mi vaso, guardo la botella de nuevo en su sitio y me doy la vuelta hacia Baby. Llevo la bebida a mis labios. Desabrocho el botón del blazer y lo empujo hacia atrás para meter la mano al bolsillo. Mis ojos se fijan en los documentos que había ordenado alfabéticamente, ahora tirados en el suelo, desordenados, con el lápiz perdido entre ellos. Bebo el whisky de un trago, tragándolo despacio, sintiendo cómo la bebida me quema por dentro, igual que la visión del caos de mis papeles me consume por fuera.

—No entiendo el motivo de tu alteración. Hace unos días te vi justo ahí, en ese mismo lugar —señalo hacia ella con el vaso en la mano—, pidiendo permiso para dejarla entrar en nuestro mundo.

—¡Eso es diferente! Nunca se me pasó por la cabeza arrastrarla a mi infierno personal. Jugar con una principiante es una locura, incluso para ti.

Baby se frota el rostro, empujando su cabello hacia atrás. Sus pies se mueven, pateando el lápiz que rueda hasta quedar debajo del escritorio. Trago saliva, con la boca seca, sin apartar los ojos del suelo.

—Dios esto es totalmente distinto. Ginger es distinta. —Su voz estrangulada deja aún más en evidencia lo alterada que está.

—Ya tomé mi decisión, Baby —bajo el vaso y lo dejo sobre el escritorio—. Recoge mis documentos, los que arrojaste al suelo. —Saco la mano del bolsillo y la llevo a la espalda, entrelazando los dedos con la otra.

—¿Qué? —Ella mira al suelo y maldice entre dientes—. ¿Estás prestando atención a lo que te estoy diciendo, Jonathan? —Aprieto los dedos, levantando la mirada hacia ella, sintiendo un leve tirón en la comisura de los labios.

—¡Recoge mis malditos documentos del suelo! —Su rostro se endurece de rabia, se agacha bruscamente y toma los papeles con

las manos.

Los lanza sobre la mesa con furia, desordenando todas las hojas, y vuelve a encararme con odio cuando termina.

—¿En qué momento, Jonathan? —avanza hacia mí, con el pecho agitado por la respiración nerviosa—. ¿Cuándo exactamente decidiste jugar con su mente y con su vida?

¿Fue cuando abriste su correo y viste su rostro… o cuando te la follaste como un animal en Sodoma?

Aprieto los dientes, dejando la mandíbula rígida mientras Baby me interroga. Y el maldito lápiz sigue en el suelo, incomodándome.

—No recuerdo haber oído que la señorita Fox se quejara —sonrío con sarcasmo, levantando la mirada hacia Baby—. Sabía que, si yo le permitía entrar, sería bajo mis reglas, no bajo las suyas.

Recuerdo la escena con la pequeña Ginger. Mi polla se sintió bien al follarla atada a aquella silla, con las piernas levantadas y sujetas, sin poder moverse, simplemente estando ahí, lista para recibirme.

—Esa no fue la pregunta, Jonathan. —Baby aprieta los dedos a los costados del cuerpo, cerrando los puños—. ¿Cómo crees que se sentirá ella cuando todo esto termine? ¿Cómo crees que tú mismo te vas a sentir? Estás jugando con fuego, Jonathan.

—Estás haciendo una tormenta en un vaso de agua, Baby —bajo la mirada, sabiendo que el lápiz sigue allí—. Esa es la diferencia entre tú y yo: yo tengo el control. Yo soy el dueño de este juego. La señorita Ginger es inteligente, curiosa y astuta. Eres tú quien la está subestimando.

—No, Jonathan. El que se está subestimando eres tú. —Se acerca, quedando a tan solo unos pasos de mí. Escucho su respiración, su angustia—. Estás queriendo escarbar en pasados que deberían permanecer enterrados… y serías un demonio por desear eso. Solo porque Gin te hace ver…

La voz de Baby se apaga cuando mi mano se cierra sobre su garganta, apretando su tráquea con fuerza.

La silencio por un segundo, mientras el maldito lápiz sigue en el suelo. Levanto la cabeza, fijando la mirada en su rostro. Sus ojos están desorbitados, dilatados, a punto de salirse de sus órbitas. La acerco lentamente, arrastrando su cuerpo hasta que su cara queda a centímetros de la mía. Sus manos se aferran a mi muñeca, manteniéndose erguida para poder respirar.

—No olvides con quién estás hablando —muevo un poco la cabeza. Rechino los dientes, dejándole claro cada palabra que sale de mis labios—. No olvides quién soy, Baby.

—Jona... than —mira con miedo, su rostro poniéndose cada vez más rojo con cada segundo que pasa—. Necesi... to AAAIRR. —Mis dedos aprietan un poco más; la vena del costado de su frente se hincha, palpitando con fuerza.

Me acerco a su oído, hasta que mis labios rozan su oreja.

—Yo te creé. Es por culpa de este demonio que estás aquí hoy —susurro con rabia, apretando su garganta lentamente—. No lo olvides, Baby. Sin mí, no existirías. No serías nada.

Suelto su cuello, dejando que su cuerpo se deslice hacia abajo mientras respira con dificultad. Su mano, aferrada a mi blazer, se sostiene un instante y luego tose con dolor. Doy un paso atrás, aparto sus dedos de mí y vuelvo a acomodar mi saco con calma.

—Recuérdalo la próxima vez que entres en mi oficina queriendo cuestionar mis decisiones. —Llevo las manos a la espalda, entrelazando los dedos una vez más—. Ya que estás ahí, recoge el lápiz del suelo.

Baby alza el rostro hacia mí, con la cara roja, los ojos llenos de miedo, el pecho subiendo y bajando rápidamente. Con los dedos temblorosos, se aparta el cabello del rostro, empujándolo hacia atrás. Su mano se arrastra por debajo del escritorio hasta alcanzar el lápiz caído. Lo recoge, lo observa por un momento… y luego me mira. Presiona con fuerza el lápiz contra la delgada superficie de

madera, y mi mandíbula se tensa de rabia al ver cómo lo rompe en dos.

—Dios… ¿Cómo llegamos a esto? —Sus labios, amoratados por la falta de aire, se aprietan mientras niega con la cabeza—. Lo que estás por hacer es cruel, Jonathan… incluso para ti. Es abominable.

Me doy la vuelta, dándole la espalda, tratando de retomar el control de mis emociones. Fijo la mirada en el cuadro colgado en la pared. Una pintura sombría de un pantano, vacía y sin alma. Es casi como mirar dentro de mí: quieto, oscuro y silencioso, sin rastro de emoción. Solo el abismo de mi alma hueca.

Baby, más que nadie, debería saber que yo no siento nada.

CAPÍTULO 12



MEDIAS FINAS Y COLLAR DE PERLAS

GINGER FOX

La lluvia comenzó suavemente, hasta convertirse en un aguacero. El cambio de clima trajo vientos fuertes y olas altas que se estrellaban contra la playa. Observo las gotas gruesas deslizándose por la ventana de la biblioteca. Vuelvo mi atención hacia Jon, sentado en un rincón, leyendo *El león, la bruja y el ropero*.

—¿Alguna vez pensaste que podría ser posible? —levanta Jon los ojos hacia mí y susurra.

—¿El qué? —Me alejo de la ventana y camino hacia él.

—Poder escapar, ir a otro lugar solo usando tu ropero, como hizo Lucy. —Guarda silencio, apretando los dedos sobre el libro.

—Mira, si le preguntaras a mi mamá, diría que lo único que no encuentro en mi armario es el orden… y mucho menos una entrada a Narnia. —Estiro la mano y revuelvo su cabello, sacándole una risa.

Ya había leído esa historia. Los hermanos tuvieron que salir de casa por los bombardeos que amenazaban la ciudad de Londres. Fueron a vivir a un lugar alejado, en la casa de un viejo profesor, un lugar lleno de misterio. Como cualquier grupo de niños, eran muy curiosos. Aunque tenían libros, radio y una sala solo para jugar, lo que realmente querían era explorar la enorme casa y descubrir lo que escondía. En medio de esa exploración, llegaron a una

habitación con un viejo ropero, que no llamó la atención de nadie excepto de la pequeña Lucy. Movida por su curiosidad y su valentía, Lucy entró al ropero y descubrió que allí había mucho más que abrigos: encontró Narnia y se enamoró al instante. Entiendo lo que Jon desea. Al igual que Lucy, él quiere escapar a otro lugar, vivir otra historia, otro mundo. Quisiera poder hacer eso por él. Quisiera que Jon pudiera abrirse… y ver lo que yo veo cuando lo miro.

Me acerco a Jon y tomo su libro.

—¿Sabes algo que he aprendido, Jon? —sonrío, levantando el libro entre mis dedos—. Que los libros son los mejores portales que existen. Cada uno de ellos nos lleva a donde queramos ir… solo necesitamos usar nuestra imaginación.

Él se queda pensativo, analizando mis palabras. Una pequeña sonrisa se forma en sus labios mientras niega con la cabeza.

—¿No? ¿No crees que tu imaginación pueda llevarte a lugares hermosos con un libro en las manos? —llevo el libro a mi pecho, poniendo cara de llanto—. ¿Entonces por qué pasas tanto tiempo leyendo?

—Pero son solo libros, Gin. —tapo el libro con mis dedos, como si tapara los oídos de un niño, fingiendo estar indignada—. ¡Dios! No te sientas mal, este simple mortal no quiso decirlo en mal tono. —Jon empieza a reírse, mirándome como si estuviera loca.

—Levántate, infiel de la literatura. Y cierra los ojos.

Extiendo mi brazo hacia él, lo levanto del sofá cubriéndole los ojos con la mano y lo arrastro hasta la biblioteca.

Él hace lo que le digo, apretando los puños a los costados mientras se ríe conmigo. Suspiro bajito, colocándolo justo en el centro, donde pueda ver todo a su alrededor.

—Ahora abre los ojos.

Él los abre y mueve la cabeza, observando cada estantería, cada repisa, viendo todos los libros perfectamente ordenados en la enorme habitación.

—Todos los libros que ves, en cada estante, nuevos, viejos o usados, son como Narnia. —Lo miro con ternura, levanto mis dedos hasta su frente y acomodo su cabello liso hacia atrás—. Todos ellos son un lugar mágico, esperando a que tú te aventures en ellos. Y esto…

Abro los brazos, sonriente, girando sobre mí misma mientras señalo cada pared.

—Este lugar, tu biblioteca, será tu más fiel y maravilloso guardarropa. —Dejo de girar, quedando de frente a él—. Aquí dentro puedes ser quien tú quieras.

—¿Puedo ser Peter? —pregunta en voz baja, mirando el libro que tengo en la mano.

Sonrío, se lo entrego y asiento con la cabeza.

—Claro que sí. ¿Por qué no? Serás el gran Rey Peter, el Magnífico.

Se emociona, saca pecho como un verdadero rey y pone las manos en la cintura.

—Sí. ¿Por qué no? Serás el gran rey Peter, el Magnífico. —Se pone eufórico, saca pecho como un verdadero rey y coloca las manos en la cintura.

—Tú puedes ser Susan. —Frunzo la nariz, negándome a ser la incrédula.

—Creo que Lucy va más conmigo. Esa curiosidad desmedida es igualita a la mía.

—¡Sí! Serás Lucy —dice con voz solemne, jugando conmigo—. La reina Lucy, la valiente. —Deja el libro sobre la mesa y su imaginación empieza a volar.

—Ya tenemos nuestro guardarropa. ¿Ahora quién será nuestro León?

Se rasca la cabeza, mirando al vacío, perdido en sus pensamientos.

—Tía Baby —responde de pronto, moviendo el dedo como si estuviera muy convencido—. Tía Baby será nuestro León.

—Sí. Será un León fuerte, que te ama y te protege.

Jon asiente, levantando los dedos, entusiasmado.

—Ya tenemos al rey Peter y a la curiosa Lucy.

—Y el guardarropa y el León. ¡Tenemos Narnia! —sonríe, señalando los libros.

—Ahora solo falta nuestra Bruja Blanca —digo animada, imaginando a la tía Charlotte como una hechicera astuta, que siempre sabe todo lo que pasa en el reino mágico.

—Tiene que ser mala. —Miro a Jon, notando que ya no sonríe —. Que no le gusten los niños ni sepa sonreír, que cause dolor... — Sus dedos se aferran al costado de su camisa, encogiendo los hombros—. Prefiere la oscuridad, porque en la oscuridad nadie ve. No hay nada en la oscuridad, solo dolor.

Entonces lo entiendo. Jon ve en la Bruja a quien lo lastima, está describiendo sus actitudes. Respira lentamente, con la mirada caída, como si buscara algo que no está allí. Camino hasta él, tomo sus dedos entre mis manos; son delgados y sudorosos, como si tuviera miedo.

—Jon, ¿quién es nuestra Bruja? —Es una rendija, Jon acaba de dejar una pequeña rendija abierta durante el juego, y debo usarla para llegar a quien le está causando dolor—. Jon, cuéntame, ¿quién será la Bruja?

Él alza la cara hacia mí, ladeando la cabeza hasta que su mejilla se apoya sobre su hombro. Solo di un nombre, Jon, mi mente y mi corazón gritan al unísono. Solo necesito un nombre.

—Señorita Fox. —La voz de Lira hace que Jon se cierre por completo, y esa rendija que había dejado abierta se sella de inmediato.

Me muerdo el labio con rabia, respirando agitada. Suelto los dedos de Jon y me giro hacia la pobre mujer, que llegó justo en el

peor momento.

—Sí, Lira.

—La señora Charlotte pidió avisar que, con la tormenta, existe riesgo de que se vaya la luz. Sería más seguro que estuvieran en sus habitaciones si eso ocurre. —Miro hacia la ventana, viendo el aguacero cayendo con fuerza. Los rayos que cruzan el cielo se intensifican, iluminando el gris entre las nubes.

—Ya vamos, Lira. Gracias por avisarnos. —Le regalo una sonrisa forzada, con Jon retraído a mi lado.

Jon camina despacio, pasando junto a ella, y yo hago lo mismo. Cuando llegamos al pasillo de los cuartos, Jon abre la puerta del suyo y entra. Lo veo sentarse en la cama, sacar los audífonos y, mientras cierro la puerta tras él, paso la llave por dentro. Al girarme, él ya está acostado de lado, de espaldas a mí, mirando la pared, con los auriculares puestos. Jon ya no quiere jugar. Ha bloqueado el puente que habíamos construido entre nosotros.

Me froto el rostro con desánimo, frustrada por haber estado tan cerca y, aun así, haber perdido la oportunidad de que Jon se abriera por segunda vez. Con esa sensación de impotencia, me dirijo a mi habitación, cruzando por la puerta interna que conecta ambos cuartos.

Lo que llama mi atención es la caja de regalo sobre mi cama. No estaba allí cuando salí; lo recordaría si hubiera visto algo tan largo encima del colchón. Dejé la habitación cerrada con llave, aún la tengo en el bolsillo. Entré por el cuarto de Jon.

Me acerco, deteniéndome al borde de la cama, y jalo suavemente la punta del lazo hasta deshacerlo. Mis dedos levantan la tapa de la caja, y me encuentro con un vestido de seda. Lo saco, extendiéndolo sobre la cama. Es un modelo bonito, aunque claramente de otra época. Probablemente, dejó de estar de moda hace muchos años. El color rojo sangré resalta los botones negros que recorren el frente del vestido.

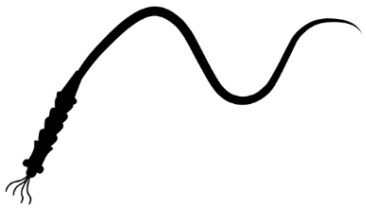
¿Habrá sido Baby? ¿Y desde cuándo Baby usa moda de los años 80?

Vuelvo mi atención a la caja, donde hay un par de medias negras, finas que llegan hasta el muslo y un collar de perlas. Al fondo, entre ellos, hay un sobre negro, del mismo material que la invitación dorada. Un escalofrío recorre mi espalda. Sé que este regalo, y el vestido, no son de Baby. Con la respiración agitada y el corazón desbocado, saco el sobre y lo abro de golpe, decidida a acabar con la curiosidad que me está consumiendo.

Pequeña Náutilus,

Ala este, pasillo del fondo, puerta blanca, a las 23:45 en punto. La habitación estará sin llave, solo entra y enciende la luz del velador junto a la cama. Deshazte de la ropa lentamente, hasta que solo queden las medias finas y el collar en tu cuerpo. Cuando la puerta se abra, podrás entrar. J. R.

Aprieto el papel entre mis dedos, mirando el vestido. El juego ha comenzado.



Jon duerme profundamente, acostado en mi cama, cuando paso la llave por la puerta de mi habitación, solo después de haberme asegurado de que el armario esté bien fijo frente a la puerta que conecta los cuartos. Guardo la llave en el bolsillo del vestido y camino lentamente por los pasillos. El sonido de la lluvia cayendo sobre el techo hace que los ecos se expandan por toda la mansión. Paso mis dedos por el vestido, alisándolo. Las bailarinas que llevo en los pies combinan con las medias finas. Fue el único calzado que encontré que combinaba con el modelo retro. Toco con la yema de los dedos el collar de perlas en mi cuello, sintiéndolas frías, en total contraste con mi piel, que está caliente. Me froto las manos para quitar el sudor causado por los nervios.

Había considerado no ir. Incluso había metido todo en la caja y la escondí en el fondo del armario, como si no existiera. Pero, con cada segundo que pasaba dentro del cuarto, mi curiosidad crecía más, imaginando qué habría tras la puerta blanca.

Después de cenar con Jon en la habitación y acostarme junto a él en la cama, mis ojos seguían fijos en el armario, sabiendo que el vestido estaba allí.

Así fue como terminé dándome una ducha larga, repitiéndome a mí misma: *no vas a ir, vas a quedarte quieta en esta habitación y vas a frenar esa curiosidad*. Distráete con Jon, juega ese maldito juego de bienes raíces, reúne el valor y llama a tu madre para decirle que no habrá boda.

Casi pude creer que lograría hacer esas cosas, pero al salir del baño en pijama, Jon ya roncaba en la cama, y mis expectativas de distraerme se fueron por el desagüe.

Caminaba de un lado a otro dentro del cuarto, sin quitar la vista del armario, mordiéndome los dedos, tratando de tomar una decisión.

Ya había atravesado el ala este, entrando en el último pasillo, cuando vi la penúltima puerta blanca del lado derecho. Doy un salto con la mano en el pecho al escuchar un trueno estruendoso afuera de la mansión. El silencio que le sigue es peor, acompañado por la oscuridad. La maldita energía se fue, dejándome cruzar el pasillo de la mansión en completa penumbra. Definitivamente, no soy como la valiente Lucy, lo único que compartimos es esa nariz metiche.

—¡Maldita sea! —gruño por lo bajo, sintiendo mi corazón latir más fuerte que un conejo asustado—. ¡Maldita curiosidad, Ginger!

Me reprendo a mí misma, aun sin moverme. Mis uñas se clavan en la palma de mi mano mientras respiro hondo, llenando los pulmones de aire. Debería volver, debería dar media vuelta y regresar a la habitación con Jon, lo sé. Pero ¿por qué mis piernas no se mueven? ¿Por qué no giran y me sacan de aquí? Miro a los lados,

viendo solo manchas y sombras entre los destellos que se filtran por la ventana alta, al final del corredor.

—¡A la mierda! —golpeo el suelo con el pie, obligándome a girar para regresar a mi cuarto—. No voy a cruzar un pasillo oscuro solo por un polla.

Aunque haya conseguido hacerme correrme jodidamente bien solo con los dedos. Hay muchas posibilidades de que sea el mejor sexo de mi vida. En verdad quiero saber cómo es que me besa, que sus manos grandes me sujeten con fuerza y me folle, en algún tipo de fantasía que involucre hacerle un striptease como apertura. Y…

—¡Mierda, mierda y más mierda! —maldigo con rabia, porque mis propios pensamientos solo han conseguido excitarme más, en lugar de convencerme de volver—. Vas a sobrevivir, deja de ser estúpida, Ginger.

Levanto la punta de mi dedo, comenzando a morderme el lateral, dando pasos lentos, como si una tortuga compitiera en carrera conmigo y ganara.

—Quizás tenga una polla pequeña —digo bajito, conversando conmigo misma. Y mi mente, en respuesta, me trae el recuerdo de la tumbona, cuando miré su cintura y pude apreciar muy bien el contorno y grosor de su miembro—. No, no es así... —suspiro suavemente, deseando arrancar de una vez esa agonía que me consume—. Ni siquiera debe haber algo extraordinario en esa maldita habitación.

¿No fuiste, cómo vas a saber?

Mi curiosidad es más rápida, dejándome a merced de mis propios argumentos. Bajo mi mano, balanceo mis hombros, inhalo profundamente y suelto el aire de inmediato. Me giro de nuevo, más rápido que antes, y corro hacia la puerta, sin prestar atención a discusiones internas. Extiendo mi mano, la coloco en la manija y la giro. La puerta blanca, ya desbloqueada, se abre y me permite entrar a la habitación.

Miro hacia la llama de una vela encendida en un candelabro de plata. La cama matrimonial de madera antigua está impecablemente arreglada. Recorro la habitación con la mirada, buscando al señor Roy, pero solo encuentro mi propia presencia en el lugar. Poco a poco cierro la puerta detrás de mí.

Al observar alrededor, no encuentro otra salida, ni otra puerta que indique la presencia de un baño; solo la cama, la mesita auxiliar con el candelabro, un gran armario antiguo que llega del suelo al techo, sin cajones y con dos puertas, una ventana sin cortinas —abierta, dejando entrar un viento fuerte y frío junto a algunas gotas de lluvia— y, por último, un cuadro que exhibe una pintura al óleo de un jardín florido.

El ambiente es frío y sombrío. Si ya sentía temor en el pasillo oscuro, este cuarto abandonado me llena casi de pánico.

Camino hacia el centro de la habitación, observando el gran destello que se forma afuera con el relámpago. Segundos después, el estruendo del trueno me hace dar un salto hacia atrás, riendo entre los nervios y el pavor. Llevo una mano al pecho, que late con fuerza.

Siento las perlas en mis dedos, cerca del cuello, recordándome lo que debo hacer ahora. Respiro hondo cuando el viento entra por la ventana, recorriendo la habitación y chocando contra mí. Él está aquí… o ha estado. El aroma inconfundible de su fragancia me lo confirma.

Tal vez prefiere observar desde lejos, como hizo con Lorane y Bob. ¿Estará mirándome a través de un espejo mágico escondido en la habitación? ¿O simplemente está probando mis límites, como Baby me advirtió que haría? En el peor de los casos, está haciendo ambas cosas. Aunque el miedo crece dentro de mí, estoy intrigada, curiosa y más excitada que nunca.

El terror de estar en una habitación desprovista de calor, sabiendo que alguien me observa, dispara mi adrenalina, acelerando la circulación de mi sangre ante el temor de todo lo que pueda pasar aquí dentro. Estiro los brazos y levanto apenas un pie, deslizándome

una de las bailarinas. Con ese pie libre, empujo la otra con los dedos en el talón, haciéndolas deslizar hasta la cama.

Miro la llama de la vela, protegida por la pantalla del velador para que no se apague. Llevo mis dedos al frente del vestido, desabrochando el primer botón mientras alzo la vista hacia la pintura. Voy bajando por la hilera de botones, hasta soltarlos todos. Muevo los hombros, levantando el brazo para quitarme la primera manga. Otro relámpago ilumina la habitación, y cierro los ojos cuando el trueno retumba con fuerza.

Respiro tan rápido que siento que el corazón va a salirme por la boca. Abro los ojos, muerdo la comisura de mis labios y me deslizo la otra manga. La tela se resbala por mi vientre, y al trabarse en la cintura, coloco un dedo a cada lado de la cadera, sacando el trasero hacia atrás para forzarlo a bajar hasta quedar a mis pies. Me enderezo, levanto un pie y doy un paso hacia un lado. Repito el mismo gesto con el otro.

Siento cómo los escalofríos recorren cada rincón de mi cuerpo cuando el viento frío roza mi piel. Me quito la goma del cabello, dejando que el moño se deshaga y mis rizos caigan con libertad. Mis manos se deslizan por mi espalda, desabrochando lentamente el sujetador. Las tiras ceden con suavidad, deslizándose por mis brazos hasta detenerse cerca de mis codos. Sostengo la prenda con las palmas abiertas, imaginando que alguien, en algún lugar, observa con atención.

Como si pudiera devolverle el juego, me doy la vuelta, dándole la espalda al cuadro. No voy a regalarle el espectáculo de ver el sujetador caer. Después de todo, los juegos existen para que ambos participen, ¿cierto?

Sonrío mientras deslizo la tela hacia adelante, dejando que caiga con un susurro sobre el suelo. Mis dedos se pierden entre mis rizos, dejando que se derramen por mi espalda, mientras mi pecho se eleva con naturalidad. Inclino la mirada hacia abajo, hasta encontrar la fina tela que aún cubre mi cuerpo. Deslizo los dedos por sus costados, enganchando las correas y bajándolas con lentitud por

mis piernas, dejando que la textura suave de la media acaricie mi piel con cada centímetro recorrido. Cuando la prenda alcanza mis pies, me incorporo de nuevo y, con un leve movimiento, la dejo atrás.

Cuando la prenda llega a mis pies, me incorporo con suavidad, dejándola caer al suelo con un ligero movimiento. Levanto la mirada hacia la puerta del cuarto, esperando que se abra. Esta vez no hay relámpago, solo un trueno profundo que hace vibrar los cristales de la ventana. El viento irrumpe, alcanza la vela y apaga su llama. Giro el rostro hacia ella, dispuesta a volver a encenderla, pero me detengo de golpe. Ni siquiera llego a levantar el pie. El chirrido de las bisagras oxidadas del armario se escucha en la habitación, cuando la puerta se abre apenas lo suficiente para que alguien pueda pasar. Contengo la respiración. El corazón parece detenerse.

Cuando la puerta se abra por completo, podrá entrar.

Recuerdo el último fragmento de la nota. Giro el rostro hacia el armario, alto y antiguo, y solo encuentro la oscuridad absoluta frente a mí. Estoy sudando, con el cuerpo caliente y aterrada. Aunque el viento helado me golpea, sigo ardiendo por dentro. Mi pecho late con fuerza y respiro con dificultad, en jadeos entrecortados. Mis dedos tiemblan, mis piernas están tan débiles que apenas se sostienen.

La puerta se abre otro palmo, como una invitación silenciosa que me llama a descubrir los secretos que se ocultan dentro. Y creo que es en ese instante cuando descubro cuán parecida soy a Lucy. No es solo la curiosidad lo que nos une, no cuando mis pies se mueven con decisión, avanzando hacia lo desconocido, hasta ser tragada por completo por la oscuridad.

Entonces, un único sonido en medio del silencio llama mi atención, despertando recuerdos de aquella sala de Sodoma, y haciéndome reconocer esa respiración fuerte y pesada.

La del hombre extraño que me tomó sin permiso, pero que me jodió malditamente bien. El hombre era Jonathan Roy.

CAPÍTULO 13



FRUTA PROHIBIDA

GINGER FOX

Cuando era niña y acompañaba a mi madre a misa los domingos, ella siempre nos sentaba en la quinta fila del lado izquierdo, cerca del confesionario. Siempre me preguntaba cómo era que las personas podían quedarse tanto tiempo allí dentro, confesándose, sin sentirse sofocadas. No había espacio para moverse, ni posibilidad de hacer ningún tipo de maniobra. Solo quedaba estar quieta, sentada, con los muslos pegados y los dedos sobre las piernas, derritiéndose como un helado en un día caluroso de verano.

En ese entonces, pensaba que tal vez ya era una forma de expiar los pecados: lo estrecho, lo oscuro... como si el alma se purificara a través del sudor del cuerpo. Esa idea se quedó en mi mente durante mucho tiempo, domingo tras domingo, mientras la curiosidad me carcomía, sentada en ese banco, observando la estructura de madera.

Lo que me hace traer de vuelta ese recuerdo ahora no es la falta de espacio, ni la oscuridad. Es el calor. El olor que se intensifica, el sentido del olfato que se agudiza, la audición que vibra con cada gemido, con cada golpe de cuerpo contra cuerpo, con cada cambio de peso, de una pierna a otra. Y, por supuesto, el sudor. Mucho sudor. Que deja mi cuerpo húmedo, resbaladizo, como si todos mis pecados salieran de mis entrañas convertidas en líquido.

Y Jonathan… Jonathan es mi peor pecado. Su cuerpo es mi celda, y su polla, bueno, su polla es el látigo de mi alma impura.

—Dios… —mi cabeza cae hacia atrás, la boca entreabierta, jadeando con desesperación, mientras mis dedos se aferran a su nuca.

Sus grandes manos tiran de mis muslos hacia arriba hasta que mis piernas se enroscan alrededor de su cintura, sin sacar ni un centímetro de su polla de dentro de mí. La sensación de la fina tela de las medias contra mi piel, rozando la suya, es devastadora. Siento sus dientes mordisqueando mi barbilla, entre lamidas lentas que reparte por mi cuello, moviendo la pelvis con un ritmo calculado: se aleja solo para volver con la fuerza y el peso de un martillo clavando un clavo en la pared.

Sus manos abandonan mis muslos y ascienden por los costados de mi cuerpo, torturándome con caricias perezosas, juguetonas, casi burlonas. Mis dedos se sueltan de su nuca y apoyo las palmas a los lados del gabinete, con los brazos casi doblados. La madera cruje bajo el peso de nuestros cuerpos, mis gemidos escapan sin freno, tan libres, sin importar si son fuertes, si van a despertar a los vecinos. Es libertad pura, desbordada, dentro de este mueble estrecho.

Ya no soy Ginger, la curiosa. Ahora soy la mujer verdaderamente devorada, porque eso es lo que hace Jonathan: me consume, se alimenta de mí con cada centímetro de su polla, deslizándose dentro de mi coño sensible, que aún se estremece por los espasmos de las embestidas brutales de hace unos segundos.

El cuero cabelludo ya no me duele por los tirones que me daba; está adormecido. Igual que mi mejilla, entumecida por estar aplastada contra la pared, mientras Jonathan me sujeta el rostro y me folla desde atrás, manteniéndome ahí. Ya no tengo control sobre mí misma, y ni siquiera quiero saber, en este punto del juego, si quiero recuperarlo. Sea como sea, quiero todo lo que él me da. Quiero purgar mis pecados, solo para cometer muchos más.

—Jonathan… —Su nombre se escapa de mis labios, como una glorificación dirigida a un ángel oscuro y malévolo—. ¡Oh, joderrr!

Aprieto los labios en cuanto su lengua recorre mi cuello, golpeando justo la vena que late con fuerza, rápido. Sus manos, a los lados de mi cuerpo, vuelven a bajar, hundiendo los dedos en mi culo, apretando con fuerza y separándolo al máximo mientras intensifica la serie de estocadas de su polla. Entra y sale hondo, profundo, lanzándome contra la pared con cada embestida brutal.

Mi coño lo succiona con una mezcla de placer y hambre insaciable. Él es bueno, es perverso, pero es la mejor polla que ha estado dentro de mí, y seguirá ocupando el primer lugar en mi podio incluso después de que me haya ido.

—¿Qué deseas, Ginger? —Su voz ronca, cargada de lujuria y poder, me atraviesa como un rayo. Saber que estoy en sus manos despierta en mí sentimientos soberbios y oscuros que se aferran a mi alma.

—TODO… —grito extasiada, mientras me toma con fuerza, al punto de sentir sus testículos a un suspiro de hundirse también dentro de mí.

Como si eso fuera justo lo que quería escuchar, su risa baja resbala por sus labios, y su lengua dibuja una línea lenta sobre mi rostro, dejando que su saliva se mezcle con mi sudor. Su cuerpo se detiene sin previo aviso, condenándome al tormento de sentir su polla enterrada hasta el fondo, llenándome por completo, pero completamente quieto.

Una de sus manos en mi trasero se desliza lentamente por mi cuerpo, como una serpiente, subiendo hasta mi pecho. Me acaricia el seno, lo aprieta con fuerza entre sus dedos. Siento los músculos tensos en mis brazos, las palmas presionando con más fuerza las paredes del armario, como si pudiera romperlas.

Su mano cruel, sin prisa alguna, quema mi piel. Suelta mi pecho solo después de pellizcar el pezón duro y sensible, y luego sube hacia mi nuca. Dos de sus dedos se enganchan en la

gargantilla, tirando de ella hacia atrás con lentitud, hasta que casi siento la joya incrustarse en mi piel.

—¿Todo? —Escucho su pregunta, aunque mi cerebro esté nublado entre la euforia y el miedo.

Él vuelve a moverse, retirando casi por completo su polla. Dobla un poco las rodillas y luego se eleva de golpe, enterrándose en mí de una sola vez, hasta el fondo. Mis ojos, dilatados por la oscuridad, no ven nada. Solo siento su rostro pegado al mío, su barba áspera raspando mis mejillas, como un depredador que disfruta jugar con su presa antes del ataque final.

—¿Crees que podrías soportarlo todo, pequeña Gin? —murmura con la voz cargada de deseo, sus dientes atrapando mi oreja mientras respira agitado.

Repite el mismo movimiento: se retira casi por completo, flexionando ligeramente las rodillas, y luego se lanza de nuevo dentro de mí, brutal, rompiendo cualquier resquicio de lógica que pudiera quedarme. Las perlas de la gargantilla queman mi garganta, robándome el oxígeno. Él solo tira de ella con más fuerza. Mi cuerpo intenta alertarme: está al límite, es peligroso. Pero yo solo quiero más.

El miedo a ser estrangulada, la falta de aire en mis pulmones, el calor infernal dentro de este armario. Su polla saliendo y volviendo a entrar, empujándome hacia arriba. Su barba raspando con rudeza mi mejilla, todo se convierte en un ciclo interminable y caigo más hondo deseando más, siempre más.

—¿Todo, Gin? —Mis dedos se deslizan débiles por la pared, aferrándose a su espalda. Es como estar ahogándome… y aun así querer más agua llenando mis pulmones. No deseo respirar. Deseo ahogarme.

—Sí… —Mi voz, estrangulada, apenas sale. Suena baja, entre gemidos y jadeos entrecortados.

Su otra mano se desliza hacia el centro de mi culo, presionando con la yema del dedo justo contra mi ano, esa parte de

mi cuerpo que casi nunca se usa, pero que se tensa de inmediato, en alerta, mientras él continúa aplicando presión. Su polla vuelve a enterrarse dentro de mí, con embestidas lentas y constantes. Es como si me estuviera follando de todas las formas posibles: mi cuerpo, mi mente y mi alma. Tan perfeccionista, intercala las estocadas de su polla con la presión de su dedo.

Mi espalda, aplastada contra el fondo del armario, siente todo el peso de su pecho sobre el mío, y lo único que me sostiene son mis piernas enroscadas alrededor de su cuerpo. Sus dientes se clavan en mi hombro, mientras da otro tirón a la gargantilla, poniéndome a prueba, empujando mis límites bajo su dominio. La invasión de su dedo en mi culo me arranca un gemido, haciendo que su polla se humedezca aún más con mis jugos. Mueve las caderas, lento y profundo. Si este fuera mi final sería una muerte gloriosa.

Las uñas de mis manos rasgan su espalda, enterrándose tan profundo que lo atan aún más a mí. Siento los espasmos estallar de pronto dentro de mí, creciendo con rapidez como un relámpago: primero el destello, luego el trueno estruendoso y finalmente la explosión, como una descarga eléctrica atravesando mi cuerpo. Mi coño lo engulle, contrayéndose con fuerza alrededor de su polla cuando el orgasmo me alcanza.

—Dios... ¡Ooooh! —grito sin freno, justo cuando Jonathan afloja el collar de perlas en mi cuello. Respiro agitada, desbordada por gemidos y sollozos, corriéndome sin control.

Sus manos vuelven a aferrarse a mis caderas, follándome con una locura tan intensa que siento que podría partirme en dos. Estoy en éxtasis, noqueada por la sangre que corre desbocada por mis venas. Cada músculo de mi cuerpo está tenso como acero puro, y mi cerebro se inunda con una descarga brutal de dopamina en el clímax.

Ni siquiera termino un orgasmo cuando ya siento otro acercarse. Su polla se fusiona conmigo como una demoledora hecha de carne, sin remordimientos, solo provocando gritos que estallan desde lo más profundo de mi garganta.

Mis dedos, temblorosos y sudados, se arrastran por su espalda hasta llegar a su cuello, justo cuando su rostro se inclina para rozar su mejilla con la mía. Giro la cara, provocando el roce de sus labios contra los míos. Él no dijo si podía besarlo. Me tocó entera, me folló hasta el alma, desde mi coño hasta mi mente, pero lo único que no me dio fueron sus labios. Y yo necesitaba sentirlos.

El calor de su boca, el sabor del sudor salado que resbala y le da a su boca un gusto intenso. Todo es nuevo, salvaje, caliente. El beso llega con hambre, con ganas. Devoro sus labios, sintiendo que me abren el apetito y el deseo, mientras fuegos artificiales explotan dentro de mí. No es un beso tranquilo como el de Tom, ni suave ni dulce como el de Baby. Es un beso explosivo, feroz. Y con cada vez que mi lengua toca la suya, él me folla más duro, como si me castigara por atreverme a probar el fruto prohibido que son sus labios.

Él fuerza más su boca contra la mía, con brutalidad, casi como si no supiera lo que está haciendo, confundido, descargando toda su furia dentro de mi cuerpo con cada embestida que me atraviesa. Y yo devuelvo toda la energía que me queda a través de ese beso, moldeándolo a mí, del mismo modo en que él moldea mi cuerpo al suyo.

Mis fluidos lo bañan en chorros calientes, empapando su polla, aún presa del orgasmo. Mis brazos se cierran con fuerza alrededor de él, abrazándolo como si pudiera tatuarlo en mi piel. Sus dedos se hunden con violencia en mi trasero, arrancándome gemidos entre el beso, mientras su cuerpo tiembla junto al mío, corriéndose con fuerza cuando alcanza su propia liberación. Quisiera no tener este maldito condón, solo para saber cómo se siente ser inundada por él, sentir su calor, su espesor derramándose entre los labios hinchados de mi coño, deslizándose por mis piernas. Sentir su semen caliente, saber que está dentro de mí, que me marcó con su olor como suya.

Nuestras bocas se separan, y él apoya su frente contra la mía, respirando de manera entrecortada, igual que yo. Desearía que

hubiera luz dentro de este armario oscuro, solo para poder ver su rostro. Le agradezco que me esté sosteniendo, porque mis piernas, débiles, resbalan sin fuerza, colgando sin que quede ni una gota de energía en mi cuerpo.

Una de sus manos me suelta, y no se detiene hasta que sus dedos se acercan a mi rostro. Siento la yema de su dedo delineando mi boca, dibujando lentamente mis labios. Su frente se aleja de la mía, dejando su cara apenas a unos centímetros. Su respiración caliente choca contra mi piel sudada. Aunque estemos rodeados de oscuridad, puedo sentir el magnetismo de su mirada.

—¿Todo? —su voz ronca suena baja y profunda.

—¡Todo! —respondo de inmediato, dejando que la palabra salga sin filtros, directa.

Inclino la cabeza hacia adelante, rompiendo la escasa distancia entre nuestras bocas y lo beso, esta vez despacio, sin prisa, solo saboreándolo. Jonathan permanece quieto, sin reacción, solo con su pecho subiendo y bajando lentamente. Dejo que su lengua roce la mía, y comienzo a devorarlo, a tomarlo de la misma forma en que él me tomó a mí.

Jonathan me aprisionó de muchas formas. En cuerpo, cuando me folló en aquella sala de Sodoma, en mente, cuando me torturó al borde de la piscina y en alma, cuando me cautivó en este armario.

El León tenía razón cuando, en una parte del libro, dijo: *"Nada ocurre dos veces de la misma manera."* Yo había encontrado mi armario, mi cuerpo llegó hasta Narnia, pero Jonathan no es mi León es mi Bruja Blanca.

Y aunque no sepa cuál será el precio a pagar, lo quiero todo.

CAPÍTULO 14



CAPAS POR CAPAS

GINGER FOX

"Robert tiene una mano ágil.

Va a echar un vistazo al lugar, pero no te contará sus planes.

Tiene un cigarro enrollado, colgando de la boca, es un chico vaquero."

Dejo que la canción suene de nuevo mientras analizo su letra. Jon había compartido el enlace de su playlist para que pudiera escuchar su música. Una en particular me atrapó, no por el ritmo pegajoso que se queda dando vueltas en la cabeza, sino por lo que dice.

"Sí, encontró un revólver

en el armario de su padre, en la caja de cosas geniales.

Y no sé bien qué pasó, pero viene por ti, sí, viene por ti."

Con esta, ya es la sexta vez que escucho *Pumped Up Kicks*, y cada vez estoy más convencida de que Jon se está comunicando conmigo a través de ella.

"Todos los demás chicos con sus zapatillas caras, será mejor que corran, que corran más rápido que mi arma.

Todos los demás chicos con sus zapatillas caras, será mejor que corran, que corran más rápido que mi bala."

La mayoría de las personas no suele analizar las letras de las canciones que escucha… y mucho menos las que escuchan los niños. Estribillos como: *"voy a meter un montón de mujeres en mi auto importado y me las voy a coger con fuerza"* pueden parecer, a simple vista, una forma en la que los chicos entienden la masculinidad. Pero, aun así, revelan mucho sobre cómo se sienten en ese momento: presionados por un mundo que los obliga a ser excesivamente masculinos, duros, invulnerables. Del mismo modo, esta canción deja ver cómo se siente Jon.

"Esperé demasiado tiempo,

sí, y la destreza de mi mano ahora jala gatillos.

Discuto con mi cigarro, y le digo: tu cabello está en llamas… debes haber perdido la cabeza, ¿verdad?"

Jon no está bien, está gritando por ayuda a través de la melodía y nadie escucha el grito desesperado que se refleja en sus ojos tristes. Miro fijamente la puerta del despacho, apretando el móvil entre mis manos. Caminar hasta aquí no fue una decisión fácil, sobre todo porque, en lo más profundo de mi corazón, deseaba que Baby estuviera en cualquier otro rincón de esta mansión, menos en la oficina del señor Roy. No porque sienta vergüenza, ni porque no haya disfrutado de lo que pasó anoche, sino por una sola razón: el llavero que cayó del bolsillo de su pantalón cuando sacó la ropa del cajón de la mesita de noche.

Estoy abotonándome el vestido, con los ojos fijos en los botones negros, evitando mirar su cuerpo desnudo y sudado que se mueve por la habitación. La luz, que ya había vuelto cuando salimos del armario, solo aumenta esta mezcla de timidez y esa sensación incómoda de no saber qué decir después de una follada espectacular.

Mis dedos, inquietos, se enredan en mi cabello mientras lo recojo en un moño. Normalmente soy una charlatana, podría hablar durante horas, porque para mí el sexo entre dos personas es tan natural como compartir una taza de café. Pero su silencio frena mis palabras.

Él camina por la habitación con una lentitud perezosa, y su rostro permanece tan inexpresivo como siempre. Alza la mirada solo por un momento cuando se acerca a mí, y entonces puedo ver con más claridad la cicatriz que cruza su garganta. Tenía razón: es una marca larga, que va de un lado al otro. Fina, de color desvanecido, señal de que es antigua.

Doy un paso al costado cuando él se adelanta, estira el brazo y abre el cajón viejo de la mesita. Jonathan saca algo de allí, y enseguida reconozco que es su muda de ropa. Está cuidadosamente doblada, pero al mover el cuerpo para dejarla sobre la cama, una de las perneras del pantalón se despliega, y algo cae con un sonido metálico que resuena por toda la habitación. Me agacho, recojo el manojo de llaves y las observo con curiosidad. Alzo la mirada hacia él, le extiendo las llaves y lo veo mientras se pone una camisa blanca de botones. Ronroneo como una gata cerca de su dueño, admirando su torso desnudo. Dentro de mí, mi ego se siente satisfecho al ver las marcas de mis uñas tatuadas en su pecho. Me sorprende atrapada bajo su mirada intensa, y aparto los ojos rápidamente hacia las llaves.

—Debes volverte loco con tantas llaves cuando necesitas una —digo con una sonrisa, intentando sonar natural para romper el hielo.

—Conozco cada una de ellas —responde mientras estira el brazo para tomar el calzoncillo que estaba sobre la cama y se lo pone con calma.

—Muchas puertas para memorizar.

No mires su polla, no mires su polla o vas a parecer una loca, me grita mi cerebro dentro de la cabeza. A la mierda, mírala. Claro que sí. Ese segundo pensamiento, definitivamente más atrevido,

tiene toda la pinta de haber salido de mi coño hambriento, que termina ganando la discusión y me obliga a echar una mirada de reojo al vaivén de esa magnífica pieza que él tiene entre las piernas. Sí, mi coño es insaciable para haberse tragado cada centímetro de ese eje largo y grueso. Sonrío sin pudor, bajando la mirada a mis pies mientras intento ponerme las bailarinas.

—Pensé que ya te habías dado cuenta de que esta mansión tiene muchas puertas, señorita Fox.

—¿La mansión? —vuelvo a mirar el manojo de llaves, fijándome mejor esta vez. Ya había visto a Jonathan con ellas antes, lo que me lleva a recordar la noche en que descubrí lo de Bob y Lorane. Pero en ese momento no le di mayor importancia.

—Así es, señorita Fox. —Lo miro de nuevo justo cuando termina de subirse los pantalones.

—¿Así fue como entraste en mi cuarto y dejaste la caja de regalo? —paso los dedos por las llaves, sintiendo el metal frío y duro.

—Sí. ¿Esperabas que le pidiera a la criada que te la entregara? —Su mirada se clava en la mía con ese gesto enigmático que lo define.

"Ni sabe sonreír, solo conoce el dolor. Prefiere la oscuridad, porque en la oscuridad nadie lo ve. En la oscuridad no hay nada, solo dolor."

Las palabras que Jon soltó aquella vez en la biblioteca regresan a mi mente. Su voz tan triste, sintiéndose acorralado. Dirijo la mirada hacia el armario, ese espacio que guarda tanta oscuridad dentro, igual que el hombre que casi nunca sonríe.

Recuerdo los gritos de Jon en aquella primera semana, en la habitación de al lado. Me hicieron correr hasta allí. El cuarto estaba oscuro, lleno de dolor y la puerta, esa que estaba segura de haber cerrado con llave, estaba abierta.

Jamás había visto al señor Jonathan cerca de Jon. No como Baby, que aunque no siempre está presente, de alguna forma está.

¡No!

Mi corazón late desbocado, acelerado, fuera de control. El sudor que corre por mis dedos ya no es producto del calor tras la explosión del sexo. Ahora, esa transpiración nace del horror que empieza a crecer dentro de mí.

—Ginger. —Giro el rostro de golpe cuando él me llama—. Las llaves.

Miro mi mano extendida, notando cómo mis dedos aprietan el manojo de llaves con la misma fuerza con la que mi corazón está siendo estrujado por esta espantosa sospecha. Abro los dedos, dejándole tomar las llaves lentamente, mientras me observa con tal intensidad que podría jurar que está leyendo mis pensamientos.

—Tengo que irme. —Mi cuerpo gira tan rápido como una ráfaga, y echo a correr fuera de la habitación.

Realmente no quería estar aquí. No frente a la puerta de esta oficina, después de haber pasado gran parte de la mañana consumida por dudas e hipótesis que solo se enredaban más en mi mente. Es como ese hilo suelto de una madeja de lana que, mientras más lo jalo, más se deshace sin llevarme a ningún lugar, sin acercarme a ninguna respuesta.

Llevo los dedos a mi cuello, sabiendo que los moretones de la gargantilla están a la vista, por más que intente ocultarlos con el cabello.

—¿A dónde estás navegando, Jon? —susurro, perdida en mis pensamientos. Me sobresalto cuando la puerta se abre.

Me encuentro con un par de ojos azules e impenetrables. El señor Roy me mira con su clásica expresión severa. Lleva puesto un traje negro perfectamente alineado, que solo refuerza esa aura sombría que lo rodea.

Me observa en silencio.

Mis dedos se alejan de mi cuello, saco los auriculares de mis oídos. El movimiento hace que mi cabello se desplace, dejando al

descubierto mi garganta… y eso capta su atención. La mira como si estuviera analizando una pintura.

—El pasado está hecho para quedarse atrás, Jonathan —la voz de Baby suena fuerte mientras se mueve detrás de él—. ¿Gin?

Dirijo la mirada hacia ella. Está en la puerta, junto a Jonathan.

—Necesito hablar contigo. —Se queda en silencio, igual que su hermano, mirándome con desconcierto—. Baby, necesito hablar contigo.

—¡Oh, claro! —responde sonriendo y soltando una pequeña risa—. Por un segundo me perdí, no sabía si estabas hablándole a Roy o a mí.

—Es contigo. Lira me dijo que estabas aquí. —Desvío la mirada de ella, incapaz de sostener la intensidad con la que Jonathan me está mirando. Llevo una mano hacia mi cabello, acomodándolo otra vez para cubrir mi cuello, mientras mis hombros se encogen, sintiéndome arrinconada—. Si no estás ocupada, me gustaría que fuera ahora.

—Claro que puede ser ahora —responde Baby, pasando por al lado de él, saliendo del despacho y acercándose a mí.

—¿Ocurre algo, señorita Fox? —Su voz autoritaria suena fuerte, haciéndome sentir como si estuviera en medio de un interrogatorio.

—No... yo, bueno... —Mis dedos se deslizan hacia el bolsillo trasero del pantalón vaquero, y bajo la mirada hacia mis tenis—. Solo necesito hablar con Baby, señor Roy.

—Ay, deja de ser entrometido, Jonathan. Estás empezando a parecerte a la cotilla demente de la tía Charlotte —responde Baby alzando los brazos y pasándolos por encima de mis hombros mientras se aleja de la puerta.

Solo me atrevo a mirar hacia atrás una vez, cuando ya estamos por girar hacia el otro pasillo. El hombre de rostro adusto

sigue allí, parado en el pasillo frente a la puerta de su despacho, con las manos en los bolsillos, mirándome fijamente.

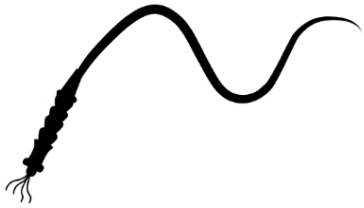
Vuelvo a girar la cabeza hacia el frente tan rápido como un destello.

—Ven, podemos hablar mejor en mi habitación —dice Baby.

Tomo su brazo, negando con la cabeza de inmediato.

—¡NO! —No tenía intención de gritar, mucho menos de sonar tan alterada… solo necesito hablar con ella en un lugar donde sepa que nadie puede escucharnos—. Vamos a hablar en la playa.

Ella me mira, preocupada, y asiente con la cabeza en silencio.



—Bob es un cabrón de mierda, pero aun así sigue siendo el perrito faldero de Lorane. Nunca haría nada algo en contra de Jon. —Baby suspira hondo y niega con la cabeza, claramente afectada por mis teorías. Se quedó pálida en cuanto le conté mis sospechas sobre lo que podría estar ocurriendo con él—. Sé que Jon es callado y diferente, pero algo así sería imposible. Y Bob le tiene pavor a hacer cualquier cosa que pudiera alejarlo de Lorane. Siempre ha sido así, arrastrándose a sus pies desde que eran adolescentes.

—¿Adolescentes? ¿Cuántos años tenía la tía de Lorane cuando "adoptó" a Bob, para que haya tanta diferencia de edad con su prima? —pregunto, intrigada. Cuanto más lo pienso, más noto que hay algo que no encaja.

—¿Primos? —Baby suelta una risa sarcástica, y lanza una mirada llena de asco hacia la mansión—. Lorane le miente a todo el mundo. Dice que ese chico es su primo solo para esconder su edad.

—¿Miente...? ¿Qué edad tiene realmente?

—Treinta y cinco. Y sí, lo sigue ocultando con total descaro. Ese mocoso es hijo de su hermana menor. Lorane se acuesta con su

propio sobrino desde que él cumplió dieciocho años. —Lo que siento al escucharla es puro shock, un asco tan profundo que la bilis me sube por la garganta—. Por eso sé que él nunca haría algo así.

—Baby... —Me froto el rostro por tercera vez, angustiada desde que le compartí mis sospechas y más aún ahora que sé la verdad sobre el parentesco entre Lorane y Bob—. La mayoría de los casos de abuso infantil pasan desapercibidos incluso por los familiares. Es ese tipo de cosas que todos creen: "en mi familia eso nunca pasaría"… hasta que pasa.

Me pongo de pie. Necesito estirar el cuerpo; siento que estoy al borde de un colapso.

—Bob tendría que ser muy imbécil para hacer algo así. Jonathan lo mataría —dice ella mientras se levanta y me extiende el móvil.

—¡Jon está pidiendo ayuda a gritos en cada momento! Dios… necesito que alguien más, además de mí, lo escuche. —señalo el móvil, mirándolo con dolor—. Tú escuchaste la canción.

—Es solo una canción, Gin Eso no significa que esté planeando tomar un arma y salir disparando por ahí, ni que quiera quitarse la vida —responde, balanceando el móvil entre los dedos mientras me observa—. Jon solo es un niño…

—¡Un niño que está sufriendo! —Le arrebato el móvil y vuelvo a señalarlo—. Los niños que sufren abuso constante buscan formas de decirlo: a través de dibujos, del silencio… de la música. Jon se está comunicando. Solo que nadie quiere escuchar.

Me planto frente a ella, obligándola a mirarme. Necesito que entienda. Necesito que alguien más vea a Jon como yo lo veo. Porque sola, no puedo. Mi palabra no bastara.

—¿Y tú cómo sabes todo esto, Gin?

—Quería estudiar sexología, pero Tom y mi madre pensaban que era una tontería. Y para no pasarme la vida peleando con ellos —guardo el móvil en el bolsillo mientras ella me observa, conteniendo una sonrisa—, terminé optando por Administración. Aun

así, entre clases, o cuando sabía que Tom llegaría tarde, me colaba al fondo del auditorio y asistía a las clases de psicoanálisis.

—¿Dejaste de ser sexóloga para convertirte en administradora? ¿Solo para agradar a un tipo que le tiene asco al sexo anal?

Cierro los ojos y respiro hondo. Sé que a Baby le gusta usar el humor cuando está nerviosa. Y esto es justo su forma de romper el silencio incómodo.

—Mi formación académica no es lo importante ahora, Baby —respondo en voz baja, abriendo los ojos.

Baby está perdida. Aprieta los dedos con fuerza contra la palma, cerrando el puño con rabia.

—Bob estaría firmando su sentencia de muerte si puso un dedo sobre Jon dentro de la casa de mi hermano. —Frunzo el ceño y me rasco la frente, sin saber cómo abordar esto.

—Baby, sé que puede sonar a locura, pero... —Exhalo, agotada. La miro, perdida—. ¿Y si no fue Bob?

—¿Que no fue Bob? Si no fue él, ¿entonces quién? ¿Robert? —Niego con la cabeza. No puedo imaginar al viejo jardinero entrando en la mansión sin que nadie lo notara.

—En la primera semana, cuando llegué… desperté con los gritos de Jon. Venían de su habitación. Corrí hasta allí. Estaba en posición fetal, sin ropa, llorando desconsoladamente. — Los ojos de Baby se abren de par en par. Aprieta los labios, y esta vez no hay rastro del humor con el que suele cubrir sus emociones. Solo queda el odio, crudo y directo, reflejado en su rostro—. Estoy segura de que cerré la puerta con llave antes de irme a dormir, lo sé. Pero cuando fui a revisarla después de calmarlo, la puerta estaba abierta.

Baby comienza a encogerse, su cuerpo cediendo al peso de todo. Me acerco, tomo sus manos y la ayudo a sentarse en la arena. Mira hacia el mar, perdida. Me arrodillo frente a ella, sobre la arena caliente, respirando hondo.

—Baby, si yo cerré esa habitación por dentro… ¿Quién más podría tener la llave?

Ella gira lentamente el rostro hacia mí, procesando la pregunta. Y, de inmediato, reacciona.

—¡No! —su voz es firme, tajante—. Estás equivocada. Nunca, jamás. Bajo ninguna circunstancia, Jonathan le haría daño a Jon.

De alguna forma, esas palabras alivian el peso que me oprimía el pecho. Siento cómo mi corazón vuelve a latir con normalidad.

—Jonathan puede ser un cabrón de primera cuando quiere, sí, pero jamás lastimaría a Jon. Fue él quien te trajo aquí, ¿recuerdas?

—¿Me trajo? —acabo de recibir una respuesta, pero al instante surgen nuevas dudas.

—Sí. Jon se estaba cerrando más y más con cada año que pasaba. Las mujeres que Lorane contrataba para cuidarlo durante los veranos solo hacían que se aislara más. Así que esta vez Jonathan decidió elegir él mismo a la niñera. Quería a alguien joven, alguien que hiciera que Jon quisiera quedarse en la mansión. Mi hermano ya no quiere mandarlo de vuelta al internado. Quiere que Jon se quede aquí, en la isla. A su lado. Jon es importante para él… y también para mí.

Me dejo caer sobre la arena, dejando que mis piernas se acomoden de lado. Siento que estoy atrapada en un círculo de preguntas sin respuesta, como si corriera sin parar solo para terminar siempre en el mismo punto de partida.

¿Por qué Jon es tan importante para Jonathan?

—Alguien le está haciendo daño a Jon —susurro, con un nudo en la garganta, mientras observo mis propios dedos temblorosos—. Necesito que me creas… y que me ayudes a salvarlo.

La mano de Baby se estira, moldeándose a mi rostro. Usa su dedo para limpiar la lágrima que cae por la comisura de mis ojos.

—Jon va al psicólogo desde que tenía siete años, Gin. Fue la propia Lorane quien consiguió el médico para que lo evaluara —dice, con la voz más baja, acariciando mi mejilla con ternura—. Si algo tan monstruoso estuviera ocurriendo, el médico lo habría notado… y Lorane… ella nos habría contado.

Llevo el brazo a la cara, limpiando mi nariz mientras niego lentamente con la cabeza.

—¿Te contó Lorane que Jon tiene TOC? —Baby me mira confundida, como si acabara de oír esa información por primera vez —. Por eso nadie entra a su habitación. Ni siquiera la empleada, para guardar su ropa. Por eso cada libro en la biblioteca está catalogado en orden alfabético. Jon se pone nervioso. Sufre tanto, que el más mínimo desequilibrio en su entorno le provoca dolor físico.

—Puede ser solo algo de familia —susurra Baby, perdida, como si intentara encontrarle sentido a todo.

—¿Su padre o su madre tenían TOC? —parpadeo entre lágrimas, intentando descifrar a qué se refiere.

—No… ellos no. —Hace una pausa breve, como si la verdad que está a punto de decir aún la sorprendiera—. Quien también tiene Trastorno Obsesivo Compulsivo es Jonathan.

Me limpio el rostro, procesando esa nueva pieza del rompecabezas. Son capas. Todo y todos en esa mansión tienen capas.

—¿El señor Roy… tiene TOC?

CAPÍTULO 15



ÉCHALE LA CULPA A MI TRASTORNO, QUERIDO

GINGER FOX

—Sí, lo tiene. Por eso aquel manojo de llaves —dice Baby, sonriendo—. No soporta saber que las copias están separadas o desordenadas, por eso las guarda él mismo. A veces, cuando me fastidia, dejo algo fuera de lugar o torcido cerca de él solo para vengarme, porque sé que eso irrita a Roy.

Mis respiraciones se vuelven aceleradas; todo son telarañas. Telarañas que me van atrapando sin llevarme a ningún lugar, solo a más información que me confunde. Intento recomponerme del impacto que me causa el trastorno del señor Jonathan, analizando lo que dice Baby. Hacer eso con el señor Roy no está bien. Aunque piense que es una broma, Baby se equivoca. Para alguien que sufre TOC, tener desorden a su alrededor es doloroso y angustiante, le hiere profundamente, aumentando la gravedad de su enfermedad. El TOC se entiende como una obsesión con pensamientos, ideas e imágenes que invaden a la persona de forma insistente, sin que ella lo quiera, como un disco rayado que repite siempre el mismo fragmento. Se quedan patinando dentro de la cabeza.

—Baby, el TOC no es una enfermedad genética que se pasa de un tío a un sobrino; tendría que ser hereditaria por parte del padre o la madre. Y tampoco es algo que deba usarse para vengarse: es un trastorno mental que necesita tomarse en serio y

ser tratado —digo en voz baja, mirando mis dedos sobre mi pierna —. Lo más lógico en el caso de Jon son los cambios bruscos, algún trauma o un acontecimiento impactante que haya desencadenado el trastorno en su vida.

Baby aparta su rostro del mío, deja que sus ojos se pierdan en el mar, guarda silencio y deja morir la sonrisa que tenía en los labios.

—Jonathan tiene sus motivos para ser como es. Pero Jon está bien —responde en voz baja, con la mirada perdida, como si sus pensamientos estuvieran muy lejos.

Sí, comprendo lo que pudo haber desencadenado el trastorno del señor Roy. Ver a su padre matar a su propia madre debe haberle dejado heridas eternas en el alma y en la mente. —Si Jon está siendo abusado, ¿por qué nunca me lo dijo, Gin? —Sus ojos se enrojecen—. ¿Por qué no me lo contó? Jon es lo único bueno que tengo en mi vida.

—Jon lo contó, Baby. No con palabras ni gestos, sino con cortes. —Sus ojos, enrojecidos por el llanto, se clavan en los míos mientras suelta su mano de mi rostro.

—¿Cortes?

—Jon se corta. —Extiendo mi brazo hacia ella, lo levanto y le muestro la piel cerca de mis axilas—. Se lastima en zonas que casi nadie nota. Aquí. —Bajo el brazo y estiro mi muñeca hacia ella—. Aquí. Se hace daño para sacar el dolor que lleva dentro, provocando uno nuevo.

Baby se derrumba entre sollozos. Su cuerpo se inclina hacia el mío, permitiéndome abrazarla y esconder su rostro en mi hombro.

—Es mi culpa, Gin. Es culpa mía que Jon haya llegado a este punto.

La abrazo con fuerza, negando con la cabeza.

—No, Baby, no fue tu culpa. No lo fue.

—Sí, fue mi culpa, solo mía.

Guardo silencio, limitándome a consolarla con mi abrazo. No hay nada que decir: no es su culpa. Estas cosas no son las que uno imagina, que pueden pasar hasta que pasan. Lo único que sé es que la perra de Lorane no le contó a nadie lo que está ocurriendo con Jon Y hay una gran duda que martillea en mi cabeza.

¿Por qué no lo contó?

—¿Se lo dijiste a alguien más? —Baby sorbe por la nariz, se limpia la cara y levanta la vista hacia mí.

—No. Sobre la sospecha del abuso, solo hablé contigo.

—Eso está bien. Por ahora no vamos a contarle nada a nadie, ni a presionar a Lorane.

—¿Cómo que no, Baby? —Aprieto mis dedos en su hombro para que me escuche—. No podemos ocultar esto.

—Gin, si Lorane no habló sobre los diagnósticos clínicos, puede ser porque tiene sus sospechas… y no dijo nada para proteger al hombre que ama. Si la acorralamos, perdemos a Bob.

—Podría ayudarlo a escapar —susurro, comprendiendo su punto de vista.

—Sí, del mismo modo en que podría hacer pasar a Jon por un chico desequilibrado, que solo quiere llamar la atención. —Mis hombros caen y dejo que mis dedos se hundan en la arena, sabiendo que esa mujer tiene la maldad suficiente como para hacerle eso a Jon.

—Aún no han regresado a la mansión ni Lorane ni Bob. —Esa mujer, junto con ese imbécil, habían desaparecido desde el domingo.

—Seguro están revolcándose en algún rincón asqueroso —dice Baby con rabia—. ¡Dios, cómo odio a esa mujer! Maldigo el día en que entró en nuestras vidas.

Maldice por lo bajo, levantando la mirada hacia mí.

—¿Suele desaparecer con frecuencia? —Baby asiente, apartándose los mechones rubios del rostro.

—Te voy a contar algo sobre esa perra, algo que solo Roy y yo sabemos. —Baby exhala con fuerza, mordiéndose los labios—. Lorane sufre de dolores de cabeza extremadamente fuertes, especialmente cuando algo la perturba. Encontró un médico más demente que ella, uno que hace terapia de electrochoque. El domingo, cuando tuve que salir, fue para llevarla a una de esas sesiones, porque estaba completamente fuera de control.

—¡Dios, qué horror!

Me tapo la boca, sin saber qué decir.

Había visto lo alterada que estaba, recuerdo perfectamente a Baby entrando a la mansión y la discusión entre ambas. Pero jamás imaginé que Lorane recurría a algo tan extremo como la terapia de electrochoque.

—Esa maldita me dejó tirada en la clínica. Pasé toda la noche buscándola y recién al día siguiente supe que estaba con Bob, cuando me mandó un mensaje.

Ya no sé qué pensar ni qué decir. Siento que los secretos me están tragando, uno sobre otro, como capas interminables frente a mí. Aparte de Baby, no hay nada sano en esta familia.

—¿Crees que él lo violó? —Baby me mira con angustia, sus ojos otra vez llenos de lágrimas.

—Hay muchas formas de abusar de alguien, no necesariamente tiene que penetrar el cuerpo de Jon para molestarlo. No tengo certeza de que eso haya ocurrido; Jon no tiene marcas visibles en el cuerpo que indiquen un abuso sexual. —Respiro hondo —. Sé que suena horrible decir esto, pero lo espié una vez cuando fue a ducharse, para ver si encontraba alguna señal, alguna herida que lo delatara. Pero, aparte de los cortes y una vez que vi un arañazo, no tenía nada más en su cuerpo.

Baby entiende lo que quiero decir. Bob podría estar obligando a Jon a tocarlo, o tocando el cuerpo de Jon. Solo imaginar que Jon sea forzado a hacer cualquier cosa con ese asqueroso ya me llena de asco y rabia.

—Obliga a Jon a tocarlo —dice Baby con furia, apretando los labios.

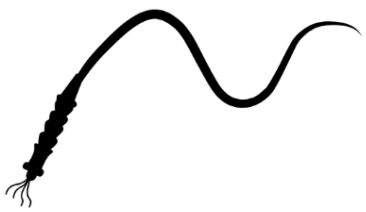
—Podría ser. —Inhalo profundamente, cerrando los ojos con el corazón destrozado.

—Ahora que lo sé, podré ayudarte a proteger a Jon… así podemos vigilar a Bob de cerca.

—Seguiremos con el plan, como dijiste antes —susurro, desanimada por saber que Bob seguirá merodeando a Jon por más tiempo.

—Y cuando esté segura, voy a hacer que ese imbécil se trague su propia polla después de arrancársela. —La voz de Baby suena fría, áspera, casi igual a la de su hermano. Abro los ojos para mirarla, y veo su mandíbula tensa y los ojos llenos de odio.

Esa mujer que me devuelve la mirada por unos segundos no parece ser Baby. Es alguien cruel, con una mirada helada, dispuesta a cumplir su palabra. Me acomodo, acercándome más a ella, y mientras ambas miramos el mar en silencio, por un breve momento, es como si Jonathan estuviera sentado a mi lado. Ese hombre frío, pragmático, silencioso y oscuro.



—Con permiso, señora Roy. —Dirijo mi mirada al cuarto dorado, con cortinas blancas y una gran cama digna de una reina.

—¡Cielos, al fin llegaste! Adelante, entra. —Veo a la pequeña señora salir del baño envuelta en una bata de seda rosa, agitando la mano en el aire para indicarme que pase—. Puedes irte, Lira. Gracias por tu amabilidad.

—Gracias. —Le sonrío a Lira mientras se aleja y cierra la puerta al salir.

La sonrisa que tenía estampada en el rostro, esa mujer pequeña y astuta, se borra de inmediato, reemplazada por una expresión seria en cuanto la empleada se retira.

—Usted quería hablar conmigo. —La punta de su dedo, impregnada con aroma a crema corporal, se levanta, quedando a centímetros de mi boca, indicándome que guarde silencio.

La miro, confundida, mientras ella camina hacia la puerta, que entreabre apenas para echar un vistazo por el pasillo. Saca la cabeza rápido, como una pequeña suricata saliendo de su madriguera para comprobar si hay algún depredador cerca, y luego vuelve a la seguridad de su "cueva". Sonrío con la comparación. Esa mujer me recuerda exactamente a ese animalito: pequeña, con ojos vivaces que no se le escapa nada, y ese moño castaño que lleva en la cabeza.

—Bien, ya se fue de verdad. —Cierra la puerta, pasa la llave y me dedica una sonrisa cómplice—. Mi madre siempre decía que, si quieres enterarte de lo que pasa dentro de una casa, pregúntale a los empleados. Ellos siempre lo saben todo.

No sé si reírme por su manera de ser o sentir empatía por la pobre Lira, que siempre se mantiene en silencio dentro de la mansión. Nunca la he visto husmeando por los rincones solo para escuchar lo que ocurre detrás de las paredes, pero creo que es mejor no opinar.

—¡Vamos, jovencita! —Levanta la mano para llamarme mientras camina hacia una esquina del cuarto, donde hay una puerta abierta—. Normalmente, quien me ayuda cuando hago un desastre es Baby, pero esta vez se encerró en su habitación y ni siquiera bajó a cenar.

Eso ya lo sé. Baby se encerró en su cuarto después de que volvimos de la playa.

—Me tocó cenar sola —dice la anciana con tono de reproche, como si fuera una niña abandonada.

Cuando llegamos frente a la puerta abierta, veo unas cajas caídas en el suelo, con papeles esparcidos por todas partes.

—Quise sacar solo una, pero al final se vinieron todas abajo —suspira tía Charlotte con frustración, alzando la mirada con un gesto suplicante—. ¿Podrías ayudarme? No quiero pedirle a Lira que revuelva mis recuerdos, y como Baby no da señales de que vaya a salir del cuarto, solo me quedas tú.

—Claro, no hay problema. —Le sonrío mientras me agacho para recoger la primera caja, que quedó encima de las demás—. Jon quiso acostarse temprano, así que tengo tiempo para ayudarla. —Muevo la caja con cuidado y recojo los papeles que se salieron.

Son cartas antiguas, envoltorios de caramelos y boletos de teatro ya usados. Sonrío con ternura. Su caja está llena de memoria afectiva.

—Sé que para algunos esto puede parecer simple basura... —Se acerca a mí, toma una de las cartas y deja que su rostro se ilumine con una expresión de ternura y nostalgia—. Pero para mí son importantes.

Acaricia la carta con tanto cuidado, como si de verdad fuera lo más valioso del mundo.

—Mira, esta fue la última carta que Boxtom, mi esposo, me escribió —dice soltando un largo suspiro, y luego guarda la carta en la caja—. Veinticinco años de un matrimonio feliz.

—Debió de ser muy difícil superar su pérdida —murmuro al verla caminar hacia su tocador.

Tía Charlotte abre el cajón lateral del mueble y saca una botella de whisky junto con dos vasos, que llena sin prisa. Me doy la vuelta para guardar la caja en la repisa más alta, donde no hay nada.

—Enterrar a Boxtom fue más fácil que firmar los papeles del divorcio —camina despacio y me entrega un vaso cuando me vuelvo hacia ella.

—¿Se separaron? —Ella asiente mientras se bebe su trago de un solo sorbo.

—Yo lo amaba, de verdad lo amaba. Nos divertíamos mucho juntos. Boxtom era el marido ideal que toda mujer desearía tener. Me cuidaba, me colmaba de regalos, de viajes, joyas y coches.

Bebo con calma el whisky que me ha ofrecido, agachándome para tomar la segunda caja. Como la tapa está bien sellada, solo alzo el brazo y la dejo en su sitio.

—Estábamos en Moscú cuando ocurrió la tragedia —dice, y en ese momento, aparto la mirada mientras termino el trago de un solo sorbo—. Pero eso tú ya lo sabes, ¿verdad? ¿Sabes lo que pasó?

Extiende la mano para que le devuelva el vaso, sin apartar los ojos de mí. Mierda, soy pésima para guardar secretos.

—Tus ojos dicen todo lo que tu boca calla, jovencita —Tía Charlotte regresa a la botella y vuelve a llenar los vasos.

—Sí… —susurro apenada, sintiéndome incómoda—. Bob me contó hace unos días sobre los padres del señor Roy y de Baby.

—Ese chico es un entrometido —dice, avanzando con pasos lentos, manteniendo la mirada fija en mí—. Pero no mintió. —Extiende el vaso hacia mí para que lo tome.

—Gracias, pero este será el último. Con dos ya tengo más que suficiente por hoy —le sonrío, algo cohibida, sintiéndome como una intrusa en el pasado de su familia, aunque la curiosidad y las dudas me superan—. ¿Usted volvió para cuidar de ellos?

—Sí, volví de inmediato —responde con un suspiro, sentándose al borde de la cama frente a mí, con una mano en la pierna y la otra sosteniendo su copa.

En ese momento, al mirarla, Tía Charlotte me recuerda a una estrella de cine de los años 70, que, aunque el tiempo haya pasado y se haya llevado parte de su gloria, aún conserva la elegancia y el porte de aquellos días.

—Habría sido lo que mi Reimond haría por mí. Él lo habría hecho si yo hubiese sido madre —dice con una voz melancólica, perdida en sus recuerdos—. Boxtom no estuvo muy de acuerdo con que yo me quedara con la custodia de los niños. Quería seguir con los viajes, los bailes de gala entre congresos. Tener a los niños cambiaba por completo la vida superficial que llevábamos. Así que me hizo elegir.

Lo que veo en sus ojos no es arrepentimiento. La pequeña anciana muestra valentía y amor por sus sobrinos.

—Usted los eligió —digo en voz baja mientras tomo mi trago, sabiendo, en lo más profundo de mí, que si me pusieran en su lugar, tomaría la misma decisión.

Me agacho, tomo la última caja y me aseguro de que la tapa esté bien colocada antes de llevarla junto a las otras dos.

—Le pedí el divorcio. Le dije que era libre de seguir su camino, porque el mío ya estaba trazado junto a mis sobrinos —suspira con calma, moviendo la mano en el aire como si ahuyentara pensamientos—. Tuve algunos romances aquí y allá a lo largo de mi vida, pero amar de verdad, solo amé a un hombre. Por eso, cuando Boxtom murió, no me dolió tanto… porque ya lo había perdido en vida, mucho antes de que cerrara los ojos para siempre.

Siento una empatía profunda por su dolor, casi al punto de cruzar el cuarto y abrazarla con todo el cariño posible, pero aun así me obligo a mantenerme en mi lugar.

—Cuando ames a alguien así, entenderás que perder a una persona en vida, alejarla de tu camino y convertirla solo en un recuerdo… duele más que perderla por la muerte.

No sé qué decirle. Amé a Tom en algún momento de mi vida, o quizás solo amaba la idea que construí sobre él, el sueño que proyecté encima de su imagen. La verdad es que mi amor por Tom no se parece en nada a lo que ella describe. Aún siento el dolor de descubrir su traición, pero, al mismo tiempo, me siento en paz por haber puesto fin a una relación que se había vuelto tortuosa. Me

limpio el rostro con los dedos, respiro profundo y alejo de mí los pensamientos sobre mi vida amorosa fallida.

—Bueno, creo que ya guardé todas —digo intentando forzar una sonrisa, aunque sé que no lo logro.

—Muchas gracias, jovencita —dice ella levantando su copa para beber el último trago. Yo hago lo mismo con la mía.

Muevo mi cuerpo, observando su pequeño vestidor lleno de joyas, zapatos, ropa y bolsos almacenados, pero algo capta mi atención: un portarretrato escondido al fondo, en la repisa del medio. Bajo mi copa, fijando la vista en él. Un hombre elegante está apoyado sobre un Rolls-Royce negro, un modelo antiguo, y al fondo se ve una gran casa blanca, hermosa, con un jardín floreado. El niño a su lado, vestido con ropa de tenista, mira fijamente hacia quien tomó la foto, sin mostrar una sola sonrisa. Su rostro me resulta tan familiar… con ese cabello negro como la noche, la piel clara y los ojos azules brillantes, que me recuerda inmediatamente a Jon. Si tuviera un poco más de cuerpo, podría jurar que es él en esa imagen, con unos seis o siete años.

Levanto los dedos, tomando el portarretrato, y observo el rostro del hombre: alegre, sonriente, y con una expresión de pura felicidad. Sus rasgos son idénticos a los del niño a su lado. El niño silencioso se parece tanto a Jon, que estoy segura de que debe ser el señor James, aunque nunca lo haya conocido. Las cejas, la nariz fina… todo en él me recuerda a Jon.

—¿Es este el señor James Roy, el padre de Jon? —pregunto sonriendo, mirando a la anciana sentada en la cama.

Ella entrecierra los ojos, tratando de enfocar la imagen. Rápidamente, niega con la cabeza.

—No, ese es Reimond con Jonathan —responde Charlotte, esbozando una sonrisa amplia mientras mira con ternura al niño—. Mi Roy siempre fue un niño grande para su edad, tenía cinco años en esa foto, pero ya parecía de seis. Esa fue la última foto que mi hermano se tomó con su hijo.

Vuelvo mis ojos hacia el retrato, sintiendo los dedos temblorosos, sin poder sostener con firmeza el portarretrato.

—El señor Roy... —me detengo, estirando el brazo para devolver la foto al lugar de donde la tomé—. ¿Tiene alguna foto del padre de Jon?

—¿James? Creo que no. Odiaba tomarse fotos. James simplemente las evitaba. Baby debe ser la única que tenga al menos una.

Mi mirada se pierde, mis piernas se sienten débiles y mi boca está tan seca como mis ojos, que se abren con fuerza mientras fijo la vista en el suelo.

—Creo que ahora sí podríamos terminar esa botella —dice tía Charlotte con una voz animada, haciendo que levante la cabeza y niegue rápidamente con movimientos nerviosos.

—Yo... tengo que irme —digo, levantando la mano y señalando la puerta—. Necesito... Lo siento, pero no puedo acompañarla.

Escucho su agradecimiento cuando salgo de la habitación, pero no logro responderle, apenas asiento con la cabeza. Mi mente está siendo devorada por cada detalle de aquella foto. Los rasgos, la manera callada de estar todo en ese niño se parece a Jon.

"Nunca, nunca, bajo ninguna circunstancia, Jonathan le haría daño a Jon."

Escucho la voz de Baby en mi cabeza, repitiéndose una y otra vez con cada paso que doy, mientras acelero el ritmo por los pasillos.

"Él quiere a Jon aquí, en la isla, a su lado. Jon es importante para él. Por eso sé que nunca le haría daño a ese niño."

Claro que nunca le haría daño a Jon, ahí está la respuesta, está en las palabras de Baby. Por eso ella estaba tan segura de que el señor Roy jamás lastimaría a su sobrino. Porque la verdad es que Jonathan *es el padre de Jon*. El trastorno obsesivo-compulsivo no es

solo consecuencia de algún trauma que Jon esté sufriendo, es realmente hereditario.

—¡Dios! —Me cubro la boca, corriendo hacia mi habitación lo más rápido que puedo, logrando respirar solo cuando mi espalda choca contra la puerta, cerrándola detrás de mí.

Miro el rostro dormido de Jon, con la tenue luz iluminándolo un poco, lo que solo hace crecer mis dudas y confusión.

¿Por qué criar a su propio hijo como si fuera su sobrino? ¿Por qué dejarlo en un internado durante tantos años? ¿Qué más se esconde tras todas estas capas de secretos que habitan en esta mansión?

CAPÍTULO 16



DULCE VENENO

GINGER FOX

—¿Pasó algo? —Una Baby adormilada, con una bata morada tan elegante como la de su tía, me mira mientras bosteza tras abrir la puerta de su habitación.

—¿El señor Roy es el padre de Jon? —la pregunta sale de mi boca como un disparo a quemarropa.

Baby parpadea, confundida por un segundo, intentando comprender lo que le acabo de decir. Enseguida, sus ojos se abren de par en par; la mano que sostenía la puerta me jala con fuerza hacia dentro de su cuarto. No pude cerrar los ojos, no pude quedarme en aquella habitación, no pude quedarme en la cama esperando dormir sin una respuesta. No lograba concentrarme, estaba siendo consumida por la imagen del portarretrato. Necesitaba respuestas, así que fui tras la única persona que podía dármelas.

—¿De dónde sacaste esa idea? —Baby cierra la puerta con llave, mirándome nerviosa al girarse.

—Yo estaba ayudando a Madame Roy. —Me froto el rostro con los dedos, respirando agitadamente. Estiro la mano, moviendo los dedos con desesperación—. Había un marco, una foto… ¡Dios, Baby, respóndeme! ¿Jon es hijo del señor Roy?

—No —responde de inmediato, negando con la cabeza, aunque aún se nota alterada. Veo sus movimientos inquietos

mientras camina por la habitación—. ¿Qué te dijo esa vieja cotilla y decrépita?

—Nada. Pero el parecido entre los dos es evidente. No estoy juzgando a nadie, solo no entiendo por qué nunca le dijeron a Jon que su padre está vivo… ¿Por qué lo dejan creer que no tiene a nadie?

—Jonathan no es el padre de Jon, Ginger. —Su voz se alza con firmeza al detenerse en seco, mirándome con los nervios de punta. Baby está ocultando algo, eso es claro. Está mintiendo.

Sus dedos se levantan y se frotan el rostro con la misma desesperación con la que yo me froté el mío segundos antes. Respira con rapidez, sus hombros se encogen mientras evita mi mirada, buscando con la vista cualquier otro punto dentro del cuarto.

—Baby, ¡vi la foto! ¡Por eso me dijiste que Jon es importante para él! Claro que lo es, ¡él es el padre de Jon!

—¡Jonathan no puede tener hijos, Gin!

Mi cuerpo necesita apoyarse en la cómoda para sostenerse. Mis piernas se deshacen por completo en el instante en que sus palabras me golpean. Finalmente, ella me mira.

—Mi hermano es estéril, Ginger. Jonathan nunca sabrá lo que es tener un hijo propio, sembrar su propia semilla —susurra Baby con dolor, y siento cómo mis ojos se humedecen por las lágrimas que comienzan a brotar—. Jon es el heredero legal de los Roy. Jonathan lo quiere aquí porque sabe que, algún día, todo esto será de Jon.

Ya no sé qué pensar. No tengo palabras, ni argumentos, ni una sola idea clara sobre el señor Roy.

—Pero él… —la miro, confundida, sin poder formular una sola frase coherente.

El señor Roy había usado condón conmigo. Pero eso no prueba nada. Después de todo, es sexo. Aunque no pueda tener

hijos, sigue siendo vulnerable a contraer o transmitir enfermedades. Aun así, jamás habría imaginado que un hombre como el señor Roy fuera estéril.

—No lo entiendo. —alzo mis manos y cubro mi rostro, más perdida que cuando entré a esta habitación—. ¿Cómo… cómo terminó así el señor Roy?

La melancólica rubia cruza los brazos frente a su cuerpo y respira profundamente.

—Mi hermano es suicida, Gin. —Baby se sienta en la cama, soltando esa información de golpe, de una sola vez.

Esta vez, ni siquiera la cómoda es suficiente para sostenerme.

Mis rodillas fallan y termino deslizándome hasta el suelo, con el trasero hundido en la alfombra. La cicatriz en su cuello vuelve a mi mente, tan nítida como si la estuviera viendo otra vez. Levanto la vista hacia Baby, que observa en silencio el tapete del cuarto.

—Lo intentó tres veces durante la adolescencia. La primera fue a los nueve años, cuando se tomó todos los medicamentos de la tía Charlotte. Tuvimos suerte de que una empleada entrara al cuarto y lo encontrara tirado en el suelo; tuvimos tiempo de llevarlo al hospital. —La lágrima que corre por mi rostro cae entre mis dedos, tan fría y triste como las que Baby está derramando—. La segunda vez fue en el internado, a los quince años. Jonathan usó una navaja para cortarse el cuello. El conserje entró justo a tiempo para salvarlo antes de que se desangrara. Y fue en la tercera vez, cerca de cumplir dieciocho, cuando casi logró su objetivo. —Sonríe con tristeza, levantando el rostro hacia mí—. Los policías dijeron que era fácil perder el control del coche en una noche de lluvia, pero yo sabía que Jonathan había lanzado su auto intencionalmente fuera de la carretera. El impacto fue brutal. Estuvo casi veinte días en coma, y aunque las heridas cerca de la ingle no alcanzaron la arteria principal, sí fueron lo bastante graves como para dejarlo infértil de por vida.

Arrastro mis rodillas hacia mí, rodeándolas con los brazos, sintiendo una profunda tristeza por ese joven que deseó tanto la muerte.

—Cuando despertó del coma, ya no era el Jonathan que conocí. Era una versión fría, sin alma… solo vacío. —Baby solloza, respira con fuerza y encoge los hombros—. Jonathan tuvo sus motivos para convertirse en lo que es.

—Su madre… —susurro, perdida, apretando con más fuerza mis brazos contra mis piernas.

—¿Qué sabes sobre ella? —Baby se levanta nerviosa, se arrodilla frente a mí, tomando mi rostro entre sus manos.

—Yo… solo lo que Bob me contó. —Baby aprieta la boca con gesto serio—. Que su padre le disparó después de matar al amante. Y que el señor Roy lo presenció todo.

—¿Qué más te dijo? —Niego con la cabeza.

—Nada más, solo eso. Lo siento, Baby. No le pregunté, te lo juro.

Baby respira hondo, acaricia mi rostro y seca mis lágrimas.

—Lo sé, eres una buena chica. —Baby besa mi frente, se sienta frente a mí y me mira con ternura.

—Papá se ahorcó en su celda. No quiso ser juzgado. No quería otra cosa más que morir. —suspira bajo, acomodando mi cabello hacia atrás—. Mi hermano nunca salió de ese cuarto, Gin. Jonathan nunca salió realmente de esa habitación. Su alma se quedó allí, atrapada con la de ella.

Baby no la llama madre. Puedo ver la expresión en su rostro al referirse a la mujer asesinada. Tal vez la culpa por toda la desgracia que cayó sobre la familia. Perdió a su padre, perdió la estructura familiar, perdió a un hermano del cual nunca habla y por poco también pierde al otro.

—Así que, para responder tu pregunta una vez más: puedo asegurarte, con toda certeza, que Jonathan no es el padre de Jon.

—¿Y James? ¿También se suicidó? —Baby me mira en silencio, acaricia mi mejilla y cierra los ojos con fuerza.

—Algún día, pero no hoy —Sus palabras son tristes y solitarias—. Un día lejano, después de muchas botellas de licor, hablaremos sobre James. —Abre los ojos y me sonríe con calma—. Lo prometo.

No quiero presionarla. Baby ya está afectada por todo lo que acabamos de descubrir sobre Jon, y ahora acabo de remover su pasado. Eso podría ser demasiado para ella. Asiento despacio, dejando ese tema para otro momento. Mis ojos se pierden en dirección a la puerta, imaginando todo el dolor que Jonathan debe cargar dentro de sí, guardado detrás de ese rostro adusto.

—¿Nunca más intentó quitarse la vida? —Miro a Baby, concentrándome en su expresión.

—El Roy que despertó del coma trajo con él todos los demonios que había mantenido encerrados, y eso hizo que Jonathan se aislara en la isla. Desde entonces, maneja todos los negocios de la familia desde aquí. Nunca la ha dejado, no ha salido de aquí para nada. — Asiento lentamente, entendiendo lo que me dice.

El Trastorno Obsesivo-Compulsivo viene acompañado de muchos otros trastornos. Aislarse, sentir miedo de aviones, barcos, trenes o cualquier otro medio de transporte colectivo, lo enferma, lo hace sufrir con ideas tan extrañas como imposibles que invaden su mente.

—¿Y qué tiene que ver Sodoma en todo esto? —Suelto mis rodillas, estiro las piernas mientras ella se sienta a mi lado, apoyando su hombro en el mío.

—En todo. Papá era uno de los consejeros, y cuando Roy cumplió veinte años, vinieron a buscar a mi hermano. Jonathan ya tenía toda la isla bajo control, era un genio egocéntrico que había triplicado la fortuna de papá. Y con su mente brillante y su alma oscura, Jonathan les ofreció lo mejor que podían tener.

—Invisibilidad —termino su frase, entendiendo perfectamente lo valioso que eso debe ser para los miembros de la élite que forman parte de Sodoma.

—Exacto. Roy le dio a Sodoma lo único que no tenían: invisibilidad.

Aquel joven huérfano, con su inteligencia, encontró en Sodoma una manera de sobrevivir, cambiando unos demonios por otros. Sé, lo que Jonathan le dio a Sodoma. Pero, como siempre, una duda se impone por encima de todas las demás en mi mente:

¿Qué le dio Sodoma a Jonathan?

—No sé ni qué decir. —Giro mi cuello, levantando un poco el rostro para mirar a Baby.

—Bueno, ya que estás aquí hablando de Jonathan, podrías aprovechar para contarme cómo te sentiste con el juego —frunzo la nariz y niego con la cabeza en cuanto la escucho decir eso.

—No creo que sea buena idea hablar de tu hermano contigo. —Aparto la mirada, enfocándome en la cama.

—Ay, no seas tonta, ¡vamos! Ni siquiera tuvimos tiempo de hablar sobre eso. —Se arrastra por el suelo hasta recostarse completamente—. No quiero detalles, que tampoco es para tanto, solo quiero saber cómo te sentiste.

Río y hago lo mismo que ella: me tumbo en el suelo, a su lado. Llevo los dedos detrás de la cabeza, mirando el techo.

—Me sentí bien… —susurro, cerrando los ojos, pero los abro enseguida cuando ella me da un codazo—. Fue diferente, ¿ok? — Baby ríe, haciéndome ponerme toda nerviosa.

—Dios mío, eres pésima contando cosas.

—Fue diferente a todo lo que he hecho o que podría hacer alguna vez —susurro, dejando que el recuerdo de lo que pasó dentro de aquel armario me inunde por completo—. Mi cuerpo respondió, vibró con cada segundo que pasamos ahí… dentro del armario.

Una sonrisa boba se dibuja en mis labios y, sin darme cuenta, recojo las piernas, arrastrando los pies por el suelo hasta que mis rodillas quedan dobladas, pegadas una a la otra.

El movimiento repentino de Baby al incorporarse me hace mirarla. Me observa fijamente, con el rostro tan pálido como antes.

—¿Qué armario? —frunce los labios, dándome una mirada que me hace sentir avergonzada.

—En el que tuvimos sexo, Baby. —cierro los ojos, dejando que cada segundo dentro de aquel mueble vuelva a mí—. Pero, de todo, creo que nada se compara a su beso.

Suspiro, y mi respiración se acelera, como si aún pudiera saborear su sudor en medio del beso, como si todavía sintiera la fuerza con la que su boca aplastó la mía. Sin darme cuenta, llevo una mano a los labios, dejando que un dedo resbale por ellos. Todavía puedo sentir la oleada de placer que me recorrió al besar al señor Roy.

—¡Dios! —Baby se deja caer a mi lado con rapidez, y de inmediato siento el calor de su cuerpo junto al mío—. Eso… eso sí, me dejó sin palabras.

Abro los ojos, sin entender del todo a qué se refiere, y giro la cabeza hacia ella.

—Ya nos besamos, Baby. ¿Vas a decir que beso tan mal como para quedarte en shock? —Baby parpadea dos veces, agitando sus largas pestañas negras, mientras sus ojos claros se agrandan.

—Gin… —Es como si estuviera dudando si decírmelo o no. Finalmente, Baby suspira, tomando una decisión—. Jonathan nunca ha besado a una mujer.

Mi risa es inmediata y sonora. Después de todo lo que pasó hoy, esa broma suya realmente logra hacerme reír hasta que me duele el estómago. La miro, soltando carcajadas, por lo que acaba de decir. Ese hombre es una máquina sexual, coge con la destreza de un especialista con años de práctica; seguro ha estado con tantas mujeres que ni recuerda el número exacto. Sigo riéndome hasta que

noto que los ojos de Baby no se apartan de mí y su expresión no cambia. Poco a poco, mi risa se va apagando.

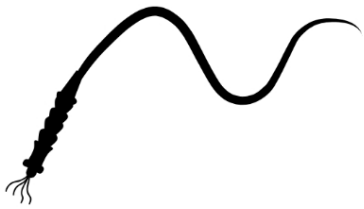
—Tu hermano es una máquina de orgasmos femeninos. Puedo ser ingenua en algunas cosas, pero sé que no soy la primera mujer que ha besado. ¿Estás de broma, verdad?

Pero Baby no está bromeando. Ni siquiera sonríe. Solo permanece en silencio, observándome.

Entonces lo entiendo. La confusión que mostró cuando lo besé, esa sorpresa en sus gestos, la forma en que se volvió más brusco, casi como si me castigara por haber tocado sus labios con los míos. Jonathan no estaba perdido en ese momento. Él no sabía besar y yo, demasiado extasiada por cómo me tenía, simplemente no lo noté.

—Eso es imposible, Baby... —¿Cómo el señor Roy había llegado a su edad adulta, cogiendo como un toro, sin haber besado a una mujer antes? Tiene casi el doble de mi edad—. ¡Eso es una locura!

—Eso es Sodoma —responde Baby en voz baja, mirando al techo y dejándome ahí… perdida con una nueva revelación y el triple de dudas.



"¿Está bromeando conmigo, cierto?"

"¿Cuándo vas a dejar de ser inmadura, Ginger?"

"Por favor, contesta el móvil, pásame tu dirección, voy para allá. Podemos hablar, amor. No siento nada por ella. Fue un error tonto que cometí. Por favor, déjame explicarte."

"Tenemos que hablar, tarde o temprano vas a tener que hacerlo, Ginger."

"Por favor, no le digas nada a tu mamá, ni siquiera he hablado con la mía. Tenemos nuestra boda, que será al final del verano, nuestro apartamento, tenemos una vida. Gin..."

—Mi apartamento, imbécil. —Miro el móvil, respirando lento, sintiendo cómo la ansiedad va creciendo dentro de mí.

No tengo idea de cómo voy a contarle a mamá que su sueño de verme caminar hacia el altar con velo y vestido blanco se fue por el desagüe. Vuelvo a leer los mensajes de Tom, solo para confirmar una vez más que es un completo idiota.

Intenté hablar con Tom, era lo que más hacía últimamente. Me esforzaba por salvar nuestra relación, tenía paciencia, le daba su espacio, incluso llegué a culparme, creyendo que yo había hecho algo mal. Tom se mostraba cada vez más indiferente conmigo, tanto que ni siquiera prestó atención durante la videollamada que tuvimos antes de que yo viajara a esta isla. Le conté absolutamente todo sobre el trabajo temporal y ni se molestó en escuchar el nombre de la isla. ¡Dios, qué ilusa fui!

Ya son las cuatro de la mañana cuando me arrastro fuera de la cama, dejando a Jon profundamente dormido. Abro el armario que está bloqueando la puerta, saco una bata ligera, no tan elegante como la de tía Charlotte o la de Baby, con sus pompones mullidos en el dobladillo, pero sí lo suficientemente fresco como para cubrirme. Me lo pongo encima de la camisola, me calzo las pantuflas color crema y salgo sigilosamente del cuarto.

Voy hacia la cocina. En el silencio total de la mansión, solo tengo mis pensamientos retumbando en la cabeza. Suspiro y me detengo cerca de la mesa del centro. Ahí está un pastel de chocolate, cubierto por una rejilla de encaje transparente, llamando por completo mi atención. Dejo el móvil sobre la mesa, busco un cuchillo en la gaveta intentando hacer el menor ruido posible y me siento, usando el dulce como refugio para calmar mi confusión.

Con la boca llena, masticando el pastel, mi mirada vaga perdida por la cocina mientras ataco al pobre bizcocho con bocados

rápidos. Devoro el primer trozo en segundos y, aún insatisfecha, corto otro. Me levanto, tomo un vaso del escurridor en la pileta y voy a la nevera en busca de leche. Lo lleno rápidamente, sonrío al ver que está bien fría.

Sujeto la puerta de la nevera con una mano, la cierro, llevo el vaso a mis labios y, justo antes de que el líquido baje por mi garganta, ya lo estoy escupiendo.

—¡Jesús! —Mi corazón se acelera. Llevo una mano al pecho, que late con fuerza por el susto, y termino derramando todo el resto de leche del vaso al suelo.

Veo al señor Roy de pie, en la cocina, junto a la nevera, como un maldito fantasma. ¡Dios! No tengo la resistencia cardíaca necesaria para soportar estos sustos. Lo miro aturdida por la impresión, y él se limita a observar cómo la leche chorrea por mi barbilla. Bajo la cabeza, viendo el desastre en el suelo, y dejo el vaso sobre la mesa.

—¿Paseos nocturnos, señorita Fox? —Jonathan baja la mirada al piso, observando cómo el líquido se esparce.

—Yo… yo… —Me froto el rostro con los dedos, tratando de recomponerme y limpiar la leche que me embarró, mientras lo miro con rabia—. ¿Te vas a morir si haces algún ruido para que alguien note que estás ahí?

Él levanta la vista, encontrándose con mi furia. Una ceja se le arquea, analizando mi expresión, y algo muy parecido a una sonrisa -aunque demasiado tenue para serlo- aparece en la comisura de su boca.

—No. Pero me resulta interesante ver tu reacción. —Su respuesta es rápida, y el brillo sarcástico en sus ojos me obliga a tragarme un insulto bien sucio.

Abro la boca tres veces, intentando decirle que se joda, pero prefiero callar. Camino hacia el fregadero, tomo un trapo y me agacho para limpiar el desastre. Luego de secar cada rincón sucio, me levanto, dejo el trapo en su sitio y me lavo las manos. Paso los

dedos por el albornoz para secarlos, consciente de que cada uno de mis movimientos está siendo observado muy de cerca.

Lo veo abrir la nevera, y me quedo ahí, mirando su cuerpo. Su pecho desnudo deja a la vista los músculos de la espalda, que se tensan cuando estira el brazo para alcanzar la botella de leche. Las líneas que se marcan en su piel recorren cada centímetro musculoso como un mapa. Lleva un pantalón de algodón azul marino, flojo, y está descalzo.

—¿Perdiste el sueño, puedo suponer? —Jonathan se da vuelta, toma el vaso de la mesa y lo llena, deslizándolo lentamente hacia mí—. ¿O simplemente prefieres asaltar la nevera a medianoche?

—En realidad, no podía dormir —respondo en voz baja, tomando el vaso de leche que me sirvió. Sus ojos se posan en el pobre pastel cubierto de salsa, que yo estaba asesinando con cuchilladas grotescas, y luego vuelve a mirarme—. Ok… tal vez un poco de ambas cosas.

—Con ese crimen pastelero que acabas de cometer, no hace falta explicación. —Tomo el cuchillo lleno de cobertura de chocolate, lo aprieto con los dedos y lo agito en el aire, amenazante, hacia ese cretino serio que me observa.

—Definitivamente no nació para servirse usted mismo, señor Roy. —Bajo la mirada al pastel, sonriendo hacia Jonathan—. ¿Le gustaría que le sirviera un pedazo? Debo confesar que está delicioso.

Camino hacia el fregadero, tomo un platito del escurridor y saco un paño limpio del cajón para secarlo. Regreso a la mesa, sirvo el pastel en el plato y, al levantar el rostro para ofrecerle su porción, él ya no está frente a mí.

El calor de su cuerpo, tan cerca del mío, me hace girar la cabeza. Está a mi lado, observándome. Dio la vuelta a la mesa y yo ni siquiera lo noté. ¡El hijo de puta más cretino y sigiloso no podría ser!

Sus ojos se mueven hacia mi móvil sobre la mesa, justo cuando la pantalla se ilumina por una notificación. En la imagen de fondo está una foto antigua, mía con Tom, en nuestro baile de graduación. He evitado tanto tocar el móvil que ni recordaba que no había cambiado esa maldita foto. Bajo el plato a la mesa, lo empujo suavemente con los dedos hacia él y tiro de mi móvil hacia mí. Él mira el pastel, sin decir una palabra.

Llevo mi porción a la boca y doy una mordida.

—¿Por qué no le gusta el sexo anal? —El trozo que estoy masticando casi me mata atragantada al escucharlo decir eso tan serio.

—Oh, Dios mío… —Tomo el vaso de leche y doy un trago rápido, intentando no asfixiarme—. ¡Voy a matar a Baby!

Golpeo el vaso contra la mesa, apretando los dedos en el borde de la madera. El señor Roy sigue en silencio, mirándome como si esa pregunta fuera lo más normal del mundo.

—No vamos a hablar de Tom. —Me niego rotundamente a tener esa conversación con este hombre.

—No entiendo por qué no. Si él te estuviera cogiendo bien, no estaríamos teniendo esta charla. —Mis ojos bajan a su boca, haciéndome sentir tan perdida como el primer día que pisé esta mansión.

—Señor Roy, de verdad, no vamos a hablar de esto.

—Jonathan, pequeña Náutilus. Creo que si tengo suficiente intimidad como para saber cómo se alinean las tres pecas debajo de tu pecho izquierdo, tú también la tienes para usar mi nombre de pila.

No consigo mantener mi mirada en la suya; es demasiado hipnotizante la fuerza que emana de sus iris azules.

—¿Quién se fija en las pecas de los demás? —intento desviar el tema, esperando que deje de hablar sobre la falta de sexo anal en

mi desastrosa relación. Mordisqueo otro pedazo de pastel, sintiendo cómo mi cuerpo hiperventila por tenerlo tan cerca.

—Cinco. —Mis ojos vuelven a él mientras mastico, abriéndose de par en par cuando su mano se estira hacia mí—. Tres bajo el pecho, una en el antebrazo derecho, y la última en la nuca.

Jonathan aparta mi cabello hacia atrás, dejando que sus dedos se deslicen hasta mi rostro. Su dedo anular se acerca a la comisura de mis labios, limpiando un rastro de pastel.

Luego entreabre los labios y se chupa el dedo. No hay manera de que reprima el suspiro que se me escapa, ni aunque mi vida dependiera de ello. Mis ojos siguen los movimientos de su boca mientras mastica, y siento la garganta tan seca que ni mil litros de agua calmarían esta sed. Quiero esa boca otra vez en la mía. Mataría por saciar este deseo. ¿Cómo es posible que nunca haya besado a una mujer? ¿Cómo alguien que puede hacerme sentir así alguna vez pensó en dejar de vivir?

—¿No va a comer su pedazo de pastel? —Intento concentrar las pocas fuerzas que me quedan en cualquier otra cosa. La forma en que mi cerebro se apaga cuando él está cerca me desestabiliza, y eso me da miedo.

—Estoy analizando. —Gira el rostro hacia el pastel y lo toma con la mano.

—Solo tienes que abrir la boca y morder, no hay mucho que analizar —digo, sonriendo, intentando romper la tensión… aunque quizá quien debería medir lo que dice soy yo.

Eso en su rostro es una sonrisa. Pero no cualquier sonrisa. Es cruel. Maliciosa. Mis ojos van de su cara al trozo de pastel en sus dedos, y niego con la cabeza. No alcanzo a dar ni dos pasos atrás cuando me ataca. Su brazo me rodea la cintura, presionándome contra la mesa, usando su cuerpo para inmovilizarme.

—Solo abrir la boca y morder… —su voz ronca me roza el oído, provocándome un escalofrío que recorre todo mi cuerpo—. Muy tentador, Ginger.

—No era eso lo que… Oh, Dios… —Las palabras se me mueren en la garganta cuando sus labios se cierran sobre mi nuca, rozando con los dientes.

Su mano, firme sobre mi cintura, deshace el lazo del albornoz, abriéndolo a los lados hasta quitarlo por completo. Mis dedos se aferran a la mesa buscando algo a lo que sostenerme, sin éxito.

—Quizás prefiera el pastel servido en otro plato —gruñe, como un animal hambriento, acercando el trozo de pastel a mí.

—Señor Roy… —empiezo a decir, pero su mano se posa sobre mi cuello y me deja sin palabras.

Siento la suavidad del pastel y la crema cálida pegándose a mi piel, mientras él la arrastra por mi cuerpo, untándome con chocolate. Su mano se cuela sin dificultad bajo mi viejo camisón, atrapando mi pecho junto con el pastel. La otra se desliza como una serpiente entre mis piernas, después de levantar la tela y colarse entre mis muslos.

El calor aumenta. La respiración se me agita. La tensión sube como una ola imposible de contener. Su boca me condena con cada lametón en la nuca, haciéndome arder y rogar por más.

Siento la suavidad del bizcocho y la cremosidad de la cobertura pegándose a mi piel, mientras él la arrastra hacia abajo, untándome con chocolate. Su mano no encuentra resistencia cuando se cuela bajo mi viejo camisón, apretando mi pecho junto con la masa del pastel. La otra ya se desliza, sinuosa, entre mis piernas, tras levantar la tela y colarse en medio de mis muslos.

El calor se intensifica. Mi respiración se vuelve errática. La tensión dentro de mí crece como una ola imparable. Su boca me destroza con cada caricia de su lengua sobre mi nuca. Es una tortura… una dulce y cruel tortura.

—Abre la boca, Gin —ordena Jonathan.

Y entonces muerde mi hombro, como una afirmación salvaje, haciendo que me encoja y arquee el cuerpo hacia atrás de forma involuntaria. Hace una embestida maestra. Mi boca se abre sola al

sentir su verga rozando mi trasero. Aprovecha ese instante de sorpresa, y sin aviso, los dedos manchados de pastel se cuelan en mi boca sin ninguna ceremonia.

No sé en qué momento exacto mi cuerpo me traiciona, solo sé que los succiono con fuerza justo cuando su otra mano baja entre mis piernas y acierta directo sobre ese pequeño brote que late desesperado por él. Lo siento todo, el sabor del pastel en sus dedos; su propio sabor mezclado con el dulce, invadiendo mi boca; su respiración caliente y pesada cerca de mi oído. Su pelvis empujando contra mi trasero, frotándome con esa erección que no para de endurecerse, su mano masajeando mi clítoris por encima de las bragas. La humedad que chorrea de mi coño y el calor infernal que me consume como fuego entre las piernas.

Mis dedos se tambalean sobre la mesa, buscando algo a lo que aferrarse, desesperada… y antes de poder retroceder, termino aplastando el pastel con la mano. Él mete una pierna entre las mías, obligándolas a separarse para hacerse espacio. Retira la mano de mi ropa interior, y eso me hace chuparle los dedos con más hambre, con más deseo.

Le basta un solo tirón. Solo un maldito y rápido tirón hacia un costado para bajar su pantalón y estoy jadeando con la primera embestida brutal de su polla dentro de mí. El pastel ya es un desastre entre mis dedos, igual que yo, destrozándome con cada una de sus estocadas profundas y duras. Esto no es amor, no es ternura, no es pasión. Es físico, es animal, es la peor atracción que puede existir entre dos personas, porque lo animal es irracional, es necesidad pura al borde de la locura.

Jonathan me deja fuera de mí. Imperativa. Desconectada de la realidad. Dependiente. Perdida. Ser follada contra la mesa, con sus dedos con sabor a pastel aun dentro de mi boca, en medio de la cocina… es la prueba más clara de que perdí por completo la cordura y no me importa. No me importa nada. Solo quiero más.

Mis dedos se alzan, aferrándose a los costados de su rostro, untándolo con chocolate tanto como lo estoy yo. Y aun así no me

detengo, porque necesito probar el pastel en su piel. Es hambre, es gula y ningún alimento puede saciar esta maldita necesidad.

—Jonathan… —jadeo entre respiraciones cuando sus dedos se alejan de mi boca y tiran con fuerza de la parte superior de mi camisón, hasta que escucho el sonido de las costuras rompiéndose. Mis pechos, al fin liberados, se sacuden con cada embestida, disfrutando la brutalidad con la que lo hace.

—Todo. —Eso es lo único que dice antes de empujar mi torso contra la mesa.

Me hace aterrizar con la frente en lo que queda del pastel aplastado. Mi rostro se pega a la superficie, y arqueo aún más el trasero, ofreciéndome para que me use de todas las formas en que desee. Y lo deseo. Deseo que lo haga. Sus manos sujetan mis muñecas y las echa hacia atrás, acelerando el ritmo de sus embestidas hasta que la mesa cruje con cada impacto. Me retuerzo por dentro, apretándolo con mi coño a cada centímetro que me penetra. Sin barreras, piel con piel, nervios contra nervios, carne contra carne y eso me enciende todavía más.

Quiero ser follada por este hombre sin nada que nos detenga, y él, despiadado, me da justo lo que deseo. Para cada súcubo hay un íncubo, y Jonathan es mi demonio sexual más oscuro y deseado. La única diferencia es que él no aparece en mis sueños, es real, follando mi cuerpo con la misma furia de una bestia hambrienta.

Mis dientes muerden mi labio. Reprimo cada grito que quiere salir, porque prefiero guardarlos, encerrarlos dentro de mí. En un movimiento rápido, arrastro mi cuerpo hacia adelante y cierro las piernas que él había mantenido abiertas. Eso lo obliga a soltar mis muñecas para intentar recolocarme. Arqueo mi espalda, me incorporo, y aprovecho ese segundo para moverme y sacarlo de dentro de mí.

Ya estoy de frente a él, mirándolo directo cuando su rostro se eleva hacia mí. Es hermoso. Salvajemente exótico. Brutalmente perfecto bajo la luz de la lámpara. Su pecho musculoso sube y baja

con rapidez, sus labios entreabiertos expulsan un aliento caliente, y por un instante, dejo de respirar solo para observarlo.

—¡Date la vuelta! —avanza hacia mí, llevando la mano a mi cintura para moverme, pero levanto las mías y las planto sobre su pecho sudado.

—No —dejo que mi voz salga clara, firme, lo suficiente para que entienda que no voy a privarme de ver su rostro, ni siquiera si me lo ordena—. No así.

Jonathan baja la mirada a mis dedos, observándolos mientras se mueven con cada una de sus respiraciones. Luego eleva de nuevo el rostro y me lanza la mirada más cruel que parece haber guardado en su interior, como si en toda su vida nadie se hubiese atrevido a decirle un "no".

—¿No? —Su voz es peligrosa. Letal. Jugar con él es una apuesta temeraria. Pero el juego no fue hecho para que lo juegue uno solo.

—No... —susurro con calma, dedicándole una pequeña sonrisa.

Deslizo mi otra mano sobre uno de mis pechos, recojo un poco de la cobertura de chocolate pegada a mi piel. Llevo el dedo cubierto hasta su rostro, delineando lentamente sus labios, mientras muerdo la comisura de mi boca y lo provoco. Él abre la boca y chupa mi dedo con fuerza, mordiendo lo justo para disparar un chispazo de placer dentro de mí. La mano grande que aprieta mi cintura sube hasta mi pecho, frotándolo, acariciando el pezón aún sucio de chocolate. Me toma por sorpresa cuando su otra mano se enreda en mi cabello, sujetándome con firmeza, inmovilizando mi cabeza.

No quiero apartar la mirada, no quiero dejar de verlo. Encajo mi dedo entre sus dientes inferiores como un anzuelo que acaba de atrapar a un pez salvaje, y lo arrastro con lentitud hacia mí. Esos labios son míos. Esa boca me pertenece y como una fiera, quiero poseerla todas las veces que mi cuerpo lo exija.

Jonathan no se resiste. No suelta mi dedo. No se aleja. Se deja llevar por mi movimiento, como si esperara descubrir a dónde lo voy a conducir. Su polla dura palpita contra mi vientre, rozando a través del fino tejido de la camisola. Solo detengo el movimiento del brazo cuando lo tengo a un centímetro de mi rostro.

Sus ojos, de un azul intenso, brillan con fuerza. Me hacen consciente del peligro que representa y eso solo me excita más. Abro la boca y saco la lengua, deslizándola por su barbilla manchada de chocolate, saboreando su sudor mezclado con la salsa del pastel. Es un veneno dulce que entra en mi sistema y me consume por dentro.

Jonathan aprieta con más fuerza mi cabello, alejando mi rostro. Mis dedos sobre su pecho sienten los latidos de su corazón, tan desbocados como los míos.

—¿Qué deseas, Gin? —El aire caliente de su respiración roza mi rostro, y respiro más hondo, solo para llenarme más de su olor.

—Que me beses —respondo, ahogándome en el mar tempestuoso de sus ojos, entre la euforia, el deseo, el miedo... y la espera de su decisión.

Jonathan tira de mis rizos con fuerza, hasta que sus dedos están pegados a mi cuero cabelludo. Su boca se tensa, su respiración se vuelve pesada. Siento como si me absorbiera, como si me arrastrara a él segundo a segundo y entonces, cuando mi corazón parece haberse detenido por un instante, vuelve a latir con fuerza al sentir su boca aplastarse contra la mía, con rabia.

Mis manos se alzan y sujetan su rostro, gimiendo contra sus labios firmes. Su boca es tan deliciosa como la recordaba, es mi perdición que ni siquiera Freud podría explicar la química salvaje que explota cada vez que nuestros labios se encuentran.

Ya me está levantando con una sola mano, y mis piernas se enroscan en su cintura, aferrándome a él como si fuera mi única salvación. Él gruñe con fuerza entre beso y beso, hundiendo los dedos en mi trasero, arrancándome otro gemido, mezcla de dolor y

placer. Solo le toma un segundo apartar la bandeja con pastel, antes de que me siente en el borde de la mesa, empujándome hacia atrás. Suelto su nuca y llevo una de mis manos entre nosotros, guiando su verga hacia dentro de mí y lo beso con la misma lujuria con la que mi coño lo recibe.

Las manos de Jonathan se aferran al borde de la mesa cuando sus brazos se tensan, forzando sus caderas hasta hundirse por completo en mí. Con mis piernas enredadas en su cintura, entrelazo mis pies detrás de su espalda para mantenerlo exactamente donde está. Sus labios devoran los míos, tocando cada rincón de mi boca, su lengua batallando contra la mía. Mi pecho se eleva cuando empieza a moverse, entrando y saliendo de mí y eso, eso es mi condena.

Su cadera choca con fuerza contra la mía, tomándome por completo entre estocada y estocada, entre beso y beso. Mis manos exploran su espalda sin restricción, acariciando cada parte que alcanzo, trazando con mis dedos el mapa de su cuerpo, que en este instante solo me pertenece a mí.

Jonathan muerde mis labios, desliza su lengua por mi garganta, y vuelve a besarme con brutalidad, lanzándome al interior de un torbellino que gira a máxima velocidad. Me convierte en su mezcla favorita. Se despega de mi boca, buscando nuevos caminos en mi piel, lamiendo cada zona manchada de chocolate, hasta que llega a mi pecho y succiona con hambre uno de mis senos, devorando los restos de pastel que cubren mi piel.

Mis uñas se separan de su espalda, y muevo el brazo por encima de mi cabeza, aferrándome con fuerza al borde de la mesa. El torso de Jonathan se apoya sobre mí, aplastando mis pechos entre sus manos, y vuelve a embestir con un ritmo rápido, fuerte, implacable. Me folla sin compasión, llevándome directo al castigo más delicioso que existe: el de nuestros cuerpos chocando una y otra vez. Abro los ojos, enfocándome en su rostro manchado de chocolate, despojado por completo de ese aire controlador y nada,

absolutamente nada, es más hermoso que Jonathan exactamente así.

Salvaje. Feroz. Mío.

Me folla con tanta locura, que sus ojos azules terminan brillando por completo. Mi boca se abre, y empujo el pecho hacia arriba junto con la parte superior de mi cuerpo, dejándome atravesar por la energía que me destruye desde adentro cuando el orgasmo me golpea. Vuelo alto. Tan alto como en las otras veces que me ha follado, pero esta vez lo arrastro conmigo. Mis músculos se contraen con fuerza, lo aprietan, lo devoran. Estoy eufórica, gimiendo, gritando su nombre. Se retira con urgencia, agarrando su polla con fuerza y masturbándose con rapidez. A través de la niebla del placer y la perdición, alcanzo a ver el momento exacto en que cierra los ojos y eyacula sobre mí. Los chorros calientes salpican mi piel, y una gota espesa se desliza sobre el pezón de uno de mis senos. Su boca, hinchada por mis besos, se entreabre. Su rostro, aún contraído por la tensión, se va relajando poco a poco. ¿Es un ángel o un demonio? Todavía no lo sé. Lo único que tengo claro es que este hombre me folla malditamente bien.

Intento recuperar el aliento cuando sus ojos se abren y me descubren mirándolo con fascinación. Jonathan se restriega en mi pierna, deslizando su polla aún mojada por mi muslo. Su mirada baja hasta mis pechos desnudos, que suben y bajan rápido, siguiendo el ritmo de mi corazón acelerado. Quise decirle que no necesitaba haberse salido, que igual me habría perdido entre sus brazos, que no tenía que fingir nada, pero no lo dije. Solo levanté la mano, dejé que un dedo se deslizara sobre mi seno cubierto por la mezcla de chocolate y semen, y lo llevé a mi boca. Lo chupé lentamente, como si estuviera saboreando la mejor combinación que había probado en la vida: chocolate derretido con semen de Jonathan. Su rostro sudado se alza, siguiendo con la vista el recorrido de mi dedo. Le regalo una sonrisa descarada y dejo escapar un pequeño chasquido al terminar de succionar.

Esa mujer desvergonzada y promiscua no soy yo. La Ginger de antes podía fantasear con algo así, pero jamás lo habría hecho, porque era un comportamiento inapropiado para ella. Pero ya no soy esa. Esta soy yo: mi parte animal. Y todo lo animal es irracional.

Todo lo irracional se convierte en materia y es la física la que nos une: somos acción y reacción. Un dipolo magnético, dos polos opuestos atraídos por una fuerza invisible, fusionados por nuestros demonios.

—¿Desea otra porción de pastel, señor Roy? —bajo la mirada hacia su polla, que ahora se desliza con lentitud por mi sexo hinchado.

Jonathan sonríe despacio, dejándome contemplar su rostro relajado. Su mano se estira y termina de arrancar lo que queda de mi camisón, hasta convertirlo en un simple trapo. Luego extiende el brazo y arrastra la bandeja del pastel hasta tenerla junto a mi cuerpo.

—Te vas a arrepentir de esa provocación, Gin. —Me guiña un ojo antes de inclinarse para sellar su boca con la mía, atrapándome en su dulce veneno.

¿Arrepentirme? Lo dudo mucho. ¿Estar completamente adolorida cuando esto termine? Sin lugar a dudas. ¿Lúcida? Probablemente no.

CAPÍTULO 17



LA VERDAD ESTÁ FRENTE A TI

GINGER FOX

Cuando salgo del baño, secándome el cabello, con cada músculo del cuerpo flojo y dolorido, el sol ya brilla afuera de la ventana, iluminando todo el cuarto. Miro hacia la cama y veo a Jon durmiendo boca abajo, un hilo de baba deslizándose por la comisura de sus labios. Sonrío, agradecida de que tenga el sueño tan profundo.

Me había tomado un buen rato limpiar mi cuerpo pegajoso y empapado, después de haber arreglado la cocina lo más rápido que pude, devolviendo la mesa a su sitio que había sido arrastrada por nuestros movimientos intensos sobre ella. La bandeja del pastel, ahora vacía, fue lavada y guardada como si fuera una prueba de algún crimen escandaloso, porque Jonathan la usó hasta el último pedazo para untármelo.

Como la vez anterior, él no dijo ni una palabra. Solo cruzó la mirada conmigo una vez después del sexo, para alcanzarme el móvil que había terminado debajo del mueble. No pude evitar reír al ver lo cubierto que estaba de chocolate, incluso tenía crema pegada hasta en las cejas. Estiré la mano, limpié su frente y llevé el dedo a mis labios, saliendo corriendo de la cocina antes de que los empleados llegaran para comenzar el día. Lo dejé allí, completamente sucio.

Me detuve al pie de la escalera cuando escuché lo que sin duda fue una carcajada. Jonathan sostenía lo que quedaba de mi

camisón, agitándolo en el aire, satisfecho de saber que bajo el batín solo llevaba una braguita. Me sentí como una adolescente tonta, totalmente rendida ante la forma despreocupada y suave con la que reía. Le sonreí, me abracé a mí misma para sujetar mejor la tela sobre mi cuerpo, y subí corriendo las escaleras, directa al cuarto. Agarré unas mallas, una camiseta y ropa interior del armario, y me encerré en el baño. —¡Despierta, dormilón! Ya casi es hora del desayuno —digo mientras pellizco uno de los dedos del pie de Jon, escuchando un gruñido de respuesta. Se cubre la cabeza con la manta, sin intención alguna de levantarse.

Termino de secarme el cabello, dejo la toalla a un lado de la cómoda y camino hacia el armario para coger un par de zapatillas. Uso el mueble como apoyo para calzarme, pero el ligero tambaleo me hace fijarme mejor. Me echo hacia atrás, notando que realmente está inestable. Camino hacia un costado y estiro el cuello. El armario está separado de la pared por unos tres dedos. Un escalofrío me recorre la espalda. Yo no lo dejé así. Lo empujé bien para bloquear la puerta que conecta con la otra habitación.

—Jon... ¿¡JON!? —Mi mirada va hacia el niño, que destapa la cabeza y me mira soñoliento cuando le hablo con urgencia—. ¿Moviste el armario para intentar volver a tu cuarto?

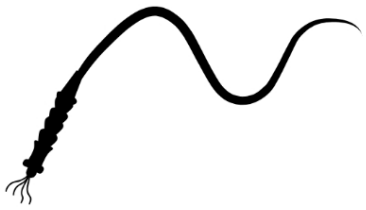
Jon apenas me mira, confundido, y niega con la cabeza. Luego vuelve a cubrirse y se enrosca entre las mantas. Mis dedos están sudados, me tiemblan, y los músculos que hace un momento estaban relajados ahora están tensos. Un escalofrío recorre mi espalda, erizando los vellos de mi nuca.

Apoyo mi espalda contra el armario, empujándolo hacia atrás hasta liberar el paso a la pared. Estoy en shock, mirando la puerta entreabierta que conecta los cuartos. Alguien había entrado al cuarto de Jon. Alguien movió el armario. Tal vez el miedo de que el mueble cayera y provocara un estruendo lo hizo detenerse. Me cubro el rostro, respirando con nerviosismo. Yo no estaba aquí. Jon se quedó solo. Alguien sabía que él estaba desprotegido. Bajé la guardia. Me relajé solo porque sabía que Bob no había regresado.

Mis piernas se mueven lentamente, entrando en su habitación. Todo está en orden, igual que como lo dejé. Voy directo a la puerta para comprobar que esté cerrada con llave. Sé que no fue Jonathan quien vino aquí. Estaba conmigo.

Mi cuerpo, tenso por el miedo, me hace girar para volver a mi cuarto, con el corazón golpeando fuerte en el pecho, pero no me muevo, no puedo. Mis piernas no responden. Todo está perfectamente ordenado, excepto por una sola cosa que antes no estaba allí. Una mancha en el centro de la cama de Jon. Mis respiraciones se vuelven largas y agitadas. Aprieto los dedos contra el dobladillo de mi vestido, estoy completamente helada, desde la punta de los pies hasta el último cabello de la cabeza. Me acerco y observo de cerca el líquido viscoso que mancha la sábana. Llevo la mano a la boca, tratando de contener el grito de horror. No necesito tocarlo. Sé exactamente lo que es, algo dentro de mi grita con desesperación.

Alguien se masturbó sobre la cama de Jon.



—Debemos contarle la verdad al señor Roy —susurro a Baby cuando se detiene frente a mí.

Ella me mira en silencio, desviando luego la vista hacia Jon, que arrastra una silla para sentarse en el comedor.

—¿Sobre Jon? —Asiento con la cabeza mientras me rasco la nuca, inquieta.

—Creo que alguien…

—Buenos días, familia. —Las dos giramos al escuchar el saludo de Bob, justo cuando pasa a nuestro lado y tira de una silla al otro lado de la mesa, quedando frente a Jon. Mi mandíbula se tensa de inmediato, invadida por el asco y la repulsión. ¿Desde qué hora estaba este imbécil de vuelta en la mansión?

—¿Van a dejar que está vieja se muera de hambre? —Tía Charlotte, sentada tres sillas más allá de Bob, nos lanza una mirada de reproche.

—Hablamos después —le susurro a la rubia a mi lado.

Baby suspira, pone los ojos en blanco y toma mi mano, guiándonos hacia la mesa del desayuno.

—¿Acaso no has comido suficiente en tu larga y extensa vida, vieja? —Me siento junto a Jon, que intenta contener la risa ante las pullas que Baby y la anciana intercambian.

Sirvo el vaso de jugo para Jon y acerco una taza de café para mí. Levanto la vista hacia el imbécil al otro lado de la mesa, que me observa con una expresión de burla, haciéndome apretar los labios con asco.

—¿Ese aroma dulce viene de ti? —Mi rostro gira en dirección a Baby, que ha levantado un mechón de mi cabello para olerlo—. ¿Tienes aroma a chocolate por todo el cuerpo, Gin?

Mis mejillas arden bajo la piel, haciéndome encoger los hombros mientras desvío la mirada.

—Usé una crema nueva —murmuro, llevando la taza de café a los labios—. ¿Quieres pan tostado, Jon?

—Pero no quiero. —Jon niega con la cabeza, mirándome sin entender.

—Cómete uno —le susurro entre dientes, tratando de disimular mi vergüenza.

—Gin, te hice una pregunta —insiste Baby, bebiendo su jugo de naranja sin apartar los ojos de mi cara.

—¿Qué? —Siento como si me diera un ataque de urticaria; me pica todo el cuerpo del puro nerviosismo.

—La crema. ¿Cuál es el nombre? Me gustó. Quiero ver si la consigo. —Frunzo el ceño solo de imaginar el espanto que podría tener la pobre tía Charlotte, sentada al otro lado de la mesa, si Baby

supiera que mi "crema" es cobertura de chocolate con el semen del señor Roy.

—Se me olvidó el nombre... —Esa voz apagada, casi inaudible, es la mía, estrangulada por no saber qué responder.

La atención de Baby cambia al movimiento en la cabecera de la mesa, posándose en Jonathan, que arrastra su silla.

—Buenos días a todos. —Es cortés, limitándose a sentarse mientras todos le respondemos el saludo.

Jonathan gira la cabeza, posando su mirada en Bob, y su expresión se torna seria de inmediato.

—Buenos días, querido. ¿Cómo dormiste? —Tía Charlotte lo mima, observándolo con dulzura.

Vuelvo a fijar la vista en mi café justo en el momento en que esos ojos azules se clavan en mí.

—Deliciosamente.

¡Hijo de puta! Por poco escupo el café por la nariz al escucharlo decir esa palabra con su voz grave. Baby vuelve a fijarse en mi cabello, jugueteando con un mechón mientras dice que está brillante y suave, y que luego pasará por mi cuarto para ver la marca de la crema.

—Qué bueno que descansaste... —La entrada de la empleada hace que tía Charlotte se calle y levante la cabeza hacia Lira.

La mujer le susurra algo al oído con prisa y se retira del comedor con la misma discreción con la que entró.

—Bueno, no tendremos pastel para el desayuno —comenta tía Charlotte con tono reprobatorio, visiblemente molesta por la falta del dulce—. La cocinera avisó que el pastel de chocolate, el que se preparó ayer, desapareció esta mañana de la cocina.

Siento cómo mi cuerpo se hunde en la silla mientras deseo desaparecer, intentando esconder mi cara detrás de la taza de café.

—Bueno, yo no fui. Llegué pasadas las cinco y me fui directo al cuarto. —Levanto la mirada hacia Bob, haciendo rápidamente el

cálculo mental del horario.

Entré a la habitación cerca de las seis. Cuando salí de la ducha, el sol ya estaba alto. Eso quiere decir que Bob tuvo que haber entrado mientras yo estaba con Jonathan, y ese fue justo el tiempo que necesitó para ir al cuarto de Jon y mover el armario.

—¿Y usted, señorita Fox? Supongo que no tendrá idea de qué pasó con el pastel. —La sonrisa descarada y molesta brilla en la cara de Bob, que me lanza una provocación.

Lo miro sin saber si solo intenta fastidiarme o si realmente sabe dónde estuve esta madrugada.

—No lo sé.

—Pero ¿quién se comería una bandeja entera de pastel de chocolate...? —La voz de Baby, entre risas, rompe mi mirada clavada en Bob, y vuelvo los ojos hacia ella. Está jugando con mechones de mi cabello entre sus dedos, y de repente abre mucho los ojos al mirarme.

—Qué lástima, seguro estaba delicioso —comenta Jonathan con total naturalidad.

Baby y yo giramos al mismo tiempo para mirar al señor Roy, que toma su café como si nada.

La rubia, con los labios pintados de rojo, entreabre la boca, mirándome boquiabierta. Niego con la cabeza, respondiendo a la pregunta muda que me hace con los ojos. Suelta mi cabello de inmediato, saca una servilleta y se limpia los dedos, mientras sus mejillas se tiñen de rojo y reprime la risa.

—Que Dios perdone tu alma, Ginger —susurra Baby entre risas, bebiendo de su vaso de zumo.

Si tuviera oportunidad, le diría que realmente deseo el perdón de Dios por los pecados que he cometido… y por los que aún están por venir.

—¿Van a compartir el chiste con el resto de la mesa? —pregunta tía Charlotte, con el ceño fruncido.

—¡No! —respondo con angustia, casi gritando, lo que provoca que la anciana me mire con sospecha. Baby suelta entonces la carcajada que venía aguantando, y yo me hundo aún más.

—Baby, deja de atormentar a la señorita Fox. —La voz grave de Jonathan, con tono autoritario, produce el efecto contrario: hace que Baby ría aún más fuerte, mirándolo con los ojos llorosos de tanta risa.

—¿Qué final crees que tuvo realmente ese pastel, Jonathan? —provoca ella, haciendo que él apriete con fuerza la taza entre sus manos.

—Traidora —murmuro a Baby, que ya no puede contenerse.

Ella se gira hacia mí y acaricia mi mejilla, dándome un leve pellizco. Acerca su rostro al mío hasta que nuestras narices se tocan. La sonrisa que Baby tenía en su cara desaparece. Sus ojos están fijos en algo detrás de mí. Miro de reojo y veo que todos están mirando en la misma dirección que ella. Me muevo para ver qué sucede y descubro a la señora Lorane mirándome como una furia desatada.

—¿Quién autorizó esto? —masculla, atragantándose con la rabia mientras cierra los ojos y aprieta los labios—. ¿Quién te dio permiso para hacerle esto a Jon?

Miro el cabello negro de Jon, que parece ser el motivo de su furia. Me pongo de pie rápidamente, preocupada.

—Nadie, en realidad, señora Lorane —digo alzando la mano y señalando el cabello negro de Jon. Él permanece en silencio, encogiéndose en su silla y soltando el pedazo de pan que tenía en la mano—. Iba a teñirme el cabello, Jon me pidió cambiar el color del suyo. No sabía que no se podía… de hecho, ya tenía el pelo azul, no pensé que el negro fuera algo malo.

—Lorane —la llama Baby, haciendo que la mujer abra los ojos y la mire fijamente—. Es solo un color. Es como si discutiera con la mirada.

—¿Un color? ¿Lo miraste bien? ¿De verdad es solo un color? —No entiendo. No me entra en la cabeza por qué está tan furiosa solo por el tinte en el cabello de Jon—. ¡La odio! ¡La odio y tú lo sabes! ¡¡LA ODIOOOOO!!

Me encojo cuando viene hacia mí como un tren sin frenos. Baby me rodea con los brazos, sujetándome para que no caiga al suelo. Una sombra oscura se cierne sobre nosotras. Veo la espalda del señor Roy moverse con su respiración agitada, y su brazo estirado, sosteniendo la mano de Lorane, que venía con las uñas listas para arañarme la cara.

—¡Me lo estás robando! ¡ME LO ESTÁS ROBANDO! —Estoy en shock, con miedo, completamente acorralada. Nunca en mi vida alguien me había atacado con intención de agredirme. Mi cuerpo se derrumba sobre el regazo de Baby.

—¡Cállate, Lorane! —Jonathan la aparta con fuerza, arrastrándola fuera del comedor.

—Yo no lo hice con mala intención, no lo sabía, Baby... —Las lágrimas corren por mi rostro. Me siento asustada, vulnerable.

—Todo está bien, todo está bien. Tranquilízate… Jon, ve con Gin al jardín. —Baby me mueve lentamente de su regazo, como si yo fuera una niña asustada. Sus dedos limpian mi rostro con delicadeza —. Vayan al jardín, enseguida me reúno con ustedes.

Jon se levanta, tomando mi mano. Veo en sus ojos el mismo miedo que hay en los míos. Intento recomponerme, no dejar que mi propio temor empeore el estado de Jon. Acaricio sus dedos, dándole calma con mis manos.

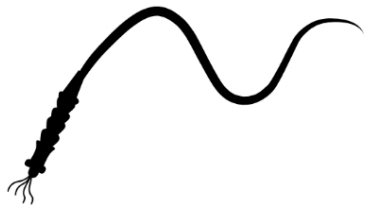
—Te lo advertí, esto no iba a terminar bien. —Dirijo la mirada hacia tía Charlotte, que aparta su silla y observa la mesa con decepción. Niega con la cabeza, desanimada, y se marcha lentamente del comedor.

Lo único que hay en aquel lugar silencioso es la mirada de condena que Bob me lanza, con esa sonrisa amarga y burlona de Joker dibujada en su rostro. Levanta su taza de café en mi dirección,

como si hiciera un brindis sarcástico, mientras termina de comerse el pan.

—Vamos, Jon.

Salgo de ahí sin volver la vista atrás, rezando por mantenerme firme, por no dejar que mis piernas me flaqueen frente a Jon.



Todavía tengo grabada la expresión de locura de la señora Lorane en mi mente, sus palabras resonando en mi cabeza.

"¡Me lo estás robando! ¡Me lo estás robando!"

¿Qué es lo que le estoy quitando a Lorane? ¿A Jon? ¿A su esposo? Tal vez llegó junto con Bob. Me froto el rostro, nerviosa, sintiéndome acorralada. Ella me vio con Jonathan. Eso explicaría su arrebato. Sus palabras llenas de odio no fueron solo rabia: fueron celos. Unos celos enfermos.

—Parece que lograron controlar a esa perra estúpida por un rato —Bajo mis manos de la cara y lo veo. Bob está a solo un par de pasos de mí.

Mis ojos buscan a Jon, y lo encuentro sentado al borde de la piscina, chapoteando con los pies en el agua.

—Al final, creo que te subestimé, Ginger —Cada palabra que sale de su boca me provoca un rechazo visceral.

—¿No deberías estar adentro, cuidando a su prima, señor Bob? —Él pone los ojos en blanco y se encoge de hombros.

—Lorane ya consiguió lo que quería. No creo que mi presencia sea bienvenida ahora. ¿Jonathan?

Desvío el rostro hacia otro lado, no quiero que note el torbellino de emociones dentro de mí. Es su esposa, por más

enferma y extraña que sea la relación entre ellos. Quizá Lorane no es tan inmune a Roy como pensé. Cierro los ojos, sintiendo una melancolía pesada invadirme. Respiro con dolor.

—Tengo que entrar —digo rápidamente, levantándome para alejarme de él.

Su mano asquerosa me agarra la muñeca, apretando con fuerza, manteniéndome en mi sitio.

—¿Crees que eres mejor que yo, verdad? —Veo que sus ojos son tan arrogantes como los del resto de la familia. Siento la fuerza con la que su mano me aplasta la muñeca—. ¿Crees que lo sabes todo? —Tiro del brazo con fuerza, liberándome de su agarre.

—No me conoces lo suficiente como para saber lo que pienso. ¡Y lo único que sé, ahora mismo, es que no me gustas, Bob! —suelto las palabras rápidamente, sintiendo la suciedad donde sus dedos me tocaron—. ¡No te atrevas a tocarme otra vez!

Lo miro con toda la furia que siento por dentro, alejando mi cuerpo de él.

—Qué curioso que no sintieras el mismo asco cuando ese loco te folló en la cocina. —Me quedo paralizada. Miro nerviosa a Jon, que está distraído, jugando junto a la piscina, y agradezco que no haya oído lo que dijo esa víbora—. Sí, lo sé, mi dulce Ginger.

Suelto el aire que contenía y miro a Bob. Mete las manos en los bolsillos del pantalón, sacando pecho, mirándome con superioridad.

—Vi lo feliz que estás de que ese enfermo mental te folle como a una perra en celo. Te gusta tanto mantener tu aire de grandeza, y al final, eres peor que yo. —Aprieto el puño y camino hacia él, llena de odio.

—¡No me compares contigo! ¡No me compares para nada! —Me clavo las uñas con fuerza, hasta que siento un dolor, que me escuece en la palma—. ¡Voy a usar el mismo lenguaje soez que tú para ver si me entiendes, maldito cabrón! Puede que sea la zorra

que se folla a Roy, pero sigo siendo solo una zorra, ¡sin parentesco con él!.

Bob abre los ojos con sorpresa, y siento una oleada de orgullo por haberle borrado la sonrisa cínica de la cara.

—No eres el único que ve cosas por aquí, Bob —gruño en voz baja, con odio. —Veo, oigo, y lo que sé es que no soy yo quien le mete la polla en el coño a mi propia tía.

—¡Perra vulgar! —escupe su veneno con los dientes apretados.

—Recuérdalo bien: esta perra —señalo mi pecho, presionando con fuerza el dedo contra mi piel—. Es la que se acuesta con el señor Roy. Ten eso presente la próxima vez que te acerques a Jon.

—¿Qué? ¿Desde cuándo me importa ese mocoso retrasado? —Mira hacia Jon y vuelve a clavar en mí esa sonrisa de Joker y su mirada llena de cinismo.

Lo empujo y me planto delante de él, bloqueando su línea de visión hacia Jon.

—Aléjate de él o te juro que le cuento a Jonathan que eres un maldito pedófilo —Sus manos huesudas aprietan mis hombros, mirándome fijamente por un segundo—. ¿Qué pasa, Bob? ¿La perra te comió la lengua? ¿O no esperabas que yo notara que andas entrando en el cuarto de Jon para masturbarte?

Bob me suelta de golpe, empujando mi cuerpo lejos de él. Su rostro se vuelve una máscara helada. Mira a Jon y luego a la mansión.

—¡Eres una perra estúpida y loca! —Escupe al suelo, casi alcanzando mi pierna, obligándome a dar un par de pasos hacia atrás—. ¡Y además, estás ciega! Tan ciega que no ves la verdad que tienes justo frente a ti.

—¡Asqueroso pervertido! —Le devuelvo el escupitajo y mancho su zapato, mientras intento respirar entre mis ataques de ira

—. Me importa una mierda los malditos celos de Lorane o su matrimonio. ¡Solo aléjate de Jon!

Él se ríe en mi cara sin pudor, como una hiena carroñera, pasándose las manos por el cabello.

—¡Eres una perra imbécil! ¿De verdad crees que a Lorane le importa ese loco de Jonathan o incluso ese niño retrasado? —Señala a Jon, carcajeándose aún más.

Me lanzo de nuevo hacia él, y lo veo acobardarse, retrocediendo de un salto.

—¡La verdad la tienes delante, maldita! ¡Abre los ojos y la verás! —Gira sobre sus talones y se marcha del jardín, dejándome allí con los nervios destrozados.

Me tapo el rostro, ahogando un grito de furia, sintiéndome asfixiada por el aire mismo de este lugar.

—¿Gin? —Me doy la vuelta y veo a Jon parado detrás de mí, mirándome preocupado—. ¿Estás bien?

Asiento con la cabeza, intentando parecer tranquila, aunque por dentro estoy hecha polvo.

—Sí… solo creo que el calor me dejó un poco cansada. —Le tiendo la mano con una sonrisa—. ¿Qué te parece si buscamos un libro en la biblioteca?

Jon asiente. Lo rodeo con los brazos, abrazándolo fuerte y deseando con todo mi ser poder protegerlo de todo. Beso la cima de su cabeza y me aferro más a él.

Antes de entrar a la mansión, veo a Lira parada en la puerta, mirándonos fijamente. Al fondo, las rejas del portón principal se abren y un SUV plateado entra al terreno.

—Señorita Fox —me saluda Lira, mirando de mí a Jon—. La abuela de Jon ha venido a recogerlo.

—Pero… no es fin de semana… —La miro, confundida, sin entender qué hace aquí esa mujer.

—Son órdenes del señor Roy —dice en voz baja.

Levanto la vista hacia la ventana del segundo piso, a la izquierda, y veo la silueta de alguien parada tras los cristales. Jonathan está alejando a Jon para poder calmar la locura de Lorane. Esa es la única explicación que encuentro para que haya permitido que la abuela de Jon venga a mitad de semana.

—¿Ya no vamos a la biblioteca? —suspira Jon, con tristeza.

Respiro hondo, me agacho un poco y acaricio su rostro con ternura.

—Hoy no, amor. Tienes que ir con tu abuela, divertirte un poco con ella. Y cuando regreses, iremos a la biblioteca, lo prometo. —Pellizco suavemente la punta de su nariz, mientras levanto la vista hacia el coche que se detiene cerca de nosotros—. ¿Quieres llevar algo? ¿Tu móvil, tus auriculares?

—Mis auriculares… los dejé en el cuarto —responde, desanimado.

Revuelvo su cabello con cariño, haciéndolo reír.

—Está bien. Sécate las piernas mojadas y cámbiate esa ropa, ¿sí? —Le guiño un ojo y luego miro a la silenciosa empleada—. Lira, ¿podrías acompañar a Jon a su habitación para que recoja sus auriculares y se cambie?

—Por supuesto, señorita Fox.

Jon entra a la mansión con Lira caminando a su lado. Suspiro suavemente y desvío mi atención hacia la puerta del auto que se está abriendo. Una mujer de estatura media, que no aparenta tener edad suficiente para ser abuela, desciende del vehículo encendiendo un cigarrillo. Se echa el cabello rubio hacia atrás y me dedica una sonrisa leve. Puedo notar el evidente disgusto que siente al mirar la mansión.

—Hola, soy Ginger. —Le sonrío mientras me acerco y le tiendo la mano—. Soy la niñera de Jon durante estas vacaciones.

—Oh, claro, la famosa Gin. —Me devuelve la sonrisa y luego suelta mis dedos—. Jon no ha dejado de hablar de ti en todo el fin

de semana. Nunca lo había visto tan feliz. Para ser sincera… creo que nunca lo había visto feliz.

Levanta una mano, sostiene el cigarro entre los dedos y exhala el humo tras una calada.

—Jon es un buen niño. A pesar de haber perdido a sus padres, aún tiene a su tío, a su tía y a usted para quererlo. Eso ya significa mucho.

Me observa mientras le da un pequeño ataque de tos, y noto que parece confundida.

—Jon no ve a Lorane como su tía —le explico con una sonrisa, entendiendo su confusión. Me acomodo el cabello detrás de la oreja.

—Me refería a Baby. A Jon le agrada mucho ella.

La mujer, que hasta ese momento sonreía, cambia su expresión de inmediato. Su rostro pierde el color y rápidamente se tiñe de un rojo de furia.

—Jon solo tiene un tío —responde ella con frialdad, arrojando el cigarrillo al suelo—. Así como Reimond solo tuvo dos hijos, dos hijos varones. —Pisa la colilla con fuerza, como si pudiera aplastar con el pie también el dolor de sus palabras.

Me quedo sin palabras, sin saber qué decir. El beso rápido en mi mejilla me hace girar con desconcierto hacia Jon, que sonríe mientras se despide. Sube al auto sin dejar de mirarme. La mujer, seria, sigue de pie, con la mano en la puerta del coche, mirándome fijamente.

—Esa monstruosidad que está ahí dentro no es la tía de Jon.

Todo ocurre como en cámara lenta: ella entrando al coche, el auto alejándose, los dedos delgados de Jon agitándose mientras me dice adiós… y mi cuerpo, completamente inmóvil, como si me hubieran disparado. Todo se viene abajo como un castillo de naipes.

—Señorita Fox, ella es Baby, mi… —Al levantar el rostro, alcanzo a ver la expresión extraña que se forma en la cara de la

señora Lorane.

—¡Cuñada! Estoy segura de que nos llevaremos bien, pequeña.

Es como si un martillo me golpeara el pecho, como si algo me oprimiera por dentro, absorbiendo mi alma con cada latido. Los recuerdos, las frases…

—¡La verdad está frente a ti, perra! ¡Abre los ojos y verás!

Las palabras de Bob, tan recientes, ahora me golpean como un puñetazo directo al pecho.

—No… ¡No! —Llevo las manos a mi cabeza, apretándola con fuerza.

—Porque eso es exactamente lo que él es. Mira, la abuela materna de Jon lleva años peleando en los tribunales por la custodia del niño, y siempre pierde por culpa del ejército de abogados de Jonathan —suspira, ladeando la cabeza—. Y aun así, él le da una generosa mensualidad para mantenerla cerca. En verano, la trae aquí, la aloja en una de sus casas para que pueda pasar los fines de semana con Jon.

Jonathan no está siendo generoso con la abuela de Jon. No es una mensualidad: es el precio de su silencio. Él paga por su silencio, para mantener oculta la mentira que esconde. Las lágrimas resbalan por mi rostro, cayendo por mi barbilla. Mis dedos, se clavan con tanta fuerza en las palmas que dejan marca en la piel.

—¡Maldita perra estúpida! ¿De verdad crees que a Lorane le importa ese demente de Jonathan o siquiera ese mocoso retrasado? —Señala a Jon, soltando una carcajada todavía más cruel.

Lo veo todo. La forma en que ella se descontroló, rompiendo el jarrón el día de la piscina, gritando llena de rabia, discutiendo, esos ojos que me miraban con celos, con odio.

—Y entonces, nuestra querida Lorane apareció de la nada cuando se enamoró de James. Estaba enferma por él. Obsesionada.

Todo se silencia en mi mente. Solo puedo escuchar el sonido de mi respiración descontrolada. Es como si una pantalla se hubiese encendido dentro de mí, encajando todas las piezas del rompecabezas. Lorane tiene celos. Unos celos enfermizos… pero no por Jon, ni por Jonathan. Su rabia es por James.

Y de repente lo entiendo todo.

Ya estoy corriendo, volando escaleras arriba como un rayo. El sudor se pega a mi frente. En mi mente aparecen su risa fácil, su nariz afilada, esos ojos que se iluminan cuando sonríe. Todo encaja. La verdad siempre estuvo frente a mí.

Mi corazón late desbocado mientras avanzo por el pasillo. Abro la puerta de su habitación sin tocar, sin esperar que me invite a entrar. Él levanta la mirada, y su rostro se ilumina. Sus dientes blancos brillan aún más al ensancharse su sonrisa.

—Justo iba a buscarte —dice.

Cierro la puerta a mis espaldas, bajo la cabeza, incapaz de mirarlo a los ojos.

—¿Qué pasa? Estás pálida. ¿Ocurrió algo?

Cierro los ojos y dejo caer mi frente contra la puerta. Siento una necesidad insoportable de gritar.

—No lo sé, James. Dímelo tú.

El sonido del cepillo de cabello cayendo de su mano se siente como un trueno en medio del silencio.

Limpio mis lágrimas y levanto la mirada hacia él.

—Gin…

—¿Por qué me mentiste, Baby? ¿Por qué no me dijiste que tú y James son la misma persona?

CAPÍTULO 18



¡NO ES TENER, ES SER!

BABY ROY

Durante los primeros veintidós años de mi vida, supe que vivía una mentira. Una mentira cruel, tan dolorosa como estar encerrada en la celda más oscura y tortuosa de una prisión. Estaba aprisionada en un cuerpo que no era mío, dentro de una doctrina que no coincidía con mis sueños. Pero lo intentaba. Desgarraba mi alma a cada segundo, a cada momento, cada día y cada año que fingía ser lo que no era. Ese cuerpo delgado, lleno de huesos, no era el mío. Yo no era James, el hijo menor de Reimond Roy. Y, al mismo tiempo, no era nadie. No tenía un rostro, no tenía voz, no tenía un nombre.

Cuando tenía unos cinco años, lloraba porque no me dejaban jugar con una muñeca. Tía Charlotte me gritó, creyendo que era un simple berrinche infantil y no una manifestación de mi identidad trans. Le respondí con todas mis fuerzas: *"¡No soy un niño, soy una niña!"*. Después corrí a esconderme. Me refugié en el rincón más profundo y solitario de mi alma, aislándome.

La ansiedad y la fobia social se convirtieron en mis compañeras durante la adolescencia, y se intensificaron al inicio de mi vida adulta, trayendo consigo otras sombras: el alcohol, la cocaína, los medicamentos controlados cualquier cosa lo suficientemente fuerte como para mantenerme anestesiada. Solo me veía desde lejos, a través del brillo de mis ojos reflejados en el

espejo, observando a ese hombre melancólico que me devolvía la mirada.

Vivía aprisionada dentro de él, era una obra de teatro, una tragedia diaria. El espectáculo comenzaba cada vez que abría los ojos y solo terminaba cuando volvía a mi cama, a mi soledad. Me ocultaba. Me mataba lentamente, solo para encajar en las expectativas de los demás.

Los trajes bien planchados, las novias que nunca pasaban de algunos besos, ese compromiso que arrastré durante tres años, intentando realmente convertirme en lo que mi prometida esperaba de mí, lo único que me unía a Lorane eran nuestras adicciones. Pero no pude más. Era un sufrimiento que brotaba desde lo más profundo de mis entrañas, suplicando ser libre.

Libérame. Déjame ir. Por favor… no me mates.

Era eso lo que yo gritaba desde dentro de ese cuerpo que me aprisionaba, rezando porque alguien me escuchara antes de que él nos destruyera por completo. Él me estaba matando consigo, por ser demasiado débil para enfrentar la verdad que tenía frente a los ojos. Prostitutas de estaciones de servicio, que pagaba solo para probar que era un hombre. Que era el hijo menor de Reimond Roy. Todas tan frías como el placer vacío que él buscaba en cada encuentro. No dormía, no comía y no vivía. Apenas sobrevivía entre la podredumbre que nos arrastraba hacia el abismo. Hasta que sus ojos azules llenos de dolor regresaron más fríos. Más silenciosos. Más solitarios.

Él era el único que me veía. El único que conocía la verdad que James ocultaba del mundo. Incluso cuando solo éramos niños, ya me comprendía. Pero algo había cambiado dentro de él. Sus ojos guardaban secretos que no revelaban. Y así como yo escondía mi verdad, él también callaba la suya.

—¿Qué quieres? ¿Morir? ¿Acabar contigo, después de una sobredosis en un callejón lleno de ratas? —su voz fue un golpe seco, helado, con las manos aún en los bolsillos.

No supe qué responder. No sabía cómo explicarle que eso no era yo.

Entonces, sacó una mano del bolsillo del traje y abrió la gaveta del escritorio. El metal cromado de la pistola brilló al contacto con la luz. Caminó hacia mí sin prisa, haciendo girar el arma entre los dedos hasta dejarla caer sobre mi regazo. Sentí el sudor frío correr por mi frente. Mis manos, temblorosas, marcadas por heridas y viejas cicatrices, la sostuvieron.

—Dispara. Está cargada. Solo necesitas apuntar a tu cabeza y apretar el gatillo —dijo, mirándome sin un gramo de compasión—. Si de verdad quieres morir, nadie va a impedirlo.

Una lágrima cayó sobre el arma. Se deslizó desde mi mejilla hasta descansar sobre el metal helado. Miro los agujeros en mis brazos, los pinchazos de agujas que han entrado en mi piel tantas veces como puedo recordar, solo para dejarme en silencio. Pero ya no quiero callar más, ya no quiero esta vida de mentiras, quiero ser libre.

—Yo no quiero morir... —Alzo mis ojos hacia él, sollozando en medio del dolor.

Su rostro cuadrado se inclina levemente cuando su cuerpo se agacha hasta quedar a la altura de mis ojos.

—¿Quién desea vivir? —su pregunta es serena, mientras analiza mi expresión—. ¿Esta versión tuya, viciada y rota, o aquello que se esconde detrás de la cobardía de James?

—¿Dónde está? —La puerta del despacho se abre con fuerza. Tía Charlotte entra con los nervios desbordados. Sus ojos se posan en mí, recriminándome con su semblante endurecido—. ¡Chico egoísta, malcriado de mierda! ¿Tienes idea de cuántos días llevamos buscándote?

Camina hacia mí, decidida, pero sus pasos se detienen en seco cuando Roy se incorpora y se gira para enfrentarla. La respiración agitada que se eleva desde su pecho me deja claro que ni siquiera ella reconoce al hombre que tiene frente a sí.

—Roy... Has vuelto... Dios... tú... —Abre los brazos como si quisiera abrazarlo, pero detiene el gesto a medio camino.

Jonathan da dos pasos hacia atrás. Solo asiente con la cabeza a modo de saludo, sin quitarle la vista de encima.

—¿Cómo encontraste a James? —pregunta, volviendo su atención hacia mí. El miedo la alcanza, apenas nota el arma en mis manos—. ¿Qué es eso que tienes?

—Tía, silencio, por favor —Jonathan la interrumpe con calma, volviendo a fijar sus ojos en mí—. Responde mi pregunta. ¿Cuál es tu verdadero deseo?

Sus manos se cruzan sobre el pecho, mientras me observa con esa mirada que siempre parece escudriñar el alma. Miro la pistola y luego a mi tía. Nunca me preguntaron qué quería. Nunca me vieron como realmente soy, solo vieron lo que era conveniente para ellos.

¿Mi deseo? Lo sé. Siempre lo supe. Y ya no quiero seguir callando.

—Quiero ser libre, Jonathan... Quiero ser quien realmente soy.

—¡Eso es una locura, una blasfemia! ¡Tú eres James, eso es lo que eres! —La voz de mi tía se alza como un látigo, intentando hacerme retroceder.

Estoy cansada de fingir, harta de sostener un personaje que me destruye día a día.

—Ese no soy yo, tía. ¿Por qué nunca pudiste verme? ¿Por qué prefieres tener un drogadicto a dejarme ser libre?

—¿Cómo qué por qué? Porque estás enfermo. ¡Eso que crees que eres... —señala con el dedo, temblando de indignación—, eso está mal! ¡Dios te hizo hombre, James! ¡Eres un hombre!

—¡Yo nunca fui un hombre, TÍA! —Me levanto de esta cárcel vacía que es mi cuerpo, y miro la pistola que aún tiembla en mi mano—. ¡Nunca fui un hombre!

Extiendo el arma hacia Roy. Él la toma sin decir palabra, guardándola en la cintura, mientras me observa con una expresión dura, inescrutable.

—Estás enfermo, solo eso —insiste mi tía, su voz quebrada por el desespero—. ¿No ves que serás otro escándalo para esta familia? ¡Otra forma de que los buitres se alimenten de nuestra desgracia! ¡Es culpa de esa degenerada! ¡Ella es la culpable de que hayas terminado así!

—¡Tía! —La voz de Roy retumba, firme, cortando el aire como un cuchillo.

Ella se calla de inmediato. Sus ojos rojos se llenan de lágrimas, mirándolo como si no pudiera creer lo que acaba de oír.

—¿No me digas que estás de acuerdo con esto, Jonathan? ¡Es abominable! Vas a convertirlo en una aberración. ¿Y la prometida de James? ¿Qué le vas a decir a ella? ¿Y a la gente con la que convivimos?

—Ya tomé mi decisión. Solo necesitaba saber si James también había tomado la suya.

Jonathan no la mira, ni se gira hacia mí al salir de la sala. Esta vez no le dejé la decisión a James. Ya la había tomado por los dos.

Pasé diez meses recluida en Suiza, después de que Jonathan me ordenara alejarme de todos. Entre clínicas de rehabilitación y centros de cirugía estética. Cuerpo dolorido, posoperatorios, hormonas femeninas... James se iba muriendo, y yo comenzaba a nacer. Pero no me miraba, no me buscaba, no quería espejos. No deseaba ver mi imagen. Tenía miedo de mirarme y no reconocerme, de no saber si era yo quien estaba allí, hasta que estuviera completamente lista. Y ese día llegó, junto con mi regreso a casa. Fue como mirar mi sombra, como si por primera vez pudiera ver el reflejo de mi alma en una imagen.

Levanto la punta de mis dedos, temblorosos, y toco con miedo los mechones largos y rubios que ahora cubren mi cabeza. El labial rosa en mis labios armoniza con el tono de mi piel. Desvío la

mirada rápidamente, sintiendo cómo mi corazón late tan fuerte que parece que va a romperse dentro de mi pecho. Pero necesito mirarla. Necesito ver esa imagen frente a mí, porque ese reflejo es la verdad que escondí durante años. Los pechos prominentes, la nuez de Adán que ya no está en mi garganta, la cintura estrecha que marca mis caderas y resalta el vestido negro.

—Es hermosa, ¿verdad? —La maquilladora que está en la habitación se acerca, se detiene detrás de mí y sonríe.

¡Sí, lo es!

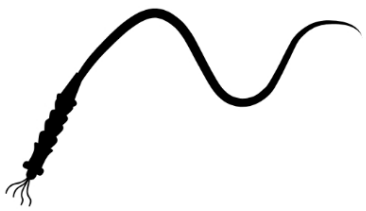
Su piel sonrosada por el rubor, realza sus mejillas, los ojos ahumados en negro acentúan sus largas pestañas cubiertas de rímel. Sí, realmente es hermosa. Mi alma es hermosa, tan delicada y libre. Siento algo que nunca había sentido en veintidós años: una felicidad que me llena por completo.

—¿Cómo crees que se llama? —dejo que las palabras salgan en un susurro. Los ojos de la maquilladora parpadean rápido, admirando junto a mí a aquella mujer extraña en el reflejo del espejo.

—Seductora… Muy seductora y sexy —murmura con suavidad. Siento cómo mis mejillas se enrojecen ante el halago—. Pero delicada, tan perfecta como una muñeca. Debería tener un nombre que le haga justicia.

—Baby… Deberíamos llamarla Baby —susurro, contemplándome. Baby será un buen nombre.

Una sonrisa se dibuja en mis labios mientras camino hacia la salida del cuarto. James Roy ya no existe. Murió de sobredosis en algún callejón oscuro, rodeado de ratas. Y Baby nació para ser la mujer que siempre fue. Es hora de volver a casa.



—James era autodestructivo… él estaba matándonos a los dos. —Abro los ojos, soltando el aire de mis pulmones. Miro a la pequeña sentada al borde de mi cama.

Gin no ha dicho ni una sola palabra mientras le contaba la verdad sobre James. Solo ha permanecido en silencio, retraída, mirando con melancolía por la ventana.

—Gin, sigo siendo yo. Baby. —Extiendo mi mano para tocar la suya, pero su cuerpo se aparta rápido, rechazando mi cercanía.

—¿Lorane? ¿Cómo lo descubrió? —Estoy en pánico, el corazón me late con fuerza. El miedo me envuelve. No quiero que ella me rechace.

Sus brazos delgados rodean su propio cuerpo mientras camina por la habitación. Su espalda recta me da la espalda, dejándome ver solo su respiración agitada.

—Lorane fue la única que no creyó en la muerte de James. Las cirugías cambiaron la forma de mi cuerpo, mis facciones pero no pudieron cambiar mis ojos. Cuando me miró, supo la verdad.

—Dios… ¡Esto es una locura! —Gin se abraza más fuerte, susurrando con angustia—. ¿Prefirió ser infeliz toda la vida en un matrimonio falso solo por estar cerca de ti?

—Muchas veces intenté explicarle que no podía corresponder al amor que sentía. Ella sabía por qué James se drogaba, pero prefería refugiarse en la fantasía que se había creado en su cabeza. —Ya no soporto no ver sus ojos oscuros. Me levanto de la cama y camino hacia ella—. Gin, por favor… mírame. Sigo siendo yo…

—¿Jon? —Su voz sale quebrada, apenas un susurro lleno de dolor. Cierro los ojos con fuerza. Gin fue la única que realmente me vio, que reconoció a Baby por quien es—. Durante todos estos años, Baby dejó que Jon creyera que no tenía a nadie que lo amara…

—¡Oh, Dios mío, Gin! —Me tapo la boca con la mano, ahogada en sollozos. Mis hombros se sacuden con el llanto—. Amé a ese niño desde el primer momento en que lo vi. Amé a Jon más que a cualquier cosa en mi vida. Cuando volví de Suiza y Jonathan me

habló de él, lo quise para mí, lo quise a mi lado. Quería besarlo, abrazarlo. Compré un apartamento en Nueva York, iba a irme, a empezar de cero junto a mi hijo…

Las palabras no salen. El llanto libera el dolor que he cargado dentro de mí durante todos estos años. Tomé la decisión correcta cuando acepté la libertad que Jonathan me ofrecía, pero no sabía que habría un solo momento en mi vida en el que me arrepentiría de ello.

Recuerdo cada instante en que sostuve a Jon entre mis brazos. Fue como si entendiera, desde el primer segundo, que nunca más estaría sola. Katy era una prostituta con la que solía salir. También era consumidora, más adicta que yo en aquella época. Nos acostamos muchas veces, y fruto de una de esas noches llenas de drogas y alcohol nació Jon. Ella me buscó cuando el embarazo estaba en el sexto mes, pero no fue a mí a quien encontró, sino a Jonathan. Le ofreció el bebé a cambio de droga. Yo aún estaba en Suiza, en plena transición, atravesando una de tantas cirugías plásticas.

Tía Charlotte no creyó en su historia, pero Roy sí. Fue eso lo que lo llevó a hacerse una prueba de ADN con el feto aún dentro del vientre de Katy. Jon era un Roy, y el hecho de que llevara nuestra sangre lo convirtió en un blanco para Jonathan. No le dio opción, ni aceptó su propuesta. Jonathan la internó, para evitar que siguiera drogándose hasta el parto. Pero Katy no resistió. Estaba débil, desnutrida, incluso con la mejor atención médica que nuestra fortuna podía costear. Jonathan estuvo presente cuando Jon nació. Tía Charlotte fue la primera en sostener a mi hijo en brazos. Dos horas después del parto, Katy falleció.

Yo solo quería marcharme, comenzar de nuevo junto a mi hijo. Pero las palabras crueles de tía Charlotte me arrojaron directamente al infierno.

—¿Y qué vas a decirle, cuando descubra que eres una aberración? ¿No crees que, al menos, uno de los Roy merece tener una vida normal?

—No podía contarle a Jon. —Limpio mi rostro, luchando por respirar entre el dolor, mientras miro hacia ella—. ¿Cómo se lo iba a decir? ¿Cómo explicarle que soy su padre… que nací siendo mujer, pero dentro del cuerpo de un hombre?

—Con amor, Baby. —Se da la vuelta y me mira entre lágrimas, su rostro encendido por la rabia—. Con amor se cría a un hijo, sin importar el género ni las decisiones.

Sus ojos oscuros me condenan de la misma forma en que mi alma me condena desde hace trece años.

—El amor no podría librarlo de sentir vergüenza… de no querer tenerme a su lado. Mírame, Gin. Mira cómo me miras tú ahora. ¿Crees que Jon podría mirarme diferente? ¿Que no sentiría asco de mí?

—¿Asco? ¿De verdad crees que eso es lo que siento por ti, Baby? —Gin aprieta los labios, cubriendo su rostro con las manos mientras grita—. Siento dolor, me siento traicionada… pero jamás he sentido asco. Me siento herida y tengo rabia, sí… rabia de que nunca le hayas contado la verdad a Jon.

—Gin, yo no podía ser su padre…

—No, no podías —interrumpe ella, con furia—. ¡Porque no eres su padre! ¡Eres su madre! Eso es lo que eres, lo que siempre fuiste para él. Ser mujer no es una cuestión de tener, es una cuestión de ser. —Gin me señala, alzando la voz con la fuerza de su convicción—. No necesitas una vagina para ser mujer. Es sentirlo, es tener el instinto natural de maternidad gritando dentro de ti. Y eso fue lo que sentiste la primera vez que lo tuviste en brazos. ¡y aún así callaste! ¿Por qué lo silenciaste?

Sus brazos caen, agotados, a los lados del cuerpo. Me mira como si estuviera perdida, rota.

—Mírame, Gin. —Golpeo suavemente mi pecho, intentando contener el dolor que me atraviesa—. Mira a Jonathan. ¿Qué es él? ¿Qué soy yo? ¿En qué nos convertimos después de una infancia rota? Dos almas tóxicas… eso es lo que somos. Y no quería eso para

mi hijo. Solo quería que fuera feliz, aunque tuviera que ser lejos de mí. Y tenía miedo… —Me abrazo a mí misma, presionando con fuerza, como si eso pudiera contener el dolor que se desborda dentro de mí—. Tenía miedo de que no me amara. De que sintiera vergüenza. Y fue ese miedo el que me hizo suplicar a Roy que lo cuidara por mí. Fue por miedo a ser rechazada, a destruir su infancia… que solo pude verlo crecer desde la distancia, disfrutando los veranos a su lado. ¿Realmente crees que él se sentiría orgulloso de contarle al mundo que su madre es una mujer trans?

—Eso es algo que jamás sabremos porque nunca le diste la oportunidad de elegir. —Su voz es dura, pero su verdad me atraviesa más profundo que cualquier grito—. Jon se habría sentido orgulloso… simplemente por tener una madre. Los niños ya nacen con ese instinto de cariño. No juzgan, solo aman. Estuviste tanto tiempo atrapada en un cuerpo que no era tuyo, con tanto miedo… que le negaste el amor de la única persona que más necesitaba a Baby, no a James.

Gin empieza a moverse, lenta, como si no supiera a dónde ir. Se frota la cara y camina hacia la salida. Y yo ya estoy llorando otra vez, como si estuviera perdiéndola también a ella. Ginger mi única amiga… la única que realmente me vio. Y ahora ni siquiera puede sostenerme la mirada. Eso me destroza.

—Gin… Gin, por favor. —Mis manos, desesperadas, sujetan sus hombros, obligándola a girar hacia mí. Deslizo los dedos por su piel hasta llegar a su rostro—. Sigo siendo yo… Por favor, Gin. —Lloro sin poder contenerlo, implorando—. No te alejes. Tú me viste cuando nadie más lo hizo. Siempre fue a Baby a quien mirabas. No quiero perderte… No pude arriesgarme a eso, por eso no te lo conté.

—¿Qué más no me contaste, Baby? —Sus ojos negros se fijan en los míos, traspasándome entre lágrimas.

Siento sus dedos, aferrarse a mi vestido, con la misma fuerza con la que yo sostengo su rostro.

—Una vez, en la piscina, me dijiste que eras bisexual. —Me alejo apenas un poco, solo lo suficiente para mirar toda su cara.

—Sí, no mentí sobre eso. Puedo ser una mujer transgénero, del género femenino, pero eso no impide que me sienta atraída por ambos sexos, al igual que cualquier otra mujer bisexual.

Gin suelta mis manos, evitando mi mirada de nuevo. Retrocede unos pasos y se cubre el rostro con sus manos, claramente angustiada.

—Dijiste que te sometiste a todas las cirugías posibles: busto, cintura, nuez de Adán, pómulos para volverte más femenina, incluso tu voz... —Asiento con la cabeza, sin comprender por qué su mente ha regresado a esa parte de la conversación.

—Sí, lo hice… pero...

—¿Y tu órgano? —Me quedo en silencio, viéndola volver su mirada hacia mi cuerpo—. ¿Te sometiste a la cirugía de reasignación de sexo, Baby?

—No es una cirugía la que define el género de una persona, Gin. El género se construye, y yo construí el mío cuando finalmente me acepté como soy.

—Aquella noche en Sodoma, recuerdo que dijiste que Jonathan controlaría las pollas que entrarían entre mis piernas. La primera fue la de él, eso lo supe dentro del armario esa noche. ¿Y la segunda que me penetró fue la tuya? —pregunta con un sollozo ahogado. Su rostro se endurece mientras niega con la cabeza.

—No reaccionaste así cuando supiste lo de Jonathan.

—Jonathan no me ocultó una transición de género, Baby. —Su mano se aparta de su rostro, dejando ver el dolor en su mirada.

—Todos ocultamos algo, Gin...

—¡No te atrevas a mentirme, Baby! —Su voz me atraviesa como una lanza, haciéndome encoger. Retrocedo hasta que mis piernas chocan contra la cama y dejo caer mi cuerpo, sentándome en el colchón.

—¡Respóndeme! ¿La segunda polla que me penetró fue la tuya o no?

—Gin, yo...

Un torbellino, una sombra furiosa pasa a mi lado sin mirarme. Mis ojos se cierran por el estruendo de la puerta al golpearse cuando ella sale del cuarto. Siento cómo mi corazón se va rompiendo en mil pedazos, consumida por el dolor y la desesperación.

CAPÍTULO 19



PERFECTO

GINGER FOX

Mis pasos son tan desesperados como los latidos de mi corazón. Las emociones se mezclan dentro de mí: dolor, traición, omisiones, mentiras. Todo me golpea como puños directos al alma. Estoy perdida dentro de mi propia mente, entre tanta información, juicios que no me corresponden, dudas y preguntas que no cesan. Me siento atrapada en un tornado que me empuja hacia el borde.

Mi visión se nubla por las lágrimas que corren por mi rostro. Trato de limpiarlas, pero cada vez que seco unas cuantas, el doble brota en su lugar. Quiero encerrarme en mi habitación, quiero volver a casa, quiero desaparecer… todo al mismo tiempo.

—Ginger.

Mis pasos se detienen al oír mi nombre detrás de mí.

—No... —Niego con la cabeza, sin querer mirarlo. No ahora. No puedo ver a Roy ahora.

Él miente tanto como Baby. Su cuerpo está cubierto por tantas capas de engaños, que sé que si me acerco, terminaré el doble de rota de lo que ya me dejó Baby. Estoy frágil, vulnerable. No puedo mirarlo a los ojos, no puedo enfrentar sus mentiras, ni su voz. Vuelvo a caminar más rápido, perdiéndome entre los pasillos, respirando con dificultad. Todo mi cuerpo tiembla por la angustia.

Y entonces sucede. No lo veo venir, no tengo tiempo de prepararme ni de defenderme. Solo siento cuando su brazo rodea mi cintura y me lanza sobre su hombro, como si fuera un saco de papas.

—¡Jonathan! ¡JONATHAN! —Mis puños golpean su espalda con fuerza, impulsados por la rabia que crece en mi pecho—. ¡Bájame ahora! ¡Déjame ir! ¡No quiero hablar contigo! ¡Con nadie!

—No te he preguntado si querías. —Su voz suena fría, áspera. Camina como una maldita máquina por los pasillos de la mansión, llevándome consigo sin darme opción a escapar.

No se detiene por nada: ni por mis insultos, ni por los golpes débiles de mis puños, que no le provocan ni cosquillas. Solo me suelta cuando abre la puerta del despacho, dejándome caer en una silla. Me levanto de inmediato, corriendo hacia la salida antes de que cierre la puerta, pero es como intentar atravesar un muro. No hay forma.

—¡Abre esta puerta, Jonathan! ¡Déjame salir! —Le lanzo otro golpe en la espalda, furiosa. Lo miro con rabia cuando se da vuelta hacia mí—. ¡Te dije que me dejes salir!

—¡Siéntate! —Alza la mano, señalando la silla de nuevo, como si no escuchara ni una sola palabra de lo que digo.

—¡No quiero sentarme, joder! —Pasa de largo, sentándose él en la silla. Aunque sé que la maldita puerta está cerrada, intento girar la perilla con fuerza y patearla con frustración—. ¡Quiero irme, volver a mi cuarto!

Me doy la vuelta justo a tiempo para verlo quitándose el cinturón. Mis ojos suben hasta su rostro, duro como el acero.

—Ni se le ocurra dar un paso más, señor Roy... —Le apunto con el dedo, advirtiéndole.

—¿Ahora sí soy "*señor Roy*"? —Termina de sacar el cinturón tras desabrocharlo. Sus labios fruncidos se curvan en una sonrisa irónica—. Siéntese, señorita Fox.

Niego con la cabeza, una y otra vez. Ni loca voy a sentarme ahí. Miro hacia la ventana, pero esas malditas rejas siguen ahí. El ruido seco de la silla siendo empujada hacia mí de un puntapié me hace dar un salto hacia atrás, asustada.

—O te sientas por voluntad propia, o vas a descubrir una forma nueva y dolorosa de sentarte en esa silla —advierte mientras pasa la punta del cinturón por la hebilla, ajustándola hasta dejar un lazo pequeño entre sus dedos.

—¡Vete a la mierda! —Alzo el brazo, levantando el dedo del medio mientras le doy una patada a la silla, que se desliza por el suelo hasta golpear sus piernas.

Él apenas se inmuta. Da un par de pasos hacia adelante y, con un movimiento rápido, derriba la silla antes de bloquearme con su cuerpo, atrapando mi brazo bajo su axila. El cuero del cinturón ya roza mi muñeca cuando lo desliza con destreza, tirando de él mientras me inmoviliza. Su pecho queda pegado a mis espaldas, con mi brazo atrapado entre los dos.

—No me gusta cómo suena esa boca sucia, señorita Fox —murmura, mordiéndome la oreja. Me encojo por el dolor.

—¡Hijo de puta! ¡Suéltame, Jonathan! —Intento darle un cabezazo, pero él aprovecha el movimiento para atrapar mi otra mano, dejando ambos brazos atados tras mi espalda. El cuero aprieta mi piel con firmeza.

—Si dices una mala palabra más, voy a amordazarte.

—¡Me vale mierda! —grito sobre el hombro, llena de rabia.

Él maldice por lo bajo, retrocede un paso cuando le piso el pie con fuerza. Da la vuelta a la silla, levantándola del suelo. Aprovecho para correr al otro lado de la habitación, desesperada, mirando por la ventana con la esperanza de que alguien afuera escuche mis gritos.

Grito cuando siento cómo tira de mi cabello, arrastrándome de nuevo hacia la maldita

silla.

Y cuando dijo que me enseñaría una nueva forma de sentarme, no estaba bromeando. Coloca la silla frente a mí y, con un golpe detrás de mis rodillas, me hace caer doblada. Creo que me voy al suelo, pero lo usa a su favor para empujarme sobre el asiento, dejando mi rostro pegado al respaldo de cuero.

—¿¡Qué estás haciendo, Jonathan!? —intento girarme, aterrada, mientras él se agacha a mi lado—. ¿Por qué estás desatando mis cordones? ¡Suéltame!

Trato de patearlo, pero la forma en que me ha inmovilizado me deja apenas mover el pie. Sus manos firmes me empujan la cabeza hasta que queda apoyada en el respaldo. No tarda ni un segundo en atar mis tobillos, uno contra el otro, dejándome sin escape.

Escucho su respiración agitada mientras gira la silla de golpe, y ahora estoy cara a cara con él. Y sonríe. Ese hijo de puta sonríe, admirando su obra como si acabara de montar su trofeo.

—¡Maldito cretino, suéltame de esta silla! —Jonathan cierra los ojos, inhala hondo y niega con la cabeza, como un adulto resignado frente a una niña terca.

Abre los ojos y me observa por un momento. Luego se gira, camina hacia su escritorio y se sienta cómodamente en su silla acolchada, como si tener a una mujer atada frente a su mesa fuese algo digno de admiración y no, como realmente es, una jodida aberración.

—¡Suéltame! —Me muevo con fuerza, pero es inútil.

—Deja de moverte o vas a terminar en el suelo —responde con calma, tamborileando un dedo sobre la mesa—. Y si caes, te vas a lastimar y quedarás tirada ahí como una muñeca rota. Te vi entrar corriendo a la mansión. ¿Por qué?

Desvío la mirada hacia una estantería llena de carpetas, rehusándome a responder.

—Eso no te importa —murmuro con fastidio, odiando más que nada estar amarrada como si fuera un animal.

—Todo lo que sucede en esta isla me importa, Ginger —dice mientras se quita el blazer y se pone de pie.

Sigo con la mirada sus pasos hasta el perchero, donde cuelga la chaqueta con meticuloso cuidado.

—Tienes suerte de que hoy estoy de buen humor, pequeña Náutilus —suelta con esa maldita voz tranquila que me crispa los nervios.

Suelto una risa sarcástica y cierro los ojos con disgusto.

—No quiero imaginar cómo te pones cuando no lo estás —mascullo mientras intento acomodarme, aunque cada movimiento solo empeora la incomodidad.

—Estabas alterada. Y la gente alterada actúa por impulso —responde mientras comienza a desabrochar los puños de su camisa, doblando las mangas con una calma tan calculada que resulta intimidante—. Como tu lenguaje vulgar, por ejemplo.

Levanto la cabeza y apoyo el mentón contra el respaldo de cuero, observándolo. Su expresión es serena, casi relajada, mientras ajusta con cuidado la tela en sus antebrazos.

Entonces lo entiendo. Mi actitud nerviosa, mis gritos fueron un detonante. Él no soporta el caos. Es un obsesivo del orden, lo supe desde el primer momento. Ese comportamiento que siempre creí arrogante y controlador esconde algo más profundo: su trastorno obsesivo-compulsivo.

—¿Y qué haces cuando no puedes atar a las personas? —Levanta la cabeza hacia mí, reflexionando por un segundo antes de responder.

—Las evito —dice con rapidez, volviendo a sentarse en su silla ahora que las mangas de su camisa están perfectamente dobladas a la misma altura.

—¿Entonces por qué no me evitaste, Jonathan? —pregunto, mirándolo fijo.

Apoya ambas manos sobre el escritorio, usándolas para acercarse un poco más hacia mí.

—Porque no quise, señorita Fox. Ahora responde mi pregunta.

El control.

Mi mente contesta sola, mientras lo observo. Su necesidad de tener el control absoluto de todo lo que lo rodea es tan vital como el aire que respira. Y aunque ahora mismo lo odio por tenerme atada, me atraviesa una punzada de compasión al imaginar lo difícil que debe ser vivir con esa condición.

—Voy a dejarte ahí hasta que hables, Ginger —dice con voz baja, ladeando la cabeza hasta apoyarla contra su hombro, como si estuviera admirando su obra.

Y esa delgada capa de empatía que empezaba a formarse en mí se esfuma en el instante en que abre su maldita boca otra vez. Bajo la cabeza y, con algo de esfuerzo, levanto el brazo lo justo para mostrarle el dedo del medio.

—Excelente, es tu decisión —responde con una sonrisa, pero puedo oír su respiración agitada y un insulto murmurado por lo bajo. Gano esta pequeña batalla y me siento victoriosa.

Regreso a mi posición, observando cómo hojea unos documentos sobre la mesa como si fuera un día cualquiera en su oficina.

—¿Y si me dan ganas de orinar? —pregunto con descaro.

Él levanta una ceja, mira por encima del papel y vuelve a bajarlo sin más.

—Orínate encima.

Frunzo la nariz, horrorizada por la idea. No puedo creer que realmente vaya a dejarme en esta posición por tanto tiempo.

—¿Y si tengo hambre? No he almorzado, puede que tenga hambre…

Jonathan exhala con tranquilidad, se encoge de hombros y contesta con esa calma

irritante:

—Puedo pedir que traigan pastel —dice con una sonrisa cínica en los labios, mirándome de reojo—. Yo tampoco he comido nada desde la madrugada.

—¡Imbécil! —murmuro con rabia, girando el rostro contra el respaldo de cuero de la silla, mirando hacia otro lado.

Siento el cuero apretado, quemando mis muñecas, y mis piernas entumecidas por cargar con el peso de mi cuerpo durante tanto tiempo. Mis brazos están al borde de desprenderse de sus articulaciones, solo para poder estirarse un poco. Es extraño cómo estar en esta posición incómoda ha desviado mi atención del torbellino de emociones que me inunda. Es como si mi mente empezara a ordenarse, a digerir toda la información que recibió. Suelto un suspiro bajo, sintiéndome como una cría atrapada en su nido: lo detesta, lo rechaza, pero a la vez lo necesita… porque ahí, pese a todo, se siente a salvo.

Roy permanece en silencio, dejándome oír solo el sonido tranquilo de su respiración. Las primeras lágrimas llegan sin control, fuertes, abrumadoras. Es como si el agotamiento finalmente me alcanzara, y no es por una sola razón: es por todo. Solo quiero llorar. Llorar por Jon. Llorar por Baby, que se ocultó durante tanto tiempo. Llorar porque odio a este hombre frente a mí, y aun así deseo aliviar el dolor que veo en sus ojos.

Y ese llanto que guardé para cuando estuviera a solas en mi habitación, ahora se desborda sin freno, sin vergüenza. El silencio que hay en esta oficina me hace sentir segura para desmoronarme delante de él. Me siento egoísta. Me siento pequeña frente al sufrimiento de Baby y de Jon. Siento que mi vida es cruel y miserable, por ser demasiado cobarde para admitir que mi relación con Tom se rompió hace mucho, por no haber puesto fin a algo que ninguno de los dos tuvo el valor de terminar hasta que llegó la traición.

Por no mirar a los ojos a mi madre y decirle con honestidad que odio el color durazno, que no quiero invitaciones de boda, que jamás soñé con nada de eso. Todo por miedo. Miedo a herirla, miedo a decepcionar a mi padre, miedo a decirle a Tom, en voz alta, que ya no lo amo, que puede acostarse con cuantas mujeres quiera, que eso no me duele… porque nada me ha hecho tanto daño como estos últimos años fingiendo ser feliz a su lado.

Soy una cobarde, una miedosa. Soy débil y prisionera del miedo, igual que lo fue Baby. Durante diez años intenté ser la mujer perfecta para estar al lado de Tom, anulándome, matando mi alma cada vez que fingía una sonrisa, siendo la mujer de conducta impecable que él quería a su lado. Fui una mujer silenciada, que se callaba ante los deseos de Tom. Y por amor, o quizás solo por no querer decepcionarlo, aceptaba. Bajaba la cabeza y simplemente obedecía todo lo que él quería, convirtiéndome en alguien que no era.

Mi llanto me desgarra la garganta entre sollozos y respiraciones entrecortadas. Aprieto con fuerza los ojos para mantenerlos cerrados, escuchando solo mi propio sufrimiento dentro de esta sala. No estoy atada a esta silla, estoy atrapada dentro de mí misma, de la misma forma que Baby lo estuvo dentro de James. Siendo algo que no era. Siendo la imagen que los demás querían que fuera, hasta que buscó consuelo en las drogas solo para silenciarla. Pero ella seguía ahí. No importaba lo que hiciera, su alma seguía ahí, gritando por libertad.

"No puedo concentrarme si tengo que estar preocupado por tus comportamientos inapropiados. Empieza a actuar como la mujer que serás."

Recuerdo esas palabras de Tom en mi mente, y el llanto se intensifica. Las ganas que tuve de llorar aquel día, por la forma en que me juzgó, se liberan ahora con cada latido desacompasado de mi corazón. ¿Quién era yo? ¿Cuál era la mujer que debía ser?

¿La esposa perfecta de Tom, que era su marioneta, o la mujer que siempre mantuve encerrada dentro de mí?

No sé exactamente cuánto tiempo lloro. Solo sé que, cuando todo se silencia, ya no siento dolor en el corazón. Abro lentamente los ojos, atrapada por una mirada serena sentada al borde del escritorio. No lo oí levantarse. No sé desde cuándo está ahí, observándome llorar. Pero no hay juicio en sus ojos azules, como habría en los de Tom por verme emocionalmente afectada, por considerarme débil. Roy simplemente me observa, como si supiera que, en este momento, necesito tanto de este llanto como del silencio de su oficina, y no de la soledad de mi habitación.

—¿Podrías soltarme los brazos, por favor? —pregunto en voz baja, con la voz entrecortada por el llanto, sorbiendo la nariz—. Necesito limpiarme la cara.

Su rostro se inclina levemente hacia un lado, observando las lágrimas secas en mis mejillas.

—¿Qué fue lo que pasó para que entraras corriendo a la mansión? —Jonathan descruza los brazos y se acerca a mí. Su mano grande pasa el dorso por mi rostro, rozando sus dedos por mis mejillas y limpiando las lágrimas, dejándome claro que aún no va a soltarme.

Giro el rostro hacia otro lado, suspirando suavemente.

—Baby olvidó contarme algo —susurro con calma, mirando por la ventana y enfocando mi atención en el cielo azul allá afuera.

—¿El qué? —pregunta. Afuera, los pájaros vuelan libres por el cielo, y sigo con la mirada sus movimientos suaves entre las nubes.

—Que había nacido en el cuerpo de un hombre —murmuro, presionando mi mejilla contra el cuero de la silla.

—¿Y cómo te sentiste, Gin? ¿Te dio asco?

—¡NO! —respondo con firmeza, volviendo a mirarlo. Lo veo serio, como si estuviera analizando cada palabra que digo—. Jamás podría sentir algo así por Baby.

Roy regresa a su escritorio, apoyándose en él mientras me observa.

—¿Qué sentiste? —Sus ojos no se pierden ni un solo detalle, están fijos en mi rostro, esperando una respuesta.

—Rabia… creo que eso sentí. —Lo miro, perdida en mis pensamientos, intentando explicar cómo me siento—. Me dio rabia saber que le ocultaron todo eso a Jon, me sentí traicionada porque ella no confió en mí, y dolida por haber descubierto así lo que pasó en Sodoma.

Jonathan me resulta casi irritante con su rostro impasible, observándome con esa calma suya. Respira con tranquilidad y vuelve a cruzarse de brazos.

—No todos quieren mostrar sus demonios, Gin. —Gira ligeramente la parte superior de su cuerpo y presiona un botón en el teclado de su ordenador.

Enseguida, la pantalla del televisor empotrado en la pared se enciende, y aparece mi rostro en ella, justo cuando me presentaba en el video que envié para postular al trabajo. Roy adelanta la grabación y la detiene al final. Mi rostro queda congelado, con una mirada triste.

—Cuando mis hombres encontraron a James, después de buscarlo durante dos meses entre callejones y burdeles, lo trajeron directamente conmigo. Su mirada era como la tuya, Ginger. —Miro mi cara agotada, el cabello intentando cubrir mis ojos hinchados—. Baby había estado oculta por mucho tiempo, deseando nacer, y ya era hora de dejarla libre.

Dirijo mi mirada al señor Roy, que observa fijamente mi rostro en la pantalla del televisor.

—¿Cómo se lo dirías? —Baja la mirada hacia mí—. ¿Cómo le explicarías a un chico que su padre es una mujer transgénero? ¿Cómo le contarías que su madre biológica se drogó tanto que sus órganos estaban fallando, y que prefirió venderlo a cambio de una línea de cocaína, antes que dejar su adicción? —Jonathan niega con la cabeza, mirándome—. No hay una manera de explicarlo… no

cuando vienes de una familia como la nuestra. Estamos rotos, Gin, no somos buenos para nadie.

Al final de su frase, no sé si Jonathan aún está hablando sobre Jon y Baby, o si sus palabras van dirigidas hacia mí. Me quedo en silencio, con la mirada perdida en la pantalla de plasma. Aun entendiendo lo que me dice, sigo pensando que está mal ocultárselo a Jon. Es su vida la que se está construyendo sobre un castillo de naipes.

La pantalla se pone en negro por un segundo, y luego vuelve a encenderse. Casi me atraganto cuando veo lo que aparece. Giro mi rostro hacia Roy, que observa fijamente la imagen, sin audio. Me veo a mí misma en la sala de Sodoma, riendo con Baby mientras ella me amarra. Siento mis mejillas arder de vergüenza al ver con tanta claridad mi entrega. Aprieto los dedos, sintiendo el cuero, apretarse contra mi piel, evocando la presión que ejercieron sobre mí. Giro nuevamente mi rostro hacia Jonathan justo en el momento en que Baby se mueve entre mis piernas, bajando la cabeza hacia mi coño.

—¡Maldito pervertido! ¿¡Cómo pudiste grabar eso!? —Lo fulmino con la mirada, llena de rabia al saber que lleva, vaya a saber cuánto tiempo viendo eso.

—Tú la disfrutaste tanto como ella. —Señala la pantalla como si estuviéramos viendo el noticiero de la noche, sin una gota de pudor.

—Maldito egocéntrico de mierda... —Jonathan gruñe fuerte, como un animal acorralado, lo que solo alimenta mi furia—. ¿Cuánto tiempo llevas viendo esto, degenerado? —Te advertí sobre tu lenguaje. —Parpadeo, sin entender a qué se refiere, justo antes de verlo arrancarse la corbata con rapidez.

—¿Y qué tiene que ver mi boca con que seas un gran hijo de pu..? —No termino la frase. En cuestión de segundos, mi boca queda amordazada con su maldita corbata, obligándome a gritar frustrada, con la tela apretando mis labios y apagando mi voz.

Jonathan gira la silla bruscamente, haciéndome dar un respingo cuando la detiene de golpe. Una palmada fuerte resuena en mi trasero, dejándome de frente a la pantalla.

—Jo... na... than... ¡Quita esta mier... da! —grito entre dientes, la mordaza haciendo que mis palabras salgan entrecortadas y mezcladas con saliva—. ¡Hijo de putaaa!

Otra palmada, más fuerte, golpea mi trasero, y me quedo paralizada por la reacción involuntaria de mi cuerpo. Intento girarme para ver dónde está, pero solo logro escuchar los sonidos que hace detrás de mí.

—Si te caes de la silla, te dejaré torcida en el suelo mientras te follo el culo. —Mis ojos se abren de par en par, congelando instantáneamente mi cuerpo.

—No... ten... drías... va... lor —murmuro nerviosa.

Su cuerpo aparece frente a mí, deteniéndose justo delante. Veo la cinta adhesiva en sus dedos mientras la estira, acercándose a mi rostro. Intento girar hacia el otro lado, pero él me sujeta y me la pega en la boca.

—Si te caes, averiguarás si tengo el valor o no, señorita Fox. —Entierro los ojos, odiando a este hombre en este momento.

Estoy atada, amordazada y ahora tengo una maldita cinta pegada en la boca. Él se aleja de mí, regresando a su escritorio, dejando que la imagen en la pantalla frente a mí se vuelva más nítida. Observo a Baby apretando sus manos sobre mis piernas, mientras el hombre detrás de ella la folla brutalmente. Veo sus pechos, que se balancean libremente con cada embestida que recibe. Los hombres que me rodeaban, tocando mi cuerpo, provocaban una sensación de hormigueo en cada rincón de mi piel. Tenía los ojos vendados y unos auriculares que solo dejaban expuesta mi boca, que se abría en espasmos con los orgasmos que tenía. Es como ver una porno en la que yo misma fui la protagonista, ¡y qué fiesta fue!

Me siento frustrada porque la cámara no capta a Baby como yo quisiera. Y cuando por fin lo hace, el vestido recogido en su cintura cubre sus caderas, dejándome ver solo el bulto entre sus piernas. Mis ojos se desvían hacia la sombra alta de Jonathan que se mueve, y mi rostro gira de inmediato en su dirección. Recuerdo el momento en que la música se detuvo, el miedo que sentí al pensar que Baby se había ido, pero estaba a mi lado, besando a uno de los chicos. Y entonces apareció él.

Jonathan camina despacio por la sala, descalzo, el cuerpo completamente desnudo, tan familiarizado con su propia desnudez como un tigre dentro de su jaula que observa a su presa.

Maldito egocéntrico. No puedo creer que me esté obligando a ver esto con él. Pero lo que más rabia me da, es tener la mirada clavada en él, fija en cada uno de sus movimientos lentos, justo en el momento en que me invade de golpe. Automáticamente, mis piernas se aprietan, pegándose una a la otra, y siento aún más incomodidad por estar en esta posición, por no poder apretar mis muslos para aliviar la ansiedad de mi cuerpo traidor. Mis hombros se relajan cuando respiro lentamente, casi soltando un suspiro de alegría al verlo en toda su gloria, siendo el sádico que es. Con su expresión tensa, descargó toda su fuerza dentro de mí. Baby, parada a mi izquierda, con su cuerpo curvado sobre el mío, tenía mi pecho en su boca, que chupaba con fuerza. Mi cuerpo responde descaradamente a la grabación, recordándome lo increíblemente bien que me sentí al estar en ese estado de abandono.

Mi cuerpo reacciona en el instante en que siento sus manos en mi cintura, levantando mis caderas, dejando la más hermosa y perversa visión de mi trasero empinado para él. No hay ceremonias ni rodeos. De un tirón, el gran pervertido de Jonathan baja mi legging junto con mi ropa interior hasta dejarlas a la altura de mis rodillas, inmovilizando aún más mis piernas, que ya están atadas. Un escalofrío me sacude cuando siento la punta de su polla dura roza entre mis muslos. Estoy demasiado concentrada en las imágenes de la televisión, que muestran sus músculos tensándose cuando levantó los brazos para sujetarme a la barra de metal que había colocado

entre mis piernas. La silla, en medio de la oficina, cruje con el golpe de su cuerpo al hundirse en el mío, cuando su polla se abre paso dentro de mi coño, que lo recibe cálidamente. Mi cabeza cae hacia el respaldo de la silla, y respiro rápido con cada embestida de sus caderas, que chocan con fuerza contra las mías. Estoy demasiado extasiada para seguir prestando atención a la grabación cuando lo tengo tan profundo y tan duro dentro de mí.

¡Mierda, esto es mi perdición! Mi cerebro se apaga, dejándome como una muñeca en sus manos, una muñeca que Jonathan llena de placer. El cinturón de cuero se aprieta aún más en mi muñeca cuando él tira de la punta suelta, haciéndome sacar el pecho hacia adelante y empujar el trasero lo justo para recibir sus embestidas. Su polla gruesa me invade, dejándome hambrienta. Escucho su respiración tan acelerada como la mía, follándome de forma carnal. Su otra mano tira de mi cabello, haciendo que incline la cabeza hacia atrás, hasta sentir su aliento rozando mis rizos. Jonathan suelta mi cabello, sujetando su mano al respaldo de la silla, dejándome inmovilizada. Solo me queda recibir el impacto de nuestros cuerpos chocando. Es duro, rápido y tan intenso que me lanza demasiado deprisa al nirvana.

Mis músculos, rígidos por estar en esta posición, hormiguean en cada rincón, buscando mi liberación con cada profundización de tu polla dentro de mi coño. No hay pausas, no hay provocaciones, es solo un polvo intenso que me saca el cerebro a medio kilómetro de la cabeza.

Mi respiración entra más agonizante por mis fosas nasales, intercalada con los gritos y gemidos que quiero dejar salir, pero que quedan apagados. Mis dientes muerden la corbata en mi boca, hasta que siento que mi orgasmo me desgarra. Mis ojos, nublados de placer, se cierran, dejándome ir al cielo.

Mi coño chorrea por toda su polla y puedo sentir sus pantalones de traje rozando contra mi culo cada vez que su cuerpo se aleja y regresa con más presión. Su mano, que sujeta el cinturón de cuero, usa la parte de repuesto para azotar mi culo mientras mi

coño aprieta con una fuerza desesperada, como si pudiera dejarlo ahí para siempre. Y en lugar de soltarme cuando siento el segundo latigazo, simplemente me aferro con más fuerza, empujando mis caderas hacia atrás. Su risa se extiende, entrando en mis oídos, lo abrazo más fuerte, estrangulando su polla con mi coño caliente y húmedo.

—¡Mierda! —Me siento satisfecha de haberle arrancado una palabra entre su respiración agitada.

La silla se mueve bruscamente, hasta chocar con su escritorio, impidiendo que avance más.

—Siempre tan provocadora, Gin —susurra Jonathan con su voz grave junto a mi oído, rozándome con los dientes, mientras su risa se esparce por toda la oficina—. Nunca me decepcionas.

Su mano se suelta del respaldo de la silla, apretando mi cadera hasta aplastar mi trasero entre sus dedos, castigándome. Jonathan acelera el ritmo de sus embestidas, alternando con los latigazos que me da con la punta del cinturón, que queman mi piel y la vuelven aún más sensible. Siento mi cuerpo arder cuando me folla con locura, hasta que mis ojos se ponen en blanco y, por un instante, juro que veo estrellas estallando dentro de mí.

Otro orgasmo me desgarra, mis dedos se tensan, mi cuerpo se sacude en espasmos y me balanceo sobre la silla. Mis gritos se ahogan. Cuando la ola pasa, quedo con la frente apoya en el respaldo, sin saber exactamente qué me ha golpeado, ni en qué tiempo y espacio estoy. El sudor me ardía en la frente, el calor espeso de su semen se deslizaba por mi pierna, y su cuerpo se desplomaba, pesado, sobre el mío.

—Me voy a acordar de esto la próxima vez que vaya a Sodoma, Ginger. —Mi nuca se eriza, recorriéndome en un escalofrío lento y perezoso cuando su lengua roza mi cuello.

Se mueve despacio, incorporándose y acariciando mi trasero con la mano, frotando con suavidad.

—Perfecta. —Siento el beso que Jonathan deposita justo sobre la zona ardida donde el cinturón me había golpeado.

Me descubro suspirando contra la mordaza, con la mirada perdida sobre su escritorio, disfrutando de las caricias que me da mientras contempla las marcas, sintiéndome bien de tenerlo allí, justo donde está, acariciándome... siendo suya.

—Perfecta. —Escucho su risa baja, como la de un niño admirando su juguete favorito, llenándose de orgullo.

Por Dios, ¡me he vuelto una pervertida! Una adicta a una droga peligrosa y absolutamente nociva para mi salud mental y emocional, llamada Jonathan Roy. Se metió en mi mente y en mi cuerpo, marcó mi alma, y ahora me doy cuenta con claridad de que se está infiltrando poco a poco en mi corazón.

CAPÍTULO 20



¿CUÁL ES TU SECRETO?

JONATHAN ROY

—¿Ella me odia, verdad? —Termino de acomodar la corbata limpia en mi cuello y dejo que mis ojos revisen si está recta mientras ajusto el saco del traje.

—No. —Camino hacia mi escritorio, abro el cajón y saco la corbata húmeda de mi bolsillo, guardándola allí.

—Vi su mirada. Le doy asco... No la culpo. Fui cobarde con Jon y con ella. —Me siento en la silla y tomo la primera carpeta de documentos que me esperan para firmar.

—Ella no te tiene asco, Baby. —Firmo el documento tras una lectura rápida. La nueva extracción de petróleo nos había dado un cierre de caja privilegiado—. La señorita Fox solo está molesta. En su momento hiciste lo que creíste mejor para tu hijo.

—No, Jonathan. Tomé la decisión de alejarme de él por miedo. Miedo a traerlo a este mundo mío. Y Gin... ella me ve como un monstruo. Lo sé. Jon también me vería así. —Baby camina hasta quedar cerca del escritorio, haciendo que la silla vacía a su lado se mueva un poco—. Ella querrá irse. Nos dejará, dejará a Jon, y será por mi culpa. Y él querrá alejarse aún más de nosotros.

Desvío la mirada de los documentos y ahora centro mi atención en el rostro lloroso de Baby, con los ojos enrojecidos, llenos de angustia, y los dedos crispados por la tensión. La única decisión

en la que no me involucré fue en la relación de Baby con Jon. Fue su elección ocultarle su paternidad, prefiriendo observar su crecimiento desde la distancia, asumiendo el papel de tía.

Nunca tuvimos una base ni una estructura familiar a la que aferrarnos. Baby dejó su crianza en mis manos y en las de la tía Charlotte, al menos hasta que Jon alcanzó la edad escolar. Mandarlo a un internado fue decisión mía. No podía manejar los delirios y amenazas de escándalos de Lorane con un niño pequeño en casa.

Cuando el verano de este año se acercaba, Baby me dijo que quería tener a su hijo cerca, que ya era hora de traerlo de vuelta a casa. Jon era el último descendiente de los Roy, y sería él quien lo heredara todo cuando yo ya no estuviera.

Pero el descubrimiento de la señorita Fox desestabilizó a Baby. Gin le hacía ver la culpa que llevaba por dentro, esa que la consumía por haber dejado a su hijo. Y el miedo a perder a la señorita Fox la estaba destrozando.

—¿Estás enamorada de ella, Baby? —Mi espalda se relaja contra el respaldo del sillón, mientras hago girar la pluma entre mis dedos.

Baby desvía la mirada hacia la ventana, suelta los dedos y se lleva las manos al cabello, empujándolo hacia atrás. Nunca había visto a Baby así, tan inquieta y asustada. Esas no son características de Baby, son de James.

—Me encariñé con ella, si eso es lo que quieres saber. —Baby suelta el aire, cerrando los ojos—. Ella me vio, Roy. Ginger realmente me vio, y me gusta tenerla cerca. Su amistad, su alegría, la luz que irradia me contagia. —Una sonrisa serena se dibuja en su rostro al abrir los ojos, girando la cara hacia mí.

—Esa no fue la pregunta. ¡Responde!

—¡Sí! ¿Eso es lo que querías oír? ¡La respuesta es sí! Hay muchas formas de amar a alguien, Jonathan, y yo la amo de todas. —Relaja el cuerpo, cruzando las piernas mientras da otro paso hacia el escritorio—. Y no me mires así no cuando sé que tú también estás

enamorado de ella. La diferencia entre tú y yo es que yo de verdad la veo. Y tú, cuando miras a Ginger, sólo ves a esa…

—Cuidado con lo que dices, Baby. Recuerda lo suave que está tu cuello, sin marcas ni moretones, antes de abrir la boca.

El chasquido de la pluma se escucha entre mis dedos cuando aprieto el material con fuerza. La giro, aplastándola entre mi mano, y encaro a Baby.

—Dilo de una vez. Tengo trabajo que hacer. —Baby baja la mirada, fijándola en el suelo.

—Necesito hablar con ella. Que me escuche. Que entienda que nunca quise herir a Jon…

—Más tarde. No irás tras ella ahora. —Niego con la cabeza y regreso a mis papeles.

—Escuché sus gritos en el pasillo, cuando la arrastraste hasta aquí. Dime que no fuiste duro con ella, como siempre lo eres con todos los que terminan descubriendo esto. —Relajo la presión sobre la pluma, dejando que mi mirada recaiga en la silla vacía junto a Baby. —Depende del punto de vista —susurro, intrigado, observando los muebles. El aroma dulce de ella sigue impregnado en la sala, desde las paredes hasta el blazer de mi traje.

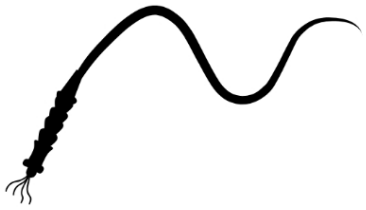
—Ella solo es curiosa, no una entrometida. Estoy segura de que Gin no haría ningún escándalo que pudiera manchar el nombre de la familia o tus negocios. —El aroma dulce de ella sigue impregnado en toda la sala, desde las paredes hasta mi blazer.

—Ya te vi antes, Roy. Sé que la aplastarías entre tus manos como si Gin fuera un simple insecto…

¿Por qué no me lo quité?

La pregunta golpea dentro de mi cabeza, haciéndome desconectarme de lo que Baby está diciendo. Me doy cuenta de que sí me cambié la corbata, el pantalón empapado con los chorros de squirt que Ginger soltó, mi camisa empapada en sudor pero el blazer no. Aún huele a ella. Está fresco. Deslizo los ojos hacia mis brazos,

hacia la tela negra que aún exhala el aroma de Ginger, porque su olor me agita, como si removiera una parte cerrada bajo llave en lo más profundo de mi mente.



—Oh, Dios mío, no siento las piernas. —Su pequeño cuerpo se encoge entre quejidos bajos, frotándose los brazos mientras se encorva.

Tiro la cinta en el cesto de basura, guardo la corbata en el bolsillo y me vuelvo hacia la pequeña mujer sentada en la silla. Su rostro sudado y el cabello revuelto combinan perfectamente con su aspecto desordenado.

Tomo el cinturón de la mesa y lo paso por mi cintura, dejándolo en su lugar. Me agacho para recoger el cordón suelto del suelo mientras me acerco a ella. Estiro su pierna, acomodando su pie sobre mi rodilla flexionada.

—Tengo los pies entumecidos. —Alzo la vista y la veo cubrirse el rostro mientras se ríe, tensando los músculos de la pierna—. Dios, ¿quién te enseñó a hacer nudos así?

Estoy concentrado, pasando el cordón por cada agujero de su zapatilla, dejándolo tal y como estaba cuando lo quité.

—Estuve en los boy scouts de niño. —Cruzo el cordón por encima y luego meto el otro por debajo. Veo las marcas profundas que dejó en su tobillo. Sé que permanecerán unos días más, y eso me agrada.

—¿Enseñan amarres de contención en los grupos de scouts infantiles? —Su risa, que me provoca, suena suave, como un susurro.

—No, eso lo perfeccioné con el tiempo. Podría haber usado cinta Hellermann, pero como no te quedas quieta, el plástico duro

habría cortado tu piel. —Hago el lazo final en su zapatilla, dejando que la yema de mi dedo roce la marca que dejó el cordón en su tobillo.

Al alzar la vista hacia su rostro, me atrapan esas perlas negras que me observan con curiosidad.

—Gracias. —Sus labios rojos, todavía marcados por la cinta y la corbata, susurran, abriendo una pequeña sonrisa antes de quedarse en silencio.

—No hay de qué. Es solo un lazo, señorita Fox. —Suelto su pie, apoyándolo en el suelo mientras me incorporo, sintiéndome incómodo por la manera dulce en que me mira. Ella suelta una nueva risa, esta vez ligera, tranquila.

—En cuanto al cordón... ibas a tener que arreglarlo de todas formas, ya que fuiste tú quien lo quitó. —Gin se pone de pie, pero su pierna flaquea al sostener su peso—. Creo que habría terminado suplicándote que lo hicieras, porque mi coordinación motora aún no ha vuelto del todo. —Su nariz respingada se arruga ligeramente, moviendo la punta redondeada. Ella levanta los dedos, empujando sus mechones rebeldes hacia atrás de la oreja, mirándome con timidez—. En realidad, te di las gracias por haber elegido no usar cinta plástica para atarme.

Es peculiar. Su curiosidad se mezcla con esa esencia delicada y testaruda a la vez. Mis ojos siguen fijos en su rostro y observan cómo se muerde el labio, justo antes de desviar la mirada, escondiéndose detrás de la cortina negra de su cabello.

—No habría sido apropiado. —La ligera contracción en la comisura de sus labios va seguida de un suspiro apagado, como si mis palabras la hicieran encogerse.

—Creo que ya debería irme... —Me dirijo al escritorio, abro el cajón y saco un frasco de pastillas. Tomo una y la extiendo hacia ella, quien observa el comprimido en mi mano.

—¿Esto es...?

—Relajante muscular, señorita Fox. No le estoy ofreciendo una pastilla psicodélica. —Sus ojos se entrecierran, y puedo ver cómo su boca se prepara para soltar una palabrota.

Justo cuando abre la boca para hablar, llevo mis dedos a sus labios y le meto la pastilla. Con la otra mano, saco la corbata del bolsillo y la agito en el aire. Gin cierra la boca de inmediato, con una expresión aún más enfadada cuando traga el comprimido, mirándome con furia.

—Buena chica. —Camino hasta el perchero, guardando la corbata en el bolsillo mientras la veo alejarse con pasos lentos y torpes.

La marca del cinturón dejó leves abultamientos en su muñeca, que ella frota entre los dedos, con la mirada perdida en dirección a la puerta.

—El roce entre nuestras pieles lo lastimó —su voz sale baja y arrastrada, como si le avergonzara decirlo en voz alta.

Sostengo el blazer mientras la observo, viéndola abrazarse a sí misma, frotando las yemas de los dedos sobre su propia piel.

—Al final se volvió algo doloroso para los dos. Mi cuerpo no se relajó, lo que solo empeoró aún más la experiencia. —Su risa ya no tiene un toque divertido, es melancólica—. Tom se enojó, y después de eso nunca más quiso intentar el sexo anal, porque decía que era inapropiado. Pero la verdad es que creo que solo era una excusa, y que en el fondo, él prefería no hacerlo conmigo.

Supuestamente, el obtuso de Tom no sabe que hay partes del cuerpo que no producen lubricación por sí solas. Las personas más propensas a disfrutar del sexo anal probablemente son aquellas más dispuestas a entregarse. La pequeña Ginger tenía toda la curiosidad por su cuerpo y la energía de un cohete al despegar, a diferencia del aburrido aspirante a ancla que la ignoraba, prefiriendo acostarse con su excompañera del gimnasio tres veces por semana después de entrenar. Pero, sin duda, lo que él no entiende es que el deseo es casi un analgésico: te abre, libera tu mente. Ginger es una fábrica

de placer, un manantial de dopamina corriendo por sus venas, que ya no quiere ser ignorada, aunque él intente apagar esa parte de ella.

—Es patético, lo sé. Por eso nunca tuve el valor de contárselo a nadie, solo a Baby. Y decirlo en voz alta solo me hace confirmar que él era un idiota que prefería acostarse con una tetona cualquiera antes que con la tonta que fui yo.

Mi cuerpo reacciona antes de que siquiera analice lo que estoy por hacer. Coloco el blazer sobre sus hombros, cubriéndole la espalda. Ella gira su rostro hacia mí, con los ojos asustados, cuando paso un brazo por su espalda y el otro bajo sus piernas, levantándola del suelo.

—Dios... ¿Qué estás haciendo? —Gin clava sus ojos negros en los míos, pero yo simplemente me dirijo hacia la puerta, la abro y salgo del despacho.

—Tu prometido es patético, señorita Fox. Y la mujer con la que se acuesta es más falsa que el rubio del cabello de Baby.

—¿Cómo?

No respondo. Me concentro en el camino hacia el cuarto de la curiosa Náutilus. Gin apoya su cabeza en mi pecho, suspira y mira sus dedos. Escucho su respiración tranquila, el leve subir y bajar de su pecho con cada bocanada de aire. Cinco minutos después, ya estoy cerrando la puerta de su habitación con el pie tras abrirla, llevándola directamente al baño. La dejo suavemente en el suelo, abro la ducha y dejo que el agua caliente corra. Luego, señalo hacia ella.

—Entra, Gin.

Salgo del baño, regreso a la puerta del dormitorio y echo llave. Me quito los zapatos con prisa, desabrochándome la camisa y dejándola doblada sobre la cómoda. El pantalón, junto con el calzoncillo, toma el mismo destino. Dejo los calcetines cerca de los zapatos, en el suelo. Camino hacia la ventana y cierro las cortinas.

El pequeño cuerpo, que perezosamente se está quitando la ropa dentro del baño, se sobresalta en cuanto entro.

—Señor Roy, ¿qué cree que está haciendo? —Ella forcejea con la camiseta atascada en su cabeza, hasta quitársela de golpe y mirándome con preocupación.

—¿Qué crees que hace una persona desnuda en un baño con la ducha encendida, Ginger? —Levanto una ceja al mirarla. Sus dedos golpean mi mano cuando bajo su legging junto con la ropa interior, dejándola completamente desnuda.

—No vamos a bañarnos juntos. —Su cuerpo, flácido por la sorpresa, intenta alejarse cuando la atraigo por la cintura, pegándola contra mi pecho. Llevo la mano a su espalda y desabrocho el sujetador. Siento su respiración caliente contra mi piel.

—Dios, ¿estás sordo? ¿No fue suficiente con arrastrarme por los pasillos y atarme en tu oficina?

—No recuerdo haberte escuchado quejarte. —Deslizo el encaje por sus brazos, dando un paso atrás para admirar sus pechos redondos.

—Claro, me amordazaste con la corbata, Jonathan. —Ella alza la mano, señalando hacia la salida del baño—. Vete a bañar a tu cuarto. ¿Ya pensaste si Lira aparece o si tía Charlotte se entera de que estás aquí, en este cuarto, bañándote conmigo?

—Creo que se escandalizaría menos por el baño que si supiera lo que realmente pasó con su pastel. —La tomo de la mano, llevándola bajo la ducha.

Sus quejas se esfuman en cuanto el agua caliente cae sobre su piel. Paso el jabón por sus hombros, recorriendo cada rincón de su cuerpo con la yema de los dedos. Sus suspiros son lentos y bajos, y prefiere esconder su rostro tras el cabello mojado antes que admitir que está disfrutando esto tanto como yo.

—Roy, ¿qué estás haciendo? —Gin susurra con voz suave, apoyando su mano en mi pecho.

—Te estoy enjabonando, señorita Fox. —Mi dedo se desliza por su areola oscura, sintiendo el pezón endurecido.

—No, Jonathan... —Sus ojos negros se abren, clavándose en mi rostro, perdida—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué viniste a bañarte conmigo? Ya jugamos en la oficina.

Mi mano se desliza con delicadeza hasta su otro pecho, dedicándole la misma atención que al primero, masajeándolo con lentitud. Su cuerpo responde al instante, sus labios se entreabren y un leve gemido escapa de ellos.

Ahí está mi respuesta: en la forma en que su piel se estremece bajo mi contacto, en la manera en que se entrega sin darse cuenta, en el calor que irradia su cuerpo, llamándome sin palabras.

—Jonathan… —susurra, con una voz ronca que suena a súplica contenida.

Me gusta cómo suena mi nombre saliendo de sus labios. Esos ojos negros, intensos y llenos de luz, los mismos que me atraparon desde el momento en que abrí aquel correo, me miran ahora, arrastrándome directo al abismo. Jadea entre respiraciones, mientras mi mano desciende lentamente, acariciando entre sus piernas y las suaves curvas de sus muslos.

—Algunos juegos son adictivos, pequeña Náutilus. Quizás ha llegado el momento de subir de nivel.

Sus uñas se clavan en mi pecho, mientras apoya la espalda contra la pared y me permite explorar cada rincón de su cuerpo. Su respiración se agita cuando deslizo mis dedos entre su sexo, ascendiendo y descendiendo con lentitud, acariciando incluso la parte más íntima de su cuerpo.

—Dios… Me estás volviendo una enferma… —susurra entre suspiros, y yo no aparto la mirada de su rostro ni por un instante, admirando cada gesto, cada expresión que me regala.

Uso mi pierna para separar las suyas y encajo mi brazo entre sus muslos, dejando que mi piel roce su sexo hinchado.

Una explosión. Un fuego cálido, vibrante, que suplica ser liberada, esa es mi Ginger.

Alzo mi otra mano, llevándola detrás de su cabeza y atrayéndola hacia mí. Sus ojos, bien abiertos, se quedan fijos en mi rostro, siguiendo cada movimiento mientras me acerco más. Mi mirada recorre su boca descarada, la misma que tuvo la osadía de rozar la mía y logró que disfrutara de cómo se amoldó a mis labios.

Una mujer peculiar, que me atrae como un imán. Su entrega libre, el ronroneo suave que escapa de su garganta como si fuera una gata domesticada, me hace respirar con fuerza, preso de esta atracción desmedida por su boca.

Nunca me gustaron los besos. De hecho, los evitaba. Era lo único que no permitía. Algo en mi interior se resistía a la idea de besar hasta ella. Gin no es como las demás. Ella es mi demonio personal, una llave maestra que abre partes cerradas de mi mente que creí inaccesibles.

Dejo caer el jabón al suelo y rodeo su espalda con mis brazos, atrayéndola hacia mí, entregándome al placer que me invade con el calor de su cuerpo. Solo necesito unos minutos para enjuagarla, antes de sacarla de la ducha y secarla con cuidado y luego volver a tenerla pegada a mí.

Su sexo me recibe cálido y empapado, con la misma hambre que me mostró en el despacho, soportando cada embestida dura que lanzo en su interior. Sus muslos firmes, anclados a mi cintura, se tensan mientras camino con ella por la habitación, y solo se relajan cuando la dejo caer sobre la cama.

Es hermosa. Pura lujuria desde la punta de sus dedos, del color del chocolate, hasta el último de sus rizos negros.

Aparto la mirada de su cuerpo solo por un instante, escaneando la cómoda repleta de productos de belleza. Un pequeño frasco de aceite llama mi atención. Estiro el brazo, lo tomo entre mis dedos y lo observo.

—Es aceite de coco natural, lo uso para el cabello —dice Ginger, apoyando los codos sobre la cama para impulsarse un poco y mirarme—. ¿El siguiente paso del juego es hidratarme el pelo?

—Tu imaginación puede hacerlo mejor.

Destapo la botella con lentitud, dejando que el líquido caiga sobre mi polla, cubriéndola con una capa aceitosa. Cada movimiento que hago, al frotarme poco a poco, capta la atención de sus ojos curiosos, que tardan apenas un segundo en entender lo que se avecina.

—No creo que vayas a hacer eso... Jona… tha…

Un gemido ahogado se escapa de su garganta y se pierde contra el colchón cuando la volteo de golpe.

Gin alza el rostro, intentando ver por encima del hombro, a tiempo de ver el aceite resbalando por su culo. Llevo mi otra mano allí, frotándolo lentamente, masajeando su piel redonda y suave. El aceite corre por su piel, dejándola dividida entre la curiosidad y el miedo. Presto atención a su reacción con cada centímetro que mi dedo se desliza más cerca del pequeño y estrecho agujero.

Gin gira su rostro, presionando su frente contra el colchón, agarrando fuertemente la sábana con sus uñas. Mi dedo lo recorre, deslizándose lentamente en un vaivén, como una simple especulación. Mis ojos se quedan fijos en la marca pálida que resalta en su nalga izquierda, tan perfecta como una firma, sentenciándola únicamente como mía. Dejo caer la botella de aceite sobre el colchón, estirando mi brazo y dejándolo deslizar por su espalda, mientras sigo jugando con mi dedo con la entrada de su culo, haciéndole saber que mi polla quedará jodidamente enterrada allí.

Escucho sus lentos suspiros desvaneciéndose en medio de su respiración apagada, sus piernas relajándose mientras mi peso se asienta sobre el colchón. Mis rodillas están fijadas a la cama, una a cada lado, sujetándola debajo de mí. Mi mano va hacia su cabello, frotando desde las raíces hasta la nuca. Me gusta ver cómo se

estremece su piel cuando toco su cabello y ella ronronea como una felina, tan perdida en medio del placer.

Lo empujo a un lado, dejando al descubierto la parte posterior de su cuello. Con la otra mano, abro sus nalgas, apenas rozando la punta de mi polla contra el pequeño capullo arrugado que se contrae, expectante, ante la invasión que se aproxima. Aparto su cabello para mantener la piel expuesta y darme libre acceso. Me acomodo en la entrada y empujo lentamente hacia su interior.

El deslizamiento por la oleosidad hace pasar la cabeza, que ella atrapa, encerrándola en su interior. Puedo sentir cómo las paredes interiores se retraen mientras me dan la bienvenida. Levanto la cara, siguiendo la reacción de su cuerpo. Ginger está jadeando, bloqueando su cuerpo por completo.

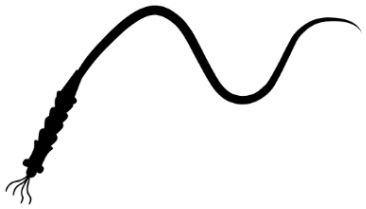
Bajo lentamente, escuchando el gemido que escapa de su boca cuando la invado unos centímetros más. Apoyo el peso de mi cuerpo con mis brazos, bajando mi cabeza para que mis labios puedan besar su cuello. Mordisqueo su oreja, arrancando nuevos gemidos de su garganta, hasta que vuelve a liberar su cuerpo. No suele ser así, nunca he estado con nadie así. Intento controlar cada músculo de mi cuerpo para no lastimarla. Siempre elegí mujeres que sabían, que ya practicaban, pero con Ginger me perdí, me volví débil, y las personas débiles están a merced de los errores.

—¡Joder! —Aprieto la mandíbula, rechinando los dientes, sintiendo cómo mi verga es devorada por las paredes calientes que me aprietan como un puño cerrado.

—Mucho... ¡Oh, Dios! —Ginger levanta la cabeza, girando el rostro para mirarme.

Sus ojos oscuros contradicen sus palabras entre sollozos; están dilatados y llenos de vida. Muevo mis caderas, haciéndola sentirme más, viéndola abrir la boca con deseo y dolor. Capturo sus labios con los míos, deslizando uno de mis brazos por debajo de su cuerpo. Mi mano se envuelve en su garganta, manteniéndola ahí, disponible para saciar el hambre que tengo por sus besos. Siento

todo su dolor, la pasión al liberarse con cada embestida de mi polla dentro de su cuerpo, follándola lento y marcándola como mía.



Gin tarda veinte minutos en el baño, después de finalmente lograr arrastrarse fuera de la cama con las piernas temblorosas.

Ya me he cambiado y estoy de pie en medio de la habitación, mirando hacia la puerta del baño, y en cuanto se abre, me recibe su mirada oscura, confundida al notar que aún no me he ido.

Observo su piel fresca, con ese aroma dulce que desprende su cabello húmedo. Su cuerpo está envuelto en la toalla, cubriendo sus pechos redondos, que sé bien que están llenos de mordidas hechas por mi boca. Su cintura generosa y ese trasero estrecho se mueven con lentitud, cambiando el peso de una pierna a otra para no demostrar cuánto le duele por la manera brusca en que la tomé. En su mano sostiene mi blazer, apretándolo contra el pecho.

—Pensé que ya te habías ido. —Extiende el blazer hacia mí, bajando la mirada al suelo—. Gracias.

Tomo la prenda de su mano y la dejo a los pies de la cama. Ella mueve sus pies por el suelo, frotando uno contra el otro. El sonido de unos golpes suaves en la puerta la pone nerviosa, mirándome con susto. Cuando abro la puerta del cuarto, permito que la empleada entre con una bandeja de comida que pedí para Ginger.

—Gracias, Lira. ¿Podrías dejarla sobre la cómoda?

—Claro, señor —responde la empleada con suavidad, mientras camina en silencio, lanzando una mirada a una Ginger inquieta, que se muerde el labio inferior.

Apenas la empleada se retira, Gin ya está respirando con rapidez, asustada, sujetando con fuerza la toalla contra su cuerpo

mientras mira fijamente la puerta.

—¿Por qué hiciste eso? —Su pequeño cuerpo se mueve inquieto, los pies arrastrándose por el suelo—. Dios, ella me vio en toalla… y tú aquí dentro del cuarto. ¡Mira la cama... Esto fue….!

—Una decisión mía —respondo con calma, dejando que mi mirada caiga sobre sus tobillos, satisfecho con la pequeña marca que todavía lleva del cordón de los tenis—. ¿Te preocupa que hayamos tomado una ducha juntos y que alguien lo haya visto? Ahora todos sabrán que compartimos algo más que agua bajo el chorro.

—No podías hacer eso, Jonathan…

Claro que podía. Tomaría cualquier decisión que la hiciera sentir más cómoda, incluso si ella lo contradice. Ese es mi poder sobre el juego, mi poder sobre la pequeña señorita Fox.

—Ya está hecho. Ahora come algo. Me dijiste que no habías almorzado…

—No tengo hambre. No puedes tomar decisiones por mí. No puedes simplemente… —Se pasa los dedos por el rostro, furiosa, lanzándome una mirada cargada de rabia.

—Bebe el jugo, o come algo. Te estoy dando una elección, no una opción para negarte. —Giro el rostro hacia ella, alzando los dedos para terminar de abotonarme la camisa.

Gin se mueve despacio, refunfuñando. Agarra el vaso de jugo y da un trago largo. Camino hacia la cama, sin quitarle los ojos de encima. Cuando termina, deja el vaso sobre la bandeja con fuerza, como una niña malcriada.

—Ven. —Levanto la manta sobre la cama, sosteniéndola para ella. Su cabeza gira en mi dirección, alternando la mirada entre la cama y mi rostro.

—Creo que me gustaría ponerme algo de ropa primero… si no es mucho pedir. —Su tono sarcástico se ve interrumpido por un

bostezo que la obliga a sonreír al final—. Dios… ¿Qué tenía esa pastilla?

Mis dedos ya están en su hombro cuando intenta moverse hacia el armario. La guío hacia la cama, dejando que mi mano suelte la toalla de su cuerpo, la cual se desliza hasta el suelo.

—Joder, Jonathan. —Ginger me da una palmada en el hombro cuando la levanto de nuevo, como si mis brazos ya se hubieran acostumbrado a tener su cuerpo cerca del mío—. ¿De verdad no puedes dejar de intentar controlarme?

—Descansa. —La acomodo en la cama, apoyando su cabeza en la almohada mientras retiro mis brazos de su cuerpo.

Sus ojos adormilados siguen cada uno de mis movimientos, mientras estiro la manta desde los pies de la cama y la cubro. Me detengo un segundo para admirar sus pechos al descubierto. Las marcas de mis dientes en su carne redonda solo compiten con los chupetones que llevan tatuados en su cuello.

—Me está mirando, señor Roy. —Sonrío mientras la cubro, asegurándome de que quede abrigada. Gin se gira de lado en la cama, y su sonrisa se va desvaneciendo poco a poco—. ¿Por qué estás aquí, Jonathan?

No tengo una respuesta para esa pregunta. Todavía estoy intentando entenderlo.

—Duerme, señorita Fox —respondo en voz baja, volviendo a mirarla. Gin lleva su mano debajo del rostro, acurrucándose entre las sábanas.

—Creo que nunca hicieron esto por mí... —Camino despacio, deteniéndome cerca de la cama, llevando la mano al bolsillo del pantalón, para mantener los dedos lejos de ella.

—¿Qué es lo que nunca han hecho, Gin? —Su rostro somnoliento deja escapar otro bostezo, arrugando la punta de la nariz.

—Cuidarme... —Gin parpadea, con sus largas pestañas negras bajando lentamente mientras cierra los ojos—. Mi cuerpo está tan suave... —Su pequeña sonrisa viene acompañada de un suspiro tranquilo—. Me escondí durante tanto tiempo, igual que hizo Baby, y me siento una mala persona por haberla juzgado.

Sus ojos negros se abren, quedando vagos mientras se clavan en los míos.

—Pasé tanto tiempo intentando ser la mujer correcta, la esposa perfecta, pero la verdad es que nunca seré esa persona. Ese es mi secreto, y solo lo confirmé cuando descubrí el de Baby.

—Todos tenemos secretos, pequeña Náutilus. Todos ocultamos algo. —Ella se acomoda, sube la manta y cierra los ojos mientras su respiración se vuelve lenta y profunda.

—Menos mal que Jon no está aquí... —Su voz se va apagando con cada exhalación—. Está lejos de todo.

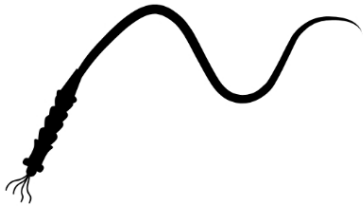
—¿Que Jon esté lejos es algo bueno? —Gin asiente con la cabeza, abriendo los ojos con pereza para luego cerrarlos de nuevo —. Está seguro... —Suelta el aire con calma, dejándome claro que ya está cayendo en sueño profundo.

Apago la luz del cuarto, tomo mi blazer de encima de la cómoda y me dirijo hacia la puerta. Mis dedos se aferran al picaporte, la abro lentamente, pero me detengo al escuchar un susurro que proviene desde la cama.

—¿Cuál es tu secreto, Roy? — Miro en su dirección, contemplando su rostro dormido.

—Tú, señorita Fox —respondo en voz baja, sabiendo que la mente de Gin ya está demasiado lejos en este momento. Salgo de la habitación y cierro la puerta con llave tras de mí, quedándome de pie frente al pasillo vacío.

Ella es mi secreto, mi demonio, y, de alguna forma, está poniendo mi mundo controlado patas arriba.



—Antes de venir a la oficina, fui a ver a Lorane. —Desvío la mirada de la silla vacía, saliendo de mis pensamientos y centrando de nuevo mi atención en Baby—. Me dijo que quieres internarla.

—Ya se lo había advertido, Baby. Lorane está al borde del colapso, por eso tomé esta decisión de una vez por todas. —Exhalo con pesadez, sintiéndome saturado al saber que también tengo que lidiar con otra locura de Lorane. Baby guarda silencio, simplemente asintiendo con la cabeza.

—Nunca quise que llegara a este punto, intenté explicarle de todas las maneras posibles, pero Lorane solo empeora con el tiempo. —Lorane está descontrolada. Su falta de límites la llevó a atacar a Ginger, con intención de hacerle daño, y eso me altera.

—Mi decisión está tomada, Baby, lo apruebes o no. No puedo ayudar a alguien que no quiere ser ayudado. Lorane cavó su propia tumba.

Giro mi silla, fijando la vista en el cuadro de la pared, dejándole claro a Baby que nuestra conversación ha terminado. Necesito silencio para intentar recuperar el control que dejé dentro de aquella habitación.

"¿Cuál es tu secreto, Roy?"

El sonido bajo de su voz adormilada retumba en mi mente. ¿Cómo reaccionará Ginger si llega a descubrir que mis secretos son tan oscuros como los de Baby?

CAPÍTULO 21



EL REFLEJO DE DOS ESPEJOS

GINGER FOX

Estiró el brazo, limpiando con la mano el vapor que empaña el espejo del baño. No tengo idea de cómo logré dormir más de doce horas, pasando toda la tarde y la noche completamente inconsciente en mi habitación, como si mi cerebro se hubiera apagado. Recuerdo vagamente el momento en que Jonathan se fue. Creo que, en algún punto, cuando el cuarto ya estaba en completa oscuridad, él volvió. La silueta cerca de la cama respiraba con calma, mis ojos pesados se abrieron lentamente, pero el sueño era tan profundo que pronto volví a dormirme. Aún no sé si estaba despierta o si fue solo un sueño, ese intruso dentro del cuarto.

Si no fuera por el ruido del cortacésped junto a la ventana, a las siete de la mañana, manejado por Robert, probablemente seguiría dormida. No estoy segura si ese estado de coma inducido fue provocado por el golpe de sexo agresivo, por la pastilla (que sospecho no era un simple relajante muscular) o por mi estado emocional completamente inestable. En el peor de los casos, fue una mezcla de todo lo anterior, haciendo que mi caída en los brazos de Morfeo se alargara aún más.

Llevo los dedos a mi garganta y noto los hematomas morados visibles en mi piel. Mis pechos duelen con el más leve roce o al contacto con la toalla, los pezones sensibles palpitan. Las marcas de mordidas muestran claramente la gran arcada dental que se hundió

en mi piel, no al punto de causar heridas graves, pero sí lo bastante fuertes como para permanecer visibles en mis senos durante un buen tiempo.

Recojo mi cabello con los dedos mientras giro el cuerpo con lentitud, inclinando el cuello para mirar el costado de mi torso. No recuerdo cómo aparecieron tantas marcas, parece que me hubieran dado una paliza.

Sí, soy consciente que Jonathan llevó las cosas a otro nivel sobre esa cama, pero estaba tan nublada y perdida en el éxtasis que me envolvía, que en ningún momento sentí dolor por su agresividad.

Sigo intrigada por todos esos dolores que ahora se manifiestan con fuerza en mi cuerpo, así que deslizo el dedo hacia mi trasero y siento la parte interna adolorida, casi como si estuviera en carne viva. Una punzada incómoda me hace fruncir el ceño al rozar con el dedo el pequeño orificio, castigado por las embestidas de una polla impaciente.

Incluso eso también lo había soltado. El tabú del sexo anal, que Tom siempre pintaba como algo sucio y prohibido, se esfumó por completo de mi mente. En su lugar, solo quedaba la respiración caliente de Roy en mi nuca, que lograba erizar cada centímetro de mi piel.

Sus besos, antes bruscos, se volvieron largos, profundos, casi robándome el aliento. Me había castigado, lo entiendo ahora, al ver la marca del cinturón en mi piel, junto con otras señales de palmadas alrededor.

Todo comenzó despacio, como un viaje en montaña rusa, ese cosquilleo en el estómago que aparece antes de la caída. Y así fue, hasta que mi cuerpo se relajó y se acostumbró a su miembro dentro de mi culo, penetrando con lentitud, ensanchando el orificio que lo recibía.

Fue como tener un cuchillo dentro de mí, grueso, con una cabeza ancha, cortando despacio, llevándome entre el dolor y la excitación. El pico del dolor se fue mezclando, convirtiéndose en

placer. Y quería más. Más de su polla, de su sudor pegado a mi espalda, de sus besos salvajes, más de todo lo que él tenía para darme.

Fue tan mágico que aún no logro comprender cómo Roy pudo pasar de ser cariñoso y atento a brutal y salvaje en cuestión de segundos, y aun así, yo deseaba más. Jonathan me había castigado por haberlo hecho vulnerable, tan vulnerable como yo lo estaba. Esa sensación de placer compartido, esa intimidad que solo sienten los amantes que se conocen a fondo, algo que no experimenté ni en diez años de relación con Tom, fue lo que desató su furia. Y aun así, me perdía en ella. Me rendía a su salvajismo, lo provocaba a perder el control conmigo, lo deseaba con lujuria y gemía con cada apretón, jalón, bofetada y mordida que me daba.

Los golpes fuertes, el crujido de la cama todavía puedo sentir el escozor entre mis nalgas solo al recordar cómo salió de dentro de mí, cómo me giró sobre la cama para atraerme a sus brazos.

Mis dedos aferrados a su nuca, mis piernas que ya conocían el camino a su cintura, y el puro deleite de sentir su mano abierta en mis glúteos, separándolos, solo para volver a penetrarme por detrás.

Recuerdo cuando veía aquellos vídeos porno de madrugada o leía relatos eróticos de camino a casa desde la universidad, y me preguntaba cómo esas mujeres podían sentirse cómodas siendo solo un agujero, recibiendo embestidas aun sabiendo que la mayoría fingía frente a las cámaras. Pero la realidad es distinta. La forma en que Roy me follaba yo le entregaba todo mi cuerpo. No tenía control sobre sus embestidas ni el ritmo que imponía. Estaba completamente a merced del placer y el dolor. Y me gustaba.

Fue en ese momento que perdí la noción de todo a nuestro alrededor. Las mordidas eran bienvenidas, sus dientes clavándose en mi piel eran alentados por mis uñas, que arañaban su espalda con fuerza. Los impulsos de su cadera solo alimentaban una hambre feroz y un placer absoluto.

"Jonathan es el dueño del juego, y va a jugar contigo. Va a usar todos los sentidos y emociones que habitan en tu cuerpo… en tu contra."

"…Cada pecado que hay dentro de ti saldrá a flote en su peor forma."

Las palabras de Baby me golpean con fuerza, y finalmente entiendo lo que intentaba advertirme. Roy despierta en mí los deseos más lascivos y perversos.

La mirada oscura y brillante reflejada en el espejo, que parece admirar cada marca en mi cuerpo, pertenece a la mujer que siempre quise ser y no tengo la menor idea de cómo lidiar con ella.

Me froto el rostro, angustiada, respirando con dificultad. Desvío la mirada del espejo, incapaz de seguir viendo mi propio reflejo, y tomo rápidamente el albornoz que cuelga detrás de la puerta del baño, cubriendo mi cuerpo lo más rápido que puedo. Ato el cinturón con firmeza y llevo el cabello hacia adelante, como si ese gesto fuera suficiente para ocultar los chupetones que me cubren el cuello. Cuando miro mi muñeca, noto claramente el bulto causado por la presión del cinturón de cuero. Me ajusto nerviosamente las mangas del albornoz, evitando volver a mirar al espejo.

Estoy atrapada entre mis pensamientos. Y justo cuando abro la puerta del baño, estoy convencida de que no saldré de esa habitación hasta que Jon regrese. Pero mis pasos se detienen en seco al notar su presencia.

Un gesto triste asoma en su rostro cansado. Las ojeras, claras señales de una noche en vela, se marcan aún más contra su piel pálida. Lleva un delicado batín de seda roja, con plumas en el borde, ceñido al cuerpo con un lazo tan apretado como el mío.

—Pensé que te gustaría tomar un café —dice, bajando la cabeza, evitando encontrar mis ojos, mientras la cascada rubia cae sobre su rostro, concentrada en la bandeja que sostiene con las manos—. Sé que estuvo mal entrar sin llamar. Tenía miedo de que

no abrieras, así que me vi obligada a robar ese espantoso llavero de mi hermano.

Su voz es apresurada, y las palabras salen disparadas de su boca, acompañadas de una risa nerviosa, casi al borde de lo histérico. La bandeja tiembla con cada paso que doy hacia ella. Aprieta los dedos contra los bordes, respirando con angustia. Ya estoy frente a ella, acortando la poca distancia entre nosotras, levantando la mano hacia la bandeja.

—Gin, yo… —Levanta la vista hacia mí, con el rostro enrojecido y los ojos llenos de lágrimas, reprimiendo el llanto al apretar los labios.

—Lo siento mucho, Baby. Siento la forma en que actué y las cosas que dije. —Tomo la bandeja de sus manos, notando la taza de café, acompañada de dos tostadas y una delicada flor en la esquina —. No tenía ese derecho. No me correspondía cuestionar tus decisiones sobre lo que fue o es mejor para Jon. —Dejo la bandeja al pie de la cama y vuelvo a mirarla, fijando mis ojos en los suyos. Tomo sus manos entre las mías, acariciándolas con suavidad—. Jamás sentí, ni sentiré asco de ti. Tampoco estuve enfadada. Lo siento de verdad, Baby.

Su cuerpo ya se ha fundido con el mío, y su llanto llena la habitación. La abrazo con fuerza, dejándole claro lo mucho que valoro su amistad, lo importante que es para mí ese lazo que construimos en estas semanas. No quiero que desaparezca de mi vida.

—Perdóname… Perdóname, Gin. Debí habértelo contado, debí habértelo dicho antes de Sodoma —susurra Baby, aferrándose con más fuerza a mí, escondiendo el rostro en mi hombro, sollozando sin poder contener el llanto.

—Está bien… —murmuro.

La dejo llorar, porque necesita sacar todo lo que lleva dentro, todo lo que la está hiriendo. Baby necesita ese llanto tanto o incluso más de lo que yo lo necesité ayer, en la oficina de Jonathan. La llevo

con suavidad hacia la cama, haciéndola sentarse. Luego me acerco al pie de la cama, tomo la bandeja y la llevo a la cómoda. Miro por un momento la superficie vacía. Supongo que Roy se llevó la otra bandeja cuando salió del cuarto, después de obligarme a beber ese jugo.

Vuelvo a la cama, sentándome al otro lado, sintiendo el dolor que emana de su llanto. Ya no es la rubia explosiva que solía mostrar al mundo. La mujer acurrucada a mi lado, llorando mientras me recuesto junto a ella, es solo eso: una mujer frágil, completamente perdida y herida. Extiendo los brazos y los paso por su cintura. Me inclino hacia ella, acercando mi rostro hasta apoyar mi frente contra la suya, dejándole saber que estoy aquí, que tiene su espacio y su tiempo para liberar su alma a través de esas lágrimas. No importa cuánto tarde. Yo seguiré aquí.

—Tenías razón sobre Jon —susurra con voz baja, después de un largo rato llorando, cuando por fin se ha calmado.

Deslizo una de mis manos debajo de la cabeza y la observo, con su rostro triste, los ojos rojos e hinchados.

—No, Baby. No la tenía. Tú tuviste tus razones para alejarte de él, hiciste lo que creíste que era mejor para su bienestar —digo mientras mi otra mano, aún en su cintura, se estira para apartar un mechón rubio de su rostro, dejándolo libre—. Hiciste lo que haría cualquier madre: pusiste el futuro de tu hijo por encima del tuyo.

—Fue el miedo. No fui madre. No fui padre. Silencié esa voz dentro de mí que gritaba por quedarme con él, tenías razón cuando lo dijiste. Abandoné a la única persona que me necesitaba —dice, cerrando los ojos y moviendo lentamente la cabeza de un lado a otro —.

Fallé con Jon. Pensé que estaría más seguro lejos de mí, lejos de lo que soy. Y aun así la maldad lo alcanzó.

—No es tu culpa —respondo, tomando sus dedos entre los míos, apretándolos con suavidad—. Lo que sea que esté pasando con Jon, no es culpa tuya.

—Sí lo es, Gin. La maldad siempre ha estado ligada a esta familia. Y no protegí a mi hijo de ella, del mismo modo en que nadie nos protegió a nosotros.

Baby está hablando de su madre. Lo sé, lo siento. Ahora entiendo por qué nunca se refiere a ella como "mamá". Baby no tuvo una figura materna. Tía Charlotte, aunque se muestra molesta con Baby, no puede ocultar la ternura que le tiene cuando la mira, y refleja su cariño por Jonathan en cada sonrisa cuando lo ve. Pero aun así, ella no es su madre. La maldad a la que Baby se refiere es la traición de su madre, la que desencadenó toda la desgracia de los hermanos. Por eso ella se llama a sí misma "tóxica" y pensó que no tenía estructura ni estabilidad para ser madre de Jon en ese momento.

—Baby, no tienes la culpa. Ni de Jon, ni de tu pasado —digo mientras acerco nuestras manos a mi pecho, sin apartar mis ojos de los suyos—. La maldad está en todas partes. No se puede controlar, solo evitar.

—¿Cómo llegaste aquí, Gin? —pregunta, usando su otra mano para secarse el rostro, respirando con calma—. ¿Cómo terminaste en medio de esta familia enferma?

Me río, negando con la cabeza, sacándole una pequeña sonrisa.

—No están enfermos, Baby —digo, rozando la punta de mi nariz con el lateral de su dedo, sonriendo con suavidad—. No eres una aberración. Eres tú. Eres Baby.

Estiro las piernas que tenía encogidas, desperezándome sobre la cama, mientras ella se acomoda boca arriba.

—Tuve un novio una vez, justo cuando Baby nació —comenta, tapándose la boca para bostezar y girando el rostro hacia mí. Sus ojos, brillantes, están fijos en el techo, observando el candelabro.

—¿Y cómo fue?

—Era guapísimo. Nos conocimos en Ibiza, recuerdo ese día como si fuera hoy —dice, girando la cabeza hacia mí, algo

avergonzada—. Estuvimos juntos dos meses. Yo sabía que, en algún momento, tendría que contarle la verdad. Tarde o temprano querría verme desnuda.

Ambas soltamos una carcajada cuando ella mueve las cejas de forma graciosa.

—Troy me enviaba flores, joyas, mensajes…

—Bueno, solo con eso ya suena perfecto. Tom solo me mandaba los códigos de los recibos cuando se le olvidaba pagar las cuentas —digo riendo, mientras ella pone los ojos en blanco y deja escapar esa risa suya que tanto adoro.

—Tom es un imbécil de mierda —dice, golpeando mi mano suavemente y entrelazando de nuevo sus dedos con los míos.

—Eso lo tengo claro. Ahora quiero saber más sobre Troy —le insisto.

Ella suspira hondo y vuelve a mirar hacia el techo.

—Bueno… Troy ya estaba bastante entusiasmado, y me sorprendió antes de que yo pudiera, literalmente, sorprenderlo a él contándole la verdad sobre el juguete sorpresa que tenía entre las piernas.

Se ríe, pero no hay ni rastro de alegría en su voz. Y ya puedo imaginar cómo terminará esa historia.

—¿Intentó hacerte daño? —pregunto, incorporándome en la cama y mirando el rostro de Baby. Ya había leído en los periódicos algunas noticias sobre mujeres transgénero que fueron brutalmente golpeadas o incluso asesinadas al ser descubiertas por sus parejas.

—No, al contrario. Hizo todo lo que una mujer sueña: desde las rosas rojas hasta una cena a la luz de las velas. Me llevó a bailar y, cuando llegamos a su apartamento… —Baby cierra los ojos otra vez, ocultando la tristeza—. Dios, estaba lleno de rosas rojas por todos lados. Cuando lo vi arrodillarse frente a mí, entré en estado de shock y empecé a llorar sin parar, de forma incontrolable.

Troy se había enamorado de esa rubia explosiva, tan hermosa y exótica. Y Baby se sintió perdida, culpable por no haberle dicho la verdad antes, por haber dejado que todo llegara hasta ese punto. Las mentiras nunca traen nada bueno. En algún momento la verdad siempre sale a la luz, y todo lo que se construye sobre arena, el mar se lo lleva.

—Cuando por fin dejé de llorar, entendí que eso nunca iba a ser para mí. Las rosas, el romanticismo, el amor… Ese cuento de hadas no era mío —susurra, abriendo los ojos, perdidos, enfocándose en mi rostro—. Fue incluso caballeroso al pedirme que me marchara de su apartamento, sin mirarme a la cara después de que le conté la verdad.

—¿Nunca más volviste a intentarlo?

—No había un lugar para mí, Gin. No encajaba como una persona heterosexual, ni como homosexual. Una persona trans es juzgada y condenada por todos los que creen que una persona transexual es lo mismo que una travesti.

No sé qué decir. La verdad es que nunca comprendí del todo la diferencia entre ambos términos.

—Confieso que nunca vi las etiquetas. Hombres, mujeres, gays, lesbianas, travestis, trans… Siempre los vi como seres humanos, sin importar sus elecciones —le digo, sonriendo con ternura, intentando demostrarle que la amo en todas sus formas. Aunque nunca haya entendido claramente la diferencia entre una persona trans y una travesti.

—Y eso es lo que te hace especial para mí, Gin. Porque tú me viste, simplemente me viste.

Baby se acomoda en la cama y tira suavemente de mi mano para que me recueste a su lado otra vez.

—Déjame explicarte: Una mujer transexual nació con cuerpo de hombre, pero no se identifica como tal. Nos transformamos con la transición de género, usamos ropa femenina, tomamos hormonas, y algunas decidimos, eventualmente, operarnos para cambiar de

sexo. Las travestis, aunque también desean parecerse al sexo opuesto, usan ropa femenina y hormonas, pero conservan sus genitales masculinos —dice, mientras mis ojos se mueven entre nosotras y se detienen por un segundo en su entrepierna, antes de volver a mirarla—.Las travestis son hombres que saben que lo son, pero se presentan socialmente como mujeres.

—¿Nunca pensaste en operarte?

—Sí, en algunos momentos lo pensé, pero no lo deseaba. No sentía que necesitara una cirugía para definir mi género. Lo que necesitaba era valor. Valor para aceptarme, para saber quién soy, aunque nunca fuera aceptada por los demás. Hasta que un día encontré mi lugar.

—¿Y fue entonces cuando Sodoma llegó a tu vida?

Baby asiente con la cabeza. Con esa mirada serena, me muestra una nueva parte de sí misma. Sin mentiras, sin miedos ni barreras. Solo un ser humano, tan frágil como yo.

—Cuando le pedí a Jonathan que me permitiera entrar, se quedó en silencio durante tres días. No me dio ninguna señal de que me lo permitiría —suspira, poniendo los ojos en blanco—. Hasta que un día, cuando ya estaba a punto de rendirme, me entregó la invitación. Creo que nunca me había sentido tan bien en un lugar como allí...

Lleva una mano a mi cabello, acariciándolo con una sonrisa. Puedo sentir ese dulce aroma a fresas que parece pertenecerle solo a ella.

—¿Te sentiste bien? —pregunto, girando el rostro para besar su mano cuando se acerca a mis labios.

—Me sentí viva. Ya no tenía que esconderme, no había disfraz ni miedo a que un hombre me viera…

—¿Tu primera vez fue en Sodoma? —pregunto, con cara de completa incredulidad, mordiéndome el labio mientras la miro con evidente interés.

—Tu curiosidad es demasiado grande para alguien tan pequeña, Gin.

—Lo sé… —respondo, tapándome el rostro para contener la risa, dando golpecitos con los pies en la cama al darme cuenta de que Baby tuvo su primera vez con un hombre dentro de Sodoma—. ¡Dios mío! ¿Cómo fue?

Baby ríe, volviendo a recostarse boca arriba, entrelazando los dedos sobre su vientre.

—Fue diferente —dice, girando el rostro hacia mí, encogiéndose de hombros y susurrando con sarcasmo.

Abro la boca, indignada al darme cuenta de que está usando *mis propias palabras* en mi contra, las mismas que usé para hablar de Jonathan con ella.

—¡¿No puedo creer que vas a usar mis palabras contra mí, Baby?! —grito, tomando la almohada que está cerca de mis piernas y dándole un golpe con ella.

—Bien merecido lo tienes. ¡Debí dejarte morir de la curiosidad! Pasé la noche en vela, angustiada, mientras la señorita dormía como una piedra después de cogerse a mi hermano durante horas —responde Baby, agarrando la misma almohada con la que le pegué y devolviéndome el golpe.

La atrapo entre mis brazos, tirando de ella hasta abrazarla.

—¡Tu cuarto apesta a sexo y tu cama a semen de macho, pervertida!

—¿Crees que se vino en esta almohada donde estás acostada? ¿O fue en esta otra? —pregunto mientras levanto una de las almohadas y la huelo descaradamente para provocarla.

Ella me mira fingiendo asco, aunque no puede contener la sonrisa.

—Fue en esta, lo juro, todavía huele a él.

Hundo la nariz con más fuerza, solo para aspirar ese leve aroma de Jonathan. No es semen lo que huele la almohada, sino su

sudor varonil mezclado con su perfume amaderado. Si pudiera verme a mí misma en esta escena, sabría exactamente cómo se ve un adicto frente a una línea de cocaína. Estoy completamente enviciada con Jonathan.

—¡Puaj! Te voy a internar en la primera clínica de rehabilitación que encuentre, ¡asquerosa! —dice Baby entre risas, volviendo a mirar al techo.

—Vamos, dale, no te hagas la misteriosa. Cuenta cómo fue —le insisto, con los ojos bien abiertos, aún con la almohada pegada a mi cara y abrazándola con fuerza. Tal vez sí necesite rehabilitación después de Roy…

—La reunión iba a ser en Moscú. No quería esperar hasta el verano para que vinieran a la isla, así que tomé un avión y me fui a Rusia.

—¿Te fuiste hasta Rusia solo para coger? Y luego yo soy la asquerosa —dice Baby, girando su rostro hacia mí con una mirada llena de reproche.

—No soy yo la que está abrazada a una almohada con semen, Gin —responde con descaro.

La risa se me escapa sin poder evitarlo, y entierro el rostro en la funda de la almohada, tratando de ahogar las carcajadas.

—Tal vez deberías llevar el semen de Roy a un laboratorio y desarrollar un elixir que calme las histerias de mujeres sexualmente frustradas. Freud estaría orgulloso de ti.

—¡Oh, por Dios! Cállate, Ginger. Ni siquiera Freud aprobaría esa locura. Y además, tú te acabarías el maldito elixir sola, con lo enganchada que estás a él.

Baby se ríe aún más, estirándose en la cama como una gata satisfecha.

—Probablemente, lo haría —dice, girándose con rapidez para quedar de lado, sonriéndome mientras acaricia mi rostro con ternura —. Vamos, sigue. Prometo que no te interrumpo más.

Suspira, dejando que sus largas pestañas parpadeen suavemente mientras me mira con calma.

—Ralf Sanger —dice despacio, clavando su mirada en la mía, ahora con una seriedad total.

Ya había escuchado ese nombre antes, solo que no recordaba de dónde. Y entonces, como una explosión de pólvora, la imagen del hombre serio, todo impecable y engominado, que aparece en la televisión y cuyas fotos están por todos los Estados Unidos, brilla en mi mente.

—¿El exvicepresidente de los Estados Unidos? —pregunto, con los ojos a punto de salirse de mi cara.

Baby asiente con la cabeza, regalándome una sonrisa.

—¡Noooo! ¡Joder! ¿¡Pero no es republicano!? ¡Todo correcto, conservador, hablando de moral y buenas costumbres todo el tiempo!

—Ese mismo. ¿Recuerdas lo que te dije?

"*Todos escondemos a nuestros demonios, Gin. Ralf no es la excepción.*"

Baby respira hondo, aumentando el suspenso, mientras mi curiosidad amenaza con explotar. ¡Dios! Ese hombre dice tanta mierda en la televisión que me da sarpullido solo de saber que hay gente que aún piensa tan retrógradamente como él.

—Aquella noche el club funcionaba en un hotel abandonado. Al principio me sentía perdida, mirando todo como una niña en una tienda de dulces, sin saber qué probar primero. Había una rusa, en medio del vestíbulo del hotel, haciendo un doble anal.

La gran "O" que se forma en mi boca es imposible de contener mientras mis ojos se agrandan por completo, clavados en Baby.

—Guauuuu…

—Sí, mucho —asiente ella—. Me quedé ahí, sin moverme. Estaba siendo literalmente aplastada por dos hombres, y sus gritos

no eran precisamente de dolor.

Baby frunce los labios, moviendo la cabeza, mientras las dos nos reímos de la pobre… o quizás afortunada rusa. Aún no sé cómo clasificarla.

—En fin, no me moví. Quería ver hasta el final, saber hasta dónde aguantaría. Un camarero se acercó con un vaso de vodka, diciendo que era una cortesía de uno de los dueños de la fiesta. Yo era tan ingenua que ni me di cuenta de que en las fiestas de Sodoma no hay dueños, sino consejeros.

Abro los ojos como platos, abrazando con fuerza la almohada, con los oídos bien atentos. No quiero perderme ni un detalle de su relato. Mi imaginación ya está completamente entregada, como si estuviera leyendo uno de esos cuentos eróticos prohibidos.

—Ralf es uno de los consejeros de Sodoma en América del Norte, y como estaba en Rusia, fue a la reunión del club en Moscú para acompañar a Czar, el consejero de allá —dice, pestañeando con una chispa en los ojos al mencionar al hombre—. Lo vas a conocer, estará en la próxima reunión aquí en la isla.

—¿Quién? —susurro, medio perdida, mirándola sin saber si realmente quiero estar presente en esa reunión.

—Czar. Pero ya hablaremos del ruso malhumorado —dice, y yo asiento, más animada de lo que quiero admitir—. Me quedé con la bebida que me trajo el camarero. Pero lo que no sabía es que, al aceptar el vodka, también estaba aceptando la invitación del hombre misterioso que me la mandó. Y ahí seguía yo, bien tranquila, sin saberlo, mirando toda la escena de la rusa escandalosa.

Baby empieza a contar con detalle cómo la mujer estaba encajada entre los dos hombres, ambos con sus pollas hundidas bien profundas en su culo, penetrándola al mismo tiempo, siguiendo un ritmo sincronizado. Sudados, con las respiraciones entrecortadas y todo eso, en el centro de un vestíbulo apenas iluminado.

—Debía estar en mi segundo vaso cuando sentí un leve roce sobre mi hombro, que me erizó la piel por completo —dice Baby,

dejando que la punta de sus dedos se deslice por mi brazo. Y, como si fuera magia, los vellos se me erizan al instante—. Su respiración fuerte acariciaba mi nuca… tan profunda, tan baja, que bien podría haberme hecho arrodillar ahí mismo, en medio del vestíbulo.

No pestañeo. Creo que incluso contengo la respiración, esperando el desenlace de esta historia. Me siento como una niña curiosa que no puede dormir hasta saber cómo termina el cuento que su madre le lee todas las noches. Solo que esta vez, no son fábulas lo que me mantiene despierta. Es la primera vez de Baby.

—Depositó un beso cálido, casi recatado, en mi cuello y su mano, la que estaba sobre mi brazo, descendió lentamente hasta mi cintura.

La mano de Baby se extiende sobre mi cadera, dándome un leve apretón. Debería decirle que estoy adolorida, pero me quedo callada. Porque, de alguna manera, siento lo que ella sintió aquella noche.

—Estaba tan absorta observando aquella escena de sexo brutal frente a mí, que mi cuerpo se desconectó. Se quedó inmóvil, entregado, completamente a merced de los dedos firmes que me exploraban sin permiso.

Automáticamente, mi mente regresa a lo que viví con Roy en esa sala de observación. La imagen de Bob follando con Lorane estaba tan clavada en mi cabeza, que mi mente simplemente se apagó y solo quedó mi cuerpo, reaccionando a cada toque de Jonathan.

—Apenas me di cuenta de que tenía los pechos al descubierto cuando sentí el aire helado del aire acondicionado, rozar mi piel ardiente. Me estaba torturando con círculos suaves alrededor de mi pezón. El hijo de puta sabía lo que hacía, y lo hacía bien. Mi polla, escondida entre mis piernas, empezaba a endurecerse, haciéndome sentir el doble de dolor por tenerla atrapada —sus uñas rasguñan mi abdomen, deteniéndose cerca del vientre y deslizándose lentamente hacia abajo.

Es como si estuviera allí. La voz suave de Baby describe cada sensación con tanto detalle que mi cuerpo responde, como si yo misma estuviera viviendo esa noche helada en Moscú.

—Me asustó cuando su mano se deslizó bajo mi vestido —siento la seda del batín apartarse, hasta que su mano se posa en mi muslo desnudo—. No había forma de escapar. Su otro brazo me tenía atrapada por la cintura. Así que lo dejé explorar, aunque sentía miedo de cómo iba a reaccionar.

Su respiración se vuelve doblemente pesada cuando toca justo en el centro de mi entrepierna, y luego se desliza hacia atrás. Su mano se mueve y se detiene en la parte baja de mi trasero, acariciando en círculos.

—No dijo nada, ni siquiera preguntó si yo quería. Simplemente, levantó el vestido, que estaba pegado a mi piel, y ya estaba bajando mi ropa interior por la pierna. Todo mi cuerpo dolía, casi gritando para que me follara ahí mismo.

Mi rostro se hunde en la almohada en el mismo instante en que su dedo roza la parte delantera de mi vagina. Baby lo desliza lentamente, torturándome con caricias suaves, mientras muerdo la almohada, impregnándome aún más del aroma de Roy.

—Mis piernas fueron separadas con la ayuda de las suyas, empujándolas hacia un lado, y su mano grande apartó mis nalgas. Mi polla, que ya estaba dura, simplemente saltó hacia adelante.

Gimo, ardiendo por dentro, mientras ella dibuja círculos en mi clítoris.

—No se alejó, al contrario. Me sujetó con más fuerza por la cintura, mientras su mano acariciaba mi pene lentamente, y su boca se perdía en mi cuello. Mis ojos seguían fijos en la rusa, siendo follada, con su cuerpo sudado y brillante. Esa imagen me obligaba a gemir en voz baja, mientras sus manos me llevaban al límite con un toque endemoniadamente experto.

—Baby... —mi voz apenas sale, como un suspiro quebrado, sofocado por la almohada. Mi cuerpo reacciona de inmediato a los

círculos que ella traza sobre mí. Suelto la almohada, alzo el rostro y llevo mi mano a su brazo.

—Él era bueno, tan ágil como perverso…

—Ohhh, Baby… por favor... —aprieto su mano con más fuerza, sabiendo que estoy al borde. Mis ojos cerrados, mis labios entre los dientes… Me pierdo entre la escena que ella describe y la sensación que ahora mismo me desborda.

—El roce de su polla contra mi culo fue firme, dejándome claro que deseaba estar tan profundo en mí como esos hombres lo estaban en la rusa. Mi cuerpo tembló cuando me corrí en su mano, que me masturbaba jodidamente bien.

Muerdo mi labio con fuerza para contener el gemido que quiere escaparse, mientras pequeñas olas de placer recorren todo mi cuerpo.

—Fue exactamente allí, atada a una columna de mármol, gritando entre el dolor y el placer de tenerlo enterrado muy dentro de mí, que volví a correrme, siendo llenada por su semen caliente que corría por mis piernas, cuando su cuerpo temblaba, pegando su pelvis a mi culo hasta que pude sentir sus bolas hinchadas rozar mi piel.

Mi boca se abre cuando el orgasmo me golpea, dejando los dedos del Baby pegajosos. Mi corazón late fuerte, casi saltando fuera de mi pecho, relajando mi agarre en su brazo. Cuando abro los ojos poco a poco, me atrapan los ojos brillantes, como una tarde soleada con un cielo lluvioso, mirándome.

—Sabía que me quedaría allí para siempre, que mi mundo para siempre sería Sodoma —susurra Baby, retirando sus dedos de mi coño y colocándolos a un lado de mi muslo—. Eso era lo que yo era, que el sexo era mi esencia, no era solo follar. Eso fue todo. No era tener que esconderse ni tener miedo de ser juzgado. Cuando estoy en Sodoma, sé que solo durante esas horas adentro, Baby puede ser amado.

Mis pensamientos regresan lentamente, intento normalizar mi respiración, viendo la pequeña tristeza reflejada en su mirada.

—Nunca seré amada. No tendré ese sexo vainilla y mucho menos sabré lo que es ser amada con cariño.

Retiro la almohada que hay entre nosotras, levantando la mano hacia su rostro. En medio de sus ojos azul grisáceo, alcanzo a ver a la Ginger ingenua que habita en su interior. Baby no lo dice, pero dentro de ella desea esa vida tranquila y simple de una relación verdadera, al lado de alguien. Sentarse en un sofá al final del día, abrazada, viendo la televisión, compartir sus miedos, sus sueños y sus logros con su pareja.

La rubia que tengo frente a mí es el reflejo de la mujer libre que yo deseo ser. Y la Ginger soñadora dentro de mí es el espejo de Baby. Somos el reflejo de dos espejos: cada una anhelando vivir la vida de la otra.

Yo quiero que ella sepa que merece todo el amor que el mundo puede ofrecerle. Y es ese deseo el que me lleva a acercarme lentamente, dejando que mis labios rocen los suyos, besándola con el más puro amor.

CAPÍTULO 22



DOLOR Y PLACER

GINGER FOX

Sus manos van a mi cintura, desatando el lazo de mi bata, deslizándola por mis brazos hasta que cae por mi espalda, y ella la retira por completo. Mi boca abandona su pecho, dejando un rastro cálido en cada beso que depositó sobre su piel. Su mentón tiembla bajo mi mordida, y ese estremecimiento me incita a capturar su labio inferior, succionándolo con la misma lentitud ardiente con la que antes recorrí sus senos.

—Ginnn... —Me separo de ella, volviendo a quedar sobre mis rodillas, dejando apenas un corto espacio entre nuestros cuerpos.

Los ojos dilatados de Baby están cargados de emoción, se pierde en mis caricias, y yo me hundo en el placer de dárselas. Retiro con cuidado los restos de la bata que aún cubren su cintura, y mis ojos bajan hasta su miembro erecto entre las piernas. Es rosado y largo, un poco menos grueso que el de Jonathan, y palpita cuando mi dedo roza la punta.

La contempló tendida en la cama, con la respiración agitada, con un atisbo de temor en su mirada cuando por fin me detengo en ella. Su cabello rubio como el oro brilla sobre la almohada blanca. Baby es hermosa. Amo cada parte de ella, cada centímetro que tengo frente a mí. ¿Cómo pudo alguna vez sentirse obligada a ocultarse? ¿A reprimir a la mujer que es? A mis ojos, solo existe una

mujer y es la más hermosa que he visto, una que merece ser amada de todas las formas posibles.

—Dios… eres tan hermosa... —Mi mano acaricia su pecho, rodeándolo suavemente, sintiendo cada emoción que compartimos.

Sus ojos azules están cristalinos, dejando escapar una lágrima que corre por su rostro.

—Gin, yo no soy... —Mi mano se aparta de su pecho y asciende hasta su rostro. Recorro su mejilla con suavidad, atrapando una lágrima con el pulgar antes de que caiga.

Le sonrío con ternura, negando con la cabeza. Mi cuerpo se desliza sobre el suyo, hasta que mi rostro queda a centímetros del de ella, perdiéndome por completo en su mirada solitaria. Mis dedos se mueven entre nosotras, deslizándose hasta su miembro, guiándolo hacia la entrada de mi sexo, colocándolo justo entre mis labios hinchados.

Mis manos se apoyan a los lados de su cara, rodeándola con delicadeza, mientras observo cada expresión que cruza su rostro, al tiempo que bajo lentamente mi cadera, recibiéndola dentro de mí.

—Eres perfecta... —susurro contra sus labios, antes de capturar su boca con la mía.

Mi cuerpo la acoge por completo, adaptándose a su forma, hasta que nuestros cuerpos se funden por entero, unidos no solo por el deseo, sino por algo más profundo. Siento el dulzor de su beso, que se convierte en regalo, y Baby se entrega, dejándose llevar mientras muevo mi cuerpo sobre el suyo, sin apuros, como si el tiempo no existiera.

Sus uñas se clavan en mi espalda, arañándome con una caricia que quema y marca. Empujo más fuerte, moviendo mis caderas en círculos, lo que la obliga a soltar un gemido suave, separando nuestros labios con la respiración entrecortada. Su cuello, expuesto y libre, me invita a recorrerlo con besos, dejando que mi lengua acaricie su piel hasta rozar la punta de su oreja, mientras retomo el vaivén lento y profundo.

Sé que muchas partes de mi cuerpo aún duelen por lo que pasó con Jonathan, pero no puedo pensar en eso. Estoy en la orilla de un abismo, y Baby está cayendo conmigo.

Me acuerdo de lo que le confesé aquella noche junto a la piscina cuando le hablé de cómo me sentí en Sodoma. Me llamaba tonta por haber pensado que estar con esos hombres desconocidos me había hecho sentir completa. Pero ahora lo entiendo. No era el sexo lo que me llenaba. Eran Jonathan y Baby. Ellos son quienes me completan.

Empujo mi cuerpo hacia atrás, llevando mis brazos a los costados de su cuerpo, usando sus piernas como apoyo, y comienzo a subir y bajar lentamente, intercalando con suaves movimientos circulares de cadera que la obligan a morderse los labios para contener los gemidos.

Dejo que una de mis manos se deslice hasta posar mis dedos sobre mi clítoris adolorido, haciendo pequeños círculos, acelerando el ritmo al compás de mis embestidas, que golpean su piel una y otra vez, dejándola presa de mí.

Estoy cautiva de su rostro perfecto, libre de cualquier vergüenza, contorsionándose de bajo mí en pura euforia y placer. Esa imagen hace que mi placer se eleve aún más.

El calor que recorre mi cuerpo me obliga a echar la cabeza hacia atrás, follándola con más fuerza, masturbándome con desesperación, hasta alcanzar el orgasmo que tanto deseo.

Y cuando lo logro, la arrastro conmigo, apretándola dentro de mi sexo, exprimiendo su polla, que libera chorros calientes de semen. Perfecta. Baby es simplemente perfecta.

Ambas recuperamos el aliento lentamente. Mi cuerpo yace rendido a su lado, completamente relajado. Siento el toque suave de sus dedos en mi rostro mientras acaricio su brazo con el dorso de mi mano, enredando un mechón de su cabello rubio entre mis dedos, y le sonrío con pereza, viéndola tan feliz.

Lo que acabo de compartir con Baby es solo una de las muchas formas en las que deseo que sea amada, para que nunca olvide lo perfecta que es.

—La vainilla es buena... —susurra con una sonrisa suave, dejando que sus ojos azul grisáceo sigan conectados a los míos.

—Sí, la vainilla es buena. Y deseo toda la vainilla del mundo para ti, Baby.

Su rostro se acerca, quedando a la altura del mío, compartiendo la misma almohada. Siento la punta de su nariz rozar la mía con ternura. Sus dedos se enredan entre mi cabello.

—Quédate con nosotros, Gin. —Su voz es baja, como si estuviera pronunciando una oración.

—Baby, yo...

—Quédate aquí, en la isla. Quédate conmigo. —Su mano acaricia mi rostro, acercándolo aún más al suyo.

—Quédate con Jonathan, con Jon... Quédate con nosotros, Gin... —respira despacio, rozando su rostro con el mío, susurrando —: Nadie te juzgará. Nunca dejaríamos que nadie te hiciera daño o te ofreciera menos de lo que mereces.

—Baby, no puedo. —aparto mi rostro del suyo, sintiéndome confundida por su petición—. Este no es mi mundo.

No me lo esperaba. Toda la emoción que acabo de sentir, todo lo que está pasando, es demasiado al mismo tiempo. Ese sentimiento inesperado por Jonathan que crece dentro de mí, el amor que siento por Jon, el cariño inmenso que tengo por Baby, la traición de Tom. Vine aquí con una vida estable, aunque estuviera huyendo de ella. Tenía todo controlado, pero ahora todo está de cabeza. Lo que alguna vez fue un sueño me envuelve como realidad, y mis verdades más seguras se han desvanecido, convertidas en anhelos que ya no me pertenecen.

—Mi vida no está aquí. Aún no sé, para ser sincera, cómo será o qué rumbo tomará, pero te puedo asegurar que siempre

estaremos juntas, siempre unidas por lo que sentimos aquí dentro... —Mi mano se posa sobre su pecho, sobre su corazón, rezando porque entienda lo que ni yo misma tengo claro—. Siempre te voy a amar, Baby.

Su sonrisa es leve, pero aun así me regala una mirada llena de comprensión, acariciando mi cabello.

—Nunca vas a salir de mi corazón, mi chica buena. —Sujeta mis dedos, los que reposan sobre su pecho, y los lleva a sus labios, depositando un beso suave antes de sonreírme con ternura.

Su mirada se detiene sobre la marca en mis muñecas, observándolas ahora con más atención. Baby recorre con la mirada el resto de mi cuerpo rápidamente, deteniéndose en cada marca de mordida en mis pechos y en mi cuello.

—¿Cuándo te hizo eso? —Me encojo un poco, sin entender por qué está tan alterada, mirándome con angustia.

—Solo nos dejamos llevar, está todo bien. —Me levanto, salgo de la cama y recojo mi bata del suelo, volviéndola a cubrir a mi cuerpo.

—¿Bien? Tienes moretones en las nalgas, tu cuerpo está lleno de marcas por todas partes, Gin. ¿Y me dices que estás bien? —miro por encima del hombro y la veo vistiéndose de nuevo, sus ojos fijos en mí con una mezcla de enfado y miedo.

Ajustó el lazo con rapidez, dejándolo bien firme, y acomodo mi cabello, que está desordenado y pegado a la espalda por debajo de la tela, llevándolo hacia adelante para cubrirme el cuello.

—¿Él te forzó?

—¡No! Oh, por Dios, ¡claro que no! —Me giro hacia ella, respirando con nerviosismo, mientras intento que la manga me cubra las muñecas—. Baby, estoy bien, ¿sí? Solo nos dejamos llevar. Yo me dejé llevar. En realidad, creo que fue culpa mía.

Desvío la mirada, evitándola, y me acerco a la cómoda para ver qué hay en la bandeja. El café ya está frío, pero aun así tomo

una tostada para mí, levantando la otra en dirección a ella.

—No, gracias. —Se levanta de la cama, se acerca a mí y sujeta mi rostro entre sus manos—. Gin, mírame. ¿Por qué crees que fue tu culpa?

Muerdo la tostada, intentando zafarme de sus manos mientras camino hacia la puerta del balcón y corro las cortinas y los vidrios. La brisa que entra alivia un poco el calor de mi cuerpo.

—Yo lo provoqué. —Balanceo la tostada entre los dedos, girándome lentamente hacia ella—. Era como si mi cuerpo quisiera más. Con cada mordida deseaba otra, más fuerte, más profunda. —Levanto la mirada hacia ella, sintiéndome enferma—. Quería que me lastimara, Baby. Deseaba el dolor, solo para que el placer se intensificara.

Miro la tostada en mi mano. Estoy enferma. Esa es la única explicación para lo que hice, para cómo actué, de una forma tan libertina, tan ajena a mis principios. Cada mordida, cada tirón de cabello, cada bofetada. Todo fue consensuado. Solo quería más, más dolor y placer. Más de Jonathan.

—Fue mi culpa, Baby. —Caigo sentada sobre el colchón, sintiendo dolor en el alma—. Quería que él perdiera el control. Quería que Jonathan sintiera todo lo que yo estaba sintiendo.

—Mierda, mierda, Gin... Debí habértelo advertido —maldice Baby en voz baja, sentándose a mi lado y soltando el aire con fuerza, como si le costara respirar.

—¿Advertirme qué? —muerdo la tostada solo para aferrarme a algo, cualquier cosa que me haga sentir normal, mientras miro perdida el pan duro en mi mano.

—Para que no provocaras a Jonathan. —Baby deja salir las palabras con un peso denso, negando con la cabeza, como si lamentara no haber hablado antes—. ¿Sabes qué fue lo que inclinó la balanza para que Jonathan alcanzara el consejo de Sodoma?

—¿No fue por su padre? —giro el rostro hacia ella, sintiéndome agotada en todos los sentidos: emocional, física y

mentalmente.

—No, no fue solo por eso. Jonathan necesitaba algo más para llegar al consejo. Tenía que ser Maestro en alguna práctica, algo que pensaban que le tomaría años lograr. —Baby me mira y luego lleva la vista a mi cuello, apartando con suavidad mi cabello hacia atrás—. A los veinticuatro años, Jonathan ya era un Maestro perfeccionista. Sabía todas las maniobras, los puntos exactos para hacer que una sumisa se rindiera a sus pies como un gatito dócil. Por eso se mueve con tanta soltura en el juego de Sodoma. Jonathan utiliza tus debilidades en tu contra para calmar tus deseos. Pero él solo tiene una debilidad, una sola. —Levanta el dedo frente a mi rostro, apuntando a mi cuello—. Solo una cosa lo hace perder el control. Y como todo Maestro, es disciplinado, está entrenado para liberarse a través de lo que le arrebata el dominio.

—¿Maestro? ¿Maestro en qué? —recojo mi cabello, cubriendo mi cuello, sintiéndome aún más confundida.

—¡Jonathan es sadomasoquista, Gin!

CAPÍTULO 23



LA LLAVE MAESTRA

GINGER FOX

—¿Sado qué? —Mis ojos se abren como platos mientras toso, nerviosa.

Tengo suerte de ya no tener el trozo de tostada en la boca. Si no lo hubiera tragado, probablemente estaría atragantándome ahora mismo.

—Sadomasoquista. El punto débil de mi hermano es el dolor, infligirlo en otra persona.

Mi cerebro intenta procesar esa palabra tan larga y poco usada en mi vocabulario, buscando desesperadamente cualquier recuerdo o dato que tenga sobre ella. Cuando alguien dice sadomasoquismo, mi mente saca todas esas referencias irrelevantes que lleva almacenadas desde hace años. Látigo, cuerdas, cachetadas, Christian Grey, otra cachetada, Christian Grey otra vez. Bueno, puede que los pensamientos estén viniendo demasiado rápido y se estén mezclando todos. Estoy más confundida de lo que ya estaba.

Cuando pienso en "sádico", lo primero que aparece automáticamente en mi cabeza es esa escena clásica de Marlon Brando follándose a una mujer en el suelo de la cocina, usando mantequilla para facilitar la penetración. Esos dos minutos frente a la cámara siguen siendo la escena más chocante que he visto. Ver *El*

último tango en París a escondidas, de madrugada, con catorce años, probablemente sea de esas cosas que te marcan para siempre.

Y ahora tengo frente a mí los ojos preocupados de Baby, serios, ese azul grisáceo gritándome: *cometiste un error monumental*.

—Esas marcas no fueron hechas al azar. Roy mapeó tu cuerpo. Las olas de placer que sentías con cada nueva dosis de dolor lo guiaban para saber hasta dónde podía llevarte, Gin. —Su mano gesticula, señalando mi cuerpo—. Por cómo están tus costillas, tu espalda, todo, eso debió de ser un auténtico festín para él. —Baby muerde la comisura de sus labios, bajando la mirada, evitando la mía.

—No entiendo. ¿Qué quieres decir con festín? —Ella encoge los brazos, entrelazando los dedos entre sus piernas, moviendo los pies lentamente contra el suelo.

—Tendrías que haber sido una sumisa, mínimo en etapa avanzada de masoquismo, para quedar en el estado en que él te dejó.

Yo no soy masoquista. Lo más cercano a autoflagelación que he hecho es golpearme el dedo chiquito del pie con la esquina de la cama, y ni siquiera era a propósito… mucho menos sentía placer con eso.

—No soy eso, Baby —le respondo en voz alta, pero siento que no se lo estoy diciendo a ella, sino a mí misma.

—Eso debió dejarlo confundido, intrigado. —Deja de mover los pies y vuelve a mirarme—. Tú hiciste que perdiera el control, y Jonathan necesita el autocontrol para no perderse. Lo deja fuera de órbita, le dispara el trastorno. Por eso le fue tan bien convirtiéndose en un Maestro. El TOC de Jonathan no fue un obstáculo, fue una maldita ventaja.

—Baby, solo fue emoción del momento. No soy masoquista.

—¿Y cómo podrías saberlo? Nunca lo habías experimentado, hasta que Jonathan te empujó al límite. Una vez me contaste que le pediste a ese idiota que te pegara.

Me levanto, negando con la cabeza, y dejo el resto de la tostada en el plato que está en la bandeja sobre la cómoda.

—Eso fue diferente, estaba excitada. Fue una palmada en el trasero, una tontería. Nunca le pedí a Tom que me golpeara.

—Pero no lo hizo. Al contrario, ese imbécil reprimió tu deseo. Quién sabe cuánto tiempo llevas con eso dormido ahí dentro, esperando solo un detonante para salir a la superficie.

—Baby, una vez más, ¡no soy masoquista! No siento placer al ser humillada ni golpeada, ¿ok? Fue solo un momento. —Recojo mi cabello, lo enrollo en un moño y lo aseguro con él mismo.

—Tu cuerpo me dice otra cosa. —No miro a Baby. Camino directo al armario, buscando ropa limpia.

—¿Te acuerdas del ruso? —Suelto lo primero que se me ocurre, intentando cambiar de tema. El dolor de cabeza empieza a asomarse, haciéndome sentir incómoda—. Creo que se llamaba Casar…

Baby se ríe, aún intrigada, negando con la cabeza.

—Czar Gregovivk —suspira Baby, y me doy por satisfecha al ver que accede a cambiar de tema—. Estará aquí para la ceremonia de iniciación de los nuevos miembros. Jonathan y él son los únicos Maestros en sadomasoquismo dentro de Sodoma. Los demás son dominantes, tienen la onda *daddy kink*, y son más estrictos respecto a sus sumisas. También hay una dominatrix y un practicante de *bondage*. Ellos completan el círculo BDSM de Sodoma.

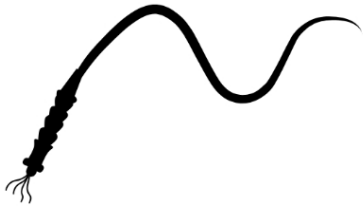
—¡Dios mío! Son tantas palabras que no entiendo ni la mitad de lo que significan. —saco unas bragas y un sujetador del cajón, elijo un pantalón de mezclilla y una camisa de manga larga, para cubrirme los brazos—. Espera un segundo, voy a darme una ducha rápida.

Dejo la puerta del baño abierta y, antes de siquiera encender la ducha, Baby ya está dentro arreglándose el cabello frente al espejo.

—No te preocupes, los vas a conocer a dos de ellos en unos días. —Giro el rostro hacia ella, mientras enjabono mi cuerpo, encogiendo los brazos.

Me quedo en el baño, perdida en mis pensamientos, observando cómo la rubia se retira, cerrando la puerta tras de sí.

—¡Maldita seas, Ginger! —Meto la cabeza bajo el agua, intentando silenciar todo a mi alrededor. El dolor no hace más que crecer, y mi cabeza late como si estuviera a punto de explotar.



—¿Estás bien? —Giro el rostro hacia Baby mientras bajo las escaleras, sosteniendo la bandeja que ella me había traído.

—Solo me duele la cabeza. Creo que es una reacción al medicamento que tomé anoche. Me dejó dormida como una piedra y me dejó un sabor horrible en la boca esta mañana cuando desperté.

—¿Qué medicamento tomaste, Gin? —La empleada, que pasa en silencio, me lanza una mirada rápida antes de apartar la vista. Siento que la cara me arde de la vergüenza, como si sus ojos me juzgaran por haber visto al señor Roy en mi cuarto anoche. ¡Dios! ¿¡Qué pensaría si hubiera visto a Baby hace un rato en la cama conmigo!?

—No sé cómo se llama, fue el señor Roy quien me lo dio. Dijo que era un analgésico muscular o algo así. Por lo mucho que dormí, seguro era un sedante. —Baby se detiene al final de la escalera, tomándome del brazo.

—Jonathan nunca te daría un calmante. —Sus dedos se levantan hacia mi rostro, examinando mis ojos—. No me había dado

cuenta, pero ahora veo lo dilatadas que están tus pupilas, Gin.

—Es de tanto dormir... —Baby niega con la cabeza, con el rostro enrojecido.

—No, no es por un medicamento. Tienes cara de haber consumido algún tipo de droga. —No puedo evitar soltar una risa por lo que dice.

La única sustancia fuerte que he probado en mi vida es la maldita polla de Jonathan, aunque dudo que eso califique como una droga ilegal.

—Oh, para, Baby. Solo dormí mucho, nada más. —La mansión está en completo silencio. Aparte de Lira, no he visto a nadie más.

Cuando dejo la bandeja en el fregadero, noto que hasta la cocina está vacía, organizada y perfectamente ordenada. Lavo rápido el plato y la taza, dejándolos en el escurridor. Tal vez pueda ir a la farmacia a comprar algo para el dolor de cabeza, antes de que Jon regrese. Todavía tengo que preocuparme por Lorane. No la he visto desde el desayuno infernal de ayer.

—¿Cómo está Lorane? ¿Está más tranquila? —Me giro hacía Baby, que sigue con los ojos fijos en los míos.

—Está en su habitación, encerrada, después de la conversación que tuvo con Roy —dice Baby, mirando a ambos lados para asegurarse de que estamos solas—. Gin, ¿qué más pasó ayer además del sexo largo y duro con Roy?

Parpadeo, llevándome la mano a la sien, sintiendo otra vez ese sabor metálico en la boca.

—Bueno, estuvo el desayuno, la abuela de Jon, nuestra conversación en tu cuarto. Luego la oficina de Jonathan —Baby me lanza una sonrisa pequeña, negando con la cabeza mientras suelta una risa baja—. Después mi habitación, muchas cosas dentro de la habitación. Me di un baño y me acosté, y entonces un sueño profundo me atrapó, como si alguien me hubiera desconectado de la corriente.

No recuerdo nada que no se considerara normal. Sacando el sexo violento con Roy, no hice nada que me hiciera sentir así.

—Anoche, no sé si estaba dormida o despierta. ¿Pero por casualidad entraste a mi habitación? —Ella niega con la cabeza, lo que me deja aún más confundida.

—Qué raro, entonces debió ser un sueño. O quizás era el señor Roy.

—No. —Baby me corta de inmediato, su respuesta es firme—. Jonathan tuvo que salir para resolver algunos asuntos en la isla.

—Entonces no sé qué fue. Pero podría jurar que había alguien en el cuarto.

Mis palabras se apagan mientras me froto el rostro. Tal vez solo fue un sueño, pero se sintió tan real como si estuviera envuelta en una neblina. Mi mente me lanza un recordatorio de algo importante que también ocurrió ayer.

—La cama de Jon. —susurro, más para mí que para ella, dejando caer mis brazos a los costados.

—¿Qué tiene? —El corazón me late con fuerza, desbocado, mientras clavo la mirada en Baby.

—Ayer por la mañana tenía algo importante que contarte, pero como todo pasó como una avalancha, me olvidé de lo que realmente era relevante. —sujeto los brazos de Baby, respirando con agitación—. La cama de Jon. Alguien eyaculó encima de su cama.

El rostro de Baby se congela. Está completamente inmóvil, como una estatua. No estoy loca. Lo vi. Mis dedos sueltan sus brazos al instante y corro desesperada hacia las escaleras. Entro en la habitación rápidamente, desbloqueando la puerta del cuarto de Jon. No entiendo, alguien cambió la ropa de cama. Pero esa tarea es mía. Yo soy quien recoge la ropa sucia para dársela a Lira y quien organiza todo aquí. Pero claramente este no es el mismo juego de sábanas.

—¿Por qué corriste, Gin? —Baby llega con el rostro enrojecido, empapada en sudor, intentando recuperar el aliento.

—Alguien la cambió. La sábana sucia que estaba aquí desapareció, Baby. La quitaron. Yo la vi, no estoy loca. Sé lo que vi encima de esta cama ayer en la mañana. —Baby se dirige hacia la puerta del cuarto y verifica si está cerrada con llave.

—Voy a buscar a Lira, para saber si fue ella quien cambió la sábana…

—¿Quién más, además de Jonathan, podría tener una copia de esta llave? —Ella se queda en silencio, pensativa.

—Sería muy difícil que alguien tomara todas las llaves para hacer copias sin que nadie lo notara. —Baby observa la cama, cierra el puño, y puedo ver cómo la ira la consume.

—Tal vez no fue necesario hacer copias. Solo basta con una.

Esta mansión es demasiado antigua, las llaves se tendrían que mandar a hacer fuera de la isla, lo cual tomaría tiempo. Así que no necesitas copias si tienes una, una única llave.

—¿Cómo que una sola llave? No creo que lo hayas soñado, y mucho menos que estés loca por lo que viste encima de la cama. Ese imbécil de Bob bien podría haber hecho copias de tu cuarto y del de Jon, pero no podría abrir las puertas con solo una.

—Sí, Baby, sí podría.

Miro la puerta del cuarto de Jon y veo que la llave aún está puesta en la cerradura. Una copia quedaría trabada si otra llave está puesta del otro lado. Para entrar, necesitaría la llave exacta. Una llave que abra todas las puertas.

—La llave maestra. Alguien está usando la llave maestra para abrir las puertas.

—Esa llave se perdió hace mucho tiempo. Tía Charlotte la extravió y nunca más apareció.

—La encontraron.

Mi cuerpo se apoya contra la pared mientras mi corazón late con fuerza descontrolada. No estaba dormida ni loca. Alguien entró en mi cuarto anoche mientras yo estaba completamente aturdida.

Baby estaba en su habitación, preocupada, y Jonathan había salido de la casa. Tía

Charlotte, aunque le gusta escuchar los ruidos de la mansión, probablemente había bebido lo suficiente para quedar inconsciente, especialmente después del desagradable desayuno. Jon no estaba, así que yo era la única persona vulnerable en ese momento. Giro el rostro hacia la puerta de mi cuarto. Mi llave no está en la cerradura, fue retirada. Por eso Baby logró abrir usando las copias de Jonathan.

Me separo de la pared, camino hacia mi puerta, el pequeño pedazo de metal está en el suelo, cerca de la pared. No se cayó, fue lanzada. Un escalofrío recorre mi espalda, erizándome la piel. Siento el sudor en mis palmas mientras aprieto la llave entre mis dedos. El miedo me carcome. Saber que estuve indefensa me desarma por completo.

Algo más ocurrió en esa habitación que me derribó, no fue la medicina ni Jonathan.

¿Qué te estás perdiendo, Gin? Mi cerebro palpita entre el dolor de cabeza y la pregunta que me martilla. ¡¿Qué me estoy perdiendo?!

CAPÍTULO 24



OJOS QUE CONDENAN

GINGER FOX

—¡Lo siento, ¿de acuerdo?! ¡Maldita sea! ¿Qué más quieres que te diga, Gin?

Cierro los ojos y suelto el aire lentamente. Mis pies cuelgan del borde del muelle, balanceándose, apenas tocando la arena con la punta de los dedos, mientras escucho la voz alterada de Tom. Abro los ojos y contemplo el mar. Debería haber dejado que la llamada se fuera al buzón de voz, pero estaba tan distraída saliendo de la farmacia, tomando la pastilla para el dolor de cabeza, que en cuanto el móvil sonó, respondí de forma automática.

La voz agitada del hombre, gritando al otro lado de la línea, definitivamente no estaba en mis planes.

—¡Tenemos que arreglar esto! ¡Dios! ¿Tanto te cuesta dejar de ser tan inmadura? Podemos superar esto juntos, amor. Solo necesitamos darnos otra oportunidad.

Trato de recordar cuándo fue la última vez que Tom me llamó "amor", y por más que me esfuerzo, no logro traer a mi mente ni una sola ocasión reciente.

Es extraño saber que lo correcto en este momento sería llorar, sentir que el corazón se me rompe... pero no siento nada de eso. No hay tristeza. Es como si mi mente se negara a deprimirse o incluso a enojarse con Tom. Nuestra ruptura fue como una prenda usada

durante años. Por más que le tuviera cariño y apego, por más recuerdos que llevara encima, ya estaba desgastada.

Nuestro amor era como esa camiseta vieja que, aunque rota y con huecos, una sigue poniéndose por costumbre. Pero en el momento en que se convierte en un trapo, ya no duele tanto dejarla. Sí, duele aceptarlo, pero un amor de diez años terminó comparado con una prenda vieja.

—Gin, por favor...

—¿Hace cuánto tiempo me estás engañando, Tom?

El sonido de su respiración contenida al otro lado me deja claro que está buscando una respuesta… Una que, sin duda, no será la verdad.

—Amor, ella no significa nada para mí. Fue un error, una estupidez. —Sí, está mintiendo—. Lo vamos a arreglar en cuanto vuelvas a nuestro apartamento. Te lo juro, me voy a redimir de todo.

—¡Mi apartamento, Tom! —corto su frase de inmediato. Llevo los dedos a mi rostro y me lo froto con cansancio. —Ese apartamento es mío, lo pago yo. No va a haber un regreso, Tom. Lo único que vas a hacer es recoger tus cosas y punto final.

—¿Y nuestro matrimonio? ¡Por Dios! ¿Cómo vas a decirle a todos que cancelaste la boda? ¿Cómo vas a contarle a tu madre la locura que estás haciendo? ¡Yo ni siquiera he hablado con la mía! Gin, ¡ella es cardíaca! Si le dices eso, ¡puede que se muera!

Pongo los ojos en blanco de forma tan automática como respirar. Esa vieja va a enterrar a toda la familia antes de morirse, ¡por favor!

—Habla con ella, Tom. Te doy una semana para que le digas la verdad: que no habrá boda.

—¿Una semana? ¡Estoy en medio de la mejor oportunidad de mi carrera! Estoy a punto de ser contratado oficialmente como periodista. ¿Y además de tu falta de comprensión, me das solo una semana para hablar con mi madre?

—¡Dios mío! ¡De verdad que eres un imbécil! —le respondo furiosa—. ¿Encima tienes la cara dura de decirme que no te entiendo? Pues escucha bien, Tom: entiendo muchas cosas, y una de ellas es que perdí diez años de mi vida con un idiota. Habla con tu madre y saca tus porquerías de mi apartamento, o te juro que prendo fuego a toda tu ropa.

Cuelgo el móvil con rabia, poniendo fin a esa hipocresía. ¿Con qué derecho se atreve a decir que no lo comprendo, si lo único que hice durante años fue tratar de entenderlo y estar siempre a su lado?

—¡Maldito! —murmuro con los dientes apretados, cerrando con fuerza el móvil en la palma de la mano.

Una notificación suena al instante: un mensaje de Tom.

"Espera a que hable con mi madre, después les decimos a tus padres. Solo necesito tiempo."

—¡Cobarde! —Guardo el móvil sin molestarme en responderle siquiera.

Pero por dentro me siento una completa cobarde, por usar la cobardía de Tom como un escudo para evitar llamar a mi madre y ponerle fin también a sus locuras. Ni siquiera tengo idea de cómo será mi vida cuando regrese. El tiempo está pasando, y en pocas semanas tendré que dejar la isla y enfrentar la realidad en Columbia.

Mi mirada se pierde, mis pies se balancean, con los pantalones enrollados hasta las pantorrillas, sintiendo el calor de la arena. Me froto el rostro y me pongo de pie. Recojo el par de bailarinas que están a mi lado y acomodo la correa del bolso sobre el hombro. Ya no quiero pensar en lo que haré ni en cómo será todo de aquí en adelante. En este momento tengo tantas cosas en la cabeza, que prefiero reunir valor para enfrentar a mi madre cuando se cumpla el plazo que le di a Tom, y entonces cerrar este capítulo de una vez por todas.

Saco el móvil del bolso, miro la hora y veo que ya son las nueve y media de la mañana. Lira me dijo que Jon solo volvería después del almuerzo, lo cual me deja con tiempo de sobra. Incluso invité a Baby para que me acompañara a la farmacia, pero se negó, alegando que tenía que ver cómo estaba la tía Charlotte.

Como no quería quedarme en la mansión hasta que Jon regresara, y mucho menos tener que cruzarme con Bob o con esa loca de Lorane, la única opción que me quedó fue pasar el tiempo caminando por el malecón de la playa. Opté por ir a pie ya que no saldría con Jon, no tenía sentido pedir un coche. Hasta eso había dejado de hacer.

Por mi relación, dejé de tener tiempo para mí misma. No salía, estaba siempre enfocada en la universidad, en las tareas del apartamento, en el trabajo y, sobre todo, en Tom.

¿Cómo pude haberme renunciado durante tanto tiempo solo para amoldarme a otra persona?

Caminé a pasos suaves, permitiéndome el deleite de disfrutar un momento solo mío, con una única certeza en el pecho: nada nos pertenece tanto como nuestras almas libres. Sonrío, saco los auriculares de la bolsa y guardo los zapatos planos dentro de ella. Camino como una niña, descalza y doy *play* a la lista de reproducción. Mis dedos aprietan el móvil, cierro los ojos y me dejo llevar por la primera canción que empieza a sonar. *Last Kiss*, de Pearl Jam, fue la banda sonora de un baile romántico entre Tom y yo en nuestra fiesta de graduación del colegio.

Tom lucía hermoso con un traje azul, sus ojos brillaban y su sonrisa me atrapaba cuando me invitó a bailar. Apoyé la mejilla en su pecho, y en esos segundos, entre sus brazos, imaginé toda una vida a su lado: los dos viejos en una terraza, con nuestros hijos ya grandes, aun sintiendo ese mismo amor del comienzo. Tal vez, si hubiese prestado más atención a la letra de aquella melodía, habría sabido que él no sería para siempre.

Abro los ojos, deslizo los dedos por el móvil encendido. La foto de la pantalla de bloqueo muestra a una pareja sonriente que

ya no existe. Tomó otro rumbo, cometió errores, eligió caminos sin retorno.

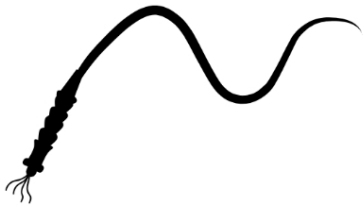
Paso el pulgar con suavidad por la pantalla, observo la imagen por última vez y limpio con cuidado la lágrima que cayó sobre ella. Es un adiós silencioso, definitivo, para esa versión de nosotros.

Inhalo profundo, como si pudiera llenar mis pulmones con todo el aire del mundo, mientras borro la foto de la galería, junto a las otras pocas que quedaban tan escasas como el afecto que alguna vez compartimos.

Amé a Tom al ritmo de esta canción, y ahora me despido de él escuchándola de nuevo.

—Respira hondo otra vez… —susurro mientras seco mis mejillas con los dedos—. Ahora descubre a dónde quieres volar, Ginger.

Bajo los lentes de sol, desde mi cabeza hasta mi rostro, acomodo la bolsa en mi hombro y cruzo la calle. No me permito llorar más. Solo respirar tantas veces como sea necesario.



—Muchas gracias. —Tomando el dinero que me entrega la señora de la heladería. Guardo las monedas rápidamente dentro de mi bolso para poder sostener el cono de helado de fresa. Le sonrío y salgo del local enseguida.

Saboreo la crema fría y dulce, paso la lengua por un costado y lamo una gota de cobertura de fresa que escurre por el cono. Miró distraída hacia la calle transitada, llena de tiendas y restaurantes junto al mar. Cruzo cuando el semáforo se pone en verde y vuelvo a caminar por el malecón. Aún tengo tiempo de sobra para vagar sin rumbo, son apenas las diez y cuarto de la mañana.

Levanto el cono, girándolo poco a poco, lamiéndolo con lentitud. Una pareja conversando distraída en el quiosco frente a mí, llama mi atención en el momento en que reconozco al señor Roy. Mis pasos se vuelven más lentos. Jonathan está de espaldas, mirando a una mujer rubia de rasgos europeos.

Es hermosa. Casi como una muñeca de porcelana. Las finas líneas bajo sus ojos son la única señal de que se trata de una mujer mayor.

Me siento extraña. No por verlo con alguien que parece ser una cita, sino por la forma en que ella le toma la mano entre las suyas. Eso me incomoda. Él no se aparta, ni parece rechazar el gesto; al contrario, mantiene su mirada fija en ese rostro claro, enmarcado por pestañas postizas.

Ella es elegante. Extremadamente elegante. Su cabello, sin un solo mechón fuera de lugar, enmarca un rostro pequeño con labios gruesos y ojos castaños expresivos.

Estoy hiperventilando. Y no solo por el calor ni por la camisa de manga larga o los jeans que llevo puestos. Este calor repentino y asfixiante nace de lo que estoy viendo, aunque sé que no tengo derecho a sentirme así.

Giro el cuerpo con desesperación para alejarme antes de que me vea, pero ni siquiera llego a dar un paso.

El cono de helado se aplasta en mi mano, estrellándose contra un pecho duro como el acero o como un tanque de guerra.

El hombre, de rostro severo y mandíbula cuadrada, me observa mientras baja la mirada hacia su camisa negra, ahora marcada con una gigantesca mancha rosa y cremosa. Las salpicaduras se extienden por su chaqueta de cuero.

Sus dedos se alzan hacia el rostro, se quita los lentes de sol de marco cuadrado y, al ver sus ojos oscurecerse y la mandíbula tensarse, comprendo que he cruzado un límite peligroso.

—¡Oh, por Dios! Lo siento mucho — susurro nerviosa, sintiéndome tan insignificante, como un mosquito frente a él.

Intento apartar lo que queda del cono sin empeorar el desastre en su camisa, pero solo logro agravar la situación cuando el resto de la bola de helado cae sobre su bota militar.

—дерьмо — gruñe en voz baja, con un tono que suena a un rugido contenido. Habla en un idioma que nunca he escuchado en mi vida, pero por su expresión cargada de enojo, estoy segura de que no ha sido un cumplido.

—Mierda... ¡Mierda! Mire, de verdad lo lamento, no fue a propósito, señor — digo entre mi desesperación por salir de aquí y mi intento de redimirme con la copia malencarada de Terminator, antes de que me suelte una grosería.

Me agacho, doblando las rodillas, tratando de empujar con la cucharita desechable el helado de su bota militar, sacudiendo también las migas del cono pegadas a mi mano.

—Mire, de verdad lo siento, no lo vi venir. Creo que ni siquiera va a manchar. Lo lava y queda como nuevo — levanto la mirada y le lanzo la sonrisa más falsa y forzada del universo al monstruo de hombre que tengo enfrente.

Me doy cuenta de lo ridículamente grande que es, en todos los sentidos, desde las piernas gruesas que valen por dos, de las mías metidas en unos jeans negros ajustados, hasta él pecho ancho, ahora embadurnado de helado. Realmente parece una versión 2.0 con motor turbo de Arnold Schwarzenegger. Me paso el dorso de la mano por el cabello para apartarlo de mi rostro y alzo el cuello para poder seguirle la altura.

Cuando por fin encuentro su cara, que está inclinada hacia mí, no veo una mueca de rabia, sino una expresión de sorpresa. Sus ojos están clavados en mí, y su boca dibuja lo que parece ser una sonrisa. Es, honestamente, la sonrisa más aterradora que he visto en mi vida.

—*заманчиво*.

—¿Qué? — parpadeo, completamente perdida, con lo que acaba de salir de su boca. —Perdón, no entendí.

—¡Gregovivk! — reconozco el tono de voz al instante, igual que todo mi cuerpo, que se tensa de inmediato. Me doy la vuelta y ahí está, el señor Roy, con el ceño fruncido, los ojos azul oscuro brillando de furia, mirándonos como si fuera a lanzar rayos por los ojos.

Mi cerebro solo grita una cosa: ¡corre!

Antes de que el señor Roy se levante de la silla, ya estoy de pie, soltando un "¡lo siento mucho!", al tipo bañado en helado mientras cruzo la calle tan rápido como puedo. Alcanzo a oír un rugido que parece salir de la boca de Jonathan cuando grita mi nombre como una orden. ¿Crees que miro hacia atrás? ¡Ni en sueños! Solo acelero el paso, huyendo como alma que lleva el diablo.

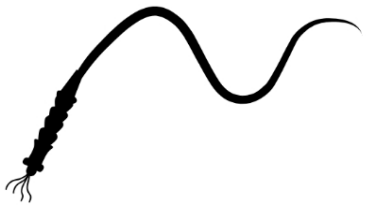
Con los dedos pegajosos por el helado, revuelvo mi bolso hasta sacar un pañuelo, y empiezo a limpiarme la mano, brincando sobre un pie mientras me pongo la bailarina, girando en la primera esquina que encuentro. ¿Por qué hui? No lo sé. Tal vez fue por esa mirada asesina de Roy, o quizás fue mi fastidio al ver a Jonathan con otra mujer. No sabría decirlo. Nunca he sido una mujer celosa, lo cual seguramente ayudó a que Tom me pusiera los cuernos sin que yo notara nada, pero la verdad es que sentí celos. Celos puros al ver a esa mujer tocándolo. Y eso me aturdió por completo.

—¡Mierda, Ginger! — apresuro el paso, sin tener ni la más mínima idea de hacia dónde estoy yendo. Solo quiero alejarme lo más posible. — ¿Desde cuándo te pones así? — me reprocho, sintiéndome una estúpida por perder el control de mis emociones cada vez que Jonathan entra en mi campo visual.

No consigo entender, y mucho menos distinguir qué está bien o qué está mal. Es una avalancha de sentimientos que me arrolla, apagando mi parte lógica y reduciendo drásticamente mi capacidad de razonar. ¡Esto no es sano! ¡No es nada sano para mí! Estoy metiendo la pata una y otra vez, desde el maldito segundo en que acepté participar en ese estúpido juego.

Me froto el rostro con los dedos temblorosos y sudados, aún pegajosos. Mi respiración se descontrola, jadeo, tratando de inhalar grandes bocanadas de aire para poder caminar rápido de regreso a la mansión. Solo me muevo, doy vuelta en la esquina de la siguiente cuadra, miro por encima del hombro y alcanzo a ver a lo lejos la silueta de ese hombre enorme, vestido de negro. Jonathan gira la cabeza, buscando por todos lados, tratando de encontrarme entre la multitud.

Agarro con fuerza mi bolso y corro. Me mezclo con un grupo de turistas y me escondo entre ellos.



El vehículo deportivo blanco, estacionado en la entrada de la mansión, tiene la puerta del conductor completamente abierta. Frunzo el ceño, encojo los hombros, miro a todos lados hasta donde mi vista alcanza y acelero el paso para entrar en la casa. Veo al señor Roy rodear la propiedad, saliendo desde el garaje. Su pecho se ensancha y me lanza una mirada en cuanto sus ojos se encuentran con los míos. Roy está molesto. Su mirada, tensa como hielo seco, tiene un tono azul oscuro. No tenía idea de que el simple hecho de estar en esa maldita acera donde él estaba con otra mujer pudiera desatar su furia. ¡Maldición! Ni siquiera sabía que él estaba ahí.

—¡Fox! —su voz es un trueno que retumba, lanzándome una orden.

—No te estaba espiando, si eso es lo que piensas. —Desvío mis ojos de los suyos, rezando por llegar a cruzar la puerta antes de que este hombre enfurecido me alcance—. Solo estaba caminando, salí de la farmacia y ya venía de regreso a la mansión.

Él cruza el resto del camino con pasos duros y rápidos. Subo los escalones de entrada, estiro el brazo para abrir la puerta, pero

me detiene con un tirón que me estrella la espalda contra una de las columnas de yeso. Su mano se aferra a mi mentón, girando mi rostro hacia un lado. Sus dedos presionan la piel adolorida de mi garganta. Frunzo el rostro por el dolor, pero lo miro. Jonathan ya no tiene la expresión furiosa de antes; ahora su rostro está impasible, sin mostrar emoción alguna que me indique qué pasa por su cabeza. Solo esos ojos fijos, que examinan las marcas que él dejó. Alzo mis manos, intentando apartar su muñeca de mi cara.

—¿Por qué huiste, Ginger? —Sus ojos bajan y se detienen en mi boca. Mi corazón grita por dentro, al igual que mi mente.

¡Por celos!

—Tenía que volver —susurro cobardemente. Suelto su muñeca, rindiéndome en el intento de hacer que me deje ir—. No quise interrumpir.

Lo que fuera ese momento, mi mente completa silenciosamente lo que no me atrevo a decir en voz alta. Bajo la mirada, fijándola en su corbata para no tener que encontrarme con sus ojos.

—Necesito que sueltes mi rostro.

Jonathan no se mueve, permanece en silencio, deslizando su dedo por la marca de succión en mi cuello. Mi capacidad de razonar está disminuyendo a una velocidad alarmante. Necesito que Roy se aleje de mí, mi salud mental necesita que deje de tocarme.

—Por favor... —Mi pie golpea el suelo, inquieto, sin ritmo, como una súplica muda para que se aparte.

—¿Estás herida? ¿Por qué fuiste a la farmacia? —Su cuerpo se inclina más, eliminando cualquier espacio entre nosotros, analizando las marcas, deslizando sus dedos lentamente sobre la vena que palpita a un lado de mi garganta.

—¿Puedes dejar de hacer eso? —Suelto la correa del bolso, alzo la mano, agarro su muñeca e intento apartarlo—. Jonathan, ya basta —¡Mierda! Esforzarme por empujarlo es como intentar mover una pared—. ¡Carajo! ¿Podrías soltarme el rostro?

Su boca se tensa, su mandíbula se tensa. Finalmente, se aparta, soltando mi piel y ajustando su traje con precisión.

—¿Cuál es tu maldito problema, eh? —Me froto la cara, intentando disipar el caos que ha dejado en mi mente. Jonathan nubla mi juicio de una forma que me deja a merced de mis propios demonios.

—¿De verdad quieres saber cuál es mi problema? ¿O lo que hiciste allá atrás no cuenta? —Su voz, helada, es una amenaza disfrazada. ¿Lo que hice allá atrás? Si no quería que lo vieran con esa mujer, ¿por qué no se fue a un lugar privado en vez de estar en un maldito quiosco frente al mar?

—¿Lo que hice? ¡Estaba caminando por la puta calle! Si era tan importante, ¿por qué no te quedaste allá? —El ritmo de su respiración cambia tras oír la palabrota que le lanzo—. ¿Por qué no vas a tu compromiso? No tenías que haber vuelto.

—Esa reunión ya terminó. Y la próxima vez que jodas con esa palabra, será conmigo. —Jonathan tensa su cuerpo, haciéndose ver el doble de grande que yo.

Aparto el rostro y muerdo mi labio inferior para no gritarle un gran *¡vete a la mierda!* Desvío los ojos de esas condenadas pupilas azules que intentan controlarlo todo. *¡Ya terminó esa reunión!* El gesto de la mujer tocándolo de forma tan íntima no tenía nada que ver con reuniones de negocios. ¡Eso no era ninguna maldita estrategia empresarial!

—¿Por qué fuiste a la farmacia, Ginger? —Sus dedos se levantan, acomodando su corbata hasta dejarla perfectamente en su lugar.

—Asunto mío. —contesto observando el Audi R8 mal estacionado, solo para no tener que volver a mirarlo.

No soy buena mintiendo, y mucho menos guardando secretos. No puedo decirle que fui por un malestar por el dolor de cabeza, y mucho menos contarle la sospecha de Baby sin soltar toda la verdad. Es ella quien debe hablar sobre lo que está pasando,

antes de que él me pregunte y termine contándole todo. No entiendo por qué se niega a decirle a Jonathan. Si Bob realmente está entrando en los cuartos y también está acosando a Jon, el señor Roy tiene que saberlo. Me da miedo descubrir la verdadera razón por la que Baby lleva tanto tiempo escondiendo esta historia. Dijo que era por miedo a que Lorane protegiera a Bob y lo dejara escapar, pero, por la manera en que se comportó esa mujer en el desayuno, sospecho que quien quiere proteger a Lorane es Baby. No quiere aceptar que esa mujer elegante y desquiciada sabe perfectamente lo que le están haciendo a Jon.

—¿Cosa tuya? —Su mano se mueve rápido. Me toma del mentón otra vez, apretándolo con fuerza entre sus dedos para obligarme a mirarlo, mientras su mandíbula se tensa—. Supongo que lo correcto sería decir "cosa mía", Gin.

—No estoy lastimada —intento soltarme de su agarre de hierro, sintiéndome inquieta por la forma en que siempre impone su dominio sobre mí.

¡Estoy adolorida como el demonio! Siento cada parte de mi cuerpo sensible, pero no herida. Esa sensación de dolor en algunas zonas me hace sentir terriblemente bien, y no lo contrario. ¡Dios! ¡Estoy perdiendo el control de todo! Mi cuerpo está feliz de llevar las marcas de ese sexo brutal que tuvimos.

—Te lo voy a preguntar solo una vez más. ¿Por qué fuiste a la farmacia, Ginger? —Su voz, en un tono calmo, es tan falsa y traicionera como sus ojos, clavados en los míos.

Desvío la mirada hacia su corbata, consciente de que no podré ocultarle nada mientras siga sometida a esas intensas pupilas.

—Fui a comprar pomada —mi boca suelta la primera excusa que se me viene a la cabeza.

Siento el aire cálido de su respiración tocando mi piel, cada vez más pesado. Veo cómo su pecho se agita con respiraciones irregulares y, cuando levanto la vista, noto que sus labios se curvan en lo que parece una sonrisa ladina, mordaz, en la comisura.

Automáticamente, deseo poder tragarme las palabras que acabo de decir.

El ruido del cortacésped rompe el momento. Roy gira su rostro hacia Robert, que está al otro lado del jardín, cortando el césped. En medio del infernal sonido de la máquina, escucho un grito distante. Aprovecho ese breve momento de distracción cuando Jonathan afloja la presión en mi mentón y salgo corriendo tan rápido como puedo. Abro la puerta de entrada de la mansión y huyo al vestíbulo.

Pero lo que me hace congelarme, con los ojos abiertos de par en par y el corazón queriendo salirse del pecho, no es el tirón brusco de Jonathan, que me atrapa del brazo y pega su pecho a mi espalda mientras gruñe con rabia en mi oído. No. Es la escena aterradora frente a nosotros la que nos deja en completo silencio a los dos.

—¡Dios! —me zafó de los brazos de Jonathan y corro hasta el pie de la escalera, apoyando mis manos en los costados del rostro de Bob.

Su cuerpo está torcido, y una de sus piernas tiene una fractura expuesta. Sus ojos, dilatados al máximo, dejan escapar una lágrima. Respira con dificultad, gimiendo de dolor, escupiendo sangre entre toses. Sus manos se levantan y se aferran a mi muñeca, mirándome con absoluto pavor.

—¡Ayuda! ¡Jonathan, llama a una ambulancia! —grito, desesperada, volviendo el rostro hacia él. Roy ya está con el móvil en el oído, hablando con alguien.

—¡No lo muevas, Gin! —me advierte, alzando la mano hacia mí y dejando claro que no debo tocar al herido.

El sonido que sale de los labios manchados de sangre de Bob es desgarrador, como si intentara decir algo. Me aprieta más la muñeca, obligándome a mirarlo de nuevo.

—Vas a estar bien, Bob... Vas a estar bien —susurro entre sollozos, sintiéndome impotente ante el dolor que reflejan sus ojos.

Tengo todos los motivos del mundo para no sentir simpatía por este chico, pero jamás sería tan miserable como para no sufrir ante algo así. Miro su pierna, viendo cómo la mancha de sangre bajo sus muslos se hace cada vez más grande. El hueso sobresale, desgarrando nervios y carne.

—Gi... —Bob intenta decir mi nombre, mientras yo solo quiero tranquilizarlo. Uso la manga de mi camisa, enredada entre mis dedos, para limpiar la sangre que escurre por sus mejillas.

—No hables. No intentes hablar. Vas a estar bien.

—¿Qué escándalo es ese? —La señora mayor sale del salón con un vaso de jugo en la mano, seguida por Lira, que se apresura tras ella. Su grito de horror al ver al chico herido retumba en el vestíbulo.

Tía Charlotte se tambalea y Lira la sostiene antes de que su frágil cuerpo se desplome al suelo.

—Los paramédicos están en camino —dice Roy, nervioso, colgando el teléfono y corriendo para socorrer a su tía. La levanta en brazos y desaparece con ella hacia el salón, lanzando órdenes a Lira en el proceso.

—Precio... —Bob tose, expulsando una nueva oleada de sangre por la boca.

—¿Qué? —Sacudo la cabeza, sollozando en medio de mi llanto—. ¿Qué necesitas, Bob? —Alzo la mano, limpiando mis ojos, empañados por las lágrimas, mientras el miedo por la vida de Bob se apodera de mí.

—Precio... —Aprieta con fuerza mi muñeca, con los ojos completamente desorbitados. Sus pupilas tiemblan, clavadas en la escalera, como si intentara mostrarme algo—. Precio…

—¡Bob... Oh, Dios mío! ¡BOBB! —sostengo con más fuerza su rostro cuando su mano se desliza por mi muñeca y cae al lado de su cabeza. Su pecho comienza a moverse más lento y más lento.

Sus ojos permanecen abiertos, congelados, fijos hacia la escalera. Levanto mi rostro entre lágrimas y miro en esa dirección. Entonces, al ver la parte superior de la escalera, me quedo paralizada. Allí está, encogida contra la pared, la rubia con el rostro escondido entre el cabello, abrazada a sus propias piernas.

Lorane está sentada en el suelo, llorando con desesperación, aferrada a la pierna de Baby.

—¡Baby!

Ella levanta la cabeza de golpe, clavando sus ojos azules en mí. Está temblando. Las lágrimas le recorren la cara. Aprieta los dedos a cada lado del cuerpo. Baby está asustada, llora sin poder detenerse. Niega con la cabeza, levanta la mano como si quisiera ocultarse, como si no soportara mirar el cuerpo caído de Bob al pie de la escalera.

Pero las pupilas del joven, ese aspirante a villano, están fijas, congeladas, no en la escalera sino en la dirección de las mujeres. Más exactamente, en Baby. Ojos llenos de dolor y rencor. Ojos que acusan.

CAPÍTULO 25



¿ME CREES?

GINGER FOX

—Él ya estaba tirado ahí. —La veo encogerse, abrazando su propio cuerpo mientras se sienta a mi lado, en el sofá de la sala—. ¿Me crees?

No sé en quién creer. Mis ojos siguen fijos en mis dedos manchados de sangre. Las pupilas agonizantes de Bob aún están grabadas en mi mente. Vi el helicóptero de los paramédicos alzar vuelo en el amplio jardín de la propiedad, y a Bob dentro de él, sin saber si llegaría vivo o muerto al hospital. Lorane lo acompañó, llorando desconsolada mientras le sostenía la mano antes de que la aeronave partiera.

Aún puedo verlas en lo alto de la escalera cada vez que cierro los ojos. Baby me dijo que, cuando llegó, Lorane ya estaba ahí, sentada en el suelo, llorando y mirando al chico que había caído por las escaleras. Cuando Roy enfrentó a Lorane con esa versión, ella también afirmó que Bob ya estaba en el suelo cuando llegó, y que Baby apareció a su lado solo unos segundos después.

No miré hacia lo alto de la escalera cuando entré. Estaba tan en shock al ver a Bob en ese estado, que fue lo único que entró en mi campo de visión. Solo después dirigí la mirada hacia donde él mantenía sus ojos perdidos.

—Gin, por favor... créeme. Yo no empujé a ese chico. —La miro mientras llora otra vez, con el rostro enrojecido, empujando su cabello hacia atrás.

Lo único que puedo tener claro es que una de las dos está mintiendo. Sé que Lorane mentiría hasta el último suspiro por proteger a Baby. Su obsesión por James la hace más fiel a ese amor del pasado que a las veces que se acuesta con su sobrino. Pero, ¿y Baby? No lo sé. No tengo la menor idea hasta dónde James/Baby sería capaz de llegar para proteger a Lorane.

Mis sospechas aumentaron en el instante en que Roy le preguntó a la rubia si tenía algo que contar y ella guardó silencio. No le habló sobre la sospecha de que Bob podría estar molestando a Jon.

—¿Por qué no le contaste la verdad a Jonathan? —Baby sorbe por la nariz, se cubre el rostro y vuelve a llorar.

—Tú no entiendes. No podemos contarle nuestra sospecha a Roy.

—Baby, Bob está entre la vida y la muerte. Él no se cayó de esas escaleras, lo arrojaron desde ahí. ¿Eres consciente de que en este momento ya no hay espacio para más mentiras? Tienes que decirle la verdad a Roy.

—¡NO! —Levanta el rostro y agarra mis dedos entre los suyos cuando grita asustada.

Cerrando los ojos y sacudiendo la cabeza en negación—. No podemos hablar de eso con Jonathan, solo confía en mí. Hay cosas que deben quedarse en el pasado. Por favor, créeme. Yo no empujé a Bob, y estoy protegiendo a Roy.

—¿Protegiendo a Jonathan? —Retiro mis dedos de los suyos, sintiéndome aún más confundida—. Pensé que era Jon quien necesitaba protección.

—Gin, solo confía…

—Baby, te creo cuando dices que no empujaste a Bob por las escaleras. Lo que no entiendo es por qué estás protegiendo a Lorane. ¿Por qué omitiste lo de Bob ante Roy?

¿Puedes ver cuántos "porqués" siguen sin respuesta?

—Gin…

—Me llamaron para avisar que Bob está en cirugía. —Baby guarda silencio, mirando por encima de mi hombro. Veo su rostro girarse hacia Roy, soltando un suspiro de alivio al saber que el chico sigue con vida. Su mirada, en verdad, refleja preocupación—. Al parecer, además de la pierna fracturada, tiene dos costillas rotas, y una de ellas perforó un pulmón.

—Dios... —Baby se frota el rostro, con la mirada perdida en mí. Bajo la vista hacia mis dedos, aún manchados con la sangre seca de Bob—. Roy, ¿él va a estar bien?

—No lo sabemos. Él está en estado crítico. Creo que sería bueno ir al hospital y estar con Lorane. —Los ojos de Baby brillan con miedo mientras me mira, suplicando silencio.

Suelto el aire. Asiento con la cabeza, dándole mi respuesta. Ella aprieta mis dedos con los suyos en señal de agradecimiento y me da un beso en la frente antes de levantarse.

—¿Cómo está, la tía Charlotte? —Baby le pregunta a Roy mientras yo me arrastro fuera de la sala. Pasó junto a él sin tener el valor de mirar sus ojos azules.

Siento que estoy siendo tragada por un lago de alquitrán, lleno de mentiras, secretos y sucesos que se precipitan uno tras otro, atropellándose. El desayuno cargado de gritos de Lorane, la discusión con Bob junto a la piscina, el verdadero rostro de James, la pérdida de control con Jonathan en aquella habitación, el momento que compartí con Baby en mí cama, los ojos acusadores de Bob, desorbitados mientras luchaba por respirar. Todo me consume.

Quiero correr, huir, esconderme en algún rincón hasta que mi mente vuelva a ser solo mía y pueda organizar toda esta información.

—¿Cómo estás? —La presión firme, lo justo para detenerme sin hacerme daño, se hace presente en mi hombro. Inhalo su aroma, que me nubla aún más de lo que ya estoy. Siento la respiración caliente de Roy cerca de mí mientras me observa.

Estoy a la deriva, quiero poder decírselo, estoy nadando sin rumbo en aguas oscuras llenas de misterios de los que no logro salir.

—Necesito limpiarme —susurro cobardemente, sin apartar la vista de mis dedos—. Jon debe estar por llegar.

Demasiado débil para soportar el castigo de sus ojos azules, me encojo, apartándome de su toque. Cierro los ojos al acercarme a las escaleras, abriéndolos solo cuando piso el primer peldaño. La imagen de Baby y Lorane sigue tan nítida como antes, allí, en lo alto de la escalera: delicadas, atrapadas en telarañas de historias dudosas que las unen. Alzo el brazo, me limpio el rostro con la manga del antebrazo de mi camisa y acelero el paso hacia los pasillos.

Saco la llave de la bolsa y abro la puerta al llegar a mi cuarto. Suspiro, apoyando la espalda contra la madera después de entrar y cerrar con llave. Miro la habitación, que sigue tal como la dejé antes de salir a la farmacia. Me quito la bolsa del brazo y la dejo a los pies de la cama. Camino con urgencia hacia el baño; necesito quitarme la sangre de encima. Me froto con fuerza. Estoy agobiada. Aún veo el rostro de Bob retorcido de dolor. Me restriego con brutalidad, hasta sentir la piel arder, aunque mis dedos ya están limpios y el agua del lavamanos esté teñida de rojo. El llanto quema mi garganta, mientras lágrimas calientes caen por mis mejillas. No me importa el ardor que quema mi piel con cada movimiento brusco. Intento sentirme limpia, pero aún me siento sucia. Sucia por la mentira que callé.

Me quito la camisa y la lanzo lejos, como si eso pudiera aliviar la carga emocional que me consume. Evito mirar el espejo; no soporto ver el estado en el que está mi cuerpo, el cual yo misma provoqué. Tampoco puedo cerrar los ojos, porque en la oscuridad de mis párpados aparece el rostro de Bob. Así que simplemente limito

mi visión al lavabo manchado de sangre. Estoy segura: me estoy perdiendo.

Vine aquí escapando de la monotonía de mi vida estable, buscando algo que ni yo sabía qué era, pero necesitaba alejarme. Y ahora, lo que me carcome es tres veces peor que lo que sentía en ese apartamento en Columbia. Es agresivo, incontrolable, sin lógica, solo sentimientos encerrados por demasiado tiempo dentro de mí, y no sé cómo manejarlos.

Abro las manos en forma de cuenco bajo el grifo. Acerco mi rostro a ellas y dme lo froto con la misma desesperación con la que lavé mis dedos. Tomo la toalla y seco mi cara. Intento controlar mi respiración y, al enderezarme, mis ojos se clavan en el espejo. Suelto un grito de pánico, apretando la toalla contra mis pechos, cubriéndolos de los ojos que me observan.

—¿¡Quieres matarme del susto?! —Me doy la vuelta, furiosa, y le lanzo una mirada desorientada. Miro hacia la puerta de las habitaciones y veo que la que conecta nuestros cuartos está abierta —. ¿Qué estás haciendo aquí, Jon?

Sus mejillas se tornan rojas y aparta la mirada de la parte frontal de mi cuerpo, encogiendo los brazos con miedo.

—Escuché un ruido en tu cuarto y pensé que ya habías llegado. No quise asustarte, Gin. —Me siento culpable por el tono temeroso y bajo que sale de su garganta.

Me froto el rostro con las yemas de los dedos, aun sujetando la toalla contra mi pecho.

—Jon, espera afuera, por favor. La próxima vez, toca en la puerta que conecta y llámame. —Él asiente rápidamente, confirmando que entendió, y sale del baño.

Tomo una camisa que cuelga detrás de la puerta y me la pongo con rapidez. ¡Ni siquiera sabía que ya había llegado! ¿Desde qué hora está en su habitación? Lira me había dicho que solo regresaría después del almuerzo.

Salgo del baño y veo que ya no está en mi cuarto. Me recojo el cabello, lo enrollo en un moño, y camino hacia la puerta divisoria de nuestras habitaciones. Jon está sentado en su cama, con los auriculares puestos, moviendo los pies al ritmo en el suelo.

—Jon —lo llamo y me siento a su lado. Su rostro se gira y se quita los auriculares, mirando al suelo con vergüenza.

—Lo siento mucho, no fue a propósito —digo, intentando sonreír mientras acaricio su cabello.

—Sé que no lo fue, solo… no lo vuelvas a hacer, ¿sí? —le pellizco la mejilla pálida, logrando sacarle una sonrisa—. ¿A qué hora llegaste? No te vi entrar.

—Creo que fue a las 10:40. La abuela tuvo que viajar de último minuto. Fui a la biblioteca cuando llegué, pero tú no estabas. Así que vine al cuarto y terminé durmiéndome. ¿Por qué? —su rostro joven se inclina hacia un lado, mirándome confundido.

—¿No escuchaste el alboroto en la mansión? ¿El helicóptero de los paramédicos? —Jon niega con la cabeza y levanta los auriculares.

—Estaba dormido. ¿Qué pasó? —deja los auriculares en mi mano, y escucho el fuerte zumbido que sale del aparato. Sé que Jon se desconecta del mundo cuando se los pone.

De alguna manera, siento alivio al verlos. No quería que Jon presenciara cómo se encontraba Bob, cubierto de sangre.

—Bob tuvo un accidente. Parece que cayó por las escaleras. —dirijo mi mirada hacia Jon, que permanece en silencio, con los hombros encogidos y la vista perdida—. Todo va a estar bien, Jon. Te lo prometo. Todo se va a resolver.

No sé si Jon entiende lo que intento decirle, pero al verlo tan asustado, lo atraigo hacia mis brazos. Su rostro queda descansando en mi hombro. No puedo asegurar qué lleva a Baby a mentir sobre Lorane, ni comprendo por qué quiere ocultarle a Jonathan la verdad sobre los actos de Bob. Pero, en medio de todo este caos, de

mentiras, secretos y dudas, hay una sola certeza que tengo: voy a proteger a Jon. Mientras yo esté aquí, lo voy a cuidar.

Sus brazos delgados rodean mi cintura, buscando refugio, encontrando abrigo en mi abrazo. Aunque Jon tenga la complexión de un adolescente de quince años, aquí, entre mis brazos, no es más que un niño perdido. Beso la parte superior de su cabeza, apoyo mi barbilla sobre sus cabellos oscuros y, en silencio, fijo la mirada en la puerta. Aunque me preocupe el estado de Bob, una sensación de alivio me invade. Esta noche, Jon estará a salvo.

—Siempre voy a protegerte, Jon —le susurro, meciéndonos en un vaivén lento, mientras aprieto un poco más mis brazos a su alrededor—. Siempre…

Jon es lo único lógico a lo que puedo aferrarme. El cariño que siento por él se ha convertido en mi salvavidas, en medio del caos que nos rodea.

CAPÍTULO 26



HORMONA DEL AMOR

GINGER FOX

TRES SEMANAS DESPUÉS

Cuando tenía quince años, pude sentir que mi cuerpo tuvo impulsos incontrolables y sentimientos extraños. Cuando fui al médico me dijo que eran hormonas de la adolescencia. Él me preguntó si era sexualmente activa, pero por supuesto mentí porque mi mamá estaba en la habitación y no quería que ella supiera que me follaba a Tom tres veces al día en el asiento trasero de su viejo auto. Cuando él se fue a la universidad, yo aun estaba a dos años de graduarme de la secundaria, por lo que nuestra vida sexual había disminuido drásticamente, lo que me hizo sentir incómoda y frustrada.

Culpé el anhelo que sentía por él al estar lejos y a no vernos todos los días, y no al hecho de que la falta de sexo me estaba devorando, solo encerrando la necesidad que me estaba carcomiendo. La verdad es que no fueron las hormonas de la adolescencia, y ahora que lo pienso, ciertamente no fue solo la falta de Tom.

Para mí tener sexo es tan natural como beber agua y ahí es donde radica el peligro. Una persona normal debería beber dos litros y medio de agua al día, pero yo no lo hago. Bebo cuatro litros. Como dije: el sexo es como el agua, y si dejo volar mis instintos, obtengo

el doble. Fue entonces cuando me perdí. Si no me hubiera dado vergüenza decirle a mi madre que ya no era virgen y le hubiera dicho al médico que a los quince años ya tenía relaciones sexuales a un ritmo absurdo, había muchas posibilidades de que él hubiera diagnosticado mi apetito sexual desenfrenado, que se desataría en la vida adulta. Cada vez que pienso en esta adicción al sexo con Roy, sé con certeza que soy adicta a él. Purgué toda mi alma que estaba sumida en la lujuria.

Recuerdo una clase que tuve en la universidad, donde se hablaba de una mujer que había tenido ochenta y cuatro parejas sexuales en tres meses. O sea, ¡se follaba lo que se moviera!

Mi mente, curiosa, se puso a analizar: ¿cómo alguien puede volverse adicto al sexo? En ese entonces descarté la idea de ser una ninfómana. Total, hasta descubrir la infidelidad de mi ex prometido, la única polla que montaba era el de Tom.

En fin, la respuesta a esa pregunta es simple, en ese momento, simplemente no tenía el criterio para entenderlo.

No hace falta una colección de penes distintos; lo que se necesita era sexo brutal.

Después del alcohol, la cocaína, la heroína, la marihuana, los fármacos o cualquier otra mierda fabricada en un laboratorio, existe una droga única, producida por nuestro propio cuerpo. Nuestras hormonas refinadas, clínicamente comprobadas, disparadas naturalmente en nuestro cerebro.

No se consiguen en una esquina ni con un dealer por quince dólares la bolsita. No puedes ir a la farmacia con una receta médica y pedir el genérico a la dependienta.

Solo puedes acceder a esta maravilla cuando estás atravesando una contracción muscular, produciendo leche materna, sintiendo empatía, miedo o un apego profundo. Pero, en mi caso, solo hay una cosa que desata la producción más pura y liberadora de oxitocina en mi cuerpo: Jonathan Roy.

Ya se ha comprobado que tener sexo todos los días no le hace daño a nadie; al contrario, incluso se recomienda. Pero, como todo en exceso, puede volverse perjudicial para la salud. Ahí está el vino para probar mi teoría: sabroso, con cuerpo, y deja una sensación de bienestar y plenitud.

Creo haber leído en algún lugar que es bueno para el corazón, por eso los médicos aconsejan tomar solo una copa al día. Pero bebe una botella entera, todos los días, durante un mes, y ya verás las consecuencias. Tu cuerpo se vuelve dependiente, se engancha, y no haces más que pensar en cuándo será el momento de la próxima copa.

Lo que yo consumí estas últimas semanas no fue una copa, ni una botella: fueron barriles del llamado "hormona del amor", producida en masa dentro de mí. Y cuando se acababa, mi cuerpo pide más, incluso al borde del agotamiento, ahogándome entre el dolor y el deseo.

El muy cabrón, tirano y sádico de Jonathan Roy, sabe perfectamente que me tiene en la palma de su mano. Literalmente, jodidamente hablando. Con una calma irritante, mastica un trozo de pastel de chocolate, como si no hubiera nada más importante en el mundo, mientras me observa sentada al borde de la mesa. Desayuna sin prisa, con ese aire de seguridad absoluta, y al mismo tiempo finge escuchar a su tía Charlotte, que le habla animadamente de las nuevas cortinas que acaban de llegar.

Quien lo ve ahora, impecable y encantador con su traje negro hecho a medida, jamás imaginaría lo que ocurrió hace apenas unas horas. Me tuvo inclinada sobre el capó de su R8, con el pecho aplastado contra el metal frío, mientras me follaba con brutal determinación. Mis gritos se ahogaban bajo mi propia braga, que él mismo me había metido en la boca, y cada embestida se acompañaba del estruendo de sus palmadas explotando contra mi culo. Todo ocurrió en el silencio asfixiante del garaje cerrado, donde Jonathan dejó de ser el hombre elegante que todos admiran para mostrar al pervertido trastornado que realmente es.

Mi ropa interior aún está en el bolsillo izquierdo de su pantalón. Con el tiempo entendí que tiene la costumbre de secuestrar mis bragas como si fueran trofeos post-polvo.

Hago una búsqueda mental rápida para intentar recordar qué rincón de esta mansión aún no ha presenciado mi cuerpo atado, amordazado, esposado, gimiendo en medio de un orgasmo, sintiéndome viva en cada embestida salvaje con la que Roy me castiga como si fuera un regalo. Pero no se me ocurre ninguno.

Hasta la mesa del comedor me trae recuerdos. Cierro las piernas y las aprieto, incómoda, porque sé exactamente lo que hizo ahí. Jonathan se dio un banquete entre mis muslos mucho más elaborado que cualquiera de los platos gourmet que la cocinera le prepara. Tenía la sonrisa más lasciva dibujada en la cara, relamiéndose los labios brillantes después de haber lamido hasta la última gota que mi coño derramaba con mi orgasmo.

Con el dedo limpió el semen que le chorreaba por la comisura de los labios y lo chupó con hambre. Esa sonrisa de depredador se ensanchó en su rostro. Se levantó de la silla solo para arrastrar mis piernas hacia afuera de la mesa, arrastrar mi culo al borde y follarme hasta dejar mi cuerpo sin fuerzas.

Desvío la mirada de la mesa, sintiendo que me arde la cara de la vergüenza, por recordar todo eso justo ahora. ¿En qué momento me convertí en esto? En esta criatura nocturna, promiscua, que tiembla con cada roce de Jonathan. Miro mis muñecas, marcadas con moretones que ya están casi desapareciendo, y encuentro mi respuesta. Sé exactamente cuándo quedaron esas marcas allí. Sé cuándo me dio jaque mate en su juego y me rendí del todo ante Roy. Hace dos semanas abrí la puerta del infierno y ya no hay vuelta atrás.

—No volverás a arrodillarte ante otro hombre, pequeña Náutilus. —Su mano, caliente y firme, acaricia mi culo, acariciando con mimo la piel adolorida que él mismo azotó.

Sollozo, mordiendo la tira de látex que amordaza mi boca. Mi vista, nublada por las lágrimas, intenta fijarse en mis manos

esposadas, atadas al cabecero de la cama de Jonathan. Tendría que ser una maldita mentirosa si dijera que no sentía curiosidad por saber cómo era su cuarto, pero debí desconfiar de esa mirada tirana que tenía en la cara cuando me observaba desde su balcón, a las dos de la madrugada, mientras me invitaba a subir.

Ni siquiera presté tanta atención a la gran cama de madera oscura con sábanas negras, o al resto de la decoración, sino a los utensilios que tenía expuestos en el armario abierta esperándome.

Pude haberme dado la vuelta y huido de regreso a mi cuarto, pero la maldita curiosidad es mi perdición. Todavía me preguntaba si lo que pasó en mi habitación fue solo un impulso del momento o si se trataba de un jodido fetiche reprimido que siempre tuve. Mirarlo a los ojos, tan profundos y magnéticos, ofreciéndose a saciar cada rincón de mi retorcida curiosidad, fue todo lo que necesité para asentir. Ese simple gesto me llevó directo por un camino sin retorno.

Eso le arrancó una sonrisa perversa, llena de promesas lujuriosas.

Mi mente se desconecta cada vez que Roy pone sus manos sobre mí. Es como si mi cerebro se apagara, dejándome completamente a merced de los impulsos del deseo. Su aroma tras la ducha me envuelve, y nada parece más sexy que este hombre de masculinidad desbordante, de pie frente a mí, con solo un pantalón de pijama de seda negra, el torso desnudo, aún húmedo, y el cabello goteando.

Pura testosterona. Y yo, completamente rendida.

En la primera ronda, ya estoy tumbada boca abajo en la cama, con las muñecas esposadas y mi casto vestido floreado levantado. La brisa fresca que entra por el balcón golpea mi piel. En el segundo asalto, con la boca amordazada, escalofríos de ansiedad y miedo y una mirada de satisfacción en su rostro aristocrático.

Me da instrucciones con voz suave, como si hablara con una niña: debo doblar las piernas, acercar las rodillas al abdomen y esconder el rostro entre los brazos, una señal clara de que no puedo

más. Roy habla de mi castigo en un tono suave, explicándole como a un niño que ponerse de rodillas ante otro hombre lo enoja. Intento razonar sobre lo que dice, recordar cuando me arrodillé ante alguien, pero es difícil traer a la memoria mis recuerdos al mismo tiempo que Jonathan acaricia mi trasero levantado por él. Mi cuerpo siente el ardor del cuero al crujir contra mi piel. No hubo ninguna advertencia, ninguna preparación, solo el shock y el ardor de ser azotada.

Los dedos de mis pies y mis manos se contraen y muerdo con fuerza el látex que tengo en la boca, como si fuera a cortarlo. Las primeras lágrimas corren por mis mejillas, pero el alivio inmediato llega con el toque de tu mano, masajeando la zona afectada. Mi espalda se sacude mientras la punta de cuero del látigo se desliza por mi columna, rodeando mis caderas mientras estas se inclinan hacia Jonathan. Mi respiración se corta y mi muñeca se mueve bruscamente cuando el ligero golpe del cuero aterriza entre mis piernas, justo en mi clítoris. Junto al dolor, crece el placer más carnal, y este me lleva a la lona, aceptando cada latigazo que entrega a mis nalgas, dejándome completamente caliente y excitada, anhelando el ardor del cuero, así como la caricia que sus manos me dan. Los dedos traviesos se mueven entre los labios hinchados de mi vagina masoquista. El timbre de tu respiración agitada, el sonido del látigo, que golpea cada vez más fuerte, me engaña entre tus caricias robadas, solo para dominar a mis demonios. Me someto y me rindo hasta que no quede nada más que un estado de nirvana.

—¿Quieres parar, pequeña Náutilus? —Su voz me alcanza a través de la neblina de placer y ardor.

Mi cuerpo está cubierto de sudor, posicionado a cuatro patas sobre la cama, con la cabeza caída entre mis brazos. Una parte muy al fondo de mí susurra que debo doblar las rodillas, ceder, dejar que mi cuerpo se incline en señal de rendición, pero estoy flotando. Mi mente se pierde lejos, completamente entregada a las descargas que recorren mi piel: punzadas que arden, que cortan como fuego, y que me arrancan gemidos, cargados de dolor y placer entrelazados.

Son esas oleadas las que me hacen alzar la cabeza, tensar los brazos y clavar las uñas con fuerza en mis propias palmas, haciendo crujir la cabecera de la cama.

Lo quiero todo.

—Mi niña buena. —Su voz, cargada de deseo, sale ronca de sus labios justo cuando tira de mi cabello, forzando mi cabeza hacia atrás hasta que mis ojos se clavan en el techo. Me penetra de una sola embestida, piel contra piel, con sus bolas hinchadas golpeando fuerte contra mi carne. Lo aprieto con fuerza dentro de mi coño, chupándolo con cada contracción desesperada de mi interior.

Sí, soy tu niña buena. En este momento, soy lo que él me ordene: esclava, sumisa, masoquista, cualquier cosa, con tal de recibir esa descarga de oleadas de placer que me arrebatan por completo. Me ahogo con mi saliva mientras su dedo intruso se desliza dentro de mi ano, follándolo justo cuando su polla estalla en mi útero. Abro mis fosas nasales para respirar, intercalado con gemidos. El tirón se vuelve más intenso cuando enrosca mi cabello en su mano, hasta que queda tan atrapado entre sus dedos que podría arrancarlo de un solo jalón. Me folla con ímpetu, salvajemente, fuera de control, con su lado dominante completamente desatado. La mordida disimulada en mi oreja se convierte en un torrente de escalofríos y descargas por sentir su respiración agitada tan cerca de mi piel, pero nada me mantiene tan conectada como su voz ronca susurrándome al oído:

—La próxima vez que te pongas de rodillas será para tragar cada gota de mi semen, Ginger. —Jonathan se hunde, impulsando mi cuerpo hacia adelante mientras siente el golpe, presionando su piel contra mi trasero ardiente.

Eso no trae dolor ni incomodidad. Estoy tan sensible, tan encendida, que solo logro rendirme entre suspiros temblorosos, dejando que cada roce de nuestras pieles encendidas me consuma por completo.

—No vuelvas a cometer ese error, Gin. Este pequeño cuerpo hecho para el placer pertenece solo a un Amo. El dedo intruso

dentro de mi culo se retira, mientras me atormenta con los lentos movimientos de su polla dentro de mí.

Quiero gritar, desgarrar mi garganta para sacar cada sonido de placer y del tormento que me consume. Jonathan baja un poco su cadera, embistiéndome con movimientos lentos y continuos. Tenerlo dentro de mí, así de despacio, es casi una muerte lenta. Todo mi cuerpo anhela liberarse, suplicando entre lágrimas de placer que corren por mi rostro. Su miembro me invade con una embestida pausada, en un vaivén tortuoso, y cuando se retira casi por completo, es solo para volver con fuerza y profundidad, clavándose duro con su erección firme, asegurando su dominio con los dedos enredados en mis rizos.

Inhalo su aroma al sentir su rostro acercarse, y la punta de su lengua recorre mi mejilla, capturando las lágrimas con una sola lamida. Sus ojos azules brillan con un deseo infernal, mientras sonríe con perversidad, como si su paladar aprobara el sabor de mis lágrimas mezcladas con el sudor. Es aquí donde me pierdo. Todo mi ser vibra al poder satisfacer a Roy, tanto como el demonio que habita en él se regocija al saborear mi dolor. Tan majestuoso en su dominio sobre mí, mi pecho se inflama de deseo y le doy mi respuesta con un leve movimiento de caderas. El sonido fuerte de la palmada abierta en mi culo viene acompañado de un grito entrecortado, que se escapa de mi boca amordazada con el látex. Roy hunde el colchón al subir una pierna y posicionarla junto a mi muslo, sujetando mis caderas con ambas manos, aliviando mi cuero cabelludo que ahora queda libre, y me folla con agresividad. ¡Oh sí! Mi cuerpo lo entiende y acepta su posesión en el instante en que vuelve a retirarse, solo para regresar con fuerza en cada embestida rápida y descontrolada, como las olas de placer que me atraviesan, arrojándome a una caída libre entre gemidos, donde un orgasmo termina y otro comienza.

Soy una miserable adicta, y Jonathan es mi dealer favorito, mi infierno, mi perdición, mi amo. No hacen falta ochenta y cuatro parejas para ser adicta al sexo. Solo una. Una que saque tu sentido

común de la cabeza ya es suficiente para volverte adicta a la maldita dopamina del amor.

—Debes tener bastantes cosas que poner en orden cuando regreses a Columbia, ¿no, Ginger? —Parpadeo rápidamente, alejando la nube de recuerdos pervertidos de mi mente. Vuelvo mi atención a tía Charlotte, que me observa fijamente.

—Sí, tengo algunas cosas que organizar —respondo con una sonrisa amable, viendo sus ojos expresivos que me analizan con atención.

Desvío la mirada, concentrándome en el pan entre mis dedos, y suspiro con desanimo. Tengo muchísimas cosas por resolver. La dirección de toda mi vida, esa es la verdad.

Tom sigue siendo un cobarde: no le contó nada a su madre, solo me mandó un mensaje avisando que tuvo que viajar para cubrir una nota en Camerún y que necesita más tiempo para hablar con ella.

Sé que está intentando ganar tiempo, en su cabeza seguramente cree que cuando regrese todo será como antes.

¡Pero no lo entiende! ¡Nada volverá a ser como antes! Ni nuestra relación, ni yo.

Como prefiero hablar cara a cara con mi madre, dejo que Tom gane ese tiempo que cree necesitar.

La primera noche que entré en Sodoma, me entregué con pasaje solo de ida a un mundo desconocido, lleno de los deseos sexuales más oscuros.

—Esa es la ventaja de la juventud: todavía podemos poner todo en orden —dice Charlotte mientras lleva con calma su taza de café a los labios.

—¿Qué planeas hacer cuando regreses?

—Conseguir un trabajo de tiempo completo, tal vez retomar la universidad.

—¿No piensas tener hijos, señorita Fox? —El pan se me cae de las manos por la sorpresa que me provoca su pregunta, dejándome completamente descolocada.

La tos seca de Baby suena forzada mientras está sentada a mi lado.

—¡Cristo! ¡Vieja entrometida! ¡Deja de hacer preguntas tan fuera de lugar! Estás incomodando a Gin. —Baby se limpia la boca con la servilleta y me lanza una mirada cómplice, conteniendo la risa.

—¡Sería una pregunta fuera de lugar si la hubiera hecho a ti, aberración! —Escucho la risa de Jon, sentado a mi otro lado, disfrutando como siempre de las pullas matutinas entre las dos.

—Ya pasé la edad de andarme con rodeos en una conversación. Hice una pregunta simple.

—En realidad, no he pensado mucho en tener hijos, señora Roy —respondo antes de que vuelvan a pelear—. Tal vez algún día, quién sabe.

—Serás una gran madre, Gin. Y más te vale invitarme a ser la madrina. Quizás Jon y yo podríamos visitarte un día en Columbia, ¿verdad, Jon? —Baby se estira por encima de la mesa para mirar a Jon, que asiente con un leve encogimiento de hombros—. Incluso podría llevarte a ti también, vieja agorera, para que salgas un rato de esta isla.

—Como si necesitara de ti para salir —Tía Charlotte suelta el aire con desgano, demostrando su desagrado y posando sus ojos en Lorane.

Miro a la mujer elegante, apática, observando su café intacto. La silla vacía a su lado me genera una sensación desagradable cada vez que la veo. Es como si pudiera ver a Bob ahí, sentado, con su sonrisa de Joker y sus frases sarcásticas. Nadie dice nada, no ha habido ni una sola pregunta sobre lo que realmente ocurrió con ese chico. Si tropezó, si resbaló o si alguien lo empujó. Bob no despertó después de la cirugía, su estado de coma se agravó y ahora lo

mantienen vivo con ayuda de máquinas. Lorane y Baby siguen con sus vidas como si no supieran la verdad detrás de ese "accidente". Yo aún lo veo tirado en el suelo cada vez que paso por las escaleras.

—¡Pues quédate encerrada aquí dentro, entonces! Lo importante es que Jon y yo vamos a visitar a Giny y a su bebé.

—¡Dios, Baby! —Me giro hacia ella, sintiendo que la cara se me enciende—. No estoy pensando en tener un hijo mañana.

—Pero lo tendrás. Eres joven. Encontrarás a un tipo sexy que no sea un imbécil y harás mini Gingers curiosas con él.

El sonido de una tos seca se escucha desde la punta de la mesa. Jonathan tiene la mirada fija en su desayuno, con una expresión de pura amargura. La rubia se calla, se le tiñen las mejillas de rojo, y baja la vista a su trozo de pastel, como si acabara de cometer un crimen.

Roy no me mira ni una sola vez. Solo se enfoca en centrar su taza frente al plato de pastel, ordenando sus cubiertos. No habla absolutamente nada sobre sí mismo ni sobre su pasado. A pesar de todos estos días compartiendo más que calor humano como conejos, todavía lo veo como un mar oscuro y profundo al que es peligroso lanzarse.

Jonathan solo me permite ver la punta del enorme iceberg que es. La poca información que tengo de él viene de lo que Baby me cuenta, y eso también es vago, lleno de cabos sueltos que me tienen dando vueltas la cabeza. Es como si tuviera un radar que se activa cada vez que lo miro, porque no pasa mucho tiempo antes de que sus ojos azules estén clavados en mí, petrificantes, haciéndome bajar la mirada con vergüenza por haber sido atrapada estudiándolo.

Agacho la cabeza de inmediato, como si de verdad lo hiciera porque quiero y no porque mi cuerpo simplemente reacciona a su presencia dominante.

—¿Te vas a olvidar de mí? —Giro mi cuello, posando mi mirada en el rostro triste que susurra a mi lado, en un tono tan bajo que solo yo puedo escuchar. Jon lleva el vaso de jugo a la boca, con

los auriculares apagados, descansando sobre su nuca, colgados del cuello.

—Nunca —susurro, golpeando suavemente mi hombro contra el suyo, y lo veo dibujar una leve sonrisa en la comisura de los labios.

Jon es lo único que no es confuso en mi vida. Se ha convertido en mi fuente de alegría, en ese recordatorio de quién soy.

—¿Sí, Lira? —La voz de Jonathan suena áspera. Alzo la cabeza y veo a la empleada, que ha entrado en silencio y se detiene cerca del otro extremo de la mesa.

Aunque Baby me confesó que Lira negó haber entrado al cuarto para cambiar las sábanas manchadas de semen, aún tengo mis dudas sobre la empleada.

—Ese hombre ha vuelto, señor.

—¡Pero qué demonios! ¿Acaso no le dijimos ya todo a ese bastardo? —Baby es la primera en alterarse, mirando a Lorane, que respira agitadamente.

La madre de Bob llegó un día después de que su hijo entrara en coma. Expulsó a Lorane del hospital y presentó una denuncia en la policía. Durante dos días, la mansión estuvo infestada de oficiales, que interrogaron a todos los que estaban allí el día del accidente. Pero de alguna forma, todo fue solo una farsa, se notaba que solo estaban cumpliendo con el protocolo, porque al tercer día cerraron la investigación.

Sin embargo, la madre de Bob no vino sola. Trajo con ella a su novio, un detective privado, que hizo un montón de preguntas sobre lo que realmente había ocurrido con Bob aquella mañana de jueves. Jonathan era el único que se mantenía imparcial, tratando con el hombre desconfiado. Solo vi al sujeto una vez, a lo lejos, cuando entraba en la biblioteca con Jon. Es callado, con semblante serio, y totalmente incrédulo respecto a la historia que le contaron sobre la caída de Bob.

Ni la madre de Bob ni su pareja creyeron la versión de que nadie en la mansión había visto al chico caer. Lorane se altera cada vez que tiene que acercarse a él, y Baby lo detesta con todo su ser, ya que él la observa como si cada palabra que dice fuera una mentira.

—Llévelo al despacho, Lira. Dile que ya voy, solo necesito hacer unas llamadas antes —Jonathan lanza sus palabras al aire con frialdad, saca el móvil del bolsillo, se levanta de la silla y se dirige a la otra sala.

Antes de que todos empiecen a perder la paciencia —lo cual ya se nota en los rostros de Lorane, Baby y tía Charlotte—, pongo mi atención en Jon, revisando si ya terminó su desayuno para sacarlo de allí lo antes posible.

—¿Qué te parece si vamos a la playa hoy? —susurro, dejando nuestros planes solo entre los dos.

—Podemos quedarnos en la biblioteca o dar un paseo por la residencia. Creo que aún no viste la casa del lago, la que está más allá del jardín.

Asiento con la cabeza. Ya había visto un lago a lo lejos desde la ventana de mi cuarto, pero al final de las tierras de los Roy, todo parece cerrado, como un bosque privado.

—No sabía que había una casa allá. Pensé que era solo monte —respondo entre risas, viendo cómo sus ojos se iluminan con fuerza.

—¿¡Te di una orden, Lira!? ¿Qué estás esperando? —La voz, más grave y elevada, resuena desde la sala, haciendo que Jon y yo saltemos asustados al ver a Jonathan regresar a la mesa.

—Señor, el detective ya está en la biblioteca. —La miro, confundida, al entender lo que acaba de decir—. Pero no desea hablar con usted señor.

—¡No voy a hablar con ese idiota otra vez! —Lorane golpea la mesa con el puño, mirando desesperada a Baby.

—¡Lo que me faltaba! ¿Ahora yo tengo que hablar con ese imbécil? —Baby frunce el ceño, mostrando repulsión en su rostro—. ¡Dios! Roy, ese hombre ya pasó todos los límites.

—El detective quiere hablar con la señorita Fox.

—¿Conmigo?

—¿Con Gin?

Baby y yo preguntamos al mismo tiempo. Incrédula, la rubia toma mi muñeca y me mira, preocupada. ¿Qué podría querer saber ese hombre de mí que no le haya contado ya a la policía local?

CAPÍTULO 27



GOMORRA

GINGER FOX

—¿Entonces usted vino desde el fondo de la residencia? —Levanto la mirada y encaro al hombre de estatura baja y voz tranquila. Su expresión es serena mientras me analiza. Ahora entiendo por qué Baby se enfurece tanto con esa forma suya de mirar, tan llena de juicio. Dexter Tyler es ese tipo de persona que te incomoda con solo una mirada.

—No, usted sabe que no entré por ahí. Ya le he dicho cinco veces que entré por la puerta principal y fue entonces cuando encontré a Bob tirado en el suelo del vestíbulo. —Llevo mis dedos al rostro y masajeo el entrecejo con angustia. Aún puedo ver a Bob desplomado en aquel piso frío.

—Sí, creo recordarlo. Usted llegó junto al señor Roy, ¿no es así? —Dirijo de nuevo mi mirada hacia él, dejando caer mi mano sobre mi pierna junto con la otra.

Me está poniendo a prueba otra vez, lo veo en el brillo de sus ojos verdes cada vez que parpadea. Ajusta su cuerpo en el sofá mientras acomoda sus jeans ajustados. Me separo de la ventana, respiro con incomodidad y niego con la cabeza ante su pregunta.

—El señor Roy llegó unos segundos después de que yo entrara.

—Pero eso me indica que venían juntos. ¿O no? —Encojo los hombros, cruzo los brazos bajo el pecho y trato de esconder lo más que puedo mis muñecas, sabiendo que sus ojos de halcón no pierden ningún detalle.

—No, no veníamos juntos. —Muevo los pies suavemente contra el suelo y aprieto los dedos contra mis hombros, intentando disipar un poco el malestar que me provoca su mirada.

—Entiendo. —Dexter se pone de pie lentamente y guarda las manos en los bolsillos de su chaqueta de cuero marrón.

Camina despacio, escaneando con la vista toda la biblioteca, y asiente levemente con la cabeza a cada paso. Saca una mano del bolsillo, se rasca la barba como si estuviera pensando, y luego vuelve a guardar los dedos en la chaqueta. Me sobresalto cuando se gira de golpe, colocándose a solo dos pasos de mí, obligándome a retroceder hasta quedar con la espalda pegada a la estantería de libros.

—Dígame, señorita Fox, ¿Bob llegó a decir algo antes de perder la conciencia?

—Llevo la mano de nuevo a mi frente, frotando con suavidad y negando con la cabeza.

—No, no podía hablar.

"Precioso"

El sonido de su voz, ahogándose con su propia sangre, retumba todos los días en mi cabeza. ¿Qué necesitabas, Bob? ¿Qué era eso tan importante que querías contarme?

Inhalo profundamente, soltando el aire con lentitud. Me toma por sorpresa el detective, que se ha acercado sin hacer ruido y ahora está a tan solo un palmo de distancia. Sus ojos están fijos en la marca de mi muñeca. Rompe el contacto visual solo cuando levanta el rostro, sentenciándome con una mirada que deja claro que sabe que estoy ocultando algo.

—Solo una pregunta más, señorita. Una simple curiosidad que acaba de surgirme. —Dexter saca una mano del bolsillo y hace un gesto casual, como si no tuviera importancia—. ¿Qué lleva a una joven, con un título en Administración, a dejar Columbia para venir a cuidar de un niño en una isla olvidada por Dios en Australia?

—Bueno, yo…

Me balanceo hacia adelante y hacia atrás, sin saber cómo explicarle que estaba huyendo de la vida patética que llevaba allá. Se suponía que esto iba a ser una aventura, un momento a solas conmigo misma antes de mi boda, y ahora mi travesura se ha convertido en una desventura en cadena, llena de sucesos tan extraños como peligrosos. Estoy tan metida hasta el cuello en este mar de brea, que no tengo ni idea de cómo salir.

—En realidad, señor Tyler... —Esta vez mi voz se apaga, no porque no sepa qué decir, sino por la puerta de la biblioteca que acaba de abrirse.

La reconozco en el instante en que su cuerpo atraviesa el umbral de la puerta. Lleva tacones tan altos y finos que parecen agujas, y un vestido negro ceñido al cuerpo que deja brillar su melena dorada como oro, contrastando con su piel blanca de porcelana. Es la mujer del quiosco, la que hablaba de forma íntima con Jonathan mientras acariciaba su mano. Me lanza una única mirada, como si mi presencia fuera tan irrelevante que no mereciera ni su tiempo, y luego clava sus ojos castaños en el detective con un desprecio absoluto.

—Puedes retirarte, cariño. Creo que ahora es momento de que los adultos hablen. —Su voz es aterciopelada, pero tan gélida como el reloj de plata en su muñeca.

—Señorita Fox. —Giro el rostro hacia Roy, que está de pie detrás de ella, con las manos en los bolsillos de su traje, enfrentando a Dexter con sus intensos ojos azules. Ese tono no es del señor Roy: es el Maestro dando una orden.

—Me parece que nuestro tiempo ha terminado, señorita Fox. —Dexter saca una mano del bolsillo y me dedica una sonrisa.

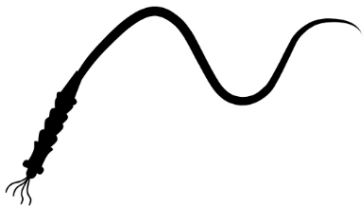
El sonido de una respiración pesada, justo cuando extiendo los dedos para despedirme del detective, no proviene ni de mí ni de la muñeca de porcelana. Puedo sentir la intensidad con la que Jonathan contiene su ira.

—¡Que le vaya bien, señorita! —Dexter toma mi mano, rozando apenas mis dedos. Sus ojos serenos se mantienen fijos en los míos. Discretamente, fuera del alcance de las miradas atentas, desliza una tarjeta entre nuestras manos—. Gracias por el tiempo que me concedió. Si alguna vez necesita hablar…

—¡Fox! —Una única palabra, seca como un látigo, estalla en el aire desde sus labios apretados. Es la advertencia de que su paciencia ha llegado al límite.

Retiro mi mano de inmediato, apretando la tarjeta entre mis dedos hasta formar un puño cerrado, y vuelvo a cruzar los brazos. Solo asiento levemente con la cabeza hacia Dexter. No miro a la mujer de hielo, ni me inmuto por su mirada cortante. Me niego a salir con la cabeza baja, evitando el suelo. Sostengo su mirada con firmeza, dejándole claro: puede que me doblegue en sus brazos, pero es solo ahí donde me tiene como sumisa.

Paso junto a Jonathan, sintiendo su mirada clavada en mí como zafiros tallados, gélidos, mientras los tambores de guerra de su respiración me golpean los oídos.



—¿Quién es ella? —susurro a Baby, que observa la misma escena que yo desde la ventana de su habitación.

Frente a la mansión, cerca del jardín, veo a Jonathan abriendo la puerta del auto rojo, con la muñeca de porcelana parada a su lado. Solo estuvieron cinco minutos con Dexter en la biblioteca

antes de que él saliera disparado como una bala, pero ella no se fue. Sus ojos me quemaron con intensidad al salir de la biblioteca, clavándose en los míos. Solo apartó la mirada cuando Jonathan la llamó, y juntos caminaron hacia su despacho, donde se encerraron por más de treinta minutos.

—Freire Miller, la abogada de Jonathan —dice Baby soltando un suspiro de desaprobación mientras observa a la mujer—. Tía Charlotte dice que era una perrita que persiguió a mi papá cuando era adolescente. Sigue siendo una perra, solo que más experimentada.

—¿Entonces cuántos años tiene? —Es hermosa, no tiene rasgos que aparenten tanta edad.

—¡Es prácticamente una momia! Solo que bien conservada gracias a sus cirugías plásticas. Debe tener silicona metida en cada rincón del cuerpo para esconder los años. Esa bruja seguro pasa los cincuenta —susurra Baby con malicia, entrecerrando los ojos para observar mejor a la mujer.

La mano pequeña de la abogada, con sus brillantes anillos de oro, se estira para acariciar el brazo de Roy. Él baja la cabeza, mirando el gesto, pero no hace el menor intento de rechazar el contacto. Me alejo de la ventana y me rasco la nuca, aún sintiendo el malestar por la forma en que ella se le acerca a Jonathan. Es casi como una territorial, una hiena carroñera queriendo atrapar a su presa con garras afiladas.

—Parece fría… —susurro en voz baja, intentando disimular el sentimiento nada amigable que me provoca esa mujer.

—¿Fría? ¡Freire es una perra tirana! Se suponía que la conocerías en Sodoma, pero acabó siendo aquí —dice Baby, alejándose del cristal, girando hacia mí y soltando un suspiro cansado.

—¿Ella es de Sodoma?

—¡Hasta el último cabello de esa bruja es sádico! Freire pertenece a la vieja guardia. Se suponía que iba a quedarse con el

asiento de mi papá en el consejo, junto a los demás, pero Roy sorprendió a todos, y la perra perdió su oportunidad de ascender dentro de Sodoma —El gesto burlón de Baby se amplía mientras lanza una mirada por encima del hombro hacia la ventana—. Se la tuvo que tragar enterita cuando los demás decidieron que Roy sería Maestro consejero, con la mitad de su edad.

Baby mantiene la sonrisa mientras se sacude el cabello y me mira con ternura.

—¿Estás celosa, Gin?

Parpadeo varias veces, negando con la cabeza rápidamente.

—¡Claro que no! ¿De dónde sacaste eso? —Me encojo de hombros, estirándolos, intentando esquivar la mirada curiosa de la rubia explosiva—. Solo quiero entender por qué Jonathan llamó a una abogada justo para interrumpir la conversación con el detective.

Traigo el tema de vuelta, intentando desviar su atención. Ya analizando bien, la presencia de esa mujer resulta extraña. ¿Por qué habría una abogada en la mansión? Dexter solo estaba haciendo preguntas, probablemente por encargo de la madre de Bob, lo que justificaría su insistencia.

—¡Maldita sea, ese hombre es insoportable! ¿Por qué no puede simplemente quedarse fuera de la isla con la madre de Bob en el hospital o, mejor aún, olvidarse de nosotros?

—Baby, Dexter no está acusando a nadie, ni siquiera es de la policía. Es solo un detective privado. ¿Por qué Jonathan llamó a la abogada?

Son tantos "porqués" que siento que me estoy asfixiando con todos ellos. ¿Por qué esa mujer estaba aquí? ¿Por qué Lorane no habló con su hermana y siempre se pone tan alterada cuando Dexter aparece?

—Gin, es complicado…

—Baby, ¿qué fue lo que realmente pasó ese día? —Me frotó el pecho, sintiendo una punzada en el corazón. Son demasiadas

mentiras, demasiados secretos, todo esto se está convirtiendo en una bola de nieve.

—Yo no empujé a ese idiota, necesito que me creas. Y aunque quisiera decirte que fue Lorane, no lo sé. Te juro que no lo sé, Gin. —Baby entrelaza sus dedos con los míos, buscando mi mirada con la suya—. Cuando llegué, solo vi el cuerpo de Bob al pie de la escalera, y a Lorane arrodillada en el suelo, llorando.

—¿Entonces por qué no se lo dice a su hermana? ¿Por qué simplemente no le cuenta que no fue ella? Si Bob realmente tropezó y cayó, como ella asegura, ¿por qué no puede decírselo mirándola a los ojos?

Baby cierra los ojos, niega lentamente con la cabeza y muerde sus labios.

—No te conté toda la verdad sobre Lorane y Bob… —susurra, dejando salir sus palabras entre suspiros mientras inclina la cabeza hacia su hombro.

—¿Cómo así? ¿Lorane no es su tía?

—Lorane *es* la tía de Bob, eso es cierto... —La tormenta gris en sus ojos me hace contener la respiración. Un escalofrío me recorre el cuerpo al imaginar cuál podría ser la verdad detrás del vínculo entre Lorane y Bob.

—¿Qué fue lo que escondiste, Baby? ¿Por qué te incomoda tanto Dexter?

—Bob no tenía dieciocho cuando se involucró con Lorane. Tenía dieciséis. —Mis labios se separan, completamente en shock. La náusea me invade aún más al pensar en la relación entre esos dos familiares.

—¿Cómo tuvo estómago para eso? Ya es enfermizo que estuviera acostándose con su sobrino, ¡pero que además él fuera menor de edad en ese momento, eso es un crimen, Baby!

Retiro mi mano de la suya y me froto el rostro con creciente desesperación. Mi mente comienza a trabajar, atando cabos. Quien

oculta cosas sobre Jon es Lorane, quien lo cuida también es ella. Lorane ha pasado más tiempo con Jon que cualquier otra persona en esta mansión, Jon tiene solo tres años menos que Bob cuando este se metió con ella y aunque tenga trece años, Jon fácilmente podría parecer de quince, su complexión física es como la de Baby y Jonathan…

—¿Cómo pudo hacer algo así?

—No me preguntes eso, porque ni yo entiendo qué pasaba por la cabeza de esa idiota. Lo único que sé es que su hermana sospecha de algo, aunque no está segura de qué exactamente. Creía que yo tenía un romance con Bob y que Lorane lo estaba encubriendo. Una vez nos cruzamos y ella me llamó puta pedófila. —Camino hacia la cama, dejando caer mi cuerpo en el borde—. Es por eso que Dexter sigue enfrentándome. Esa loca debe haberle dicho lo que piensa.

Ovillos de secretos. Bolas y bolas de hilos enredados, todos atrapados entre sí como en una cesta de mentiras.

—Esto ocurrió aquí. —No es una pregunta, es una afirmación, y sus ojos me confirman que tengo razón—. ¡Dios mío!

—Fue un infierno en aquel momento. Jonathan quería matar a Lorane cuando se enteró. —Baby se detiene, como si intentara contener las palabras antes de que escapen de sus labios. Está ocultando algo.

—¿Qué más, Baby? —Ella se gira, usando su cabello como escudo para evitar mi mirada, camina por la habitación y se abraza a sí misma con fuerza—. Baby, ¿por qué siento que nunca me cuentas todo?

—Hay cosas que no me corresponden, Gin. —Su susurro sale entrecortado. Veo cómo sus hombros se tensan mientras respira con dificultad—. La estúpida de Lorane le contó a Bob sobre James. Debía de estar borracha, pero el problema era que Bob estaba enamorado de ella. Ese mocoso me chantajeó, dijo que le contaría a

todo el mundo la verdad sobre James. No quería que lo separaran de Lorane.

Ahora lo entiendo todo. Baby no está protegiendo a Lorane, está protegiendo la identidad muerta de James. Está intentando resguardar a la familia Roy de un escándalo. ¡Dios! ¡Quiero gritarle! ¿Por qué no dejas que todos conozcan la verdad? ¿Por qué mentir tanto? Las mentiras son como la suciedad en una alcantarilla: tarde o temprano salen a la superficie, y cuando lo hacen, revientan todas juntas, salpicando mierda por todas partes.

—Baby, cariño... Esto se está volviendo cada vez peor.

—Lo sé, Gin. Por eso Jonathan tuvo que llamar a Freire. No se trata solo de nosotros, una cosa lleva a la otra. ¿Tienes idea de cuántas personas importantes están vinculadas a Sodoma? ¡La lista de practicantes es larguísima! Muchos de ellos pertenecen a la élite: miembros de la realeza, de la Casa Blanca, de la mafia rusa... —Baby se gira para mirarme, con tristeza en los ojos—. Jonathan se convierte en un blanco si un escándalo cae sobre él. Roy se arriesgó por mí cuando me liberó. Mi hermano sabía perfectamente las consecuencias y, aun así, me apoyó.

No se trata solo de un escándalo familiar, va mucho más allá. Cabos sueltos arrastran otros cabos. Cuando participé aquella noche, lo hice solo por curiosidad, solo por saber cómo era. Pero ahora veo que es algo mucho más grande, con una dimensión aterradora. Rostros ocultos bajo máscaras de silicona, deseos egocéntricos que rozan lo enfermizo... Es un festín para los medios. No habría un solo periódico en el mundo que no investigara a los practicantes de Sodoma.

—Dios, Esto es una completa locura.

—No. ¡Es Sodoma! —Baby se frota el rostro, baja los brazos y camina hacia mí—. Cuando mi padre la mató. —La comisura de sus labios se tensa, casi con repulsión. Y una vez más, Baby se refiere a ella como "esa mujer" y no como "mi madre".

—¿Tu madre? —Sus labios se aprietan un poco más, y simplemente asiente con la cabeza.

—Mi padre era un hombre frío, jamás mostró un sentimiento o una debilidad... pero tenía una: el amor enfermizo que sentía por ella. Lo perdió todo cuando perdió la cabeza por ella. Quedamos al borde de la quiebra, hasta que Roy asumió el control de todo. El Consejo no culpó a Jonathan por el escándalo de mi padre. La muerte de esa mujer desató varias investigaciones por parte de periodistas que querían saber más sobre él. Decían que participaba en alguna secta. —Baby se encoge, dejando a la vista su miedo—. Sodoma intervino antes de que comenzaran más especulaciones y salieran nombres. Muchas bocas fueron silenciadas, y todo volvió al anonimato.

—¿Hasta qué Jonathan tuvo edad suficiente para ascender dentro del Consejo? —Observo pensativa las marcas en mis muñecas.

—Sí. Porque saben que Roy es como nuestro padre: una mente tan maquiavélica como brillante. Pero hay algo que tienes que entender: el Consejo no perdona dos veces…

Jonathan no se casó solo para callar a Lorane. Se casó para proteger a Sodoma y salvar a los Roy. Si la hermana de esa arpía abre la boca o llega a descubrir la relación enfermiza entre Bob y su tía, eso dejaría a Jonathan expuesto. Un blanco perfecto que tendría que ser eliminado antes de que los medios comiencen una cacería de brujas.

—Así que por eso vino la abogada.

—Freire fue llamada porque Roy está perdiendo la paciencia. Si realmente hiciera lo que tiene ganas de hacer con ese hombre, Dexter ya estaría ahora mismo sirviendo de alimento para peces en el fondo del mar. —Baby se sienta a mi lado, dejándose caer con los hombros caídos—. Fue la gota que colmó el vaso para Roy, verte entrar a la biblioteca para hablar con ese entrometido. Se puso extraño…

—Jonathan ya es raro, Baby —digo en voz baja, sin entender por qué Roy está molesto.

Tal vez pensó que diría algo que los perjudicara, pero yo jamás haría algo así. Solo conté la verdad, únicamente lo que vi. Aunque Bob encabece mi lista de sospechosos de hacerle daño a Jon, no mentiría sobre los hechos. Odio mentir. Ya tengo bastante con Baby, que me hizo prometer que nunca hablaría con Roy sobre nuestras sospechas. Pero aparte de eso, dije la verdad. No vi nada. Cuando llegué, Bob ya estaba ahí, tirado en el suelo. No perjudique a nadie.

—No, Gin. Jonathan está más extraño que de costumbre —miro hacia su dedo, que roza mi muñeca, fijándose en el bulto que casi ha desaparecido de mi piel—. Está descontrolado y peligroso, exactamente como se ponía papá cuando ella estaba involucrada en algo.

—Baby, estás equivocada.

—Están yendo demasiado rápido... —Levanta el rostro y se muerde la comisura del labio, dejando ver su preocupación—. Jonathan puede ser un hijo de puta brillante, pero aún así reprime muchas cosas dentro de sí, cosas que no puede controlar. Tal vez no solo heredó la mente maquiavélica de nuestro padre. Esto no va a terminar bien, Gin.

—Solo estamos jugando. Es solo sexo…

—No solo están jugando a Sodoma, están llevando esto a otro nivel, a un vínculo tóxico. Y hasta yo puedo darme cuenta de que eso no es saludable.

—Jonathan no me ve de la manera en que estás insinuando. Tus padres se amaban. —dejo escapar las palabras con angustia. Baby está proyectando su historia familiar, creyendo que todo se repetirá.

Roy no habla absolutamente nada sobre su pasado. No tenemos ningún tipo de vínculo más allá del sudor y el sexo. Nunca me deja ver nada más de lo que él quiere mostrarme. Pero sé que,

en cierto punto, ella tiene razón: esto no es nada saludable, ni un poco. Sin embargo, no puedo culpar solo a Roy, porque cuanto más me da, más quiero. Y cuanto más quiero, más me ofrece, probando tanto sus límites como los míos.

—Puedes detenerlo cuando quieras. Solo tienes que decirlo, decirlo fuerte, con voz firme, en cualquier momento, y el juego termina.

Me quedo confundida mirando a Baby, sin entender qué quiere decirme.

—¿Decir fuerte qué? —Sus ojos se agrandan, sorprendida, pero enseguida su rostro se endurece en una mueca de enfado.

—¡La palabra clave que detiene el juego: Gomorra! Ese maldito ni siquiera te lo mencionó, ¿verdad? —Se levanta furiosa, caminando por el cuarto con pasos firmes—. ¡Claro que no lo hizo! ¡Hijo de puta manipulador!

—Baby, todavía no entiendo.

—Roy inventó ese juego para que los Amos pusieran a prueba sus propios límites junto a sus parejas. Czar fue el primero en probarlo. Ese hijo de puta ruso mantuvo a su sumisa, en aquel entonces, cautiva durante treinta días en un hospital abandonado.

—¡Dios mío! —Estoy en shock, con la boca abierta de horror.

—Obviamente, fue consensuado, Gin—Baby se ríe con nerviosismo y me da un golpecito en la frente—. Por el amor de Dios, ¡borra esa cara de espanto! Czar será un cavernícola, pero jamás obligaría a una mujer.

No sé si sentir alivio o seguir horrorizada por el hecho de que una mujer haya aceptado quedar cautiva durante treinta días en un hospital abandonado.

—Czar redefinió el significado de *sumisa*. Creo que esa chica sigue siendo adicta a él hasta el día de hoy. —Estoy perdiendo la cabeza con cada nueva información que recibo sobre este mundo de Sodoma.

—¿Y dónde entra Gomorra en todo esto? —Baby juega con las puntas de su cabello, enroscándolas en su dedo, mientras me lanza una mirada de reojo con una sonrisa traviesa.

—Escuché rumores de que Czar la estaba follando con el cuerpo colgando boca abajo, y ella ya no podía ni hablar de lo ronca que estaba. Murmuraba "morra", pero en realidad quería decir "mueve". Quería que él la moviera de las cuerdas porque estaba teniendo espasmos musculares por el orgasmo. Pero Czar estaba tan fuera de sí, que siguió dándole como un animal, sin parar —Baby se tapa la boca, riéndose, conteniendo una carcajada—. El idiota la estuvo follando como diez minutos más antes de darse cuenta de que la chica había entrado en parálisis. El ruso se volvió loco, creyendo que la había matado.

No puedo evitar reírme cuando Baby empieza a imitar al tal ruso, moviendo la cabeza como si estuviera desesperado.

—¡Ella decía MORRA, MORRA! —Baby pone voz grave, imitándolo de forma tan ridícula que me da hasta un poco de lástima por el pobre ruso—. El consejo entonces estableció "Gomorra" como la palabra clave de seguridad, una especie de sátira del Juego de Sodoma. Roy tenía que habértelo dicho, pero ese cabrón no es más que un Rumpelstiltskin malicioso que pensaba dejarte a oscuras.

Mi risa se desvanece. La sonrisa en mi rostro se borra poco a poco al entender lo que Baby acaba de decir. ¿Por qué Roy no me dijo cómo terminar el juego?

—Ahora ya sabes cómo terminarlo. Terminar con todo, en realidad. Con solo una palabra, él sabrá que ya no estás vinculada a él. Solo tienes que decirlo.

—¡Gomorra! —Recoloco mis pies sobre el colchón, flexiono las piernas y apoyo la barbilla sobre mis rodillas, con la mirada perdida en el suelo.

Dentro de mí no sé si estoy lista para detenerme, pero también soy consciente de que seguir así se está volviendo destructivo. Es como una droga, como el crack. Sabemos todo el

daño que provoca, pero el cuerpo sigue deseando esa maldita piedra.

Levanto los ojos hacia Baby, viendo su rostro borroso a través de las lágrimas que ya me inundan. No tengo fuerzas para parar. Estoy psicológica, física y emocionalmente atada a Jonathan, y no consigo salir de esta situación.

Baby me abraza, dejándome esconder el rostro en su hombro mientras me aprieta con más fuerza.

Yo me dejo llevar, liberando todas las lágrimas que llegan como olas altas y monstruosas, rompiéndose con cada sollozo desesperado de mi alma enferma.

CAPÍTULO 28



ALMA SUMISA

JONATHAN ROY

—Estás distraído, Roy. —Sus dedos, con uñas largas, se deslizan por mi brazo, haciendo que mi piel se erice de asco.

Mis ojos se fijan en el tapizado color caramelo del asiento del vehículo, mientras sujeto la puerta, apretando los dedos contra el metal.

—Gracias por haber venido, Freire. —Frunzo el rostro en cuanto su mano toca mi cuello, provocando que me encoja del hombro y que mi mandíbula cruja.

—¿Gracias? ¿Eso es todo lo que merezco, Roy? —Clavo mis ojos en los suyos, viendo lo que su alma oscura desea. Giro el cuello hacia el otro lado, apretando los dientes—. Pensé que merecía más, por los viejos tiempos.

—Ahí tienes tu respuesta, como tú misma dijiste: viejos tiempos. Solo eso, Freire, no lo olvides. Ya hiciste tu parte, lo reportaré al consejo. —Me aparto de ella, dejando sus dedos congelados en el aire, librándome de su toque.

—Claro. —Cierra la mano, pasa su bolso al antebrazo y saca sus gafas de sol de dentro—. Pero aún tienes esa misma mirada de aquel chico roto, el que se sometía a mí. Por un momento, olvidé quién eres ahora en realidad.

—No vuelvas a cometer ese error, Freire. Como tú misma me dijiste una vez: aprendo rápido. —Suelto la puerta del coche y meto las manos en los bolsillos del traje, mirándola.

—Sí, y tenías razón… Aprendes muy rápido. El alumno superó a la maestra tan bien que ahora ni siquiera desea sus caricias. —Freire inclina la cabeza hacia un lado, balanceando sus gafas en la mano, mirando hacia la mansión, esperando que yo niegue sus palabras, pero lo único que recibe de mí es silencio.

No quiero sus caricias. Freire me enseñó bien lo asfixiante que puede ser un simple contacto, sobre todo el suyo. Pero, curiosamente, una criatura peculiar, que habita ahora en la mansión, ha logrado que sucumba al roce suave de sus dedos y anhele más.

—¿Ella sabe la verdad, Roy? —La vena de mi sien palpita con fuerza y aspiro aire, con violencia hacia mis pulmones.

—Aquel día en la calle, cuando Gregovivk me contó cómo perdiste el control, y yo misma presencié con mis propios ojos esa escena tan peculiar con la chica torpe. —continúa—. Aun así, pensé que era una exageración, incluso cuando nos dejaste allí, abandonados, sin terminar la reunión sobre el próximo encuentro.

Mis dedos se aprietan con más fuerza dentro del bolsillo. Mi furia sigue siendo la misma que aquel día, al recordar a Ginger prácticamente arrodillada ante ese maldito ruso. Claro que, como Maestro, él reconoció las marcas en el cuello de Gin, y le gustó lo que vio. Pero yo no podía decir lo mismo, y solo no le partí la cara allí mismo, empapando el asfalto con su sangre, porque mi deseo por estrangular la garganta cremosa de la señorita Fox fue más fuerte.

—Czar y tú hablan demasiado —respondo con sequedad. Freire aún tiene los ojos entrecerrados y se encoge de hombros.

—Creo que, esta vez, tenemos razón. Yo la vi, ¿recuerdas? Y hoy, aquí en tu casa, pude notar en esos ojos tan expresivos el alma sumisa que lleva dentro. Pero la pregunta que me hago es: ¿qué te llevó a desearla de verdad? ¿Fue el Maestro ante su sumisa o fue

solo el joven Jonathan que yo misma pulí, quien vio en ella un reflejo, algo que te recordó a tu...?

Mi cuerpo avanza hacia ella tan rápido que la sobresalto. Sus espaldas chocan con el coche, y sus gafas caen al suelo.

Su pecho sube y baja de forma acelerada mientras me mira con nerviosismo. Bajo la vista hacía sus lentes, caídas junto a mis pies, y luego vuelvo a mirarla fijamente, notando su rostro maquillado.

—¡Arrodíllate, Freire, y recoge tus gafas! —dejo que mi voz rasposa expulse las palabras con aspereza.

Su boca se abre con asombro, negando con la cabeza, suplicando con la mirada que no la humille.

—Roy, no te atrevas a hacerme esto…

—¡No soy una joya para que tú me pulas! No cometas la estupidez de volver a pronunciar esas palabras. —Siseo con autoridad, con la mirada firme, sin apartarla de la suya. Su cabeza se inclina, en señal de sumisión, apretando aún más el bolso contra su brazo.

—Sí…

—¿Sí, qué, Freire? —Desvío el rostro hacia el coche, demostrando mi desprecio con cada segundo que sus hombros se encogen.

—Sí, Maestro. —confirmo con la cabeza, observando cómo su cuerpo se inclina hasta que sus rodillas tocan el suelo. Ella estira la mano, recoge las gafas con cuidado y permanece sumisa, esperando una orden.

—¡No olvides quién es el Maestro ahora, Freire! Ten eso presente cuando te dé por revivir viejos tiempos. Te puedo asegurar recuerdos tan amargos como los que tú me dejaste. —Saco las manos de los bolsillos, ajusto mi corbata y estiro el saco del traje—. Puedes retirarte.

Le doy la espalda y me alejo, dejándola ahí. Escucho el sonido de su auto arrancando justo cuando cierro la puerta principal de la mansión. Miro el vestíbulo vacío. La puerta de la biblioteca sigue abierta. Camino hacia ella y encuentro el cuarto desierto, pero el aroma suave del acondicionador de Ginger todavía flota en el aire.

Toleré a Dexter por demasiado tiempo y estoy deseando poner fin a su maldita curiosidad. Lorane, esa estúpida desgraciada, se dio un tiro en el pie y de paso me jodió a mí también al dejar que ese mocoso se metiera entre sus piernas. Ahora tengo que lidiar con la loca de su hermana y con ese detective de mierda.

Levanto la mirada hacia la escalera. Sé que Ginger está allá arriba. Sus ojos impertinentes, desafiantes, se trabaron con los míos en una batalla muda cuando salió de la biblioteca.

¿Qué estás haciendo, Roy?

Mi cerebro dispara siempre la maldita pregunta: ¿por qué me vuelvo vulnerable cerca de ella? Camino hacia mi despacho, intentando entender. Su curiosidad me hace querer enseñarle, pero Ginger se escapa de las reglas. Tal vez, al principio, la idea era exorcizar mis demonios del pasado mientras la pequeña saciaba su curiosidad, pero ahora todo está nublado.

La falta de control me golpea como un tren desbocado. Solo con inhalar su aroma, mi polla reacciona, despertando al recordar su interior caliente como el infierno, húmedo, deslizándose por mí. Siempre lista, siempre obediente. Puedo oler su ropa interior empapada cada vez que se la quito, y la guardo en mi bolsillo. Prácticamente, aparté un cajón entero en mi armario solo para acomodarlas.

El hecho de haberla compartido aquella noche en Sodoma con Baby me hace reconocer que la quiero aún más. Gin se entrega libremente, y aun cuando está en su punto máximo, pide más, y yo voy tras ello, hasta verla caer en picado. Las expresiones suaves de su rostro cuando el orgasmo la sacude, su piel que se eriza con cada caricia, los latigazos que marcan su cuerpo y se levantan como

fuego sobre su piel. Es ahí donde la tengo, tan libre en su verdadera naturaleza: una sumisa obediente.

Me doy cuenta de que necesito estar dentro de esa concha lo máximo posible, solo para encadenarla a mí. Cuando se aleja o está distante, mi alma dominante la busca con desesperación. Llevo tanto tiempo paralizado dentro de mí, encerrado entre mis propios demonios, que me asusta necesitarla tanto.

Cierro la puerta del despacho, camino hacia el cuadro del pantano. Mi alma sigue igual que él: inerte y bloqueada dentro de mí. Pero esos ojos negros han conseguido atravesar el lodo, infiltrarse como una pequeña araña que teje su telaraña entre las ramas de los árboles.

—Roy… —Su mano, abierta sobre mi rostro, desliza los dedos hacia mi cabeza, clavando sus uñas en mi cabello, mientras deja que sus caderas se muevan libres con cada embestida, tragándose mi polla tan profundo como puede, ordeñando cada chorro de semen que estalla dentro de ella, mezclándose con su propio orgasmo.

Montada sobre mí como una amazona que acaba de regresar de una gloriosa batalla, con el cabello revuelto y una sonrisa perezosa en la comisura de los labios, apoya su frente en la mía, respirando entrecortadamente. La atraigo hacia mí, deslizando mis manos por su espalda, y me acomodo en el borde del sofá, dejando que mis piernas sostengan el peso de su cuerpo desnudo. Sus muslos redondeados y suaves se rozan contra mis costados, frotándose con mi pierna.

El suspiro que escapa de sus labios viene acompañado de un gemido tan dulce que la obliga a morderse el labio inferior cuando impulso mis caderas hacia arriba, solo para sentir su sexo sensible una vez más. Inhalo el aroma de su humedad, que se libera en el aire, impregnando desde mi piel hasta las paredes del despacho con su esencia dulce y embriagadora.

Sus brazos se enroscan en mi cuello, entrelazando los dedos en mi nuca. Su cuerpo se abandona hacia atrás, completamente entregado. Es hermosa la forma en que me brinda su confianza,

sabiendo que no la dejaré caer, que la sostendré contra mí. Sus gestos de sumisión son tan naturales como el aire que respira.

Acaricio su espalda, observo una gota de sudor que recorre su garganta y baja por el valle de sus pechos hinchados, mientras ella lucha por recuperar el aliento. Su piel, brillante, arde como una hoguera viva. Una sonrisa descarada se dibuja en sus labios cuando cierra los ojos, dilatados por el deseo.

—¡Dios! ¡Vas a matarme, Jonathan! —su voz baja susurra, perdida en su propia euforia, intentando recuperar el aliento entre jadeos apresurados.

Inclino la cabeza y froto mi rostro contra su vientre caliente, deslizando mis dientes por su piel hasta alcanzar el lateral de su pecho, mordiéndolo suavemente, arrancándole un gemido bajo. Su sexo, aún empapado, se contrae alrededor de mi polla, que continúa enterrada dentro de ella. Ginarde, deliciosa, tan exquisita como una gota de lluvia en un día abrasador. Quiero follarla hasta que su cuerpo jamás tolere otro contacto que no sea el mío. Me descubro ansiando todo lo que esa joven indecente guarda encerrado dentro de sí. Quiero ser dueño absoluto de su alma y de su carne. Quiero hundirme en su cuerpo húmedo cuando su necesidad sea urgente, cuando me ruegue por mi toque; quiero su piel marcada por mis dientes y mis palmadas. Follar con Gines el paraíso, con el cielo y el infierno reflejados en sus ojos negros. Su amor joven y salvaje es como un coyote indomable que lo desea todo, y yo se lo doy solo para tenerla aún más atada a mí.

—Creo que es más probable que ocurra al revés, mi súcubo —murmuro entre dientes, profundizando la mordida sobre su pecho.

—Eres tú el demonio sexual insaciable —susurra mientras acaricia mi nuca, estirando su cuerpo rendido. Sí, soy un maldito demonio envuelto en lujuria cuando ella está entre mis brazos.

Beso la marca de la mordida que ha quedado visible, enderezo mi cuerpo y la atraigo de nuevo hacia mí cuando mi espalda se acomoda en el respaldo del sofá. Su mano aparta el desorden de sus rizos y me regala su mirada. Esa pequeña mujer

curiosa tiene unos ojos que me atrapan el alma, que me sacan de mi zona de confort, y ni siquiera imagina el estrago que causa.

Gin desliza sus dedos curiosos por mi pecho, recorriendo mi torso con suavidad. Las puntas de sus uñas se detienen justo cuando rozan el vello de mi pecho, arrancándome un suspiro ante la caricia. Sus ojos se alzan hacia los míos, siempre inquisitivos, queriendo saber hasta dónde puede llegar.

Relajo mi cuerpo, dejando que haga lo que quiera, mientras observo cada uno de sus movimientos. Su mirada se detiene en las marcas que dejó en mi hombro, arañazos finos con una línea de sangre delgada.

—Creo que me emocioné demasiado —susurra, apretando los labios y mordiéndose la comisura, como si dudara de lo que hizo.

Y entonces me deja sin aire. Su rostro se inclina hacia el mío, y sus labios rozan mi hombro, dejando un beso sobre la herida. Siento el roce de su lengua deslizarse por el arañazo, y luego el leve tirón de sus labios succionando la gota de sangre. Me dejo llevar por la sensación, tan intensa como inesperada.

—¿Qué estás haciendo, pequeña Náutilus? —mi voz sale entrecortada, acompañada de un bostezo, mientras recuesto la cabeza en el respaldo del sofá y nos acomodó con calma.

Mis manos se aferran a su cintura, presionando su piel caliente mientras me dejo llevar, sin preocuparme por nada más. Ginhace que todo lo que nos rodea desaparezca, me deja perdido únicamente en los movimientos suaves de su cuerpo sobre el mío.

—Besé tu herida para que sanara. —Su voz baja es tan traviesa como su lengua felina que recorre mi piel. Abro la mano y le doy una palmada suave, arrancándole una risa ligera.

Dentro de esta habitación, parece que nada tiene tanta importancia como antes: los papeles sobre la mesa que esperan mi firma; los correos que quedaron en segundo plano, sin urgencia por responderlos, completamente olvidados en el momento en que la

arrastré hasta la oficina, cuando la encontré en los pasillos, caminando en su propio mundo con los auriculares puestos.

Sus dedos curiosos vuelven a enredarse en el vello de mi pecho, mientras su otra mano descansa sobre sus piernas.

—Every time I see you, oh, I try to hide away. But, when we meet, it seems I can't let go... —la escucho tararear en voz baja, entre susurros suaves, casi inaudibles.

—¿Qué estás cantando? —Tiro de su cintura con una mano, sintiendo su pelvis apretarse contra mi abdomen. Respiro despacio, disfrutando del placer de tener mi polla aún enterrada en su interior, notando cómo se contrae cuando la acerco más a mí.

—Fading Like a Flower. Estaba oyendo esa canción cuando me atrapaste como si fuera un corderito y me trajiste a tu oficina. —Sonrío, jodidamente feliz de haberlo hecho. Si no fuera porque estábamos cerca del cuarto de tía Charlotte, probablemente la habría tomado contra esa pared.

—Crecí escuchando esas canciones antiguas con mi padre, y acabé cogiéndoles cariño. ¿Has escuchado a Roxette?

—Soy viejo, pero no tanto, pequeña Náutilus. —Me pellizca suavemente los vellos del pecho, y de inmediato mi mano le da una palmada más fuerte en la nalga.

—Un viejo pervertido. —Esconde el rostro en mi hombro, frotando sus mejillas contra mi piel y besando mi mentón cuando gira el rostro.

A mi piel le gusta su toque, igual que a mi boca le gusta moldearse con la suya, haciéndome querer siempre más de los besos peligrosos que me da. Siento el aire tibio que sale de su boca mientras respira con suavidad. Sus dedos juguetones en mi pecho se levantan, rozando mi garganta, haciendo que mi cuerpo se tense al sentir la yema de su dedo tocar la cicatriz. Gin se asusta de inmediato, alejándose de mí al ver mi mano sujetar su muñeca con fuerza, apretándola entre mis dedos. Su pecho sube y baja acelerado, haciendo que sus senos se agiten con cada respiración.

Baja la mirada a la cicatriz, con la punta de su uña rozando la línea. Sus ojos asustados me dicen lo que sus labios temblorosos no pueden expresar en palabras.

—¿Qué más te contó Baby? —Intenta zafarse de mi agarre, pero aprieto su muñeca con más fuerza y la atrapo contra mí con el otro brazo, rodeando su cintura.

Me despego del respaldo del sofá, dejando mi rostro a escasos centímetros del suyo, sin perder ni un segundo el contacto con sus ojos negros. Gin mantiene la vista fija en la cicatriz, y su miedo me arranca un gruñido áspero cuando cierra los ojos, negándome su mirada. Suelto su muñeca solo para tomarla del cabello, tirando fuerte hasta que abre los ojos. Su respiración es entrecortada, agitada, mientras aprieta los párpados con fuerza, lo que provoca aún más mi furia por sentirla alejándose así de mí.

Puedo tener mi polla enterrada en su cuerpo, pero cuando aparta sus ojos de los míos, me siento incompleto. La sangre me hierve en las venas. ¡Necesito saber qué más le contó esa maldita bocona de Baby!

—¡Responde la pregunta, Ginger! —gruño ronco, tirando con más fuerza de sus rizos. Finalmente abre los ojos, dejándome ver el miedo que habita en ellos cuando fija la mirada en mí.

—Que eras suicida... —Mi piel siente sus dedos temblorosos extendiéndose sobre mi pecho—. Ella no me contó nada más, Jonathan.

Sus hermosos ojos son un libro abierto, y ya no hay miedo en ellos, solo dolor. Siento la punzada que me hace girar el cuello hacia un lado.

—¿Te dijo que mi polla solo sirve para follar y que no puedo tener hijos? —El murmullo que escapa de sus labios es tan suave que apenas lo escucho, mientras ella se encoge. Vuelvo mi atención a su rostro.

—Sí, Roy... —Mis dientes se abren, como los de un perro rabioso. Cuando, en un impulso de valentía, vuelve a tocar mi

garganta, aprieto aún más fuerte su cabello, escuchando el gemido bajo de dolor que se le escapa.

Y aun así, su dedo no se detiene. Sigue ahí, recorriendo la cicatriz, deslizándose poco a poco, tan suave y letal como la hoja que la causó. Siento mi corazón golpear el pecho, desbocado, acelerando más y más con cada segundo en que sus ojos se fijan en la marca antigua. Su cabeza se ladea con una suavidad tan frágil, que cierro los ojos para no sentirme tan expuesto, tan desarmado bajo su toque. Es como si la herida, al roce de su dedo, empezara a deshacerse, abandonandome.

Anestesiado y todavía intentando recuperar el control, mis dedos aflojan la presión en su cabello, pero no la sueltan. Todo me aplasta desde dentro, la parálisis vuelve. El aire cálido que roza mi piel trae de regreso memorias prohibidas, enterradas hace mucho en mi interior.

—Fue solo eso, Roy. Eso fue lo único que ella me dijo. —La voz de Gin es embriagadora, como una dosis de absenta.

Mi conciencia se pierde dentro de la vieja mansión que es mi mente, arrastrándome por habitaciones destructivas y abandonadas que había encerrado tiempo atrás. Cuanto más vago dentro de ella, observando sus estancias, más decadencia, encuentro entre sus paredes podridas, cubiertas de moho. Mi mente es una mansión solitaria, llena de dolor y recuerdos amargos que solo contienen ecos de llanto, una cólera olvidada hace mucho, dejándome paralizado. Recuerdos reflejados en los espejos y en los muebles polvorientos, repletos de oscuridad y sufrimiento.

Si bajo por la escalera, al final de ella, allá en lo más profundo, encontraré la versión más brutal de mí mismo, esa que solo emerge cuando pierdo el control. Pero yo lo retengo, lo mantengo entre mis manos. ¡No quiero ir ahí! Esa es la única puerta que nunca cruzo, porque sé que ella me espera del otro lado.

Los golpes resuenan como estallidos secos, traídos por memorias crueles. No puedo culpar a nadie, porque fui yo mismo

quien se encerró en esta mansión solitaria, paralizando mi alma y congelando todas mis emociones.

Pero Gin es una araña. Una pequeña araña que consigue infiltrarse por las rendijas abiertas de las paredes oscuras en que se ha convertido mi mente. Puedo ver las grietas que se forman, como si fueran destellos de sol, cada vez que sus labios reposan tímidos sobre mi cicatriz, dejando un beso casto y avergonzado.

Con cada nuevo beso sobre la cicatriz, más grietas se abren. Mi mano suelta su cabello, respiro con delirio y paso mis dedos por la suavidad de sus rizos ondulados. Y como respuesta, mi mente apenas entre abre esa puerta y una mano pequeña, tan delicada, se hace presente con su muñeca fina.

"Buen chico… ven aquí."

Aprieto la mandíbula con amargura. Su voz me duele. No recordaba cuán suave y alegre podía ser. No quiero recordarlo, no quiero oírla, porque eso solo me traerá a la mente su sonrisa serena.

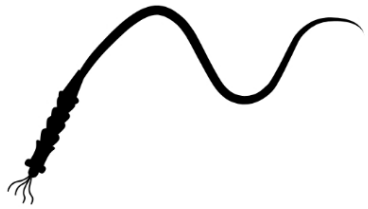
Cierro aún más los dedos con fuerza, abrazando a la pequeña mujer desnuda que descansa sobre mi regazo. Siento sus manos sostener mi rostro con delicadeza, como una luz que me alcanza, arrancándome de la parálisis en la que me encuentro. Abro los ojos, recibiendo su último beso, y me pierdo en esos ojos negros, tranquilos como un mar sin olas.

—¿Por qué hiciste eso, Gin? —Su pulgar acaricia mi barbilla, permitiéndome ver todas sus emociones, esos sentimientos que no crecen dentro del pantano muerto, que es mi alma, pero los deseo. Los deseo como si fueran mi rayo de sol, disipando la oscuridad de esta mansión. Mi pequeña Náutilus, mi submarino valiente que se aventura por los mares turbulentos que me rodean.

—Para sanar tus heridas, mi Maestro.

Su cuerpo se mueve lentamente, acercando sus labios a los míos, y me besa con dulzura. Es una criatura pequeña y valiente, una arañita. Una pequeña araña que va tejiendo sus hilos en las paredes de mi mente, y por un instante me pierdo en sus labios

cálidos y suaves. No quiero que se aleje. La quiero aquí. Ya no quiero estar solo dentro de esta mansión solitaria que es mi mente.



Su cabello cae por la espalda, dejando a la vista solo los dos finos tirantes del vestido sobre sus hombros. Sus pies pequeños golpean el suelo lentamente, al ritmo de la música que suena en los auriculares que lleva puestos. Miro a mi alrededor, observando la biblioteca en completo silencio, donde solo ella se encuentra, buscando alguna lectura. Ginno bajó a cenar; pasó todo el día encerrada en la habitación con Jon y Baby, y su ausencia me dejó irritable, como si me estuviera castigando. A la hora de la comida, solo Baby estuvo presente. El plato quedó intacto, la comida incomible, mientras mis ojos se clavaban una y otra vez en la silla vacía frente a mí.

—¿Por qué no bajó? —Baby me mira, encogiéndose de hombros mientras se limpia la boca al masticar.

—No lo sé, dímelo tú. —Aprieto el vaso con demasiada fuerza, trabando la mandíbula y recibiendo de Baby una mirada reprobatoria.

—Jon prefirió cenar en la habitación. —Lorane deja oír su voz, lo que solo contribuye a mi falta de apetito.

—Jonathan, aún no hemos hablado sobre cómo está la situación. —Desvío la mirada de Baby hacia ella, apretando los dientes, conteniendo mis impulsos de matarla a sangre fría, ahogarla con esa maldita botella de vino, metérsela en la boca y obligarla a tragarse hasta la última gota.

—¿No vas a cenar, querido?

Me levanto de la silla, negando con la cabeza hacia tía Charlotte. Lanzo una última mirada a la silla vacía, aprieto los dedos

a un lado de mi cuerpo y me retiro del comedor. Cruzo el vestíbulo con pasos duros, cuando escucho que me llaman:

—¡Jonathan, espera...! ¡Mierda, Roy, espera! —Baby se precipita para sujetar mi brazo, pero lo suelta enseguida, cuando miro su mano y luego vuelvo a su rostro en una advertencia silenciosa—. Roy... —Pasa los dedos por su cabello, nerviosa, echándolo hacia atrás mientras inhala con agonía—. Déjala. Necesitas alejarte de Gin.

—¿Quieres que me aleje, tú… o ella?

Alzo una ceja, dilato las fosas nasales y respiro con fuerza. Su cuerpo se encoge. Levanta la mirada hacia lo alto de la escalera y cruza los brazos, abrazándose a sí misma. Baby siempre hace eso cuando está angustiada, cuando se siente acorralada.

—Ella no lo dijo. De hecho, Gin no dice nada. Pero ya basta, Jonathan. —Su rostro se vuelve hacia mí, mirándome con dolor—. Es evidente que esto no va a terminar bien. La estás empujando demasiado rápido. ¡Llevas tres semanas seguidas follándotela! Gin está visiblemente dependiente.

—No recuerdo que te quejaras cuando fue ella quién te folló a ti en ese cuarto.

La cara de Baby se tiñe de rojo, la indignación arde en su mirada.

—Lo que pasó fue distinto, y por eso te lo conté. Porque ninguna de las dos lo planeó, no fue parte de ningún juego enfermizo, simplemente ocurrió. —Sí, lo sé. Y no culpo a Baby por perderse en esos ojos negros.

—Aun así, por más que haya pasado, tú conocías las reglas. —La encaro, viendo cómo se queda en silencio.

—¡Oh, al demonio, Jonathan! Ya te dije que no fue algo planeado. Y sí, sé perfectamente que no debí acostarme con ella, porque está involucrada contigo. —Niega con la cabeza, con disgusto, bajando la mirada al suelo—. También te dije que hay muchas formas de amar, y yo la amo de todas ellas. Su amistad me

hace feliz, Roy. Y es precisamente por esa amistad que sé que esto no va a terminar bien. Así como conozco las reglas de tu juego, también conozco las consecuencias.

Baby suelta los brazos y se frota el rostro con dolor, volviendo a mirarme con temor.

—Por favor, Jonathan. Libérala. Déjala terminar estas últimas semanas y volver a su casa mientras aún le queda una vida por delante. —Ginger se irá pronto. Trato de no pensar en cuánto me incomoda esa idea—. Ponle fin a esto antes de dejarle una marca que no se borre jamás. —Los grandes ojos de Baby se posan en mi mano, y toma mis dedos entre los suyos—. Tú, más que nadie, sabes el daño que pueden hacer las heridas que no sanan…

El sonido de una discusión viniendo del comedor hace que Baby se gire, mirando hacia donde tía Charlotte y Lorane están peleando.

—Solo piénsalo, por favor. —Se aleja apresurada, yendo a detener la pelea.

Observo la escalera, conteniendo el deseo de subir y estar con ella. En lugar de eso, me muevo en silencio hacia mi despacho, abastecido de recuerdos de su cuerpo cálido y suave. Estoy enfermo por seguir reviviéndolos una y otra vez. Enciendo la computadora y reproduzco de nuevo la canción que ella había susurrado para mí, y Ginme habla, a través de esa melodía, de lo que su corazón siente. Recuesto la silla hacia atrás, giro el cuerpo y me pierdo entre el pantano y la letra de la canción.

"En una época en la que el sol se oculta en soledad Recorrí un largo, largo camino lejos de casa

Para encontrar un corazón hecho de piedra

Lo intentaré, solo necesito un poco de tiempo

Para sacar tu rostro de mi mente

Para ver el mundo con otros ojos

Cada vez que te veo, oh, intento esconderme

Pero cuando nos encontramos, parece que no puedo dejarte ir

Cada vez que sales de la habitación

Siento que me marchito como una flor

Dime por qué…

Cuando grito, no hay respuesta

Cuando busco, no hay nada que encontrar

Cuando duermo, me derrumbo y lloro…"

Mis dedos, apretados con fuerza contra el reposabrazos de la silla, se contraen hasta que los nervios se tensan y saltan. Siento la parálisis desestabilizarme. Baby tiene razón, esto no va a terminar bien.

La observo distraída de mi presencia, como una pequeña ratoncita que se desliza hacia la biblioteca, usando el silencio apático de la noche en la mansión para buscar distracción. Ginger desordena toda mi concentración, sin tener idea del efecto que su ausencia tiene en mí. Camino con lentitud, dejando una breve distancia entre nosotros. Una maldita distancia que me permite inhalar su aroma y llenar mis pulmones con él.

Gin se encoge de hombros, aprieta los dedos contra la estantería, respirando con suavidad. Inclino mi cabeza hacia adelante, enterrándola en su cabello solo para aspirar su dulce olor, ese que tanto me calma. Mis brazos se convierten en jaulas, colocándose a cada lado de su cuerpo, encerrándola entre mí y los libros.

Soy un bastardo enfermo. Lo sé. Porque aunque lo correcto sería dejarla ir, como Baby me aconsejó, aún la quiero conmigo. De todas las formas en las que intenté matarme, quedarme al lado de Gin es el suicidio más lento y tortuoso que haya elegido.

Sus dedos se sueltan de la estantería. Se gira lentamente, con la mirada baja, sosteniendo su móvil en las manos. La música aún

suena baja, haciéndola parecer más joven de lo que realmente es, con el aire tímido de una adolescente. Pero sé que es una diosa lasciva, mi tortura, mi súcubo. Delicada y letal.

Cuando por fin sus ojos negros se elevan y me atraviesan con la mirada, puedo leerla por completo. Lo que hay allí es peligroso. Tan tentador como cruzar las puertas del paraíso sabiendo que mi alma está condenada al infierno. Se quita los auriculares, dejándolos caer sobre sus hombros, y me castiga cuando desvía los ojos de los míos.

—¿Por qué no bajaste? —Intento mantener mi tono menos áspero, pero fracaso. Su cuerpo se encoge aún más.

—Jon prefirió cenar en el cuarto. —Muerde sus labios, apretando el móvil entre sus manos.

Siento un muro entre nosotros. Es como si ella se estuviera volviendo inalcanzable. Necesito sus ojos fijos en los míos para no perder la razón, y sin poder contenerme más, sujeto su rostro y la acerco a mí. Sus ojos negros están cansados, una chispa de tristeza brilla por unos segundos en sus pupilas, pero se apaga cuando parpadea. Las líneas marcadas alrededor de sus ojos hinchados me confirman que ha estado llorando, y lo único que deseo es enterrarme tan profundo dentro de ella que logre recuperar esa sonrisa pícara que aparece en sus labios cuando su cuerpo ha sido saciado.

—Tengo que subir, Jon y Baby me están esperando. —Su mano intenta apartar mis dedos de su rostro, pero la detengo, pegando mi cuerpo al suyo.

Un suspiro bajo escapa de su boca cuando mis labios rozan su cuello, provocándole un escalofrío.

—¿Quieres que pare, Gin? —Susurro, mordisqueando su piel suave.

—Roy, yo solo… —Acaricio su espalda con mi otra mano, mientras llevo mis dedos hasta su cabello.

—Dímelo. —La atraigo aún más hacia mí.

Ginger se va deshaciendo poco a poco, rindiéndose con suavidad, y soy un maldito por utilizar cada parte de su propio cuerpo en su contra pero no estoy listo para detenerme. Aún no. No cuando el verdadero adicto soy yo. Baby se equivoca al respecto. Mi dependencia por Gincrece a cada segundo. Necesito tenerla cerca, sumisa, tan mía como jamás podrá ser de nadie más.

—Jonathan, no lo sé. —Su voz se pierde entre gemidos bajos, con sus ojos dilatados ardiendo como una fogata.

—¿Por qué pasaste todo el día encerrada en tu habitación? —Froto mi rostro contra su mejilla suave, arrastrando mis labios hasta su oído, donde la muerdo con suavidad. Su mano libre presiona mi pecho, con sus dedos tímidos intentando poner algo de distancia entre nosotros.

—Necesitaba pensar. Roy, por favor, no hagas esto. —Pero sus piernas carnosas desmienten lo que sus labios murmuran, abriéndose más cuando mi mano acaricia su vientre.

Su pecho sube y baja con cada bocanada de aire que toma, y sus senos se inclinan hacia adelante. Mis ojos se deslizan hasta ellos, tan llenos y redondos bajo el vestido con escote en V, con los pezones rígidos apuntando bajo la tela, como flechas dirigidas hacia mí.

—Respóndeme, Gin. —Sus uñas se aferran a mi camisa justo cuando invado la falda de su vestido, acariciando la parte frontal de sus bragas sintiéndola cada vez más húmeda—. ¿Qué deseas, Náutilus?

Levanto el otro brazo y apoyo mi mano en la estantería, cerca de su rostro, observando cómo ladea su cabeza, usándome como soporte. Sus dientes raspan la tela, mordiéndola para ahogar sus sonidos. Gin se tensa, llevando su rostro hacia mi pecho, escondiéndose mientras mis dedos giran en círculos sobre ese nervio duro que es su clítoris. Sus gemidos suaves, acompañados por la humedad de su ropa interior, me dan la respuesta que sus labios no se atreven a pronunciar.

—Roy, la puerta… ¡Oh, Dios mío!

¡Que se joda la puerta! Me privó de su toque, de su calor, expulsando de mí cada segundo de su ausencia. Robo su boca para hacer la mía, tengo su trasero atrapado entre mis dos manos mientras la levanto del suelo. Gin se aferra a mi cuello, respirando con dificultad, y enrosca sus piernas alrededor de mi cintura. Camino con pasos firmes hasta detrás de la estantería, usándola como escondite para proteger su cuerpo. La pequeña mesa que hay en la esquina, entre la estantería y la pared, sirve de apoyo para sostener su trasero.

Una de mis manos va al frente, quitándole el móvil de los dedos, mientras la otra regresa exactamente a donde estaba: entre sus piernas.

—Colócate los auriculares —ordenó con voz baja, pero firme, dejando claro que no es una petición.

—Roy, por favor… —Su voz es un lamento apenas audible mientras aprieta los ojos, sujetando mi muñeca con una débil intención de detener mi mano.

Pero yo avivo su deseo, acariciando su cuerpo por encima de sus bragas.

Divido mi mirada entre su rostro y la pantalla del móvil, tecleando con rapidez: *Hole in my Soul*, de Aerosmith. En cuanto encuentro la canción, dejo el aparato a su lado y coloco los auriculares en sus oídos. No puedo hablar. No encuentro palabras para llegar hasta ella, y cualquier cosa que dijera ahora estaría impregnada de rabia, de la frustración que me provocó su distancia durante todo el día.

Sus manos se aferran a mis hombros con más fuerza cuando la melodía comienza a sonar. Esa canción es la única forma que tengo de mostrarle lo que me está causando. La acerco al borde de la mesa, tomándola con firmeza, reclamando ese cuerpo que me pertenece.

Mi respiración se agita, mis movimientos son precisos y determinados. No hay tiempo para más palabras, solo la necesidad de hacerle sentir todo lo que llevo acumulado. Cada roce, cada suspiro, es una súplica muda de que no se aleje más. Porque aunque no lo diga en voz alta, ella es mi obsesión, mi perdición y la única que puede aliviar el vacío dentro de mí.

Esta es la única manera en que puedo mostrarle lo que me está haciendo. Arrastro su trasero hasta el borde de la mesa, haciéndole darme acceso total a su cuerpo. La cremallera de mis pantalones ya está bajando con la misma agilidad que utilizo para mover las malditas bragas hacia un lado. Me hundo dentro de su coño con una sola embestida. Entonces, Gin jadea, su cuerpo cae hacia atrás, succionándome con tanta presión hacia el horno que su cuerpo esconde.

¡Maldición! ¡Quiero eso! ¡Mataría solo por estar en el maldito lugar en el que está mi polla ahora mismo! Muevo mis caderas en embestidas profundas, tomándola por completo, saliendo solo para volver a entrar tan profundo como antes. Su pecho se balancea con gracia con cada sacudida que recibe su cuerpo mientras nuestras caderas chocan.

Bajo la parte delantera de su vestido, liberando sus pechos, que me dan la mejor vista de ellos rebotando mientras la follo profundamente. Bajo mi cabeza, capturando a uno de ellos para mí, y en respuesta ella infla aún más su pecho, para dejarme mamar como un ternero hambriento. Soy un perro que la toma, sintiendo tanta necesidad de satisfacer mi hambre por ella como siento el placer infernal que es su sensual coño.

Gin abre los ojos y se aferra a mis hombros con más desesperación. Su suculenta boca se abre, queriendo liberar los gemidos que nacen en sus entrañas, pero los restringo con mi mano, tapando su boca y amortiguando los gemidos. Mis ojos no se apartan de los suyos ni por un instante. La tengo completamente para mí. Necesito que comprenda lo que estoy haciendo, lo que soy,

en lo que me he convertido y lo que su maldito amor significa para mí.

"Da un paseo fuera de tu cabeza

Dime cómo se siente ser

El que gira el cuchillo dentro de mí..."

La azoto más fuerte, haciendo explotar mi polla en su coño con tanta presión, haciéndola ahogar, inclinando su cabeza hasta que su frente quede presionada contra la mía. El sonido de la melodía sale bajo, mezclándose con mi respiración agitada.

"Échale un vistazo y verás que no hay nada ahí, niña.

Sí, lo juro, te lo digo, niña, sí, porque

Hay un agujero en mi alma que me ha estado matando durante mucho tiempo..."

Sus piernas se aprietan alrededor de mi cintura, soportando los impactos. Sus ojos brillan con rastros de lágrimas que comienzan a formarse. Gin hunde sus dientes en mi piel, haciéndome sacar mi dolor cada vez que mi polla entra en su cuerpo, sin rastro de remordimiento. Su espalda golpea la pared y tira de mis hombros con sus manos, haciéndome ir con ella, presionando mis muslos sobre la mesa. Mis manos agarran su cintura con fuerza, impidiéndole alejarse.

"Es un lugar donde nunca crece un jardín.

Hay un agujero en mi alma, sí, debería haberlo sabido..."

Ella niega con la cabeza al ritmo de la melodía, entregándose por completo. Su cuerpo me recibe con abandono, sin reservas. Suelto sus caderas y enredo mis dedos en su cabello, atrayéndola hacia mí. Nuestras frentes se tocan, y respiro con dificultad,

manteniéndome profundamente dentro de su mirada, de la misma manera que mi polla se pierde entre las paredes húmedas de tu coño hinchado. Una de sus manos se desliza de mi hombro, y siento sus dedos rodeando suavemente mi muñeca. Entonces veo cómo sus lágrimas calientes resbalan por su rostro, deteniéndose sobre mi mano. Veo las lágrimas calientes corriendo por tu rostro y deteniéndose en mi mano, froto mi nariz contra la tuya.

"Estoy seco como una sequía de siete años
Mis lágrimas se convirtieron en polvo
Y estoy completamente vacío
A veces me siento roto y sin posibilidad de reparación…"

Sus dientes se aprietan con más fuerza, y su otra mano se cierra en un pequeño puño que golpea mi hombro, mientras sus ojos nublados se rinden al dolor y sus lágrimas caen sin resistencia. Libero su boca, entrelazo su mano con la mía y la llevo hacia la parte posterior de su cuerpo.

Mi lengua sale a su encuentro, deslizándose por su piel, robando cada lágrima que se entrega a mí. Soy un bastardo problemático, lo sé, porque el sabor salado de su tristeza me inciende como gasolina, duplicando mi deseo y reafirmando la verdad que grita en silencio: este cuerpo pequeño, tembloroso, me pertenece.

Escucho sus sollozos ahogados mezclándose con los gemidos de placer. Su coño cremoso, tan hambriento, me succiona dentro de ella, como un torniquete apretando mi polla, y me deja saber que Gin está al borde de caer al orgasmo. Me arrastro con ella hasta el clímax, liberando mi propio semen. Su brazo libre envuelve mi cuello, dejándome tomar sus labios. Gin me da la bienvenida, clamando por más. Con cada suave roce de lenguas, me entrego de la misma manera que cargo su alma con la mía. Gin es la forma más tortuosa que encontré de acabar con mi vida, porque es solo con ella,

precisamente aquí, entregándose por completo, qué deseo vivir. Y lo hago.

Me siento en caída libre cuando ella llega al correrse intensamente, besándome con furia, apretando aún más por dentro alrededor de mi polla. Los músculos de mis piernas se tensan al sentir los temblores recorriéndome, como si fueran los suyos traspasando a los míos, y exploto en fuertes chorros de semen que se mezclan con el de ella.

Apoyo mi frente en la suya y rodeo sus espaldas con los brazos, acariciando su piel, atrayéndola hacia mí hasta que su pecho roza mi camisa con la punta de sus pechos. En cada intento por recuperar la respiración, la abrazo con más fuerza, como si pudiera dejarla atrapada para siempre entre mis brazos. Sus ojos se abren suavemente, se clavan en los míos, tan perfectos, incluso enrojecidos por el llanto. Y, por ese segundo, solo me dedico a observar cada rincón de su pequeño rostro. Hago una fotografía mental de sus iris, que enmarcaría y dejaría colgadas en medio de las paredes destruidas de mi mente, eternizándolas entre mis recuerdos.

CAPÍTULO 29



ELLA

CHARLOTTE ROY

—A ver si no te desmayas ahí dentro de ese baño y terminas muerta. —Salgo del baño después de lavarme las manos sucias, esas que Baby me llenó de crema, y vuelvo a buscar mi botella de licor. Baby camina hacia la puerta de la habitación, riéndose mientras se dirige a su cuarto.

—Si no he muerto con tanta mierda en esta familia, no van a ser tres tragos de whisky los que me desequilibren y me tiren al suelo, ¡aberración! —Contengo la risa, sabiendo que no va a llegar ni a cruzar la puerta antes de volver para seguir discutiendo. Tal vez se tome unos tragos más conmigo y alarguemos la noche.

Lleno mi vaso con el líquido dorado que, durante muchos años, se volvió mi amigo más fiel, el que adormece mi alma. Giro el cuello para ver por qué Baby tarda tanto en responder mi provocación; nunca desaprovecha un duelo verbal. Pero Baby no contesta, tiene el rostro asomado hacia afuera, estirando el cuello delgado y mirando al pasillo. Noto que se apoya en la pared para sostenerse.

—¡Qué desgraciado! —susurra con rabia.

Dejo la botella sobre la cómoda y voy a ver qué hizo que Baby refunfuñara.

—Luego la cotilla soy yo —digo mientras empujo apenas la puerta para asomar la cabeza por debajo de su brazo levantado y miro hacia el pasillo en penumbra.

—Y lo eres, tanto que estás aquí ahora, espiando —gruñe por encima de mi cabeza, entre dientes.

—Solo quiero saber qué fue tan importante como para callar esa bocota tuya —replico en voz baja, entornando los ojos para poder distinguir qué es esa sombra más adelante.

—¡Mentirosa! Solo viniste porque eres una momia curiosa. —Me recargo en la puerta, empujándola suavemente. La espalda de Baby choca con el interruptor y, sin querer, apaga la luz del cuarto, dejándonos a oscuras.

Tanto Baby como yo estiramos aún más el cuello para seguir los pasos lentos de Roy, con la cabeza baja, sin darse cuenta de que lo espiamos, pero yo sé perfectamente hacia dónde se dirige.

—¿Dónde está Jon? —susurro a Baby. Su barbilla se apoya sobre mi cabeza mientras suspira, agobiada. Con los dedos me sujeta del hombro para ponerse de puntillas y seguir mirando la escena.

—Está dormido en mi habitación. Estábamos esperando que Gin regresara de la biblioteca para seguir jugando ajedrez, pero se quedó dormido. ¿Alguna vez has visto a Roy desaliñado, tía?

No necesito mirarla para saber que tiene los ojos tan abiertos como los míos. Y no es solo porque mi sobrino esté desarreglado, vistiendo únicamente un pantalón de vestir y una camisa abotonada arrugada, lo cual ya es raro en él, sino por lo que lleva en brazos cuando se gira y se detiene frente a la habitación de la señorita Fox. Gin, arropada con el blazer negro que falta en el cuerpo de Roy, descansa la cabeza en su pecho, mientras él la sostiene en brazos.

—Char, ven… —Su mano grande tira de la mía en cuanto estaciona el coche en su propiedad.

—¡Detesto que me llames con ese apodo tan ridículo, Reimond! —Sus dedos aprietan mis mejillas, atrayéndome a sus

brazos mientras caminamos por el jardín.

—No me digas que me extrañabas tanto. ¿Qué estás tramando? —Los ojos zafiro brillan con una calidez que jamás había visto en sus pupilas azules.

Llevaba dos meses sin ver a mi hermano. Boxtom organizó un viaje al Oriente y me llevó con él, pero al volver me encontré con una montaña de mensajes de Reimond pidiéndome con urgencia que lo visitara. Al principio me puse nerviosa, pensando que algo malo había pasado, pero ahora ese brillo en sus ojos me deja claro que está tramando algo.

—Quiero que conozcas a alguien.

—¡Por el amor de Dios, hombre! ¿No me digas que me hiciste pasar este susto solo por otra de tus aventuras? —Él sonríe, besa mi mejilla y niega con la cabeza.

—Ella es importante para mí, Char. Muy importante. Nunca me he sentido así antes. Solo te pido que seas amable con ella, por favor. —Sonrío y le guiño un ojo.

—Siempre soy amable con ellas, Reimond. —Su carcajada retumba en su pecho, desmintiendo mis supuestas gentilezas. Todas siempre son importantes para él, hasta que se cansa, las deja y sale a buscar un nuevo amor.

—Solo sé amable. —Me suelta y camina hacia la puerta de su casa, abriéndola para dejarme pasar primero.

Miro al interior, buscando con la mirada a la nueva distracción de mi hermano, pero no la encuentro. Reimond apoya sus manos en mis hombros, guiándome hacia la salita, y al cruzar el umbral de la puerta, él se separa y se dirige hacia un sillón que da a la ventana.

—Char, quiero presentarte a la señora Roy. —Me quedo paralizada en el acto en cuanto esas palabras salen de su boca, sin entender qué clase de broma absurda está haciendo.

—¿Señora Roy? —¿Reimond se casó? Mi hermano es muchas cosas, pero impulsivo no es una de ellas, y esto me cae como un

balde de agua helada cuando noto el anillo dorado en su mano.

—Ven, amor. Quiero presentarte a la única mujer que amo además de ti. —Reimond infla el pecho con orgullo, extendiendo el brazo hacia el sillón.

Veo primero su cabello negro, luego su figura pequeña, elegantemente vestida con un vestido lila. Su piel oscura resalta cuando apoya el rostro en el traje color crema de mi hermano. Lo siento, no hay forma de explicarlo, pero cada rincón de mi cuerpo se estremece al encontrar el vacío en su mirada, tan oscura como la noche más negra de Alaska.

Los ojos cálidos de Reimond brillan, dejándome ver cómo su alma late al estar cerca de esa pequeña mujer. Mi hermano está enamorado, pero algo oscuro dentro de mí me advierte que esto no terminará bien para él.

Enderezo mi postura, solo para alcanzar los ojos serenos de Roy, como nunca antes los había visto. Creo que jamás había visto a mi sobrino con alguien tan cerca, alguien que tuviera permiso de tocarlo. La mano pequeña acaricia su rostro, levantando su barbilla rizada hasta quedar atrapada en su cara, mirándolo con ternura. Los brazos de Jonathan la sujetan con firmeza, asegurándose de que no se aleje ni un centímetro de su pecho mientras abre la puerta.

—Estaba en lo cierto con mis sospechas, tía. Jonathan no solo heredó la mente maquiavélica de nuestro padre, también heredó sus demonios.

—Esa escena me recordó a Reimond —susurro con pesar antes de llevarme el vaso de whisky a los labios y vaciarlo de un solo trago.

—Ahí está el peligro, tía. —Baby se aparta de la puerta y me arrastra con ella justo cuando los dos entran en la habitación.

Enciende la luz del cuarto, cierra la puerta y me deja claro que no se va a ir. No era con este pensamiento ni con recuerdos del pasado que imaginaba terminar mi noche.

—Ahora entiendo el comportamiento extraño de Roy por culpa del detective.

—Los mismos rasgos, la misma mirada atrapada. —Ya he visto ese brillo antes, presencié esta escena hace muchos años, pero ahora los papeles están invertidos. No son los ojos azules los que brillan con pureza, son los negros.

—Esto no va a terminar bien, tía. Lo siento dentro de mí —gruñe Baby con rabia, mirándome mientras se frota el pecho con la mano—. No sé si ya sabías lo de ellos.

Pongo los ojos en blanco ante Baby mientras camino a tomar mi botella, que seguramente terminará vacía esta noche.

—¡Deja de ser estúpida, aberración! ¿De verdad crees que no sé lo que está pasando? Solo necesito mirar a la señorita Fox, sus ojos me dicen todo. ¡Estoy vieja, no ciega!

—Solo te faltan unos cuantos años más, tía Charlotte. —Mi atención se vuelve hacia la puerta del cuarto. Sostengo la botella entre los dedos y siento cómo mi corazón se va partiendo con cada latido lento—. ¡Dios lo que Roy está haciendo es peligroso! —Baby se frota el rostro con angustia, inhalando con fuerza. Sirvo un vaso y se lo paso. Ella lo acepta y lo bebe de un solo trago—. ¿Por qué está haciendo esto, tía? Intento entenderlo, pero no puedo. Nadie en su sano juicio querría volver a abrir heridas que ya han cerrado. —Se limpia la boca con el dorso de la mano y me devuelve el vaso.

Tomo el vaso, me bebo el líquido de golpe, y mientras lo vuelvo a llenar, me pierdo viendo cómo Baby camina de un lado a otro dentro del cuarto. Baby no lo entiende… Las heridas de Jonathan nunca sanaron. Solo mutaron, convirtiéndose en una gangrena que lo consume por dentro.

—Él la busca a ella. Siempre la ha buscado. Todo este tiempo, lo que Jonathan anhela… es a ELLA —Baby golpea sus brazos, frotando su piel con desesperación.

—No… —susurro, dejando caer mis hombros mientras deposito la botella sobre el tocador—. Jonathan está buscando lo

que le fue arrebatado.

—¿¡Cómo que no!? ¡Por el amor de Dios! ¡Tú viste lo mismo que yo! —Señala la puerta, con el rostro encendido de frustración.

—Dímelo, ¿acaso no era exactamente así como se ponía papá? ¿Consumido, alienado, tan aferrado que no veía el daño justo frente a sus ojos?

—¡Dios, Reimond! ¡¡ESTÁ FUERA DE SÍ!! ¿Cómo no puedes verlo? —Camino hacia él, sujetando sus brazos para obligarlo a mirarme—. ¡No tiene control sobre sus propias emociones! ¡Casi me golpea solo por entrar al cuarto a ver a mis sobrinos! Si no me hubiese apartado de Jonathan, me habría agredido. Su enfermedad está empeorando, ¡tienes que internarla en un psiquiátrico, donde pueda recibir la ayuda necesaria para lidiar con su locura!

—¡Estás exagerando, Charlotte! —Me aparta, respirando con dificultad. Es evidente lo abatido que está mi hermano. Reimond ha envejecido veinte años en apenas cinco de matrimonio. El amor que siente por esa mujer lo está destruyendo… lo tiene ciego.

—¡No! ¡¡No es normal!! ¡No hay nada de normal en esa mujer! ¡Está pasando algo! ¡Algo malo… algo muy oscuro está ocurriendo…! —Quisiera sacudirlo, darle una bofetada, hacer cualquier cosa que lo despierte de este maldito hechizo en el que esa mujer lo tiene atrapado.

Mi hermano siempre ha sentido apego por las cosas rotas, pero no entiende que ella no tiene salvación. Su nivel de psicopatía es incontrolable. Ella no siente amor real por nada ni nadie, solo siente posesión.

Todavía puedo ver sus ojos azules, rotos, mirándome con dolor durante nuestra última conversación en mi casa, antes de que yo viajara con Boxtom. Cargué con la culpa en el alma desde entonces, por haberlo dejado marchar sin darle un abrazo, sin decirle cuánto lo amaba. El licor arde al bajar por mi garganta, aliviando la culpa que siempre me arrastra hacia el fondo.

—Deberías haber mirado a la señorita Fox, Baby. —Dejo el vaso a un lado, jalo la silla tapizada del tocador y la uso para sostener mi cuerpo y esta alma cansada.

—Oh, por favor, tía. No necesito mirar a Ginger para saber que está colgada por Jonathan.

—Pero deberías haberla mirado igual, habrías visto lo mismo que yo. —Baby guarda silencio, frotándose las manos entre sí, haciendo sonar sus dedos—. Son los reflejos de las emociones de la señorita Fox los que brillan en los ojos de él. Tú me dices que Jonathan la busca, pero estás equivocada. Roy busca lo que quedó perdido dentro de aquel armario. Sus propios sentimientos, que de alguna forma esa niña curiosa le permite volver a sentir a través de ella.

—Roy está volviendo a ese armario solo para hacerse daño otra vez. El pasado no está hecho para revivirse. —Baby se deja caer en la cama, con el rostro vuelto hacia la ventana, observando la noche—. Jonathan busca la muerte. Siempre la ha perseguido como un amante fiel, y eso es lo único que quiere, tía.

—No, Baby. Tu hermano busca sentirse vivo. Y es la señorita Fox quien logra hacerlo sentir así. —Mis ojos se desvían, quedando atrapados en el reflejo triste del espejo. *—Necesito que me escuches, Char. —Las lágrimas no dejan de caer. No puedo ser fuerte. Mis dedos se aprietan alrededor del móvil, con la mano extendida sobre el vidrio, viéndolo tan cerca y a la vez tan lejos, dentro de esa prisión.*

—¿Por qué no dices la verdad? ¡Dios, por qué no hablas, Reimond?! ¡Tus hijos te necesitan! ¡Tu empresa! ¡Tu legado! Todo lo que construiste se está viniendo abajo y aun así la sigues protegiendo. —Ya no queda nada en su mirada, solo un profundo abismo—. Dicen que participabas en cultos satánicos, que por eso la mataste, pero los dos sabemos la verdad…

—¡No puedo, y tú tampoco puedes! ¿Lo entiendes, Char? ¡Jamás puedes contarle a nadie! Eso solo haría que esas ratas de los

periódicos empiecen a husmear donde no deben. ¡Mis hijos quedarían expuestos!

—¡Reimond, no puedo verte así, tras las rejas, sin hacer nada, sabiendo toda la verdad! Los medios te pintan como un monstruo sin alma, pero el único monstruo sin corazón era ella. —Golpeo el vidrio con rabia, con rencor. ¡Dios, debí haberlo alejado, debí haber insistido más, abrirle los ojos! Pero Reimond estaba ciego, atrapado en esa enfermedad que él llamaba amor, ese amor envenenado que sentía por esa mujer monstruosa.

—No puedo pedírtelo, sé que no tengo ese derecho, Charlotte. Pero eres la única en quien confío para cuidar de ellos. —Baja la mirada, claramente sin voluntad alguna. Ese no es mi hermano, no es el hombre inteligente que salió de la nada y construyó un imperio en medio del petróleo.

—Reimond, por favor. —Quiero romper el vidrio, quiero abrazarlo y decirle que no fue su culpa. Pero sé que él ya se fue en el momento en que apretó el gatillo y la mató. La odiaba con la misma intensidad con la que la amaba, y sabía que se estaba consumiendo por dentro.

—Compré una mansión hace un tiempo, en Norfolk. Es una isla pequeña, pero estarán seguros allí, tanto tú como Jonathan y James. Estarán protegidos, lejos de las especulaciones. —Me limpio el rostro mientras escucho su voz baja al otro lado de la línea—. Hay cosas que deben quedarse en las sombras, Char. No formo parte de ningún culto satánico, pero debo guardar silencio para proteger a los chicos y su futuro.

—¿Estás hablando de ese lugar al que empezaste a ir? —Reimond aprieta el puño con fuerza, me lanza una mirada severa que me obliga a callar. Su rostro se gira hacia el policía distraído en la puerta, y luego vuelve a fijarse en mí.

—Hay lugares de los que, una vez que entras, ya no puedes salir. Por eso te vas a alejar de todos. Ya he organizado todo. Cuando llegue el momento, ellos se encargarán del futuro de él.

—Reimond, tú vas a… Vas a salir de aquí. Solo tienes que decir la verdad ante el tribunal. Ningún jurado del mundo puede condenarte por lo que hiciste, porque cualquier ser humano con sentimientos habría reaccionado igual ante la monstruosidad que se cometió contra Jonathan. —Está furioso. Su respiración se vuelve más pesada, oprimiendo el auricular mientras se acerca al vidrio.

—¡Tú no entiendes, Charlotte! ¡No puedo soltar toda esta mierda sin poner en riesgo a mis hijos! ¡No voy a volver a cometer ese error! —Mi hermano niega con la cabeza, perdido, sin enfocar la mirada en nada—. Necesito que me hagas un favor, Char... —No lo va a decir, lo sé por la forma en que me mira. Reimond nunca me contó en qué está realmente metido, solo dijo que hay personas poderosas involucradas, y sé que eso es lo que lo obliga a guardar silencio. Algo muy oscuro lo rodea.

—El oso marrón que está en la cuna de James, dentro de mi habitación, tienes que encontrar la forma de sacarlo y esconderlo, como si tu vida dependiera de eso. Del resto me encargo yo. Yo los voy a cuidar, Char.

Reimond se suicidó dos días después de que lo visité, dejando una carta en la que confesaba haber matado a Sonja de un disparo en la cabeza, después de asesinar al supuesto amante de ella, alegando que jamás encontrarían el cuerpo. Aquella noche, lloré acurrucada en un rincón de mi cuarto, abrazada al oso marrón de ojos de vidrio que él me pidió recuperar de su casa. No había tenido el valor de mirarlo por dentro, sabía que no tendría estómago. Pero cuando me llamaron para decirme que lo habían encontrado ahorcado dentro de su celda, abrí la maldita peluche, saqué la cinta que estaba acoplada a la cámara oculta en sus entrañas y lloré aún más, horrorizada por toda la crueldad que vi en el reproductor de video.

Mi hermano no era un monstruo. Y aunque nadie más lo sepa, yo sí lo sé. Soy la única que lleva en el alma el rostro del verdadero monstruo que estaba dentro de aquel cuarto. Siento mi cuerpo desmoronarse junto a mi alma, en medio de sollozos llenos

de dolor. No puedo creer en la desgracia que cayó sobre nuestra familia, ni en cómo terminó todo, pero le prometí a mi hermano que cuidaría de sus hijos, y cumpliría mi palabra: los protegería de todo lo que pudiera.

Y eso fue lo que hice, año tras año. Lo único que no conseguí fue proteger a Jonathan de sí mismo. Ya no es ese niño sonriente y cariñoso que solía ser; ahora es solo un ser vacío, con la mirada muerta, idéntica a la del monstruo que lo atacó. Jonathan salió de aquel armario, pero su alma no. Su alma quedó atrapada junto con la de ella, entre la oscuridad.

BABY ROY

Me siento con cuidado al borde de la cama y observo el rostro tranquilo de mi hijo dormido. No quiero que se vaya. Me gusta verlo dormir aquí, me trae recuerdos felices y, al mismo tiempo, dolorosos. Amo ver su rostro, es hermoso e inocente. No tiene maldad ni la oscuridad que habita en mí y en Roy. Mi niño será mejor que nosotros.

A veces desearía poder volver en el tiempo solo para sostenerlo en mis brazos como antes, cantarle en voz baja mientras se quedaba dormido, viviendo la ilusión de lo que habría sido ser su madre, al menos en esos primeros años de su vida. El resto del tiempo fui una ladrona, sobreviviendo a base de seguir su crecimiento a la distancia, migaja tras migaja.

Lo amo tanto que siempre me mantuve alejada de él. No fui una madre, fui una criatura destructiva, igual que ella, y me cortaría las venas antes de hacerle daño. En mi interior, el mayor acto de amor que podía darle era permitirle a Jon recorrer otro camino, lejos del mío.

Mi mano se extiende, incapaz de seguir soportando la distancia, y acaricio suavemente su cabello.

—¿Ya? —Miro a Jonathan con preocupación, pero su rostro, sin rastro de sentimientos, solo arquea una ceja mientras me observa.

—Ya tiene la edad para ir al colegio, Baby. Necesita una buena educación y desarrollar su inteligencia. —Jonathan es como un robot, una criatura fría, sin empatía, que trata a las personas a su alrededor como si fueran solo cifras.

—Pensé que esperarías un poco más, él aún duerme conmigo, Roy, todas las noches.

—Esa fue tu decisión, Baby. — Su voz ronca, carente de emoción, me sentencia.

Sí, sé que fui yo quien decidió enviar a Jon a un internado, lejos de toda la maldad que rodea a nuestra familia. Pero fue demasiado rápido, el tiempo fue traicionero y pasó tan veloz como el aleteo de un colibrí. Yo necesito más días, más segundos. No es Jon quien no está preparado, soy yo quien aún no está lista para salir definitivamente de su vida.

—Jon se irá esta semana con tía Charlotte a Alemania. Ella se quedará con él un tiempo, hasta que se adapte al colegio de jornada completa.

—Déjame ir con él, entonces. Me quedo. No me importa estar en Alemania, podría encontrar algo allá, tal vez. —Mi sonrisa se desvanece al ver su mirada incrédula.

—Desde mi punto de vista, ese sería el último lugar del mundo en el que una mujer trans querría vivir, Baby. —Aprieto los puños mientras bajo la mirada, con los ojos nublados por las lágrimas—. Cuanto más tiempo pases con él, más cruel será alejarte. Ten eso en cuenta y toma una decisión definitiva.

Roy se da la vuelta, dándome la espalda mientras observa el cuadro en la pared. Su respiración es tranquila, sin remordimiento ni empatía por mi sufrimiento. Me deja a mí sola el voto de minerva.

Salgo del despacho con mi destino ya sellado: me iré. Me marcharé de la isla. Compré una casa en Italia. Jon será feliz y yo

también. Empezaremos desde cero, una vida solo nuestra, sin el corazón de piedra de Jonathan, sin tía Charlotte ni la plaga de Lorane. Solo nosotros dos. No habrá pasado. Tendré el coraje que mi madre no tuvo. Si de verdad amaba a otro hombre, ¿por qué no se divorció de mi padre? ¿Por qué no se fue con nosotros a vivir su vida? Destruyeron todo. ¡Yo no voy a fracasar como ella! ¡No seré una mala madre para mi hijo! No tengo muchos recuerdos de la mía, pero sé que nos amaba. Toda madre ama a sus hijos.

La maleta ya está lista dentro de la habitación. Me marcho esta noche. Ya me encerré demasiado tiempo. Es hora de que Baby conozca el mundo, pero lo hará con su hijo al lado. Rebusco en la habitación de tía Charlotte la partida de nacimiento de Jon. Reviso todos los documentos, buscando entre cajas y el fondo del armario. El baúl viejo, ese que compró en Egipto, está escondido entre los abrigos. Lo arrastro hacia afuera con rapidez, deseando que lo que busco esté allí. Debo salir de su cuarto antes de que regrese y empiece otra de sus peleas.

Al abrir el baúl, no encuentro documentos ni fotos, sino un oso de peluche viejo y cubierto de polvo. Sonrío al verlo. Debe haber sido de tía Charlotte cuando era niña. Llevo los dedos al baúl y lo saco de ahí, pero algo cae del oso al levantarlo, golpeando con fuerza la madera. Extiendo la mano, tomo lo que ha caído y veo una cinta donde está escrito "Sonja".

—¿Mamá? —Dejo caer el oso de peluche, pasando mis dedos por la caligrafía con su nombre.

Miro hacia la puerta, apretando la cinta en mi mano. Si no me equivoco, aún debe estar el reproductor de VHS con la televisión antigua guardada en el ático. Me levanto, salgo del cuarto de tía Charlotte y prácticamente corro hacia allá. Siento mi rostro arder. No recuerdo su cara, ni sus rasgos. Tía Charlotte solía decirme que no sabía dónde habían terminado las fotos de ella. Mis dedos tiemblan junto con todo mi cuerpo al presionar el botón del aparato, camino hacia la puerta y la cierro. La pantalla de la televisión sigue negra, y

eso me desanima. Tal vez el tiempo ya haya arruinado la grabación. Solo deseo ver su rostro, aunque sea una única vez.

—¡Maldición! —Camino hacia el reproductor para sacar la cinta, pero justo en el momento en que me agacho, la pantalla del televisor se enciende.

Mis rodillas se doblan, y mi cuerpo se desploma lentamente al reconocer vagamente la habitación. La cámara grababa todo el cuarto. Cuando una figura se mueve y se detiene frente al lente, de inmediato mis dedos se alzan y se apoyan contra la pantalla en blanco y negro del televisor. ¡Dios, era hermosa! Tan delicada, con rasgos suaves y una sonrisa dulce, me acunaba con ternura en brazos.

Llevo los dedos a mis ojos para secar las lágrimas cuando me reconozco en esa escena junto a ella, mientras deposita suaves besos en mi frente. Es tan extraño ver esa imagen. Fue una persona importante en mi vida, pero ya ni siquiera recordaba cómo era su rostro… y ahora la veo, tan real, como si aún estuviera allí en la habitación.

Una mujer con uniforme blanco entra al cuarto y estira los brazos hacia mí. Con cuidado, mi madre me entrega, besando mi cabeza. Agacho el rostro, llevo los dedos a mi boca, ahogando un sollozo de dolor. La fecha en la esquina indica que ese video fue grabado un día antes de su muerte. Ella no mira a la cámara, como si ni siquiera supiera que estaba allí.

La niñera sale del cuarto llevándome con ella, y yo dejo que mi mirada se pierda en los movimientos suaves de mi madre dentro de la habitación. Sus brazos delgados se cruzan, abrazándose a sí misma, mientras se mece de adelante hacia atrás, mirando al suelo. Su cabello, cayendo sobre su rostro, forma una cortina que oculta sus ojos. Se encoge más, se aprieta con fuerza, como si estuviera tratando de no derrumbarse. Es como si estuviera esperando algo o a alguien.

Lentamente, levanta la muñeca para mirar el pequeño reloj. Luego deja caer los brazos, gira el rostro hacia la ventana y corre

hacia ella, observando el exterior con ansias. Una gran sonrisa se forma en sus labios cuando se da vuelta y dirige su atención a la puerta. Me acomodo en el suelo, acercándome más a la pantalla del televisor, intentando ver quién acaba de llegar y que la hizo sonreír con tanta felicidad.

La cámara sólo capta una pequeña sombra cuando se acerca. Sonrío, echándome el cabello hacia atrás, al ver a Jonathan tan regordete, con su pelo negro perfectamente peinado hacia atrás, todo ordenado… nada que ver con el hombre frío en el que se ha convertido. Mamá le abre los brazos, se arrodilla y espera que él corra hacia ella. Pero el niño no se mueve. Se queda quieto, observando todo a su alrededor, distraído. Ella le dice algo, algo que lo hace sonreír, y entonces su pequeño cuerpo se pone en marcha, acercándose lentamente hasta esconder su rostro entre sus propios rizos.

A cambio, Jonathan recibe un fuerte abrazo, uno de esos que lo aprieta contra el cuerpo de mamá con amor absoluto. Ella se aparta un poco, acariciando su rostro con tanta ternura en la mirada, que puedo ver claramente cómo sus pupilas negras lo contemplan con adoración. Luego toma las manitas gorditas de Roy y las sube hasta cubrirle los ojos, sonriéndole con dulzura.

Jonathan se queda así, con sus manos frente al rostro, mientras mamá se pone de pie. Jamás lo vi reír, ni jugar, ni mostrar un solo gesto alegre que revelara que ese niño aún vivía en él. Pero ahí está. Mamá corre al armario y se esconde dentro, dejando la puerta entreabierta. El pequeño tarda unos segundos, aún con los ojos tapados, hasta que por fin baja las manos y empieza a mirar a su alrededor, buscándola.

Respiro hondo y lento, dejando que una sonrisa me curve los labios ante esa imagen tan hermosa de mi hermano.

Roy mira alrededor de la habitación, mirando a su alrededor, pero solo se gira cuando su mano aparece en la pequeña grieta que dejó abierta. Su delgada muñeca se balancea, haciéndole señas con gestos de sus dedos. Roy camina hacia allí y desaparece en el

armario con ella. Me seco los ojos, inhalo el aire con calma y analizo cada rincón de la habitación que sólo tenía vagos recuerdos.

Me llama la atención el marco de fotos que hay al lado de la cama. Es una foto de papá abrazándola y sonriendo amorosamente. Nunca había visto esta foto de ellos dos. Quería saber dónde las había escondido la tía Charlotte, porque definitivamente ella fue quien hizo desaparecer las fotografías. Aparto la mirada de la pared con el papel pintado floreado y me detengo en el tocador lleno de cremas y perfumes. Sonrío cuando me doy cuenta de lo mucho que me parezco a ella en esto. Cuanto más crema tengo, más quiero.

La imagen en el reflejo del espejo hace que mi sonrisa muera lentamente, mientras siento que mi corazón deja de latir. Puedo ver claramente, a través de la grieta del armario que quedó abierta, sus manos sosteniendo el pequeño rostro de Jonathan entre sus dedos y besándolo íntimamente. No es un beso maternal y mucho menos casto. Sonja lo besa posesivamente, de manera apasionada. Ella se mueve, dejando que la cámara filme su cabello cayendo por su espalda desnuda. Mi cuerpo se pone rígido y me hace sacudir la cabeza ante lo que veo. Sigo su mano por el cuerpo desnudo de Roy, hasta que se detiene sobre sus genitales, acariciándolo sin dejar de besarlo. Mi cara cae hacia un lado, junto con mi cuerpo, extendiendo mi mano en el suelo y arrojando mi almuerzo fuera de mi vientre, ante las náuseas que me hacen sentir. Vomité de asco, dolor y shock ante la escena que vi.

Caigo de culo en el suelo, sintiendo todo romperse como un cristal. No debería mirar ahí, lo sé, pero aun así es en el espejo donde mis ojos se detienen. Su mano sostiene los pequeños dedos de Roy sobre su pecho, obligando a masajearlo, mientras su otra mano todavía lo masturba. Mis rodillas se arrastran por el suelo. Las acerco a mi pecho, abrazando mis piernas para no sentirme perdida en la locura. Jonathan intenta alejarse. Su cara está mojada, veo las lágrimas corriendo por su rostro, pero ella todavía lo sostiene. Grito con odio, sintiendo la bofetada que ella le da en la cara con su mano abierta.

—Oh, Dios mío... —Me muerdo la mano, mis dientes se hunden profundamente en la piel. Quiero abrirme el pecho, quiero meter la mano dentro de esa pantalla y sacar a Jonathan de ese lugar.

Ella besa su rostro otra vez, frotando su rostro contra el de él, mordiéndolo lentamente. Jonathan llora más, soltando su pecho que estaba en su pequeña mano, y esto la hizo enojar, aplastando los genitales de Jonathan entre sus dedos. ¡Esto es diabólico! Sus ojos son demoníacos cuando se abren, mostrando que no tiene alma dentro, ni

arrepentimiento por lo que está haciendo. Ella desliza su boca por su pecho, dejando marcas de mordiscos con cada chupetón que da.

Lo veo gritar. Las lágrimas que corren por su rostro, corren por el mío de la misma manera dolorosa. Abrazo mi cuerpo fuertemente, como si pudiera estar con Jonathan allí y así poder salvarlo. Los vómitos vuelven con más agresividad y fuerza cuando veo a mi propia madre chupando el pene de mi hermano. Su mano se desliza entre sus piernas y sé lo que está haciendo. Siento dentro de mi cuerpo, como si yo fuese la invadida. Ella lo penetra con la punta de su dedo anular, empujando hasta que él grita. Jonathan intenta alejarla, alejarse del dolor que ella le causa. Su boca libera su pene, dándole otra bofetada a Jonathan en la cara, con enojo, para hacerle dejar de llorar.

Mi mente vaga entre el dolor y la ira. Bajo mi rostro, escondiendo mi cara entre mis rodillas, llorando con el corazón desgarrado. Recuerdo la primera vez que Roy intentó suicidarse. La tía Charlotte nunca contó lo que realmente pasó. La segunda vez, cuando se cortó la garganta, pensé que era el dolor de verla asesinada delante de él. Cuando el accidente de coche provocado lo dejó en coma, tía Charlotte sollozaba en voz baja, susurrando que Roy nunca había salido de aquel armario. Y no lo hizo. Jonathan nunca salió de allí. Papá no la mató porque hubiera tenido un amante la mató porque destruyó la inocencia de mi hermano.

El sol ya empieza a salir afuera cuando por fin tengo fuerzas para abandonar el desván. Me arrastro hasta afuera, tomando mi decisión. Camino hasta el cuarto de tía Charlotte. Al extenderle la cinta para devolvérsela, no hacen falta palabras para describir lo que siento. Tan solo le digo que puede irse, que puede llevarse a Jon a Alemania.

Yo no puedo ser madre. No debo ser madre. No cuando mi propia madre fue un monstruo y yo soy una aberración. ¡Una maldita aberración que lleva la sangre de una criatura tan fría como ella!

Respiro con la fuerza que aún queda dentro de mí, limpiando mi rostro húmedo por el llanto silencioso. Miro a Jon. Mi cuerpo se acomoda en la cama y me acuesto a su lado, subiéndole la manta para cubrirlo, robando, una vez más, apenas fragmentos de lo que podría haber sido una vida junto a él.

Jon fue lo mejor que me pasó en la vida, y dejarlo crecer lejos de mí y de Jonathan fue lo mejor que pude haber hecho por él. El pasado no fue hecho para revivirse. El pasado no es una dirección… es una referencia de a dónde jamás debemos volver.

CAPÍTULO 30



LA MÁSCARA

GINGER FOX

—¿Por qué estás tan nerviosa? —Le sonrío a Baby, viéndola caminar de un lado a otro con el móvil en la oreja, murmurando entre dientes. Se quita los lentes de sol, golpeando el muelle con el pie.

—Estoy intentando hablar con la loca de la abuela de Jon. —Aprieta los dientes, baja el móvil y vuelve a marcar—. Jon dijo algo sobre ella. Pasé esta mañana por la casa donde se está quedando y estaba cerrada.

Llevo el helado a la boca, termino de chuparlo y asiento con la cabeza ante Baby. Observo a Jon al final del muelle, con las manos en los bolsillos su sudadera, mirando las gaviotas.

—Se fue de viaje, pensé que lo sabías. —Los ojos de Baby se agrandan, confundida.

—¿Cuándo fue eso?

—El día del accidente de Bob. Jon estaba en la habitación cuando subí a cambiarme. La abuela lo trajo a casa temprano, parece que tenía que ir a arreglar algo, no sé.

—¿Y cómo salió esa vieja de la isla?

—A menos que tenga energía para nadar por más de dos horas, sospecho que fue en la balsa. —Baby me mira como si

hubiera dicho una tontería y pone los ojos en blanco, burlona.

—¡Dios, Ginger! Sé que para salir de la isla hay que tomar el ferry. Lo que quiero saber es cómo se fue sin el permiso de Roy. —Me levanto, camino hasta el basurero y tiro el palito del helado.

—¿Y desde cuándo necesita su permiso para irse de aquí? Es una mujer libre, seguro le surgió algún imprevisto y tuvo que irse. —Cuando me doy vuelta hacia Baby, está seria, con las cejas arqueadas, ajustándose los lentes sobre la cabeza.

—Intenta sacar de esta isla ese trasero tuyo marcado por sus palmadas y verás. —Me rasco el cuello, frunciendo la nariz y mirando perdida hacia el ferry.

No puede estar hablando en serio con eso. Que Roy tiene poder e influencia en la isla, lo sé, pero ¿tanto como para restringir la salida de las personas?

—Voy a llamar a la hermana de ella. Si no me equivoco, viven juntas. —Baby vuelve a marcar en su móvil y luego se lo lleva al oído, esperando que contesten.

—Tal vez algún pescador la cruzó, no sé. —Meto los dedos en el bolsillo trasero de mis jeans, apretando el tejido grueso.

—¡Es otra desgraciada! No me va a contestar. Solo Dios sabe cuánto me odia. —Suspiro, sintiendo lástima por la angustia de Baby al intentar encontrar a la mujer.

—¿Quieres que intente llamarla yo? —Saco mi móvil, apuntándoselo—. Tal vez, si no es tu número, sí conteste.

—¡Manicomio completo, carajo! No es de extrañar que Katy pasara la mayor parte del tiempo drogada, para no tener que lidiar con su familia de locos. —Baby se rinde cuando la llamada va al buzón de voz.

—Pásame el número y déjame intentar desde el mío. —Tecleo, el número que aparece en la pantalla del móvil de Baby y presiono para llamar.

—¿Cómo era la familia de ella, para que acabara siendo una adicta? —Me quedo escuchando el timbre, esperando que alguien al otro lado de la línea conteste.

—Katy tenía sus propios demonios también. —Baby mira hacia Jon, asegurándose de que está lo suficientemente lejos para no oír la conversación—. El padre la golpeaba hasta que se orinaba encima, porque era un alcohólico. Cuando empezó a desarrollarse, le vendió la virginidad a un amigo del trabajo para pagar las cuentas de la casa.

—¡Mierda! —Me llevo los dedos a la frente, frotándolos con dolor al imaginar el destino de esa chica—. ¡Dios! ¿Cómo un padre puede hacerle eso a su hija? ¿Y cómo su madre permitió algo así?

—Créeme, existen madres peores que la de Katy. —La rubia mantiene el rostro cerrado, con la mirada perdida en el océano. Las pupilas grises de Baby están tan oscuras como el cielo que se cierne sobre nuestras cabezas—. Katy empezó a prostituirse poco después. Luego vinieron las bebidas, y enseguida, la droga hasta que se perdió por completo. Creo que la única persona que realmente la amó fue su prima.

No sé qué decir. No me imagino un final tan triste como el de la pobre Katy. Tan perdida en el cruel destino que le tocó, que prefirió buscar consuelo en las drogas, hasta que nada tuviera sentido en su vida.

—Solo va al buzón de voz —susurro, bajando el móvil y apagándolo—. Seguiré intentando hasta que me conteste.

—¡Maldita sea! Tengo tantas cosas que hacer, y ahora tengo que preocuparme por otra loca más.

—¿Quieres ayuda con algo? Jon y yo podemos ocuparnos de alguna tarea. —Sonrío, mirando hacia Jon.

Estos últimos días ha estado más animado y alegre, aunque la condición crítica de Bob aún ensombrece la mansión. Jon está bien, y eso me tranquiliza. Está más calmado, con la guardia baja. Un día de estos le pregunté qué era lo que lo tenía tan contento, y me

regaló una sonrisa, diciendo que mi presencia lo alegraba. Aquella pequeña frase me hizo abandonar la idea de volver a casa antes de terminar el trabajo. Aún me siento perdida, confundida y completamente ligada a Jonathan. Me sorprendo muchas veces pensando cómo será cuando me vaya. ¿Qué quedará de mí? Si es que queda algo, siquiera un pedazo.

La noche pasada me dejó más confundida. Si solo es un juego, ¿por qué no puedo sacarlo de mi mente? Siento algo creciendo dentro de mí, sin límites, y me pierdo en el tiempo solo por imaginar su rostro. Me aferro a todas las dudas y temores, aunque sé lo que siento por él. A pesar de todo, me vi sujetando su mano, apretándola entre las mías para que no se alejara. Había pasado todo el día ensayando la única palabra que pondría fin a este juego, pero no salió de mis labios, no cuando mi cuerpo aún llevaba su olor, no cuando sus ojos estaban tan cerca, mirándome con tanta intensidad, que solo deseé poder ahogarme en el mar que brillaba en sus iris.

Sabiendo que Jon estaba seguro con Baby, le pedí que se quedara, le rogué que no se fuera, en lugar de alejarlo. Un destello de sorpresa brilló en sus ojos azules, como si fuera la petición más extraña que una mujer le había hecho. Jonathan caminó hacia la puerta de conexión sin decir una sola palabra que me confirmara si se quedaría o se marcharía, girando la llave para cerrar la cerradura.

Cuando salió del cuarto, cerrando la puerta tras de sí, solo pude contener las lágrimas hasta que me acurruqué en la cama, abrazando su blazer en la oscuridad, llorando en silencio. Me estaba ahogando entre mi adicción y mi necesidad de tenerlo cerca, convirtiéndome en una caricatura triste de lo que alguna vez fui. Es tóxico, deprimente, me da más ansiedad que alegría, pero aun así lo quería allí. Es un virus que mis anticuerpos no pueden combatir.

Jonathan me lo había advertido. Cada palabra de aquella canción me decía que no había nada dentro de él, pero aun así yo quería estar a su lado, solo para calmar la necesidad que mi cuerpo y mi alma anhelaban. Estaba tan perdida en mi llanto silencioso que

solo noté su presencia cuando el colchón se hundió con el peso de su cuerpo. Como una gatita herida, mis dedos se aferraron a su pecho, arrastrándome hacia él. Era todo tan melancólico que ya no tenía vergüenza ni orgullo, no me importaba que viera el colapso emocional en el que me encontraba.

Sus manos apartaron el blazer de mi cuerpo, atrayéndome hasta que mi rostro quedó pegado a su pecho desnudo. Deslicé mis piernas entre las suyas, sintiendo la frialdad de la seda de su pijama, enroscando mis dedos en su hombro y llorando por la locura a la que él me había sentenciado, hasta quedarme dormida. Cuando desperté, no tenía certeza de si había pasado toda la noche en esa cama, pero aún quedaba la marca de su cabeza y su olor en la almohada. Como una adicta que ha sobrepasado todos los límites de la dependencia, me arrastré hasta él, pegando mi pecho a la tela, frotando mi nariz contra la funda para calmar mi corazón herido. Suspiré, pasándome las manos por el rostro, inhalando ese aroma masculino que me hacía sentir en el mismísimo infierno.

Exhalo el aire de mis pulmones y vuelvo la mirada hacia Baby, que está concentrada en su móvil.

—Y entonces, ¿quieres ayuda?

—No, ni te preocupes. Solo estoy resolviendo unos asuntos y después tengo que buscar un encargo de Roy. —Cuelga la llamada y me sonríe.

—Anoche, después de que fui descaradamente reemplazada por alguien que *sabemos quién es*, pero no voy a echarlo en cara porque eso es feo —rio, encogiéndome de hombros con vergüenza —, me puse a pensar en algo mientras miraba a mi hijo dormir a mi lado.

Ella mira a Jon, que está con el móvil y se coloca los auriculares. Baby vuelve a mirarme, pestañeando lentamente con esas pestañas largas.

—Voy a pedirle a Jon que se mude conmigo a Venecia. —Mi corazón no se acelera, simplemente se me sale del pecho y corre sin

control mientras sonrío.

—¡Oh, Dios mío! ¿Vas a decirle la verdad? —Baby me tapa la boca rápidamente, negando con la cabeza mientras revisa que Jon siga distraído al final del muelle. Luego baja la mano, cruza los brazos sobre el pecho y baja la mirada al suelo, perdida—. ¿Cómo vas a pedirle que se vaya a vivir contigo si no piensas contarle?

—Estaba pensando en no decirle todavía, ¿sabes? Dejar que se acostumbre a mí…

—¿Vas a mentirle? ¿Eso es lo que planeas hacer? —La miro sabiendo perfectamente que es una pésima idea—. ¿Vas a llevártelo contigo y seguir siendo "la tía Baby"? ¿Cómo piensas esconder un pene el resto de tu vida?

—¡Oh, pero qué demonios, Gin! En algún momento se lo voy a contar... —No, no se lo va a contar. Baby se está mintiendo tanto a sí misma como a mí. No es solo miedo a que Jon la rechace por haberse alejado y mentido… simplemente no entiendo por qué no me dice la verdad. Puede confiar en mí, jamás la lastimaría.

—Las mentiras siempre se descubren, Baby, eso es un hecho. Puede tomar tiempo, pero siempre salen a la luz. Nada construido sobre mentiras es firme. —Amo a Jon, y quiero que ambos sean felices juntos, con la verdad. — Mira ese imbécil de Tom, solo Dios sabe cuánto tiempo me engañó. Creyó que nunca me enteraría, pero al final lo hice.

Baby aparta sus ojos de los míos, bajándose las gafas para ocultar sus pupilas, y su rostro se sonroja mientras vuelve a golpear el suelo con el pie. Se ve acorralada y me siento terrible por hacerla sentir mal. No quiero herirla. Es su decisión, y si eso va a darle a Jon una vida estable, aunque sea una idea estúpida, es una idea estúpida válida.

—No me gusta mentir, porque no traen nada bueno. Tal vez por eso evito llamar a mi madre, porque si hablo con ella, tendré que decir la verdad. Pero quiero que ustedes sean felices y voy a

apoyar cualquier decisión que tomes. —Baby se gira, me mira y da un paso hacia mí. Sus dedos se levantan y acarician mi rostro.

—Gin, a veces la mentira es un mal necesario para no herir a las personas que amamos. —Acaricio su mano, sonriéndole con ternura.

—Lo sé, y entiendo por qué prefieres mentirle a Jon, aunque no crea que sea lo correcto. Pero lo entiendo.

—Gin, no es solo Jon. ¡Pero qué DEMONIOS! —Baby se interrumpe. Mira por encima de mi cabeza y gruñe con rabia.

—¿Qué pasó? —Me giro de inmediato, buscando lo que la tiene tan alterada.

—¡Ese maldito hombre todavía está en la isla! —No tengo que buscar demasiado. Al otro lado de la calle, Dexter sale de una tienda con un vaso desechable de jugo en la mano—. ¡Ni siquiera debería estar aquí! Jonathan quiere arrancarle el cuello a ese detective de pacotilla en cuanto tenga oportunidad.

—¡Dios, Baby! El hombre solo está tomando un jugo, no es el fin del mundo. —Baby resopla, llenando los pulmones de aire y apretando los puños a los lados del cuerpo, justo cuando el detective levanta la mano y le saluda con descaro.

—¡Hijo de puta! ¡Nos está siguiendo! —Baby pasa junto a mí, empujándome a un lado—. ¡Yo misma le voy a arrancar la cabeza, con los dientes si es necesario!

—¡Mierda! ¡Baby, vuelve aquí.! —grito, agitando la mano en el aire mientras la veo avanzar con pasos firmes, haciendo tronar sus tacones contra el suelo en cada pisada.

Estoy nerviosa, tronándome los dedos, y me doy la vuelta rápidamente para llamar a Jon antes de que Baby haga alguna locura. Pero doy un salto hacia atrás, sobresaltada al ver al chico a tan solo un palmo de distancia de mí, con las manos en los bolsillos, mirándome en silencio.

—¡Dios, Jon! ¿Quieres matarme del susto? —Me froto el pecho, sintiendo mi corazón acelerado.

Él baja la mirada, encoge los hombros con vergüenza y niega con la cabeza.

—La tía Baby salió enojada, quería saber qué pasó. —Olvido el susto y recuerdo a la loca de Baby.

Ya está discutiendo con Dexter, y solo por cómo mueve las manos tan rápido se nota que están en una pelea acalorada.

—Ay, Dios mío, Baby. —Aprieto los puños a los lados del cuerpo, sin saber si debería ir hacia allá o quedarme con Jon. No sé qué podría decir ese hombre.

—Parece un llavero al lado de la tía —susurra Jon, riéndose, mientras se coloca a mi lado.

Dexter, junto a la rubia, parece una pulga. Su cara queda justo a la altura de sus pechos, que suben y bajan con la respiración agitada mientras ella lo encara enfadada. Pensándolo bien, observando con atención. Dexter ni siquiera le está respondiendo a Baby; sus ojos siguen clavados en las tetas blancas que casi se salen del escote.

—¡Pero qué descarado! — usurro, imaginando a Baby teniendo un infarto cuando le cuente esto.

Cruzo los brazos y sigo la escena, poniendo atención a cada detalle. Dexter no es feo, al contrario, tiene ese aire rudo con la barba negra y los hombros anchos de quien entrena, aunque los lleva ocultos bajo la chaqueta. Debe tener unos treinta y ocho o treinta y nueve años, quizá menos… la barba lo hace parecer todo un machote, aunque sea solo un poco más alto que yo. Me lo imagino subido en un banco solo para plantarle un beso a la rubia y callarla de una vez.

Salgo de mis delirios al verla alejarse de él. El muy descarado sigue con los ojos clavados en el trasero apretado de Baby dentro del vestido rojo.

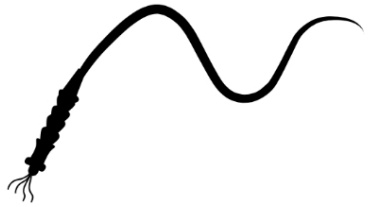
—¡Vámonos antes de que mate a ese hombre ridículo! —Dice lanzando el cabello hacia atrás, deteniéndose frente a mí.

Jon se ríe, caminando detrás de ella, que va hecha una furia como si fuera un tractor sin frenos directo al auto.

Vuelvo el rostro hacia Dexter, solo para confirmar lo que había visto, y sí, mantiene los ojos pegados a Baby, sin apartarlos ni un segundo.

—¡GINGER! —El grito lleno de furia de Baby me hace dar un respingo y girar para ver su cara de pocos amigos—. ¡Sube ese trasero al auto ya!

Corro hacia allá, riendo, todavía sin poder creer lo que acabo de presenciar. ¡Necesito contarle que el detective la estaba mirando como si se la quisiera devorar viva!



Jon está tirado en la cama de su cuarto, con los auriculares puestos, mientras yo ordeno el mío después de haber dejado el suyo impecable. Ya son más de las ocho de la noche cuando la puerta se abre y aparece una rubia descarada, con su sonrisa carnosa pintada de un labial rojo intenso. Lleva bolsas en las manos y dos cajas. Mira cada rincón del cuarto y lo suelta todo encima de la cama.

—¿Y eso para qué es? —Cierro las puertas del armario y camino con curiosidad, deteniéndome cerca de ella mientras empieza a vaciar las bolsas sobre el colchón.

—¿Dónde está Jon? —Me responde con otra pregunta, sin contestar la mía, y se dirige al cuarto del niño.

—Está en su cuarto, acostado. —Levanto el vestido rojo sangre de encima de la cama; es tan ajustado que me falta el aire solo de verlo—. ¿Esto es algún tipo de empaque al vacío?

—¡Qué chistosa!

Baby se acerca, me quita el vestido de las manos y lo guarda de nuevo en la bolsa. Luego da vuelta a otra bolsa y de una de ellas cae una tela negra. La lanza al aire hacia mí. La atrapo con los dedos y la dejo estirada, sosteniéndola por los dos delgados tirantes. El vestido negro de látex es más ajustado y corto que el rojo, y tiene un escote al frente tan profundo que parece cubrir solo las puntas de los pechos. A un lado, un cierre del mismo color recorre toda la prenda de principio a fin. Lo miro espantada, frunzo la nariz, y ya sé que nada bueno viene con eso.

—Baby, ¿vas a plastificar a alguien con esto?

Alzo la vista hacia ella y me sorprende su sonrisa diabólica brillando con descaro y su rostro sonrojado. En sus manos lleva un par de sandalias de tacón fino, tan fino que eso podría ser un arma en manos de alguien, y son tan rojas como su vestido.

—Yo no, pero Jonathan sí. —Levanto el vestido de nuevo, lo miro horrorizada, lo bajo con pavor y lo lanzo sobre la cama, negándome a ver siquiera las sandalias.

—No... ¡No! Ya fui una vez, no pienso volver. —Baby se ríe, lanza la sandalia sobre la cama, agarra una de las cajas y nos empuja hacia el baño.

—¡Baby!

—¡Cállate y cierra los ojos! —Niego con la cabeza, ¡no quiero hacer esto!

—¡Baby, no voy a hacerlo! Ya maté mi curiosidad sobre Sodoma —susurro esa última palabra, estirando el cuello para ver si Jon sigue en su cuarto. Empujo la puerta del baño, la cierro y miro a Baby con enfado.

—Ay, cariño, ¡deja de ser ingenua! ¿De verdad crees que Sodoma es solo eso? —Baby me gira, me toma de los hombros y me deja de frente al espejo—. Y otra cosa, dudo que tengas las agallas para salir por esa puerta e ir a enfrentarte con el gruñón de Roy. Acabo de pasar por su oficina y lo escuché gritando con el contador.

Me rasco la cabeza, sabiendo que ir hasta allá sería una pésima idea, y desvío la mirada.

—Eso pensé. Ahora cierra los ojos, Gin. Confía en mí.

Exhalo con resignación, porque sé que voy a hacer lo que me pide. Cierro los ojos mientras escucho su risa, sintiendo mis hombros tensos. Sacudo los brazos, intentando aflojar el cuerpo, pero solo consigo ponerme más nerviosa al oír que abre la caja.

Siento el material frío en mi rostro cuando lo acomoda sobre mi nariz y mis ojos, pegando el resto sobre mi frente.

—¡No abras los ojos! —canta Baby mientras ajusta unas tiras detrás de mi cabeza.

Sus dedos se mueven entre mis rizos, empujándolos hacia adelante. Escucho su risa aumentar. —¡Dios, Jonathan es un maldito!

—¿Por qué? ¿Qué es esto que me pusiste en la cara, Baby? —Siento el corazón queriendo salirme por la boca, la curiosidad y el miedo me devoran.

—Abre los ojos, Gin —susurra Baby cerca de mi oído.

Empiezo a respirar más rápido, sin saber si es buena idea mirar. Pero mi curiosidad me vence sin poner resistencia. Abro lentamente los párpados. Si mi corazón ya latía fuerte, ahora tambalea, se detiene por un segundo y luego se lanza a latir desbocado. La máscara negra de látex brillante es escandalosamente sexy. ¡Tan provocadora como el vestido escotado! Abarca mi rostro de una sien a la otra, deja libre la punta de mi nariz y resalta mis labios.

Llevo los dedos hasta las orejas largas del conejo, marcadas y erguidas hacia arriba, acariciando el material frío. Es una máscara cómoda y delgada, que enmarca mi mirada.

—Esto es una broma... ¿verdad? —Miro a la rubia reflejada en el espejo mientras ella apoya su rostro en mi hombro, sonriéndome y dando unas palmadas en mis brazos.

—Puedes estar segura de que sí. Por lo visto, Jonathan quiere jugar a cazar conejitas mañana por la noche.

De todo lo que mi cerebro podría imaginar al pensar en "cazar conejitos", no me viene precisamente una escena soleada buscando huevos de Pascua, sino una carrera de galgos rabiosos y sedientos, lanzándose implacables tras un pobre conejo que huye desesperado. Y sé que solo hay un depredador lo suficientemente implacable como para disfrutar, verme así, convertida en una conejita sin escapatoria.

Baby se aleja y me da una palmada en el trasero que me hace pegar un brinco. Se ríe con ganas al ver el pánico en mis ojos cuando llevo los dedos a una de las orejas negras de la máscara de látex.

—Estás jodida, pero jodida de verdad, Gin... ¡y en todos los sentidos!

Me quedo mirando mi reflejo en el espejo. Cada vez que veo la máscara de conejita, más fuerte me grita el cerebro:

¡Estás jodidamente perdida, chica!

CAPÍTULO 31



ESCAPE FALLIDO

GINGER FOX

—¿No es hora de volver ya? —Dejo caer mi rostro sobre la toalla extendida en la arena y miro a Jon, que está sentado a mi lado.

Levanto la muñeca para revisar la hora. Ya son casi las seis y media de la tarde. Por mí, me quedaría aquí toda la noche, solo para seguir escondida de los ojos de Jonathan.

—Creo que podemos quedarnos un rato más. ¿Ya quieres regresar? —Él niega con la cabeza, sonriéndome.

—No. Quiero ver la puesta de sol antes de volver a casa. —Le devuelvo una sonrisa forzada y vuelvo a mirar el cielo del atardecer.

—Estaba pensando que podríamos cenar por aquí. Grasas, dulces, refrescos... ¿qué te parece? No hay razón para volver tan temprano…

—Gin, salimos de la mansión a las nueve de la mañana. —Su risa se intensifica mientras entierra los pies en la arena.

—Es verdad, ¿no?… —Me siento, me quito los lentes de sol y empiezo a mover el pie con nerviosismo.

¡Mierda! Había sacado a Jon de la cama a las ocho y media, ya con la mochila lista, dejándolo apenas tomar un café rápido, mientras yo mantenía los ojos bien clavados en mi tostada, sintiendo

esas malditas pupilas azules quemándome desde la punta de la mesa. Quería morirme de la rabia y estamparle la cara a Baby contra la mermelada cuando hizo esa maldita broma estúpida.

—¿Qué quieren para cenar? No tengo ni idea de qué decirle a la cocinera —tía Charlotte se gira, preguntándole a Roy mientras unta mantequilla en su pan.

—¿Quieres más jugo, Jon? —Lleno mi vaso de jugo, mirando hacia él. Él niega con la cabeza y se frota los ojos, aún medio dormido.

Dejo la jarra sobre la mesa, llevo el vaso a mis labios y lanzo una mirada de reojo al rostro malhumorado. En cuanto noto que sus pupilas me están mirando fijamente, desvío la mirada enseguida.

—Tal vez un novillo, no sé… —Tía Charlotte sigue buscando ideas para el menú de esta noche.

—Lo que elijas está bien, tía —los vellos de mi nuca se erizan solo con el tono grave que sale de su garganta. Bebo más jugo, negándome a mirarlo directamente.

—Creo que Jonathan preferirá darse un banquete con conejo asado esta noche —el jugo que tenía en la boca se me va por el lugar equivocado, y casi siento que el cerebro se me congela del dolor que me da al escuchar las palabras de Baby, que estalla en carcajadas.

—¡Oh, por Dios! —Miro a la rubia cretina con rabia, mientras ella se ríe golpeándome la espalda.

Después del desayuno, salí casi corriendo, arrastrando a Jon hasta el garaje. En cuestión de minutos, ya estábamos lejos. Paseamos por algunos puntos históricos de la isla, luego almorzamos en el club de la marina y, durante gran parte de la tarde, caminamos por la villa de pescadores, conversando y riendo. Pero, en mi cabeza, me iba rompiendo con pensamientos sobre cómo encontrar una forma de no regresar tan pronto a la mansión.

Al final de la tarde, cuando el sol ya no pegaba tan fuerte sobre la piel sensible de Jon, decidimos ir a la playa. Pero con cada

segundo que pasaba en el reloj, más agitada me sentía por dentro.

—Jon, ¿sabes a dónde fue tu abuela? —pregunto lo primero que se me viene a la cabeza, solo para salir de esos pensamientos. Intenté llamar al número que me pasó Baby, pero nadie respondió.

—No —responde rápido Jon, sin apartar la vista de la arena.

—Qué raro. Baby lleva días tratando de llamarla, pero no contesta.

—Todavía no fuimos a ver la casa del lago —dice Jon, girándose hacia mí con voz tranquila, lo que me deja claro que no quiere hablar de su abuela.

Le sonrío, negando con la cabeza. No termino de entender cómo es la relación entre Jon y su abuela materna, así que guardo silencio y dejo morir el tema.

—Es verdad, todavía no me la mostraste —siento un hilo de esperanza, imaginando si podré esconderme ahí—. ¿Crees que podríamos pasar la noche allá?

Jon parpadea confundido, riendo aún más.

—¿Como acampar?

Tiene potencial para ser un buen plan de escape, esa tal casa del lago.

—Sí, algo así —le extiendo la mano, recibiendo su palmada en señal de trato—. Pero cuéntame, ¿qué hay en esa casa?

—En realidad, nunca he entrado. A veces veo al tío yendo para allá —mis brazos se encogen. Ahora ya sé que es una mala idea querer esconderme en la casa del lago—. ¿Ya no quieres ir? Pareces desanimada…

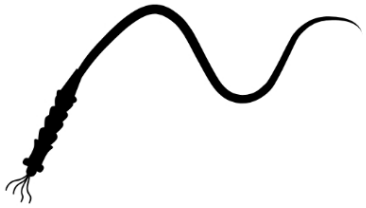
—No, sí quiero —respondo rápido, borrando mi cara de derrotada para no entristecerlo—. Y bueno, ¿comemos algo por aquí o prefieres cenar en la mansión? —Él se levanta, se quita la camiseta y la deja cerca de mí.

—No sé. Quedémonos un rato más. ¿Quieres meterte al agua? —Miro el mar y me levanto de inmediato.

Me quito el vestido suelto y lo dejo junto con la camiseta de Jon. Me aseguro de que el bikini esté bien acomodado y cubriendo todo como debe. Suelto mi cabello del moño, justo cuando Jon ajusta el cordón de su bermuda. Le doy un empujón suave en el hombro, haciéndolo tambalearse torpemente.

—¡Voy a llegar antes que tú, flacucho! —Grito entre risas, saliendo corriendo delante de él mientras escucho sus quejas intentando alcanzarme.

Llegamos casi al mismo tiempo al agua helada. Jon me empuja, haciéndome caer al agua, pero antes de hundirme lo jalo conmigo. Por este momento, ya no siento agitación alguna. Solo estamos Jon y yo, y él siendo un adolescente normal para su edad.



—¿Bruce Springsteen? —Secándome el cabello, me doy la vuelta hacia la voz que habla detrás de mí, cerca de la puerta del carro.

El detective Dexter saca una paleta de su boca, señalando el estéreo encendido del vehículo.

—La canción que está sonando. El nombre del cantante es Bruce Springsteen. —Deja una leve sonrisa en sus labios y vuelve a meterse la paleta en la boca.

Miro el carro, lanzo la toalla al asiento trasero del jeep, tomo el vestido que colgaba de la puerta y me lo pongo rápidamente.

No necesito que él me diga quién canta *Dancing in the Dark*. Crecí escuchando las canciones de Bruce Springsteen en casa por culpa de mi papá. Es una de sus favoritas. En cuanto empezó a sonar ese ritmo contagioso, subí un poco el volumen mientras me arreglaba, esperando que Jon terminara de comprar su malteada al otro lado de la calle. Me giro para mirar hacia donde está, asegurándome de que el flacucho siga distraído eligiendo el sabor.

—Sé quién canta. —Vuelvo a mirar al hombre, preguntándome cuánto tiempo lleva ahí—. ¿Qué desea?

—Bueno, estuve esperando que me llamaras. —Respiro con calma, tomo mis gafas del tablero y me las coloco.

—Mire, ya dije todo lo que tenía que decir. Lo siento de verdad, pero no sé qué más quiere que le diga, ya conté todo. —¡Dios! Intento convencerme de que no estoy mintiendo del todo, al fin y al cabo, sí dije lo que vi ese día solo omití que sospechaba que Bob era un pedófilo.

—¿Cuál es exactamente su relación con la familia Roy, señorita Fox? —Dexter se lleva las manos a los bolsillos, arqueando una ceja mientras me atormenta con sus preguntas.

—Solo trabajo. Soy la niñera de Jon.

—¿No le parece extraño que un chico de su edad necesite una niñera? —Entorno los labios, prefiriendo no dar mi opinión.

—Mire, lo que me parece extraño es que usted esté acosando a una empleada. — Aprieto los dedos contra la puerta del coche, moviendo la pierna para disipar la ansiedad que vuelve a aparecer.

—¿Cómo era la relación de la señorita Roy con Bob? —Mi pierna se queda quieta en cuanto entiendo qué es lo que quiere saber, recordando lo que Baby me contó sobre la madre de Bob creyendo que ella tenía un romance con ese imbécil.

—Distante. Baby casi nunca hablaba con Bob. Para serle sincera, Bob no era precisamente alguien con quien uno quisiera pasar el tiempo. —Lo veo reír, sacudiendo la cabeza mientras saca el chupete de la boca.

—Confieso que tampoco soy fan del mocoso, pero su madre quiere respuestas, y muchas siguen en el aire.

—Lo entiendo, pero verá, yo no tengo esas respuestas, y mucho menos las tiene Baby. —Mi expresión se endurece mientras cambio el peso de mi cuerpo a la otra pierna, que ya empieza a

dormirse—. ¿Cómo está Bob? Que no nos lleváramos bien no significa que no me preocupe por él.

—Sigue en coma, en estado crítico. Cuando tuvo una convulsión, vomitó y aspiró el contenido. La broncoaspiración se complicó. —Se encoge de hombros, sin mostrar el más mínimo rastro de preocupación por el chico.

Y eso lo hace aún más extraño. Si no le preocupa que Bob esté en coma, ¿por qué se empeña tanto en buscar respuestas?

—¿Por qué sigue aquí, señor Dexter? —Su rostro se vuelve hacia mí, dejándome ver sus ojos curiosos.

—Demasiados cabos sueltos, señorita Fox. En mi profesión, eso es irresistible. —Creo que, de todo lo que pudo haberme dicho, esa frase es la única verdad que ha salido de su boca—. Bueno, nos veremos por ahí. Si necesita hablar, solo llámeme y vendré.

—¿Cómo entra y sale de la isla? —Esa parte me intriga. Tal vez Baby esté equivocada y Roy no controle quién entra y sale de la isla por medio del ferry.

—Digamos que las restricciones del señor Roy no se aplican si yo soy el dueño del barco. Por eso alquilé uno. —Abro los ojos, sorprendida. Jonathan realmente le prohibió usar el ferry.

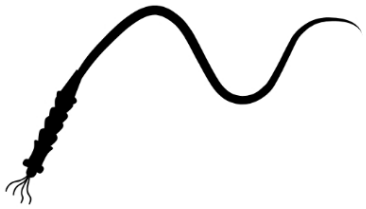
—Gin, ¿de verdad no quieres? ¡Está delicioso! —Me giro hacia Jon, que se acerca al coche, pero guarda silencio al ver al hombre parado junto a nosotros.

—No, Jon. Vamos, sube, ya es hora de volver. —Lo observo mientras entra en el coche y se abrocha el cinturón de seguridad.

—¿No íbamos a quedarnos un rato más? —Nego con la cabeza, sentándome en el asiento del conductor, cerrando la puerta con fuerza.

—No, vamos a la mansión. — Enciendo el coche, suelto el freno de mano y miro al hombre silencioso en la acera—. ¡Que tenga un buen día, señor Dexter!

Acelero con el jeep, sin apartar la mirada del retrovisor, observando al hombre que sigue allí parado, mirándonos.



—¡Dios! ¿Dónde te metiste todo el día? —Baby está alterada, golpeando el suelo con el pie en mi habitación justo cuando salgo del baño con mi pijama puesto.

Jon estaba tan cansado por el día que tuvimos, que solo se duchó y se mantuvo despierto apenas el tiempo suficiente para comer el refrigerio que Lira le trajo. Ni siquiera eran las ocho de la noche cuando se desplomó en la cama y cayó en un sueño profundo.

—Jon y yo estábamos dando un paseo. ¿Por qué? — Bostezo, fingiendo estar a punto de dormirme, mientras me froto el rostro. Ella observa mi pijama y luego me mira, apretando los labios.

—¿Lo hiciste a propósito?

—¿El qué? —Paso junto a ella, fingiendo no entender nada, camino hacia la cama y me acomodo cómodamente, arropándome con la cobija—. ¡Estoy agotada! Creo que voy a quedarme dormida.

Cruza los brazos, mirando a su alrededor. Cierro los ojos, suspiro en voz baja y rezo para que salga del cuarto y me deje tranquila con mi mentira.

—Podrías estar muriéndote en esa cama, pero aun así solo tendrás dos opciones, Ginger. —Abro apenas un ojo y la veo sonriendo con burla.

—¡No! —Me doy la vuelta, cubriéndome la cabeza y apretando los ojos con fuerza—. Mi única opción es quedarme bien cómoda en la cama. ¡Nada de más aventuras!

—Ni se te ocurra engañarte, Ginger. —Escucho el sonido de sus zapatos repicando contra el suelo mientras camina—. Te voy a

decir cuáles serán tus opciones, y tú elegirás.

Sigo con la cobija sobre mi cabeza. No voy a salir de esta cama por nada del mundo. Ya tuve suficientes aventuras por hoy, y aunque me muero de curiosidad por saber en qué nivel está el juego esta vez, reprimo mi lado entrometido y no voy a caer en su trampa.

—O te vienes conmigo a mi cuarto, donde tu ropa te está esperando... —Niego con la cabeza. No me voy a mover de aquí. Froto la cara contra la almohada, suspirando con pereza, pero me detengo en seco cuando siento la respiración de Baby sobre mi cabeza—. O Jonathan vendrá a buscarte… arrastrándote de los cabellos.

Abro los ojos al instante, un escalofrío me recorre todo el cuerpo, erizando los vellos de mi nuca. Me destapo la cabeza y me encuentro con los ojos diabólicos de Baby. Su sonrisa se ensancha, y me deja claro que no está bromeando. Puedo imaginar perfectamente a ese hombre entrando por la puerta como un cavernícola, golpeándose el pecho.

—Roy no está en la mansión. Cuando estacioné el coche en el garaje, no vi el suyo. Para cuando regrese, yo ya estaré en mi quinto sueño —susurro.

—Jonathan salió antes porque tenía cosas que resolver. —Baby saca el móvil del bolsillo y lo agita frente a mi cara—. Pero creo que estaría aquí en menos de cinco minutos.

—Eres la peor amiga del mundo —gruño entre dientes.

Baby tira de la cobija y la lanza lejos, mirándome con una carcajada.

—No. Soy la mejor hermana que podrías tener. ¡Vamos, conejita! Tenemos que prepararte para la cacería.

Mi cuerpo tiembla de pies a cabeza, solo de pensar en todas las posibilidades de que Jonathan se tome eso… literalmente.

—¡Maldita curiosidad!

CAPÍTULO 32



LA CAZA

GINGER FOX

—¿Estás segura de que Jonathan pidió que me pusiera esto? —Giro el cuello, intentando ver la bola de pompón negro que Baby acaba de colocarme en la parte trasera, sujetando la cola de conejo al vestido con un alfiler.

—Claro que sí. —Se quita su abrigo y lo lanza dentro del coche, señalándome para que haga lo mismo.

Doblo el enorme abrigo rojo que me prestó para salir de la mansión y lo dejo sobre el asiento. Me retuerzo como un lagarto, tratando de ver la bola de peluche, todavía sin poder creer que Roy me haya obligado a usar esto.

—¡De verdad debería haberme quedado en mi cuarto con Jon, Baby! —Ella camina hacia la parte trasera del vehículo, abre el maletero, quita la tapa de una caja y me entrega una sensual máscara de conejo.

—¡Oh, deja de decir tonterías! En el fondo, estabas loca por venir. Además, Lira va a cuidar de Jon esta noche. —Me muerdo los labios, arrugo la nariz e hago una mueca.

No sé por qué, pero sigo desconfiando de Lira desde aquel incidente con la sábana. ¿Cómo alguien se lleva unas sábanas limpias y ella no vio quién fue? Y otra cosa: ¿a dónde fue a parar la

sábana sucia? Demasiadas preguntas sin respuesta, y ella solo dice que no lo sabe.

—Sigo pensando que no fue una buena idea.

—¡Cielos, Gin! Estás pasando demasiado tiempo cerca de esa vieja cotilla y loca. —Me río con Baby—. Ponte la máscara.

—En algunos puntos, la señora Roy tiene razón. —Sigo desconfiando de la empleada. Me coloco la máscara sobre el rostro, ajustando el broche detrás de mi cabeza, y arrastro la trenza que Baby me hizo hacia delante, dejándola caer sobre mi hombro—. Pensé que iba a llevar el cabello suelto, pero me gustó la trenza.

Le sonrío a Baby, levantando la vista hacia ella. Baby acomoda su cabello rubio hacia delante, sobre los hombros. La máscara que lleva en el rostro es roja, brillante y de cuero, cubre solo sus ojos y su nariz. Tiene un pico alargado hacia el frente, como el de un pájaro, con detalles de pedrería en los costados. Aunque es una máscara que haría ver rara a cualquier otra persona, en Baby solo la hace ver aún más sexy.

—Créeme, la trenza fue una gran elección. —Sus dedos bajan el escote de su vestido, dejando sus pechos casi completamente al descubierto.

Cuando estira sus largos brazos hacia mí, intentando hacer lo mismo con el provocador vestido negro que llevo puesto, le doy un manotazo en los dedos.

—Deja mi escote en paz. —Me doy la vuelta, escuchando su carcajada, y me doy cuenta de que frente a nosotras no hay más que una oscuridad total.

¿Dónde demonios estamos?

Miro a mi alrededor y noto que ya no estamos en el mismo sitio de antes, la fábrica abandonada.

—Vamos, Gin. Mueve el culo conejita. —Baby pasa junto a mí después de cerrar el coche, caminando decidida sobre sus tacones

altos. Y yo, con un miedo enorme de tropezar y torcerme el pie, camino mucho más despacio que ella.

—¿Qué es este lugar, Baby? —Miro a mi alrededor. Está medio desierto, y lo único que se escucha son los croares de los sapos.

—Es una vieja posada que Jonathan compró hace un tiempo. Vamos a estrenarla hoy, estuvo cerrada por bastante tiempo.

—Pensé que sería en la fábrica otra vez. —Siento el aire casi escaparse de mis pulmones por culpa del vestido que me aprieta.

—¡Oh, no! No solemos usar el mismo lugar siempre, y hoy es algo más privado. — Baby se detiene y se gira hacia mí—. ¡Gin, pareces a punto de morir!

—¡Claro que sí! ¡Este vestido es una tortura medieval! —Intento despegarlo aunque sea un centímetro de mi cuerpo, para no sentirme tan comprimida—. Baby, ¿por qué tanto secreto esta vez? Dijiste que sería la iniciación de algunos.

—Justamente por eso. Algunos van a iniciarse para poder asistir a Sodoma en cualquier parte del mundo. —Baby se recoge el cabello, deteniéndose a mi lado y señalando detrás de su oreja—. ¿Ves esta marca?

Entorno los ojos, tratando de ver algo en medio de la oscuridad, pero solo distingo una sombra sobre su piel clara.

—¿Es un tatuaje?

—Bueno, no deja de serlo, pero nadie nota que es un tatuaje porque parece solo una marca de nacimiento, como el contorno de una S. —Se suelta el cabello y me sonríe—. Algunos van a recibirla hoy.

—¿Entonces es como una fiesta de celebración? —La miro, confundida, mientras volvemos a caminar.

—Te aseguro que nada de lo que hay ahí dentro se parecerá a una fiesta de celebración. —Le doy un golpecito en el hombro, riéndome de su forma descarada de acariciarse el cuerpo con una

mano—. Los Maestros estarán reunidos. Ellos evaluarán el nivel de perdición de los nuevos en Sodoma. Los demás… saldrán de cacería.

Trago saliva, sabiendo perfectamente que se refiere a Jonathan. Intento no preocuparme antes de tiempo y vuelvo a enfocarme en mi curiosidad sobre Sodoma.

—Baby, ¿qué es exactamente Sodoma? ¿Un club, una secta o algún tipo de adoración? Parece como una hermandad.

—¡No, para nada! En realidad, Sodoma es un grupo de personas unidas por una idea, una doctrina compartida, todas enfocadas en la búsqueda del placer supremo… solo que con ciertos límites y reglas.

—Pues igual suena como una hermandad o una reunión del club de lectura. —Me encojo de hombros, riéndome de la cara que pone—. Pero un club de lectura erótica, Baby.

—¡Cállate, Gin! —Su risa se desborda mientras da un pequeño tirón a mi trenza—. En realidad, Sodoma existe desde hace siglos, solo que con otros nombres. Probablemente, dentro de unos años tenga otro nombre también. ¿Has visto alguna imagen del dios Pan? Él es la prueba viviente de cuántas eras llevamos los humanos intentando liberar nuestra parte salvaje. Necesitamos el sexo tanto como el aire.

Disminuyo el paso, intentando recordar qué sé sobre el antiguo dios Pan. No es un recuerdo vago, hay algo que me llama la atención sobre ese dios romano. Visité una exposición sobre mitología en la universidad, y fue justo con ese dios mitad cabra, mitad hombre, con el que me quedé un buen rato observando.

¡CABRA!

La palabra explota en mi mente, abriéndome un abanico de ideas. Recuerdo la fotografía que mostraba la estatua del dios romano y por qué me había quedado petrificada mirándola. La escultura original está en Nápoles. Incluso llegué a considerar viajar allí algún día solo para verla en persona, tan escandalosa como es, obra del artista Herculano.

La escultura es, en todos los sentidos, grotesca. Es imposible no quedar impactada o intimidada por ella. Representa a un hombre mitad cabra teniendo sexo con una cabra, ¡es espantoso! No hay forma de decir que no se violan las leyes humanas y divinas a la vez, porque es, literalmente, una relación sexual entre un ser mitológico y un animal.

Y aun así, gracias a los detalles tan vívidos que Herculano plasmó en su obra, sigue siendo un acto sexual en toda regla: salvaje, brutal, explícito. La cabra, acostada de espaldas con las patas alzadas, recibía en su sexo el miembro de Pan, mientras él tiraba de su barbilla con fuerza. La estatua era aterradora… y al mismo tiempo, hipnótica.

Levanto la cabeza hacia Baby, entendiendo por fin lo que quiso decir con que Sodoma existe desde hace siglos. En el Imperio romano, el sexo era algo natural. Bacanales, orgías y sexo grupal fueron parte de las tradiciones heredadas de esa antigua civilización.

—¡Dios, Baby! ¿Sodoma trata sobre un hombre mitad cabra que se acuesta con una cabra?

—¡Por Dios, claro que no! —Se da la vuelta, mirándome con expresión escandalizada—. Sodoma es una tradición que atraviesa la historia. Cultos paganos que existían libremente desde el Imperio romano. Durante mucho tiempo, las personas tuvieron que ocultarse, reprimir lo que eran por miedo a cómo serían vistas.

—Solo se adaptaron con los años —susurro, comprendiendo. Pasaron siglos, eras enteras, pero ellos siguen aquí, ocultos… tan fuertes como al principio.

—Sodoma es mucho más que follar. Es poder. El poder de la lujuria de desnudarte el alma por completo y aun así saber que el control está en tus manos. —Me sonríe, se detiene frente a mí y baja de nuevo esa maldita parte del escote—. ¡Sodoma es el ahora, Gin!

Baby se da la vuelta y señala la gran hostería antigua, toda a oscuras, como si estuviera completamente deshabitada. Lo único

que revela que no está abandonada es la música que retumba desde el interior del edificio.

—Baby, ¿no necesito una invitación? —Mis dedos están sudando. Es como si supiera que, si cruzo esa puerta, todo va a cambiar para siempre… más de lo que ya ha cambiado. —Ya la llevas contigo, cariño. —La rubia sigue caminando, dejándome confundida con sus palabras.

—¿Cómo que ya la llevo? ¡Yo no recibí ninguna invitación! —Acelero el paso con mis tacones finos para alcanzarla, mientras ella se contonea frente a mí.

—Está en tu cuello, Gin.

Llevo los dedos hasta la gargantilla ajustada que me había obligado a usar. Es una cinta de cuero negra con dos letras en pedrería: M. R.

—¿Qué dices? ¡Esa es tu gargantilla! ¡Tú me la prestaste!

—Claro que eso no es mío, Gin —dice entre risas, rodando los ojos —. Y mucho menos es una gargantilla. Es el encargo que fui a recoger para Jonathan. Es su marca. —Se detiene cerca de la escalera y me sonríe.

—¡Hijo de puta! —gruño con rabia. Esas letras no son las siglas de la joyería, ¡son las siglas de *Maestro Roy*! Jonathan me puso un collar en el cuello y me siento la más tonta del mundo por no haberme dado cuenta antes.

—No pensarías que Roy iba a dejar a su conejita suelta dentro de Sodoma, ¿o sí?

—¡Oh, maldición! —La puerta se abre antes de que siquiera pueda llevar los dedos a mi nuca para quitarme la gargantilla.

No es el mismo gigante de la otra noche, es un hombre vestido con un traje elegante. Podría parecer normal si no fuera por la máscara de hocico de cuero negro que lleva en el rostro. Mira entre Baby y yo, deteniéndose en mi cuello. Luego se hace a un lado y extiende el brazo para darnos la bienvenida.

Estoy segura. Completamente segura. Y lo confirmo en el momento en que cruzo la puerta siguiendo a Baby.

Nada volverá a ser como antes.

Las lámparas de luz tenue iluminan los cuerpos que se mezclan por todo el lugar. No hay forma de no recibir un golpe directo al sistema, saliendo brutalmente de tu zona de confort, cuando te topas con un hombre desnudo, atado, de rodillas en el suelo, usando una máscara de cerdo rosada de cuero, mientras dos mujeres lo atienden por completo. Una de ellas está arrodillada detrás de él, masturbándole lentamente el miembro, mientras la otra le hace chupar un consolador sujeto a su cadera con un arnés.

—¡Banquete infernal! —susurra Baby a mi lado, dejando que la punta del pico de su máscara roce mi cabello.

—¿Qué dijiste? — Giro el cuello, sorprendida, y la miro.

—El hombre del centro. —Baby entrelaza su brazo con el mío y caminamos hasta una pared, desde donde podemos ver mejor, con otro ángulo.

—¡Dios mío!

Me tapo la boca al ver con claridad lo que la mujer hace detrás de él. Tiene el brazo, desde la mano hasta el codo, metido dentro de su ano. Lo saca y lo vuelve a meter con suavidad. El guante negro cubre todo su brazo, permitiendo que solo se vea el brillo del lubricante, que le facilita deslizar el antebrazo dentro del ano dilatado del hombre. Con la otra mano, ella le acaricia la polla, apretando y frotando la cabeza enrojecida mientras lo masturba. Estiro el cuello para ver su rostro: solo se le ven los ojos abiertos de par en par, a punto de salirse, mientras succiona el consolador negro.

—De verdad se lo están devorando —comento, mirando a Baby, que observa la escena con interés.

—En realidad, lo están preparando, como a un delicioso cerdo que todos podrán disfrutar después. Por eso lo del *banquete infernal*. Él le pertenece a cualquiera que quiera follárselo. —Sonríe

como si me estuviera explicando los pasos para una barbacoa familiar.

—¿Quieres probar?

Su voz suena animada mientras estira la mano hacia mi muñeca.

—¡Noooo! —Llevo los brazos hacia atrás, negando con la cabeza, mirándola con horror.

Baby se ríe aún más, guiándome y dejando el banquete para los demás que observan. Tengo que dejar de caminar con los ojos tan abiertos, porque a cada paso solo me siento más avergonzada y más curiosa. No todos están desnudos. De hecho, la mayoría van bien vestidos, pero totalmente concentrada en cada escena que ocurre dentro de la hostería. Me detengo. Giro el cuello hacia atrás y miro en dirección a una mesa redonda. Pero no son bocadillos lo que hay sobre ella, o, bueno, supongo que sí. Todo depende del punto de vista.

La mujer sirve la comida sobre su cuerpo desnudo, mientras una rueda de cinco hombres está sentada alrededor de la mesa, como si se tratara de una cena de negocios. Niego con la cabeza, parpadeando varias veces para asegurarme que estoy viendo bien. Vuelvo a caminar, corriendo detrás de la rubia que resalta entre todos con su vestido rojo, pero me detengo otra vez, aún más curiosa que antes. Una pareja que podría parecer común en cualquier otro contexto, pero no en este me hace morderme el labio, atenta a cada uno de sus movimientos.

El hombre, completamente desnudo y con la polla erecta, alimenta a una mujer de complexión robusta, muy por encima de lo que se consideraría obesa. Le acaricia el rostro con ternura, y ese gesto me saca una pequeña sonrisa, pero su miembro late con fuerza, atrayendo mi atención. Está claramente excitado mientras la alimenta. Con cada cucharada de pastel que lleva a su boca, su erección se intensifica. Me doy la vuelta, intentando escabullirme con disimulo, pero choco contra el respaldo de un sofá, casi cayendo de espaldas. Apenas logro sostenerme, y en el proceso golpeo sin

querer la cabeza de una chica. Le acaricio el cabello suavemente con vergüenza y murmuro una disculpa.

—No fue nada, cariño. —Ella se gira, levantando el rostro hacia mí, y mis ojos van directo al hombre que está, literalmente, succionando de su pecho. Sus manos acarician su vientre abultado, dejándome ver que está embarazada, ya en una etapa bastante avanzada.

—Pero bueno… esto… —Sonrío con incomodidad, incapaz de apartar la vista de la escena de lactancia—. ¿Es un niño? —Mi voz suena como un susurro torpe, diciendo la primera estupidez que se me ocurre.

El tipo levanta la cara, soltando el pecho de ella, y cuando gira hacia mí, veo la baba de leche deslizándose por la comisura de sus labios hinchados.

—En realidad, quiero que sea una sorpresa, así que aún no sé el sexo —responde ella, sonriendo mientras acaricia su vientre. Mis ojos no hacen más que agrandarse al ver al adicto a la lactosa sacar el otro pecho, lleno de leche, por fuera del vestido y volver a mamar.

—Esto… —Me atraganto, sin saber qué decirle, rascándome la cabeza. No es como si me la hubiera topado en la fila de la cafetería y estuviéramos hablando casualmente sobre maternidad.

Un roce en mi pierna me obliga a mirar hacia abajo. Veo a un hombre pequeño, con sus manos traviesas, acariciando mis rodillas. Me quedo tan paralizada que no sé si debería darle una patada como a un perro calenturiento que se frota contra ti, o simplemente correr directo a la salida.

Él me guiña un ojo, lanza un beso en el aire y se aleja justo cuando una mujer vestida de enfermera pasa junto a él y lo toma de la mano. Mi cabeza se ladea, saliendo del estado de shock. Ahora, más que espanto, lo que siento es incredulidad.

—¿Eso es un pañal? —susurro, atónita, observando a la pareja mientras se aleja—. ¡Cristo!

Sacudo la cabeza y alzo la vista, buscando a Baby. En cuanto localizo su melena rubia, corro hacia ella. Baby está distraída, tomando dos copas de champán. Cuando se gira, le arrebato una y me la bebo de un solo trago.

—¿Dónde estabas, loca? —Le entrego la copa vacía, ya bajándome la otra, con el corazón latiendo a mil.

—¡Vi cosas que preferiría no haber visto, Baby! —Mi voz sale temblorosa, casi al borde del llanto. Levanto el dedo con indignación —. ¡Y encima fui acariciada por un hombrecito en pañales!

Baby me quita la copa vacía de las manos, pide más al camarero y suelta una carcajada escandalosa.

—¡Dios! ¡Aléjate de ese enano pervertido! —dice entre risas, mirando en su dirección mientras la pareja desaparece tras una de las puertas—. Dios es un ninfómano.

El camarero nos interrumpe trayendo una bandeja con más champán y nos sonríe. Esta vez me obligo a no mirar cuando se da la vuelta. No pienso volver a toparme con un trasero peludo de sorpresa.

Empiezo a notar detalles: la extraña hostería no tiene cristales en las ventanas. Entiendo por qué desde afuera no se ve luz. Cada ventana está cubierta con telas negras que no dejan pasar ni una rendija.

Baby me toma de la mano, guiándome para seguir nuestro peculiar tour. Las demás habitaciones son mucho más explícitas. Sexo por todas partes. Y semen también.

Una rubia pechugona está sentada sobre sus propias piernas, con las manos sobre las rodillas y la lengua fuera, mientras tres hombres se masturban frente a ella y la bañan con su semen.

—¡Delicia! —dice Baby, sonriendo con descaro mientras se pasa la lengua por los labios como si tuviera hambre.

—Eres una pervertida. —Alzo la copa de champán, observando todo con atención. Es casi como un trabajo de campo,

donde todo merece una calificación.

La mujer tomándose una copa llena de semen: nota 2,5.

El tren de la alegría hecho por tres hombres y una mujer: nota 5,0.

La pelirroja azotando los pechos de una mujer arrodillada mientras ella sostiene dos cubetas de hielo con los brazos extendidos: nota 7,8.

El tipo dentro de una jaula para perros recibiendo leves descargas eléctricas en los testículos mientras ladra: nota 8,9.

Una mujer bajita recibiendo doble penetración de dos musculosos con vergas de caballo: nota 10.

Hago mis anotaciones mentales sobre lo que me parece interesante… y sobre lo que, definitivamente, jamás haré en mi vida.

Baby me tira del brazo, señalando una habitación sin puerta. Veo a un hombre teniendo sexo con dos mujeres. Podría ser simplemente otro hermoso día en el parque, si no fuera porque el tipo está vestido como una señora de ochenta años, con un camisón enorme y medias de nylón hasta las pantorrillas.

—A Salt le gusta tener sexo usando la ropa de su madre —susurra Baby, vaciando su copa de un trago.

—¿No es eso demasiado Norman Bates? —Lo veo levantarse la falda para poder penetrar mejor a una de ellas, mientras la otra, con las piernas abiertas, recibe sexo oral de la misma chica que está siendo follada.

—Bueno, mientras no mate a ninguna, vale la pena. —dice Baby, retomando nuestro recorrido por la hostería, dejando atrás el cosplay de *Psicosis*.

Entramos en una habitación, donde unas personas extrañas observan la intensa sesión de sexo grupal. El grupo de hombres silenciosos, con máscaras antigás, atentos a cada bocanada de aire y gemido, es peculiar, casi como si fueran sombras dispersas cerca de la pared, observadores. Echo un vistazo rápido a las discretas

ropas que llevan en sus cuerpos: trajes a medida. La mayoría de la gente que he visto hasta ahora en el albergue, como yo, lleva cuero, látex, silicona o está desnuda. Pero no, ellos visten trajes. Miro hacia atrás al sexo grupal cuando uno de los hombres de traje negro se gira hacia mí y me mira fijamente.

Baby me llama para salir de la sala después de un rato ahí dentro. Un cuerpo enorme choca contra el mío y casi me hace derramar la copa. Alzo la vista y reconozco al tipo del traje negro que me había estado observando. Es monstruosamente grande. Me mira en silencio, primero a la garganta y luego por encima de mi hombro, dejando que el estruendoso sonido de su respiración escape por debajo de la máscara.

—En serio, ¿de verdad crees que no te está vigilando? —dice Baby con sarcasmo, deteniéndose a mi lado—. Gin, quiero presentarte a Czar, el ruso menos confiable que vas a conocer en toda tu vida.

Recuerdo la historia del hospital que Baby me contó, y trato de no reírme con la escena que la rubia había representado, imitándolo. Las manos enormes se levantan hacia la parte trasera de su cabeza para quitarse la máscara. Si quería contener la risa, verle la cara hace que toda la gracia se desvanezca al instante. Es como una versión de *Terminator* pero cubierto de helado.

Él es uno de los consejeros.

—Veo que hoy no tienes helado en las manos. —Su rostro enorme se inclina, mira sus propios zapatos y sonríe—. Qué lástima.

—¡Ay, deja de ser un imbécil, Czar! —Baby lo deja plantado y yo no tardo en seguirla, escapando a toda prisa a su lado.

Pienso en aquel día en que choqué con él. Estaba huyendo para no ver a Roy con esa mujer fría. Tal vez el ruso no estaba simplemente pasando por ahí, tal vez iba a unirse a los dos. Baby me confesó que Freire forma parte de Sodoma, así que esa mujer también debe estar aquí.

Levanto la vista, escaneando el lugar, pero ahora me doy cuenta de que todos llevan máscaras de animales. Están inquietos, mirando hacia el segundo piso como si esperaran algo. Incluso el ambiente impúdico cambia: ya no hay locura como en las otras habitaciones. Esta es una sala elegante, con muebles victorianos. Los cuadros colgados en la pared son grandes, enmarcados en oro, y una inmensa escalera alfombrada en color vino se pierde hacia los pisos superiores.

—No dije nada malo, solo que era una lástima —replica el ruso, que ahora está parado a nuestro lado, sosteniendo su máscara nuclear mientras echa un vistazo a su reloj de pulsera.

—No tienes remedio, Czar —dice Baby riendo, dándole un golpecito en el hombro—. ¿No tienes una presa que cazar?

—Todavía estoy eligiendo. Todas las que me gustan ya llevan collar —responde, lanzándome una mirada depredadora antes de guiñarme un ojo—. Quizá pueda robarme alguna.

—Claro, ¿por qué no se lo pides directamente a él? —dice Baby, y tanto mi rostro como el del ruso giran en dirección a donde ella señala detrás de nosotros.

Siento mi corazón dispararse, buscando a Roy con desesperación. Pero no hay nada allí, solo una pared. Me confundo, pero antes de volver mi atención a los dos que están bromeando, fijo la mirada en el cuadro. La pintura oscura muestra simplemente una noche tranquila en la playa. Camino hacia allí, esquivando a la gente, hasta quedar justo frente a él.

—Te encontré —susurro, alzando la mano para tocar el lienzo. Mi corazón sigue latiendo como loco, como si supiera que alguien me observa desde el otro lado.

¡Es un pervertido! Me ha estado espiando todo este tiempo, escondido en alguna pequeña habitación perversa detrás de las paredes. El cuero en mi garganta arde con cada respiración acelerada que doy, y hasta en eso pensó. Fue tan descarado que hizo que Baby me entregara el collar.

Levanto mi dedo del medio, lo llevo a la boca y lo chupo, sin apartar los ojos del cuadro. Luego, a punto con ese mismo dedo mojado hacia la tela.

—¡Idiota!

Me quedo clavada en el sitio, mirando hacia la sala oscura, justo cuando las luces se apagan y vuelven a encenderse. Algunas personas dentro gritan, otras silban.

Baby ya me está jalando, llevándome hasta el pie de la escalera, empujándome entre la multitud.

—Aquí nos separamos, conejita. —Le agarro la muñeca con fuerza, sintiendo miedo.

—¿Cómo que separarnos? ¿A dónde vas? ¿¡Me vas a dejar aquí!? —Mi boca se abre, lanzando todas las preguntas que puedo. No quiero quedarme sola—. ¿Qué va a pasar ahora? —Baby se ríe al ver mi estado desesperado.

—La cacería va a comenzar, Gin. —Alza los ojos hacia la escalera antes de volver a mirarme—. No podía contarte antes, pero escúchame bien: tu puerta es la roja. La vas a encontrar en el último piso.

Parpadeo nerviosa, sintiendo las palmas de mis manos empapadas de sudor. No tengo idea de lo que será esta cacería, ni de qué está planeando Roy, solo sé que mi corazón late como el de un conejo acorralado.

—Si logras llegar y entrar en esa sala antes de que el Maestro te atrape, ganas el juego. —Suelto sus muñecas y golpeo el suelo con los pies, sintiendo mis músculos entumecidos.

¡Dios! ¡Soy una sedentaria! Ni en la secundaria hacía clases de educación física, y ya de adulta ni siquiera paso frente a un gimnasio.

—¿Y si no llego? —Baby inclina la cabeza, dejando que sus ojos risueños me den la respuesta.

Estoy a su merced.

—Haz que la cacería le cueste lo más posible. —Coloca su mano sobre mi hombro, girándome para que quede de frente a la escalera—. Recuerda, solo corre hacia tu puerta. Solo eso.

—¿Pero cómo voy a saber que es él? —Miro a los hombres y mujeres enmascarados a nuestro alrededor, todos agitados—. ¿Y cuándo empieza?

—Te lo aseguro, sabrás que es él, apenas lo veas. Con la cantidad de dosis de su semen que estás recibiendo, podrías encontrar a Roy incluso en un estadio repleto. — Contraigo los brazos, sabiendo que tiene razón y no hay forma de discutirlo—. La señal para correr será la música. Cuando empiece a sonar, corres. — Baby se coloca detrás de mí y siento sus manos sobre mis hombros, dándome suaves golpecitos—. Será fácil, solo corre hacia la puerta y entra antes de que te atrape.

—Ok, correr hacia la puerta y entrar en la sala. Creo que puedo hacerlo. —Estiro mis hombros, intentando convencerme de que lo lograré sin ser atrapada.

Ella aparta las manos de mí, riéndose de mi estado y dándome una palmada en la nalga.

—Solo tienes que llegar a la puerta y mantener ese pompón lejos de su vista. —Las luces se apagan otra vez, desatando más gritos entre la gente—. Correr y mantener el pompón lejos de él... — Me quedo confundida con la última parte de su frase, sin entender muy bien.

—Espera, ¿no dijiste que fue Roy quien me hizo usarlo? —Giro el rostro, pero Baby ya no está detrás de mí. Cierro la boca, sintiendo que la máscara en mi cara me asfixia.

—¿Baby? ¡¿BABYYYY?! —Dejo de llamarla cuando noto que los cuadros ya no tienen retratos. Todos se han convertido en vidrios oscuros.

Rápidamente, me pongo de puntillas, saltando para ver por encima de las cabezas de la multitud hacia el marco donde antes

estaba la imagen del atardecer en la playa, ese que estoy segura de que era por donde Jonathan me observaba.

Mi corazón da un brinco cuando veo la marca de una gran mano abierta, justo sobre el mismo lugar donde yo había apoyado la mía.

—¡Mierda! —maldigo por lo bajo, intentando no dejarme vencer por el miedo que me invade.

Giro mi cuerpo, abriéndome paso entre los jugadores, intentando arrancarme el maldito pompón. Mis dedos se congelan justo en el momento en que empiezan a sonar los fuertes golpes de "Big in Japan" por los altavoces del techo. Hay una explosión y ya estoy siendo empujada hacia la escalera, junto con todos los demás. Me agarro del pasamanos con los dedos, mientras mis piernas tiemblan entre el miedo de caer o de ser atrapada por mi cazador.

Mis piernas se mueven rápido para no ser derribada en los escalones. Levanto la cabeza, mirando hacia el segundo piso mientras me acerco. Está repleto de humo que flota en el aire. Mi cuerpo se mezcla con la neblina, mis mejillas arden y el corazón me retumba con fuerza. La música suena más alta, y solo noto que alguien está cerca cuando choco contra él.

Un grito agudo estalla a mi lado y de inmediato giro el rostro, asustada. Una puerta blanca se cierra con una chica siendo arrastrada hacia adentro. Acelero mis pasos, corriendo por el ancho pasillo entre la niebla, manteniéndome alejada de las puertas. En cuanto logro ver sin el humo, que poco a poco se disipa, me encuentro con un pasillo angosto formado por lonas negras. Brazos extendidos a través de agujeros dejan ver manos femeninas y masculinas, con los dedos abiertos.

Respiro con fuerza, frotando mis manos contra el vestido para quitarles el sudor. Dejo que las personas que escaparon antes del humo pasen por delante. No hay forma de esquivar las manos. Estas acarician cada parte de tu cuerpo a medida que el pasillo se angosta, y cuando alguna logra enganchar un brazo, se cierran en

torno a él, sujetando con fuerza. Inhalo profundamente, llenando mis pulmones de aire.

En el momento en que las luces del pasillo se apagan, siento la piel de mi nuca erizarse justo cuando su perfume invade mis fosas nasales. Es como si tuviera un efecto directo en mi cuerpo. Mis piernas ya están corriendo a toda velocidad hacia el corredor de manos. El leve roce en la punta de mi trenza no pasa desapercibido, haciéndome correr con más fuerza por haberle permitido acercarse tanto.

Levanto los brazos por encima de mi cabeza, sin dar oportunidad a que alguna mano me atrape. Las siento rozar mis senos, piernas, vientre… pero aun así, sigo corriendo. Las luces regresan, dejando una iluminación tenue. Respiro tan rápido como late mi corazón.

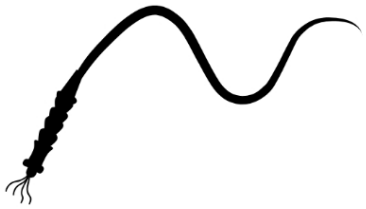
Cuando por fin cruzo la última mano entrometida, echo la trenza hacia atrás, con el pecho subiendo y bajando agitado. Al mirar hacia el camino del que vengo, justo después de salir de la neblina, el hombre enorme del traje negro está ahí, de pie, con las manos en los bolsillos del pantalón. Tranquilo. E incluso podría decir que su postura da miedo. Me está probando.

Enderezo mi cuerpo, intentando calmar mi respiración, y fijo la mirada en su rostro. El escalofrío que me sube por la espalda es una mezcla de miedo y expectativa. La máscara de gas negra tiene dos orejas medianas, puntiagudas, un hocico largo, grueso y recto, y donde deberían estar sus ojos, solo hay dos huecos oscuros y vacíos.

Mi estómago se revuelve porque ya no tengo dudas: quien está detrás de esa máscara de gas, modificada para parecerse a la de un dóberman, es Jonathan. Él inclina la cabeza, mirándome como si dijera que solo escapé porque él quiso.

Saco pecho con orgullo, subo el escote del vestido ajustado y le regalo una sonrisa traviesa, grande, descarada. Y con puro placer, giro mi trasero, moviéndolo de un lado a otro en su dirección, haciendo que vea el pompón agitarse.

—¡Bastardo! —gruño, saliendo literalmente corriendo, buscando el siguiente tramo de escaleras.



—¡Pero qué mierda! —grito con rabia al ver los pasillos de espejos mientras paso a toda prisa.

Intento no distraerme con mi curiosidad mirando las puertas que están abiertas. Pero algo con lo que definitivamente no puedo lidiar es con mi curiosidad, sin fin. Y en el momento en que veo a una mujer atada de cabeza hacia abajo, colgada del techo, con el cuerpo suspendido de forma que, si cae, se estrellará contra el suelo, mi rostro se vuelve hacia ella.

Las cuerdas rojas envuelven su cuerpo. Sus pechos, amoratados, están hinchados, y ella solloza cuando un hombre se le acerca con una vela, dejando que la cera gotee lentamente, sobre los pezones rígidos e hinchados.

Me enderezo, quedando de rodillas, y en ese mismo instante llevo los dedos a mi propio pecho, frotando como si fuera a mí a quien le estuvieran vertiendo la cera.

Una pelirroja con una máscara de gatita se detiene a mi lado, junto con otros dos chicos. Otro grupo de mujeres enmascaradas como gatitas aparece también, todas ansiosas por ver la escena de tortura erótica.

El hombre lleva los dedos a su sexo, acariciándola lentamente, mientras sigue dejando caer las gotas, pero ahora sobre el otro pecho.

Desde el otro lado del cuarto, detrás de ellos, veo la puerta abierta que lleva al siguiente tramo de escaleras hacia el tercer piso. Más espectadores llegan, y me veo a mí misma arrastrándome hacia el interior de la sala junto con ellos. Me pongo de pie, pegando mi

cuerpo a la pared, intentando pasar desapercibida hasta llegar a la otra puerta sin interrumpir a la pareja.

Pero el grito de la mujer colgada me obliga a volver a mirarla justo a tiempo para ver cómo él vierte cera sobre su clítoris.

—¡Ay! —Aprieto los muslos, como si fuera a mí a quien le estuvieran haciendo eso.

El segundo grito suena fuerte, pero viene desde la entrada, donde está la multitud de curiosos. Los cuerpos se aglomeran, corriendo dentro del cuarto cuando otros llegan con sus máscaras negras, y entre tigres, águilas y leones, veo al traicionero perro pomposo con su traje negro, mezclándose entre ellos.

Lanzo mi cuerpo al suelo, gateando rápidamente por debajo de la mujer colgada. Las puntas de su cabello rozan mi espalda y se enredan en la maldita cola de conejo. Ella grita como una cabra, y su cabeza se mueve junto con mi trasero, que la está arrastrando.

Me giro, mirando hacia mi trasero, intentando desenredar su cabello de la cola de conejo, pero el puro pánico de ver al perro feroz acercándose me hace tirar de su melena con fuerza.

—¡Perdón! —grito avergonzada, mientras sigo arrastrándome desesperada hasta lograr cruzar la puerta.

Me pongo de pie como puedo, tambaleándome para no caer. Al girar el rostro, veo a Jonathan siendo bloqueado por la camada de chicas con máscaras de gatitas, que tratan de huir de sus Amos. Sonrío, sacudo el polvo de mi vestido y le lanzo un beso.

—¡Vas a tener que esforzarte más si quieres atrapar a esta conejita, grandulón! —Me doy una palmada en la nalga, y puedo apostar mis riñones a que su mandíbula se apretó solo por la forma en que su pecho se infló al respirar.

Las luces se apagan de golpe, y se encienden apenas un par de segundos después. Miro de nuevo hacia donde estaba, pero él ya no está.

—¡Mierda!

Me doy la vuelta, corriendo otra vez hacia la escalera y jurándome a mí misma que no voy a parar por nada hasta cruzar esa puerta roja. Y con una emoción pura recorriéndome el cuerpo, siento cómo mi sonrisa se expande por cada rincón de mis mejillas cuando, por fin, la veo, al final del pasillo oscuro del tercer piso.

—Solo ve hacia allá, Ginger —me recrimino a mí misma, prohibiéndome girar el rostro hacia cualquier puerta abierta. Podría haber un concierto del fantasma de Freddie Mercury y aun así no miraría.

Estoy teniendo fe en que lo voy a lograr, casi puedo sentir la textura del picaporte en mis manos, hasta que un grito suave, seguido de una risita ahogada, me obliga a detenerme. Miro hacia atrás, viendo el pasillo vacío. Vuelvo a caminar, abrazándome el cuerpo, enfocada en la puerta.

El golpe fuerte de una puerta sacudida violentamente me hace dar un salto, y empiezo a buscar de dónde vienen esos malditos ruidos. Mis pasos se hacen más lentos, y el gemido vuelve a sonar, seguido otra vez de esa risa chillona, dejándome al borde de un infarto por la maldita curiosidad que me carcome.

Camino, pegándome a las paredes como si pudiera escuchar mejor dentro de los cuartos. El estruendo regresa, más fuerte. Me detengo en seco en el pasillo, mirando al fondo. Entorno los ojos, como si esperara verlo aparecer en cualquier momento. Suspiro, sacudo la cabeza y continúo mi camino.

Mis dedos tiemblan de emoción y alegría cuando giro el picaporte. Abro la puerta con una sonrisa triunfal que se desintegra al instante en mi rostro cuando lo veo parado del otro lado, esperándome con la máscara negra cubriéndole la cara. Está ahí, inmóvil, como una maldita estatua.

—¡Oh, mierda! —Cierro la puerta de golpe en su cara—. ¡Ni lo sueñes, Roy! —grito, corriendo como una loca.

Si no me atrapa antes de entrar por esa puerta, significa que sigo en el juego. Corro, riéndome con picardía, jurando que le voy a

hacer la vida imposible antes de que pueda ponerme las manos encima.

La tercera puerta se abre, dejando salir a un hombre con máscara de tigre. Sigo corriendo, lista para esquivarlo, pero me levantan en el aire antes de que quisiera pasar por él, cargándome al hombro como un saco. El olor, ese maldito olor, me inunda los sentidos.

—¡Te atrapé, conejita provocadora! —Su voz ronca me recorre la piel mientras me da una palmada sonora en el trasero.

—¡Jonathan, maldito! —Le golpeo la espalda, furiosa—. ¡Me engañaste! ¡Cambiaste las malditas máscaras!

Su pecho sube y baja mientras suelta una carcajada profunda, quitándose la máscara y entregándosela al chico que está del otro lado de la puerta roja, ahora abierta. Quiero gritar, patalear, cuando él cierra la puerta con el pie, dejándonos encerrados.

—Tan provocadora, mi dulce conejita… —Un escalofrío me recorre la columna cuando sus manos grandes acarician mi trasero, deteniéndose justo encima del pompón—. Te prometo que voy a divertirme tanto como tú lo hiciste provocándome con esta colita.

Roy me deja en el suelo, con sus ojos azules clavados en mí. Mi corazón late desbocado, corriendo al mismo ritmo que el pánico en mis venas. Doy un paso hacia atrás, echando un vistazo alrededor de la habitación. La luz solo ilumina el centro, donde hay una mesa de madera atornillada al piso. De ella se elevan unas barras metálicas curvas, como si fueran de protección o de sujeción.

Vuelvo mi mirada al hombre endemoniadamente sexy, vestido con traje, que no puede apartar los ojos del pompón en mi trasero. Llevo una mano hacia ahí, cubriéndolo instintivamente, y me coloco de frente a Jonathan.

—Para que lo sepas, esto no fue idea mía. —Jonathan camina hacia mí con ese aire depredador que hace que mis piernas se tambaleen, deteniéndose a un palmo de distancia, con la sonrisa más perversa y cargada de lujuria que le he visto.

—Es la ley de la selva, Gin. —Extiende la mano hacia la pared y toma un látigo de cuero, enroscándolo entre sus dedos—. Todo depredador se come a su presa y puedes estar segura de que voy a devorar cada rincón de esta conejita provocadora.

Gira ligeramente el rostro y sigo su mirada, sintiendo que se me congela la sangre cuando veo la pared repleta de juguetes eróticos de todo tipo.

—Oh, mierda…

BABY ROY

—¿Ya te vas? —La voz de Czar surge desde las sombras, soltando una calada de su cigarro. Camina hacia mí mientras me acerco a mi auto—. No vi que rompieras ningún corazón esta noche.

—Ya sabes cómo es, me gusta variar el menú. Los platos que sirvieron hoy ya no me llenan como antes. —Pulso la alarma del coche, abro la puerta y me detengo un segundo, mirando el cielo estrellado—. ¿No te pasa, Czar? A veces, desear algo más.

—Eso no es para mí, Baby. Ni para ti tampoco. —El hombre corpulento se apoya en el carro, fuma su cigarro y se encoge de hombros—. Estamos demasiado jodidos como para querer algo real.

Sí, lo estamos. Pero aun así, estoy cansada. Saturada. Lo que antes me encendía y me hacía arder por dentro, ahora me parece tan vacío.

—Deberías buscarte una compañera, Gregovivk. Quizá así dejas de estar tan jodido y al menos uno de los dos consigue algo más.

—¡Deja de echarme maldiciones, Baby! —No puedo evitar reírme cuando él frunce el ceño, aún más gruñón de lo normal.

—El gran oso polar tiene miedo de enamorarse. —Czar me muestra el dedo del medio, más malhumorado que nunca.

—¡Vete a la mierda o chúpamela, pero no me jodas, Baby! —Él se agarra los huevos, alejándose del auto.

—¿O por qué no me la chupas tú a mí? —Entro al coche, riendo por lo cabreado que se pone cada vez que lo vinculo con alguna pareja.

Dios tenga piedad de la pobre desgraciada que logre esa hazaña, porque Czar puede ser un hijo de puta controlador de mierda cuando se lo propone. Me quito la máscara y la lanzo al asiento del copiloto. Los neumáticos levantan polvo, dejándolo atrás. Cambio de marcha, acelero, y dejo que el viento fresco golpee mi piel. Cruzo el camino de tierra de la posada y, cuando llego al asfalto junto al mar, las agujas del tablero se disparan mientras mi pie se hunde en el acelerador.

Ya no veo todo como antes, ni siento la misma emoción desenfrenada de los inicios. He estado vagando demasiado tiempo sola por esta carretera que es mi vida. Juzgué a Roy por intentar, de alguna manera, revivir el pasado solo para poder sentir algo real en su vida... pero ¿y yo? ¿Qué estoy haciendo con la mía?

He recorrido todos los lugares que he podido, me he acostado con cada cuerpo que he deseado, pero ninguno de ellos ha visto quién soy de verdad. Estos pensamientos que me invaden últimamente solo logran que desee irme con Jon. Puedo ser una buena madre. Puedo cuidar de mi hijo sin mirar atrás.

Paro en una estación de servicio para llenar el tanque, y cuando llego a la caja a pagar, aprovecho para tomar una cerveza. No vuelvo directo al coche. Camino bajo la noche oscura hasta cruzar la calle solitaria de madrugada, deteniéndome en el paseo marítimo. Me quito las sandalias, enganchándolas con los dedos. Los botes amarrados cerca del muelle se balancean lentamente con las olas calmas que abrazan el océano esta noche. Suspiro mirando las estrellas y dejo que mis pies toquen la arena, alejándome de la acera hasta que la espuma de las olas moja mis pies.

Cierro los ojos, permitiéndome disfrutar la brisa del mar en este silencio reconfortante: solo yo y mi alma cansada.

—¿Pensamientos profundos, señorita Roy? —Mi silencio placentero se ve interrumpido por una voz ronca que reconocería incluso en las puertas del infierno.

—¿En serio? ¿Me estás jodiendo? —Aprieto la botella de cerveza en mis manos como si fuera el cuello de ese hombre entrometido. Niego con la cabeza, rehusándome a abrir los ojos, como si así pudiera desaparecer y volver al agujero de donde salió para dejarme en paz—. ¿No te cansas de seguirme? ¿No tienes algo más útil que hacer con tu vida?

Levanto mi cerveza y le doy un trago largo, intentando calmar la rabia que me invade cada vez que él se me acerca.

—No sé, ¿como cogerte a la vaca esa, la hermana de Lorane?

Abro los ojos y me giro hacia él, solo para encontrarme con ese extraño y reservado hombre que me observa fijo. Pero no es eso lo que me incomoda, sino su pecho descubierto, resaltando sus brazos musculosos cubiertos de tatuajes. Bajo la mirada hacia su bermuda mojada, que me deja claro que acaba de darse un chapuzón.

En lugar de soltarme, solo aprieta más, bajando la mirada hacia mi escote. Respiro agitada y confundida. Este hombre me ha fastidiado todos los días que ha podido, ¿por qué me está mirando así? No es el tipo de hombre que miraría a alguien como yo, mucho menos alguien que aceptaría mi secreto. Sé que me está jalando, y aun así me estoy dejando llevar por un hombre bajo, que apenas y me llega al pecho. Es ágil, demasiado fuerte para su tamaño. Mi cuerpo gira de pronto cuando me toma por sorpresa con una barrida suave, derribándome al suelo. No fue un golpe violento; me sostiene entre sus brazos.

Y, mierda. Mi cerebro se apaga cuando sus labios tocan los míos. Su barba áspera roza mi piel, y su lengua atrevida fuerza la entrada a mi boca. ¿Quién carajos se cree este proyecto de hobbit para atreverse así conmigo? Mi mano se enreda en su cabello negro, tirando con fuerza para apartarlo, pero me rindo cuando su mano acaricia mi pecho. Me voy entregando, cayendo ante el beso

arrogante de Dexter. No me importa que su cuerpo mojado esté pegado al mío, eso solo me excita más.

El sabor salado del mar en su boca, el olor masculino y potente que emana de su sudor, todo me consume. Gimo de placer cuando su boca deja la mía solo para envolver mi pecho. Me está volviendo loca. Y solo hay una cosa que me hace reaccionar: el pene entre mis piernas. Solo está ahí, suelto, sin cinta ni nada que lo contenga. Mierda, ¡se está endureciendo!

Me giro de una sola vez, tomándolo por sorpresa, y me aparto de él hasta ponerme de pie. Mis dedos van al frente del vestido, pero no hay manera de ocultar el bulto. Siento miedo. Vergüenza. Las lágrimas me arden en el rostro.

Por eso no me involucro con nadie que no sea de Sodoma. No soporto ver el asco en el rostro de las personas.

—¿Qué pasa? —Su voz ronca, cargada de deseo, suena confundido detrás de mí. Me encojo, girándome aún más cuando lo escucho levantarse.

—¡No! —Aparto mi brazo en cuanto sus dedos me tocan—. Fue un error…

—¿El qué? ¿Que yo desee estar contigo y tú conmigo? —La lágrima quema mi piel, del mismo modo en que la vergüenza me consume por dentro.

Nunca había sido descuidada. Nunca había permitido que un hombre heterosexual se acercara demasiado. Sé lo que piensan. Sé cómo actúan.

—¡Mierda, yo no quiero esto! ¿Por qué no vuelves con tu novia? ¿O solo eres otro imbécil que no respeta a la persona con la que está?

Intento alejarme, pero tropiezo con esa maldita botella que se me resbaló antes.

—¡No soy un cabrón que se acuesta con cualquiera! —Su voz suena furiosa, muy cerca de mí. Me toma de los brazos para

levantarme. Intento zafarme, pero como tengo las manos entre las piernas, me cuesta, y eso le permite sujetarme—. Ana solo me contrató, estoy aquí por trabajo, ¡no porque me acueste con ella!

Me jala hacia él, volviendo a besarme, esta vez con menos rudeza. Quiero gritar. Quiero morirme. Porque me estoy dejando llevar por sus besos suaves, besos de un amante que acaricia. Apoyo mi mano en su pecho, empujándolo, pero con el impulso débil y mis rodillas hundidas en la arena, caigo hacia atrás.

—Joder, mujer! ¿Por qué…? —Se detiene

No tengo tiempo de cubrirme. Sus ojos ya están fijos en la protuberancia del vestido.

Quiero que la tierra me trague. No quiero ver el asco en su rostro. Me levanto tan rápido como puedo, limpiando las lágrimas que me recorren las mejillas.

—¿Eres trans? —Me obligo a tragarme el llanto al ver su expresión. La mirada de Dexter es peor que asco: es lástima.

—Sí. —Me limpio el rostro, usando lo que queda de mi dignidad—. Ahora usa tu libre albedrío de hombre hetero de mierda… ¡y aléjate de mí!

CAPÍTULO 33



SIN CONTROL

GINGER FOX

—¡Baby, una vez más, no soy masoquista! No siento placer en ser humillada ni en que me golpeen, ¿ok? ¡Fue solo cosa del momento!

Hay muy pocas cosas sobre las que realmente tenemos control en la vida. Pasamos gran parte del tiempo creyendo que algo es sólido, pero basta con un pequeño cambio, el más leve aleteo de una mariposa, y todo a nuestro alrededor se transforma, trayendo alteraciones drásticas que escapan por completo de nuestro dominio y nos dejan sin control… y con la más bella y armoniosa teoría del caos.

Un desorden que nos empuja y nos obliga a ver los placeres más enfermizos que habitan en el rincón más oscuro de nuestras almas. ¡Y yo los veo todos! Siento cada molécula, cada célula de mi cuerpo responder a un único Amo. Probablemente, en la formación de mi ADN, la sumisión ya venía marcada en todos mis cromosomas, saliendo a flote en medio de mi caos.

Mis brazos, estirados hacia atrás y atados a los laterales de las barras de hierro, contienen cada nervio disperso. Las yemas de mis dedos están rígidas. El dolor y la incomodidad ya no me afectan, ni tampoco mi cuello arqueado hacia atrás, con los ojos dilatados, fijos en la tenue luz de esta habitación cálida, llena de sonidos que escapan de mi boca. El collar posesivo puesto en mi garganta no

tiene solo el objetivo de marcarme como suya, sino también de mantenerme atada, unida por una cadena que va desde mi nuca hasta la base metálica donde están amarradas mis manos, impidiéndome llevar el rostro hacia adelante, intensificando la respiración que entra por mi nariz con mi pecho doblemente hinchado.

Colocada como tributo en el borde de la mesa, permanezco sentada sobre mis piernas, con los tobillos atados y siendo cada vez más consciente de la punta del tacón, casi clavándose en mi piel. Mi mandíbula está trabada por tener alojada la bola de espuma roja entre mis dientes, amordazada hacia un lado de la cara, pero no es tan grande como la primera que usé en la silla de ginecólogo. Es más pequeña, casi del tamaño de una fresa, aunque lo suficientemente grande como para impedir cualquier palabra que intente pronunciar.

No es que mi cerebro esté funcionando con claridad, al contrario. Me siento flotar. Pero si alguien me hubiera dicho que algún día permitiría que me ataran un pequeño lazo en la punta del pezón, estirándolo con un hilo resistente, lo habría negado. Y, sin embargo, aquí estoy, con dos corazones latiendo en cada uno de mis pechos. La punzada de dolor que al principio me estremeció ahora se transformó en fuego, incendiándome desde dentro. El miedo se disfraza de lujuria.

El objeto de goma que tengo tan bien instalado en mi culo, conectado por una punta a un consolador de silicona que me penetra profundamente el coño, me mantiene atrapada entre el dolor y el placer. Tener ese consuelo artificial follándome por cada hueco ya no me parece una mala idea, no cuando contraigo las paredes de mis órganos para succionarlo tan hondo como puedo, dilatándome más a cada segundo que el látigo de cuero con punta de espátula golpea con fuerza mi clítoris, haciendo que mi cuerpo responda doblemente, con espasmos cada vez más intensos. El clítoris palpita, mi piel suda. Los gemidos que no puedo soltar se pierden dentro de la bola roja, y mis ojos ya no parpadean. Solo lo buscan a él. El dueño de cada cuerda que me ata, cada marca en mi

piel, cada orden que obedezco, incluso sin entenderla. Mi cuerpo no me pertenece, y aun así, nunca me he sentido tan viva.

Desde la primera uña de mi dedo del pie hasta el último cabello atrapado en la trenza, absorbo todo: desde el roce más lento de tus dedos en mi vientre hasta el pequeño tirón del hilo atado a mis pechos, que me lleva a la cima del dolor y el placer. La otra mano que sostiene el consolador plegable tira de él, como si fuera el asa de una maleta, devolviéndolo a mis órganos. La doble penetración nunca me pareció tan adecuada como ser follada por un juguete sexual.

Los dedos de mi mano se crispan, se retuercen, sintiendo el cuero en mi muñeca, apretarse cada vez que tiro del brazo cuando la oleada de placer me golpea. Dejo que una lágrima caliente se deslice por mis mejillas cuando mi Amo se aleja, solo para volver a castigar el nervio sensible entre mis piernas. Me muero, lloro con más angustia y dolor, deseando que regrese y no se aleje de mí, porque no sé qué es peor: el vacío o el todo. Me ahogo en el limbo del placer. Ahora entiendo lo que aquella cabra de la escultura de Herculano sentía, esa mirada mezclada entre el horror y la lujuria no era por tener a Pan follándola con crueldad, sino por despojarse de sí misma en ese vínculo salvaje y carnal que él desataba dentro de ella. Y así estoy yo ahora: animal, salvaje, sin ningún entendimiento de lo que sea un límite, porque mi cuerpo me dice que no lo tengo. No tengo restricciones ni vergüenza. Estoy finalmente libre. Quiero todo lo que Jonathan me hace.

El rostro de Roy se cierne sobre el mío y veo todo mi mundo reflejado en sus ojos azules, llenos de deseo y dominación. Sus pómulos están enrojecidos, con el sudor deslizándose desde su cabello. Su respiración caliente golpea mis labios entreabiertos, y siento la saliva llenar mi boca, porque quiero esa maldita bola fuera de mis labios para calmar mi falta de control por sus besos. Cierro los ojos, tirando de mis brazos otra vez, hasta que mi clavícula cruje, estirada al límite. Su mano grande acaricia mi cuello con poder, y le doy todo el consentimiento para tomarme como suya.

No hay marcha atrás. Sea lo que sea esto, no tiene salida ni olvido, será un tatuaje perpetuo dentro de mi alma, que solo le pertenece a él. El control, la obediencia, el amor, mis pensamientos, todo lo mío es solo suyo. Sus ojos tienen una profundidad en la que me sumerjo, no es solo mi corazón lo que tiene, Jonathan tiene mi vida. Pasé tantos años buscando saber qué había más allá, y es en él donde termino, el final del sendero, la olla de oro al final del arcoíris. Es siendo sumisa de mi Amo que me siento libre, donde todas las dudas cesan, todas las preguntas se callan. Él es mi perverso e inmortal Pan. Trago saliva, forzando el aire a entrar en mis pulmones, inhalando su aroma que me condena a la dependencia.

Suspiro con cada deslizamiento de la áspera mano de Roy sobre mi piel caliente y empapada de sudor. Los párpados se cierran y me llevan lejos. Siento la lenta caricia de la yema de su dedo sobre mi clítoris, mientras vuelve a follarme con el consolador doble. Por mucho que me calme el juguete dentro de mi culo y mi coño, mi cuerpo se niega a dejarme caer en el abismo del orgasmo, porque lo necesito. Es su polla dura raspando contra mi trasero lo que anhelo como mi mayor premio, y él lo sabe. La excesiva pereza con la que Jonathan me tortura, me hace saber que tiene total claridad de que mi cuerpo lo espera.

Roy me ha condicionado a su tacto de tal manera que puedo tolerar todas las torturas eróticas. Sin embargo, mi cuerpo me negará el placer si no me acompaña. Este es su movimiento final, para conectarme en todos los sentidos con su ser. Gimo mientras Roy se aleja, abandonándome una vez más. Mi rostro intenta girar buscándolo, pero solo me enojo por la restricción en mi garganta. Un gruñido escapa de mis labios a través de la bola mientras siento los extremos de cuero del látigo deslizarse por mi pecho hinchado. Jadeo, conteniendo la respiración, siguiendo cada rincón por donde pasa la grotesca y fría tela. Mis ojos se abren de golpe cuando el látigo golpea con fuerza un costado de mi cuerpo, rozando mi pecho y mi axila. Mi coño se empapa, tragándose la mayor cantidad de polla gomosa que puede. Como advertencia de mi Amo, el látigo

vuelve a dispararse contra mi culo ya marcado por sus azotes. Mis piernas se tensan, los músculos se flexionan en agitación, sintiendo la inyección de la hormona del amor, disparándose en mi cerebro.

El dolor del látigo, el placer que desgarra mi ser, todo consume mi cerebro. Lloro de agonía y frustración, porque mi cuerpo no me suelta, porque quiero que Jonathan me tenga.

Estoy perdida en la niebla de la lujuria, tan inerte que solo sollozo, hundiendo mis dientes en la bola, sin darme cuenta de dónde estamos, de cuánto tiempo llevo aquí o si este ya es el tercer o quinto latigazo que recibe mi trasero. No siento mi cuerpo, que está tan drogado y anestesiado que no noto como las ataduras de mis piernas y manos se aflojan. Lo único que siento es el dolor agudo en los pezones de mis pechos cuando los deja libres, están hinchados por estar estirados y retraídos.

Es una caída al abismo, al dolor, a la lujuria y a la caricia. Sin pensamientos coherentes ni punto de equilibrio alguno, mi boca permanece abierta mientras escupo la bola de goma, solo apretando los ojos y siendo tomada con furia y dominio por su polla, que invade mi resbaladizo coño, que lo recibe feliz, extrañando cada centímetro de él. La gran mano que agarra mi cintura aplasta la piel de sus dedos, hasta que siento mis huesos temblar en sumisión a Jonathan. Mi culo invadido está lleno con la polla de goma. Me da placer tener la polla dura y palpitante de Jonathan penetrando profundamente en mí mientras me folla el culo con el consolador. Mis uñas se clavan en la mesa, arañándola, tirando de cada nervio dolorido en mi mano. No siento nada, ni una pizca de dolor, solo puro placer. Salvaje, sin razonamiento, un ser primitivo.

—Oh, Dios... —Mi trasero, inclinado hacia abajo, expulsa el juguete intruso cuando él lo retira poco a poco.

Su mano en mi nuca desciende por mi columna, acariciándome con suavidad, alisando mi piel, subiendo por mi cuello hasta llegar a mi rostro. Giro la cara y beso la mano que me domina, succionando sus dedos en mi boca solo para saborear su esencia.

—Tan ardiente, mi provocadora conejita —susurra con una voz ronca que se cuela en mi mente, al mismo tiempo que uno de sus dedos entra y sale de mi trasero.

—Oh... Por favor —ladeo la cabeza, rogando que me llene por completo, que saque de mí toda esta agonía que me consume.

Su polla se desliza fuera de mi coño, siendo el peor de los castigos. Escucho sus pasos lentos, en contraste con su respiración agitada. Jonathan me gira como si fuera una muñeca de trapo, dejándome atrapada en su mirada, arrastrando mi cuerpo sobre la mesa hasta que mi cabeza cuelga por el borde. Mis ojos se fijan en sus testículos hinchados, con su polla brillando por mis propios fluidos. Abro la boca con descaro y la deslizo sobre sus bolas. Un grito de dolor escapa de mis labios cuando él pellizca el pezón sensible que aún estaba enrojecido por el hilo que lo ataba.

—¡Provocadora! —Intento mirarlo mientras mueve su verga, dejando que solo la punta roce los contornos de mi boca. Mis muñecas son levantadas y quedan sujetas a la tubería en forma de U fijada a la mesa—. Abre las piernas, Gin. Y no las cierres.

Su dedo presiona el otro pezón y cierro los ojos, jadeando entre el dolor y el placer, porque ese toque doloroso es como una conexión directa con mi vagina. Mis piernas se abren, apoyando la punta del tacón sobre la mesa, dejando mis muslos flexionados, con solo mi espalda pegada a la superficie.

Roy se acerca de nuevo para revisar las ataduras en mis muñecas, y sin poder contenerme, atrapo uno de sus testículos con la boca, succionando lentamente mientras paso mi lengua a su alrededor. El sonido del metal crujiendo se hace presente, mientras él respira con fuerza y sujeta mi mano con la suya.

—¡Ginger! —No obedezco su orden. Lo chupo con más avidez, disfrutando de los sonidos entrecortados de su respiración.

La otra mano se suelta de la tubería para aferrarse a mi trenza colgante, dándole un suave tirón. Suelto su testículo con una

sonrisa, mirándolo desde abajo hacia arriba. Su cabeza está inclinada, mirándome con los labios entreabiertos por la tensión.

—¡Abre esa boca, conejita desobediente! —No pienso, mi cuerpo simplemente obedece su orden.

Con lujuria, deslizo mi lengua por mis labios voluntariamente. Me siento feliz cuando su polla se desliza dentro, follando lentamente mi cavidad, con mi mandíbula que ha sido estirada por la bola de la mordaza. Ahora me siento ligera, abriendo mi boca lo más que puedo para recibir más de su polla.

Mis ojos se abren de par en par cuando Jonathan golpea mi clítoris con la punta del látigo, con movimientos ligeros y suaves, aumentando el impulso de sus caderas hasta que está tan profundo dentro de mi boca, asfixiando mi nariz con la tela de su traje. Levanto el pecho, intentando reconciliar el torrente de sangre que bombardea mi cerebro, la falta de aire, los golpes rectos y precisos del látigo en mi coño, los músculos doloridos de mis muslos, el apoyo del talón, la polla entrando y saliendo de mi boca y la viscosidad de mi propia saliva deslizándose sobre mi máscara.

Mis brazos estirados hacia arriba intentan retroceder, pero mi cuerpo tiembla con la lenta caricia sobre mi pecho mientras su polla libera mi boca. Roy está tan perdido como yo. Sus ojos azules brillan intensamente como faros. Él se mueve, alejándose de mí, dejando que mi mundo gire al revés mientras su aliento caliente sopla sobre el nervio que su látigo ha arañado. Intento cerrar las piernas, pero un fuerte grito sale de mi garganta mientras su lengua succiona mis grandes labios, hinchados por los azotes.

Pero aun así quiero que el mundo explote mientras él me chupa con hambre y salvajemente. Su mano firme agarra mi tobillo, rodeándolo, y mi cuerpo responde a todo lo que me hace. Puedo sentir la oleada de energía, el orgasmo que casi llega, pero se bloquea tan pronto como se aleja.

—¡NO... Noooo, Roy! —Lloro con rabia, sintiendo las lágrimas calientes correr por mi rostro. Me retuerzo sobre la mesa, tironeando de mis brazos e intentando levantar la cabeza para verlo, pero

fracaso, quedando nuevamente con la cabeza colgando—. Por favor... Jonathan, déjame correrme.

—¿Confías en mí, Gin? —Mi boca se entreabre y aflojo los muslos hacia un lado justo cuando el consolador cubierto de goma se desliza dentro de mi coño.

—Roy, te necesito... —Mi cuerpo clama por el suyo, y me está matando que Jonathan no me tome.

La gruesa cabeza de su polla juega sobre la entrada de mi ano mientras él sigue entrando y saliendo con el juguete dentro de mi vagina. Jonathan comienza a empujar lentamente, dejando solo la mitad de su miembro dentro de mí. El ritmo del juguete se acelera, pero él permanece inmóvil, sin moverse.

—¿Confías en mí, Gin? —Su mano en mi tobillo se desliza con una tortura que también acaricia.

—Sí, sí, Jonathan, confío en ti —grito desesperada, con palabras tan fuertes como los latidos desbocados de mi corazón.

Sufro con amargura cuando su cuerpo se aleja del mío, retirando tanto su polla como el consolador de goma, reduciendo mi placer a migajas. Jonathan libera mis brazos y los dejo caer, derrotada, a ambos lados de mi cuerpo. Me giro sin control, mis piernas adoloridas se arrastran sobre la mesa, intentando aliviar mi estado tembloroso, y simplemente me dejo caer. Incapaz de mantenerme de pie, sostenida solo por los tacones altos, me desplomo en el suelo, respirando con angustia, con lágrimas deslizándose por mi rostro. ¿Por qué aún me niega lo que mi cuerpo le suplica? Estoy en el límite de mi cordura y Roy sigue reteniendo mi clímax.

Levanto el rostro hacia él, lo veo quitarse el blazer y lanzarlo sobre la mesa. Su pecho se expande con fuerza al inhalar, y luego afloja su corbata, tan concentrado en mí como yo lo estoy en él. La silla del fondo se arrastra apenas un poco, dándome la sensación de que la distancia entre nosotros se ha vuelto inmensa. Jonathan se sienta con fuerza, con su mano apretando el látigo con brutalidad.

La bragueta abierta de su pantalón deja ver su polla erecta, brillante con mi lubricación. Parpadeo con alerta cuando el látigo estalla contra el suelo, el sonido seco del cuero cortando el aire.

Trago saliva, encendiéndome, mientras mi cuerpo responde a la orden muda que sus ojos demoníacos me dan. Roy gira el cuello. Sus dedos agitados forcejean con el nudo de la corbata, aflojándola con prisa hasta quitársela, y ya no tienen la misma lentitud con la que antes me torturaba haciendo círculos sobre mi clítoris. Ahora están ansiosos, desesperados, tan urgentes como sus jadeos nerviosos.

Inclino la cabeza hacia un lado, descansándola sobre mi hombro, y vuelvo la mirada hacia el cuero firme en su mano. Lo suelta otra vez con más fuerza, azotando el suelo entre chasquidos, llamándome con su forma dominante de conquistar.

—Muéstrame, Gin. —Su boca se tensa y su voz ronca, perversa, cargada de lujuria, espera mi rendición ante el placer frente a él.

Él no solo quiere mi confianza. Roy quiere mi entrega total. No hay espacio para la vergüenza, el orgullo ni ningún otro sentimiento de pudor que pueda interponerse entre mi deseo y su orden. Y como una buena y dócil presa que consiente, mis rodillas tocan el suelo mientras gateo hacia mi Amo, que me espera.

Sus ojos brillantes lucen magníficas; su respiración se vuelve más urgente al verme dar el primer movimiento hacia él. Su mirada es como una caricia constante, fija en mis movimientos, rendida a su presencia. Sí, estoy rendida, completamente enfocada en el hombre omnipotente que tengo frente a mí. Mis dedos temblorosos recorren su pierna cuando, por fin, llego hasta él, tan hambrienta como al inicio.

El mango del látigo se apoya en mi garganta, presionando mi piel, obligándome a mirar a sus ojos. Es brutal, abrasador, tan ardiente como yo misma estoy aquí, de rodillas a sus pies. Pero nunca me he sentido más dueña de mí que en este momento, lo que reflejan sus ojos azules es mi dominio sobre su control.

No es solo el Amo frente a la sumisa, es el apareamiento de nuestros demonios. Su mano arranca la máscara de mi rostro y la deja caer al suelo. La punta de su dedo resbala por mi mejilla empapada en lágrimas, y la salvajidad se apodera de mí cuando su lengua rasposa toca mi piel.

Mi cuerpo ya está sobre el suyo cuando mis manos arrancan su camisa, haciendo saltar los botones y alejando la tela de mí. Acerco mi rostro al suyo y muevo las caderas para encajar con él, albergando su polla dentro de mi coño ardiente, siendo mi cuerpo mismo un volcán en erupción. La penetración es animal, salvaje, indomable, con cada embestida brutal y apresurada de mis caderas, hasta que mi trasero azotado roza con la tela de su pantalón.

—Mía... cada rincón, solo mía... —Su voz es mi desolación, tan firme y poderosa como cuando lanza el látigo al suelo y me aprisiona entre sus brazos.

Dejo caer la cabeza hacia atrás, riendo en un éxtasis eufórico, siendo llenada por la más gloriosa locura de sentirme libre, tan suya como él es mío.

—¡Oh, Dios! Sí... ¡Sí! —grito, recibiendo las embestidas y disfrutando del ritmo acelerado con el que Jonathan me folla.

Sí, él me rompe, me lleva a ser la peor versión de mí misma, pero me folla malditamente bien, me ama con brutalidad, y no me canso… solo quiero seguir recibiendo ese amor salvaje.

Existe hacer el amor, existe el sexo duro, y ahora Roy me conquista con el poder del sexo salvaje: dos bestias que estallan una en los brazos de la otra. Y en medio de la caída, busco mi droga más perversa. Sus labios calman la corriente eléctrica que recorre mi cuerpo desde dentro hacia afuera.

El chorro es fuerte y certero, mientras mis músculos se contraen hasta las piernas, bañándolo, y solo lo vuelve más desquiciado, más orgulloso, follándome con tanta presión que lanza mi cadera hacia arriba con cada estocada. Mi corazón se dispara al máximo, las palpitaciones parecen que van a romper mi pecho.

Me muero tomándolo, reteniéndolo dentro de mí tanto como puedo, recibiendo cada descarga de semen que su polla suelta dentro de mi coño mientras ambos llegamos al orgasmo. Muerdo su labio inferior, succionándolo hacia mi boca. Mis brazos rodean su cuello con la misma fuerza con la que los suyos se aferran a mi espalda.

Nada será como antes. Nada quedará de la vieja Ginger. Y no me importa.

Ya no estoy perdida en la niebla; nunca he estado tan lúcida como ahora, junto a Jonathan, lánguida y refugiada en su poder, escuchando su respiración tan descontrolada como la mía.

—Cometí un error, Gin. —Parpadeo, confundida, intentando entender lo que está diciendo—. No debería haberte lastimado.

Suspiro, negando con la cabeza. Estoy adolorida y marcada en cada rincón de mi cuerpo, pero que se congele el infierno si me atrevo a ser hipócrita y decir que me arrepiento, cuando en realidad estoy llena de un placer inmenso.

—No me hiciste daño... —Le doy un beso en la nariz, acariciando su rostro con ternura.

No entiendo por qué está así. He visto muchas facetas de Jonathan, pero es la primera vez que baja la guardia, permitiéndome ver más allá de la punta del iceberg que él es. Mi otra mano se apoya en su pecho, apretando con los dedos, sintiendo el descontrol de su corazón latiendo con fuerza. Me acerco poco a poco a sus labios, sin apartar la mirada de sus ojos.

—Pero yo voy a... —El susurro de su voz se ve interrumpido por el sonido de un vidrio cayendo al suelo.

Jonathan aparta el rostro, recostando su espalda contra el respaldo de la silla, mirándome con una expresión confundida, aturdida, como si fuera yo quien le arrebató el control y no al revés. Le sonrío, acariciando su barba incipiente. Sus ojos dulces me abrigan con cada chispa de calor que existe dentro de él.

Me doy la vuelta, mirando detrás de nosotros, enfrentando la realidad de dónde estamos. La sala, de la que me había desconectado por completo, está llena de hombres trajeados con máscaras nucleares. Veo un vaso hecho añicos en el suelo. Alzo la mirada y me doy cuenta de que no fue uno de los hombres de traje quien lo rompió, sino una mujer vestida con un mono color burdeos, ajustado al cuerpo. Su rostro está cubierto por una máscara de silicona que le tapa por completo la cara, con un encaje fino sobre los ojos que oculta el resto de sus facciones.

El movimiento de Jonathan es ágil, como un gato salvaje. Se levanta de un salto de la silla y nos gira hasta que mi espalda queda pegada a la pared, bloqueando mi cuerpo de la vista de los observadores.

—¡SALGAN! —Lo que sale de su boca es un rugido, estallando como un trueno, cargado de ira y furia.

Me quedo paralizada, atrapada entre sus brazos. Estaba tan dispersa, completamente desconectada de todo a nuestro alrededor, que no noté la presencia de ninguno de ellos. La única cosa que me sostuvo en medio de la locura del placer feroz que me dominaba fue Jonathan. Y por la furia del hombre que me mantiene protegida con su cuerpo, estoy segura de que no soy la única que se siente así.

Sin ningún control.

CAPÍTULO 34



LA TRAICIÓN ES UN COMIENZO A CIEGAS

JONATHAN ROY

Mis pasos son tan duros como mis puños cerrados con fuerza a los lados del cuerpo mientras recorro el pasillo del hotel junto al mar. Había contenido mi ira durante toda la noche, disipando mi rabia solo con los suaves suspiros de Ginger, entumecida a mi lado cuando regresamos a la mansión, dormida en mis brazos hasta que amaneció. No consigo alejarme ni mantenerla fuera de mi cama cuando esos ojos negros brillan y me entregan su mundo.

Soy un bastardo de mierda, pero estoy completamente adicto a ella, a su aroma, a su forma suave de infiltrarse dentro de mí. Me perdí, y eso costó los malditos ojos curiosos dentro de aquella sala, admirando a Ginger con envidia y lujuria. Se cometió un error, y habrá cabezas rodando antes de que se ponga el sol en esta isla. Todos conocen la regla: a menos que yo lo autorice, los observadores no pueden estar en esa sala.

¡Escoria de mierda!

La vena de mi cuello late con fuerza cada vez que la sangre ardiente fluye por mis venas al imaginar lo radiante que se veía ella. Giro el cuello, tratando de aliviar la tensión en mis hombros. Deseo arrancar los malditos ojos de los condenados que presenciaron la consumación entre ella y yo.

Ginger rompe todas las reglas. Patea mi alma sádica, sin piedad, y yo me resquebrajo, me rindo a ella de una forma devastadora. No debía ser así. Esto se suponía que era solo un juego. Al final, debía sentirme vivo, pero lo único que siento es el peso de una única emoción: la locura de imaginar qué pasará cuando ella descubra lo que hice.

Paso entre los guardias, que se hacen a un lado al acercarme, y abro la puerta de la habitación, donde dos de los bastardos de Sodoma están conversando, mirando por la ventana.

—¿Quién autorizó esto?

Czar, recostado en una silla, es el primero en mirarme. Levanta el rostro mientras exhala el humo de un cigarro. Hu Li se incorpora con calma, mete las manos en los bolsillos del pantalón, dejando que sus pasos resuenen lentamente en el suelo.

Observo al tranquilo chino, ese que nadie imaginaría que es el segador más letal de la Tríada. Es uno de los consejeros más silenciosos que han ascendido dentro de Sodoma, y también el más cruel e imparcial.

—Roy. —Mueve la cabeza en señal de saludo, pero estoy demasiado jodidamente furioso como para devolverle el gesto con respeto, no después de saber que sus ojos vieron a Ginger.

—Los observadores no sabían que la chica era tu compañera.

Mis dedos se tensan con fuerza, apretados, mientras fulmino a Czar con la mirada. Él me sostiene la mirada con una ceja arqueada, como si me desafiara a contradecirlo. Por supuesto que los demás asumieron que Ginger era mi compañera, más aún después de verla tan sumisa.

Cada rincón de ella me pertenece, pero nunca podré hacerla mía. Estoy atado al pasado de Baby, y jamás tuve la intención de tener una compañera. Por eso casarme con Lorane me pareció razonable. Puedo follar de todas las formas posibles, hacer explotar el cerebro de una mujer de placer, pero nunca podré ofrecer más

que eso. No puedo atarla a mí, aunque sé que volveré a ser un cadáver andante cuando Ginger se vaya.

Ese soy yo. Esta es mi alma podrida. Y lo supe desde que me ahogué en su mar negro, tan hermoso. Voy a herirla. Voy a destruir su alma. El pasado es un lugar peligroso de visitar, y Ginger llegó a mí como una puerta: una oportunidad de entrar y volver a sentir emociones que me fueron arrebatadas.

El juego solo fue una excusa, una estrategia para acortar el camino porque necesitaba volver a ese armario. Necesitaba regresar al principio. Y la tomé con odio, con ira, con la más pura hambre de furia. La follé con brutalidad, con saña, solo para intentar recuperar alguna parte de mí que ya no estaba.

Pensé que si convertía a Ginger en el monstruo que me atacó, podría desterrar esta parálisis que me consume desde hace tantos años a través de ella. Pero sus labios fueron mi punto de quiebre, fueron esos labios dulces, suaves, curiosos los que me condenaron. El primer beso me tomó por sorpresa, dejándome confundido. Por un instante, mi mente distorsionada se silenció, y solo ella existía en mis brazos. Ginger me pidió todo y yo le di permiso para infiltrarse en mi mente atormentada.

—Ella no es mi compañera —espeto en voz baja, con la rabia aun ardiendo en mi pecho. Pero ahora es por escuchar mi propia voz, decirlo en voz alta, lejos de mis pensamientos.

—¿No? —El ruso se pone de pie y apaga la colilla del cigarro en el cenicero—. Si no es tu compañera, ¿por qué intentaste arrancarme la garganta aquella vez?

—¡No estoy aquí para darte explicaciones, Czar! —gruño en voz baja, dando un paso hacia él—. ¡Estoy aquí porque se rompió una maldita regla!

—Todos los consejeros conocen las restricciones de los demás, Jonathan. Fue un error, y ya ha sido corregido. Alguien abrió la puerta de la habitación. Los observadores solo comprendieron lo que estaba ocurriendo después… cuando ya estaban demasiado

atrapados por la maestría con la que manejabas a tu sumisa. Y, por cierto, qué maestría tiene tu pequeña, Roy.

Mi brazo se mueve como un disparo, golpeando su garganta hasta ver su rostro ponerse rojo.

—Hasta yo me perdería ante una entrega como la suya.

—¡No me provoques, Czar!

Él se zafa, mirándome con una expresión burlona.

—Un Amo solo pierde el control frente a su compañera, Jonathan. —El psicópata ruso me guiña un ojo mientras se acomoda la chaqueta—. Por suerte para ti, tengo buen corazón y me caes bien, Roy. Y para tu alivio, vi quién fue el que abrió la puerta del cuarto, permitiendo que los observadores entraran.

Czar da un paso al frente, yendo hacia la puerta del baño. Dirijo mis ojos hacia Hu Li, enfrentándolo con la mirada.

—¿Quién fue? —El chino mueve la cabeza en dirección a lo que hay detrás de mí, obligándome a girar.

Freire tiene el rostro enrojecido, sujeta por los brazos de Czar. Él la suelta de golpe, empujándola hacia adelante. Su cuerpo pierde el equilibrio y cae al suelo, cerca de mí.

—Como saben, somos una familia. Nadie jode a nadie, y mucho menos a un consejero. —La voz potente del ruso resuena mientras se ríe y mete las manos en los bolsillos.

—Esta mañana nos reunimos con el resto del consejo por videollamada y expusimos lo que Freire ha estado haciendo —dice Hu Li, mirándola con desdén mientras niega con la cabeza—. La decisión de Salomón es tuya. Decide cuál será su castigo.

—Yo no sabía... —Sus dedos intentan rozar la punta de mi zapato, pero retrocedo con repulsión, sintiendo un odio ardiente por esta maldita mujer—. Te juro, Jonathan, no sabía que eras tú dentro de la habitación…

—Tan falsa como esos implantes en tus tetas —Czar camina despacio, se detiene cerca de la ventana y enciende un cigarro.

—¡No pueden culparme por eso, no lo sabía...!

—¡Sí lo sabías, Freire! —Aprieto los dientes, sintiendo el deseo de matarla—. Estuviste conmigo y con Czar cuando se asignaron todas las habitaciones. Sabías perfectamente cuál era la mía. ¡Lo hiciste por rencor, por ser una perra vengativa!

—Yo te enseñé todo lo que sabes, Roy. Todo lo que aprendiste, fue porque yo te instruí.

—Apuesto diez billetes a que lo hizo por celos —responde Czar de inmediato, clavando los ojos en Freire—. Dinos, Freire, ¿qué sentiste cuando viste a tu Amo mirar a su sumisa de una forma en la que jamás te mirará a ti?

Los labios pintados de rojo tiemblan mientras desvía la mirada hacia otro lado, manteniéndose erguida frente a mí.

—Estás expulsada, Freire. —Mi decisión es definitiva, y logra que sus ojos regresen a los míos. Nada puede herirla más que ser desterrada de Sodoma.

—No puedes expulsarme… —dice con miedo, mirando a los demás consejeros en busca de apoyo.

—Rompiste las reglas de un Amo dentro de su propia casa, Freire —dice Hu Li con voz baja, dejando que sus dedos alisen su traje mientras lo acomoda con elegancia—. Lo que Jonathan decida sobre tu destino será acatado.

—Estás desterrada de Moscú. Ninguna Sodoma de toda Rusia volverá a abrirte las puertas.

—La Tríada de Loto te expulsa de la Sodoma de Hong Kong.

Llevo los dedos al bolsillo, observándola fijamente mientras su presencia es oficialmente borrada de Sodoma. Una decisión tomada por un consejero es una decisión de todos. Freire queda expulsada de todas las casas de los demás consejeros; ninguna puerta de Sodoma volverá a abrirse para ella. Solo podría regresar si yo la llamara, pero me secaría antes de permitir que volviera.

Freire no es estúpida. Se retira con la cola entre las piernas, como la perra vieja que es, sabiendo que cada uno de sus pasos estará bajo nuestra vigilancia. Un descuido. Una palabra fuera de lugar. Y la represalia será tan alta que no tendrá cómo pagarla. Todos pagan, de un modo u otro. Sodoma siempre gana.

—¡Te vas a arrepentir de esto, Jonathan!

Doy un paso al frente, haciendo que se calle y tropiece hacia atrás.

—¿Estás amenazando a un Amo, Freire? —bajo la voz, mirándola con odio, hasta que baja la cabeza en señal de sumisión, enfocando la vista en sus zapatos.

—No…

—Perfecto. Ahora te aconsejo que abandones mi isla antes de que anochezca, o te juro que te quedarás aquí para siempre.

Sigo con la mirada su salida apresurada de la habitación, aun sintiendo náuseas por ver su rostro. Freire me enseñó muchas cosas y sentir asco por ella fue una de las principales.

—Bueno, ahora que resolvimos el caso de la vieja obsesionada con la polla de Jonathan, tengo que irme. Tengo asuntos que poner en orden —dice Czar alejándose de la ventana, sacando unas gafas oscuras del bolsillo de su chaqueta.

—Muchas chicas por vigilar, ¿no? —Hu Li sonríe, provocándolo.

—Hace tiempo que ninguna me llama la atención, todas son iguales. En fin, si deciden pasar por Moscú, ni se les ocurra llamarme. No quiero ver sus caras por un buen tiempo.

Me río del arrogante ruso mientras lo veo marcharse con paso firme.

Czar es el mejor rastreador de toda la mafia rusa, pero también un sádico perfeccionista y obsesivo. Su maestría en la persecución es lo que le da poder en el consejo; no hay alma que no

pueda rastrear. Si un nombre aparece en su lista, pronto será silenciado.

Me acerco a la ventana de la habitación del hotel, observando el mar embravecido. Olas grotescas, violentas, tan agitadas como mi mente, que solo encuentra calma cuando se pierde en los ojos negros de Ginger.

GINGER FOX

—Espero, de todo corazón, que esa casa escondida tenga una televisión dentro o, al menos, algo de la tecnología escasa de la mansión, Jon —digo con una sonrisa, caminando entre los árboles.

—No sé si tiene televisión —responde Jon, encogiendo los hombros mientras mete las manos en los bolsillos.

Seguimos avanzando, y observo a mi alrededor, dándome cuenta de que la dichosa casa no está tan cerca de la mansión como pensaba.

De hecho, está bastante alejada, para ser sincera, y todos estos árboles tan altos nos harían perdernos si alguien intentara encontrarnos.

—Este lugar me recuerda por qué le tengo miedo a acampar —murmuro mientras me abrazo a mí misma, sintiéndome cada vez más nerviosa.

—¿Por qué? Está tranquilo aquí, me parece agradable —me mira con burla, como si se estuviera riendo de que soy una cobarde.

—Bueno, si algún día ves *Viernes 13*, te aseguro que un bosque cerrado, lleno de árboles altos y gruesos, y con un silencio tan espeluznante, no te va a parecer tan agradable. —Acelero el paso para alcanzar el ritmo de Jon, que parece disfrutar caminar entre los árboles.

—Estás exagerando, Gin. Solo es un bosque. ¿Qué podría pasarte aquí? —sonríe, echando a correr delante de mí y dejándome

atrás.

—¡Jon… JONNN, no me hagas esto, flacucho de mierda! —grito, soltando mi cuerpo al correr tras él.

El viento helado me golpea la cara. Jon se ríe más fuerte, como si realmente le divirtiera dejarme sola. Me obligo a correr más rápido, apartando el cabello de mi rostro. Tan rápido como una flecha, veo por el rabillo del ojo una sombra que parece observarnos. Giro el rostro en esa dirección, buscando… pero solo hay árboles. No hay nadie allí.

Me detengo, apoyando las manos en las rodillas, con el aire quemándome los pulmones. Levanto la cabeza, tratando de ubicar la silueta que creí ver, pero solo estamos yo y los árboles. Ni siquiera Jon está ya a la vista.

—¿¡JON!? ¡¿JON?! —grito con una mezcla de miedo y desesperación. No conozco este lugar, jamás me he aventurado en este bosque. No sé si es propiedad privada de los Roy o si está abierto para que otras personas caminen por aquí—. ¡JONNN!

Me froto el pecho, sintiendo mi corazón acelerarse con fuerza. Mis piernas empiezan a temblar con cada segundo que pasa sin encontrarlo. El crujido de una rama al romperse me hace dar un salto. Asustada, giro de inmediato hacia donde vino el sonido.

—¿Jon? Jon, por favor… no me gustan estas bromas… —me abrazo, frotando mis brazos mientras miro a los lados—. Jon, por favor…

¡Dios! He visto todos los finales más estúpidos de películas de terror, esos donde alguien muere por adentrarse en un bosque. Y aun así, aquí estoy, caminando lentamente por el sendero, abrazándome con fuerza, sintiendo los vellos de la nuca erizarse. Excepto por mi voz llamándolo, no se escucha ni un solo ruido. No hay pájaros, ni mosquitos, ni siquiera un zumbido. Es un silencio tan profundo que angustia.

Todo mi cuerpo se congela en el instante en que una mala sensación se apodera de mí. Como si alguien me estuviera

observando. Puede que sea solo una proyección de mi mente, un producto del miedo creciente. Pero aun así me oprime el pecho.

Giro el rostro, mirando por encima del hombro, pero no hay nadie, solo el sendero vacío.

—Solo es cosa de tu cabeza, Gin—susurro, intentando calmarme.

Cierro los ojos y respiro hondo, levantando el pie para salir de ahí, pero grito al instante, tapándome el rostro y casi sintiendo que el corazón se me sale por la boca al encontrarme con Jon, ¡A solo dos dedos de distancia!

—Eres demasiado lenta, Gin—dice Jon sonriendo, encogiéndose de hombros mientras saca las manos de los bolsillos del pantalón.

—¡Dios mío! ¿¡Quieres matarme del susto, Jon!? —reclamo, frotándome el rostro, nada contenta con su broma, y menos en este momento.

—Solo era una broma… —Levanto el rostro hacia él, y aunque la rabia burbujea un poco, se va disipando al ver su expresión.

Jon está distraído, mirando al suelo, pero en cuanto me fijo en sus ojos, el miedo desaparece y solo queda el cariño que le tengo.

—Solo intenta no matarme del susto, ¿sí? Quiero salir viva de esta isla.

Jon levanta el rostro, y sus iris azules, ligeramente dilatadas, acompañan una pequeña sonrisa.

—Lo harás —dice, sonriendo mientras choca su hombro con el mío. Seguimos caminando juntos—. Ahí está.

Jon levanta el dedo, señalando hacia el final del bosque. Una pequeña cabaña aparece ante nosotros, con dos puertas de cristal y un par de escalones que llevan al porche, situada cerca de un lago poco profundo.

—¿Estará cerrada con llave? —pregunto, caminando con curiosidad hacia la cabañita.

—No lo sé, voy a ver —responde Jon, subiendo al porche y llevando las manos hacia la puerta—. Está cerrada.

Llevo mis dedos al vidrio, deteniéndolos junto a mi rostro mientras pego la cara al cristal, intentando ver qué hay dentro. Son muebles antiguos, maletas y cajas.

—Pura chatarra —me río, girándome hacia Jon, que hace lo mismo que yo, pegando el rostro al vidrio para curiosear—. ¿Estás seguro de que esas cosas son de tu tío?

Todo es tan viejo, como si llevara años abandonado ahí.

—No lo sé, pero ya lo he visto venir por aquí algunas veces. ¡Mira eso junto a la pared, qué jarrón tan feo!

—Jon, eso es una escupidera, no un jarrón —me río—. Ni siquiera sabía que todavía usaban esas cosas. ¿Quién, en nombre de Dios, guarda una escupidera?

Desvío la mirada de aquel trasto antiguo y me enfoco en una mesita. Encima, un portarretratos viejo está apoyado sobre la madera. Intento ver mejor, pero el vidrio está tan cubierto de polvo que apenas deja distinguir nada. Parece una pareja. Un hombre con traje claro junto a una mujer negra con un vestido rojo. Presiono más mi cara contra el vidrio, como si eso pudiera ayudar a atravesar la puerta. No es la tía Charlotte la que aparece en la foto, pero ese vestido rojo me resulta tan familiar…

¿Quién será esa mujer?

—¿Qué hacen ustedes dos aquí? —Pego un salto, llevándome el segundo susto del día al escuchar la voz molesta de Baby, de pie junto a los árboles, con una mano en la cintura.

—¡DIOS MÍO! —me froto el pecho, convencida de que si me dan un susto más, moriré de un infarto.

—¿Quieren que esa vieja los mate por andar husmeando por aquí?

Jon baja la cabeza, mirando perdido hacia mí, claramente temeroso de la bronca de la tía Charlotte.

—Solo estábamos paseando y nos encontramos con la cabaña. No sabíamos que era de la señora Roy, pensé que era de Jonathan.

—Esa cabaña es de mi tía. Roy fue la última persona en entrar ahí —dice, y me giro para mirar de nuevo la pequeña construcción.

¿Por qué Jon dijo que había visto a Roy entrar allí varias veces? ¿Y por qué Jonathan sería el último en haber entrado?

—¡Vamos, salgan de ahí de una vez! —exclama Baby, dándose la vuelta y alejándose molesta.

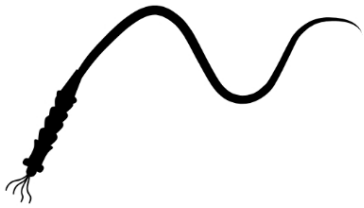
Mi cuerpo se encoge, al igual que el de Jon, sintiéndome como si nos hubieran atrapado haciendo algo realmente prohibido, mientras las preguntas siguen rondando mi mente. Lo jalo del brazo, bajando los escalones y siguiendo a una Baby visiblemente molesta. —No lo hicimos con mala intención, ni siquiera entramos, está cerrado con llave —intento suavizar el humor de la rubia explosiva.

Ella gira el rostro hacia mí, soltando un suspiro profundo mientras su expresión se relaja.

—Lo sé, sé que no fue con mala intención. Vamos, en realidad los estaba buscando para que salieran a pasear conmigo —dice con una sonrisa, extendiendo la mano y acariciando el rostro de Jon, que le devuelve la sonrisa.

Lanzo una última mirada hacia la cabaña, perdida entre las preguntas que no dejan de rondar mi cabeza.

¿Por qué Roy habría sido la última persona en entrar allí?



Cruzo los brazos, apoyada en el coche, mirando el ferry mientras espero a Baby y Jon, que están dentro del supermercado. Respiro con calma, disfrutando de la brisa fresca del mar. Siento como si el viento acariciara mi piel. Inclino la cabeza hacia un lado, sonriendo como una adolescente tonta, solo por el dulce recuerdo de estar en esa habitación silenciosa, recostada sobre su pecho firme, con mis mejillas pegadas a su piel caliente, sus brazos fuertes envolviéndome. Dios, ¡estoy perdida! Niego suavemente con la cabeza. Jonathan me había cautivado por completo.

Mi cuerpo, dolorido y marcado en cada lugar donde él me había tocado, se sentía bien, seguro y protegido, haciéndome querer acurrucarme aún más en él. Mi pierna descansaba sobre las suyas, como un cachorro que necesita estar pegado a su dueño. Lo que me sacó de mi centro fue llegar a la mansión, después de que él me arrastrara fuera de la posada, llevándome en brazos mientras gruñía entre dientes a los hombres enmascarados. Y justo antes de entrar a mi habitación, ya con la mano en la puerta, lo vi allí, parado a mi lado, mirándome con angustia, nervioso, como si quisiera hablar, pero las palabras no le salieran.

—¿Qué pasa? —Sonrío, algo avergonzada por la forma en que me mira. Me aferro a su blazer, moviendo la punta de mi pie contra el suelo.

—No quiero que te vayas cuando termine el verano, pequeña Náutilus. —Mi corazón se encoge en el pecho. No puedo escuchar eso, no de sus labios. Ya es suficiente con lo que me grita el corazón —. Pero tampoco quiero que te quedes. No deseo atarte a esta isla a mi lado.

¡Dios! Me quedaría atada a él en cualquier lugar, en cualquier momento, ahora y para siempre. Renunciaría a todo solo por no vivir mis días lejos de los suyos.

—Ven conmigo, Jonathan. —En un acto impulsivo, guiado por mi corazón, mis dedos se aferran con ternura a su pecho—. Ven conmigo. Sal de esta isla, libérate de lo que te ata aquí.

—Voy a herirte, Gin. Mis demonios del pasado, los que arrastro conmigo, te van a hacer tanto daño que no vas a querer tenerme cerca. —No necesito más para entender lo que sus ojos me están diciendo.

Es el final del juego. Esos tristes iris azules me lo están dejando claro. Después de encerrar mi alma y atarla a la suya, ahora me está dejando libre. Me siento como un ave cautiva que, al abrirse la puerta de su jaula, tiene miedo de volar lejos.

—Voy a dejarte una buena suma de dinero para que disfrutes tu vida después del verano. —¿De qué está hablando? ¡Si ni siquiera sé si seguiré respirando cuando suba a ese ferry!

—No lo entiendo. ¿Crees que lo hice por dinero? ¿Qué por eso acepté todo esto? — Su mano sostiene mi rostro mientras siento cómo las lágrimas me queman. Todo lo que pasó en esa habitación, todo lo que vivimos no puede haber sido solo un juego.

—Es mi regalo. Quiero que viajes, que conozcas otros lugares, que vivas, que seas feliz, mi pequeño Nautilus aventurero. —Cierro los ojos, negándome a ver lo que me está pidiendo. Jonathan quiere que lo olvide.

—¿Vienes conmigo, Roy? —Mi llanto sale desgarrado mientras lo sujeto con los dedos, como si él fuera lo único que me mantiene viva—. Termina con ese matrimonio de mentira. Yo no quiero ser feliz si no es contigo.

—Tan valiente, mi dulce Gin, tan mía. —Sí, quiero gritar en este pasillo oscuro que soy suya, solo suya. Quiero gritarle que no sea cruel, que no me empuje lejos. ¿Qué hice mal? ¿Qué pasó para que tomara esta decisión?—. No hay nada para mí fuera de esta isla. No hay un nuevo comienzo, solo vacío… como el que siento por dentro. Al menos ahora tendré tus recuerdos, tu sonrisa llenando cada rincón de esta mansión.

—Jonathan, siempre hay un nuevo comienzo. Empieza de nuevo conmigo. —No estoy lista para dejarlo. No estoy lista para que

esto termine—. Pídemelo, solo pídemelo y me quedo. Me quedo para siempre y comenzamos de nuevo juntos.

Sus ojos se cierran, matándome en silencio mientras se aleja, abriendo un espacio entre nosotros. Mis dedos se aferran con más fuerza, negándose a dejarlo ir. Él quiere que me aventuré, que sea feliz. Pero yo solo soy una niña perdida en el mundo sin él.

—No puedo pedírtelo. —Su voz quebrada susurra, manteniendo sus ojos lejos de los míos.

Mis dedos caen, tan sueltos como yo, sin apoyo, sin rumbo, sin el faro de mi isla. Me uní a Roy de todas las formas posibles, en este plano y en cualquier otro. No sé si seguiré existiendo, solo tengo certeza de que mi alma lo buscará incluso después de separarse de él.

Mis brazos abrazan mi propio cuerpo, mientras me siento en caída libre. Solo el suelo duro me espera al final de esta caída. No me preparé para el final; solo me entregué, tomé todo lo que él me dio. Me volví suya y dejé de ser mía. Y eso… eso es lo que me está matando.

Pero no caigo, no siento el golpe del impacto. No cuando él me sujeta con un movimiento rápido, sacándome del abismo, mostrándome lo que sus ojos cerrados tratan de ocultar. Es miedo y angustia. Su trastorno lo deja a merced de aquello que lo hiere, incapaz de controlar emociones que parecen ser tan nuevas para él. Roy me suplica con la mirada lo que su garganta no puede pronunciar, lo que lo está desgarrando por dentro.

Dejo que mis brazos, torpes, se aferren a su cuello, apoyando mi frente contra la suya. Jonathan camina con pasos decididos hacia la puerta de mi habitación y con ello, le devuelve el latido a mi corazón.

—Es una sensación agradable, ¿verdad? —Abro los ojos y me encuentro con la muñeca de porcelana parada frente a mí. Sus lentes oscuros cubren su rostro y aprieta el bolso entre los dedos mientras respira con dificultad.

—Disculpa, ¿estás hablando conmigo? —Miro a mi alrededor buscando a Baby, pero para mi desgracia, ni siquiera está a la vista.

—Creo que la única que tiene cara de enamorada aquí eres tú. —Se quita los lentes, dejándome ver el frío en sus pupilas—. Lástima que el señor Roy no pueda devolvértelo. Es casi trágico.

Me despego del coche, cruzando los brazos. No entiendo qué le pasa a esta mujer tan amarga. Giro el rostro hacia el ferry; no quiero que note mi incomodidad con su presencia.

—Si estás esperando el ferry, deberías darte prisa, creo que está a punto de salir. — Vuelvo a mirarla, recibiendo su sonrisa envenenada.

—Me voy y tú deberías hacer lo mismo mientras aún puedes.

—¿Cuál es tu problema conmigo? —interrumpo, harta de que me mire como si fuera un espectáculo de feria.

—Te vi ayer, tu entrega absoluta hacia Roy. —Mis mejillas arden y aprieto los dedos contra las palmas de mis manos.

—¡Eras tú! ¡Tú eras la mujer que tiró el vaso! —Escupo las palabras con rabia, sintiendo un profundo odio hacia ella—. ¿No te da vergüenza estar aquí fingiendo, mirándome así con aire de superioridad, cuando la intrusa en esa sala eras tú?

—Te entregaste de forma tan hermosa, que hasta me das lástima. —Sigue hablando con ese veneno en la voz, deteniéndose solo cuando sus labios se curvan en una mueca de desprecio.

—No necesito tu lástima. Estuve ahí porque quise y no me avergüenzo.

—¡Asco! Eso es lo que vas a sentir. —Las palabras se atropellan en mi boca y me siento confundida por lo que dice—. Vas a sentir asco de ti misma y de él, por haberte usado.

—Estás equivocada además de loca. Jonathan no me usó, acepté todo lo que pasó.

—¿De verdad? ¿Aceptaste ser la copia de Sonja? —Mi rostro se derrumba al mirar al suelo. Me abrazo con fuerza, sintiéndome

desorientada.

—No sé cuál es tu problema conmigo, pero estás inventando cosas. Ni siquiera sé quién es Sonja. —La punta de mi pie golpea el suelo, nerviosa.

—La madre de Jonathan. La mujer que lo convirtió en ese cuerpo frío y sin corazón.

—Mira, ya tuve suficiente. —Intento alejarme para ir tras Baby y Jon al supermercado, pero la mujer se interpone en mi camino—. ¡Estás loca! Si no te quitas, te juro que te golpeo con tu propio bolso.

—Mi dulce niña, soy todo menos una loca. La loca aquí no soy yo. Al contrario, soy la única que te está diciendo la verdad. Tú solo eres la forma que Jonathan encontró para exorcizar a su madre.

—¡Mírame bien! ¡Mira mi color de piel! ¿De verdad crees que me parezco a uno de los Roy? ¿De dónde sacaste esa locura, mujer? ¿Por qué Jonathan querría hacerme parecer a su madre?

—¡Claro! No la viste, ¿verdad? Por eso fue tan fácil que él te usara. —La loca se echa a reír, aplaudiendo y mirándome como si yo no entendiera nada.

—Mira, te lo voy a decir más claro: Jonathan no me usó, y tú estás completamente demente. —La empujo para apartarla de mi camino. Solo quiero alejarme de esta mujer odiosa.

—Sonja era morena. La esposa de Reimond Roy era una mujer morena. Tenía la piel como la tuya. Incluso tu cabello es idéntico al de ella. —Me detengo en seco, mirando el asfalto, completamente perdida.

Nunca había visto la foto de la madre de ellos, solo había visto por casualidad la fotografía del padre, en el cuarto de tía Charlotte. Jonathan es más reservado que Baby, y ninguno de los dos jamás habló de su madre.

—No es el fin del mundo que un hombre blanco haya nacido de una mujer negra y se involucre con otra mujer del mismo color.

—Depende. Puede ser el fin de tu mundo, el ser usada para calmar la rabia que lleva reprimida durante treinta años. —Ella se echa el cabello hacia atrás, caminando hacia mí.

—¡Estás loca! Roy no me ve como a su madre, ¡y mucho menos me odia!

—Y tampoco te ama. ¡Jonathan no siente nada! ¡Ni por ti ni por nadie! —Levanta su mano y acaricia mi rostro con la punta de su uña. Me aparto como si se tratara de una serpiente—. La única que lo hizo sentir algo fue Sonja. Miedo, pavor, cariño y asco. Todo mezclado con el amor platónico que ella sentía por su hijo.

—¿No te da vergüenza decir esas cosas de una mujer muerta? —Siento los dedos sudorosos. Mi corazón tropieza en sus latidos. Una mano invisible me aprieta por dentro, y me esfuerzo por no caer—. Ese amor enfermizo que ella sentía debía ser por culpa del amante. Jonathan se siente así con respecto a su madre por el trauma de haber visto a su padre matarla frente a él…

—¿Qué amante? —Se ríe, negando con la cabeza—. No había ningún amante. Nunca lo hubo. Sonja no estaba con otro hombre, bueno, esa perra enferma sí estaba, pero era con su propio hijo. —La presión en mi pecho se intensifica, tirando de mí hacia la locura mientras ella habla—. Reimond entró a esa habitación y la vio sudada, con la piel brillante como la de alguien que acaba de acostarse con alguien pero él sabía perfectamente lo que había pasado y estaba fuera de sí. Lo sé porque la cámara que estaba dentro del oso la compré yo.

—¿Qué oso...?

—El oso que grabó a Sonja abusando de Jonathan dentro del armario. Solo Dios sabe cuántas veces lo hizo. —Mi cabeza da vueltas, todo gira a mi alrededor—. ¡Esa maldita perra estaba completamente desquiciada!

Es mentira. Está mintiendo, escupiendo veneno con cada palabra. ¡Jonathan no puede ser tan frío como para hacerme algo tan cruel! Mis pasos lentos me alejan de ella. Me froto el rostro con

desesperación. ¡Tiene que ser mentira! Necesito que lo sea, porque si esto resulta ser verdad, Jonathan habrá destruido mi alma en el instante en que me hizo ocupar el lugar de una mujer abominable.

Todo empieza a encajar. La fotografía en la cabaña de la pareja interracial, el hecho de que Baby nunca usa la palabra *madre*, que nadie en esa casa habla de ella.

"No podemos hablar de esto con Jonathan, solo créeme. Hay cosas que deben quedarse en el pasado. Por favor, créeme. ¡Yo no empujé a Bob, y estoy protegiendo a Roy!"

Ese es el motivo por el cual Baby no dice nada sobre las sospechas de que Bob estuviera abusando de Jon. No quiere activar los traumas de Roy, por eso insiste en que lo está protegiendo.

"El movimiento brusco de Baby al sentarse me hace mirarla. Me observa, con el rostro tan pálido como antes.

—¿Qué armario? —aprieta los labios, haciéndome sentir avergonzada por la forma en que me mira."

Me tapo la boca con horror. No veo nada frente a mí, solo mi ruina. ¡Es un juego! ¡Solo un maldito juego! Y yo fui usada como una pieza más en un tablero viejo.

Cuando la puerta se abra, podrá entrar.

Mi cuerpo se encoge y me abrazo con todas mis fuerzas, sabiendo exactamente en qué momento Jonathan me utilizó. Aquel armario, en el primer juego, fue intencional. La furia con la que me tomó, la brutalidad de cada embestida que mi cuerpo recibió como deseo era en realidad odio. Era su forma de castigarla a ella a través de mí. El vestido que la mujer de la fotografía llevaba puesto es el mismo que él me hizo usar para él, por eso me parecía familiar. Mis rodillas caen al suelo y vomito todo lo que tengo en el estómago, con las tripas retorciéndose en cada arcada que sube por mi garganta, por el asco que siento por él y por ella. Pero sobre todo, por mí.

Me levanto, limpiando mi boca, y empiezo a correr desesperada. Quiero irme y volver a casa. Quiero desaparecer para

no regresar jamás.

"Voy a hacerte daño, Gin. Mis demonios del pasado, los que cargo conmigo, van a herirte tan profundamente, que no vas a querer tenerme a tu lado."

Cierro los ojos entre lágrimas. Me muero por dentro, sintiendo la marca monstruosa que dejaron grabada en mi alma.

CAPÍTULO 35



SIGUE MI MANO, SIENTE MI CORAZÓN

GINGER FOX

Camino despacio, arrastrando los pies, viendo cómo las gotas que caen de mi ropa empapada golpean el suelo. Estoy fría, mojada, con el cuerpo tembloroso, pero no lo siento. No siento nada, excepto el dolor que me desgarra por dentro. Mis dedos se aprietan contra mi pecho, mientras cruzo el pasillo silencioso. El sonido de la lluvia golpeando con fuerza el tejado resuena entre las paredes. Esta mansión, estas paredes nunca me habían parecido tan asfixiantes.

—¡Gin! —Unos dedos suaves sujetan mi hombro, frotándome con urgencia, su respiración alterada—. ¡Dios, estás helada! ¡Gin, ¿dónde estabas?! ¡Te hemos buscado todo el día! ¡Jonathan ha recorrido la isla entera detrás de ti… Gin, mírame! ¿Eso es sangre?

Su mano roza mis dedos, pero solo me encojo, aferrando mis puños contra el pecho.

—¡LIRA! ¡Gin, mírame, tus manos están sangrando! ¡Dios! ¿Dónde está esa maldita mujer?

Mis ojos no se apartan del suelo. Solo aprieto con más fuerza los dedos sobre mi pecho. Estoy paralizada, anestesiada y solo las lágrimas que corren por mi rostro me confirman que aún estoy viva.

—¿Qué pasó, Gin? Por favor… ¿Quién te hizo esto? ¡Dios! ¡Lira! ¡Tráeme una maldita manta! —Los gritos de Baby se apagan frente al estruendo del dolor dentro de mí.

Todo se silencia, como si enormes olas me cayeran encima. Las veo venir, rápidas, violentas, arrastrándome con ellas, y no consigo escapar. Estoy congelada. Unos brazos cálidos se envuelven sobre mis hombros, alejándome de allí. Escucho mi corazón. El lamento que susurra en mi mente. Está sangrando, roto, incapaz de repararse. Cierro los ojos y aprieto fuerte los dedos, aplastando mi dolor entre la sangre que brota de mi mano.

—Gin, todo va a estar bien. Eh, confía en mí, solo vamos a calentarte un poco —Yo confié. Y tal vez por eso ahora no puedo mirarle a la cara.

Baby lo sabe. Todo este tiempo, desde el principio, Baby ha sabido la verdad. Pero no puedo gritar, no puedo sacar este dolor de dentro. Me está consumiendo, apagando mi voz, retorciéndose en mis entrañas como una serpiente.

—¡Por favor, Gin, mírame! —Mi cuerpo es guiado hacia abajo y me sientan cerca de una chimenea—. Voy a calentarte, ¿sí? Jonathan viene en camino. ¡Dios! ¡Pensamos mil cosas! Roy está fuera de control por no encontrarte.

Baby se arrodilla frente a mí, frotando mis hombros, pero no siento frío. No siento nada. Mis ojos reconocen esta alfombra, las paredes que se burlan de mí, aunque no las mire. Ni siquiera necesito ver la silla de cuero cerca del escritorio. Cierro los ojos, apretando los dedos con tanta fuerza contra mi pecho que quisiera desgarrar cada rincón de mi cuerpo.

La traición y la mentira son como la basura en las alcantarillas: tarde o temprano regresan, salpican, hieren y destruyen. Mis piernas se arrastran hasta mí, acerco las rodillas al cuerpo y apoyo la cabeza sobre ellas.

Mis piernas no se detienen, no me permiten parar. Voy a morir si mi cuerpo se queda inmóvil. El viento, el sonido de las olas, todo comienza a silenciarse, dejando solo fragmentos rotos que me hacen tomar conciencia de lo que ocurrió. Como un grito mudo de mi corazón desesperado, solo me detengo cuando estoy frente de la

aislada cabaña. La piedra tiembla entre mis dedos antes de lanzarla contra la puerta, rompiendo el vidrio cerca de la cerradura.

No me importa el filo del cristal clavándose en mi piel, ni el corte en mis dedos al meter la mano para abrir la puerta desde dentro, entre los pedazos. No siento las heridas. Solo necesito abrir esa maldita puerta. Y cuando lo logro, cruzo el pequeño espacio y levanto el portarretrato con mis dedos heridos.

Muero aquí, segundo a segundo, al mirar esa imagen. No es solo el color de su piel, son los ojos, el cabello, la boca, cada rasgo de ella es igual al mío. El vestido que lleva me hace gritar con asco por todo lo que hice, lo que permití y acepté, sin siquiera saber en qué estaba participando. El collar de perlas en su cuello me quema la garganta, como si pudiera sentir las delicadas perlas tatuadas en mi piel.

Caigo al suelo, abrazando la foto y viendo en qué me he convertido. Todo es mentira, frágil y manipulable. Mi mente se apagó cuando estuve a su lado. No lo vi, no vi la verdad en sus ojos azul zafiro. Solo vi lo que quería ver, lo que él me permitía notar.

Una caja apilada junto a mí cae, dejando papeles esparcidos. Entre mis lágrimas, veo el sello de un hospital psiquiátrico estampado en una hoja amarilla, antigua. La tomo y leo el nombre de la paciente: ***Sonja Roy****.*

Tras estudios y evaluaciones, la paciente ha demostrado no tener la capacidad necesaria para expresar emociones. En pruebas diseñadas para provocar respuestas emocionales, mostró expresiones faciales y respuestas verbales acordes con lo esperado por los demás. Sin embargo, al analizar su actividad autónoma, esta resultó inconsistente con sus actos, es decir, sus reacciones corporales no coinciden con lo que aparenta. Posee una gran falta de empatía hacia el sufrimiento ajeno y, con frecuencia, no es consciente del dolor y angustia que provocan sus acciones. No acepta la responsabilidad de sus actos, no muestra remordimiento ni siente culpa. Se destaca que su alta médica no es recomendable ni segura, ni para ella ni para quienes la rodean.

Diagnóstico clínico: Psicopatía antisocial de grado severo.

El formulario de consentimiento al final de la página está firmado por su cónyuge: Reimond Roy. El padre de ellos fue quien liberó al monstruo que acabaría destruyendo la vida de Jonathan, dejándolo tan frío y vacío como ella. Me entregué. Me perdí. Y la única persona a la que realmente puedo culpar es a mí misma.

La traición es un inicio ciego, y yo me traicioné al rendirme ante los encantos de lo que él me hacía sentir. No vi la verdad que tenía frente a mis ojos. Cierro los míos, dejando que toda la tristeza que me envuelve se derrame, permitiendo que solo las lágrimas salgan a empujones desde lo más profundo de mí. Ya no existe el tiempo. No hay hora. Todo a mi alrededor se ha detenido, permanece frío y oscuro, apagándome como una vela en medio del viento.

—¿Dónde está? —Mi cuerpo se encoge aún más, llorando en silencio, ahogando los sollozos contra mis rodillas.

El sonido de sus pasos resuena con furia, pesados, mientras cruza la oficina. Me retraigo. No quiero su toque, no quiero nada que venga de él. Quiero mi vida de vuelta. Quiero olvidar sus ojos, su voz, quiero olvidar lo que me hizo.

Su mano grande se posa sobre mis hombros, apretando con fuerza, y eso solo hace que me encierre más en mí misma. Sus brazos son de acero, un agarre tenso que me arranca del suelo, obligándome a chocar contra su pecho. Su rostro arde contra mi cabello, su respiración agitada, como si fuera un animal sin conciencia, aplastándome hasta que siento mis huesos crujir. El dolor me devora. Los gritos rasgan mi garganta como garras afiladas, buscando abrirse paso para salir.

—Oye, pequeña... —son fragmentos, finas rebanadas que arranca de mí con cada palabra que susurra en mi oído, y yo muero. Muero lentamente. Los brazos en los que me refugié anoche son los mismos que ahora me hieren—. ¿Quién te hizo esto? ¿Quién te lastimó?

¡Fuiste tú! ¡Tú me rompiste! Me despedazaste con los restos de tu propia herida, y ahora me estoy ahogando en el océano tóxico de tu alma, sin poder encontrar una salida para descongelarme.

"La caricia suave en mi cabello me hace suspirar, frotando mi rostro contra su pecho, mirándolo con ternura.

—Te gustan mis rizos, por eso siempre juegas con ellos. —Él sonríe, apartando la mirada, inclinándose hasta que sus labios rozan los míos.

—Me gusta todo de ti, pequeña Náutilus."

¡Mentira, todo era una maldita mentira! ¿A quién miraba realmente en ese momento?

¿A quién tocaba mientras enredaba sus dedos en mis rizos? Él no podía sentir nada, No había culpa, ni compasión en sus ojos mientras me tenía allí, tan suya, dentro de esa habitación. ¿Era a mí a quien veía? ¿O al monstruo que lo volvió igual que ella?

Su cuerpo se aparta, permitiéndome volver al suelo, y yo vuelvo a encerrarme en mí misma, pegando mi frente a las rodillas. Ya viene la gran ola final, cruel y brutal, que va a romperme, va a aplastarme, y los gritos están ahí, impacientes, ansiosos por liberarse.

—Mírame, Gin. —Levanto la cabeza, chocando con la profundidad de sus ojos. Su mano se aferra a mi rostro, y las caricias que antes me robaban el aliento, ahora me hieren, me hacen sentir sucia.

Él baja la mirada hacia mis dedos apretados contra mi pecho. Quiero gritar, volver a vomitar de nuevo, del asco que siento de mí, de él.

—Jonathan, déjame cubrirla.

Su cabeza niega lentamente hacia Baby, que se mueve tras de mí. La manta pesada que acomoda sobre mis hombros no me reconforta, solo me hunde más dentro de la tumba en la que se ha convertido mi cuerpo.

Solo lo miro. Intento encontrar, aunque sea, un brillo mínimo de algo verdadero en él.

—Gin, cuéntanos qué pasó. —La voz de Baby se corta al instante cuando su mano se alza en el aire, pidiéndole silencio, sin apartar sus ojos de los míos.

La verdad está ahí, escrita en sus pupilas, mientras me observa. Su dedo se desliza por mi lágrima, apartándola del camino, sabiendo perfectamente qué la hizo llegar allí. Como si supiera el estado en que me dejó, el precio que pagué por mi curiosidad, lo que me hizo ser.

¿Dónde están mis sueños? ¿Dónde quedaron mis deseos? ¿En qué momento perdí mi alma? Mi corazón lo sabe, igual que el alma oscura de Jonathan. Están ahí, dentro de su mirada, la misma que me lo arrebató todo, hasta no dejar nada. La que me encerró dentro de aquel armario donde lo amé y él me castigó.

—¿Quién te lo dijo? —Su mano se aparta de mi rostro, comprendiendo que su toque ya no me trae consuelo, solo amargura.

—¿Qué te dijo? ¿De qué hablas, Jonathan? —pregunta Baby, mirándome mientras acaricia mis cabellos mojados, apartándolos de mi cara—. Gin, ¿quién te hizo esto? ¿Quién te lastimó?

No la miro. Estoy siendo desgarrada por la mirada azul rota de las melancólicas iris de Roy. Aparto mis dedos de mi pecho y extiendo las manos hacia él.

Lo veo incorporarse de golpe, con repulsión, retrocediendo hasta chocar contra la pared, respirando con angustia y asco. Sus ojos se cierran, evitando los míos. Aprieta la boca, pálida, como si en mis manos hubiera algo repugnante, como un animal rastrero. Bajo la mirada hacia lo que sostengo entre los dedos: la imagen de ella. Aflojo los dedos, soltando la foto que mantuve apretada cerca de mi corazón, estrangulada entre mis manos con la agonía de un hierro al rojo vivo. La dejo en el suelo, junto a mis pies, y vuelvo a alzar la

vista hacia Jonathan, cuyo rostro refleja ahora la locura más profana.

Ahí está la verdad. Lo que queda del bloque de hielo que es Jonathan. Lo que veo es feo, distorsionado, retorcido. El rostro del horror en su forma más pura. Su cuerpo está rígido por el pánico. No es un hombre. Es un niño aterrorizado. Me pongo de pie y tomo la foto con las manos, levantándola hacia él. Roy se estremece, se da la vuelta y se queda de espaldas, mirando la pared. Sus hombros están encogidos. Sus piernas fuertes estallan en patadas secas contra el muro.

—Mírala, Jonathan… Mírame. —Su cabeza niega con fuerza, inhalando con desesperación, como un animal herido.

—¡Quítala! ¡Suéltala! —Su voz temblorosa sale como un tambor rasgado por la afonía. Levanta el puño y lo estrella contra la pared, una y otra vez, hasta que la mancha con su propia sangre.

—¡No! ¡Mírala! ¡Mira en qué me convertiste! —grito, liberando toda la oleada que me invade, dejando que mi alma paralizada ahora palpite con repulsión dentro de este despacho.

—¡NO! ¡Sácala de tus manos, Gin! —Nuevos puñetazos golpean la pared, descontrolados y salvajes—. ¡BABY, SÁCALA DE AQUÍ!

Mi cuerpo gira al instante, mirando a Baby tirada en el suelo. Su rostro está rojo, al igual que sus ojos. La rubia se encoge, cerrando los ojos cuando le extiendo la mano, mostrándole la foto manchada con mi sangre.

—¡Oh, Dios mío! —Baby se tapa la boca con horror, meciéndose con angustia.

—Lo sabías, ¿verdad, Baby? —Mi cabeza cae hacia un lado, cierro los ojos y dejo que las lágrimas se deslicen por mi rostro—. Todos aquí sabían para qué sería utilizada. —Gin, yo… ¡Oh, Dios! Gin… —Ella se encoge aún más, ocultando su rostro, con los hombros sacudidos por un llanto doloroso.

Respiro como si fuera la última calada de la droga que es el perfume de Roy, inflamando mis fosas nasales con cada partícula suya que me quema. Escucho el sonido de sus pasos, caminando como una bestia enjaulada frente a mí. Mi corazón va disminuyendo sus latidos, quebrándose dentro de mi pecho. Abro los ojos y veo a Jonathan fuera de sí. Sus manos se hunden en su cabello, apretando con fuerza su cabeza, mientras patea la estantería hasta destrozar la puerta con el pie. Hay un vacío en sus ojos azules, completamente perdidos en la locura cuando finalmente se gira hacia mí.

—¡Fui yo quien te eligió! ¡Yo tomé esa decisión! Pero no quería hacerte daño, no lo deseé. —Sus brazos se extienden como garras, intentando atraparme entre ellos, pero me niego a dejar que vuelva a lastimarme—. Lo siento tanto…

—¡No me toques! —Las palabras brotan de mis labios llenas de odio. Levanto la fotografía hasta que sus ojos se encuentran con la imagen, golpeándolo como un disparo directo—. ¡Tú no lo sientes, Roy! ¡No sientes nada! Así que no puedes lamentarte por el daño que me hiciste. ¡Eres tan monstruoso como ella!

¡El final! La jugada final de Sodoma. Mi mundo en blanco y negro. El infierno al que él me arrojó. Todo termina aquí, entre nuestras miradas fijas en esa foto.

—Tenías razón, Roy. Tus demonios me lastimaron, me hirieron tan profundamente que no deseo tenerte cerca.

—Ginger... —Cierra los ojos, dejando caer el rostro, perdido en sus propios traumas, tan hundido en ellos como los míos lo están dentro de mí—. Toma mi mano... —Mis ojos bajan a sus dedos extendidos frente a mí. Miro esa mano, la del hombre al que le entregué todo... y que me dejó sin nada—. Siente, por favor... siente mi corazón.

—¡Tú no tienes corazón! —Mis dedos sueltan la fotografía, se aprietan contra mi cuerpo, intentando contener la locura y el dolor que él provocó en mí.

—Toma mi mano... —Niego con la cabeza, rindiéndome, negándome a dejarlo tocarme.

—¡No puedo tomar la mano de quien me maldijo, Jonathan! ¡No puedo tomar la mano del hombre al que le di mi corazón, mi cuerpo, mi alma y que los destripó a sangre fría!

—¡NO! ¡No, Gin! —Mi cuerpo se arrastra hacia atrás ante su impulso descontrolado cuando se abalanza sobre mí.

La sombra que se interpone entre nosotros se alza frente a mí, llorando de dolor, con la respiración entrecortada. Solo logro refugiarme detrás de su espalda. Baby lo detiene y yo escondo el rostro entre su cabello rubio.

—¡APÁRTATE, BABY! ¡SAL DE MI CAMINO...!

—¡SE ACABÓ! ¡SE ACABÓ, JONATHAN! —El escudo que me mantiene separada de él es el cuerpo de Baby, que lo empuja lejos. Me encojo al oír los golpes furiosos contra la estantería una vez más. Sus gruñidos son salvajes, llenos de rabia por no poder alcanzarme —. ¡Te lo advertí! ¡El pasado es un lugar peligroso al que volver!

Baby patea la foto con furia, haciéndola volar hasta la chimenea. Me encojo más, apretando mis dedos contra mis brazos mientras veo la imagen consumirse poco a poco entre las llamas.

—¡No! Gin, toma mi mano... —Escucho su voz, ese tono ronco lleno de desesperación llamándome con angustia—. Ginger, toma mi mano, siente... ¡Solo siente mi corazón! ¡JODER, GINGER, SIENTE!

Llevo mis dedos a los oídos, negando con la cabeza, encerrándome en mí misma. Jonathan no tiene corazón. Solo tiene dolor y oscuridad, y me arrastró hasta allí, encadenando mi alma con la suya, junto con la de ella.

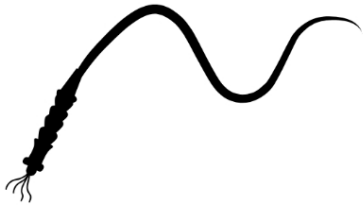
—Jonathan... se acabó. Se acabó... —susurro.

—Gin, dame tu mano. Por favor, pequeña Náutilus. —Su voz es urgente, desgarradora, como una cuchilla clavándose en mi pecho. No, no puedo dejar que se acerque otra vez. No tengo

fuerzas ni claridad para permitirle llegar hasta mí ahora—. Dame tu mano, siéntelo…

—¡No! ¡Tú no sientes! ¡Tú no sientes nada! —grito entre sollozos, aferrándome más a Baby—. Quiero volver a casa, no quiero más esto. No quiero estar cerca de ti, quiero recuperar mi vida. —Me desplomo de rodillas, cayendo en el agujero de mierda que me absorbió.

El cuerpo de Baby se mueve, envolviéndome en sus brazos, atrapándome entre ellos. ¡Lo amo, lo odio, me odio a mi misma!



—¿Alguien pidió un aventón? —Observo al hombre tranquilo, de mirada serena, que me observa desde dentro del coche.

Me separo de mi maleta, la misma que bajé por las escaleras, obligándome a cargarla entre los brazos para no arrastrarla ni hacer ruido. Le di un beso de despedida en la cara tranquila de Jon, que dormía en la cama. Me duele saber que voy a dejarlo. No quería despertarlo, pero tampoco podía esperar a que abriera los ojos. Mi corazón herido, aunque tambaleante, todavía guarda un gran amor por ese niño dulce, que con solo una mirada desolada me haría quedarme.

Cuando crucé los portones de la mansión, faltaba poco para que amaneciera. No quería estar allí. No quiero quedarme.

Fue en ese momento que marqué el único número al que podía recurrir para salir de la isla. Dexter estaciona el coche un poco más adelante, observando con curiosidad mi rostro hinchado de tanto llorar y mis dedos vendados.

—¿Noche difícil, señorita Fox? —Camina hacia mí, sin dejar que levante la maleta. La toma antes que yo y la lleva al coche.

—¿Podrías ayudarme a salir de la isla, Dexter? ¿Simplemente eso, sin hacer preguntas?—Su rostro se vuelve hacia mí, lleva las manos al bolsillo y desvía la mirada hacia el camino que lleva a la mansión.

—Vamos, tengo un café caliente con coñac esperándote en el barco —dice mientras pasa delante de mí y se mete en el coche.

Mis dedos se aferran a la puerta del copiloto, que él destrabó desde dentro. No miro hacia atrás. No quiero mirar. Solo me obligo a seguir adelante. Dexter acepta mi silencio, y simplemente apoyo la sien contra la ventana del coche, con la mirada perdida en el cielo que empieza a aclararse.

El trayecto hasta su barco transcurre del mismo modo: sin palabras, sin preguntas, solo con el abismo que llevo dentro. Y así me mantengo cuando subo a su barco anclado en el muelle.

—Bueno, no es una mansión, pero puedes descansar un poco antes de que partamos. —Quisiera sonreírle, pero no consigo esbozar ni la más mínima emoción. No siento nada más que dolor.

—Gracias, Dexter. —Abrazo mi cuerpo y me siento en el pequeño sofá dentro de la cabina.

—Voy a traerte un café. El café me ayuda cuando mi cabeza no para. —Es un hombre solitario. Si fuera en otro momento, la Ginger curiosa ya estaría explorando cada rincón de esa diminuta cabina, charlando animadamente con él solo para saber más sobre su vida. Pero a esa Ginger ya la callé, la encerré junto con la Gin estúpida, dejándome vacía y muerta por dentro. —Bébelo, te calentará por dentro, señorita Fox —dice mientras me ofrece una taza, mirándome con calma.

Siento el líquido caliente bajar por mi garganta, con un leve sabor a coñac mezclado con cafeína. Quizá de verdad necesito adormecerme desde dentro para poder desconectarme.

Me froto el rostro con desánimo, acurrucándome en el sofá, soltando el aire cansado que llevo dentro.

—¿Por qué viniste aquí, señorita Fox? ¿A esta isla? ¿Qué fue lo que realmente te motivó a venir a parar a este lugar?

Mi atención está fija en la taza de café con coñac entre mis dedos, la miro perdida. Recuerdo la angustia en mi pecho al tener que lidiar con las fantasías ceremoniosas de mi madre; cómo por dentro yo sufría, sin saber si estaba tomando la decisión correcta o no; viéndome atrapada en una vida que no quería, sin tener idea de quién era realmente.

—Para encontrarme. —Exhalo con agotamiento, llevando la taza a los labios.

Estaba buscándome, intentando encontrarme a mí misma, y en medio de esa búsqueda me perdí el primer día, cuando mis ojos se cruzaron con los de Jonathan, tan silenciosos e hipnotizantes. Tal vez, si me hubiese limitado a mirarlo por menos de dos segundos, habría tenido una oportunidad de ver lo que se ocultaba allí.

—¿Y lo hiciste? —Alzo la mirada hacia Dexter, que aunque no dice lo que piensa, me observa como si supiera que encontré mucho más de lo que buscaba.

Encontré un amor doloroso, que me marcó para siempre.

—Sí —susurro, extendiéndole la taza. Mis dedos tiran de la capucha de mi abrigo, colocándola sobre mi cabeza. Desvío los ojos hacia la pequeña ventana y miro el mar.

—Lo entiendo. Te dejaré descansar un poco. —Se mueve, deteniéndose cerca de la puerta de la cabina—. En cuanto se acerque la hora de partir, te aviso.

Apenas asiento con la cabeza, sin apartar la vista de las olas, encerrándome junto con mi dolor. Cierro los ojos, sintiendo cómo una lágrima solitaria se desliza por mi mejilla.

—No puedo decir que tomé la mejor decisión, pero necesitaba sentir, necesitaba intentar cualquier cosa que me sacara de este estado de muerto en vida.

Intento alejarme, necesito mantenerme lejos de este amor enfermo, pero aun así no puedo. Uso mi puño libre para golpear su pecho, descargando toda la locura que habita dentro de mí. Le había entregado todo. Mi mundo, ese que ni siquiera sabía cómo sería, qué camino tomaría, pero aun sin saberlo, se lo di. Su mano aprieta con más fuerza mi muñeca, impidiendo que me aleje de su corazón.

—Solo siente. —Su aliento cálido golpea mi rostro, atrayéndome a sus brazos de una forma dolorosa.

Lloro aún más entre sollozos. Soy débil, estoy rota, y aún aquí, frente a él, lo dejo consolarme del daño que él mismo me hizo. Su mano sujeta con firmeza mi muñeca, obligando a mis dedos a apoyarse sobre su pecho. Escucho los gritos de Baby, que golpea la puerta del despacho para que él la deje entrar, después de haberla echado a la fuerza. Todo se apaga, se silencia, y solo permanece el sonido de su respiración agitada, mezclándose con mi dolor.

—No puedo deshacer lo que hice, pequeña Náutilus. —Su beso en mi frente quema como una brasa encendida sobre mi piel. Arrastra sus labios por mi rostro, como si quisiera tragarse mi dolor.

Aprieta mi cuerpo contra el suyo, hasta que mi rostro queda pegado a su pecho, con su barbilla apoyada sobre mi cabeza. Susurra palabras suaves, como si hablara con una niña herida. No quiero sentir, no quiero respirar ese aroma suyo que me envenena, pero me quedo, y el puño con el que antes lo golpeaba ahora se aferra a su cuello, sujetándose a él para no caer con mi propio derrumbe.

Los latidos de su corazón suenan como una canción de rock, una melodía rota de un romance que ya no me dejará olvidar sus notas, pulsando en mi oído pegado a su pecho. Aplano mis dedos contra él, como si pudiera atravesar su piel y alcanzar su corazón, aprisionándolo como él hizo con el mío.

—Siente lo que tú hiciste, Gin. No fue el pasado, no fue ella ni el juego. Es por ti que late. Cada segundo es por ti. —Cierro los ojos con fuerza, dejando que el llanto me desgarre la garganta como una maldita sin alma—. Solo por ti, mi Nautilus…

Su mano levanta mi rostro y voy muriendo con cada caricia, sintiendo un dolor insoportable cuando sus labios rozan los míos con ternura, pidiendo permiso para que su lengua invada mi boca. El amor no debería ser así. No entiendo realmente lo que es el amor. Durante diez años estuve con alguien que decía amarme, y aun así, aquello no era amor.

Lo que ahora me desgarra por dentro por Jonathan es un amor salvaje, tan desmedido que me paraliza y me deja a merced de lo que él hace conmigo. Un amor enfermizo, tóxico, un amor que destruye. No sé si él es como su madre, me cegué, y no puedo bajar la guardia ni confiar en él. Pero aún me aferro a Roy, muriendo con cada segundo en que me besa con tanta urgencia. Su boca se aleja de la mía. Su rostro está enrojecido cuando ve que no le devuelvo el beso.

—¿Gin? —Mis dedos se sueltan de su cuerpo, alejándome cuando sus brazos caen a los lados.

—No puedo... — La sonrisa que se dibuja en mi rostro, entre las lágrimas, se hace añicos, reflejando lo poco que queda de mí—. No puedo.

No miro atrás cuando abro la puerta, dejándolo en el centro del despacho. No me detengo a ver los ojos enrojecidos por el llanto de Baby, sentada en el suelo del pasillo, justo frente a la puerta. Llevo las manos a mis oídos, tapándolos mientras camino lejos. Aun así, puedo escuchar el grito de dolor, ronco como el rugido de un tigre herido, mientras destruye su oficina. No puedo salvarlo. Ni siquiera estoy segura de si podré salvarme a mí misma.

Creo que me duermo. Mi cuerpo agotado, torcido sobre el incómodo sofá, se agita con el sonido distante de mi móvil, que no deja de sonar. Lo saco del bolsillo de mi abrigo, apartando el cabello que se pega a mi cara y empujándolo hacia atrás junto con la capucha.

—¿Hola? —Parpadeo con pesadez, mirando la cabina vacía y recordando dónde estoy—. ¿Quién habla?

—Eso es lo que quiero saber yo. —Una voz agitada responde al otro lado, como si la persona estuviera corriendo—. Estuve con mi perro ingresado en el veterinario varios días, dejé mi móvil en casa y al regresar encontré varias llamadas perdidas desde este número.

Bostezo, me incorporo y alejo el móvil de mi oreja para comprobar el número que me llama. Es el contacto del familiar de la abuela de Jon. Finalmente, la mujer ha devuelto la llamada.

—Así es. Soy Ginger. Llamé porque trabajo para los Roy. bueno, trabajaba —suspiro con dolor, sintiendo cómo toda la angustia vuelve con cada segundo que mi mente despierta—. Solo llamé porque la tía de Jon está intentando contactar a su abuela. Ella se fue de la isla sin avisar a nadie. ¿Podrías pedirle que llame a Baby?

El sonido de una respiración agitada al otro lado de la línea se intensifica, como un bufido de furia.

—¿De qué estás hablando? ¡Mi hermana está en la isla!

Miro confundida mis tenis, frunciendo la nariz mientras mis pensamientos se enredan con lo que acaba de decir.

—No, estás equivocada. Viajó. Hace tres semanas que se fue de la isla —Me rasco la frente, inhalando el aire salado que entra en la cabina. El olor a mar me llena de melancolía y me arrastra de nuevo a ese dolor.

—Mira, no sé qué clase de broma es esta, pero mi hermana no se fue a ningún lado. Me lo habría dicho. Puedo probarte que está ahí, dame un momento.

Frunzo el ceño, confundida, justo cuando Dexter entra a la cabina.

—Zarparemos en unos minutos —Asiento con la cabeza, sintiendo un extraño alivio mezclado con angustia por irme de este lugar—. ¿Pasa algo?

—No lo sé —susurro, mientras escucho sonidos al otro lado del teléfono—. Baby está buscando a la abuela de Jon. Me pidió que

llamara a su hermana. La mujer acaba de devolverme la llamada. —Mi rostro se inclina mientras recuerdo la furia de Baby al descubrir que la mujer se había ido sin avisar—. Su hermana está en la línea. Dice que la abuela de Jon no ha salido de la isla.

—¿Ves? ¡Te lo dije! —La voz nerviosa de la mujer al otro lado suena molesta—. Estoy mirando la pantalla del ordenador. El GPS de su móvil confirma que mi hermana está ahí. Jamás se iría lejos de ese precioso nieto suyo.

El móvil resbala de mis dedos mientras siento el corazón latiendo con fuerza. Dexter se acerca, sujetándome por los hombros para ayudarme a sentarme en el sofá.

—¿Qué dijo?

—Que está en la isla, pero no lo entiendo. Jon me dijo que se había ido de viaje — Dexter se aleja para recoger el móvil del suelo.

Lo veo hablar con la mujer al otro lado de la línea, anotando la ubicación exacta que marca el GPS. Mis dedos sudorosos comienzan a temblar, la transpiración se extiende por mi piel y mi corazón late con angustia.

"—Creo que fue a las 10:40. La abuela tuvo que viajar de última hora. Fui a la biblioteca cuando llegué, pero tú no estabas allí. Entonces subí al cuarto y terminé quedándome dormido. ¿Por qué? —Su rostro joven se ladeaba, mirándome confundido."

Entrelazo los dedos, golpeando los pies contra el suelo con desesperación. ¡Jon me había mentido! ¿Por qué lo hizo? Intento procesar las últimas palabras que la mujer dijo por teléfono: que su abuela nunca se alejaría de su precioso nieto.

—Preci…

Me detengo antes de terminar la palabra. Ya la había escuchado antes, ahogada, atrapada en medio del sufrimiento agónico de una mirada petrificada.

—Preci... —Me sujetaba la muñeca con fuerza, con los ojos completamente abiertos. Sus pupilas se movían rápido, mirando

hacia las escaleras, como si quisiera mostrarme algo. —Pre...

—Precioso. — Me pongo de pie de un salto, con el corazón desbocado.

Bob no necesitaba ayuda, ¡Bob estaba intentando decirme quién lo empujó!

—¡No tenías que sufrir por tu 'precioso' Jon!

—¡OH, DIOS MÍO, JON!

Los ojos de Dexter se clavan en mí. Cuelga mi móvil y me lo entrega.

—Vamos, ya tengo la dirección. No está muy lejos de aquí.

—¡Necesito volver a la mansión! —grito, con urgencia, sintiendo un nudo de dolor aplastándome el pecho—. ¡Tengo que volver ahora mismo a la mansión!

Dios... Jon, ¿qué hiciste?

Necesito volver. Tengo que regresar para protegerlo. Contárselo a Baby, ella sabrá qué hacer, podrá ayudar a cuidarlo. Es lo único que me queda, la única persona verdadera dentro de esa mansión. No puedo evitar que Jonathan se destruya, no puedo salvarlo del mal que le hicieron ni salvarme de lo que él me hizo. Pero sí puedo salvar a Jon.

CAPÍTULO 36



ESTAMOS AL FINAL, LO SIENTO POR DEFRAUDARTE

GINGER FOX

Prácticamente, salto fuera del coche de Dexter en cuanto estaciona frente a la mansión. El detective se marcha diciendo que irá a la ubicación donde el GPS marcó a la abuela de Jon. Ya son las nueve y media de la mañana, todos deberían estar reunidos en la mesa del desayuno, pero cuando entro no hay nadie en la sala, el café está servido, intacto, sobre la mesa.

Subo las escaleras de dos en dos escalones, apresurando mis pasos.

—¡Señorita Fox! —Lira sale del cuarto de tía Charlotte y me mira asustada cuando choca conmigo.

—¿Dónde están Baby y Jon? —exijo. Ella cambia la escoba de mano, negando con la cabeza, confundida.

—No lo sé, señorita…

¡Maldita sea! ¡Esa mujer nunca sabe nada! Mi corazón late con fuerza, y estiro el cuello hacia la puerta.

—¿La señora Roy está ahí dentro?

—Está descansando, señorita —responde.

Aprieto los dedos con frustración y me alejo de ella, corriendo hacia mi habitación. La puerta está apenas entreabierta y solo

necesito empujarla. Me congelo. Me quedo petrificada al ver la cama destruida, el armario derrumbado en el suelo, con sus puertas torcidas. La cómoda donde guardaba mis cosas no es más que una pila de madera destrozada.

—¿Qué pasó aquí? —pregunto, desconcertada. No han pasado ni cuatro horas desde que salí de esa habitación, y no estaba así cuando me fui.

—El señor Roy perdió el control cuando no la encontró esta mañana en su habitación, señorita Fox —Lira se detiene a mi lado, dejando la escoba recostada en un rincón. Toma un trozo de la cabecera rota de la cama, lo observa con la mirada perdida mientras lo hace girar entre los dedos.

—¿Dónde está él, Lira? —Mis brazos se cruzan, abrazándome. Es como si quisiera castigar todo a su alrededor por no haberme encontrado.

—El señor Roy salió y aún no ha regresado, por eso la señora sigue dormida. La señorita Roy le dio un calmante, la mañana fue algo agitada —Mi cabeza se mueve lentamente y mi mirada se pierde en las gotas de sangre sobre la madera.

Cierro los ojos para no ver el dolor de él reflejado en cada golpe brutal que dio contra los muebles. Paso entre los destrozos, dirigiéndome hacia la puerta que conecta con el cuarto de Jon, limpiando mis lágrimas para que el flacucho no vea mi estado tan alterado. Pero al cruzar la puerta, me detengo de golpe, paralizada.

Mis ojos se fijan en la mujer sentada en la cama de Jon, subiendo su ropa interior.

—¿Qué estás haciendo aquí, Lorane? —Avanzo dentro del cuarto, y ella se sobresalta al verme. Salta de la cama y corre hacia una esquina de la habitación.

La observo medio desnuda y desvío mi rostro hacia la cama, conteniendo la respiración mientras comprendo perfectamente lo que esta perra está haciendo aquí. Las sábanas revueltas, el olor a sudor. a sexo. ¡No era Bob quien estaba molestando a Jon!

—¡Maldita enferma! —Aprieto el puño, lanzándome hacia ella, pero caigo al tropezar con algo voluminoso.

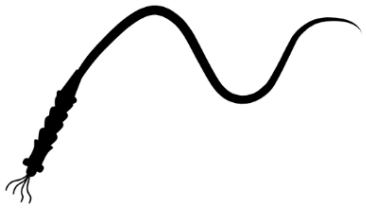
Me desplomo en el suelo, retorcida, y al mirar hacia mis piernas veo el cuerpo de Baby, inconsciente. Su frente está herida, con sangre esparcida por el rostro. Mi corazón deja de latir al verla sangrando, sin reacción.

—¡Baby...! —Gateo hacia ella, tomando su rostro entre mis manos—. ¡Baby, mírame! ¡Dios! ¡Lira, el médico, llama al médico! —grito desesperada, viendo cómo la respiración de Baby se vuelve cada vez más débil.

Levanto la vista con odio hacia Lorane, acorralada en la esquina, mordiéndose los dedos con los ojos desorbitados.

—¿Qué hiciste, maldita? ¡¿Qué le hiciste a ella?! ¡¿Dónde está Jon?!

No llego a incorporarme. Un golpe seco en mi cabeza me desconecta por completo, dejándome en un apagón total, cayendo encima de Baby.



El sabor amargo en mi boca se intensifica a medida que voy recuperando el sentido. A través de mis párpados pesados, veo el cuerpo de Baby siendo arrojado al suelo, cerca de unas flores. No entiendo dónde estoy, qué lugar es este. Mi mente comienza a reaccionar, y con ella regresan las últimas escenas que vi. El sonido de tacones retumba con rapidez contra el piso, seguido de susurros que me obligan a sacudir la cabeza, aturdida. Trato de moverme, arrastrándome hasta sentir el apoyo de una pared. Me recargo en la estructura dura con ayuda de mi hombro, deslizando mi espalda hasta lograr sentarme.

Siento una punzada aguda cuando golpeo la cabeza contra algo firme. Alzo el rostro y veo un marco colgado en la pared. Encojo

el cuerpo, intento mover los brazos, pero mis muñecas están atadas con una cinta gruesa, al igual que mis tobillos. Estoy inmovilizada.

Lira se incorpora, alejándose de Baby tras atarle también las muñecas.

—Ella lo va a arruinar todo —murmura Lorane, caminando delante de mí, mirando a la nada mientras se muerde las uñas—. ¡Esa perra lo va a echar todo a perder! Hay que matarla… hay que matarla.

—¡Oh, cállate, maldita loca! ¿Por qué no haces algo útil en vez de estar desvariando? —Lira le lanza la cinta adhesiva a Lorane, pero ella ni siquiera intenta atraparla y esta rebota sobre el suelo duro.

—Hay que matarla, hay que matarla... —Lorane sigue murmurando una y otra vez, caminando de un lado a otro como un disco rayado.

Desvío la mirada hacia mi entorno, con un dolor punzante latiendo en mi cabeza. Veo las ventanas oscuras repartidas por las paredes y varias macetas con orquídeas. ¡Es el invernadero! Me habían trasladado desde la habitación de Jon hasta aquí mientras estaba inconsciente.

—¡Me están matando los riñones! ¿Sabes cuánto pesa esta perra? ¡Dejaste todo el peso sobre mí, ni te molestaste en sostener bien a estas malditas! —La criada silenciosa, en quien siempre desconfié, se estira con desgano, haciendo crujir su espalda.

Se detiene en seco cuando se gira hacia mí, clavando en mí una mirada interesada.

—Vaya, mírala… la bella durmiente despertó —Lira se acerca, me agarra del cabello y examina la herida en mi cabeza—. Debería haberte golpeado más fuerte esa cabeza hueca.

Cierro el puño a pesar de tener las muñecas atadas. Con toda la fuerza que puedo reunir, lanzo mi brazo hacia su pecho y le doy un golpe certero, obligándola a soltarme. Ella grita de dolor.

—¡No vuelvas a tocarme, maldita! —Escupo hacia ellas, mirándolas con absoluto desprecio.

La bofetada que me da en respuesta es seca, con la palma completamente abierta, estallando contra mi mejilla. Abro la mandíbula por el impacto, sintiendo cómo mi cabeza se estrella contra la pared a causa del golpe.

—¡Zorra asquerosa! —Lira se soba el pecho, mirándome con furia.

—¡Ya basta, deja de perder el tiempo! —Lorane la jala del brazo, conduciéndola hacia la puerta y empujándola fuera—. Vigílala hasta que Jonathan llegue.

Los ojos de Lira se detienen en mí una vez más antes de marcharse, lanzándome una promesa muda de dolor que sé que disfrutará cumplir.

—¿Dónde está Jon, Lorane? ¿Qué le hiciste a Baby? —Le pregunto a la mujer que un día fue elegante y ahora no es más que el rostro más crudo de la locura.

—¡CÁLLATE! ¡CIERRA ESA MALDITA BOCA! —grita mientras tranca la puerta con fuerza, avanzando hacia mí con los puños apretados a los costados. Sus ojos, completamente desequilibrados, se desvían hacia Baby, tornándose tristes, y vuelve a caminar de un lado al otro del invernadero.

—Lorane, por favor... por favor... —sollozo, aterrada al ver el estado en el que se encuentra Baby. La herida en su cabeza no deja de sangrar, agrandando la mancha en el suelo junto a su cuerpo—. Ella necesita un médico. Por favor, Lorane…

—¡CÁLLATE! —ruge de nuevo, desbordada por la rabia, y vuelve sobre mí, tirando de mi cabello con fuerza hasta arrancar un mechón que queda enredado en sus dedos.

—¡DIOS! —grito de dolor, retorciendo mi cuerpo contra la pared en un intento de alejarla de mí.

Ella se incorpora, apretando el mechón arrancado entre sus manos, lo exprime entre los dedos. Sus ojos se debaten entre el odio, la demencia y el pánico. Deja caer lentamente los cabellos al suelo mientras se lleva una mano a la boca, mordiéndose las uñas.

—Hay que matarla... hay que matarla ahora... —Mis ojos se clavan en ella, viéndola susurrar palabras incoherentes. Es aterrador cómo observa el invernadero, como si no estuviéramos solas, como si hubiera alguien más en la habitación.

El sonido sutil de un arma cargándose hace que mi sangre se hiele. Giro la cabeza a la izquierda. Lorane no está delirando ni hablando sola.

El observador silencioso está ahí, en la esquina, apuntándome con el revólver, los brazos en alto. Camina hacia mí con pasos lentos, el rostro invadido por una tristeza abrumadora.

—Jon... Jon, baja esa arma —mi voz tiembla suplicante, incapaz de apartar los ojos del arma—. ¡Jon! Oh, Dios mío... Jon, por favor, baja esa arma.

Su cabeza se inclina hacia abajo, con los hombros encogidos por el miedo, mirando al suelo.

—¡Mátala! ¡Tienes que matarla! —Lorane se esconde detrás de él, frotando su rostro contra su hombro, susurrándole al oído.

—Jon, no la escuches —necesito que me mire, que vuelva en sí. Está retraído, asustado, acorralado por culpa de esa mujer monstruosa—. Por favor, baja esa arma. Yo voy a cuidarte. No la escuches…

—Dispárale en la cabeza, haz que se calle…

—¡NO! —Mis ojos se abren de par en par mientras grito, aterrada—. ¡Te está usando, Jon! Por favor, bájala. Solo te está utilizando, igual que utilizó a Bob.

Lorane hunde más su cara en el cuello de Jon, rozando su piel con el rostro, mientras clava sus uñas en la cintura del chico.

—Haz que se calle, Jon…

Él se encoge aún más, como si una serpiente se estuviera enrollando en su cuerpo, envenenándole la mente.

—Jon, por favor... —Mis ojos se cierran cuando Lorane le toma la mano, guiando el arma hasta apuntar directamente a mi cabeza—. Oh, Dios... por favor…

Abro los ojos al escuchar el sonido de sus pasos alejándose, sus tacones golpeando el suelo mientras camina hacia la puerta de la estufa, asegurándose de que nadie venga.

—Jon, suéltame. Vámonos de aquí juntos. Lorane solo te está utilizando —mi sollozo se va extendiendo, mi voz entrecortada por el llanto intenta hacerlo ver la maldad de Lorane—. Mírame, Jon. Solo te está usando, flacucho. Soy yo, Gin... Déjame salvarte.

Sus hombros se encogen, baja el arma. Veo cómo sus brazos tiemblan mientras un sonido bajo escapa de su garganta, como un llanto apagado y triste.

—Esto no eres tú. Ella solo te está manipulando, Jon —el sonido de su garganta se hace más fuerte, al igual que el temblor de sus hombros—. Todo va a estar bien.

—¿De verdad crees que Lorane tiene capacidad mental para controlar algo?

La voz baja que escapa de sus labios me deja muda. Mi cuerpo se congela en el momento en que Jon levanta el rostro para mirarme. La mirada perdida que siempre reflejaba dolor ya no está ahí. Lo que veo es frío. Tan frío que hace que mi cuerpo se retraiga de miedo.

Inclina la cabeza, estirando el cuello, y levanta solo un brazo, con el revólver firme en los dedos. Me observa serio, con el rostro endurecido. Y ese sonido que pensé que era un llanto se convierte en una risa helada, sin alma.

—No debiste haber vuelto, Gin.

Jon camina despacio, y detiene la mirada en Baby. Sin un rastro de remordimiento, mueve su rostro con el pie.

—¡Tienes que matarla ahora! ¡Tienes que matar a las dos ahora! —Lorane se aleja de la puerta, con el rostro desencajado al verlo.

—¡Ve a buscar las bolsas de basura, Lorane! Ya te dije que sabré cuándo será el momento. —La voz de Jon es una navaja fría, sin alma. Mira a Lorane, que obedece al instante, saliendo del invernadero sin decir palabra.

Entonces lo entiendo. No es Lorane quien manipula a Jon, la marioneta es ella. Sus ojos azules se clavan en mí de forma apática mientras se peina el cabello hacia atrás. Este no es el flacucho con quien pasé horas en la biblioteca, ni el niño asustado que dormía en mi cama. No sé quién es esta forma vacía que me observa.

—Jon, ¿por qué estás haciendo esto? —Mi corazón se encoge en mi pecho, dolido por no entender la maldad que hay en su mirada—. Tú no eres así... Tú no…

—Te mostré lo que querías ver, Gin. —Su cuerpo se mueve con agilidad, se detiene frente a mí y se agacha, hasta que sus ojos quedan a la misma altura que los míos—. Solo te mostré lo que deseabas ver, y fue fácil. Demasiado fácil. Tan simple que resultó hasta gracioso dejarte hacer ese papel de madre preocupada y cariñosa conmigo.

Sus ojos bajan hacia el revólver que se balancea en su mano, soltando un suspiro perezoso.

Mi mente se dispersa. ¡Todo era mentira! Un teatro donde él interpretó su papel a la perfección.

—Esa noche en mi cuarto... Tu estado, la forma en que te encontré, no puede ser…

No puedo seguir hablando. Solo siento cómo me traga cada momento que viví a su lado, incapaz de creer que todo fue una farsa.

—¿Hablas de cuando estaba tirado en el suelo? ¡Oh, ese dolor fue real! ¡No tienes idea de cómo duele cuando alguien te muerde la polla! —La punta del arma golpea lentamente mi pierna, mientras él

me observa con el rostro contraído—. Imagina lo que dolió cuando esa perra me la chupó y hundió los dientes.

Era Lorane, ella estaba en la habitación. La histeria de Jon en el suelo, sus gritos...

todo había sido una farsa.

—Entraste a mi cuarto, estabas llorando cuando desperté…

—¡Buena memoria! En realidad, solo te estaba observando de cerca. Cuando abriste los ojos, tuve que reaccionar rápido. —Sus ojos se desvían hacia Baby y luego vuelven a los míos.

—¿Desde cuándo, Jon? ¿Desde cuándo te convertiste en esto? —No puedo creerlo. Busco en su rostro alguna señal de que todo esto no sea real, alguna grieta que desmienta la crueldad que ahora veo.

—¡Oh, vamos, Gin! Eres más lista que eso. Un poco tonta por lo que sientes, pero aun así, bastante astuta. Siempre he sido así. —Una sonrisa cínica se dibuja en sus labios mientras me guiña un ojo —. Lorane tiene la cabeza hueca. No hace falta ser un genio para saber que caería como una perrita después de que su coño sintiera mi polla. Y te lo digo, su obsesión enfermiza, por eso que está ahí tirado fue perfecta para mis planes.

Se encoge de hombros, mirando a Baby y entonces lo noto. Veo en sus ojos la verdad que no dice: *él lo sabe*. Jon sabe sobre James, él sabe quién es realmente Baby.

—¡Lo sabes! ¡Sabes lo de James! —sonríe ampliamente y se aparta el cabello de los ojos.

—¡Claro que sí! Mi abuela me lo contó cuando tenía seis años. ¿Y sabes qué? Esa cosa en el suelo tiene razón… ¡Jamás querría a una basura como ella a mi lado!

Estoy en shock con cada palabra que sale de su boca me destroza. Este no es el Jon que conocí, la verdad es que nunca conocí al verdadero Jon.

—¿Sabes? Fue fácil descubrir que Lorane iba a caer. Primero fue su obsesión por el inútil de Bob, y luego su amor enfermizo por esa aberración tirada en el suelo, solo tuve que darle un pequeño empujón. —Su cuerpo se estira mientras hace crujir su cuello, apuntándome con el revólver.

—¿Tu TOC?! —grito con urgencia, logrando que baje el arma. Necesito tiempo. Necesito que siga hablando. Y estoy en lo cierto, porque sonríe con orgullo, como si lo felicitaran por una obra maestra—. ¿También era mentira, verdad? Igual que las mutilaciones. ¿Por qué? ¿Por qué estás haciendo todo esto, Jon?

—¿De verdad crees que quiero volver a esa mierda de internado? —Niega con la cabeza con desdén, y yo solo puedo mirar aterrada el cañón del revólver.

—Pero no ibas a volver, todos te quieren aquí. —Él sacude la mano en el aire, como si apartara algo desagradable.

—¡Lo sé! Así como sé que todo esto va a ser mío. Pero no pienso esperar tanto. —Flexiona las rodillas, bajando más su cuerpo para mirarme de cerca—. No pienso quedarme, pudriéndome aquí hasta que eso pase…

Y entonces lo entiendo, recuerdo aquella tarde en la biblioteca. Sus palabras sobre la "hechicera", era él. Siempre fue él. Ni Bob, ni nadie. La criatura que describía era su verdadero rostro. Cierro los ojos, me siento tan estúpida. Él me dio pistas todo el tiempo, las dejaba al descubierto en cada palabra, cada gesto. Pero yo no lo vi. Mi cariño maternal me había cegado por completo.

—Mentiste y manipulaste todo, haciéndome creer que estabas siendo abusado...

—Después de que la perra de Lorane me mordió la polla y tú entraste en la habitación, tuve que mantenerte ocupada para que no sospecharas por dónde andaba metiéndola.

—¡Dios, Jon! Eres un niño… —Mi amor por Jon todavía se niega a aceptar esa cara cruel.

—No, Ginger. Te lo advertí. No soy un niño. Desde que tengo doce años, mi polla ha estado entrando en el amplio coño de Lorane . —Jon baja la mirada hacia entre sus piernas, sonriendo de nuevo, mirándome.

—¿Por qué tuviste que lastimar a Baby? Podías tener todo esto con ella aquí… —Abro los párpados, mirándolo fijamente. Jon pone los ojos en blanco, negando con la cabeza.

—No estaba en mis planes que ella entrara a la habitación justo en el momento en que Lorane estaba en cuatro sobre la cama. Iba a quitarla de mi camino con el tiempo. —Sus ojos son fríos, como si el error hubiera sido de Baby y no suyo—. Se volvió loca, se lanzó sobre Lorane, y antes de que esa perra estúpida abriera la boca, tuve que apagar a Baby.

—¿Por qué querías quitarla de tu camino, Jon? —Miro el cuerpo de Baby, pero enseguida vuelvo a mirarlo a él.

—Ella estaba en medio de lo único que realmente necesito. No me dejó opción. — Guardo silencio, sintiendo las lágrimas que corren por mi rostro. Él habla como si ella fuera un simple obstáculo, no una persona.

—¿Cuál era tu objetivo final, Jon? —Sollozo con dolor, recostando mi cabeza contra la pared—. ¿Era el dinero que ibas a heredar? ¿La mansión? ¿La isla? ¿Qué podía ser tan valioso como para necesitar deshacerte de todo lo que te estorbara…?

Me callo, comprendiendo por fin las mentiras, el porqué de los cortes en su cuerpo, por qué me hizo creer que tenía TOC y por qué Lorane intentó silenciarme. Jon no sufre de Trastorno Obsesivo-Compulsivo. Solo estaba intentando llamar la atención de Jonathan. Había usado mi instinto protector para ganarse mi confianza, de la misma forma que usó la debilidad de Lorane contra ella, seduciéndola con la misma falsa inocencia que James mostró alguna vez. Jon quería llegar hasta Jonathan. Usaba los cortes para simular un intento de suicidio, el trastorno para parecerse a la enfermedad de su tío. Teñirse el cabello de negro no era para parecerse a James,

sino a Jonathan. Jon manipulaba todo a su alrededor, aprovechando cualquier debilidad para alcanzar su objetivo. Y él deseaba a Roy.

—Jonathan… Tu objetivo es tu tío. —Él sonríe, enseñando los dientes, y me da un golpecito en la frente con los dedos.

—¿Ves? ¡Te dije que eras inteligente! Tío Roy es como yo. Bueno, al menos eso pensé, hasta que tú apareciste. —Jon quería llegar a Roy, necesitaba un atajo hacia su imperio—. Pero eso, me decepcionó un poco.

No puedo evitar reír entre mi dolor al oír esas palabras airadas salir de su boca.

—¿Decepcionado, en serio? —Golpeo mi cabeza contra la pared suavemente, cerrando los ojos, incapaz de seguir viendo la frialdad en su mirada. Mi corazón está hecho pedazos al ver la maldad en el rostro del niño por el que llegué a sentir un cariño inmenso… ¿Y ahora me dice que lo decepcioné?

—¡Claro! Piensa conmigo. Tío Roy es como yo. Creo que es el único que realmente podría servirme. Sin corazón, sin remordimientos, solo un cerebro brillante. —Abro los ojos justo cuando siento el cañón del revólver rozar mi pierna, deslizándose por ella—. Pero entonces apareciste tú… y tío Roy se volvió idiota por culpa de un coño.

Es devastador escuchar palabras tan vulgares y vacías salir de su boca.

—¿Y por qué no me sacaste de tu camino antes, Jon? —Dios… ¡Durmió tantas noches a mi lado! Los paseos, la playa, las tardes en la biblioteca ¿Por qué no me quitó del medio antes? Oportunidades no le faltaron.

—Lo pensé. Lo pensé mucho. Pero tío Roy no lo habría tomado bien. Creo que eso habría arruinado mis planes. Él se vuelve inestable cuando se trata de ti. —Lo que Jon llama inestabilidad en Roy no es más que emoción. Jon quiere a Jonathan como antes: cerrado, frío. Ese es el comportamiento que él considera estable. Juega con el revólver en mi pierna, dibujando círculos con el cañón

sobre mi rodilla—. ¿Viste lo que hizo en tu cuarto? Pues su despacho quedó el doble de destruido…

—Por eso querías llevarme a la cabaña, querías mostrarme a Sonja. — Él se encoge de hombros, girando el revólver en el aire—. Como no podías matarme, querías que me marchara.

—¡Exactamente! Incluso saqué el portarretrato que estaba escondido en la caja y lo dejé colocado para que lo vieras. No puedes decir que no intenté dejar que salieras viva de aquí. —Sonrío entre lágrimas. Le había dicho en el bosque que quería salir viva de esta isla, y él me dijo que saldría, porque ya lo tenía todo planeado —. Al final, va a terminar saliendo mejor de lo que podrías imaginar. Te fuiste, saliste de la isla. El tío Roy volverá a ser lo que era antes, esta cosa va a desaparecer. —Señala a Baby, mirándola con asco—. Yo me voy a quedar a su lado. De hecho, creo que ni siquiera le importará que ella desaparezca, y sin ti en el camino, él no siente nada.

Cierro los ojos, llorando, justo cuando el cañón del revólver roza mi mejilla.

—Bob se interpuso en tu camino, por eso lo mataste? — Aprieto los labios, arrastrando mis piernas hacia mí, y siento alivio en cuanto el revólver se aparta.

—Bob era todo, menos tonto. Cuando lo enfrentaste en la piscina, fue tras Lorane. —Jon aprieta la mandíbula, torciendo el cuello—. No tenía nada en contra de él, en realidad, me ayudaba a controlar a la perra de Lorane. No tienes idea de lo insaciable que es. Por más que me guste el sexo, no tengo tanto aguante como para follarla todo el tiempo.

Mi estómago se revuelve, la bilis sube hasta mi boca, haciéndome girar el rostro para no mirar esa frialdad que habita en Jon.

—Se interpuso en mi camino, no podía dejar que me estorbara. —No muestra remordimiento, ni se siente culpable por haber dejado a Bob entre la vida y la muerte en ese hospital.

—¿Tu abuela también se interpuso en tu camino, Jon? —La mueca en la comisura de sus labios me revela su falsedad cuando lanza una sonrisa fría. Se pone de pie, balanceando el arma entre mi cabeza y mi pecho.

—No hablemos de ella. Digamos que necesitaba enfriar la cabeza. —Cambia el peso de una pierna a otra, golpeando los pies en el suelo, mirando hacia la puerta y luego de nuevo a mí—. ¿No crees que sería más fácil dejarlas a las dos juntas, una al lado de la otra? Así la suciedad queda toda en un solo lugar.

—¿Qué más hiciste, Jon? ¿Qué más fuiste lo suficientemente listo para hacer? —Lo miro y alzo la mano, tratando de llamar su atención—. Necesito saberlo Jon…

Jon se ríe, agita el arma y la apunta hacia mí.

—Eres lista, Gin. Muy lista. Crees que vas a ganar tiempo haciéndome hablar. —Se encoge de hombros, mirando a Baby y luego hacia la puerta—. Pero los dos sabemos que no lo lograrás. Deberías haberte ido.

Mis dedos se aprietan, los llevo cerca de mi pecho. Volví por él, volví por el amor que siento, y será con ese amor con el que me va a matar.

—Volví por ti, Jon. Volví por el amor que siento por ti, y va a ser con ese amor que vas a matarme aquí, ¿en este invernadero? —susurro entre llantos.

Jon levanta el arma, golpeando con suavidad la punta del revólver contra su propia frente, mirándome con el más frío de los sarcasmos.

—No, Gin, no voy a matarte por tu amor. Vas a morir por haber sido demasiado estúpida. Solo viste lo que querías ver. Tus sentimientos te cegaron. —Jon extiende el brazo, bajando el arma a un costado—. Y por eso vas a morir. Por ingenua, por ver solo el lado bueno de las personas. Nadie tiene un lado bueno, Ginger.

—Jon... Por favor. —Su rostro está a centímetros del mío cuando se mueve rápidamente.

—Te voy a contar lo que va a pasar, Gin. —El cañón del revólver se hunde en mi garganta, mientras sus ojos fríos me atraviesan—. Solo por consideración a los viejos tiempos. —Inclina la cabeza hacia un lado, hundiendo aún más el arma en mi cuello—. Te voy a matar. Lira te dará el mismo final en pedazos que le dio a esa vieja bocona de mi abuela. — Me guiña un ojo, sonriendo, mientras aparta un mechón de mi cabello hacia atrás.

—¡Dios! ¿La mataron? —Mis labios tiemblan mientras él asiente con la cabeza.

—No me dejaba pensar, no paraba de hablar y hablar, mientras Lorane estaba histérica, mandándome mensajes sobre el descubrimiento de Bob. —¡Dios, estoy paralizada! Jon es un monstruo, sin empatía, sin el más mínimo rastro de culpa—. Esa perra de Lorane no sabía cerrar la maldita boca, y mi abuela no se callaba, convencida de que todos iban a descubrir que planeaba quedarme con mi lugar en esta mansión. Necesitaba que guardara silencio, así que la hice callar. Y Lira fue a limpiar el desastre, mientras yo volvía a la mansión para calmar a Lorane y encargarme del entrometido de Bob. —Levanta una mano, haciendo un gesto como si empujara el aire—. Te vi con el tío, ¿sabías? —Cambia de tema en cuestión de segundos, bajando la mano—. En la cocina. Vi cómo él se hundía dentro de ti. Me puse tan duro…

No tengo ninguna reacción. La mancha de semen en el colchón era de Jon. El armario estaba corrido de la pared porque se había ido a su cuarto a masturbarse. Lira se deshizo de las sábanas para que nadie las viera.

—Estaban juntos… Todo este tiempo estaban juntos en eso… —Me guiña de nuevo, sonriendo, mientras vuelve a apartar un mechón de mi cabello.

—¿Lira? Ella es…

—Mi prima en segundo grado. Ella y mi madre fueron criadas juntas. La diferencia es que la drogadicta de mi madre murió, mientras que Lira sabe usar un cuchillo como nadie. Tenía nueve años cuando hablé con Lira por primera vez, siempre por

videollamada, cuando estaba en casa de mi abuela. Así fue mejor, porque nadie sabía de nuestro parentesco. Nunca había estado en la isla antes de venir a trabajar para la familia Roy. Una carta bajo la manga perfecta. Fue fácil inducir a Lorane a contratarla para trabajar en esta mansión.

¡Es monstruoso! Tía Charlotte tenía razones para no confiar en esa mujer, al igual que yo. Mi mente vuelve a aquel día, y recuerdo cuando entró en la habitación con la bandeja de comida que Jonathan había pedido. Baby tenía razón, me drogaron.

—Ella le coloco algo a tu jugo. —susurro, mirándolo a los ojos, que me lo confirman. La bandeja ya no estaba allí al día siguiente, igual que la sábana sucia de semen. La llave maestra está con Lira.

—Estaba pensando en una forma de sacarte del camino. La abuela te contó la verdad sobre mi maravilloso papá, y eso podría ponerlo todo en riesgo. Pero entonces, cuando entré en la habitación aquella noche, me quedé observándote dormir durante un buen rato, y tuve la certeza de que tú no solo te estabas acostando con el tío Roy. Cuando lo vi entrar un par de veces al cuarto… ya sabes que no hay nada mejor que el viejo y confiable armario para esconderse, el tío Jonathan estaba petrificado, admirándote. —Mi cuerpo se congela cuando sus dedos tocan mi pierna, deslizándose lentamente por ella—. No lo culpo. Hasta yo me masturbaba mirándote.

Cierro las piernas, apretando mis muslos uno contra el otro, dejando que las lágrimas recorran mi rostro.

—Una lástima. —Quita la mano de mi pierna y se encoge de hombros—. Podríamos haberlo disfrutado más, si hubieras aceptado mi cariño aquel día en la playa.

Giro el rostro con asco, gritando entre recuerdos. Yo había creído que solo intentaba agradarme para ser mi amigo, imitando cosas que quienes lo habían abusado hacían con él. Pero aquello… ese toque íntimo en la punta de mi pecho, como quien conoce bien el cuerpo de una mujer, era simplemente el verdadero Jon.

Se levanta, va tras la cinta en el suelo y la observa.

—¿Qué vas a hacer con Baby, Jon? ¿Cómo crees que vas a deshacerte de su cuerpo?

—No lo haré yo. Es simple. Lira me avisará cuando mi tío llegue, y será en ese momento cuando le dispare a Baby. Cuando él entre aquí, estaré llorando inconsolable, al lado de mi abominable tía. —Por un segundo, sus ojos se tornan tristes, igual que aquella primera vez en que lo vi. Pero enseguida agita la mano en el aire, riendo, y vuelve a mostrar ese rostro aterrador, dándome apenas una muestra de la frialdad con la que manipula sus emociones—. Ya sabes… nada de cabos sueltos.

Todo se desmorona frente a mí mientras lo observo. Jon va a matar a Baby, la apartará de Jonathan y usará los recuerdos de Roy en su contra. Roy se verá reflejado en Jon, que además será testigo de la muerte de su propia madre. Yo estaré muerta y descuartizada, enterrada en algún rincón de la propiedad. Roy ya no tendrá ningún lazo y se cerrará tan profundamente como lo hizo antes. Y el único que quedará a su lado será Jon, quien actuará de la manera que cree que complacerá a Jonathan, encerrándolo en su pasado.

Jon hará que Jonathan se vea reflejado en su juventud, reviviendo los sufrimientos y traumas del sobrino. Su deseo es maquiavélico, sin emociones ni remordimientos a la hora de utilizar los traumas de Roy contra él mismo. Miro a Jon y veo en sus ojos la mirada más vacía y muerta que jamás haya presenciado. No fue Jonathan quien heredó la psicopatía de Sonja, sino Jon. La manipulación, la necesidad de posesión y el deseo de poder. Jon es un psicópata nato, y cuando llegue a la adultez, la probabilidad de que se convierta en un asesino en serie es enorme.

Mató a su abuela, Bob está entre la vida y la muerte, y para él no son más que piezas de un juego que interfieren en su jugada final. Podría decir que su pasado es el culpable, la historia de sus padres, y cómo todo lo que vivió lo dejó marcado, pero no es así: es algo que nace con él. La maldad, el narcisismo y la monstruosidad están incrustados en su ser. No importa qué rumbo hubiera tomado

su vida, él siempre tuvo esa facilidad de eliminar a quien se interpusiera. La forma en que percibe los obstáculos, como simples cosas que deben ser eliminadas, es aterradora.

—¿Cómo vas a explicar el disparo a Baby, Jon? —Necesito entenderlo, saber hasta dónde es capaz de llegar con tal de lograr su objetivo.

—¡Así es demasiado fácil! ¿En serio no sabes sobre quién va a caer todo esto? —Jon toma la cinta, retrocede hacia mí. Mi cerebro solo necesita un segundo para llegar a la respuesta.

—Lorane. Vas a culparla a ella. —Sus ojos brillan de orgullo mientras me regala una sonrisa diabólica. Intento apartarme cuando él cubre mi boca con la cinta, pegándola con fuerza a mi cara.

—¡Exactamente! ¿En quién crees que el tío Roy va a confiar, en mí o en una mujer desequilibrada? —Sus largas pestañas negras parpadean con alegría—. Será nuestro pequeño secreto, Gin. —Lloro de dolor, cerrando los ojos cuando sus labios tocan mi mejilla.

Su rostro delgado se frota contra mi cuello, olfateando mi piel, rozando con la punta de sus dientes mi clavícula.

—Ahora entiendo por qué el tío Roy se perdió contigo… Tu olor embriaga, y tu piel es tan suave y deliciosa. Algún día le mandaré recuerdos tuyos. —Golpeo mi cabeza contra la pared, llorando en medio del desespero ante la amenaza velada contra la vida de Jonathan.

—Jonathan aún no ha regresado. —La voz de Lira lo hace apartarse, poniéndose de pie mientras observa a Baby. Veo el gran cuchillo de carnicero brillando en los dedos de la sirvienta, esperando el momento de mi final.

Lorane entra apresurada, apretando bolsas negras de basura en sus manos, mirando mi rostro con angustia.

—Bien, entonces esperaremos. —Jon quita el seguro del revólver, apuntando a mi rostro.

—Mándale saludos de mi parte a la perra de mi madre.

Quiero gritar y arrancarme estas cintas. Lloro de miedo y dolor. Me encojo contra la pared, girando el rostro hacia arriba. No quiero ver, no quiero estar mirando a Jon cuando apriete el gatillo.

Dejo que mi visión se enfoque en el cuadro colgado en la pared, cerca de mi cabeza. Los recuerdos me invaden, me carcomen por dentro. Siento su olor dentro de la sala de observación, su respiración pesada y tan cálida, mientras su corazón late pegado a mi espalda. Mis dedos se levantan hacia él, rozando con las yemas la pintura, deseando mirar sus ojos una última vez.

Jonathan no es un monstruo, él es mi mundo.

Incluso cuando el cañón se apoya sobre la parte superior de mi cabeza, no aparto mis ojos de la pintura. Me iré buscándolo, como lo he hecho toda mi vida, y así elijo mi final: buscándole.

JONATHAN ROY

Lanzo la cortadora de césped con furia, dejándola estrellarse contra el vidrio, haciéndolo estallar en mil pedazos, mientras el resto del cuadro, junto con el aparato, golpea a Jon, haciéndolo caer hacia atrás. No pienso ni corro hacia el invernadero como hace el detective; ella no tendría tiempo. Cuando entrara allí, solo encontraría su cuerpo vacío tirado en el suelo.

Mi cuerpo es invadido por la furia y el odio, y la parálisis de mi mente se transforma en miedo. Ya había querido romper ese maldito vidrio antes, pero lo único que me detuvo fue Dexter, que necesitaba que Jon siguiera hablando mientras él grababa. Mi pequeño Nautilus había sido lista, haciendo que Jon hablara todo lo que pudo.

Su rostro, lleno de dolor, con los ojos fijos en mí, me llenó de pavor, y todo dentro de mí explotó. Mis piernas saltan por encima de los escombros, esquivando el pequeño cuerpo que tiembla de miedo, acurrucado contra la pared, apretando los ojos.

Dexter revienta la puerta, haciendo que Lira caiga al suelo por el golpe en la cara. Lorane me mira asustada, recogiendo el cuchillo que se le había caído de las manos.

—¡Suelta ese cuchillo, Lorane! —gruño con odio hacia esa mujer loca.

—Puedo irme, ¡pero James se va conmigo! —Lorane gira su rostro hacia Baby, alzando el cuchillo para apuñalar su cuerpo inconsciente. Solo necesito dos pasos antes de que mi puño cerrado impacte en su cara, haciéndola tambalear hacia atrás.

Lorane se lanza de nuevo con el cuchillo en alto, pero el disparo llega certero a su pecho, antes de que su brazo baje para herir a mi hermana. Miro a Dexter, que sostiene el arma en la mano y luego la guarda en la cartuchera.

Se acerca a Baby y deja que sus dedos toquen su garganta.

—Está débil, el pulso es bajo. —Dexter toma su muñeca, mirándome preocupado.

—¡Desátenla! ¡Vamos a sacarlas de aquí! —Desvío mis ojos hacia Jon, inconsciente en el suelo, tirado cerca de Gin, con la cortadora de césped sobre su abdomen, inmovilizándolo.

Cuando Dexter me encontró en el muelle, completamente fuera de mí, y recorriendo cada rincón de la isla en busca de Gin, no pude creer lo que el detective me contó. Así que fui a verlo con mis propios ojos y fue aterrador. La abuela de Jon estaba descuartizada, sus partes almacenadas dentro del refrigerador. La cabeza decapitada tenía los ojos abiertos, desorbitados, con la sangre coagulada alrededor de la carne cortada.

—¿Cómo supiste esto? —Desvío la mirada de la cabeza en descomposición hacia Dexter, que está parado a mi lado.

—La señorita Fox. Recibió una llamada en la que la hermana de esa señora sin cabeza confirmaba que la anciana nunca salió de la isla. —Mis dedos ya están aferrados a su chaqueta, lo jalo hacia mí mientras lo miro fijamente.

—¿La viste? ¿Dónde está? —gruño entre dientes, sintiendo una oleada de angustia arrasando cada latido de mi corazón.

—¿Está hablando de la señorita Fox? —Asiento con la cabeza, apretando la mandíbula con rabia porque no me lo dice de inmediato.

—La dejé en la mansión... —Mi mandíbula se tensa con furia. Quien hizo eso con la abuela de Jon está ahora dentro de la mansión… con Ginger.

El hombre se queda en el suelo, mientras yo salgo corriendo, cruzo la puerta y me meto en el coche.

Tomo el cuchillo que había caído al suelo y regreso hacia Gin, que tiembla hecha un ovillo, con los ojos cerrados.

—Oye... mírame, Gin. Estás a salvo, bebé. —Ella solo llora, encogiéndose con cada caricia que intento darle.

Tiro de sus piernas, usando el cuchillo para cortar las cintas de sus tobillos y luego las de sus manos, atrayéndola hacia mis brazos. Libero su boca, escuchando el sonido de dolor mezclado con gritos de pavor.

—Shh, todo está bien. Todo está bien, Gin—sujeto su rostro, pegando el mío al suyo, como si eso me ayudara a mantenerme en pie en medio de la locura que me envolvió al no verla, al sentir el miedo de perderla, al encontrarla dentro de ese invernadero.

Había dejado el coche a dos kilómetros de la entrada de la mansión, rodeando la propiedad junto con Dexter. Cuando él me alcanzó, íbamos a entrar por la puerta trasera, hasta que mi cuerpo se congeló al escuchar el grito de Ginger viniendo desde el invernadero.

—Jonathan… ¡Oh, Dios mío! —balbucea Gin entre llantos, torpe con sus dedos, abrazándome con desesperación. La abrazo aún más fuerte, hasta que su cuerpo queda completamente pegado al mío.

—Ya pasó, estoy aquí… Estoy aquí, pequeña —Nunca sentí algo tan fuerte dentro de mí como el miedo de perder a esta mujer.

No quedaría nada de mí si Gin se fuera para siempre. Podría sobrevivir con las migajas que descubriera sobre ella, pero no podría vivir si ya no estuviera en este mundo. Mi corazón se acelera, aprieto mis brazos en su espalda, hundo mi rostro en su cuello, aspirando su olor, que se ha convertido en mi oxígeno.

—Pensé que iba a morir, pensé que moriría sin verte…

—Estoy aquí, siempre estaré aquí, mi Nautilus —Siempre estaría aquí, esperándola. Por el resto de mi vida. Me levanto, tirando de ella hasta sentarla sobre la mesa de madera.

—¡Jon! ¡Oh, Dios mío! Las cosas que dijo, lo que hizo, Roy… —Sus brazos delgados me rodean con más fuerza, encogiéndose en sí misma—. Tenía miedo, miedo de lo que pudiera hacerte a ti.

La rodeo con fuerza, apretandola entre mis brazos, besando su rostro empapado en lágrimas, sintiendo cómo mi cuerpo vuelve a la vida otra vez. Ginger está tan aterrada que no puede comprender que la única cosa que tiene poder en este mundo para herirme, para lanzarme del paraíso al infierno, es ella.

Los gritos de Lira me obligan a separarme de Gin. Veo a la sirvienta levantando unas tijeras de jardín. Dexter sostiene a Baby en sus brazos, intentando esquivar los ataques de la mujer ensangrentada. Mis brazos se alejan de Ginger y camino hacia esa maldita con furia. Ella levanta su mano, corriendo hacia mí con los ojos desorbitados. Estiro mi brazo, sujetando su muñeca alzada en el aire, y le doy un cabezazo en la cara, desorientándola y haciéndola tambalear hacia atrás. Escupe sangre en el suelo, pero enseguida vuelve a levantar las tijeras hacia mí, lanzándose con brutalidad.

Mi mano se cierra en torno a su garganta, y con la otra sujeto su brazo.

—¡JON, NO!

El sonido seco del disparo ocurre al mismo tiempo que doblo el brazo de Lira y le doy un puñetazo en la cara, dejándola inconsciente. Miro hacia Dexter, buscando de dónde vino el disparo, pero no tiene ningún arma en las manos, solo a Baby en sus brazos. Sus ojos, asustados, se agrandan; deja a Baby rápidamente en el suelo y saca su revólver del cinturón. Siento la familiaridad de su espalda apoyándose contra la mía. El tiempo se detiene igual que mi corazón. Siento cómo mi mundo se quiebra. Aunque no la vea, lo sé, la siento dejándome, escurriéndose poco a poco por mi espalda.

Me giro justo a tiempo para atraparla antes de que toque el suelo. Veo sus dedos temblorosos en su abdomen, y la mancha de sangre que se va formando en su camisa.

—No... No, Gin. —Aprieto con fuerza mi mano sobre la suya, intentando detener el líquido viscoso que fluye de su cuerpo.

Sus ojos están asustados, mirándome mientras intenta hablar. Siento que me caigo, que me derrumbo. Las paredes destructivas de mi mente se agrietan, se vuelven escombros, dejándome caer en el miedo más profundo.

—¿Por qué hiciste esto, Gin? ¿Por qué te pusiste frente a mí? —Sus labios se aprietan, soportando el dolor. Esos ojos oscuros, que se convirtieron en mi cielo estrellado favorito, se van apagando lentamente—. No, no... mi pequeña Náutilus.

—Aquí Dexter, necesito un equipo de rescate aéreo con urgencia. ¡URGENTE PARA LA MANSIÓN ROY!

La acerco a mí, presionando su herida. Sus dedos temblorosos se levantan lentamente, tocando mi rostro, mirándome con ternura. Nunca he llorado, no que yo recuerde, pero ahora siento mis lágrimas caer sobre su piel como gotas de lluvia. Sus dedos curiosos acarician mi rostro, tocando el líquido caliente, atrapando una lágrima para ella con dulzura. Veo la pequeña sonrisa que se forma en sus labios, mientras su cuerpo lucha por seguir con vida.

—PERDÓNAME, PERDÓNAME... —Entierro mi rostro en su cuello, sintiendo tanto dolor, tanta agonía, miedo, amor por esta pequeña mujer.

Lo siento todo. Siento cómo treinta años de mi corazón congelado se rompen con cada respiración lenta que escapa de sus labios. Estamos en el final, y yo me estoy muriendo entre las emociones que ella me ha hecho sentir.

—Perdóname.

—Sen... tir... —Su voz ahogada susurra entre el dolor, obligándome a alzar el rostro para mirarla—. Siente…

CAPÍTULO 37



EL REGALO FINAL

BABY ROY

—¡Eh, aberración, ven aquí! —Me aferro a la manta que el paramédico acomoda sobre mi espalda y camino lentamente hacia la momia, que está recostada en la camilla al lado de la ambulancia. Su rostro entristecido, con los ojos rojos e hinchados de tanto llorar, me parte el corazón.

Todo es un caos. Policías entrando y saliendo de la mansión, forenses, enfermeros de la ambulancia… y un dolor insoportable dentro de mi alma.

—No puedo creer que hayas sobrevivido a un botellazo en la cabeza, vieja. —Saco la mano de debajo de la manta y tomo sus dedos entre los míos. Su rostro golpeado tiene moretones en la piel flácida. Le limpio la lágrima que baja por su mejilla desde los ojos, mientras ella se encoge con miedo.

Fue un milagro que la perra de Lira no lograra matarla. La empleada le rompió una botella de vodka en la cabeza a tía Charlotte. Su cuerpo viejo y frágil, con poco equilibrio, cayó hacia adelante y golpeó la cara contra la esquina del tocador, dejándola aún más herida. Las manos delgadas y arrugadas se levantan, acariciando mi rostro con ternura. Giro mi cara, beso la palma de su mano e intento calmarla, mientras ella me observa, llorando, fijando su mirada en mi frente.

—Tenía tanto miedo, Baby. Miedo por ti, por Jon y por Jonathan. —Mi sonrisa es débil, lucho por contener las lágrimas. No puedo decirle que Jon está involucrado en todo esto. No ahora, no con ella tan alterada.

—Todo va a estar bien, tía. Todo va a estar bien —sujeto su mano entre las mías y la beso con cariño.

Tía Charlotte no lo soportará, ni yo misma estoy aguantando. Mi cuerpo está entumecido y aún puedo ver los ojos fríos de Jon brillando frente a mí. No me defendí. No podía hacerlo contra mi propio hijo. Mi cuerpo se inclina hasta que mi rostro descansa sobre el pecho de tía Charlotte, escondiendo de ella mis lágrimas.

Nadie logra tomar café. La silla vacía de Ginger absorbe todas las miradas. Tía Charlotte me observa con una pregunta muda, y yo solo asiento con la cabeza para responderle. Lo supe en el momento en que vi a Jon salir solo de su habitación. Cuando le pregunté si Gin seguía dormida, me dijo que se había ido, que ya no quedaba nada de ella dentro del cuarto.

Cuando Roy posa su mirada en ese espacio vacío, sé que perderá el control.

—¿Lira sirvió el café en su habitación? —Respiro con lentitud, apretando los dedos en mi regazo, pensando cómo decírselo. —¡Baby, te hice una pregunta!

—Gin se fue. —La voz de Jon susurra, encogiéndose de hombros, con una mirada triste mientras levanta el rostro hacia Roy —. Ni siquiera se despidió de mí… de nadie, creo. Simplemente, se fue y nos dejó para siempre…

Cierro los ojos, sintiendo que mi corazón salta un latido. Sé que Jon no lo dijo con intención, pero es como pulsar el botón de apagado en Jonathan.

Mi hermano respira con fuerza. Veo sus dedos aferrarse a la mesa mientras enfoca su atención en la cuchara, intentando alinearla con el resto de la vajilla dispuesta frente a él. La retira, la

cambia de lugar, la ordena por tamaño, Hasta que la taza estalla contra la pared cuando la lanza en un arranque.

Exhalo el aire que mantenía contenido en mis pulmones cuando la silla cae al suelo con un gran estruendo, justo en el momento en que el pesado cuerpo de Roy se pone de pie.

—Roy... Roy, mi amor, mira a la tía... —Su razonamiento ya no está aquí, ni siquiera se gira cuando tía Charlotte lo llama.

Me levanto, rodeo la mesa e impido que ella lo siga. Todos dentro de la mansión escuchan cómo se destruye la habitación, los gritos que suenan más como los rugidos de un animal salvaje y herido. Tiro de tía Charlotte, abrazándola para intentar calmarla, sin dejarla ir tras Jonathan ni permitirle entrar al cuarto.

—Jon, ve a la biblioteca, amor. —Siento los ojos arder, el dolor en mi pecho se intensifica. Quiero mantenerlo alejado de lo que está por venir—. Estaré contigo en unos minutos. —Miro a Lorane, pidiéndole ayuda con la mirada para distraer a Jon.

Los dedos de tía Charlotte se aferran a mi ropa, alzando su rostro hacia mí, asustada.

—Baby, no dejes que lo intente otra vez. Esta vez no volverá... —Al igual que yo, tía Charlotte sabe lo que puede pasar.

La última vez que Jonathan tuvo una crisis, atrapado por su trastorno, recibimos una llamada informándonos que su coche se había salido de la carretera. Pero Roy no perdió el control… intentó quitarse la vida, y casi lo logra. Cuando salió del coma, el instinto y deseo de morir quedó dormido, como una cueva submarina oculta dentro de él, esperando un momento de impulso para estallar.

—Todo va a estar bien, tía... —Me callo en seco cuando escucho el estruendo de la puerta principal de la mansión.

Me aparto de ella, corriendo hacia la puerta. Mi corazón se detiene al ver a Jonathan entrando en su coche. Mis gritos desesperados solo cesan cuando estoy sujetándole el brazo antes de que arranque.

—¡Roy, sal de ese coche! ¡Por favor, Jonathan, no hagas esto! —Su rostro está perdido. Roy nunca había estado así, tan frágil y expuesto—. Hermano mío, escúchame, por favor. Dame esas llaves. No hagas esto, no te lo hagas a ti, Roy.

—Tenías razón, Baby. Tenías razón cuando me advertiste que me iba a arrepentir. —Sus dedos se aferran con fuerza al volante, susurrando como un niño. Veo las heridas en su piel, los cortes abiertos con sangre escurriéndole.

—Jonathan, dame las llaves, todo va a estar bien. —Extiendo la mano hacia él, con los dedos temblorosos—. Vas a herirla aún más si haces esto contigo.

Su rostro se alza, mirándome, como si estuviera meditando mis palabras.

—¿Crees que quiero morir? —Su voz es baja cuando me mira —. Te equivocas, Baby. Quiero vivir. Quiero encontrarla y decirle a esa mujer lo que me hizo. Necesito pedirle perdón…

Mis dedos caen, al verlo tan claro, como si fuera la primera vez que veo sus ojos. No es un deseo de muerte lo que brilla en las iris azules de Jonathan, sino uno de vida. Me aparto del coche, dando un paso atrás, rezando por no estar equivocada en lo que leo en su rostro. Jonathan derrapa sobre el césped, arrancando con el coche.

Entro en la mansión y voy tras mi tía, que está angustiada, mirándome con miedo.

—Todo va a estar bien, tía. —Paso mi brazo por encima de sus hombros, ayudándola a subir a su cuarto.

Ella sube las escaleras en silencio, con la respiración agitada. Su mirada se pierde hacia la puerta abierta del cuarto de Ginger, pero no le permito acercarse y la llevo directo a su habitación.

—¿Estás segura de que él estará bien, Baby? —Le sonrío para calmar su angustia. Asiento con la cabeza, ayudándola a recostarse en la cama.

—Sí. Y tenías razón, vieja entrometida. —Levanto su mano con la mía, dándole unas palmaditas suaves—. Debí haber mirado a Ginger aquella noche... —suspiro, cansada, encogiendo los hombros —. Si lo hubiera hecho, habría visto los ojos de amor con los que lo miraba. Y eso es lo que sostiene a Roy, ese sentimiento nuevo que nunca antes había experimentado y que ahora está aprendiendo a manejar.

Tía Charlotte cierra los ojos, asintiendo lentamente con cariño.

—Yo estuve allí cuando Reimond fue a buscarla al psiquiátrico en su último internamiento. Sonja lo cegaba, manipulaba sus sentimientos como si fueran hilos finos que trenzaba a su antojo. —Sus ojos se abren, llenos de una melancolía lejana—. Nunca existió esa mirada entre ellos. Nunca, Baby. Sonja jamás miró a tu padre como Jonathan mira a la señorita Fox. Tu madre nunca se sintió culpable por la forma tan infeliz en que dejaba a mi hermano.

Permanezco en silencio, permitiendo que cierre los ojos otra vez. Tía Charlotte ha cargado con la culpa toda su vida: por no haber logrado alejar a Sonja de papá, por no haber podido ver lo que estaba ocurriendo con Roy.

—Todo va a estar bien, tía —susurro, mirando por la ventana. Tengo la esperanza de que el pasado no se repetirá.

—Nunca debí haber guardado las pertenencias antiguas de mi hermano en esa cabaña Debí haberlo destruido todo, cualquier maldito recuerdo de Sonja y de lo que le hizo a mi sobrino y a mi hermano.

Paso media hora con ella dentro del cuarto, antes de dejarla tranquila, acostada en la cama. Mis pasos me llevan al cuarto de Gin, antes de ir a buscar a Jon en la biblioteca. Está hecho un caos. Todo lo que podía romper y destruir, lo hizo, para descargar su ira. Me abrazo a mí misma, apoyándome contra el marco de la puerta. No tengo idea de cómo terminará esta historia, ni siquiera si lo correcto sería dejar que Ginger siguiera su camino. Pero de algo sí

estoy segura: Ginger cambió a Jonathan para siempre, rompió ese maldito lazo monstruoso que lo unía a Sonja.

Me froto el rostro con tristeza, lista para salir del cuarto de ella, pero mis pasos se detienen en cuanto escucho ruidos provenientes del dormitorio de Jon. Miro hacia la puerta, imaginando que quizás decidió volver a su habitación, y camino para verlo. La puerta está entornada, así que solo la empujo con suavidad. Mis ojos se detienen en la cama, donde veo a Lorane apretando los dedos contra el colchón, su respiración agitada mientras muerde la almohada.

No puedo creer lo que estoy viendo. Jon, sudado, con su cuerpo desnudo, la penetra lentamente, con el rostro tenso de agonía. Mi mente se desconecta, es como si estuviera viendo aquella cinta de video otra vez, como si la cara de Jonathan llorando se dibujara en mi cabeza. Siento que la sangre me hierve en las venas. Mi cuerpo, movido por la rabia, cruza el cuarto en segundos, alejándolo de ella.

La primera bofetada con la palma abierta alcanza la cara de Lorane cuando grita asustada y se gira hacia mí.

—¡Zorra! ¡Maldita zorra! ¿¡Cómo pudiste!? —Mi cuerpo cae encima de ella, abofeteándola con toda mi fuerza—. ¡ES MI HIJO! ¡MI HIJO, MALDITA PERRA!

Mi rabia se desborda. Veo a Sonja frente a mí, veo a Lorane con mi hijo, todas con el mismo rostro, todo el mal y la suciedad en una sola imagen. Arranco el dolor de mi pecho con cada golpe que le doy en la cara enrojecida. Sus dedos se aferran a mi cabello, pero no siento el dolor, estoy demasiado entumecida por la furia. La arrastro fuera de la cama, la lanzo al suelo, gritando con odio.

—¡James, detente! —Mi brazo se congela en el aire al escuchar ese nombre pronunciado con una voz helada.

Jon está serio, respirando lentamente. Mira a Lorane en el suelo y luego vuelve su atención hacia mí.

—Jon... —La sorpresa me paraliza al ver la verdad en su rostro. Él sabe quién soy—. Jon... —Mis ojos ya están nublados por las lágrimas.

Extiendo mi brazo para tocarlo, pero lo retiro en cuanto lo veo dar un paso hacia atrás, sin querer que lo toque.

—No sé qué fue lo que ella te dijo, pero por favor, déjame explicarte…

—¿El qué? ¿Que eres una aberración, como la vieja te llama? —Levanta la mano, señalando mi abdomen—. ¿Que tienes un pene entre las piernas? —Siento mi cuerpo paralizado por la vergüenza cuando él mira mi cintura con repulsión—. Ya lo sabía, papá, y debo admitir que eso me da un poco de asco.

—Jon, lo siento tanto... —Me tapo el rostro, encogiéndome, sin querer que me vea con ese asco—. No era feliz, Jon, no lo era. Yo... Por favor, déjame explicarte.

—Tenías razón al pensar que sentiría vergüenza de ti. Ni siquiera la prostituta de mi madre era tan repugnante como tú, Baby. —Mis rodillas ceden, cayendo al suelo, sintiéndome como la peor de las criaturas arrastradas.

—Lo siento. Lo siento tanto, Jon. —Nunca me había arrepentido de quién soy, pero en este momento, por primera vez, desearía que Baby nunca hubiera nacido.

—No lo sientas, James, no eres nada. Nunca serás nadie. No eres un hombre, no eres una mujer, solo eres algo insignificante. —Levanto el rostro hacia él, viendo tanta frialdad en su mirada—. Eres solo un desecho descartado, alguien que nunca será amado de verdad.

Lorane le entrega un pedazo de madera, que Jon aprieta con fuerza entre sus dedos mientras la mira.

—Jon... —No puedo levantarme, simplemente me quedo ahí, siendo tragada por el dolor que le hice pasar. Cierro los ojos, dejando que las lágrimas rueden por mi rostro. Mi cara cae contra el suelo, arrastrando mi mente al abismo.

Permanezco en silencio, viendo a dos hombres retirar el cuerpo de Lorane envuelto en una bolsa negra. Me froto el rostro con angustia, girándome hacia la entrada de la mansión. Jon está siendo transportado en una camilla, su mano vendada por una herida de bala. Dexter disparó para obligarlo a soltar el revólver con el que había disparado a Ginger. Miro a Jon y no logro asociarlo con el monstruo que apareció en la grabación de Dexter. Todo lo que dijo, la forma fría con la que engañó a todos, esos ojos muertos como los de Sonja…

Camino lentamente y me acerco a la ambulancia justo cuando los paramédicos se preparan para subirlo al vehículo. Su rostro herido se alza hacia mí, mirándome con desprecio, apretando los labios con fuerza.

—¿Estás esperando una disculpa, James? —Jon recuesta la espalda sobre la camilla, y veo la esposa en su otro brazo, atada a la barra de metal.

—No, Jon —susurro con tristeza, observando el destino que le espera a mi hijo. Me alejé de él para evitar que sufriera el mal que marcó a mi familia, pero incluso desde la distancia, Jon fue alcanzado—. Lo siento mucho, lo siento tanto, Jon... por haber fallado contigo.

No me giro, ni quiero escuchar eso. ¡Sí fue mi culpa! Siempre llevaré la desgracia de lo que ocurrió dentro de esta mansión en mi corazón. Jon mató a su abuela, Bob no muestra señales de mejora y Gin... ¡Dios! ¡Lo que él le hizo fue a sangre fría! Y aun así dio la orden a Lira de herir a la tía Charlotte. Soy tan culpable como mi hijo.

No sé bien cómo sigo en pie, pero no tengo fuerzas para apartarme del pecho de Dexter cuando él me abraza, permitiéndome encontrar un poco de consuelo entre sus brazos mientras lloro en silencio. Me quedo allí, dejando que la tristeza y la culpa me consuman, oyendo el murmullo suave de su voz susurrando palabras de consuelo en mi oído.

Nada volverá a ser como antes, nada será igual en mi vida, ni en la de Jon. Y Jonathan simplemente se dejó caer al abismo, sin nada a lo que aferrarse en su caída, entre el dolor y el miedo de perder a la única persona que lo hizo sentirse vivo.

GINGER FOX

TRES MESES DESPUÉS

COLUMBIA

—Estás tan hermosa, mi amor. —Intento sonreír al escuchar la voz baja y tranquila de mi padre. Alzo la mirada hacia su reflejo detrás de mí, en el gran espejo del salón de fiestas—. Aun así, parece que hay algo que te está molestando.

—Solo estoy un poco cansada, papá. —Mis dedos se deslizan por el largo vestido blanco, deteniéndose sobre mi vientre. Incluso con la tela gruesa, es como si pudiera sentir la cicatriz del disparo—. ¿Mamá sigue atormentando a la pobre organizadora del evento?

Lo hago reír, desviando su atención de mí mientras agita las manos en el aire.

—¡Dios! La pobre mujer se está escondiendo de ella en el estacionamiento. —Me doy la vuelta, atrapada por sus ojos cálidos, que me observan en silencio.

—Mamá solo está un poco exaltada. —Tomo el ramo de flores que descansa sobre la mesita de mármol, lo levanto con los dedos y observo los pétalos de las rosas color durazno.

—"Un poco" es poco decir, Gin. Tu madre está completamente fuera de control. —El sonido de sus pasos me hace levantar la cabeza justo a tiempo para ver cómo saca las manos de los bolsillos, toma mis hombros y los acaricia con suavidad—. ¿De verdad quieres esto, Gin?

Cierro los ojos para esconder las lágrimas que se acumulan dentro de mí, regalándole una sonrisa rota. Lo había intentado, de verdad lo había intentado con todo mi corazón, pero nada volverá a ser como antes. Nada regresará a lo que era. Ya no queda nada de la antigua Gin. Sé que me estoy engañando, ilusionando, creyendo que podré retomar mi vida desde donde la dejé junto a Tom en Columbia. Aunque todos hayan hecho lo posible por no preguntar, por no presionar o evitar hablar de Jon, mi apartamento nunca me pareció tan pequeño y sofocante.

Las conversaciones triviales sobre flores, el salón de fiestas y todo aquello que podría considerarse insignificante, las usaba como una válvula de escape para mantener mi mente desconectada. Pero mi mente era traicionera. Un olor, un color, cualquier simple referencia me transportaba de regreso a aquella isla. Aun así, empujaba las memorias, las encerraba para no revivirlas. Pero ahora, tan cerca, a pocos minutos de la boda, entiendo que será el mayor error de mi vida. No se puede borrar el pasado, ni continuar mi historia con Tom como si aquel verano, el más intenso de mi vida, no hubiera sucedido.

Cuando abro los ojos, luego de lo que pareció una larga pesadilla, me veo frente a una silla vacía a mi izquierda, en una sala blanca. Giro el rostro hacia el otro lado y veo un cuerpo alto que camina hacia mí, entrando en la habitación.

—¡Gin! ¡Oh, Dios! Despertaste, mi amor. — Quiero hablar, pero no puedo, nada sale de mi boca.

Los dedos de Tom están cálidos, sujetando mi rostro con una mano, mientras besa mi frente. Siento mi corazón latir con fuerza y los sonidos de los monitores acelerarse. Pero no es a él a quien quiero aquí. No son sus ojos los que deseo mirar.

—Todo está bien, amor, vamos a llevarte a casa. Vamos a cuidarte.

Mis párpados están demasiado pesados para mantenerse abiertos. Los dejo cerrarse, perdiéndome otra vez en la oscuridad.

Y en las veces siguientes, entre despertares confusos y llenos de angustia, él tampoco está allí. El único Roy que veo, diez días después de haber despertado en este hospital, es la triste rubia explosiva*.*

—¡Dios mío! ¡Pensamos que te íbamos a perder! —Sujeto los dedos fríos de Baby con mi mano, apretando con toda la fuerza que puedo.

Ella se acerca a la camilla, acariciando mi cabello. Veo su rostro agotado, con ojeras marcadas alrededor de sus ojos.

—Jonathan casi muere contigo mientras no supo que estabas fuera de peligro. Yo pensé que iba a destruir este hospital.

—¿Roy? —Mi boca seca se abre varias veces, intentando respirar, sintiendo el dolor en mi cuerpo—. ¿Jonathan estuvo aquí? ¿Salió de la isla?

Baby desvía la mirada hacia la puerta, como si esperara que Tom viniera, y luego vuelve a mirarme con tristeza.

—No se separó de ti. Jonathan te cargó hasta el helicóptero de los paramédicos, vino contigo al hospital.

Estoy confundida, con la mente lenta por tantos medicamentos. ¿Jonathan salió de la isla? ¿Está aquí? ¿Por qué no me esperó?

—Ni yo lo creí cuando el detective me lo contó, ya después de que desperté…

—Pero ¿por qué...? ¿Por qué no se quedó? —Giro el rostro, mirando la silla vacía que sigue al lado de mi cama, junto a la pared.

—Creo que Roy pensó que sería mejor irse después de que Tom llegara. —Baby acaricia mi mano con suavidad, mirándome con pesar—. Lo siento tanto, Gin. ¡Dios! Cuánto me duele todo lo que pasó…

—No fue tu culpa, Baby —susurro, alzando la mano conectada al suero, intentando tocar su rostro—. ¿Qué pasó con Jon?

Sus ojos se llenan, brillando por las lágrimas calientes que se forman en su mirada gris.

—Jon será condenado por la muerte de su abuela y también por la de Bob. —Mis ojos se pierden en el techo, sintiendo una punzada profunda en el pecho—. Bob falleció la semana pasada. —Las gotas de sus lágrimas caen sobre mi brazo, y escucho sus sollozos contenidos—. Lira confesó haber descuartizado a su propia tía, después de que Jon la asesinara. Él será enviado a un hospital psiquiátrico penal, hasta que tenga la edad para ser juzgado como adulto.

Todavía escucho la voz de ese flacucho tímido. Sus ojos brillantes entre risas mientras corríamos hacia la playa al atardecer. Su cuerpo echado en el sofá de la biblioteca, sonriéndome mientras leía. Las conversaciones en voz baja que compartíamos en el cuarto, hasta que se quedaba dormido. Todo vuelve a mi mente mientras fijo la vista en el techo blanco de esta habitación de hospital. Siento una tristeza punzante cuando su rostro frío y cruel se sobrepone a todos esos recuerdos.

Miro a Baby, apretando con suavidad sus dedos temblorosos en mi mano.

—¿Y cómo está la tía Charlotte?

—La tía está inconsolable, culpándose igual que se culpa por no haber visto lo que pasaba con Sonja. Ella piensa que es responsable por lo que Jon hizo.

—Nadie es culpable por lo que hizo Jon, Baby, ni ella ni mucho menos tú. —Veo su suspiro leve, intentando secar las lágrimas de su rostro.

Veo la culpa que Baby lleva dentro de sí. Ella disimula, mirando hacia la puerta, intentando esbozar una sonrisa débil.

—Dios, es más idiota en persona de lo que imaginaba. —Mi risa se corta con una tos que me sacude, haciéndome sostener el abdomen, sintiendo todo doler por dentro.

Baby pone su mirada preocupada, bajando la atención hacia mi barriga.

—Podrías haber muerto. Eso habría matado a Jonathan, saber que te sacrificaste por

él.

No pensé. En realidad, nada pasaba por mi mente en el momento en que vi a Jon alzar el brazo. Solo sentí miedo por Roy, y mi cuerpo tomó la decisión antes de que siquiera sintiera el impacto de la bala, arrojándome desde la mesa para ponerme frente a él.

El disparo dio justo en mi barriga. Unos centímetros más y la bala habría alcanzado mi estómago. El proyectil se alojó dentro de mí, destrozando todos los músculos y venas que encontró en su camino, pero aun así lo volvería a hacer.

Miro la silla vacía, sintiendo como si fuera una herida abierta en mi corazón, encogiéndome en la cama.

—Él no viene, ¿verdad, Baby? Roy no viene.

—Se encerró en su oficina, no sale de ahí para nada, salvo cuando llega el detective para darle información sobre la situación de Jon. —Cierro los ojos, dejando que las lágrimas caigan, respirando con dolor—. Él no quiere lastimarte más, Gin. Jonathan quiere que seas feliz…

Feliz se volvió una palabra vacía. No puedo ser feliz después de todo lo que pasó.

Me sentí feliz junto a Jon, me sentí feliz en los brazos de Jonathan. El niño al que me encariñé no es un delgado frágil de ojos cariñosos, sino un alma muerta. Vi su mirada y todavía puedo ver los ojos de hielo de Jon cuando apretó el gatillo. No había remordimiento, no había culpa, pero yo lo miraba, sintiendo cómo la sangre me abandonaba el cuerpo.

Vi en él los ojos de Jonathan, los mismos ojos fríos del alma muerta que me observó sentado al borde de la mesa cuando se cruzó conmigo por primera vez. Pero en ese momento ya no estaban

fríos, eran cálidos y brillantes, con lágrimas llenas de miedo. Las miradas se habían invertido y, aunque agonizaba con la bala en el cuerpo, pude ver la verdadera cara de cada uno.

Jonathan había vuelto a sí mismo, se encerró muy profundo, demasiado lejos para que yo lo alcanzara. Me abandonó para seguir sin él. Al final, Jon logró dar en el blanco con éxito. Roy ya no quiere sentir, no quiere estar a mi lado, me obliga a irme con su ausencia.

Y quizás por eso intenté hacer lo mismo cuando entré al avión veinte días después, con Tom cuidándome. Las promesas que hizo, las disculpas que mi mente bloqueaba, la segunda oportunidad que en mi interior sabía que sería un error, pero seguía adelante. Intentaba cualquier cosa para mantener a Roy lejos de mis pensamientos.

Pero aquí estoy, sintiéndome tan sola dentro de este vestido de novia, mirando con amargura ese color durazno que ni siquiera me gusta. Me encerré en esta farsa tal como Jonathan se encerró en aquella isla, pero lo que me diferencia de él es que ya no quiero estar prisionera. No deseo estar aquí ni un segundo más.

Tomaré mi miedo y mis traumas, los agarraré de la mano y enfrentaré un futuro desconocido. Alzo la mirada hacia mi padre, inhalando profundo el aire en mis pulmones.

La puerta se abre y entra mi madre, que sonríe para mí, eufórica. Y como un esparadrapo que se puede despegar una sola vez, para que el dolor sea preciso y rápido, dejo que las palabras salgan de mi boca, dándole un golpe directo.

—Mamá, no me voy a casar. —Deposito el ramo sobre la mesita de nuevo, quitándome la corona de flores de la cabeza y dejándola junto a las flores.

Miro a mi padre, que está tranquilo y sostiene a mi madre en un abrazo.

—¿Cómo es eso? ¿Estás nerviosa? Es normal, Gin. Todas las novias están nerviosas, yo lo estuve el día de mi boda. —Ella mira a mi padre en busca de apoyo, pero él solo sonríe, niega con la cabeza

y se encoge de hombros—. ¿Y los invitados, la fiesta, el sacerdote que te espera? ¿Tom? ¿Qué va a decir?

—Lo mismo que ella te dijo a ti, mi amor, que no se va a casar. —Mi padre le besa la frente, acariciándole el rostro con ternura—. Quitando el catering de la fiesta, lo demás podemos recuperar.

—¿Reembolso? ¡Dios! ¡Es su boda! Gin, ¡mírame, amor! —Mi madre se aparta de él, caminando hacia mí y tomando mis dedos entre sus manos—. Estás todavía traumada, es normal que eso te tenga confundida.

—Mamá, nunca he estado tan lúcida en toda mi vida.

—No, no lo estás. Si lo estuvieras, no estarías pensando en abandonar a tu novio en el altar. Eso es cosa de tu papá, igual que estar a favor de ese viaje. Eso casi nos cuesta perderte. Podrías haber muerto por aquel asalto en la mansión.

Cierro los ojos, respiro profundo, odio las mentiras. Pero por primera vez entendí que algunas verdades no pueden contarse. Fue Jonathan quien llamó a mis padres para informarles de mi estado en el hospital. Mi madre contactó enseguida a Tom, quien viajó a Australia después de convencer a mis padres de que no fueran, calmándolos y asegurándoles que los mantendría informados sobre lo ocurrido. Fue Baby quien habló con Tom, dándole una versión suavizada donde contó sobre un ladrón que irrumpió en la mansión, mató a Lorane y me disparó cuando fui a salvar a Jon.

Respiro hondo otra vez, abro los ojos y miro a mi madre.

—Mamá, escucha lo que te digo. Pero por favor, escúchame bien, porque te lo digo desde lo más profundo de mi corazón. —Levanto sus dedos, llevándolos cerca de mi rostro y la miro directamente a los ojos—. No amo a Tom. No me voy a casar. —Beso sus dedos, dejando que comprenda mis palabras—. Y odio el color durazno con todas mis fuerzas.

Suelto sus dedos solo para poder abrazarla, besando su rostro, mientras la sostengo quieta entre mis brazos. Dirijo mi

mirada a papá, que sonríe y me apoya con su tranquilidad. Me aparto de mi madre y beso su frente con cariño.

—Te amo, mi dulce Fox. Te amo más que a nada, pero no puedo casarme sabiendo que seré infeliz, aunque eso te duela. —Creo que aún está en shock, porque ni siquiera parpadea y me mira fijamente. Froto la punta de mi nariz contra la suya, igual que cuando era niña.

Me alejo de ella y voy hacia mi padre, abrazándolo, dejando que su presencia y apoyo me llenen. Eso es lo que más amo de él. No hacen falta palabras, solo sentir el amor que nos tenemos.

—Bueno, iba a entregarte mi regalo en el brindis de los novios, pero creo que puedo hacerlo ahora. —Me aparto de él, negando con la cabeza.

—Papá, ya no habrá boda, intenta recuperar el dinero…

—¿O tal vez puedes cambiarlo? —Mis ojos bajan hacia su mano, donde veo los pasajes para Hawái. —También puedes ir sola, la decisión es tuya ahora.

—Papá... —Le sonrío mientras me entrega los boletos.

—Son para hoy, a las nueve de la noche. —Los hago bailar entre mis dedos, sintiéndome cálida con su beso en la mejilla—. Si vas ahora, creo que puedes cambiarlos por otro vuelo.

—Te amo, papá. —Lo abrazo con más fuerza, besando su rostro.

—Yo también te amo, mi amor. —Me da una palmada suave en la espalda y me suelta—. Ahora ve, antes de que ella salga del shock y te arrastre al altar.

Me río con su voz baja y susurrante, mirando a mi madre. Ya estoy cruzando el salón de fiestas, buscando a Tom en cada rincón donde podría estar. No sé por qué no me sorprendo cuando finalmente lo encuentro en el guardarropa, besándose con una mesera.

—¡Gin! —La empuja hacia un lado, intentando limpiarse la boca manchada de labial, respirando con nerviosismo.

Dirijo mi mirada a la chica nerviosa, que está roja como un tomate, tratando de acomodarse la blusa.

—¿Podrías dejarnos solos? —Me hago a un lado, dejándole espacio para que salga corriendo, mirando al suelo.

—Gin, yo... ¡Mierda! Mira, puedo explicártelo... Ellas no significan nada para mí...

—¡Me cogí a dos tipos en una sola noche! —Mi voz lo corta en seco, dejándolo paralizado, con la mano alzada en el aire—. Fui usada sin el más mínimo respeto, con embestidas brutas, hasta sentirme tan ligera como una pluma, y quedé jodidamente satisfecha cuando alcancé el orgasmo. Follé tanto que seguro todavía debe haber semen en mi cuerpo.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? —Tom mira hacia los lados, claramente incómodo.

—¡De sexo, Tom! De satisfacción, de no reprimir mis deseos ni sentirme inapropiada, de recibir una lluvia de semen en una sala quirúrgica, con más de ocho hombres dentro. —Mi pecho se infla mientras lo miro directo a los ojos, dejándolo ver toda la verdad—. Estoy hablando de follar de todas las formas más indecorosas posibles, pero con un solo hombre. uno que me maltrataba, pero que me cogía jodidamente bien.

Su cara enrojecida está en llamas, con su puño cerrándose a un lado del cuerpo.

—Tú... tú no hiciste eso, Ginger. Jamás harías algo tan…

—¿Inapropiado? —Alzo una ceja, cuestionándolo—. Creo que hay unas cinco o seis personas que no estarían de acuerdo contigo, considerando que se quedaron viéndome cabalgar un pene hasta que mis piernas no dieron más.

—¡GINGER! —Tom se pasa los dedos por el cabello, nervioso, luego acomoda su corbata torcida—. Voy a fingir que no escuché

esas locuras tuyas, ni que me acabas de ofender terriblemente, y seguiremos adelante con nuestra boda. Nada de lo que pasó en el pasado volverá a repetirse una vez que digamos "sí, acepto".

—No voy a casarme contigo, Tom. —Mi voz sale tranquila, completamente sincera—. No es porque me estés engañando, quién sabe desde cuándo. No voy a casarme contigo porque no te amo. Porque quiero más que ser la esposa perfecta del futuro presentador de mierda del noticiero de las siete.

—¡Dios! ¿Qué te hicieron? Mira cómo estás actuando…

—Estoy actuando como debí haberlo hecho desde hace mucho tiempo, como la mujer inapropiada que soy. —Sostengo la falda del vestido con una mano, y con la otra aprieto los boletos de avión—. Ah, y por cierto, Tom, antes de que se me olvide: también tuve sexo con una mujer trans. ¡Y fue el mejor sexo vainilla que he tenido en mi vida!

Me doy la vuelta, dejándolo con la boca abierta, sintiendo que mi corazón late con verdadera vida desde aquella noche en la pensión. Su mano se engancha en mi brazo, y cuando me giro, veo su rostro tenso, los dientes apretados con rabia.

—Lo estás haciendo por él, ¿verdad? —Escupe las palabras como veneno, hablando entre dientes—. Ese tipo cuyo nombre no dejabas de repetir mientras delirabas en la cama del hospital. Jonathan. Así se llama el hijo de puta que te convirtió en esta zorra.

Tiro con fuerza de mi brazo, obligándolo a soltarme. Ya no digo su nombre. Solo lo escucho dentro de mi cabeza. Y por un momento, todo mi cuerpo recuerda cada segundo a su lado. Todo lo vivido, cada instante, cada caricia, cada sonido, cada sabor, regresan a mí como una avalancha, golpeándome, haciendo vibrar hasta el último rincón de mi alma.

—Jonathan no me transformó, Tom. —Miro hacia la salida al final del salón, sintiendo una nostalgia que me llena por completo—. ¡Él me liberó!

Camino con pasos rápidos, dejándolo allí, parado en la entrada de la puerta.

—¡Esto es una locura, Ginger! —Mis dedos aprietan con más fuerza el vestido, liberando mis piernas para poder correr.

Miro al suelo por un instante. Sé que esto es mucho más que una locura. Es mi liberación. El acto más auténtico de convertirme en la dueña de mí misma. Porque, aunque mi corazón y mi alma le pertenezcan a un solo Amo, aunque Roy esté lejos, sigue presente en cada segundo de mi vida.

Ese fue el regalo del que me habló al final del juego: ser dueña de mi esencia, ser la mujer inapropiada que siempre fui. Dejarme elegir qué errores cometeré, qué aciertos celebraré. Aunque esté lejos, sigue siendo parte de mí. Omnipresente dentro de mi alma. Esperando, tal vez, que un día lo vuelva a encontrar. Algún día. Sin hora. Sin fecha. Sonrío, llenando mis pulmones de aire. Giro mi rostro por encima del hombro y miro a este imbécil por última vez.

—No, Tom. ¡Esto es SODOMA! —grito, llamando la atención de casi todos los invitados, que se giran justo a tiempo para ver a la novia corriendo por el salón, levantando la falda de su vestido, camino a la salida.

Mi cabello, que se suelta del peinado, cae por mi espalda con cada paso que acelero. Siento la sangre fluir con más fuerza por todo mi cuerpo, mientras la adrenalina me inunda. Solo me detengo después de subir a un taxi y pedir que me lleven directo a mi departamento. Mis dedos sueltan el vestido, mientras miro el pasaje, sin tener la menor idea de a dónde voy o qué me espera. Pero sé que voy hacia el comienzo. Antes del pedido de matrimonio improvisado, antes de la histeria causada por los arranques de mi madre, antes de Jon, antes de Baby y, especialmente, antes de Jonathan.

Estoy regresando al principio para poder encontrar mi final. Quiero descubrir qué hay más allá, explorar fuera de Columbia. Una mochila y yo. Con ese pensamiento entro en el departamento, tomo

solo la mochila, algunas prendas y mi pasaporte con lo poco que queda de mis documentos.

Me detengo únicamente cuando entro al baño, luego de quitarme este maldito vestido. Miro en silencio los mechones que van cayendo sobre el lavabo, uno a uno, mientras la tijera en mis dedos va cortando sin pausa, hasta que no queda un solo rizo, hasta que ya no hay ninguna semejanza entre Sonja y yo más que el color de mi piel. Y me siento maravillada por la mujer que me devuelve la mirada en el espejo. No sé quién es, pero voy rumbo a descubrirlo hasta que pueda volver a encontrarme con mi Amo.

FIN!

EPÍLOGO



GINGER FOX

OCHO MESES DESPUÉS
LOS ÁNGELES

—¡Dios, cuánto te he echado de menos! —Le sonrío a Baby con cariño cuando abro la puerta de mi departamento, apretándola con fuerza en el pasillo. Siento sus brazos esos que tanto había añorado rodearme con ternura. Baby se aparta un poco, acariciando mi rostro y jugando con las puntas irregulares de mi corte de cabello.

—No sé por qué, pero siempre me parecieron sexys las mujeres platinadas.

—Hay cierto encanto en ellas —respondo bromeando, moviendo de un lado a otro los mechones cortos.

Cuando mi cabello empezó a crecer, decidí alisarlo y cambiar el negro por un tono platinado. Amo esta nueva versión de mí. Cada día aprendo más sobre quién soy, y sé que me encantan mis mechones cortos, lisos, con toques platinados.

—¡Aún no puedo creer que estés aquí, Baby! —exclamo con una sonrisa, feliz de tenerla cerca de nuevo.

Ella gira el rostro hacia la puerta cerrada del departamento frente al mío, justo cuando empieza a sonar música de Kiss desde dentro.

—Oh, vamos, deja de mirar esa puerta —digo, tomándola de la mano y alejándola del umbral con una risita—. Ni te molestes por el ruido. Al parecer, a mi nuevo vecino le encanta el rock clásico.

Mi mente ya está tan acostumbrada a escuchar Forever, de Kiss, que a veces me sorprendo tarareándola sola durante el día, de tanto que la ponen en ese departamento.

—¿Ya has visto a tus vecinos? —Me pregunta Baby. Miro confundida hacia la puerta marrón y niego con la cabeza. En realidad, nunca he visto a ninguno de los que viven en ese apartamento.

La mudanza ocurrió un día después de la mía, pero jamás he cruzado palabra ni siquiera con alguien entrando o saliendo. Sonrío al ver la expresión seria de Baby mientras observa la puerta con recelo. Le doy un pellizquito en el brazo, sacándole una risa.

—Hablabas tanto de tu tía... y mírate ahora, Baby, igualita a ella.

Ella se vuelve hacia mí, alejando la mirada de la puerta del vecino, y suelta una carcajada, negando con la cabeza.

—¡Por Dios! ¡Que el cielo me libre de acabar como esa momia! —La jalo hacia otro abrazo, riendo, mientras entramos al departamento y cierro la puerta con el pie.

—Aún no puedo creer que hayas venido a verme — digo, entrelazando nuestros dedos con cariño, acercándola más a mí. Pero me detengo en seco cuando algo en su mano derecha llama de golpe mi atención.

Doy un paso hacia atrás, sorprendida al notar el brillo de una alianza en su dedo anular y luego levanto la mirada hacia su rostro. Sus labios ya no lucen el característico rojo encendido. Ahora los cubre un suave tono rosado.

—¿Eso en tu dedo es lo que estoy pensando? —Las mejillas de Baby se tornan tan rojas como una manzana, completamente avergonzada—. ¿El llavero de bolsillo te pidió matrimonio?

—¡Dios mío, Gin! ¡Tampoco es tan bajito! —Me da un golpecito en el hombro, con los ojos brillándole.

—Claro que no... porque acostados todos medimos lo mismo. —Baby coloca los ojos en blanco mientras arrastra una silla de la cocina y se sienta. Camino hasta la nevera, saco una botella de vino, dos copas del armario y las dejo sobre la mesa.

Me gusta cómo está ahora. Baby ya no tiene esa mirada triste y vacía de la última vez que nos vimos en el hospital, ni el tono melancólico de cuando hablábamos por teléfono. Por fin, mi dulce Baby había encontrado lo que buscaba. Y no se merece menos. Ese hombre barbudo y reservado, que parecía un llavero al lado de la rubia, la cuidó cada segundo durante su duelo, su culpa, su odio hacia sí misma y su proceso de aceptación. Y no sé por qué no me sorprendió cuando me llamó, haciéndome salir corriendo del trabajo mientras gritábamos como locas, cada una desde un extremo de la línea, porque por fin habían encendido esa chispa entre ellos.

Dexter la mira como se merece, la trata con respeto, con ternura, y la acepta exactamente como es: perfecta ante mis ojos.

No hablamos del pasado, aunque con solo escuchar el nombre de Roy mi corazón aún late distinto. El juicio de Lira fue cuatro meses después de su detención: recibió la pena máxima. Murió en una pelea durante la hora de patio con las demás reclusas y, de alguna forma, sé que eso no fue un simple altercado. Aunque sentía mucho rencor hacia Lorane, Baby le dio un entierro digno. Solo ella y Dexter asistieron, mientras yo seguía internada recuperándome del disparo.

Jon está en un hospital psiquiátrico penal en Australia, y allí pasará el resto de su vida, bajo vigilancia médica constante. De alguna manera, los procesos sobre su futuro fueron detenidos, y su tumba estará siempre dentro de esa construcción de concreto, con muros gigantes, puertas electrónicas y seguridad máxima, en una sala especial solo para él repleta de libros.

Dentro de mí sé la verdad detrás de ese silencio absoluto. Jonathan lo encubrió todo. Cerró cabos sueltos, enterró rumores,

apagó cualquier escándalo en la empresa. Ni una sola línea salió en los periódicos. Bocas fueron calladas, ojos cerrados, memorias borradas.

La madre de Bob pidió respuestas, y las obtuvo con una bolsa cargada de billetes, suficiente para compensar la pérdida de su hijo adorado y de su hermana, la perra. Me contó Baby en una de nuestras llamadas que la mujer se fue a Europa, a llorar la pérdida de su hijo entre joyas y abrigos de piel. Y el señor Roy sigue firme, tan poderoso como antes dentro del consejo de Sodoma.

—¡No puedo creer que hizo eso! —Suelto una carcajada que llena el apartamento, viendo la cara de Baby, indignada.

—Pues lo hizo, Gin. ¡Esa vieja es el karma de mi vida! —No puedo parar de reír mientras Baby me cuenta que la tía Charlotte casi incendia la casa donde están viviendo juntas en Venecia.

Hace unos meses, Baby y Dexter decidieron mudarse allá, llevándose también a Madame Roy. Y por fin, la rubia está aprovechando su don para diseñar ropa personalizada preciosa. Muchas de esas piezas tienen un uso un tanto especial: están hechas de látex y cuero, pero se venden como pan caliente. Me río de su descaro al decir que gran parte de sus diseños exclusivos se van directo a Moscú.

Baby arrastró al pobre detective hasta allá para hacer una entrega y le dio su primera experiencia en Sodoma. Pero lo más tierno fue cuando me contó que Dexter prefirió marcharse del lugar y la llevó a cenar afuera.

—¡Dios! No sé por qué no deje a esa vieja en un asilo —dice Baby entre risas, caminando por el apartamento y observando cada rincón—. Es bastante acogedor, ¿no?

—No tienes idea de la suerte que fue encontrar este lugar bien ubicado y con un alquiler barato —digo con orgullo, mientras le extiendo una copa de vino y tomo otra para mí—. Ni siquiera lo creí cuando la chica de la inmobiliaria me lo mostró. ¿Verdad que es grande?

—Sí, la verdad es que la chica de la inmobiliaria te encontró un buen lugar —responde conteniendo una sonrisa, mirándome de una forma que me descoloca—. ¡Ya era hora! No aguantaba más saber que no tenías un punto fijo. Me puse tan feliz cuando me llamaste. —Me encojo de hombros, riendo con ella.

Yo me buscaba. Lo buscaba a él en cada vuelo, en cada destino. Entre ciudades desconocidas, idiomas nuevos... lo buscaba. El día que entré al aeropuerto, escapando de mi boda, con esos pasajes en la mano y sin saber a dónde ir, solo una palabra cruzó mi mente: *Pan*. Y fue Nápoles el destino final. Cubrí la diferencia del pasaje y me subí al avión. Mi mochila y yo.

Y sí, la escultura de Herculano es tan impactante en persona como en las fotos. Pero no la miré con juicio. Era como si compartiera un secreto con ese dios mitad hombre, mitad cabra, y su sumisa cabra... y supe que no volvería a Columbia pronto. Entonces llamé a mi papá para decirle que pondría mi apartamento en venta. Él logró lo impensable: vender mi pequeño departamento —del tamaño de una caja de fósforos— por el doble de su valor en solo tres días. La pareja que lo compró se enamoró del lugar. Yo solo deseaba que tuvieran más suerte que yo en ese espacio. Y decidí buscar mi felicidad con lo que obtuve de esa venta.

Perú, Chile, Nuevo México, India, Ibiza… y así. Mi pasaporte está tan lleno de sellos como puede estarlo. A donde pueda ir con mi mochila, ahí voy. No busco nada específico, solo quiero coleccionar experiencias que valgan la pena. Vivir una aventura cada día... hasta que esté lista para la próxima.

Pero un sueño antiguo, uno que no podía seguir postergando, me trajo a Los Ángeles.

—¿Entonces, sí vas a volver a la universidad? —pregunta Baby.

—Ya me inscribí. Las clases empiezan el próximo mes —respondo, sonriendo con alegría mientras me llevo el vino a los labios.

—Ay, ¡qué orgullo! Siempre quise tener una amiga sexóloga —dice entre risas, burlándose.

—¡Deja de burlarte, Baby!

—Estoy feliz por ti. Por haber vuelto a perseguir tus sueños... aunque aún no entiendo por qué elegiste Los Ángeles —dice, caminando por el apartamento, inspeccionando como si ya fuera su casa también—. Pero con solo saber que hay un lugar donde puedo encontrarte, ya me siento en paz.

Le conté a Baby tres semanas después de haberme establecido en Los Ángeles. Cinco días más tarde, me mandó un mensaje diciéndome que venía a verme. Estoy feliz. Trabajo de día en una pequeña empresa metalúrgica, en el área administrativa, y el próximo mes empiezo la universidad para estudiar la carrera que siempre quise: sexología.

A veces voy al bar después del trabajo con algunos compañeros. Nada muy profundo, apenas dos tragos y charlas. Todos los jueves llamo a mis padres. Mi mamá está más tranquila ahora. Con lo que mi papá recuperó del matrimonio cancelado, la llevó de viaje otra vez, como una segunda luna de miel. Al volver, ella finalmente aceptó mis decisiones.

Tom, el idiota, no llegó a ser el presentador del noticiero de las siete. Es el tipo del clima, el que usa traje beige en el noticiero de la mañana. Se casó con una compañera del trabajo cinco meses después de que lo dejé… y se divorció dos meses después, cuando ella lo encontró teniendo sexo con la empleada, en plena madrugada, en la cocina.

Durante todo este tiempo recorrí el mundo que quería conocer, liberando a la pequeña Ginger que miraba el globo terráqueo soñando ser exploradora. Pero siempre con la sensación de que Jonathan estaba conmigo. El dinero exorbitante que Roy me transfirió fue enviado a la cuenta de Baby el mismo día que vi el saldo. Aún lo extraño con cada célula de mi cuerpo, con cada rincón de mi alma. Pero con el tiempo he aprendido a vivir con esa ausencia. Como una adicta en rehabilitación, me tomo la vida un día

a la vez. Y a veces, tengo recaídas… y le pido a Baby que me cuente algo, lo que sea, sobre él.

—¿La tía Charlotte no extraña la mansión? —pregunto en voz baja, como con vergüenza, disimulando con la copa de vino mi verdadero interés.

— ¿No te lo conté? — dice con un tono distraído.

—¿Qué cosa?

—La mansión ya no existe. —Me quedo en silencio, procesando el golpe que acaba de darme—. Jonathan ordenó demolerla por completo.

Algo dentro de mí se rompe. Parte de mí piensa que lo hizo para sacarme de allí para siempre.

—No me lo contaste... ¿Cuándo pasó? —Arqueo una ceja, viendo cómo bebe de su copa como si estuviera considerando si decirme la verdad o no.

—Tres meses después de que te fuiste —dice con voz tranquila, como si anunciara la hora—. Supongo que se me olvidó mencionarlo —agrega con una sonrisa pícara que me confirma que no olvidó nada—. Jonathan solo permaneció el tiempo justo para ver caer los muros. Luego subió al coche, tomó el ferry… y se perdió por el mundo.

—¿Roy salió de la isla? —La sorpresa me embarga. ¿Cómo pudo no haberme dicho esto antes?—. ¿Por qué no me lo contaste, Baby?

—Muy simple: no me lo preguntaste —responde, rellenando su copa con más vino.

Me doy la vuelta, mirando hacia el balcón, perdiéndome en la noche agitada de la ciudad.

—Me alegra por él —susurro, sinceramente feliz de saber que logró salir... de la verdadera isla que lo tenía prisionero.

—Él te extraña, Gin —dice Baby. Cierro los ojos con fuerza, sintiendo cómo mi tonto corazón se encoge dentro de mí.

—¿Está en Venecia también? —Mis dedos tiemblan al aferrarse a la copa de vino. Abro los ojos hacia la noche estrellada de Los Ángeles, con sus rascacielos recortando el cielo.

—No. No quiso quedarse. Fue una sola vez... después desapareció otra vez —dice, y el sonido de sus pasos pausados se detiene a mi lado mientras llena nuevamente mi copa—. Nada puede borrar lo que pasó en esa mansión. Sé que no quieres hablar de ciertas cosas, Gin, pero necesitas saber la verdad. Sin mentiras. Sin medias palabras.

—Freire me contó sobre la grabación, Baby —digo, bebiendo todo el contenido de la copa de un solo trago, recordando cada palabra de aquella mujer—. No fue la foto ni los documentos en la cabaña. Freire se aseguró de contarme cual era mi verdadero destino.

—¡Esa perra infeliz! —Baby suelta el aire con frustración, bebe de su copa y niega con la cabeza—. ¡No tenía ningún derecho! Menos mal que Roy la sacó a patadas de Sodoma después de que llevó a los reclutadores a la sala donde ustedes estaban.

Le sonrío con tristeza, desviando mi mirada a la copa vacía entre mis manos. Freire realmente fue una perra… pero también fue la única que me dijo la verdad.

—¿Por qué Sonja le hizo eso, Baby? —No puedo evitar la lágrima que resbala por mi mejilla. No hay nada en este mundo que justifique algo tan monstruoso—. ¿Cómo pudo hacerle eso a un niño? ¿A su propio hijo?

—Sonja era una psicópata en estado avanzado —dice Baby, encogiéndose de hombros con una expresión profundamente triste —. Sentía por Jonathan un amor distorsionado, enfermizo, que se confundía con una necesidad de posesión. Era un celo desquiciado: no soportaba que nadie estuviera cerca de él. Nadie podía acercarse a Roy, ni siquiera mi padre pasaba demasiado tiempo con él. Y cuando papá decidió internarla en el psiquiátrico, terminó de perder por completo la cordura. —dice, mientras le quito la botella de vino para volver a llenar mi copa.

—La grabación que muestra a Sonja abusando de Jonathan... —susurro, sintiendo el sabor del vino mezclarse con mis lágrimas mientras llevo la copa a los labios. Baby asiente con la cabeza, sus ojos enrojecidos por el llanto—. ¿Roy vio esa grabación? ¿Sabe cómo tu padre se enteró? —pregunto con cautela.

—No. Solo la vimos tía Charlotte y yo. En realidad, fui yo quien encontró la cinta por casualidad. Y lo que vi, Dios mío, Gin... Lo que vi en esa grabación fue cruel, repugnante y monstruoso —dice Baby, tapándose la boca con la mano, su voz quebrada por el llanto—. Roy no era frío y controlador, como pensábamos, como yo pensaba. Roy fue destruido. Ella lo destruyó. Lo maldijo con ese amor enfermizo que sentía por mi hermano.

Hace una pausa, intentando calmarse.

—No necesité contarle cómo lo supe. Mi mirada lo dijo todo. El dolor dentro de mí era tan grande que se reflejaba en cada parte de mi rostro. Yo quería abrazarlo. Quería apretarlo fuerte y decirle que lo entendía. Que entendía por qué se había convertido en ese hombre vacío, sin emociones, pero no lo hice. Sabía que sería peor.

—¿Desde cuándo Sonja hacía eso con él, Baby? aprieto mis labios, conteniendo el llanto.

—Desde que tenía tres años, cuando salió del psiquiátrico.

No puedo decir una sola palabra. Se me quedan atrapadas en la garganta. El llanto que intento contener, finalmente se libera.

¡Es abominable! He leído artículos sobre abusos a niños y bebés, y siempre me ha parecido repugnante, horrible en todos los sentidos. Pero saber que el hombre que amo vivió algo así... me consume en un dolor y desesperación indescriptibles.

—Dios, Baby…

—Roy buscó la muerte como única forma de escapar de los recuerdos que tenía. Lo intentó hasta el accidente de coche que lo dejó en coma. De alguna forma, encerró ese pasado en algún rincón oscuro de su mente... pero entonces…

—¿Aparecí yo? —susurro, buscando su rostro. Ella asiente con la cabeza.

—Nunca estuve de acuerdo, Gin, en ningún momento. Necesito que lo sepas. No te voy a mentir. Cuando te vi por primera vez en la mansión, algo dentro de mí me dijo lo que Roy estaba planeando. Pero nunca estuve a favor. —Sonríe entre lágrimas, limpiándose la cara—. Pero entonces, algo inesperado sucedió. Algo que rompió el bloque de hielo que lo aprisionaba. Amor. El miedo a perder a la única mujer que realmente le mostró lo que es el amor y Roy te extraña. Más que a nada en su vida.

Baby extiende su mano y limpia mi rostro con delicadeza. Luego me quita la botella de vino de las manos y llena su copa.

—¿Tú lo extrañas, Gin?

Decir que no lo extraño sería como decir que mis pulmones no necesitan oxígeno para mantenerme viva.

—Iré a preparar algo para que comamos... —intento apartarme, para que no vea cómo mi mundo entero se siente vacío sin Jonathan en mi vida.

—Creo que ya me diste la respuesta que necesitaba, Gin. Tus ojos no lo ocultan —dice, sujetando mi mentón y obligándome a mirarla. Luego suspira suavemente—. Vamos, muéstrame las fotos del viaje. Quiero saberlo todo, pequeña.

Su sonrisa es comprensiva y cálida. Me siento agradecida de que haya cambiado el rumbo de la conversación, aunque no logro comprender por completo su mirada fraternal, tan serena.

Baby no se queda mucho, de hecho, su visita no dura ni una hora. Pensé que pasaría la noche conmigo —incluso arreglé el cuarto de huéspedes—, pero la rubia se va igual que como llegó: con una gran sonrisa en los labios.

Después de lavar los platos, me dejo caer lentamente en el sofá. Apoyo mi rostro en dirección a la puerta, escuchando otra vez el sonido de Kiss inundando mi apartamento, proveniente del frente.

"Oh, yo veo mi futuro cuando miro en tus ojos Tu amor hizo revivir mi corazón

Porque viví mi vida creyendo que el amor es ciego

Pero todo en ti me dice que esta vez

Es para siempre..."

Cierro los ojos, abrazando la almohada contra mi pecho, apretándola con fuerza entre mis brazos mientras suspiro, derrotada. Este es el único momento del día en que me permito pensar en él. Lo traigo a mí a través de los recuerdos.

"Esta vez lo sé

Y ya no tengo dudas

Para siempre

Hasta que mi vida termine

Chica, voy a amarte para siempre..."

¡Dios! Odio a quien vive en ese apartamento. Solo por hacerme llorar abrazada a una almohada, escuchando esa canción, invadida por la nostalgia y todas las preguntas que me destrozan: ¿Dónde está? ¿Qué lugares visitó? ¿Qué hizo en este año? ¿Pensará en mí con la misma intensidad con la que yo pienso en él? ¿Sufre cuando escucha una balada antigua como yo sufro ahora?

"Debo decirte lo que siento por dentro

Podría mentirme a mí mismo, pero es verdad

No hay forma de negarlo cuando miro en tus ojos

Chica, estoy loco por ti

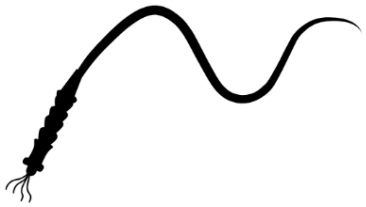
Viví tanto tiempo creyendo que el amor es ciego

Pero todo en ti me dice que esta vez es

Para siempre"

Me cubro la cabeza con otra almohada, pero la música sigue resonando en mi mente, vibrando con cada latido de mi corazón.

—¡Mierda! —susurro entre lágrimas.



Salgo apresurada, sujetando con fuerza la correa de mi bolso. Miro el reloj solo para confirmar lo que ya sé: estoy tarde. Todo mi cuerpo me duele, por haberme quedado dormida en el sofá incómodo. Apenas se abren las puertas del ascensor, salgo corriendo, ajustando mis auriculares para bloquear el ruido de las bocinas en el tráfico. Sostengo la puerta del edificio para que una vecina pase con sus hijos. Le sonrío a la pequeña gordita que lleva en brazos.

Después de que la mujer pasa, bajo los escalones de dos en dos hasta la acera. Observo la calle llena de gente, entrando y saliendo del edificio. Entonces, algo me detiene. Mi cuerpo se paraliza. Solo un vistazo rápido entre la multitud distraída... pero es suficiente.

El sonido de una respiración detrás de mí, lenta y pesada, tan familiar. El aroma de su perfume me quema los pulmones con cada inhalación. ¡Dios! Reconocería ese olor en medio de un estadio repleto. Igual que supe que eran sus ojos entre toda la gente en la calle.

Enderezo mi cuerpo, cierro los ojos, temblando. No sé si tengo el valor de darme la vuelta, no sé si mis piernas resistirán. Once meses, exactamente trescientos treinta días, unas cuantas semanas y pocas horas sin verlo, sin escucharlo, sin sentir su toque... y aún así, es como si hubiera sido ayer.

Me quito los auriculares, me giro lentamente con la cabeza baja. Miro la acera frente al edificio, tratando de respirar sin colapsar. Mis ojos recorren desde sus jeans azul oscuro hasta su polo

negra. Una mano en el bolsillo, la otra sosteniendo una bolsa marrón.

Su rostro... ese que tantas veces imaginé... está relajado. Sus cabellos peinados hacia atrás, con un mechón rebelde cayendo sobre la frente. Sus ojos azules... más claros y serenos que nunca.

Cambia de mano la bolsa y da un paso hacia mí. Su mano se extiende.

—Hola, soy Roy. Creo que eres mi vecina de enfrente.

Abro los labios, sin aliento. Todo dentro de mí se sacude y se derrumba. Miro hacia el edificio. No fue suerte mía... ni de la agente inmobiliaria. Tampoco fue casualidad la visita repentina de Baby.

Vuelvo a mirarlo. Su mano sigue ahí, extendida. Me froto la cara, retuerzo la nariz, pateo el suelo. Estoy hecha un manojo de nervios.

—Me mudé hace poco, no habíamos tenido oportunidad de hablar... —dice.

Una risa histérica escapa de mí.

—¿En serio? — Mi voz temblorosa se escapa. Me froto la frente, tratando de entender qué está haciendo. ¿Desde cuándo sabe de mis pasos?

Mis pensamientos se rompen cuando él toma mi mano. Vuelvo a quedar atrapada en esos ojos azules, tan hermosos como antes.

—Permíteme presentarme —dice. Me había olvidado de lo alto que es. Me había olvidado de cómo me hipnotiza cuando me mira así.

—Estoy atrasada... —balbuceo, dando dos pasos hacia atrás. Él da dos hacia adelante.

—Me llamo Jonathan. Y he estado buscando a alguien que se cruzó en mi camino hace un tiempo. —Su respiración me acaricia la piel—. Tuve que dejarla ir... para que pudiera sanar el daño que le hice.

—Por favor... —No estoy lista. Creo que nunca lo estaré.

—Una pequeña criatura curiosa, entrometida, que se metió en mi mente y en mi corazón. No quería atarla a mí... pero la verdad es que fui yo quien quedó atado a ella. Durante todo este tiempo, estuve tratando de sanar... para volver a su lado.

Una lágrima se desliza por mi rostro. No me muevo. Él no me obliga a nada, solo sostiene mi mano. Y, sin embargo, no me alejo.

—Tengo Trastorno Obsesivo Compulsivo. Eso me hace ser algo controlador —dice.

Sonrío entre lágrimas.

—¿Algo?

—Dije que estoy en tratamiento. No que estoy curado —me responde, sonriendo de lado, con esa carita traviesa que me pierde —. Lo que pasa es que cuando se trata de ella... no tengo remedio.

Su aliento roza mi mejilla.

—¿Y la encontraste? —pregunto.

Él suelta mi mano. Me apoyo en su pecho para no caer. Jonathan me envuelve por la cintura. Levanto la cabeza para mirarlo, mis dedos sobre su pecho, justo donde late su corazón. Llevo su mano a mi pecho. Cada latido es suyo.

—Nunca la perdí de vista. Ni un segundo, desde que la vi salir corriendo de un salón de bodas vestida de novia.

—¿Estabas allí? —susurro, incrédula—. ¿Por qué no fuiste tras ella?

—Porque la amo —responde, acercando su rostro—. Porque quería verla feliz. Así que solo la miraba de lejos, robando sus sonrisas... hasta saber que estaba listo para ser el hombre que ella merece. Para empezar de nuevo con mi pequeña Náutilus.

Aprieto su camisa entre mis dedos. Todo mi mundo se resume en estar aquí, en sus brazos.

—Te amo, Ginger Fox. Te amo para siempre —dice. Y entonces lo comprendo: era Roy. Cada vez que esa canción sonaba en el apartamento de enfrente, era él hablándome a través de la melodía.

¿Sabes algo curioso sobre la oxitocina? No solo se libera durante el sexo. Ese pequeño y traicionero "hormóna del amor" nos une con fuerza a la otra persona. A veces... para siempre.

Mi cuerpo se eleva, me pongo de puntillas, ya no me importa su altura. Solo quiero alcanzarlo.

Pongo mi mano en su nuca, lo acerco y lo beso. Su lengua me da la bienvenida, como si volviera al único lugar al que pertenezco.

Su mano fuerte me sostiene, me levanta del suelo… y todo comienza de nuevo.

Y la verdad es que… ni Freud podría explicar esta química. Solo se entiende cuando se siente. Y yo estoy ligada a Roy de todas las maneras posibles.

—Te amo, Roy. Te amo —susurro entre nuestros labios, besándolo con toda la vida.

¿El "para siempre" es eterno? No lo sé.

¡Esto es SODOMA!

AGRADECIMIENTOS



¡Sólo gratitud por esta historia! Me encantó conocer a Ginger y Jonathan, y ver cómo sus mundos colisionaban. Les agradezco por ser personajes tan extraordinarios como Baby, quien me encantó.

Gracias a mis hermosas Halana Oliveira y Janaina da Silva, por acompañarme en esta intrigante trama.

Agradezco a mi dulce Val, por estar conmigo una vez más, dejándome arrastrarte a mi locura. Me encanta mucho tener tu compañía y amistad a mi lado.

Agradecimiento a todos los colaboradores, que aportaron y fueron parte de esta historia.

Y gracias a ti, mi lector a quien tanto amo, por permitirte perderte en Sodoma.